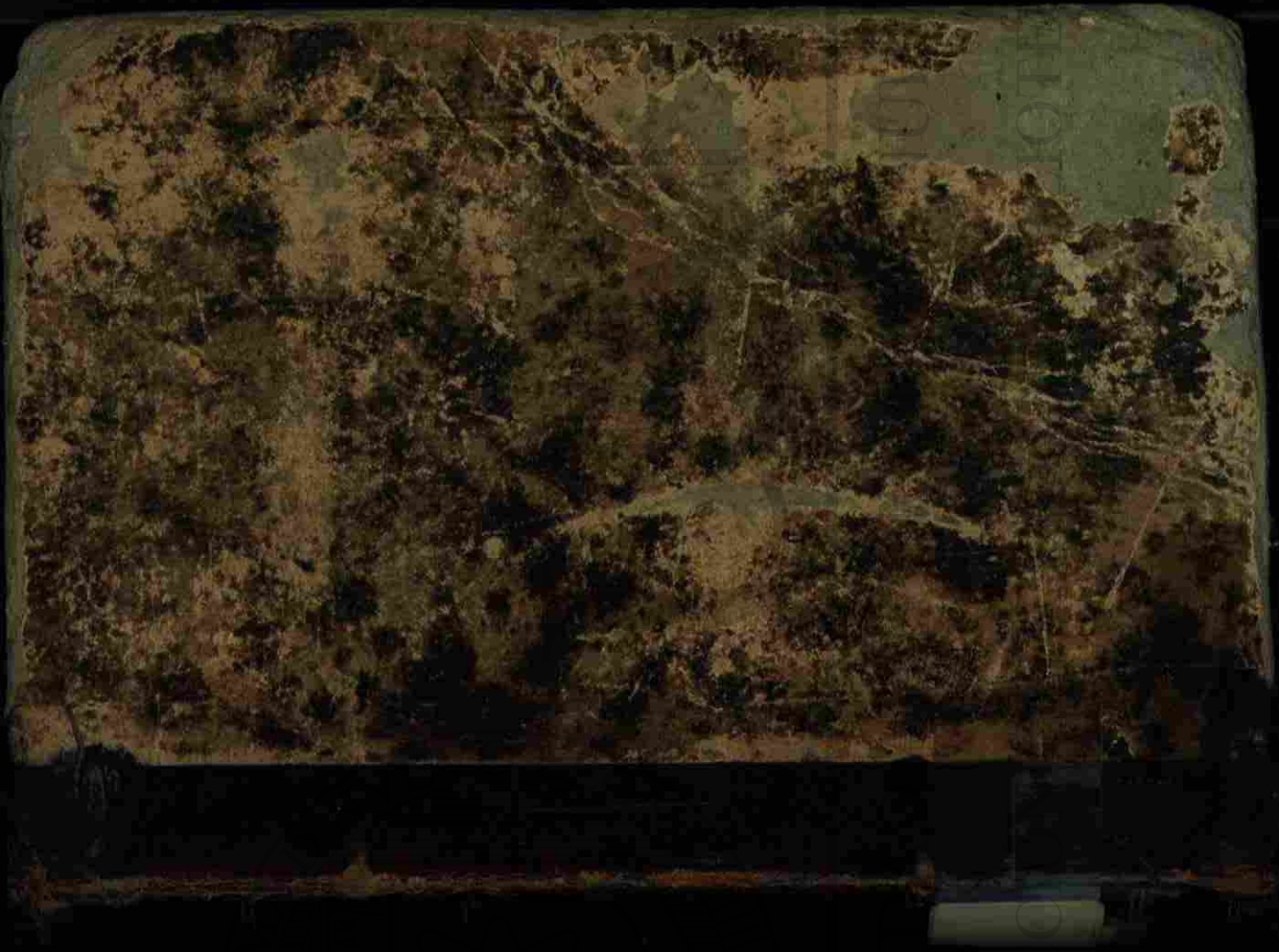




LOS
GRANDES
HOMBRES



PQ2231
S6
v. 1

1020026386

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

1824-1895.

CESAR

TOMO I

Edicion del Monitor.

MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero
CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3
1870

15674

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

920
PQ2231
S6
v.1

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Biblioteca Jacinto Quintero
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86240

I

César nació el dia 10 del mes de Julio, cien años justos antes de Jesucristo.—Mas tarde diremos como fué uno de los precursores de la religion cristiana, segun nuestro modo de pensar.

Ningun orígen moderno, por ambicioso que sea, puede compararse al suyo: ni el de los Merode, que pretenden descender de Meroveo; ni el de los Levis, que se dicen primos de la Vírgen.

Oidle á él mismo en el elogio fúnebre de su tia Julia, esposa de Mario el Viejo.

"Mi abuela materna, dijo, descendia de Anco Marcio, uno de los primeros reyes de Roma, y mi padre pertenecia á la familia Julia, cuyo orígen fué Vénus; *se halla, pues, en mi familia la santidad de los reyes, que son los señores de los hombres, y la majestad de los dioses, que son los señores de los reyes.*"

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quizá nosotros los hombres de hoy, escépticos como somos, dudaríamos de esa genealogía; pero ochenta años antes de Jesucristo, esto es, en la época en que César pronunciaba su discurso, nadie la ponia en duda.

En efecto, César tenia, trasmitidas á través de los siglos, muchas de las cualidades de aquel cuarto rey de Roma, que reunia, segun los historiadores, al valor de Rómulo, su predecesor, la sabiduría de Numa, su abuelo; que habia aumentado y estendido hasta el mar el territorio romano, fundado la colonia de Ostia, echado sobre el Tíber el primer puente fijo, encerrado en el Pomœrium el monte de Marte y el monte Aventino, y organizado, si puede aplicarse tal palabra á la antigüedad, esa famosa comun romana, plebe agrícola que dió á la república sus mas grandes hombres.

Vénus, por su parte, ha sido pródiga con él. Su estatura es alta, su talle delgado, su piel blanca y fina; sus manos y sus piés están modelados en los piés y las manos de la diosa de la belleza y de la fortuna; tiene ojos negros y llenos de vida, dice Suetonio; "ojos de halcon," dice Dante, y su nariz ligeramente encorvada, le da con ese pájaro, y aun con el águila, una de esas semejanzas que tienen con los animales verdaderamente nobles los hombres verdaderamente grandes.

Por lo que hace á su elegancia, es proverbial: se arranca hasta el menor vello del cútis con el mayor cuidado, y se agrupa artísticamente sobre la frente sus cabellos, ralos desde muy jóven, indicio de una calvicie precoz. Ciceron no puede desconfiar de un jóven tan bien peinado y que se rasca la cabeza con un solo dedo para no descomponerse. Pero Sila, que es un político diferente del abogado de Túsculum, que tiene ojos mucho mas perspicaces que el amigo de Atico; Sila, decimos, viéndolo caminar perezosamente pisándose las franjas de la toga, lo señala con el dedo y dice: "¡Cuidado con ese cinturon flojo!"

Poco se sabe de la primera juventud de César. Roma, ocupada con las sangrientas disputas de Mario y Sila, no presta atencion á aquel niño que crece en la sombra.

César tiene ya diez y seis años cuando el dictador nota en el Foro, en el Campo de Marte, en la vía Appia, un hermoso adolescente que camina risueño y con la cabeza erguida; que va rara vez en litera,—en litera no se le ve á uno bien;—que, al contrario de Escipion Nasica, ó Escipion Emiliano,—no recordamos bien en este momento,—el cual preguntaba á un aldeano viendo sus callosas manos: "¿Caminas acaso sobre ellas, amigo?" que, al contrario de ese Escipion, repetimos, deja caer su mano blanca y afeminada sobre las manos mas rudas; que conoce por

su nombre hasta á los esclavos; que pasa orgulloso y sin inclinarse lo mas mínimo ante los mas poderosos, al paso que lisonjea y hasta adula á los plebeyos; que está alegre en una época en que todos se muestran tristes; que es pródigo cuando todo el mundo esconde el dinero, y popular en un momento en que la popularidad es un título de proscripcion.

Ademas de todo es sobrino de Mario.

El dictador, decimos, lo nota; quiere saber á qué atenerse respecto á él; va á imponerle su voluntad: si César obedece, Sila se ha engañado; si, por el contrario, se resiste á ello, lo ha juzgado bien.

Desde muy niño, César ha contraido esponsales con Cosucia, una de las herederas mas ricas de Roma, pero hija de padres caballeros, esto es, de mediana nobleza. El jóven no puede consentir semejante alianza; la caballería, la nobleza misma, son indignas de él; necesita el mas puro patriciado.

Así, pues, repudia á Cosucia y se casa con Cornelia.

Enhorabuena, esa sí le conviene; Cinna, su padre ha sido cónsul cuatro veces.

Pero á Sila no le conviene que el jóven César se apoye al propio tiempo sobre la influencia de su familia y sobre la de su suegro.

César recibe órden de repudiar á Cornelia.

Hay ya un antecedente sobre el particular; Pompeyo ha recibido de Sila una órden igual, y Pompeyo ha obedecido. Pero Pompeyo es una naturaleza secundaria, un grande hombre supuesto que ha abusado de sus desgracias para aparecérsenos á través de los siglos con una talla muy superior á la que tenia en realidad.

Así, pues, decimos, Pompeyo ha obedecido.

César se niega.

Sila por de pronto le priva del sacerdocio, ó mas bien, le impide llegar á él.—En Roma no se conseguia nada sino á fuerza de dinero. Ya volveremos á ocuparnos del particular.

Sila, como diria un cronista moderno, cortó los víveres á César. ¿De qué modo?

Aplicándole la ley Cornelia.

Y eso ¿qué era?

Era una ley que confiscaba los bienes de los proscritos y despojaba de ellos á sus parientes. Ahora bien; Cinna, padre de Cornelia, y algunos parientes de César, habian sido proscritos durante las guerras civiles, como afectos al partido de Mario; así, pues, una parte de la fortuna de César fué secuestrada, haciendo aplicarle rigurosamente aquella ley.

César no cedió por eso.

Entonces Sila dió órden de prenderlo.

En aquella época no habia llegado aun la delacion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á convertirse en una virtud política, como sucedió mas tarde, en tiempo de Calígula y de Neron.

César se refugió entre los aldeanos de la Sabina, donde la popularidad de su nombre le abrió hasta las chozas mas pobres.

Allí cayó enfermo.

Todas las tardes, en cuanto oscurecia, lo trasportaban á otra casa diferente de aquella en que habia pasado la noche.

En una de esas traslaciones lo vió y reconoció un teniente de Sila llamado Cornelio; pero mediante dos talentos de oro, esto es, dos mil ó dos mil cien pesos de nuestra moneda de hoy, lo dejó escapar.

En Roma se creyó que habia sido preso y hubo casi una revolucion.

En una época en que nadie intercedia sino por sí mismo, todos á porfia fueron á interceder por él. La nobleza en cuerpo y hasta las mismas vestales pidieron su perdon al dictador.

—Sea, puesto que lo quereis, contestó Sila encogiéndose de hombros; pero, cuidado: en ese jóven hay muchos Marios.

En seguida corrieron á la Sabina á anunciar esa noticia á César.

César se habia embarcado.

¿Para dónde?

Nadie lo sabia.—La historia y sus veteranos le echaron en cara mas tarde aquel destierro.

Habia ido á Bitinia, al lado de Nicomedes III.

Hoy apenas se sabe donde caia la Bitinia ni quién era ese Nicomodes. Nosotros lo diremos, pues tenemos la pretension de enseñar á nuestros lectores mas historia que la historia misma.

La Bitinia era la parte nordeste de la Anatolia. Al Norte confinaba con el Ponto-Euxino; al Sur con la Galacia y la Frigia; al Oeste con la Propóntida; al Sud-Oeste con la Pattagonia: sus principales ciudades eran Prusia, Nicomedia y Heraclea. Antes de Alejandro formaba un pequeño reino de la Persia gobernado por Zipetes.

Alejandro tomó al paso aquel reino en su manto macedónico, sobre el modelo del cual habia de fabricar mas tarde á Alejandría, é hizo de él una de sus provincias. Doscientos ochenta y un años antes de Jesucristo, Nicomedes I volvió á hacerlo libre. Aníbal se refugió en él al lado de Prusias II, y allí se envenenó para no verse entregado á los romanos. Bien conocida es la tragedia de Corneille sobre este asunto.

Nicomedes III era hijo de Nicomedes II. Reinó del año 90 al 95 antes de Jesucristo. Espulsado dos veces de sus Estados por Mitridates, dos veces vol-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vió á ser restablecido en ellos por los romanos, y murió legando su reinado á la República

En cuanto á la acusacion dirigida contra César respecto al régio testador, se halla resumido en las coplas que le cantaron mas tarde sus soldados.

"César ha sometido las Galias; Nicomedes ha sometido á César; César triunfó por haber sometido las Galias; Nicomedes no triunfó por haber sometido á César."

César se molestará, ofrecerá justificarse con juramento; pero los soldados se le reirán en la cara y le cantarán la siguiente copla:

"Ciudadanos, guardad vuestras esposas; traemos con nosotros al libertino calvo que compraba las mujeres en las Galias con el oro que habia pedido prestado en Roma."

César se hallaba, pues, al lado de Nicomedes III cuando supo la muerte de Sila.

Sila, en efecto, acababa de morir despues de haber abdicado.

Esa abdicacion imprevista es la admiracion de la posteridad. ¡Pobre posteridad! No se ha entretenido en contar el inmenso número de personas que en Roma tenia interes en que no le sucediese ninguna desgracia á Sila, y que lo guardaba simple particular con mucho mas cuidado que guardaba al dictador, el cual como tal no necesitaba que nadie le guardase, puesto que tenia su guardia.

Habia metido en el Senado trescientas hechuras suyas.

En Roma sola el número de esclavos que habia emancipado,—llamados *Cornelianos* y pertenecientes en su totalidad á los ciudadanos proscritos,—pasaba de diez mil.

Habia hecho propietarios en Italia, dándoles participacion en el *ager publicus*, á ciento veinte mil soldados que habian peleado bajo sus órdenes.

Ademas, ¿puede decirse que hubiera abdicado verdaderamente el hombre que en su quinta de Cumas, la víspera de su muerte, habiendo sabido que el cuestor Granio diferia pagar una cantidad que debia al tesoro esperando su fallecimiento, hacia coger á dicho cuestor y lo hacia estrangular ante sus ojos, al lado de su cama?

Al dia siguiente de aquella ejecucion murió, y de una muerte muy villana por cierto, el que se hacia llamar hijo de Vénus y de la Fortuna, y que tenia la pretension, justificada al parecer, de haber obtenido los favores de todas las mujeres hermosas de Roma: ¡podrido antes de morir! como ciertos cuerpos de que habla el sepulturero de Hamlet: *Rotten before he dies.* Exaló el último suspiro roido por los gusanos, que brotaban de las úlceras de que estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cubierto su cuerpo, y los cuales, parecidos á colonias de emigrantes, no salian de una llaga sino para entrar en otra.

Eso no impidió que sus funerales fuesen quizá su mas bello triunfo.

Llevado de Nápoles á Roma por la vía Appia, el cadáver fué escoltado por los veteranos. Delante de aquel cadáver inmundo marchaban ochenta lictores con sus haces; detras del carro iban dos mil coronas de oro, enviadas por las ciudades, por las legiones, y hasta por simples particulares; al rededor se mantenian los sacerdotes protegiendo el féretro.

Sila, el reconstructor de la aristocracia romana, no era popular, preciso es confesarlo; pero ademas de los sacerdotes, contaba con el Senado, con los caballeros y con el ejército.

Se temió un motin. Sin embargo, los que no habian intentado nada contra el vivo dejaron pasar tranquilamente al muerto. Y el muerto pasó al ruido de las solemnes aclamaciones gritadas á coro por el Senado, y de las sonoras tocatas lanzadas al eco por las trompetas.

Llegó á Roma, el infecto cadáver fué llevado á la tribuna de las arengas y elogiado allí.

En fin, fué enterrado en el campo de Marte, donde nadie habia sido enterrado despues de los reyes.

Luego, aquellas mujeres de quienes él se jactaba

de haber sido el amante, aquellas descendientes de Lucrecia y de Cornelia, llevaron tal inmensa cantidad de aromas, ademas de los que ya habia contenidos en doscientas diez canastillas, que una vez quemado Sila, quedó material suficiente para hacer una estatua del dictador, de tamaño natural, y otra de un lictor llevando las haces ante él.

Muerto Sila en Cumas, elogiado en la tribuna de las arengas y enterradas sus cenizas en el campo de Marte, César vino, pues, á Roma, como hemos dicho arriba.

Ahora bien, ¿en qué estado estaba Roma?

Eso es lo que vamos á tratar de referir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

En la época á que hemos llegado, esto es, el año 80 antes de Jesucristo, Roma no es todavía la Roma que Virgilio llama *la mas bella de las cosas*, el retórico Arístides *la capital de los pueblos*, Ateneo *la miniatura del mundo*, y Polemon el sofista *la ciudad de las ciudades*.

Solo ochenta años mas tarde, hácia la época correspondiente al nacimiento de Cristo, será cuando dirá Augusto: "Hé ahí esa Roma que he encontrado de ladrillo y que dejaré de mármol."

En efecto, el trabajo de Augusto,—del que no tenemos que ocuparnos, pero del cual, sin embargo, no sentimos decir una palabra al paso,—el trabajo de Augusto puede compararse al que tiene hoy lugar entre nosotros, y que cambia el aspecto de esta otra cosa, *la mas bella de las cosas*, de esta otra *capital de*

los pueblos, de esta otra *miniatura del mundo*, de esta otra *ciudad de las ciudades* que se llama Paris.

Volvamos á la Roma de Sila. Veamos de donde habia partido y adonde habia llegado.

Tratad de encontrar entre ese confuso monton de casas que cubre las siete colinas dos prominencias de la altura de la que nosotros denominamos de Santa Genoveva y que se llaman, ó mas bien, se llamaban *Saturnia y Palatium*.

Saturnia es la aldea de paja fundada por Evandro; Palatium es el cráter de un volcán apagado.

Entre esas dos prominencias hay un estrecho valle; en otro tiempo habia en él un bosque; hoy está el Forum.

En ese bosque es donde fueron hallados los dos gemelos históricos y la loba criandera.

Roma ha partido de ahí.

Cuatrocientos treinta y dos años antes de la toma de Troya, doscientos cincuenta despues de la muerte de Salomon, al principio de la sétima olimpiada, en el primer año del gobierno decenal del arconte ateniense Cheropss, estando ya la India decrépita, el Egipto inclinándose hácia la decadencia, la Grecia subiendo los primeros escalones de su grandeza, hallándose la Etruria en todo su apogeo y permaneciendo aún todo el Occidente y todo el Norte en las tinieblas, Numitor, rey de los Albanos, dió á sus dos

nietos, Rómulo y Remo, bastardos de Rea Silvia, su hija, el lugar en que habian sido espuestos y encontrados.

Rómulo y Remo eran los dos gemelos hallados en el bosque donde los amamantaba la loba; el sitio en que esta los amamantaba era el bosque situado en el valle, entre Saturnia y Palatium.

Todavía encontrareis hoy la fuente que regaba ese bosque; se la conoce con el nombre de fuente Jaturno. Segun Virgilio es la hermana de Turno, que llora eternamente la muerte de su hermano.

Tomemos aquí la historia bajo el punto de vista de la tradicion, ya que no tenemos tiempo de examinarla como mito.

Sobre la mas elevada de esas dos prominencias, Rómulo trazó una línea circular.

—Mi ciudad se llamará Roma, dijo, y hé ahí el recinto de sus murallas.

—¡Famosas murallas! contestó Remo saltando por encima de la línea trazada en el suelo.

Indudablemente Rómulo solo esperaba una ocasion para deshacerse de su hermano. Unos dicen que lo mató á golpes con el palo que en la mano tenia; otros que atravesándole el cuerpo con la espada.

Una vez muerto Remo, Rómulo marcó el recinto de la ciudad con un arado.

El hierro de éste tropezó con una cabeza humana.

—Bueno! dijo, ya sabia que mi ciudad se llamaria Roma: la ciudadela se llamará el Capitolio.

Roma, seno; *caput*, cabeza.

En efecto, el *Capitolio* será la cabeza del mundo antiguo; *Roma* el seno de donde los pueblos modernos sacarán la fé.

El nombre, como se vé, es doblemente simbólico.

En aquel momento cruzan el aire doce buitres.

—Prometo á mi ciudad, dice Rómulo, doce siglos de dominio.

Y en efecto, de Rómulo á Augústulo trascurren mil doscientos años.

Entonces Rómulo hace un recuento de su ejército, y vé que tiene en su derredor tres mil hombres de infantería y trescientos de caballería.

Ese es el núcleo del pueblo romano.

Ciento setenta y cinco años mas tarde, Servio Tulio hace otro recuento. Halla ochenta y cinco mil ciudadanos en estado de llevar las armas, y traza un nuevo recinto en que pueden habitar doscientos sesenta mil hombres.

Ese nuevo recinto es el *Pomœrium*, límite sagrado, inviolable, que no puede ser ensanchado sino por los que hayan conquistado una provincia á los bárbaros.

Sila aprovecha ese permiso en 674, César en 710, Augusto en 740.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fuera de ese recinto se estendia un espacio consagrado donde no se podia edificar ni sembrar.

Pero en breve, lo que solo era para Roma un cinturon flojo y colgante como el que rodeaba el talle de César, se convierte en un collar que la ahoga.—A medida que conquista la Italia, la Italia la conquista á ella; á medida que invade el mundo, la invade á su vez.

Ademas, preciso es decirlo, Roma tiene supremos privilegios; el título de ciudadano confiere grandes honores y sobre todo grandes derechos; el ciudadano romano recibe sueldo por votar en el Foro y va grátis al circo.

Sin embargo, todos los ensanches de que hemos hablado no fueron gran cosa.

"El recinto de la ciudad, dice Dionisio de Halicarnaso, escritor del tiempo de Augusto, no se ha extendido mas porque el sitio no lo permite."

Es verdad que al rededor de Roma hay un cinturon de ciudades municipales investidas del derecho de sufragio. Son las antiguas ciudades Sabinas, otras tantas Romas en miniatura: Túsculum, Lavinium, Aricia, Pedum, Nomentum, Privernum, Cumas y Acerre, á las cuales se han agregado, Fondi, Formies y Arpinium.

Despues vienen los municipios sin derecho de sufragio, cuarenta y siete colonias fundadas antes de

la guerra púnica en la Italia central, y otras veinte algo mas apartadas todavía de la ciudad,—pues ya no se dice Roma, sino *la ciudad.*

Todas esas colonias tienen derecho de ciudadanía, pero no de sufragio.

Así, pues, Roma se halla en lo alto de la espiral como la estatua en la cima de la columna.

Debajo de Roma los municipios ó las ciudades con derecho de ciudadanía y de voto; debajo de los municipios las colonias, que solo tenian el derecho de ciudad; en fin, debajo de las colonias los latinos, los italianos, de cuyas mejores tierras se habia apoderado el gobierno en beneficio de los colonos.

Estos últimos estaban libres de todo tributo pecuniario, pero no de la contribucion de sangre; ellos proveian de soldados á los ejércitos romanos: sin embargo eran tratados casi como pueblos conquistados, siendo así que eran los que servian para conquistar á los pueblos.

En el año 172, año de la derrota de los persas, un cónsul manda á los de Prenesta que salgan á recibirlo y le preparen alojamiento y caballos.

Otro hace azotar con varas á los magistrados de una ciudad que no le han proporcionado víveres.

Un censor que construye un templo, hace arrancar el techo del de Juno Liciniana, el mas sagrado de Italia, para acabar el suyo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En Terento un pretor que quiere bañarse en los baños públicos, espulsa de ellos á todo el mundo y hace azotar con varas á uno de los cuestores de la ciudad que quiere oponerse á aquel capricho.

Un vaquero de Venusiun encuentra á un ciudadano romano llevado en su litera,—un simple ciudadano, entiéndase bien.

—¿Qué es eso? dice el vaquero á los esclavos, ¿llevais ahí algun muerto?

Esta palabra disgustó al viajero, que lo hizo matar á palos.

En fin, en Teanum, un pretor hace azotar con varas á los magistrados, porque su mujer no ha hallado vacíos los baños públicos, siendo así que una hora antes habia hecho avisar que pensaba hacer uso de ellos.

Nada de eso hubiera sucedido jamas en Roma.

Es que Roma no se revela á las provincias sino por medio de sus procónsules.

¿Y de qué modo trataban los procónsules á las provincias?

Vamos á verlo con algunos ejemplos.

Todo lo que acabamos de referir es nada comparado con lo hecho por Verres en Sicilia, por Pison en Macedonia, por Gabinio en Siria.

Véase á Ciceron. Bien conocida es su acusacion contra Verres.

Pison impone en Acaya contribuciones por su propia cuenta, y quiere obligar á las doncellas nobles á que sean sus queridas; mas de veinte se arrojan á los pozos para librarse del amor proconsular.

Gavinio es mas aficionado al dinero que á las mujeres, y grita á voz en cuello que la Siria le pertenece por completo, y que ha pagado su proconsulado bastante caro para tener derecho de venderlo todo.

En fin, compúlsese de nuevo á Ciceron, léanse sus cartas á Atico y se verá en qué estado se halla la Bitinia, cuando, prócónsul él á su vez, sucede á Atico, y la admiracion de los habitantes al declararles que se contenta con los dos millones doscientos mil sestercios que el senado le pasa,—esto es, ochenta y ocho mil pesos de nuestra moneda actual, —y que merced á esa cantidad no necesita ni madera para su tienda, ni trigo para su séquito, ni heno para sus caballos.

En la sociedad antigua la ciudad es todo, la provincia nada.

Así una vez tomada Numancia, la España es de los romanos.

Lo mismo sucede con Cartago, que entrega el Africa; con Siracusa, que entrega la Sicilia; con Corinto, que entrega la Grecia.

Juzgad, pues, lo que es Roma, á la cual los augu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res prometen el imperio del mundo, cuando eso sucede con las otras capitales.

Todos van á Roma: los ricos para gozar, los pobres para comer, los ciudadanos nuevos para vender su voto, los retóricos para abrir sus escuelas, los caldeos para decir la buenaventura.

Roma es la fuente universal: pan, honores, fortuna, placeres, todo se halla en Roma.

En vano el Senado manda expulsar, en el año 565, doce mil familias latinas; en el año 581 diez y seis mil habitantes, en el 626 todos los extranjeros... y que sé yo que mas. Olvidaba la ley Fannia, la ley Mucia Licinia y la ley Papia, que son otras tantas sangrías hechas á la poblacion.—Eso no impide que Roma, que no puede estenderse en superficie, se eleve en altura, y que Augusto,—segun cuenta Vitruvio, se vea obligado á expedir una ley que prohibe edificar casas de mas de seis pisos.

Así vemos que Sila, poco tiempo antes de la época á que hemos llegado, afloja un punto el cinturon de Roma, que empezaba á estallar.

¿En qué proporcion cronológica ha aumentado Roma poco á poco?

Vamos á decirlo.

Se recordaba al ilustre prisionero africano conducido á Roma sin orejas,—los lictores se las habian arrancado á fin de apoderarse mas pronto de sus

aretes de oro;—su burlesca frase cuando fué arrojado desnudo en el calabozo Mamertino: *Los baños de Roma son muy frios;* su agonía de seis dias, durante los cuales no desmintió su carácter un solo instante; en fin, su muerte á la conclusion del dia sétimo. *¡Murió de hambre!*

Ingurta era el Abd-el-Kader de su época.

Ya empezaba á haber muchos celos en Roma contra Mario, y sin duda iba á purgar sus victorias del modo habitual, como Arístides, como Temístocles, cuando de repente un grito lanzado de las Galias atrajo todas las miradas hácia Occidente.

Trescientos mil bárbaros, huyendo del Océano desbordado, descendian hacia el Mediodía! Habian dado vuelta á los Alpes por la Helvecia, habian penetrado en las Galias y se habian reunido á las tribus címbricas, en las cuales habian reconocido antiguos hermanos

En efecto, la noticia era desastrosa.

El cónsul Cayo Servilio Cepion habia sido atacado por los bárbaros, y de ochenta mil soldados y cuarenta mil esclavos solo diez hombres habian logrado salvarse.

El cónsul se hallaba en el número de aquellos diez hombres.

Solo Mario, casi tan bárbaro como aquellos bárbaros, podia salvar á Roma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Partió, acostumbró sus tropas á la vista de aquellos terribles enemigos, mató cien mil cerca de Aix, obstruyó el Ródano con sus cadáveres y fertilizó todo un valle para siglos con aquel abono humano.

Eso por lo que hace á los teutones.

Despues alcanzó á los címbrios, que estaban ya en Italia.

Sus diputados llegaron junto á él.

—Dános, le dijeron, tierras para nosotros y nuestros hermanos, y á ese precio te concedemos la vida á tí y á los tuyos.

Mario le contestó.

—A vuestros hermanos los teutones les hemos dado ya tierras que guardarán eternamente y por lo que hace á vosotros vamos á dároslas iguales.

En efecto, los derribó y enterró á todos en el campo de batalla de Verceil.

Y aquella terrible aparicion del Norte se habia desvanecido como humo y Roma no habia visto de todos aquellos bárbaros mas que á su rey Teutobocco, que saltaba de un solo brinco seis caballos colocados de frente y cuya cabeza, al entrar prisionero en Roma, descollaba sobre los trofeos mas altos.

Entonces Mario habia sido llamado el tercer fundador de Roma.—El primero era Rómulo; el segundo Camilo.

Se hacian libaciones en nombre de Mario como en nombre de Baco y de Júpiter.

Y él mismo, embriagado con su doble victoria, no bebia ya sino en una copa de dos asas, en la cual decia la tradicion que habia bebido Baco despues de su conquista de las Indias.

Se olvidaba la muerte de Saturnio, lapidado ante sus ojos, el año mismo del nacimiento de César; se olvidaba que habia rehusado el combate que le ofrecian los italianos, perdiendo así la mejor ocasion de vencerlos; se olvidaba que habia hecho dejacion del mando so pretesto de hallarse enfermo de los nervios, esperando que Roma caeria tan abajo, que se veria obligada á echarse en sus brazos. Solo se recordaba su cabeza puesta á precio, su fuga á los pantanos de Minturno y su prision, en la que un cimbrio no habia osado degollarlo.

Su muerte, como la de Rómulo, permanecia oculta en una nube, sin que nadie percibiese que aquella nube era el doble vapor del vino y de la sangre.

Solo hacia dos años que habia muerto Mario; pero Sila, que le habia sobrevivido, habia hecho de él un dios.

A esas pasiones, vivas todavía, era, pues, á las que habia apelado César resucitando á Mario.

A los gritos lanzados por la poblacion de Roma en el Capitolio y en el Forum, el Senado se reunió. A

aquel solo nombre de Mario, los patricios temblaban en sus sillas curules.

Cátulo Lutacio se levantó; "era, dice Plutarco, un hombre muy estimado entre los romanos;" se levantó, decimos, y acusó á César.

—César, dijo, no ataca ya al gobierno con miras secretas; apresta abiertamente sus máquinas contra él.

Pero César se adelanta con la sonrisa en los lábios, toma la palabra, halaga todas las vanidades, calma todos los temores, se hace perdonar, y al salir del Senado se ve rodeado de sus partidarios que le gritan: ¡Viva César! ¡Bravo, César! Conserva tu altivez; no te humilles á nadie. El pueblo está por tí, te sostendrá, y con su ayuda vencerás á todos tus rivales.

Aquel fué uno de los primeros y mas grandes triunfos de César.

Pero no todos los dias se presenta una ocasion, aun siendo uno César, de hacer hablar de sí;—testigo Bonaparte, encerrado con Junot en la pequeña habitacion de la calle de Mail.—Así, pues, César acaba de comprar la quinta de Aricia; es la mas hermosa de las inmediaciones de Roma; ha gastado en ella millones.

—No me gusta, dice de pronto; me habia engañado.

Y la hace derribar.

Alcibiades cortaba las orejas y la cola á su perro; eso era menos costoso; pero tambien es preciso decir que los griegos eran una clase de papanatas algo diferentes de los romanos.—Por lo demas, ya hablaremos mas tarde de ese Alcibiades, que mas de una vez sirvió de modelo á César, y que, hermoso, rico, generoso, libertino y valiente como él, murió, tambien como él, asesinado.

La quinta de Aricia ocupó á Roma por espacio de un mes.

¿Qué iba á hacer César? Su imaginacion estaba agotada; su bolsa vacía.

Afortunadamente en ese tiempo murió Metelo, el gran pontífice.

César necesita el gran pontificado; si no, ¡cuidado con los alguaciles!

Pero la situacion era grave; dos senadores, Isáurico y Cátulo, hombres ilustres é influentes, solicitaban el mismo cargo.

César se echó á la calle y se anunció en voz alta como su rival.

Temiendo Cátulo aquella rivalidad, le hizo ofrecer cuatro millones para que se retirara.

César se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que haga con sus cuatro millones?

dijo. Necesito lo menos cincuenta para que mi fortuna iguale á cero.

Así, pues, segun su propia confesion, César á los treinta y seis años debia cincuenta millones.

Creemos que fueran millones de sextercios, y no de pesos, los que debia. En ese caso solo serian unos dos millones y medio de nuestra moneda. Poco era para César. Quizá la verdad esté en un término medio entre sextercios y pesos.

Cátulo le hizo ofrecer entonces seis millones.

—Decid á Cátulo, contestó César, que pienso gastar doce para vencerlo.

Echó mano de todos sus recursos, vació los bolsillos de todos sus amigos y se dirigió á los comicios con dos ó tres millones. Era su resto.

Afortunadamente contaba ademas con su popularidad.

El gran dia llegó al cabo. Su madre lo acompañó hasta la puerta con lágrimas en los ojos.

En el dintel le dió el último beso.

—Oh! madre! le dijo él, hoy volverás á ver á tu hijo, ó gran pontífice ó desterrado.

El combate fué largo y encarnizado. Al fin César triunfó por completo. Tuvo mas sufragios en solo las dos tríbus de sus rivales, Isáurico y Cátulo, que estos en todas las otras reunidas. El partido aristocrático habia sido derrotado. ¿Adónde no podia llegar César, sostenido como estaba, por el pueblo?

Entonces fué cuando Pison, Cátulo y los que los rodeaban, reprocharon á Ciceron no haber atacado á César cuando la Conspiracion de Catilina.

En efecto, durante aquella corta época de apuros pecuniarios de César, habia estallado la famosa conspiracion, una de las grandes catástrofes de la historia de Roma, y uno de los grandes acontecimientos de la vida de César.

Veamos en qué situacion se hallaba Roma cuando Catilina dirigió á Ciceron aquella célebre frase que tan bien reasumia el estado de las cosas.

—Veo en la república una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; yo seré esa cabeza.

Los hombres importantes de aquella época eran, aparte de César, Pompeyo, Craso y Ciceron.

Pompeyo, tan impropiamente llamado *el Grande*, era hijo de Pompeyo Strabon; habia nacido ciento seis anos de Cristo; tenia, pues, seis años mas que César.

Su nombre y su fortuna militar habian empezado en las guerras civiles, siendo teniente de Sila, batiendo á los tenientes de Mario, recobrando la Cisalpina, sometiendo la Sicilia, aniquilando á Domicio Ahenobarbo en Africa, matando á Carbon en Corsira.

A los veintitres años habia formado tres legiones

y derrotado á tres generales. Despues habia ido á reunirse con Sila.

Sila, que necesitaba hacer de él un amigo, se levantó al verlo y lo saludó con el nombre de *Grande*.

El nombre le quedó.

"La fortuna es mujer, decia Luis XIV á Mr. de Villery, que acababa de hacerse derrotar en Italia; ama á los jóvenes y detesta á los viejos."

La fortuna amó á Pompeyo mientras fué jóven.

Cuando murió Sila, Roma volvió los ojos hácia Pompeyo.

Se trataba de terminar tres guerras comenzadas; la de Lépido, la de Sertorio y la de Espártaco.

La de Lépido fué casi un juego; Lépido era un hombre sin valor ninguno.

No podia decirse eso de Sertorio, viejo teniente de Mario y uno de los cuatro tuertos célebres de la antigüedad.—Ya se sabe que los otros tres fueron Filipo, Antígono y Aníbal.—Muy jóven todavía Sertorio habia peleado contra los cimbrios á las órdenes de Cepion, y cuando éste habia sido derrotado, Sertorio habia atravesado á nado el Ródano—*Rhodanus Celer*—con su coraza y su escudo. Despues, cuando Mario fué á tomar el mando del ejército, Sertorio, vestido con traje céltico, se habia mezclado á los bárbaros, habia permanecido tres dias entre ellos y despues habia vuelto á decir á Mario todo lo que

habia observado. Mas tarde habia previsto el advenimiento de Sila y habia pasado á España, donde era muy estimado de los bárbaros.—Bien sabido es que sesenta años antes de Jesucristo, los romanos llamaban *bárbaro* á todo lo que no era romano; como cuatrocientos años antes los griegos llamaban bárbaro á todo lo que no era griego.—En Africa habia descubierto la tumba de Libio Anteo, ahogado por Hércules, y, único entre todos los hombres, habia medido los huesos del gigante y reconocido que tenia mas de sesenta codos; despues los habia vuelto á enterrar, declarando sagrada la tumba. Todo era misterio en él; tenia correspondencia con los dioses por medio de una cierva blanca. Tan astuto como valiente, todos los disfraces le eran familiares; así habia podido atravesar, sin ser reconocido, las legiones de su enemigo Metelo, al cual desafió á singular combate, que aquel no quiso aceptar. Ademas, cazador hábil é infatigable, cruzaba los desfiladeros mas escarpados de los Alpes y de los Pirineos persiguiendo á las gamuzas y despues tornaba á pasar por los mismos sitios para huir del enemigo ó para atacarlo. Poco á poco se habia hecho dueño de la Galia Narbonense, y quizá un dia ú otro iba Trebia á verlo descender de los montes como á otro Aníbal. Pompeyo corrió á auxiliar á Metelo y ambos reunidos le obligaron á entrar en España. Sin embargo,

aun retirándose, batió á Metelo en Itálica y á Pompeyo en Lausona y en Sucro.—Rehusó constantemente las ofertas que le hizo hacer Mitrídates y acabó por ser asesinado á traicion por su teniente Perpenna.

Consumada su primera revolucion, nombrados cónsules Bruto y Colatino, Roma se ocupa por de pronto en rechazar lejos de sí el elemento etrusco, como la Francia de Hugo Capeto rechaza el elemento carlovingio. Luego pasa á la conquista de los territorios circunvecinos.

Despues de haberse agregado los latinos y los hernicos, somete los volscos, toma á Veïes, arroja á los galos del Capitolio y encomienda á Papirio Cursor la guerra de los Samnitas, que abraza la Italia desde la Etruria hasta la punta de Regium.

Luego, mirando en su derredor, viendo la Italia sometida, pasa á las conquistas extranjeras.

Estas heridas, se llaman Trebia, Trasimeno y Cannas.

Afortunadamente para Roma, Aníbal se ve abandonado por el partido de los comerciantes de su patria, lo dejan en Italia, sin dinero, sin hombres, sin refuerzos.

Escipion, por su parte, pasa á Africa; Aníbal ha dejado de tomar á Roma; Escipion va á tomar á Cartago.

Aníbal se coloca entre él y la ciudad africana y pierde la batalla de Zama; se refugia al lado de Prusias y se envenena para no caer en poder de los romanos.

Una vez abatido ese terrible enemigo, las conquistas siguen su curso.

Antioco entrega la Siria; Filipo la Grecia; Yugurta la Numidia.

Entonces Roma no tiene mas que conquistar el Egipto y será dueña de ese gran lago que se llama el Mediterráneo, maravillosa extension de agua surcada por la civilizacion de todas las edades, que atraviesan los egipcios para ir á poblar la Grecia, los fenicios para ir á fundar á Cartago, los foceos para ir á edificar á Marsella; vasto espejo en que se han reflejado una tras otra Troya, Cánope, Tiro, Cartago, Alejandría, Aténas, Tarento, Sibaris, Regium, Siracusa, Selinunta y Numancia, y donde Roma se refleja á su vez majestuosa, potente, invencible.

Recostada en las orillas septentrionales de ese lago, tiende un brazo hácia Ostia, otro hácia Brindis, y tiene bajo su mano las tres partes del mundo conocido: la Europa, el Asia y el Africa.

Gracias á ese lago, antes de sesenta años irá á donde quiera y por donde quiera. por el Ródano al corazon de la Galia; por el Eridan al corazon de Ita-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lia; por el Tajo al corazon de España; por el estrecho de Cádiz al Océano y á las islas Casitérides, esto es, á Inglaterra; por el estrecho de Sestos al Ponto-Euxino, esto es, á la Tartaria; por el mar Rojo á la India, al Tibet, al Océano Pacífico, es decir, á la inmensidad; por el Nilo, en fin, á Menfis, á Elefantina, á Etiopia, al Desierto, esto es, á lo desconocido.

Tal es esa Roma que acaban de disputarse Mario y Sila, que van á disputarse César y Pompeyo y que heredará Augusto.

III

¿Qué representaban esos dos hombres que acababan de luchar á muerte, Mario y Sila?

Mario representaba á la Italia; Sila representaba á Roma.

La victoria de Sila sobre Mario habia sido el triunfo de Roma sobre Italia, el de los nobles sobre los ricos, el de los hombres de lanza sobre los hombres de anillo, el de los quirites sobre los caballeros.

Seiscientos de estos y cuarenta senadores del mismo partido fueron proscritos. Aquí proscrito no quiere decir desterrado, sino muerto, asesinado, degollado.

Sus bienes pasaron á los soldados, á los generales, á los senadores.

Mario habia matado brutalmente, como un palurdo de Arpinium.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lia; por el Tajo al corazon de España; por el estrecho de Cádiz al Océano y á las islas Casitérides, esto es, á Inglaterra; por el estrecho de Sestos al Ponto-Euxino, esto es, á la Tartaria; por el mar Rojo á la India, al Tibet, al Océano Pacífico, es decir, á la inmensidad; por el Nilo, en fin, á Menfis, á Elefantina, á Etiopia, al Desierto, esto es, á lo desconocido.

Tal es esa Roma que acaban de disputarse Mario y Sila, que van á disputarse César y Pompeyo y que heredará Augusto.

III

¿Qué representaban esos dos hombres que acababan de luchar á muerte, Mario y Sila?

Mario representaba á la Italia; Sila representaba á Roma.

La victoria de Sila sobre Mario habia sido el triunfo de Roma sobre Italia, el de los nobles sobre los ricos, el de los hombres de lanza sobre los hombres de anillo, el de los quirites sobre los caballeros.

Seiscientos de estos y cuarenta senadores del mismo partido fueron proscritos. Aquí proscrito no quiere decir desterrado, sino muerto, asesinado, degollado.

Sus bienes pasaron á los soldados, á los generales, á los senadores.

Mario habia matado brutalmente, como un palurdo de Arpinium.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sila mató de un modo aristocrático, metódico, regular. Todas las mañanas hacia su lista y todas las noches sumaba el total.

Habia cabeza que se tasaba en doscientos talentos, esto es, doscientos diez mil duros.

Otras no valian mas que su peso en plata.

La historia habla de un asesino que echó plomo derretido en el cráneo de una que se le mandó cortar á fin de que pesara mas.

El ser rico era un motivo para ser proscrito: este lo era por sus palacios, aquel por sus jardines, el otro por sus fincas.

Un hombre que jamás habia tomado partido ni por Mario ni por Sila, ve un dia su nombre en una lista.

—¡Desdichado! exclama, mi quinta de Alba es la que me quita la vida.

Las proscripciones no se limitaban á Roma: se estendian á toda la Italia.

No solo los sospechosos eran condenados á muerte, desterrados, despojados, sino tambien sus parientes, sus amigos, hasta aquellos que al encontrarlos huyendo habian cambiado con ellos una sola palabra.

Se proscribian las ciudades lo mismo que los individuos; entonces eran saqueadas, desmanteladas, despobladas.—La Etruria quedó casi enteramente arrasada. En cambio se fundó una ciudad en el valle del Arno bajo el nombre sacerdotal de Roma, *Flora*.

Porque Roma tenia tres nombres: uno civil, *Roma;* otro misterioso, *Eros ó Amor;* y otro sacerdotal, *Flora ó Antusa*.

Flora se llama hoy Florencia. Aquí la etimología es fácil de hallar.

Sila habia esterminado la antigua raza italiana so pretesto de asegurar la tranquilidad de Roma. Esta, segun Sila, se hallaba amenazada de los aliados, los cuales habian hecho seña á los bárbaros de que podian venir, y los caldeos, los frigios y los sirios habian acudido de todos lados.

A la muerte de Sila el pueblo de Roma no era ya Romano; no era ni siquiera un pueblo; era una turba de libertos é hijos de libertos, cuyos abuelos y padres y hasta ellos mismos habian sido vendidos públicamente en las plazas de la ciudad. Arriba hemos dicho que Sila, solo, habia emancipado diez mil.

Ya en tiempo de los Gracos, esto es, ciento treinta años antes de Jesucristo, cosa de cincuenta antes de la muerte de Sila, el Foro estaba lleno únicamente de esa canalla.

Así, un dia que hacian mucho ruido, impidieron hablar á Escipion Emiliano:

—Callad, bastardos de Italia! gritó este.

Y como le amenazasen, se dirigió á los que le mostraban los puños y les dijo:

—En vano es cuanto hagais: los que yo he traido encadenados á Roma en un tiempo, no me causarán miedo, por mas sueltos que hoy se hallen.

Y efectivamente, callaron ante Escipion Emiliano.

A esa Roma, en medio de ese pueblo, era adonde, una vez muerto Sila, volvia César, esto es, el sobrino y heredero de Mario

Sea que no creyese llegada aún la hora de marcar su puesto, ó que—como Bonaparte al pedir servicio en Turquía despues del sitio de Tolon,—no viese claro todavía en su fortuna, César no hizo mas que tocar un momento en Roma, y en seguida volvió á salir para Asia, donde empezó su carrera militar sirviendo á las órdenes del pretor Termo. Quizá,—y es lo mas probable,—esperaba que se calmasen los disturbios causados por cierto Lépido.

No debe confundirse á este Lépido con el triunviro. El individuo de que ahora nos ocupamos era un aventurero, un quídam, hijo del acaso, el cual, derrotado por Cátulo, murió de pesar.

Mas tranquila ya Roma, César volvió á ella á acusar de concusion á Dolabela.

La acusacion era un medio excelente no solo para hacerse conocer sino para llegar pronto á la popularidad. Solo que era preciso ó vencer ó ir al destierro.

César fracasó en su empresa.

Entonces resolvió retirarse á Ródas, tanto para ocultarse de los nuevos enemigos que su fallido intento acababa de grangearle, como para dedicarse allí á la elocuencia, que por lo visto no habia cursado bastante, puesto que Dolabela le habia vencido.

En efecto, en Roma todo el mundo era abogado, poco ó mucho; se discutia pocas veces, pero se perroraba siempre; los discursos eran verdaderas arengas, declamadas, moduladas, cantadas. Muchos oradores llevaban tras sí un tocador de flauta que les daba el *la* y les recordaba el tono y la medida cuando desafinaban.

Todos tenian derecho de acusar.

Si el acusado era ciudadano romano, quedaba en libertad; un amigo daba fianza por él, y la mayor parte de las veces lo recibia en su casa un magistrado.

Cuando el acusado era un caballero, un quirite, un patricio, el suceso causaba gran sensacion en Roma; era la noticia de que hablaban todos. El senado tomaba partido en pró ó en contra de la acusacion. Mientras llegaba el gran dia, los amigos del acusador ó del acusado subian á la tribuna y excitaban al pueblo en favor de este ó de aquel. Cada uno buscaba pruebas, compraba testigos, se ingeniaba de mil

modos, en fin, para hallar la verdad, ó á falta de esta, la mentira. Al efecto tenian un mes á su disposicion.

—Un hombre rico no puede ser condenado! decia en alta voz Ciceron.

Y Léntulo, absuelto por dos votos de mayoría, esclamaba:

—He tirado cincuenta mil sextercios por la ventana!

Era lo que habia pagado por uno de los dos votos, el cual resultaba supérfluo, pues que uno solo hubiera bastado para hacerlo absolver.

Verdad es que era algo peligroso el no contar mas que con un voto.

El acusado, mientras llegaba el dia del juicio, recorria las calles de Roma cubierto de harapos; iba de puerta en puerta implorando la justicia y hasta la misericordia de sus conciudadanos, poniéndose de rodillas ante sus jueces, rogando, suplicando, llorando.

¿Quiénes eran esos jueces?

Tan pronto unos, tan pronto otros.

Se les cambiaba para que los nuevos no se vendiesen como los anteriores,—y los nuevos se vendian mas caros que aquellos.

Los Gracos, con la ley Sempronia, arrebataron

en 630 ese privilegio á los senadores y se lo dieron á los caballeros.

Sila, en 671, con la ley Cornelia, compartió ese poder entre los tribunos, los caballeros y los representantes del Tesoro.

Como ya hemos dicho, César habia tenido anteriormente un negocio en el Senado, bajo el imperio de la ley Cornelia.

El debate duraba un dia ó dos y algunas veces tres.

Bajo el ardiente cielo de Italia, en aquel Forum en que los dos partidos se chocaban como las olas de un mar agitado, la tempestad de las pasiones rugía y los relámpagos del odio pasaban como serpientes de fuego sobre las cabezas de los oyentes.

Despues los jueces, sin tratar de ocultar en manera alguna sus simpatías ó sus antipatías, pasaban á depositar su voto en la urna. Dichos jueces eran unas veces ochenta, otras ciento, y otras mas aún, y sus votos absolvian ó *permitian* el destierro al culpable.

Así fué como el año 72 se permitió el destierro á Verres á consecuencia de la acusacion de Ciceron.

La letra A, que queria decir *absuelvo*, habia tenido mayoría en el asunto de Dolabela y Dolabela habia sido absuelto.

Como hemos dicho arriba, César salió de Roma:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Léase: se vió obligado á huir de Roma; y pasó á Rodas.

En Rodas pensaba encontrar un famoso retórico llamado Molon; pero César contaba sin los piratas. César *no llevaba todavía consigo su fortuna* y lo cogieron los piratas que infestaban el Mediterráneo.

Digamos una palabra sobre esos piratas, que hácia el año 80 antes de Jesucristo, desempeñaban sobre poco mas ó menos en los mares de Sicilia y Grecia el papel que desempeñaron en el siglo XVI los corsarios de Argel, Trípoli y Tunez.

IV

Esos piratas habian sido en otro tiempo, en su mayor parte, auxiliares de Mitrídates; pero habiendo batido Sila á este en el año 94 antes de Jesucristo, habiéndole tomado la Jonia, la Lidia y la Misia, habiéndole matado doscientos mil hombres, habiendo destruido todos sus buques, y habiéndolo reducido á los Estados de su padre, los marinos del rey del Ponto se hallaron sin ocupacion y no pudiendo combatir ya por cuenta del padre de Farnaces resolvieron combatir por cuenta propia.

A ellos se agregaron porcion de sicilianos, sirios, chipriotas y panfilianos, á quienes las depredaciones de los procónsules romanos enviados á Oriente habian sacado fuera de quicio.

Roma, ocupada en las guerras entre Mario y Sila, dejaba el mar sin defensa. Los piratas se apoderaron de él.

Pero no se limitaban ya á atacar las barcas, las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Léase: se vió obligado á huir de Roma; y pasó á Rodas.

En Rodas pensaba encontrar un famoso retórico llamado Molon; pero César contaba sin los piratas. César *no llevaba todavía consigo su fortuna* y lo cogieron los piratas que infestaban el Mediterráneo.

Digamos una palabra sobre esos piratas, que hácia el año 80 antes de Jesucristo, desempeñaban sobre poco mas ó menos en los mares de Sicilia y Grecia el papel que desempeñaron en el siglo XVI los corsarios de Argel, Trípoli y Tunez.

IV

Esos piratas habian sido en otro tiempo, en su mayor parte, auxiliares de Mitrídates; pero habiendo batido Sila á este en el año 94 antes de Jesucristo, habiéndole tomado la Jonia, la Lidia y la Misia, habiéndole matado doscientos mil hombres, habiendo destruido todos sus buques, y habiéndolo reducido á los Estados de su padre, los marinos del rey del Ponto se hallaron sin ocupacion y no pudiendo combatir ya por cuenta del padre de Farnaces resolvieron combatir por cuenta propia.

A ellos se agregaron porcion de sicilianos, sirios, chipriotas y panfilianos, á quienes las depredaciones de los procónsules romanos enviados á Oriente habian sacado fuera de quicio.

Roma, ocupada en las guerras entre Mario y Sila, dejaba el mar sin defensa. Los piratas se apoderaron de él.

Pero no se limitaban ya á atacar las barcas, las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

galeras y hasta los buques de mayor porte; "devastaban, dice Plutarco, las islas y las ciudades marítimas."

Bien pronto á aquella multitud de aventureros y de hombres sin importancia se unieron los proscritos de Sila, esto es, nobles y caballeros. Así como la palabra *bandido* ha venido á nosotros de la voz *bandito*, así la piratería llegó á ser una reaccion del Oriente contra el Occidente, una especie de oficio, si no honroso, al menos pintoresco y poético, que pudo proporcionar, á los Byron y los Cárlos Nodier de la época, tipos como Conrado y Juan Sbogar.

Tenian arsenales, puertos, torres de observacion y ciudadelas perfectamente fortificadas. Cambiaban de la tierra al mar y del mar á la tierra señales comprendidas de ellos solos, á distancias considerables.

Sus escuadras estaban provistas de buenos remeros, de excelentes pilotos, de marinos consumados. Sus buques se construian á su vista por los mejores constructores en Grecia ó en Sicilia. Algunos asombraban por su magnificencia: las popas de los que montaban los gefes principales estaban doradas; las habitaciones tenian tapices de púrpura; batian el mar con remos plateados; erigian, en fin, el bandidaje en trofeo.

A veces se oia de noche desde una ciudad situada á la orilla del mar, una música que rivalizaba en dulzura y melodía con el canto de las sirenas, y se veía pasar un castillo flotante iluminado como una ciudad en tiempo de fiesta. Eran los piratas que daban á bordo concierto y baile.

Frecuentemente al dia siguiente la ciudad contestaba á los cantos de la víspera con gritos de desesperacion, y la fiesta sangrienta sucedia á la fiesta perfumada.

Se contaban mas de mil de esos buques surcando el mar interior de Gades á Tiro, y de Alejandría al estrecho de Lesbos.

Mas de cuatrocientas ciudades habian sido ya tomadas y obligadas á pagar rescate. En fin, templos sagrados hasta entonces, habian sido hollados, profanados, saqueados; los de Claros, de Dídimo, de Samotracia, los de Céres en Hermione, de Esculapio en Epidauro, de Juno en Samos, de Apolo en Actium y en Léucade, de Neptuno en el istmo, en Ténaro y en Celauria.

En cambio aquellos bandidos hacian sacrificios á sus dioses y celebraban misterios secretos, entre ellos los de Mitrha, que fueron los primeros en hacer conocer.

A veces desembarcaban y se hacian salteadores de caminos; infestaban las vías todas y destruían las casas de recreo próximas al mar.

Un dia apresaron dos pretores vestidos con sus mantos de púrpura, y ademas los lictores que llevaban ante ellos las haces.

Otro dia tocó el turno á la hija de Antonio, magistrado que habia sido honrado con el triunfo, y se vió obligado á pagar un enorme rescate.

A veces un prisionero, olvidando con quiénes tenia que habérselas, exclamaba para inspirarles respeto:

—¡Cuidado! ¡soy ciudadano romano!

Entonces gritaban ellos.

¡Ciudadano romano! ¿Por qué no lo decias antes, señor? ¡Pronto! que le traigan al ciudadano romano su trage, su calzado, su toga, á fin de que nadie lo vuelva á desconocer en lo sucesivo!

Luego, cuando el ciudadano habia acabado de arreglarse, ponian el buque en facha, tendian al costado una escalera cuyo extremo llegaba al mar y decian al orgulloso prisionero:

—Ciudadano romano, libre teneis el camino, volved á Roma.

Y si él mismo no se lanzaba de buen grado al mar, lo precipitaban en él á la fuerza.

Hé ahí los hombres en cuyas manos habia caido César.

En seguida le pidieron veinte talentos por su rescate.

Bah! dijo César burlándose, parece que no sabeis la presa que habeis hecho; ¡veinte talentos por el rescate de César! César os dará cincuenta. Solo que, ¡cuidado! una vez libre César, os hará crucificar.

Cincuenta talentos era entonces tanto como hoy cincuenta y dos mil quinientos pesos.

Los bandidos aceptaron el tratado riéndose.

César mandó al instante todo su séquito á recoger aquella cantidad, quedándose solo con un médico y dos ayudas de cámara.

Treinta y ocho dias permaneció con sus cilicianos, "hombres muy inclinados al asesinato," dice Plutarco, y los trataba con tal desprecio, que cada vez que iba á dormir les hacia decir que se callaran; despues, cuando despertaba, jugaba con ellos, escribia poesías ó hacia discursos, tomándolos por oyentes y llamándolos brutos y bárbaros si no lo aplaudian cuando él creia que sus versos ó sus discursos lo merecian.

Luego, al fin de cada juego, de cada conferencia ó de cada lectura:

—Bueno, decia César separándose de ellos, eso no impedirá que un dia ú otro os haga morir en cruz como os tengo ofrecido.

Y ellos se reian de aquella promesa, llamándolo buen muchacho y celebrando su humor jovial.

Al fin llegó el dinero de Mileto.

Los piratas, fieles á su palabra, dejaron en liber-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tad á César, el cual, desde el bote que lo conducia al puerto, les gritó por última vez:

—¿Ya sabeis que he prometido haceros crucificar?

—Sí! sí! le contestaron ellos.

Y sus carcajadas lo acompañaron hasta tierra.

César era hombre de palabra. Apenas hubo desembarcado, armó buques, persiguió al que lo habia aprehendido, lo aprehendió á su vez, hizo dos partes de la presa, una del dinero y otra de los hombres, encerró á estos en las prisiones de Pérgamo, y en seguida fué personalmente á ver á Junio que gobernaba el Asia, á pedirle el castigo de los piratas, pues no queria quitarle ninguno de sus privilegios de pretor. Pero Junio, viendo la enorme cantidad de oro y plata cogida á aquellos, contestó que la cosa merecia ser examinada despacio.

Aquello queria decir, en buen latin, que el pretor queria dar tiempo á los piratas para que doblaran la cantidad entregada, despues de lo cual los soltaria.

Eso no le convenia á César; semejante venalidad le haria faltar á su palabra.

Así, pues, volvió á Pérgamo, se hizo entregar los presos, y por medio de sus marineros los hizo clavar en cruz á todos ante sus ojos.

Tenia veintiun años escasos cuando ordenó aquella ejecucion.

Cosa de un año despues volvió César á Roma.

Habia estudiado en Ródas, al par de Ciceron, no con Melon, que habia muerto en el intervalo, sino con Apolonio su hijo.

Sin embargo, viendo en breve que el estudio de la elocuencia era una cosa muy poco en armonía con la necesidad de accion que lo devoraba, partió á Asia, armó un cuerpo de tropas por su cuenta, espulsó de la provincia á un teniente de Mitridates que habia entrado en ella, y mantuvo en el deber á los que se mostraban indecisos ó vacilantes.

Despues volvió á aparecer en el Forum.

Su aventura con los piratas habia causado algun ruido; su espedicion á Asia no habia dejado de tener algun eco; era, pues, lo que los ingleses llamarian en nuestros dias un hombre excéntrico, y los franceses un héroe de novela.

Hasta los rumores esparcidos sobre él y Nicomedes, que hacian reir á los hombres, inspiraban curiosidad á las mujeres.

Cuando las mujeres se encargan de la celebridad de un hombre, pronto está hecha su reputacion. César, jóven, hermoso, noble y pródigo, fué en breve el hombre á la moda.

Se dedicó á la vez á los negocios del corazon y á los negocios de Estado; al amor y á la política.

De esa época deben datar las palabras de Ciceron:

—¡El un ambicioso! ¡Ese hermoso jóven que se rasca la cabeza con un solo dedo para no descomponerse el peinado! No, no puedo creer que ponga jamas en peligro á la república.

Entretanto, César se hacia nombrar tribuno de los soldados en competencia con Cayo Popilio, al cual venció.

Desempeñando aquel cargo fué cuando empeñó la lucha contra Sila.

Sila habia restringido mucho el poder de los tribunos. César hizo valer la ley Plautia y llamó á Roma á Lucio Cinna, su cuñado, y á los partidarios de aquel Lépido de que hemos hablado arriba, los cuales, muerto su gefe, habian huido al lado de Sertorio.

Ya nos ocuparemos mas tarde de ese otro capitan aventurero, fiel, contra toda costumbre, á Mario, al cual debia su fortuna. Por ahora volvamos á César.

César continuaba su camino; elegante, generoso, apasionado con las mujeres, gracioso en la calle, saludando á todo el mundo, estrechando con su blanca mano las manos mas rudas, como ya hemos dicho, y soltando de tiempo en tiempo estas palabras, cuando alguno estrañaba sus estremadas condescendencias con el pueblo:—Acaso, antes que todo, no soy el sobrino de Mario?

Ahora bien: ¿de dónde sacaba César el dinero que gastaba?

Era un misterio; pero todo misterio excita la curiosidad, y cuando el hombre misterioso es al propio tiempo un hombre simpático, la popularidad se aumenta con el misterio mismo.

En fin, César á los veintiun años tenia la mejor mesa de Roma; la bolsa que colgaba de aquel cinturon flojo que le reprochaba Sila, estaba siempre llena de oro; ¿qué les importaba á aquellos á quienes la bolsa auxiliaba, la fuente de donde aquel oro salia?

Como quiera que fuera, su debe y su haber estaban casi á la vista.

Antes de su tribunado se sabia ya que estaba empeñado en mil trescientos talentos; léase un millon doscientos treinta mil pesos.

—¡Bueno! decian sus enemigos, dejadlo proseguir y ese loco acabará por quebrar.

—Dejadme seguir así, decia César, y la primera revolucion liquidará mis deudas.

Despues del tribunado fué investido de la cuestura.

Durante el desempeño de ese cargo fué cuando perdió á Julia, su tia, y á Cornelia, su mujer, y pronunció el elogio de ambas.

Ya hemos dicho al principio de este libro, que elogiando á su tia, exaltando su comun orígen, se es-

presó en estos términos: "Descendemos, por un lado, de Anco Marcio, uno de los primeros reyes de Roma, y por el otro, de la diosa Vénus; mi familia, pues, reune la santidad de los reyes, que son los señores de los hombres, y la majestad de los dioses, que son los señores de los reyes."

El discurso produjo gran efecto.

"César, dice Plutarco, hubiera sido el primer orador de su tiempo, si no hubiera preferido ser el primer general."

Aquella fué una ocasion que se le presentó á César para conocer la estension de su influencia naciente.

V

Era uso antiguo en Roma pronunciar discursos sobre los cuerpos de las mujeres de cierta edad, y la tia de César se hallaba en ese caso, pues contaba ya mas de sesenta años; pero nunca se habian pronunciado sobre los cuerpos de las jóvenes. Ahora bien; la mujer de César, cuya oracion fúnebre acababa este de pronunciar, tenia veinte años apenas.

Así cuando empezó el elogio de Cornelia, se alzaron algunas voces contra el orador; pero el pueblo, que se hallaba allí agrupado en inmenso número, impuso silencio á los oponentes, y César pudo continuar en medio de los aplausos del mismo pueblo.

El regreso á su casa de la calle Suburra, fué un triunfo.

César acababa de proporcionar una nueva diversion, con el elogio de las jóvenes muertas, á aquel pueblo de ociosos y aburridos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presó en estos términos: "Descendemos, por un lado, de Anco Marcio, uno de los primeros reyes de Roma, y por el otro, de la diosa Vénus; mi familia, pues, reune la santidad de los reyes, que son los señores de los hombres, y la majestad de los dioses, que son los señores de los reyes."

El discurso produjo gran efecto.

"César, dice Plutarco, hubiera sido el primer orador de su tiempo, si no hubiera preferido ser el primer general."

Aquella fué una ocasion que se le presentó á César para conocer la estension de su influencia naciente.

V

Era uso antiguo en Roma pronunciar discursos sobre los cuerpos de las mujeres de cierta edad, y la tia de César se hallaba en ese caso, pues contaba ya mas de sesenta años; pero nunca se habian pronunciado sobre los cuerpos de las jóvenes. Ahora bien; la mujer de César, cuya oracion fúnebre acababa este de pronunciar, tenia veinte años apenas.

Así cuando empezó el elogio de Cornelia, se alzaron algunas voces contra el orador; pero el pueblo, que se hallaba allí agrupado en inmenso número, impuso silencio á los oponentes, y César pudo continuar en medio de los aplausos del mismo pueblo.

El regreso á su casa de la calle Suburra, fué un triunfo.

César acababa de proporcionar una nueva diversion, con el elogio de las jóvenes muertas, á aquel pueblo de ociosos y aburridos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquel triunfo inspiró á algunos la idea de alejarlo; se empezaba á comprender que un hombre que manejaba al pueblo con tal habilidad, podia llegar á ser un hombre peligroso.

Le dieron el mando de la España ulterior y el encargo de presidir las asambleas de los comerciantes romanos establecidos en la provincia; pero se detuvo en Cádiz.

Allí, en el templo de Hércules, habiendo visto la estatua de Alejandro, se acercó á ella y la contempló largo tiempo inmóbil y mudo.

Uno de sus amigos notó entonces que brotaban de sus ojos gruesas lágrimas.

—¿Qué tienes, César? le preguntó aquel amigo; ¿por qué lloras?

—Lloro, contestó César, porque pienso que Alejandro á mi edad habia sometido ya una parte del mundo.

Pero aquella misma noche tuvo un sueño.

Los sueños inspiraban el mayor respeto á los antiguos.

Los habia de dos clases: unos que salian del palacio de la Noche por la puerta de marfil—eran los sueños frívolos, á los cuales no se debia prestar atencion alguna—y otros que salian por la puerta del cuerno: estos eran los sueños predestinados y que provenian de los dioses.

Como todos los grandes hombres, como Alejandro como Napoleon, César era supersticioso.

Hé aquí ahora su sueño: habia soñado que violaba á su madre.

Hizo venir esplicadores de sueños—en general eran caldeos—y les preguntó qué significaba aquel.

Los esplicadores le contestaron:

—Ese sueño, César, significa que el imperio del mundo te pertenecerá un dia, pues esa madre que has violado, y, por lo tanto sometido, no es otra que la tierra, nuestra madre comun, cuyo señor estás llamado á ser.

¿Acaso fué esa esplicacion lo que determinó á César á volver á Roma?

Es muy probable.

Como quiera que sea, abandonó la España antes del tiempo señalado, y halló á su paso las colonias latinas en completa revuelta: pretendian la ciudadanía.

Tal era el ansia que tenia de una celebridad cualquiera, que dudó un momento ponerse á su frente; pero las legiones, prontas á partir para la Cilicia, se hallaban á las puertas de Roma; el momento era inoportuno; así, pues, entró en la ciudad sin hacer ruido.

Sin embargo al pasar echó su nombre á las colonias, y estas supieron que en un momento dado, en,

una hora oportuna, los descontentos podrian agruparse á su alrededor.

El nombre de César tenia desde entonces su sinónimo; significaba *oposicion*.

Al dia siguiente se supo que estaba de vuelta y que se hacia apuntar en la lista de los que pretendian el cargo de edil.

Entretanto, se hizo nombrar conservador de la vía Appia.

Era el medio de gastar de una manera fastuosa su dinero, ó, mas bien, el dinero de los demas, á los ojos de Roma.

La vía Appia era una de las grandes arterias romañas que ponian en comunicacion á la ciudad con el mar; tocaba al paso en Nápoles, y se extendia desde allí, á través de la Calabria, hasta Brindis.

Servia tambien de cementerio y de paseo.

A ambas orillas del camino los ricos particulares que tenian casas á lo largo de la vía se hacian enterrar delante de sus puertas. Se plantaban árboles al rededor de las tumbas, se arrimaban á ellos bancos, sillas y sillones, y por la tardecita, cuando se empezaba á respirar, cuando las primeras brisas nocturnas atravesaban el aire, iban á sentarse allí, á la luz del crepúsculo, bajo la frescura de los árboles, á ver pasar los elegantes en sus caballos, las

cortesanas en sus literas, las matronas en sus carros de paseo y los proletarios y los esclavos á pié.

Era el Longchamp de Roma con la diferencia de verse concurrido todos los dias.

César hizo volver á empedrar la vía, replantar los árboles arrancados ó muertos, componer las tumbas deterioradas y escribir otra vez los epitafios borrados.

El paseo, que solo era un paseo ordinario, se convirtió en un verdadero *Corso*. Su gran boga data de las reparaciones que César hizo hacer en él.

César preparaba así maravillosamente su candidatura á la edilidad.

Durante ese tiempo se traman en Roma dos conspiraciones.

Todo el mundo grita que César tiene parte en ellas y que conspira con Craso, con Publio Silo y con Lucio Autronio.

En una se debe degollar á una parte del Senado, dar la dictadura á Craso, que hará á César comandante de la caballería, y restablecer á Sila y Autronio en el consulado que se les ha quitado.

En la otra, obra de concierto con el jóven Pison y por eso dicen que se da á ese jóven de veinticuatro años el departamento de España como comision estraordinaria. Pison debe sublevar los pueblos del

otro lado del Po y de las orilias del Ambro, mientras César conmoverá á Roma.

La muerte de Pison es lo que hace abortar ese segundo proyecto, segun se pretende.

El primero tiene mas consistencia.

Tanusio Gémino en su historia, Bíbulo en sus edictos, Curion padre en sus arengas, hablan de esa conjuracion.

Curion hijo hace alusion á ella en una carta á Axio.

Segun Tanusio, Craso es quien retrocede. El millonario Craso teme á la vez por su vida y por su dinero. Retrocede, pues, y César no hace la señal convenida.

Esa señal, segun Curion, era dejar caer el manto de los hombros.

Pero todas esas acusaciones son rumores que lleva el viento de la popularidad de César.

En el año 687 se hace nombrar edil, esto es, corregidor de Roma; ofrece al pueblo juegos espléndidos, hace combatir trescientos pares de gladiadores y cubre el Forum y el Capitolio con galerías de madera.

Su popularidad llega á convertirse en entusiasmo. Solo se le reprocha una cosa: para comprender ese reproche es preciso ponerse bajo el punto de vista de la antigüedad.

¡César es demasiado humano!

Si dudais, leed á Suetonio; este autor cita pruebas que causan la admiracion de Roma y que hacen encogerse de hombros á los verdaderos romanos,—sobre todo á Caton.

Así, viajando con un amigo enfermo, Cayo Opido, le cede la única cama que hay en la casa y él duerme al aire libre.

En otro viaje su huésped le sirve aceite malo, y él, no solo no se queja, sino que manda á sus criados á buscar otro aceite, á fin de que el huésped no note la falta cometida.

Su panadero le sirve á la mesa mejor pan que á otros comensales y lo hace castigar.

Pero hay todavía algo mas que eso: ¡perdona! Es extraño, pues el perdon es una virtud cristiana; aunque, ya lo hemos dicho, á nuestros ojos César es uno de los precursores de esa religion.

Memmio lo ha desacreditado en sus arengas, diciendo que ha servido á Nicomedes á la mesa con los eunucos y los esclavos de ese príncipe.—Ya se sabe cuál era el doble oficio de los escanciadores; habia en ello un mito; era la historia de Ganimedes. —César votó en pró del consulado de Memmio.

Cátulo ha escrito epígramas contra él, porque César le ha soplado al paso su querida, hermana de

Clodio, mujer de Metelo Céler. César convida á Cátulo á comer con él.

Sin embargo de todo eso se venga; pero es cuando se ve obligado á ello, y aun entonces se venga dulcemente: *in ulciscendo natura lenissimus.*

Así un esclavo que ha querido asesinarlo es condenado simplemente á muerte.

Acaso se preguntará: ¿y qué mas le podia hacer?

¡Diantre! podia darle tormento, arrancarle la vida á latigazos, echarlo de pasto á los peces.

Pero César no hace nada de eso; jamás ha tenido carácter para hacer daño: *nunquan noscere sustinuit.*

Solo hay una cosa que el pueblo, que lo adora, no le perdona, y es que haga sacar del circo y cuidar á los gladiadores heridos en el momento en que los espectadores van á pronunciar su sentencia de muerte: *gladiatores notos sicubi sufestis spectatoribus dimicarent vi rapiendos reservandosque mandabat.*

Pero, esperad: hay un medio de hacérselo perdonar todo.

Una mañana se eleva un gran rumor en el Capitolio y en el Forum.

Durante la noche se han vuelto á traer al Capitolio las estatuas de Mario y los trofeos de sus victorias; esos mismos trofeos que se conservan aun hoy, adornados con inscripciones címbricas que el Senado habia hecho borrar.

¿No era César sobrino de Mario? ¿No se jactaba de ello á cada paso? ¿No habia dicho Sila á los que le pedian su perdon: "Bueno, os lo concedo, insensato; pero, cuidado! en ese jóven hay muchos Marios?"

Aquel ensayo de César fué un asunto muy grave.

Mario, visto sobre las ruinas de Cartago, habia adquirido las proporciones gigantescas de Napoleon en Santa Elena; era su sombra, saliendo de la tumba, que se aparecia de repente á los romanos.

Figuraos la estátua de Napoleon subiendo en 1834 á lo alto de la columna con su pequeño sombrero atravesado y su redingote gris.

Los soldados lloraban. Hombres de cabellos blancos contaban la llegada á Roma del vencedor de los teutones. Era un aldeano de Arpinium, de familia ecuestre sin embargo, pero rudo, y que jamás habia querido aprender el griego, idioma que habia llegado á ser el segundo y aun quizá el primero de la aristocracia romana, como el francés es hoy el segundo y acaso el primero de la aristocracia rusa. En el sitio de Numancia, Escipion Emiliano habia adivinado su genio militar, y como le preguntasen quién le sucederia un dia:

—Quizá este, contestó, tocando á Mario en el hombro.

VI

Se recordaba que siendo simple tribuno, Mario, con gran admiracion de la aristocracia y sin consultar al Senado, habia propuesto una ley que tendia á reprimir las solicitudes de empleos en los comicios y los tribunales. Uno de los Metelos habia dirigido en seguida un rudo ataque á la ley y al tribuno, y propuesto citar á Mario para que diese cuenta de su conducta. Enterado de ello Mario habia entrado en el Senado, habia mandado á los lictores llevar preso á Metelo y los lictores habian obedecido.

La guerra de Yugurta se hacia con lentitud. Mario acusó á Metelo de eternizar aquella guerra, y se comprometió, si se le nombraba cónsul, á coger á Yugurta ó á matarlo por su propia mano. Obtuvo el consulado y el mando de la guerra, y batió á Bocco y á Yugurta. Bocco no quiso perderse con su yerno y lo entregó. Sila lo recibió de manos del rey moro

y en seguida lo puso en las de Mario. Pero Sila hizo grabar en su anillo la extradicion del rey de los numidas, y con aquel anillo—cosa que no le perdonó nunca Mario—sellaba no solo sus cartas particulares, sino tambien las públicas.

Una vez muerto Sertorio, la guerra de España quedó terminada. Pompeyo condenó á muerte á Perpenna, lo hizo ejecutar y mandó quemar, sin leerlos, todos sus papeles, temiendo hubiese entre ellos algunos que comprometiesen á algun noble romano.

Quedaba la guerra de Espartaco.

VII

¿Recordais el hombre que se halla en el jardin de las Tullerías, con los brazos cruzados, teniendo en una mano una espada y en la otra una cadena rota?

Es Espartaco.

Hé aquí en algunas líneas la historia de ese héroe.

Era ya un lujo de gran señor en la época á que hemos llegado, tener gladiadores propios. Cierto Léntulo Batacio tenia una escuela de ellos en Cá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pua. Doscientos de estos resolvieron fugarse. Desgraciadamente el complot fué descubierto; pero setenta, avisados á tiempo, invadieron una fonda, se armaron de cuchillos, trinchantes y asadores, y salieron de la ciudad. En el camino encontraron un carro lleno de armas del circo. Eran precisamente las que ellos estaban acostumbrados á usar; se apoderaron de ellas, se hicieron dueños de una fortaleza y eligieron tres gefes, un general y dos tenientes.

El general era Espartaco.

Veamos ahora si era digno de aquel peligroso honor.

Tracio de nacion, pero de raza númida, fuerte como Hércules, valiente como Teseo, unia á esas supremas cualidades la prudencia y la dulzura de un griego.

Conducido á Roma para ser vendido allí, en un descanso del camino y mientras dormia, una serpiente, sin despertarlo ni morderlo, se le enredó al rededor de la cabeza. Su mujer estaba versada en el arte de la adivinacion, y vió en aquel accidente un presagio de fortuna; segun ella, aquel signo prometia á Espartaco un poder tan grande como temible, pero que debia acabar desdichadamente.

Ella lo excitó á la fuga, y huyó con él resuelta á compartir su buena ó mala suerte.

Cuando se supo la revuelta de los gladiadores, se

enviaron tropas contra ellos. Los gladiadores combatieron, vencieron á los soldados y se apoderaron de sus armas; aquellas eran armas militares, honrosas y no humillantes como las suyas de gladiadores; las cuales arrojaron lejos de sí.

La cosa era ya séria. Se mandaron nuevas tropas de Roma, mandadas por Plubio Clodio, que pertenecia á la rama Pulcher de la familia Claudia;—ya se sabe que *Pulcher* quiere decir *hermoso*.—Clodio no desmentia su raza. Ya hablaremos mas tarde de su belleza como amante; ahora no nos ocupamos de él sino como general.

Como general no fué afortunado. Tenia tres mil hombres á sus órdenes, y cercó á los gladiadores en su ciudadela, guardando el único paso por donde podian salir. Por todos los demas no habia sino rocas talladas á pico, cubiertas de cepas de vid. Los gladiadores cortaron los sarmientos, que, como se sabe, son fibrosos y tienen la solidez de una cuerda, é hicieron con ellos escalas, por las cuales bajaron todos, escepto uno que quedó arriba para arrojarles las armas. De modo que, cuando los romanos creian completamente cercados á sus enemigos, estos los atacaron de repente por la espalda, dando furiosos gritos. Los romanos emprendieron al momento la fuga; eran hombres á quienes se podia turbar fácilmente con

una sorpresa; italianos, y por lo tanto impresionables y nerviosos.

El campamento quedó abandonado y en poder de los gladiadores.

El ruido de la victoria se esparció con rapidéz y todos los pastores y vaqueros de los alrededores corrieron á unirse á los rebeldes. Era un buen refuerzo de tunos ágiles y robustos. Les dieron armas y formaron con ellos cuerpos de esploradores y de tropas ligeras.

Roma expidió en seguida otro general, Publio Varsicio, que no fué mas feliz que el primero. Espartaco empezó por batir uno tras otro á su teniente y á su colega Casimio y acabó por batirlo á él mismo, cogiéndole hasta sus lictores y su caballo de batalla.

Desde entonces la marcha de Espartaco fué una serie de victorias. Su plan era muy prudente; trataba de ganar los Alpes, descender á las Galias y desde allí retirarse cada uno á su casa.

Gelio y Léntulo fueron enviados contra él.

Gelio batió un cuerpo de germanos que formaban banda aparte; pero Espartaco, á su vez, batió á los tenientes de Léntulo, se apoderó de todo su bagaje y continuó su marcha hácia los Alpes.

Casio le salió al encuentro con diez mil hombres: el combate fué largo y porfiado; pero Espartaco pa-

só por encima de él y de su ejército y prosiguió su camino, siempre en la misma direccion.

El Senado, indignado, depuso á los dos cónsules y envió á Craso contra el invencible.

Craso fué á acampar en el Picenum, para esperar allí á Espartaco, haciendo al mismo tiempo dar un rodeo á las dos legiones que mandaba Mummio, su teniente, á fin de que siguiesen á los gladiadores, si bien con prohibicion de combatirlos.

Lo primero que hizo Mummio, á pesar de lo expuesto, fué presentar batalla á Espartaco.—Cada gefe creía que le estaba reservado el honor de vencerlo, como sucedió en nuestra época con Abd-el-Kader.

Espartaco desbarató las dos legiones de Mummio. Tres ó cuatro mil hombres fueron muertos y el resto se salvó arrojando las armas para huir mas aprisa.

Craso diezmó á los fugitivos. Cogió á los primeros quinientos que habian dado el grito de *sálvese el que pueda*, los dividió en cincuenta decenas, les hizo echar suertes y en seguida mandó ejecutar á aquel de cada decena á quien habia tocado la mala.

Espartaco habia atravesado la Lucania y se retiraba hácia el mar. En el estrecho de Messina tropezó con los famosos piratas que se encontraban de todos lados, y de los cuales hemos hablado ya á propósito de su aventura con César.

Espartaco creyó que entre piratas y gladiadores seria fácil entenderse. En efecto, celebraron un acuerdo en virtud del cual los primeros se comprometieron á trasportar dos mil de los segundos á Sicilia. Se trataba de volver á encender allí la guerra de los esclavos, terminada hacia poco tiempo. Pero los piratas cogieron el dinero de Espartaco y lo dejaron con sus hombres en la orilla del mar; visto lo cual, Espartaco fué á acampar en la península de Regium.

Craso lo siguió allí.

Trazó una línea de trescientos estadios, que era el ancho de la península, y la convirtió en trinchera; despues construyó junto á ella un muro alto y grueso.

Espartaco empezó por reirse de aquellos trabajos y acabó por cogerles miedo. No esperó que se acabaran. Una noche que nevaba llenó el foso con faginas, ramas de árboles y tierra, é hizo pasar la tercera parte de su ejército.

Craso creyó al pronto que Espartaco marchaba sobre Roma; pero en seguida se tranquilizó viendo á sus enemigos separarse.

Era que comenzaba la discordia entre Espartaco y sus tenientes.

Craso atacó á estos y empezaba ya á arrollarlos cuando apareció Espartaco y le hizo soltar la presa.

Asustado de la derrota de Mummio, Craso habia

escrito que se llamase á Lúculo de Tracia y á Pompeyo de España para que fuesen á auxiliarle. Llegado al punto que hemos indicado comprendió su imprudencia. Cualquiera de los dos que se presentase pasaria por el verdadero vencedor y le arrebataria la recompensa de la victoria.

Resolvió, pues, vencer solo.

Cármino y Casto, tenientes de Espartaco, se habian separado de su gefe. Craso creyó que debia empezar por batirlos antes que á este y envió al efecto seis mil hombres á apoderarse de un puesto ventajoso. Los romanos para no ser percibidos habian cubierto sus cascos con ramas de árboles, como hicieron mas tarde los soldados de Duncan. Desgraciadamente dos mujeres que hacian sacrificios por los gladiadores á la entrada del campamento, vieron el bosque movible y dieron la voz de alarma. Cármino y Casto cayeron al punto sobre los romanos, á los cuales hubieran aniquilado si Craso no hubiese mandado en su auxilio el resto del ejército.

Doce mil trescientos gladiadores quedaron en el campo de batalla.—Fueron contados escrupulosamente y se examinaron sus heridas.—Solo diez habian sido heridos por la espalda.

Despues de tal carnicería hecha en su ejército ya no le era posible á Espartaco sostenerse en campo abierto. Trató, pues, de batirse en retirada hácia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las montañas de Peteléa. Craso lanzó sobre sus pasos á Escrofos su cuestor, y á Quinto su teniente.

Espartaco se volvió contra ellos, como un javalí contra los perros, y los batió y puso en fuga.

Aquella victoria lo perdió: sus soldados declararon que querian combatir; rodearon á los gefes y los llevaron consigo contra los romanos.

Era precisamente lo que deseaba Craso; acabar con ellos á cualquier costa.

Acababa de saber que se acercaba Pompeyo.

El, á su vez, se acercó lo mas que pudo al enemigo.

Un dia que hacia abrir una trinchera, los gladiadores vinieron á escaramucear con sus hombres; el amor propio se mezcló en el asunto, y de ambos lados empezaron á salir refuerzos; el combate se trabó y á cada instante acudian á él nuevos combatientes. Espartaco se vió obligado á empeñar la batalla.

Era justamente lo que deseaba evitar.

Obligado á pelear contra su voluntad hizo traer su caballo, sacó la espada y se la hundió en el cuello.

El animal cayó.

—¿Qué haces? le preguntaron.

—Si salgo vencedor, contestó, no me faltarán caballos; si quedo vencido no necesitaré ninguno. Y

se lanzó en seguida entre los romanos, buscando á Craso, aunque sin poderlo hallar.

Dos centuriones se echaron sobre él y á ambos los mató.

En fin, habiendo huido todos los suyos, él quedó peleando solo, como habia prometido, y se hizo matar sin retroceder un paso.

Pompeyo llegaba en aquel momento. Los restos del ejército de Espartaco fueron á tropezar con él y los exterminó.

Desde entonces, como habia previsto Craso, Pompeyo fué quien tuvo el honor de la derrota de los gladiadores, aunque solo habia llegado despues de dicha derrota.

Por lo que hace á Craso en vano regaló al pueblo el diezmo de sus bienes, en vano hizo servir en el Forum diez mil mesas llenas de manjares, en vano distribuyó diariamente á cada ciudadano una medida de trigo por espacio de tres meses, necesitó la proteccion de Pompeyo para alcanzar el consulado al par de él, y aun así solo fué nombrado cónsul segundo.

Ademas de eso Pompeyo obtuvo el triunfo y él solo la ovacion.

Como hemos dicho, la fortuna favorecia á Pompeyo.

Metelo le habia preparado su victoria sobre Ser

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

torio. Craso habia hecho mas todavía; le habia vencido á Espartaco.

Y en los gritos de triunfo del pueblo ni siquiera se mentaba á Metelo ni á Craso, solo sonaba el nombre de Pompeyo.

Despues habia venido la guerra de los piratas.

Ya hemos dicho qué poder habian alcanzado.

Era preciso destruirlos por completo.

A Pompeyo fué á quien se le dió el encargo.

Su triple victoria sobre Lépido, sobre Sertorio y sobre Espartaco habia hecho de él la espada de la República.

A Craso ni siquiera se le juzgaba digno de ser su teniente. ¡Pobre Craso! Era demasiado rico para que se le hiciera justicia.

Los caballeros eran los que mas habian sufrido con la ocupacion del mar por los piratas, pues tenian en sus manos todo el comercio de Italia. La interrupcion de las transacciones estaba á punto de arruinarlos. Su única esperanza era Pompeyo.

Así pues, á pesar del Senado, lo hicieron dueño del mar, desde la Cilicia hasta la columna de Hércules, con poder omnímodo sobre las costas á la distancia de veinte leguas. En esas veinte leguas tenia derecho de vida y muerte.

Ademas podian tomar en las cajas de los cuestores y publicanos todo el dinero que quisiera para construir quinientos buques.

Tenia facultad para alistar, segun su voluntad, su deseo ó su capricho, soldados, marineros y remeros.

Todos esos medios y facultades se le daban con la sola condicion de que ademas de acabar con los piratas destruiria á Mitrídates.

Aquello pasaba sesenta y siete años antes de Jesucristo; César tenia entonces treinta y tres.

Pompeyo redujo á los piratas en tres meses, gracias á los inmensos recursos que se le confiaron.

Aunque, á la verdad, la obra de destruccion se efectuó mas bien por la persuasion que por la fuerza.

Quedaba Mitrídates.

Este le hizo el favor de matarse á una simple órden de su hijo Farnaces, en el momento en que Pompeyo, despues de haber sometido la Judea, iba á emprender contra los árabes una de las guerras mas imprudentes.

Hé ahí quien era Pompeyo. Pasemos ahora á Craso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

Marco Sicinio Craso fué apellidado en su época *Dives*, ó el Rico, del propio modo que en nuestros dias se da á mas de un rico el nombre de Craso; ese nombre nos ha sido trasmitido por la antigüedad romana como un tipo de la avaricia.

Habia nacido ciento quince años antes de Jesucristo y tenia por lo tanto quince mas que César.

Amenazado por la faccion de Mario á causa de sus riquezas, huyó á España el año ochenta y cinco antes de Jesucristo. Dos años despues, habiendo muerto Mario y triunfado Sila, Craso volvió á Roma.

Instado por Cinna y el jóven Mario, Sila trató de utilizar á Craso, enviándole á alistar tropas entre los marsos.—Estos eran los suizos de la antigüedad: "¿Cómo triunfar de los marsos ó sin los marsos?" decian los romanos.

Sila, pues, enviaba á Craso á reclutar soldados entre aquella gente.

—Para pasar á través de las partidas enemigas, necesito una escolta, dijo Craso.

—Te doy para que te escolten, le contestó Sila, las sombras de tu padre, de tu hermano, de tus parientes y de tus amigos asesinados por Mario.

Craso pasó sin novedad.

Pero así como habia pasado solo, creyó que podria aprovecharse, solo tambien, del fruto de su accion; formó un ejército, y con él asaltó y saqueó una ciudad de la Umbría.

Aquella expedicion aumentó su fortuna, ya considerable, en seis ó siete millones.

El mismo Craso, sin manifestar el monto de dicha fortuna, indicaba á la que aspiraba.

—Nadie puede jactarse de ser rico, decia, si no puede sostener un ejército.

La noticia de aquel saqueo llegó hasta Sila, que no era muy escrupuloso en el particular; á pesar de eso, esperimentó cierta prevencion contra Craso y desde entonces prefirió á Pompeyo.

A partir de aquel momento, Pompeyo y Craso fueron enemigos.

Sin embargo, Craso iba á prestar un servicio á Sila, mucho mas grande que todos los que le habia prestado nunca Pompeyo.

Los samnitas, guiados por su gefe Telesino, habian avanzado hasta las puertas de Roma; su paso

á través de la Italia estaba marcado por un ancho rastro de sangre. Sila les habia salido al encuentro con su ejército; pero al chocar con aquellos terribles pastores, su ala izquierda habia sido derrotada y él se habia visto obligado á batirse en retirada hácia Prenesta. Se hallaba en su tienda, casi en la situacion de Eduardo III, la víspera de la batalla de Crecy, mirando ya como perdida la cosa, y tratando de salir del paso aunque solo fuera salvando la vida, cuando le anunciaron un correo de Craso.

Lo recibió distraidamente; pero á las primeras palabras del correo, su distraccion se convirtió en una atencion profunda.

Craso habia caido sobre el ejército samnita, que se hallaba en el desórden de la victoria, habia matado á Telesino, hecho prisionero á Educto y Censorino, sus tenientes, y perseguia al ejército en derrota hácia Antemnas.

Sila habia olvidado ese servicio. Craso hizo que Roma lo recordase.

Habiendo desplegado cierta destreza en el uso de la palabra,—ya hemos visto el aprecio que los romanos hacian de los oradores,—obtuvo la pretura y despues el mando de la guerra contra Espartaco. Arriba hemos visto como esa guerra concluyó.

Dicha conclusion no lo reconcilió con Pompeyo.

Pompeyo habia soltado sobre el particular una fra-

se que Craso habia guardado en lo profundo de su corazon.

—Craso ha triunfado de los rebeldes, habia dicho, pero yo he triunfado de la rebelion.

Despues habia venido el triunfo de Pompeyo y la ovacion de Craso.

Roma era entonces injusta con el saqueador, el publicano, el millonario; y verdaderamente hacia bien.

Ademas, su avaricia repugnaba. Se contaba de él cierta anécdota que nos ha trasmitido Plutarco, y que hacia reir á todo el mundo.

Craso tenia un sombrero de paja colgado en un clavo de su antesala, y como le gustaba mucho la conversacion del griego Alejandro, cada vez que lo llevaba consigo al campo le daba dicho sombrero, el cual le volvia á quitar cada vez que regresaba á la ciudad.

Mas feliz que en su vaticinio respecto de César, Ciceron decia de Craso, á propósito de esa anécdota:

—Un hombre así no será jamas dueño del mundo.

Pasemos á Ciceron, que por un instante fué dueño del mundo, puesto que por un instante fué dueño de Roma.

Su nacimiento era mas que oscuro; casi todos están acordes en decir, que su madre, Helvia, era de familia noble; mas, respecto á su padre, nunca se ha

sabido á ciencia cierta qué oficio tenia. La opinion mas acreditada es, que el gran orador, natural de Arpinum, patria de Mario, era hijo de un tundidor; otros pretenden que de un hortelano. Algunos han tenido la idea, y aun quizá él tambien la tuvo, de poner en el número de sus abuelos á Tulio Atico, que reinó sobre los volscos; pero ni sus amigos ni él mismo parecen haber insistido sobre el particular.

Se llamaba Marco Tulio Cicero.—Marco era su nombre personal, el que los romanos acostumbraban poner á los niños á los seis dias de nacer; Tulio era su nombre de familia, el cual significaba *arroyo* en la antigua lengua romana; en fin, Cicero era el sobrenombre de uno de sus antepasados que habia tenido en la nariz una berruga parecida á un garbanzo,—*cicer;*—de ahí el nombre de Cicero, que nosotros hemos convertido en Ciceron, amoldándolo á nuestro idioma.

"Quizá ese nombre de Cicero, dice Middleton, proviene de alguno de sus antepasados, hortelano, citado por su habilidad en el cultivo de los garbanzos."

Esa opinion destruiria la de Plutarco, que dice:

"Preciso es que el primero de esa familia que haya llevado el sobrenombre de Cicero, fuese un hombre notable, para que sus descendientes tuviesen empeño en conservarlo."

Como quiera que fuera, Ciceron no quiso cambiarlo nunca, y en una ocasion contestó á sus amigos, que le instaban para que lo hiciera, á causa de lo que, en cierto modo, tenia de ridículo:

—No; conservaré mi nombre de Ciceron y lo haré mas glorioso que los de Escauro y Cátulo.

Y cumplió su palabra.

Preguntad de repente á un hombre de mediana instruccion quiénes eran Cátulo y Escauro y de seguro que titubeará al contestaros.

Preguntadle quién era Ciceron, y os responderá en seguida: "El orador mas grande de Roma, llamado así porque tenia un garbanzo encima de la nariz."

Acertará respecto al talento; pero se engañará en lo del garbanzo, pues era el abuelo de Ciceron, y no él, quien se hallaba adornado de la tal excrescencia carnosa. Y aun hay todavía quien pone en duda si era garbanzo ó chícharo: véase si no á Middleton.

Ciceron por su parte estaba en extremo aferrado á su garbanzo.

Siendo cuestor en Sicilia ofreció á los dioses un vaso de plata, en el cual hizo inscribir sus dos primeros nombres: *Mario* y *Tulio;* pero en lugar del tercero hizo grabar un garbanzo.

Es probablemente el primer geroglífico conocido.

Ciceron habia nacido ciento seis años antes de

Jesucristo, el tercer dia del mes de Enero; tenia por lo tanto la misma edad que Pompeyo, y como él, seis años mas que César.

Cuentan que un dia se apareció un fantasma á su nodriza, y le dijo que el niño que criaba seria con el tiempo el apoyo de Roma.

Probablemente aquella aparicion fué la que le dió tanta confianza en sí mismo.

Muy niño todavía compuso un poemita intitulado: *Poncio Glauco;* pero, como casi todos los grandes prosadores, era un poeta muy mediano, al contrario de los grandes poetas, que son casi siempre escelentes prosadores.

Terminados sus estudios se dedicó á la elocuencia, recibiendo lecciones de Philon, y despues á las leyes, en las cuales lo instruyó Mucio Escævola, hábil jurisconsulto y el primero entre los senadores; luego fué á servir, á las órdenes de Sila, en la guerra de los marsos, á pesar de ser poco belicoso.

Sin embargo, empezó su carrera con un acto de valor, pero de valor civil, el cual no debe confundirse con el valor militar.

Un liberto de Sila, llamado Crisógono, acababa de hacer poner en venta los bienes de un ciudadano muerto por el dictador, y el dictador mismo los habia comprado por dos mil dracmas.

Roscio, hijo y heredero del muerto, probó que la

herencia valia doscientos talentos, esto es, doscientos sesenta y dos mil quinientos pesos.

Sila, pues, aparecia convicto del propio crímen que se reprochaba á Craso; pero no era hombre que entregaba la carta fácilmente. Acusó á su vez al jóven de parricidio, y dijo que si el padre habia muerto habia sido por instigacion del hijo.

Roscio, acusado por Sila, se vió abandonado de todo el mundo.

Entonces los amigos de Ciceron le hicieron acometer su primera empresa; si defendia á Roscio y ganaba su proceso su reputacion estaba hecha.

Ciceron defendió al acusado y triunfó.

No debe confundirse á este Roscio con su contemporáneo Roscio el actor, al cual defendió tambien Ciceron contra Fannio Cherea; el individuo de quien ahora hablamos se llamaba Roscio Americo, y ha llegado hasta nuestros dias la defensa que de él hizo.

El mismo dia que ganó aquel proceso salió Ciceron para Grecia, so pretesto de cuidar su salud. En efecto, estaba tan delgado, que parecia ser él mismo el fantasma que se apareció á su nodriza; tenia el estómago débil, y no podia comer sino de tarde en tarde y poco. Sin embargo, tenia la voz llena y sonora, aunque ruda y poco flexible, y como llegaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta los tonos mas elevados, siempre estaba en extremo fatigado despues de sus discursos, al menos en su juventud.

Llegado á Atenas estudió con Antioco el Ascalonita, y despues pasó á Rodas, donde le hemos visto encontrarse con César.

En fin, muerto Sila, habiendo mejorado su constitucion, volvió á Roma á instancias de sus amigos despues de haber visitado el Asia y seguido las lecciones de Xenocles de Adramitta, de Dionisio de Magnesia y de Menippo el Cario.

En Rodas habia alcanzado un triunfo tan grande como inesperado.

Apolonio Molon, con el cual estudiaba, no hablaba la lengua latina, mientras Ciceron, por el contrario, sí la lengua griega.

Queriendo tener á primera vista una idea de lo que podia hacer su futuro discípulo, Molon le dió un texto y le suplicó que improvisase en griego. Ciceron accedió gustoso; era un buen modo de perfeccionarse en un idioma que no era el suyo. Empezó, pues, rogando á Molon y á los demas circunstantes que le hicieran notar las faltas que cometiese, á fin de que, conociéndolas, las pudiese corregir.

Cuando hubo concluido los oyentes prorumpieron en aplausos.

Solo Apolonio Molon, que durante todo el tiempo

que Ciceron habia estado hablando no habia dado ninguna señal de aprobacion ni de desaprobacion, permaneció pensativo.

Ciceron, inquieto, le instó para que le dijera su parecer.

—Te elogio y te admiro, jóven, le contestó; pero compadezco la suerte de la Grecia, viendo que vas á trasplantar á Roma las únicas ventajas que nos quedaban: la elocuencia y el saber!

De regreso en Roma tomó lecciones de Roscio el actor y de Esopo el trágico, reyes ambos de su arte en aquella época.

A aquellos dos maestros debia la perfeccion de diccion á que habia llegado, y que era su mayor poder.

Elegido cuestor, habia sido enviado á Sicilia. Era en una época de escasez de granos y desde que la Italia toda se habia convertido en dehesas—ya hablaremos en breve de esa conversion—la Sicilia habia llegado á ser el granero de Roma. Ciceron instó á los sicilianos para que enviasen su trigo á Italia, y á causa de aquella insistencia empezó á observar cierto desvío de parte de sus subordinados; pero cuando estos vieron su actividad, su justicia, su humanidad, y sobre todo, su desinteres—cosa bastante rara en tiempo de Verres—volvieron á su

lado y le prodigaron no solo su estimacion, sino tambien su afecto.

Volvia, pues, de Sicilia, contento de sí mismo, despues de haber hecho todo el bien que le habia sido posible, habiendo quedado brillantemente en tres ó cuatro causas que habia defendido, creyendo, en fin, que el ruido de sus actos en la Isla se habia estendido por el mundo entero; y que iba á hallar al Senado esperándolo á las puertas de Roma, cuando al atravesar la Campania encontró á un amigo que lo reconoció y se dirigió á él con la sonrisa en los lábios y la mano abierta.

Despues de los primeros cumplidos:

—¡Vaya! esclamó Ciceron, ¿qué se dice en Roma de mi elocuencia y qué se piensa de mi conducta durante los dos años que estado ausente?

—¡Cómo! ¿Has estado fuera? contestó el amigo. Yo creia que no habias salido de Roma..

Aquella respuesta hubiera curado á Ciceron de la vanidad, si la vanidad no fuera una enfermedad incurable.

Ademas, pronto debia presentársele una ocasion que diera rienda suelta á aquella vanidad.

En cuanto llegó á Roma acusó á Verres y lo hizo condenar á setecientas cincuenta mil dracmas de multa y al destierro. La multa era una broma, pero

el destierro era cosa séria. Habia que contar tambien el ejemplo, la humillacion, la vergüenza.

Bien es verdad que para los pícaros no hay vergüenza que valga.

Aquel triunfo puso á Ciceron á la moda.

"Tuvo, dice Plutarco, una córte casi tan numerosa á causa de su talento, como Craso á causa de sus millones y Pompeyo á causa de su poder."

Por entonces empezó á hablarse de la conspiracion de Catilina.

Despues de haber visto quiénes eran Pompeyo, Craso y Ciceron, veamos quién era Catilina.—Ya sabemos quién era César.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

Lucio Sergio Catilina pertenecia á la nobleza mas antigua de Roma.

Pretendia no ceder el paso á nadie en el particular, ni aun al mismo César, y sin duda tenia derecho á esa pretension si descendia, como decia, de Sergesto, compañero de Eneas.

Lo que se sabe de cierto es, que contaba entre sus abuelos á un Sergio Silo, el cual herido veintitres veces en las guerras púnicas, habia acabado por hacer adaptar á su brazo mutilado una mano de hierro con la cual siguió combatiendo.

Eso recuerda á Goetz de Berlichingen, ese otro señor que al igual de Catilina se puso al frente de una revuelta de descamisados.

Salustio, el abogado demócrata que ha dejado los hermosos jardines que aun hoy conservan su nombre, dice, hablando de Catilina: "Era un hombre dotado de una de esas raras constituciones que pueden

soportar el hambre, la sed, el frio y la vigilia; de un espíritu audaz, astuto y fecundo en recursos; capaz de todo fingimiento y de todo disimulo; codicioso de los bienes de los demas y pródigo de los suyos; de gran elocuencia, pero poco juicioso, y que meditaba sin cesar proyectos y medidas quiméricas, imposibles."

Eso respecto á lo moral: como se vé, Salustio no lo adula.

Por lo que hace al físico, tenia el rostro pálido é inquieto, los ojos inyectados de sangre, el paso tan pronto lento, tan pronto precipitado; en la frente, en fin, algo de esa fatalidad que Esquilo ha impreso á su Orestes en su tiempo, y Byron á su Alfredo en nuestros dias.

No se sabia con certeza la fecha de su nacimiento, pero debia tener cinco ó seis años mas que César.

En la época de Sila se habia bañado en sangre. Se contaban de él cosas inauditas que la apreciacion moderna no nos permite creer sino con reserva: se le acusaba de haber sido el amante de su hija y el asesino de su hermano, y se aseguraba que para descargarse de este último crímen habia hecho poner al muerto en la lista de los proscritos, como si su hermano se hallase aun vivo.

Teniendo motivos de ódio contra Marco Gratidiano, lo arrastró,—la tradicion es quien habla, no nos-

otros,—lo arrastró, decimos, hasta la tumba de Lutacio, donde empezó por arrancarle los ojos, luego le cortó la lengua, las manos y los piés, y acabó, en fin, por separar del cuerpo la cabeza, la cual llevó en seguida, con los brazos todavía llenos de sangre, á los ojos del pueblo entero, desde el monte Janículo hasta la puerta Carmental, donde se hallaba Sila.

Ademas, como si todas las acusaciones debiesen acumularse sobre él, se decia tambien que habia matado á su hijo para que no sirviese de obstáculo á su matrimonio con una cortesana que no queria tener entenados; que habia hallado el águila de plata de Mario y le hacia sacrificios humanos; que, como el gefe de la sociedad de sangre descubierta hace quince años en Liorna, ordenaba asesinatos inútiles para no perder la costumbre de matar; que los conjurados habian bebido en ruedo la sangre de un hombre degollado; que querian hacer una matanza de senadores; en fin,—y eso atañía mas directamente á la plebe,—que su intencion era pegar fuego á la ciudad por los cuatro costados.

Todo eso es muy inverosímil. El pobre Catilina parece haber sido escogido para ser el espantajo de su época.

Y ese es tambien el parecer de Napoleon. Abrase el *Memorial de Santa Elena* y véase la fecha de 22 de Marzo de 1816:

"Hoy leia el Emperador en la historia romana la conjuracion de Catilina, y no podia comprenderla tal como está escrita:—"Por mas malvado que fuera Ca-" tilina," decia, "debia tener un objeto; no podia ser " el de querer reinar en Roma, puesto que le repro-" chaban quererle pegar fuego por los cuatro costa-" dos." El Emperador creia mas bien que era alguna nueva faccion por el estilo de la de Sila ó la de Mario, la cual, habiendo fracasado, habia acumulado sobre su gefe las mil acusaciones con que se les abruma en tales casos."

Y el Emperador, con su mirada de águila, podia muy bien haber visto claro en la noche de los tiempos, del propio modo que veia á través del humo de los campos de batalla.

Como quiera que fuera, el momento era á propósito para una revolucion.

Roma se dividia en ricos y pobres, en millonarios y adeudados, en acreedores y deudores; la usura estaba á la órden del dia; el tipo legal era el cuatro por ciento al mes. Todo se compraba, desde el voto de Curion hasta el amor de Servilia. La vieja plebe romana, la raza de los soldados y de los labradores, el nervio de Roma, habia desaparecido. En la ciudad tres ó cuatro mil senadores, caballeros, usureros, directores de motines y libertos á cada paso; fuera de Roma ni un cultivador; en vez de eso esclavos; ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un solo campo sembrado; todo era dehesas.—Se había observado que se ganaba mucho mas criando puercos que alimentando hombres; Porcio Caton había hecho una fortuna enorme dedicándose á ese negocio.—Por donde quiera tracios, africanos y españoles con la cadena al pié, con la huella del látigo en la espalda, con el signo de la servidumbre en la frente. Roma ha gastado su poblacion en conquistar el mundo, y ha cambiado el oro de la nacionalidad por el cobre de la esclavitud.

Se tienen quintas en Nápoles para aspirar las brisas del mar, en Tivoli para disfrutar de la llovizna de las cascadas, en Albano para gozar de la frescura de los árboles. Las granjas, ó, mas bien, la granja general, está en Sicilia.

Caton tiene tres mil esclavos; por ahí juzgad de los demas.

Las fortunas son absurdas á fuerza de ser gigantescas.

Craso posee, solo en tierras, doscientos millones de sestercios, mas de ocho millones de pesos. Verres, en tres años de pretura, ha sacado doce millones á la Sicilia. Cecilio Isidoro se ha arruinado en las guerras civiles; solo tiene unos cuantos miserables millones que va gastando unos tras otros; sin embargo, al morir, lega todavía á sus herederos cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscien-

tos pares de bueyes, veintisiete mil cabezas de ganado lanar y sesenta millones de sestercios en efectivo, esto es, cerca de tres millones de pesos. Un centurion posee diez millones de sestercios. Los reyes y los pueblos se arruinan con las exacciones de los generales, los tenientes y los procónsules de la república. Pompeyo se hace pagar, por solo Ariobórzano, treinta y tres talentos mensuales, una cosa así, como treinta y dos mil pesos. Deyotaro se ve reducido á la mendicidad. Salamina no puede pagar á Bruto su acreedor; Bruto encierra el Senado y lo sitia; cinco senadores mueren de hambre; los demas pagan.

Las deudas igualan á las fortunas, es natural; preciso es que haya balance.

César, al partir como pretor para España, pide prestados á Craso cinco millones, y debia ya cincuenta mas; Milon debia catorce millones cuando salió para el destierro; Curion, al venderse á César, debia doce millones; Antonio ocho.

Creemos, pues, que es un error el llamar conspiracion á la de Catilina; no es ni un complot, es un hecho. Es la grande y eterna guerra del rico contra el pobre, la lucha del que no tiene nada contra el que lo tiene todo; es la cuestion que se halla en el fondo de todas las cuestiones políticas, con la cual hemos chocado nosotros los franceses en 1792 y en 1848.

Baboeuf y Proudhon son Catilinas en teoría.

Así, ved quiénes están al lado de Catilina, quiénes forman su séquito, quiénes lo rodean; todos los elegantes, todos los libertinos, todos los nobles arruinados, todos los calaveras vestidos de púrpura, todos los que juegan, que se embriagan, que bailan, que mantienen mujeres de cierta clase;— ya hemos dicho que César era uno de ellos;—ademas, los *bravos* de la época, los gladiadores, los setembristas de Sila y de Mario, y ¿quién sabe? quizá tambien el pueblo.

Los caballeros, los usureros, los agiotistas y los banqueros saben eso tan perfectamente, que hacen nombrar cónsul á Ciceron; *un hombre nuevo*.

Ciceron ha contraido compromisos; aniquilará á Catilina, pues para que duerman tranquilos todos los que tienen quintas, palacios, ganados, pastos, una caja, en fin, es preciso que Catilina sea aniquilado.

Ciceron empieza el ataque presentando al Senado —Catilina es senador, téngase presente—una ley que agrega diez años de destierro á las penas impuestas á los que intriguen para alcanzar destinos.

Catilina vé el golpe; quiere discutir la ley y desliza una frase en favor de los deudores; allí era donde lo aguardaba Ciceron.

—¿Qué esperas? le dice; ¿nuevos edictos? ¿la abolicion de las deudas? Yo fijaré nuevos edictos, pero serán edictos de venta.

Catilina se arrebata y le dice á su vez:

—¿Quién eres tú para hablar así, mal aldeano de Arpinum, que has tomado á Roma por posada?

Entonces el senado entero murmura y se adhiere á Ciceron.

—Ah! exclama Catilina, ¿provocais un incendio contra mí? Bien! lo ahogaré en ruinas!

Aquellas palabras pierden á Catilina.

Ciceron llama sobre ellas la atencion de los dueños de establecimientos.

Los diputados de los alóbroges, á quienes Catilina ha tomado por confidentes, han entregado al abogado de la aristocracia el plan de la conjuracion.

Casio debe incendiar á Roma y Cetego, degollar al senado; Catilina y sus tenientes se situarán á las puertas de la ciudad y matarán á todo el que trate de huir.

Los combustibles están preparados, y quizá mañana se hallen obstruidos los acueductos.

Todo eso, sin embargo, no decide al pueblo á tomar partido por el Senado.

Caton pronuncia un largo discurso. Comprende que ha pasado ya el tiempo de invocar el patriotismo. ¡Buena está la cosa para ello! Si tal hiciera se le reirian en la cara y le llamarian mentecato.

No; Caton es de su época.

"En nombre de los dioses inmortales, dijo, os ab-

juro por vuestras quintas, por vuestras casas, por vuestras estatuas, por vuestros cuadros, objetos que siempre os han sido mas caros que la república; si quereis conservar vuestros bienes, de cualquier clase que sean, y gozar de ellos con la tranquilidad conveniente, es preciso que salgais de vuestra inercia y que os mezcleis en la cosa pública."

El discurso de Caton impresiona á los ricos; pero eso no basta; á los pobres, á los proletarios, al pueblo es al que es necesario arrastrar tras sí.

Caton hace que el Senado distribuya trigo al pueblo por valor de siete millones, y el pueblo se adhiere al Senado. Sin embargo, si Catilina hubiera permanecido en Roma, quizá su presencia hubiera neutralizado aquella espléndida distribucion.

Pero es muy raro que el pueblo dé la razon al que abandona la partida; hay un adagio sobre el particular.

Catilina salió de Roma.

El pueblo dió la razon al Senado.

X

Catilina habia ido á reunirse con su teniente Malio en los Apeninos; allí tenia dos legiones, esto es, diez ó doce mil hombres.

Aguardó un mes.

Todas las mañanas esperaba recibir la noticia de haber estallado el complot en Roma. La noticia que recibió fué que Ciceron habia hecho estrangular á Léntulo y á Cetego, sus amigos, lo mismo que á los principales gefes del complot.

—¡Estrangular! exclamó, ¿no eran, pues, ciudadanos romanos, y no les garantizaba la vida la ley Sempronia?

Sin duda que sí; pero hé aquí el argumento de que se habia valido Ciceron: "Es verdad que la ley Sempronia proteje la vida de los ciudadanos; pero no es ciudadano el enemigo de la patria."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El argumento era algo sutil; pero no en vano es uno abogado.

Los ejércitos del Senado se acercaban. Catilina vió que lo único que le restaba era morir, y resolvió hacerlo valerosamente.

Bajó de las montañrs y encontró á los conservadores, como se diria hoy, en las inmediaciones de Pistoya.

El combate fué terrible; la lucha encarnizada.

Catilina combatió, no ya para vencer, sino para morir bien.

Y habiendo vivido mal, murió como bueno. Lo encontraron delante de todos los suyos, en medio de los cadáveres de los soldados muertos por su mano.

Cada uno de sus hombres cayó en el sitio en que habia peleado.

¿Acaso mueren así los ladrones, los asesinos y los incendiarios?

Creemos, pues, que Napoleon tenia razon en Santa Elena, y que debajo de todo eso hay algo que ignoramos, ó mas bien, algo que nos ha sido mal contado, y que aun no hemos podido adivinar.

Véase á continuacion el manifiesto de los rebeldes, que nos ha trasmitido Salustio; quizá arroje alguna luz sobre la cuestion. Está dirigido por el gefe de los rebeldes al general del Senado.

El general del Senado es el Cavaignac de la época.

"Imperator,

"Aseguramos á los dioses y á los hombres, que si hemos tomado las armas, no es para poner en peligro la patria ni para amenazar á nuestros conciudadanos; solo queremos salvar nuestras personas. Miserables y arruinados como estamos, la rapacidad y las violencias de nuestros acreedores nos han robado á casi todos la patria, á todos la reputacion y la fortuna. Se nos niega hasta el beneficio de las antiguas leyes; no se nos permite hacer abandono completo de nuestros bienes, á fin de conservar la libertad: ¡tal y tan grande es la dureza de los usureros y de los prestamistas! Con frecuencia el antiguo Senado tuvo lástima del pueblo y alivió con sus decretos la miseria pública; en nuestro tiempo mismo se ha tenido consideracion con los patrimonios excesivamente gravados, y segun el parecer de todas las personas honradas ha sido lícito pagar en cobre lo que se debia en plata; * frecuentemente tambien, el pueblo, impelido por deseos ambiciosos ó provocado por las injurias de los magistrados, se ha separado del Senado; pero nosotros por nuestra parte no pedimos

* La Ley Valeria concedia esa facultad en circunstancias extremas; la deuda quedaba reducida de ese modo, á poco mas de la cuarta parte, y sin embargo no constituia lo que en nuestros dias se llamaria una quiebra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poder ni fortuna, esas dos grandes causas de las luchas entre los hombres. No; pedimos únicamente lo que un ciudadano no consiente en perder sino con la vida. A tí y al Senado nos dirigimos, pues, suplicandoos que os compadezcais de nuestro triste estado. Volvednos la garantía de la ley que el pretor nos niega; no nos pongais en la necesidad de preferir la muerte á la vida que llevamos, pues nuestra muerte no tendria lugar sin venganza de nuestra parte."

Pesad ese manifiesto, filósofos de todos los tiempos; tiene su peso en la balanza de la historia. ¿No se parece mucho á aquella divisa de los desgraciados obreros de Lyon: *Vivir trabajando, ó morir combatiendo?*

Bien deciamos, pues, hace poco, que la conspiracion de Catilina no era una conspiracion; y hé ahí por qué el peligro, por mas que diga Dion, fué real, sério, inmenso; tan inmenso, tan sério, tan real, que hizo de Ciceron un héroe de audacia y de ilegalidad.

Preciso es que Ciceron hubiese tenido mucho miedo para haberse mostrado tan valiente *aquel dia.*

¿Acaso no huye cuando puede? ¿No huyó cuando Clodio fomentó un motin contra él, siete años despues?

Y sin embargo, Clodio no era un hombre de la talla de Catilina.

De vuelta á Tesalónica, Ciceron cuenta que hay

colision en el Forum. Se injurian, se escupen á la cara. "Los clodianos empiezan á escupirnos [*clodiani nostros consputare cæperunt,*] y nosotros perdemos la paciencia, añade Ciceron.—¡Pues no faltaba mas sino que no la perdiera!—"Los nuestros los atacan y los ponen en fuga; Clodio es arrojado de la tribuna; yo me eclipso por temor de algun percance (AC NOS QUOQUE FUGIMUS, NE QUID IN TURBA,") No, no somos nosotros los que le hacemos decir eso; él es quien lo dice, quien lo cuenta, quien lo escribe á su hermano Quinto en su carta de 15 de Febrero (2. II. 3.)

Ademas, si dudais, leed el discurso de Caton. Ese no es un cobarde, y sin embargo ha tenido miedo, mucho miedo, ha tenido miedo, sobre todo, y lo dice, y cree los demas deben tenerlo tambien, ¡porque César está tranquilo!

César está tranquilo, porque si Catilina vence, ha dado bastantes muestras de aprecio á la democracia para tener una parte en el botin, y si Catilina sale vencido, no habrá modo de reunir pruebas suficientes contra él para poderlo acusar. Ademas, ¿quién será capaz de atreverse á tanto? Caton tiene grandes deseos de hacerlo, y sin embargo, retrocede.

En medio de aquella borrascosa sesion, en la cual hablaron Caton y César, el primero en pró de la severidad y el segundo en pró de la clemencia, entró un esclavo y presentó un billete á César.

Caton creyó que era una carta política, la arrebató de las manos al mensajero y la leyó.

Era una tierna epístola de su hermana Servilia dirigida á César.

En seguida se la tiró á la cara, diciéndole:

—¡Toma, borracho!

César la recogió, la leyó y no contestó una palabra. La situacion, en efecto, era grave y no habia necesidad de complicarla con una querella particular.

Pero si nadie osaba acusarlo públicamente, tampoco hubieran sentido que un accidente cualquiera librase de él á las gentes honradas.

En la escalinata del Senado, en el momento de ir á salir, se vió rodeado de una multitud de caballeros, de hijos de banqueros, agiotistas, usureros y publicanos que querian absolutamente deshacerse de él.

Uno de ellos, Clodio Pulcher,—el que se habia dejado derrotar por los gladiadores,—le puso la espada en el pescuezo, esperando solo un gesto de Ciceron para matarlo. Ciceron le hizo seña de que lo dejara, y Clodio envainó su espada.

¡Cómo! ese mismo Clodio, que mas tarde, alma condenada de César, será el amante de Pompeya y querrá matar á Ciceron, ¿es ahora amigo de Ciceron y quiere matar á César?—Eh! diantre! sí, así pasan las cosas en la vida.

Si os parece imposible, ya os lo esplicarémos mas tarde, perded cuidado, queridos lectores; no será quizá muy moral, pero será claro.

El hombre feliz, el hombre orgulloso, el hombre alto de cien codos en todo ese negocio de Catilina, es Ciceron.

Y es que Ciceron tenia mucho de Mr. Dupin, aunque Mr. Dupin tenga muy poco de Ciceron.

¿Habeis visto á Mr. Dupin al dia siguiente del advenimiento al trono del rey Luis Felipe? Si hubiera compuesto versos latinos hubiera hecho los de Ciceron; si hubiera compuesto versos franceses hubiera traducido aquellos.

Sin duda conoceis los versos de Ciceron.

O fortunatam natam, me consule, Romam!
Oh Roma afortunada, que has nacido bajo mi consulado!....

Pues bien, ocho dias despues Ciceron defendia á Murena, acusado de intrigar para obtener un destino, siendo así que habia sido él el que habia pedido diez años de destierro, como aumento de castigo, para los perpetradores de aquel delito. Despues defendió á Sila, cómplice de Catilina, cuando él mismo habia hecho estrangular á los demas cómplices.

Como ya hemos dicho, fué rey de Roma por un momento.

Pompeyo estaba ausente, César eclipsado, Craso mudo.

—Es el tercer rey extranjero que tenemos, decian los romanos.

Los otros dos eran Tacio y Numa. Ambos eran de Cures; Ciceron de Arpinum.

Los tres, en efecto, eran extranjeros para Roma.

XI

Descubierta la conspiracion de Catilina, estrangulados Léntulo y Cetego, y encontrado el cadáver del temido gefe en el campo de batalla de Pistoya, se creyó á Roma salvada.

Lo mismo sucedia en 1793 despues de cada conspiracion descubierta. Así se vió salvada Francia hasta once veces en un solo mes.

"Otra victoria como esta y soy perdido!" decia Pirro despues de la batalla de Heraclea, en la cual habia dejado la mitad de sus soldados, la mitad de sus caballos y la mitad de sus elefantes.

Ciceron, sobre todo, era quien se figuraba que habia salvado á Roma. El triunfo lo cegaba; creia en aquella alianza del Senado y los caballeros, de la

aristocracia de nacimiento y de la aristocracia del dinero, que habia sido su sueño; pero no tardó en dudar él mismo de la duracion de aquella *paz gelatinosa*,—no hay otro modo de traducir su frase: *concordia conglutinata*.

César, por su parte, ya hemos dicho que se consideraba feliz con poder eclipsarse en aquellas circunstancias.

Al salir del Senado, en el momento que Ciceron atravesaba el Forum gritando "Han vivido," refiriéndose á los cómplices de Catilina, varios caballeros de los que formaban su guardia se habian lanzado contra César con la espada desenvainada; pero Ciceron lo cubrió con su toga, como hemos manifestado ya.

Ciceron,—como hacia á veces el pueblo en favor del gladiador que habia combatido bien,—contestó con un signo salvador á la mirada interrogativa que le dirigieron los jóvenes. Y, en efecto, aunque César no fuera aún sino un calavera plagado de deudas, no se mataba á César como se mataba á un Léntulo ó á un Cesego; la prueba es que hubieran podido acabar con él, bien en la puerta del Senado, bien en el Forum, bien al atravesar el campo de Marte; lo prueba tambien que del propio modo hubieran podido desembarazarse de Catilina, y sin embargo no se atrevieron á verificarlo.

Nosotros, á la verdad, aunque el caso sea conta-

do por Plutarco, hemos dudado muchas veces del relato del historiador de Cheronea.

Suetonio se contenta con decir que los caballeros que estaban de guardia desenvainaron las espadas y dirigieron las puntas contra César.

Ciceron, ese gran hablador, no decia una palabra de ello en la historia de su Consulado, que se ha perdido, pero que Plutarco conocia, y Plutarco lo extraña mucho.

¿Cómo es que Ciceron, que se jacta á veces de cosas que no ha hecho, no se ha vanagloriado de esa, que dice que hizo, y que era de tanta importancia y tan honrosa para él?

Ademas, la nobleza criticó mas tarde á Ciceron el no haber aprovechado aquella oportunidad para deshacerse de César, habiendo formado una idea exagerada del afecto que le tenia el pueblo.

Sin embargo, aquel afecto era grande, muy grande, como lo prueba el suceso que tuvo lugar algunos dias despues.

Cansado César de las sordas acusaciones con que lo perseguian, se dirigió al Senado á justificarse de ellas, y en cuanto entró anunció en alta voz el motivo que allí lo llevaba.

En seguida se empeñó una violenta discusion sobre su culpabilidad ó su no culpabilidad: como la sesion se prolongase, el pueblo temió que le hubiese sucedido alguna desgracia, y rodeó la sala dando gritos y pidiendo que le devolviesen á César.

Por eso fué por lo que Caton, temiendo á su vez un movimiento de parte de los pobres, ó, mejor dicho, de los que tenian hambre, los cuales, segun Plutarco, fundaban en César todas sus esperanzas, solicitó y obtuvo del Senado aquella famosa distribucion de trigo, que debia costar cada vez una cosa así como dos millones de pesos.

César vió entonces que necesitaba un nuevo apoyo, y se hizo inscribir en la lista de los que solicitaban el cargo de pretor.

Ya hemos dicho arriba cómo se hacia carrera en Roma.

Todo jóven de buena familia estudiaba leyes con un jurisconsulto y elocuencia con un retórico. La vida romana era pública; pertenecia á la patria; se defendia ó se atacaba al gobierno con la palabra ó con la espada. Se firmaba como en América: "abogado y general."

Para hacerse conocer se denunciaba un procónsul: habia en eso cierta grandeza; se tomaba el partido de un pueblo contra un hombre.

César hizo eso.

Acusó de nuevo á Dolabela y despues á Publio Antonio. Fracasó en su empresa contra aquel, como ya hemos dicho, y tuvo que salir de Roma; pero ata-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

có en Grecia al segundo, ante Marco Lúculo, pretor de Macedonia, y lo hizo con tal éxito, que Plubio Antonio, temiendo ser condenado, apeló á los tribunos del pueblo, so pretexto de que no podia obtener justicia en Grecia contra los griegos.

"En Roma, dice Plutarco, su elocuencia en los tribunales le hizo alcanzar un favor inmenso."

Siendo ya uno conocido del modo que hemos indicado, se solicitaba la edilidad.

La edilidad era, sobre poco mas ó menos, lo que hoy un corregimiento.

Ved las elecciones inglesas con sus *hus tings*, sus *meetings*, sus *boxings* y sus acusaciones de *bribery;* son en pequeño lo que las elecciones de Roma en grande.

Ademas, habia en Roma lo que no se ha osado hacer todavía ni en Francia ni en Inglaterra; un Manual del Candidato. El que nosotros hemos visto es del año 688 de Roma, y está firmado: *Q. Cicero.*—No confundirlo con Marco Julio; Quinto no es mas que el hermano de un grande hombre.

Llegado el momento, el candidato se ponia una túnica blanca, símbolo de la pureza de su alma,—*candidatus*, que quiere decir blanqueado y blanco al mismo tiempo. Despues hacia sus visitas: primero á los senadores y magistrados; luego á las personas

ricas y á los caballeros; mas tarde á los nobles, y en fin al pueblo.

El pueblo se hallaba reunido en el Campo de Marte; los trescientos ó cuatrocientos mil votantes estaban allí esperando á los candidatos.

Estos se presentaban seguidos de sus amigos.

Mientras los candidatos intrigaban por un lado, los amigos intrigaban por otro.

El candidato tenia su *nomenclator* que le decia en voz baja el nombre y la profesion de las personas á quienes dirigia la palabra.

¿Recordais todas las ternezas que hace D. Juan á Mr. Dimanche cuando quiere sacarle dinero? Pues figuraos esa escena repetida cien veces en el mismo dia. La forma es diferente, pero el fondo el mismo.

Desde dos años antes ha estado el candidato halagando al pueblo: ha celebrado juegos; ha comprado y hecho comprar á sus amigos porcion de localidades en los circos y anfiteatros, y las ha repartido gratuitamente; ha hecho asistir de ese modo á los espectáculos á tríbus enteras, y en particular á la suya; ha dado, en fin, festines públicos, no solo delante de su puerta, no solo en su tríbu, no solo en barrios distintos, sino en todas las tríbus á la vez, y eso frecuentemente.

Ciceron citaba como una cosa extraordinaria que

Lucio Filipo hubiese llegado á las dignidades sin haber empleado ese último medio.

En cambio, Tuberon, nieto de Paulo Emilio y sobrino de Escipion el Africano, habia fracasado en su solicitud á la pretura, porque al ofrecer una comida al pueblo habia hecho preparar lechos de figura comun y los habia cubierto con pieles de chivo en vez de verificarlo con otras de alto precio.

Ved si era sibarita el pueblo romano, que no solo queria comer bien, sino que queria hacerlo rica y cómodamente acostado.

Muchos candidatos emprendian viajes á las provincias para recoger sufragios en los municipios que tenian derecho de votar.

Patérculo cita un ciudadano que cada vez que habia un incendio en Roma ó sus alrededores, enviaba á sus esclavos á apagarlo; el medio era tan nuevo, que el que lo inventó no solo fué nombrado edil, sino hasta pretor. Desgraciadamente Patérculo olvida decir el nombre de ese filántropo.

Por regla general la eleccion era algo cara; nadie era nombrado edil por menos de un millon, ni pretor por menos de millon y medio ó dos millones; pero por ser pretor se sacrificaba todo.

En efecto, la pretura era el vireinato de una provincia.

Y tened presente que una provincia de aquel tiempo era un reino de hoy.

Ahora bien, en ese reino, cuyo absoluto gobierno se tenia por cuatro ó cinco años, cuyo territorio se ocupaba con un ejército, de cuyo dinero se disponia, sobre cuyos habitantes se tenia derecho de vida y muerte, era adonde se daba cita á los acreedores; en el se reponian las fortunas mas quebrantadas, se formaban bibliotecas, se hacian colecciones de cuadros y galerías de estátuas; allí era, en fin, adonde se convocaba á los tenedores de documentos y á los escribanos, y casi siempre se arreglaban todos los negocios á satisfaccion de ambas partes.

Algunas veces, sin embargo, cuando la provincia estaba arruinada, cuando se sucedia á un Dolabela ó á un Verres, ó bien cuando no se tenia seguridad en la moralidad del deudor, los acreedores se oponian á la partida.

Nombrado César pretor en España, en el momento de salir para allá halló reunida en su puerta tal nube de acreedores, que se vió obligado á mandar á buscar á Craso.

Craso, que veia á Catilina muerto, que preveia que Ciceron no podria mantenerse en su puesto mucho tiempo, y que no podia perdonar á Pompeyo su asunto de los gladiadores, comprendió que el porvenir estaba entre Pompeyo y César, y pensó que un

préstamo hecho á este último, le produciria algun dia un buen interes. Garantizó, pues, á César por cinco millones, y César pudo partir para España.

Antes de pasar adelante, debemos decir una cosa que fué quizá la causa principal de ese estraño préstamo de parte de un hombre tan avaro como Craso: César era el amante de su mujer Tertulia. Bajo el punto de vista moderno, eso rebaja en cierto modo á César, pero César no era muy escrupuloso que digamos.

Dirigiéndose á España, al atravesar una pequeña aldea de la Galia Cisalpina, fué cuando César pronunció estas bonitas palabras:

—Quisiera ser mejor el primero aquí que el segundo en Roma.

En efecto, en Roma, al lado de aquellos poderes reales conquistados con la espada ó con la elocuencia, al lado de Pompeyo y de Ciceron, habia lo que se llamaba los siete tiranos; estos eran los publicanos, los usureros, los prestamistas por semana, á saber, los dos Lúculo, Metelo, Hortensio, Filipo, Cátulo y Craso.

Este último tenia afan de ser algo mas que uno de los siete tiranos; ansiaba ser uno de los tres.

Veia en el porvenir un triunvirato: Pompeyo, la victoria; César, la fortuna, él, el dinero.

Ya tendremos lugar de observar si Craso leyó ó no con claridad en el porvenir.

Al cabo de un año volvió César de España.

¿Qué habia hecho allí? Nada se sabe.

Nadie lo acusó; pero pagó todas sus deudas sin necesitar entonces que nadie le prestase un óvolo para ello.

Suetonio agrega tambien:

"Saqueó varias ciudades de la Lusitania, sin embargo de que no le hicieron resistencia alguna y de que le abrieron en seguida las puertas."

A su vuelta á Roma, César halló allí á Pompeyo.

Esos dos grandes rivales estaban, pues, frente á frente.

Veamos lo que habia sido de Pompeyo desde que lo abandonamos despues de su tríunfo sobre los gladiadores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

El vencedor de Mitrídates tiene treinta y nueve años, aunque sus amigos, ó sus aduladores, no le dan mas que treinta y cuatro—la edad de Alejandro.—Ha llegado al punto culminante de su fortuna. Desde entonces no hará mas que bajar; al paso que César no hará mas que subir.

Si Pompeyo tiene treinta y nueve años, y Plutarco dice positivamente su edad,—César tiene treinta y tres.

"El pueblo romano, dice Plutarco, manifestó hácia Pompeyo la misma disposicion de ánimo que el Prometeo de Esquilo hácia Hércules cuando le dice á este, que lo acaba de desatar: "Amo al hijo tanto como odio al padre."

¿Por qué odiaba el pueblo romano á Strabo, padre de Pompeyo?

Plutarco nos lo dice en un solo renglon:

"Porque no podia perdonarle su avaricia."

Lo cual quiere decir que el padre de Pompeyo no daba juegos á los romanos, ni les ofrecia comidas públicas, ni les regalaba billetes de espectáculo, crímenes imperdonables á los ojos de todos aquellos reyes del mundo que pasaban el tiempo acostados bajo los pórticos, hablando de política en los baños y bebiendo vino cocido en las tabernas.

Y el ódio era grande en efecto, pues habiendo muerto Strabo herido de un rayo, el pueblo arrebató su cadáver de la pira en que estaba depositado, y cometió con él mil ultrajes.

En cambio, repetimos, el hijo era adorado.

Hé aquí lo que dice Plutarco sobre el particular, en su hermosa lengua griega:

"Nadie obtuvo un afecto mayor, que empezase en edad mas temprana, que diera mejores frutos en el buen tiempo, y que permaneciese mas fiel en la desgracia."

Lo que quizá habia contribuido en mucha parte á seducir á los romanos, pueblo eminentemente sensual, era su belleza.

Pompeyo tenia facciones dulces, perfectamente en armonía con su voz melodiosa; un aire grave, templado por una gran expresion de bondad; modales nobles; una gran templanza en su vida habitual; su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma agilidad en todos los ejercicios del cuerpo; una elocuencia casi irresistible; una inmensa facilidad para dar, y al verificarlo una gracia casi divina para no lastimar en lo mas mínimo el amor propio del que recibia. Sus cabellos, que llevaba algo levantados por delante, y su mirada, llena de encanto, le daban con Alejandro, ó mas bien con las estátuas que quedaban del conquistador de la India, una semejanza que halagaba mucho al jóven, y que era tan pública y tan reconocida, que un dia el Cónsul Filipo, abogado por él, dijo sonriéndose:

—No debe extrañarse la parcialidad de que hago gala con mi cliente; es natural que siendo Filipo ame á Alejandro.

Ya hemos hablado de su templanza; citaremos un ejemplo:

Al salir de una grave enfermedad, en que habia estado á rigurosa dieta, le mandó el médico que para empezar á alimentarse comiese solo un zorzal.

Desgraciadamente los zorzales son aves de paso y la estacion de ellos habia pasado ya; de modo que los sirvientes de Pompeyo recorrieron todos los mercados de Roma sin encontrar ninguno.

—No te apures, le dijo un amigo; manda á casa de Lúculo, qué él tiene zorzales todo el año.

—No, contestó Pompeyo; no quiero pedir favor ninguno á ese hombre.

—Pero es el caso, insistió el amigo, que el médico te ha dicho que tomes eso solo, prohibiéndote cualquier otro alimento.

—Bah! repitió Pompeyo, ¿quieres por ventura que me figure que está escrito en el libro del Destino que yo no pueda vivir si Lúculo no es bastante gastrónomo para conservar zorzales todo el año?

Y aquel mismo dia mandó á pasear al médico.

Tambien hemos hablado de su elocuencia; probémosla.

Despues de la muerte de Strabo tuvo que rechazar una acusacion de peculado dirigida contra su padre, y en la cual se trataba de inmiscuirle. Manifestó tal habilidad en la defensa y mostró en ella tal firmeza, que el pretor Antistio, presidente del tribunal, resolvió desde aquel momento darle su hija en matrimonio, haciéndosela ofrecer por amigos comunes.

Pompeyo aceptó.

El pueblo tuvo conocimiento del suceso y le agradó de tal modo que, en el momento en que Pompeyo fué absuelto, todo él, cual si obedeciera una palabra de órden, se puso á gritar:

—A Talasio! á Talasio!

¿Qué significaban esas dos palabras, que los romanos tenian costumbre de proferir cuando deseaban un enlace feliz?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vamos á decirlo.

Era una antigua tradicion que remontaba al rapto de las Sabinas.

Cuando tuvo lugar aquel gran acontecimiento, que puso el naciente imperio de Rómulo á dos dedos de su ruina, unos pastores llevaban una jóven Sabina, de una belleza tan perfecta, que temian tener que combatir á cada paso para conservarla; entonces se les ocurrió ponerla bajo la proteccion de uno de los hombres mas apreciados de la jóven Roma; de modo que corrian gritando:

—A Talasio! á Talasio!

Como si llevaran la jóven Sabina para el individuo llamado así.

Gracias á aquel nombre pudieron conducirla con seguridad al punto que deseaban; la jóven, en efecto, se casó con Talasio, y habiendo sido un matrimonio muy dichoso, quedó en Roma la costumbre, cuando tenia lugar un matrimonio de importancia, gritar saludándolo con las palabras pronunciadas por los pastores.

Pompeyo se casó con Antistia.

Pero no fué tan feliz en aquel matrimonio como Talasio lo habia sido en el suyo, pues Sila, como dijimos arriba, le hizo repudiar á Antistia y casarse con Emilia, hija de Metela y de Escauro, é hijastra del dictador.

La órden era tanto mas tiránica cuanto que Emilia era casada y estaba en cinta; era ademas una cosa en estremo vergonzosa para Pompeyo el ceder á aquella órden, por cuanto Sila acababa de hacer asesinar en el Senado con un fútil pretesto á su suegro Antistio.

La mujer de este por su parte, viendo á su hija repudiada, no pudo sufrir la afrenta que Pompeyo acababa de hacerle y se mató.

En fin, á aquella muerte siguió la de Emilia, que murió de parto.

Es verdad que esa terrible tragedia de familia, que hubiera causado gran rumor en otra época, se perdió en medio del ruido de la tragedia pública que tenia lugar entonces, y en la cual Mario y Sila desempeñaban los principales papeles.

Ya hemos dicho que en un caso igual César prefirió afrontar la cólera de Sila á obedecerle. El carácter de esos dos hombres se revela por entero en esa diferencia; en circunstancias idénticas uno cede y otro resiste.

Dispénsenos que nos ocupemos tanto de Pompeyo, de cuya vida hemos contado ya algunos pormenores; el hombre que disputó el mundo á César merece la pena de que se hable de él con alguna estension.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ademas confesamos que nos causaria no poco orgullo hacer con la antigüedad lo que con los tiempos modernos; con la historia griega y romana lo que hemos hecho con la historia de Inglaterra, de Italia y de Francia, esto es, ponerla al alcance de todo el mundo. ¿Qué se necesita para ello? Hacerla amena.

Cuando se nos muestra á los griegos y á los romanos se nos hace ver demasiadas estatuas y muy pocos hombres.

Siendo hombres nosotros, nos interesamos sobre todo por séres pertenecientes de un modo visible á la humanidad.

Ahora bien, al separar la túnica de Alcibiades y la toga de César, ¿qué es lo que vemos? Hombres.

Preciso es entonces separar la túnica y la toga; preciso es, en fin, hacer lo que intentamos nosotros: mostrar en bata á esos séres y semi-dioses de colegio.

¿Recordais el tiempo en que se nos decia que la historia era difícil de aprender únicamente porque era pesada? Lo es sin duda en el padre Daniel, en Mezerai, en Anquetil; pero en las crónicas, en las memorias, en las leyendas, es divertida.

¿Por qué ha alcanzado Mr. de Barante un éxito tan grande con sus *Duques de Borgoña?* Porque ha

sido el primero á sustituir la forma de la crónica á la forma de la historia, ó de lo que se llamaba tal.

¿Acaso no hemos enseñado nosotros mucho mas á nuestros lectores con *Los Tres Mosqueteros*, *Veinte años despues* y *el Vizconde de Bragelonne*, respecto á la época de Luis XIII y de Luis XIV, que Levassor con sus veinte ó veinticinco volúmenes?

¿Quién conoce á Levassor? Guillemot y Techener, porque venden sus veinticinco tomos en veinticinco francos, no al público, sino á los que, como nosotros, tienen necesidad de comprarlos.

XIII

Volvamos á Pompeyo; viudo ya de dos mujeres á los veinticuatro años, y á quien Sila, á causa del servicio que le habia prestado llevándole un ejército, acababa de saludar con el nombre de *imperator*.

Ademas, Sila se habia levantado y descubierto delante de Pompeyo, lo cual hacia muy rara vez delante de sus generales.

Lo de que *se habia levantado* se comprende fácil-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente, pero eso de que *¡se habia descubierto!* confesad, lectores, que os parece una cosa algo difícil de esplicar, siendo así que siempre habeis visto á los romanos sin nada en la cabeza.

Los romanos, sin embargo, á falta de sombrero,—aun cuando algunas veces lo usaban, como lo prueba aquel famosísimo que Craso prestaba con frecuencia al griego Alejandro,—los romanos, repetimós, á falta de sombrero se cubrian la cabeza con el extremo de la toga, cuya prenda, blanca por lo general, rechazaba admirablemente los rayos del sol italiano. Así como nosotros nos sacamos el sombrero como una muestra de deferencia hácia las personas que encontramos, así tambien los romanos se alzaban el extremo de la toga, descubriéndose de ese modo.

A pesar de la gran humildad de Pompeyo, se le echaban en cara dos ó tres muertes de que César, su rival en todo, y especialmente en humanidad, hubiera sido incapaz.

Carbon, como es sabido, era uno de los antagonistas de Sila.

Pompeyo lo derrotó y lo hizo prisionero.

Si lo hubiera mandado matar en aquel momento, nadie hubiera dicho nada, y probablemente habria parecido una cosa muy natural; pero hizo que lo llevaran á su presencia cargado de cadenas,—¡era un hombre honrado tres veces con el consulado!—lo juzgó desde lo alto de un trono en medio de los murmullos y las aclamaciones de la multitud, y lo hizo ejecutar, sin darle mas tiempo al efecto que el preciso para satisfacer una necesidad que le aquejaba.

Lo mismo verificó con Quinto Valerio, sábio distinguido, al cual cogió prisionero igualmente; conversó con él un buen rato y despues que supo cuanto deseaba, lo mandó matar con la mayor sangre fria.

Respecto á su título de *Grande*, Sila fué quien se lo dió tambien al saludarlo á su vuelta de Africa, del propio modo que cuatro ó cinco años antes le habia dado el de *imperator*.

Pompeyo se abstuvo al pronto de añadir ese epíteto á su nombre; preciso es hacerle esa justicia.

Apresurémonos, sin embargo, á añadir que al obrar así no lo hacia por modestia, sino por temor de herir la susceptibilidad del pueblo.

En efecto, algo mas tarde, despues de la muerte de Sertorio y de la campaña de España, cuando creyó que aquel nombre le habia sido dado ya bastante tiempo por los demas para que él tuviese el derecho de aplicárselo á sí mismo, lo tomó y se tituló Pompeyo el Grande en sus cartas y en sus decretos.

Es verdad que por encima del que Sila habia llamado *Magnus*, esto es, *Grande*, habia dos hombres á cada úno de los cuales el pueblo habia dado el so-

brenombre de GRANDISIMO, *Maximus;* el uno era Valerio, que habia reconciliado al pueblo y al Senado, y el otro Fabio Rullo, que habia expulsado del mismo Senado á algunos hijos de libertos, que merced á sus riquezas se habian hecho nombrar senadores.

Por lo demas, Sila se asustó bien pronto de aquella grandeza que acababa de hacer y de aquella fortuna que acababa de elevar.

De vuelta á Roma despues de su gran guerra de Africa, Pompeyo pidió el triunfo; pero Sila se opuso á él. El triunfo no se concedia sino á cónsules ó á pretores.

El mismo primer Escipion no habia osado pedirlo despues de sus victorias en España contra los cartagineses, porque no era ni pretor ni cónsul.

Sila le manifestó que temia verse desaprobado por toda Roma si hacia triunfar á un jóven imberbe aún, y que se diria que no respetaba ninguna ley en tratándose de satisfacer los caprichos de sus favoritos.

Pero Pompeyo vió la verdadera causa de la negativa bajo la dorada cubierta que la envolvia.

La idea de que Sila se oponia á su triunfo únicamente porque empezaba á temerle, redobló su empeño de alcanzarlo, y habiéndole dicho el dictador que si se obstinaba en triunfar haria él todo lo posible por impedirlo, le contestó:

—Cuidado, Sila: hay mas hombres que adoran al sol levante que al sol poniente.

Sila, como César, era algo duro de oido y no entendió la respuesta de Pompeyo.

—¿Qué dice? preguntó á los que le rodeaban.

Estos le repitieron las palabras que Pompeyo habia pronunciado.

—Oh! exclamó Sila, si tanto empeño tiene en ello, que triunfe enhorabuena.

Pero no era el dictador el único que se oponia á aquella satisfaccion del orgullo del vencedor de Carbon, de Domiciano y de Sertorio.

Hubo grandes murmullos en el Senado y en la nobleza.

Pompeyo los oyó.

—¡Esas tenemos! dijo; pues bien, triunfaré, no como mis predecesores en un carro tirado por caballos, sino en un carro tirado por elefantes.

En efecto, en su campaña de Africa Pompeyo habia dicho á los soldados:

—Ya que estamos aquí, combatamos no solo á los hombres, sino tambien á los animales feroces.

Y habia cazado y cogido gran número de leones y elefantes; ademas, habia recibido de los reyes sometidos mas de cuarenta de estos últimos; así que, nada le era mas fácil que enganchar cuatro de ellos á su carro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los enganchó, pues; pero en el momento de irá entrar en Roma echó de ver que las puertas eran demasiado angostas.

Tuvo, por lo tanto, que renunciar á los elefante y contentarse con caballos.

A pesar de su edad,—iba á cumplir cuarenta años —Pompeyo hubiera sido admitido en el Senado s lo hubiera deseado.

Los romanos, cuando la ley se oponia á alguno d sus deseos y no eran bastante poderosos para satisfacerlo á pesar de ella, tenian un modo de procede ingeniosísimo: suspendian la ley por un año.

Aquello se llamaba *el sueño de la ley*.

Mientras la ley dormia, las ambiciones permanecian despiertas y hacian lo que querian.

Pompeyo, pues, satisfizo mas su orgullo triunfando siendo simple general, que si hubiera sido nombrado senador.

Pero Sila no olvidó que habia triunfado á pesar suyo, y habiendo hecho Pompeyo por otro lo que no habia querido hacer por él, esto es, habiendo contribuido eficazmente á que Lépido fuera nombrado cónsul, lo apostrofó del modo siguiente al tropezar con él en el momento de atravesar la plaza:

—Muy ufano te veo con tu victoria, jóven; y no hay duda que es una cosa muy honrosa y muy digna de orgullo el haber conseguido por medio de tus

intrigas con el pueblo, que Cátulo, el ciudadano mas virtuoso de Roma, haya sido elevado al consulado únicamente despues de Lépido, que es el mas malvado de los hombres..... Te aconsejo que no te duermas, añadió con aire de amenaza, y que andes con cuidado en todas tus cosas, pues te has grangeado un adversario algo mas fuerte que tú.

En efecto, Pompeyo perdió desde aquel dia todo el lugar que ocupaba en el ánimo de Sila, de modo que cuando este murio y se abrió su testamento, no se halló en él un solo legado para Pompeyo; ni siquiera la menor mencion de aquel á quien el testador habia dado el título de *imperator* y el sobrenombre de *Magno*.

Pompeyo, sin embargo, como verdadero hombre de Estado, no manifestó pesar alguno por aquel olvido, y habiendo Lépido y algunos otros querido impedir no solo que fuese enterrado en el campo de Marte sino tambien que se hiciesen públicamente sus exequias, él mismo dirigió la ceremonia mortuoria y rindió al dictador honrosos funerales.

Hay mas aún; habiéndose realizado la prediccion de Sila casi al momento de su muerte, y sirviéndose Lépido de la posicion que le habia formado Pompeyo para producir trastornos en Roma, Pompeyo se puso al lado de Cátulo, que representaba la parte honrada del Senado y del pueblo, pero que era mas

propio para la administracion civil que para el mando de los ejércitos; Pompeyo le prestó el auxilio de su espada.

Aquel auxilio tuvo su importancia.

Lépido, ayudado de Bruto, padre dd que debia, unido con Casio, asesinar á César, se habia apoderado de la mayor parte de la Italia y de una porcion de la Galia Cisalpina.

Pompeyo marchó contra él, recobró casi todas las ciudades que habia tomado, lo cogió prisionero é hizo con él lo mismo que habia hecho con Carbon y con Quinto Valerio, esto es, dió órden á Gémino de que lo matara, sin tomarse siquiera el trabajo de juzgarlo.

Despues de aquella victoria habian tenido lugar las otras contra Sertorio, contra Espartaco y contra los piratas.

En esta última guerra Pompeyo habia reunido poderes de que nadie habia dispuesto antes que él, y habia sido hecho verdaderamente rey del mar.

Ahí es donde lo hemos abandonado y donde volvemos á cogerlo para seguirlo, hasta el regreso de César, que venia de España.

XIV

En medio de todos esos acontecimientos *la barba de Pompeyo* habia crecido y su poseedor habia obtenido el triunfo y el consulado sin oposicion alguna.

Su poder era tan grande en Roma en aquel momento, que Craso, que estaba indispuesto con él desde el asunto de los gladiadores, se vió obligado en cierto modo á pedirle permiso para ser nombrado cónsul.

Pompeyo comprendió cuánto lo engrandecia aquella humildad con él de parte de un hombre que á causa de su riqueza y de su elocuencia, despreciaba á todos los demas. Olvidó que habia inferido ofensas á Craso,—lo cual era mucho mas meritorio que olvidar las que Craso hubiera podido inferirle á él—y lo hizo nombrar cónsul al par suyo.

Estando ausente César, Craso y Pompeyo se com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partian así la autoridad, siendo Craso el que tenia mas influencia con el Senado, y Pompeyo el que contaba con mas crédito en el pueblo.

Ademas, Pompeyo era lo que se llamaria en nuestros dias un *charlatan de feria:* conocia al pueblo romano y sabia el modo de tratarlo.

Era costumbre que los caballeros, despues de haber servido el tiempo prescrito por la ley, llevasen su caballo á la plaza pública, y allí, delante de los dos censores, diesen cuenta de sus campañas, nombrasen los generales y los capitanes á cuyas órdenes hubiesen servido, y, á la faz del pueblo, recibiesen los elogios ó las reconvenciones á que su conducta los hubiese hecho acreedores.

Ahora bien, estando un dia los censores Gélio y Léntulo sentados en sus asientos, vieron de lejos á Pompeyo, vestido con el trage consular, acompañado, ó mas bien precedido, de los lictores, descender hácia el Forum, llevando como un simple caballero, su caballo de la brida; despues ordenar á los lictores que se hicieran á los lados, y por fin presentarse él con su caballo delante del tribunal.

El pueblo, al ver aquello, se sintió poseido de tal respeto, que no se oyó ni un solo bravo; sin embargo, era patente que todo el mundo admiraba la accion de Pompeyo.

Los cuestores, por el contrario, en estremo orgullosos con aquella muestra de deferencia, contestaron con una inclinacion de cabeza al saludo de Pompeyo, y el de mas edad de los dos se levantó y le dijo:

—Pompeyo el Grande, os pregunto si habeis hecho todas los campañas ordenadas por la ley.

—Sí, contestó Pompeyo en alta voz, y nunca he tenido mas capitan ni mas general que yo mismo.

Al oir aquellas palabras, el pueblo prorumpió en gritos, y los censores se levantaron y acompañaron á Pompeyo hasta su casa, al par de la multitud, queriendo volverle en lo posible el honor que de él habian recibido.

Pero el triunfo mas grande de Pompeyo fué el que obtuvo el dia en que se vió investido del poder que hemos dicho para combatir á los piratas.

La ley que le conferia aquel poder no pasó sin oposicion, pues, una vez dueño de él, teniendo doscientos buques á sus órdenes, quince tenientes sacados del Senado obligados á obedecerle, disponiendo de la hacienda pública, pues podia exigir cuantos fondos quisiese á todos los cuestores y receptores, mandando con despótica autoridad en todas las costas hasta la distancia de cuatrocientos estadios del mar, ninguna fuerza humana podia impedir á Pompeyo el hacerse rey si esa dignidad llegaba á tentarle.

Así, cuando se leyó el proyecto de ley, si bien fué acogido por el pueblo con gritos de entusiasmo, y apoyado por César, que queria halagar al pueblo, fué rechazado por cierto número de senadores.

Uno de los cónsules llegó hasta gritar:

—Cuidado, Pompeyo! queriendo seguir las huellas de Rómulo podrias muy bien desaparecer como él en una tempestad.

Cátulo, á quien Pompeyo habia favorecido, no era tampoco favorable á aquella ley; sin embargo, al hablar contra ella hacia el mayor elogio de Pompeyo.

Hé aquí la conclusion de su discurso:

—No expongais así, sin cesar, á los azares de la guerra al primer ciudadano, al hombre mas grande de Roma; si llegárais á perderlo ¿quién lo reemplazaria?

—Tú! tú mismo! gritaron de todos lados.

Entonces se adelantó Roscio, hizo señal de que queria hablar, y como en medio de los clamores del pueblo le era imposible hacerse oir, alzó en alto dos dedos, indicando con ello que era preciso dar un colega á Pompeyo.

Mas el pueblo prorumpió en tales gritos al ver aquella malaventurada proposicion, que un cuervo que pasaba en aquel momento por encima del Forum cayó aturdido en medio de la multitud.

"Lo cual prueba, dice gravemente Plutarco, que

no es el desgarramiento y la separacion del aire, en el cual se forma un vacío, lo que hace caer los pájaros al suelo, sino que eso procede de que los hieren los clamores lanzados con fuerza, los cuales escitan en el aire una sacudida violenta y un torbellino rápido."

Ya hemos dicho en otro lado cómo terminó aquella guerra, aumentando la gloria de Pompeyo; pero lo que no hemos dicho es la parcialidad que mostró hácia los piratas, siendo así que habia hecho matar á Carbon, á Quinto Valerio y á Bruto de un modo tan cruel.

No tan solo les dió cuartel perdonándoles la vida y les dió parte de sus bienes, sino que hizo como Metelo, pariente del otro Metelo de quien habia sido colega en España, como Metelo antes que Pompeyo tuviera el mando en gefe de aquella guerra, habia sido destinado á Creta para perseguir los piratas de aquella isla, la cual, despues de la Cilicia era su madriguera la mejor fortificada; y, como Metelo los perseguia á todo trance y los hacia ahorcar á medida que los iba cogiendo, estos sabiendo con qué bondad Pompeyo habia tratado á sus compañeros, le pidieron auxilio contra Metelo.

Estraña era la pretension, pero mas estraño aún fué el que se accediera á ella.

Pompeyo escribió á Metelo prohibiéndole que continuara la guerra.

Mandó á las ciudades no obedecieran á Metelo, y mandó entrar á su teniente Lucio Octavio en una plaza sitiada en la cual combatió por los piratas contra los soldados de Metelo.

Esto pareceria incomprensible si no se conociera el modo de obrar de Pompeyo, que no queria dejar á Metelo la parte de gloria que le reportaba la destruccion de los piratas, como habia usurpado á Craso la parte de gloria que le reportaba la destruccion de los gladiadores.

Así que se supo en Roma que aquellos piratas tan terribles habian sido aniquilados ó sometidos en menos de tres meses, el entusiasmo para con Pompeyo llegó hasta tal punto, que el tribuno del pueblo Manlio, propuso una ley por la que se daba á Pompeyo el mando de todas las provincias y de todas las fuerzas que estaban á las órdenes de Lúculo, á lo cual se agregó la Bitinia que mandaba Glabrion.

Aquella ley le autorizaba para conservar las mismas fuerzas marítimas, para mandar con las mismas facultades que en la guerra anterior; en fin, ponia á su disposicion el resto del imperio romano, ya que le daba ademas de la Frigia, la Licaonia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, la Colchida alta y la Armenia, y los ejércitos conque Lúculo habia vencido á Mitrídates y á Tigranes.—La ley fué aprobada.

Desde un principio los senadores y todos los hombres notables de Roma se habian reunido para rechazar aquella ley, habian cangeado las promesas mas sagradas, se habian hecho mútuo juramento de no faltar á la causa de la libertad, consignando en un solo hombre y de su plena voluntad, un poder igual al que Sila habia conquistado por la violencia. Pero así que llegó la ocasion, de todos los oradores que se habian inscrito pidiendo la palabra, sucedió lo que es muy comun bajo el régimen parlamentario, uno solo se atrevió á hacer uso de la palabra. Este fué Cátulo.

Habló como hombre honrado y con su franqueza habitual, é interpeló al senado con gran torrente de voz, y decia:

—Padres conscriptos, ¿no existe ya una montaña ó un peñon adonde nos sea lícito retirarnos y morir libres?

Pero Roma habia llegado al período en que le era preciso un dueño, fuera el que fuera.

Ninguna voz secundó la de Cátulo.—La ley fué aprobada.

—¡Ay de mí! exclamó Pompeyo al recibir el decreto, no tendrán fin mis trabajos. ¿Será preciso que pase sin cesar de un mando á otro, y no podré go-

zar en compañía de mi mujer y de mis hijos de la apacible vida del campo?

Y levantando la vista al cielo y dando una palmada en su muslo, hizo todos los gestos de un hombre movido por la mayor desesperacion.

¡Pobre Pompeyo!

Otros gestos hubiera hecho, y de otro género, si la ley no hubiera sido aprobada. Con la diferencia que los hubiera hecho estando solo, y estos hubieran sido verdaderos gestos de desesperacion.

No sucedió lo mismo con César, pues así que obtuvo el gobierno de las Galias, en la expansion de su alegría, que no trataba de disimular, exclamó:

—Por fin, llegué al colmo de mis deseos, y desde hoy en adelante me pondré á la cabeza de mis conciudadanos.

XV

Nos lisonjeamos de que el lector que nos sigue en este estudio, apreciará cada vez mas el carácter de aquellos dos hombres, de modo que cuando por ser rivales se encuentren frente á frente, bastará la narracion de sus hechos, y estos no necesitarán comentarios.

Por lo demas, si vaciló Pompeyo en aceptar el mando, no duró mucho tiempo su indecision. Reunió sus bajeles, llamó á sus hombres de armas, convocó á todos los reyes y príncipes que se hallaban en la estension del territorio de su mando, entró en Asia, y principió, como es la costumbre, por derrocar y anular todo cuanto habia hecho su antecesor.

Y no se olvide, aquel antecesor era Lúculo, es decir, uno de los hombres mas considerables de la República.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zar en compañía de mi mujer y de mis hijos de la apacible vida del campo?

Y levantando la vista al cielo y dando una palmada en su muslo, hizo todos los gestos de un hombre movido por la mayor desesperacion.

¡Pobre Pompeyo!

Otros gestos hubiera hecho, y de otro género, si la ley no hubiera sido aprobada. Con la diferencia que los hubiera hecho estando solo, y estos hubieran sido verdaderos gestos de desesperacion.

No sucedió lo mismo con César, pues así que obtuvo el gobierno de las Galias, en la expansion de su alegría, que no trataba de disimular, exclamó:

—Por fin, llegué al colmo de mis deseos, y desde hoy en adelante me pondré á la cabeza de mis conciudadanos.

XV

Nos lisonjeamos de que el lector que nos sigue en este estudio, apreciará cada vez mas el carácter de aquellos dos hombres, de modo que cuando por ser rivales se encuentren frente á frente, bastará la narracion de sus hechos, y estos no necesitarán comentarios.

Por lo demas, si vaciló Pompeyo en aceptar el mando, no duró mucho tiempo su indecision. Reunió sus bajeles, llamó á sus hombres de armas, convocó á todos los reyes y príncipes que se hallaban en la estension del territorio de su mando, entró en Asia, y principió, como es la costumbre, por derrocar y anular todo cuanto habia hecho su antecesor.

Y no se olvide, aquel antecesor era Lúculo, es decir, uno de los hombres mas considerables de la República.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lúculo, muy pronto oyó decir que Pompeyo no dejaba subsistente nada de lo que habia hecho. Indultaba á sentenciados, suprimia mercedes concedidas, diciendo y probando que Lúculo ya no era nada y que él solo era poderoso.

Lúculo no era de esos que acostumbran beber aquel amargo licor que llaman desprecio.

Por medio de amigos comunes hizo dar quejas á Pompeyo, y quedó convenido que los dos generales tendrian una entrevista, y que esta tendria lugar en Galacia.

Se dirigieron uno frente al otro: los lictores llevaban las haces, y como ambos eran vencedores, las haces estaban rodeadas de ramas de laurel. En aquella ocasion ocurrió el incidente siguiente:

Lúculo llegaba de un país frondoso, y Pompeyo por el contrario, venia de un país árido y sin árboles. Los laureles de los lictores de Lúculo estaban verdes y frescos, mientras que los de Pompeyo estaban agostados y amarillos.

Los lictores de Lúculo viendo esto, regalaron á los de Pompeyo la mitad de sus laureles recien cogidos. Algunos al ver este acto de cortesía se sonrieron.

—¡Bravo! dijeron, he aquí otra vez que Pompeyo se engalana con laureles que no ha cogido.

La entrevista, que desde un principio estuvo cortés y llena de conveniencia, degeneró luego en discusion y llegó á ser disputa.

Pompeyo echó en cara su avaricia á Lúculo.

Lúculo reprochó á Pompeyo su excesiva ambicion.

Este, olvidando los cumplimientos que acababa de hacer á su rival, censuró luego sus victorias.

—¡Buenas victorias! decia Pompeyo, las que habeis ganado contra los ejércitos de dos reyes, quienes viendo que el oro no sirve de nada, apelan á la espada y á la adarga. Lúculo ha vencido el oro, y me deja el hierro que debo combatir.

Por su parte decia Lúculo:

—Esta vez aún, el hábil y prudente Pompeyo obra segun su costumbre; se presenta cuando ya no queda que vencer mas que una fantasma; hace en la guerra contra Mitrídates lo que hizo en la de Lépido, de Sertorio, de Espartaco, cuyas derrotas se ha atribuido, aun cuando estas derrotas han sido obra de Metelo, de Cátulo y de Craso.

¿No era Pompeyo, por último, mas que un ave de rapiña cobarde, una especie de buitre acostumbrado á echarse sobre cuerpos que no ha muerto, una especie de hiena ó de lobo que devora los cadáveres tendidos en un campo de batalla?

Separado de todo mando Lúculo, volvió á Roma con solo mil ochocientos hombres que consentian en obedecerle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En cuanto á Pompeyo, emprendió las operaciones contra Mitrídates.

Preciso es leer en Plutarco la narracion de aquella larga y laboriosa campaña, en la que la astucia lucha constantemente contra la fuerza, en la que Mitrídates, encerrado dentro de murallas que construyó Pompeyo á su alrededor, da la muerte á los enfermos y los hombres inútiles, y desaparece sin que nadie pueda saber de dónde han sacado sus soldados alas para huir del recinto en que estaban encerrados.

Entonces fué cuando Pompeyo empezó su persecucion. Le alcanzó cerca del Eufrates, en el momento en que Mitrídates estaba soñando que navegaba en el Ponto-Euxino con viento favorable; y estaba divisando el Bósforo, cuando su nave se estrella debajo de sus piés, y tan solo le deja una tabla que puede sostenerle por encima de las olas.

En esto está de su ensueño, cuando sus generales despavoridos entran en su tienda de campaña y le gritan con voz dolorida: ¡Ahí vienen los Romanos!

Entonces hubo que resolverse al combate. Todos corren á las armas, y se forman en batalla. Pero todo se conjura contra el desgraciado rey del Ponto.

Los soldados de Pompeyo tienen la luna á retaguardia; de ello resulta que sus sombras se engrandecen con proporciones gigantescas.

Los soldados de Mitrídates toman aquellas sombras que avanzan sobre ellos, por la primera fila de los romanos; disparan sus flechas y sus venablos, que hieren el vacío.

Pompeyo advierte el error de los bárbaros y manda la carga, prorumpiendo en gritos aterradores; estos no se atreven á esperarle; les mata ó les ahoga á diez mil hombres y se apodera de su campamento.

¿En dónde estaba Mitrídates?

Desde el principio del combate, Mitrídates, con ochocientos esclavos que se lanzaron á galope, ha penetrado por el ejército romano: es verdad que aquellos ochocientos ginetes así que llegaron á la tra banda, quedaron reducidos á tres.

Dos de aquellos tres que escaparon al hierro enemigo, fueron el mismo Mitrídates é Hipsicracia, querida suya, tan valiente, tan arrojada, que el rey la llamaba Hipsicrates, haciendo masculino su nombre.

En aquella ocasion, vestida con trage persa, montada en un caballo persa, combatiendo con armas persas, no se apartó ni un segundo del rey á quien defendia con bizarría, mientras que Mitrídates la defendia á ella.

Al cabo de tres dias de correrías al través del país, tres dias durante los cuales la valiente amazona sirvió al rey, le guardó el sueño, cuidó de su caballo; al cabo de tres dias, decimos, mientras dormia Mitrídates, llegaron á la fortaleza de Inova, en donde

estaban sus tesoros y sus alhajas las mas preciosas. Ya se habian salvado. Al menos por el momento.

Pero comprendia Mitrídates que aquella era la última etapa antes de llegar al sepulcro.

Hizo sus últimas liberalidades, repartiendo entre los que le habian sido fieles:

Primeramente, dinero; despues, vestidos, y por fin, veneno.

A cada cual le dejó rico como un Sátrapa, seguro de pasar buena vida si le tocaba vivir; seguro de una muerte pronta si queria morir.

Despues partió para Armenia.

Contaba con su aliado Tigranes.

Tigranes, no tan solo le rehusó la entrada en sus Estados, sino que le proscribió, ofreciendo cien talentos por su cabeza.

Mitrídates remontó el Eufrates, lo atravesó en su manantial y penetró en la Colchida.

En aquel tiempo Pompeyo entraba en Armenia.

Mientras que Tigranes cerraba la puerta de sus Estados á Mitrídates, su hijo se las abria á los romanos.

Pompeyo y él se entregaban de las ciudades que se sometian, cuando el anciano Tigranes á quien Lúculo acababa de derrotar, sabiendo la disidencia que mediaba entre ambos generales, concibió alguna esperanza respecto de lo que se le habia dicho

acerca del carácter afable de Pompeyo, y se presentó un dia con sus deudos y sus amigos á la vista del campamento romano.

Pero á la entrada del campamento encontró á dos lictores de Pompeyo, que le intimaron que se apeara del caballo y que continuara su camino á pié.

Ningun rey enemigo habia entrado hasta entonces á caballo en el campamento de los romanos.

Tigranes hizo mas; en señal de sumision se desciñó la espada y la entregó á los lictores; despues, cuando estuvo delante de Pompeyo, se quitó la corona y trató de ponerla á sus piés.

Pero Pompeyo lo evitó; cogió á Tigranes por la mano, lo condujo á su tienda y lo hizo sentar á su derecha, mientras su hijo se sentaba á su izquierda.

—Tigranes, le dijo entonces, á Lúculo es á quien debes todas las pérdidas que has esperimentado hasta ahora; él es quien te ha arrebatado la Siria, la Fenicia, la Galacia y la Sofena. Yo te dejo todo lo que te quedaba cuando he entrado en tus Estados, con condicion únicamente de que pagues á los romanos seis mil talentos, para indemnizarlos de los perjuicios que les has causado.

Tu hijo gobernará el reino de Sofena.

Tigranes, encantado, prometió media mina á cada soldado, diez minas á cada centurion y un talento á cada tribuno.

Pero su hijo, que habia esperado recibir íntegra la herencia paterna, quedó menos satisfecho del reparto, y contestó á los enviados de Pompeyo que iban á convidarlo á comer:

—Decid á vuestro general que agradezco mucho los honores que me dispensa, pero que conozco á alguno que me tratará mejor que él.

A los diez minutos el jóven Tigranes estaba preso, cargado de cadenas y reservado para el triunfo.

XVI

Pompeyo continuó la persecucion de Mitrídates.

Derrotó á cuarenta mil albaneses, les hizo nueve mil muertos y diez mil prisioneros y entró en la Cólquida.

Supo que á su retaguardia se estaban rehaciendo los albaneses, y hace contramarcha y vuelve á pasar el rio Cidro, los encuentra formados en batalla en las márgenes del rio Abas; su fuerza ascendia á sesenta mil infantes y doce mil caballos; derriba sus estacadas, mató de un lanzazo al hermano del rey

que acababa de herirle con un venablo; disipó como polvo á toda aquella muchedumbre y se dirigió hácia el mar Caspio atravesando la Hircania; pero cuando ya tan solo le faltaban tres jornadas, se vió obligado á retroceder por causa de la gran cantidad de culebras que encontró, las que parecian, como los dragones de Yolcos y de las Hespérides, guardar paises fabulosos, se retiró á la Armenia menor, mandó á sus respectivas familias todas las mujeres de Mitrídates que tenia en su poder, recibió de Estratonicia, la favorita del rey del Ponto, las llaves de la fortaleza en que tiene guardadas sus riquezas; apartó el diezmo de Roma, la parte del triunfo, y le dejó lo demas; entregó á los cuestores para el tesoro público una mesa, un trono y una cama de oro macizo: encontró en el castillo de Cenon los papeles de Mitrídates, se convenció por su lectura que aquel monarca ha asesinado á varias personas, entre las cuales se señalaba á Ariarates, hijo suyo y de Laidís, que le habia ganado el premio de las carreras de caballos; bajó á la ciudad de Amiso, y formó el designio de conquistar la Siria y de penetrar por medio de la Arabia hasta el mar Rojo.

Si lograba feliz éxito, daba por límite de sus conquistas por el Norte y el Levante, el mar de Hircania; por el Sur y el Poniente, el mar Rojo y el Océano Atlántico, lo que no habia hecho hasta entonces

ningun conquistador. En su consecuencia, dejó á su espalda á Mitrídates, marchó hácia el Sur, recibió pleito homenaje del rey de la Arabia pedrosa, se dirigió contra su capital, y un dia hallándose ocupado en ejercicios de equitacion fuera del campamento, vió aproximarse á un correo, que en señal de fausta noticia llevaba su javelina rodeada de laurel. Pompeyo leyó los despachos, en que se le manifestaba que Mitrídates se habia envenenado, y que su hijo Farnaces, habia tomado posesion de los Estados de su padre en nombre del pueblo romano.

Era buena noticia, tanto mejor, que no se esperaba.

Mandó levantar el campo inmediatamente, y abandonó su proyecto de llegar hasta el mar Rojo; atravesó las provincias que le separaban de la Galacia; regresó á Amiso, y allí recibió los ricos presentes que le mandaba Farnaces, y entre estos presentes estaban los cadáveres de varios príncipes de sangre real que formaban la comitiva de Mitrídates.

Aquella fué la primera vez que un hijo enviaba al vencedor, en señal de vasallage, el cadáver de su padre.

Pompeyo se mostró en aquella ocasion mas supersticioso que piadoso; rehusó el cadáver, que mandó á Sinopé. Tan solo admiró la riqueza de sus vestidos y la elegancia de sus armas.

Farnaces recibió el cadáver que le devolvia Pompeyo, pero le faltaba el tahalí y la diadema. Un tal Publio habia robado el tahalí, y un tal Cayo habia robado la diadema.

El nuevo rey denunció este robo á Pompeyo, que los mandó castigar á los dos.

Entonces fué cuando Pompeyo regresó á Roma; de allí se dirigió á Mitilena; declaró libre á dicha ciudad; asistió al certámen de los poetas; mandó dibujar el plano del teatro de la misma con objeto de edificar uno igual en Roma. De allí pasó á Ródas, en donde asistió á una reunion de sofistas y regaló un talento á cada uno de ellos; hizo donacion á la ciudad de Atenas de cincuenta talentos que debian aplicarse á la reparacion de monumentos, y, en fin, llegó á Italia, y apenas puso el pié en aquel territorio, cuando supo que su esposa Mucia era la querida de César.

No se paró al dar tal noticia, sino el tiempo necesario para hacer estender una acta de divorcio que le precedió en su ingreso en Roma.

Aquella capital estaba en la mayor conmocion, no por causa de los amores de César con Mucia, sino porque se habia dicho que Pompeyo iba á entrar en la ciudad á la cabeza de su ejército, y que trataba de apoderarse del poder supremo.

Craso era quien habia propalado semejante noti-

cia, y le daba mayor consistencia con haberse salido de Roma con sus hijos y sus tesoros.

Supo Pompeyo en las provincias, el terror que inspiraba á los habitantes de Roma.

Reunió al momento á todos sus soldados, les dió las gracias por sus buenos servicios, y les rogó se dispersaran, dirigiéndose cada cual á sus hogares, con tal que se reuniesen en Roma para el dia del triunfo. Los soldados le obedecieron.

Pero entonces sucedió una cosa asombrosa: ya no fué su ejército, sino poblaciones enteras que le escoltaron, de modo que entró en Roma con fuerzas civiles mas numerosas que las fuerzas militares que habia traido y que podia hacer con la provincia todo cuanto quisiese hacer en Roma. La ley no permitia que el venceder entrara en Roma antes del triunfo.

Pero como estaban próximas las reelecciones de cónsules y Pompeyo se interesaba por la eleccion de Pison, hizo rogar al senado se aplazara aquella eleccion, á fin de que, habiendo triunfado, pudiera entrar en Roma y solicitar personalmente.

Pero Caton se opuso á que se le concediera semejante favor, y fué desechada su solicitud.

Tal vez Pompeyo conservó algun rencor de que se rechazase así su primer deseo, despues de los inmensos servicios que acababa de prestar á la República.

No tan solo disimuló la impresion que le causó tal negativa, sino que manifestando la mayor admiracion por Caton, le hizo proponer una doble alianza, dándole por esposa á una hija suya y dando la otra á su hijo.

Pero Caton conoció que el honor que le hacia Pompeyo era un ardid que empleaba para corromperle y asegurarse su apoyo, y rehusó rotundamente, á pesar de los consejos de su mujer y de su hermana, que no le perdonaron haber rehusado semejante alianza.

Pompeyo, no pudiendo entrar en la ciudad, atrajo á las tribus fuera de murallas, y públicamente derramó el oro con abundancia por el interes de su protegido.

La cosa se verificó tan á las claras, que aquello fué un verdadero escándalo; figúrense lo que debia ser despues de las elecciones de César.

Entonces, en medio del vituperio con que se trató á Pompeyo, triunfó Caton. Este dijo á su mujer y á su hija:

—Ahí teneis la vergüenza que nos hubiera hecho compartir la alianza con Pompeyo.

Llegó el dia del triunfo, ó, mas bien dicho, llegaron los dias del triunfo, porque esta vez duró cua-

renta y ocho horas; y quedó fuera de Roma tanto lujo y tanta magnificencia, que bastaba para otro segundo triunfo.

El carro triunfal iba precedido de cartelones en que estaban inscritos los nombres de las naciones conquistadas. Decian: Ponto, Armenia, Capadocia, Paflagonia, Media, Cólquida, Iberia, Albania, Siria, Cilicia, Mesopotamia, Fenicia, Palestina, Judea, Arabia, y destruccion de piratas por tierra y por mar.

Decíase ademas en los cartelones, que Pompeyo en aquellos diferentes reinos habia tomado por asalto mil fortalezas y novecientas plazas, y al abordaje ochocientos navíos.

Se leia tambien, que las rentas públicas, que ascendian antes de Pompeyo á cincuenta millones de dracmas, las habia hecho subir á ochenta y cinco millones.

En fin, que habia enterado en las arcas del tesoro tanto en metálico como en alhajas de oro y plata, veinte mil talentos, ademas de lo que habia dado á los soldados, cuyos menos agraciados habian recibido mil quinientas dracmas.

Los prisioneros, conducidos en la comitiva del triunfo, eran: el hijo de Triganes, rey de Armenia, con su mujer y su hijo; Zózima, hija del anciano Tigranes; Aristobulo, rey de los judíos, en fin, la hermana de Mitrídates, con cinco hijos del mismo.

Pero lo que no habia sucedido antes de Pompeyo, es que despues de haber triunfado dos veces, una por cada una de las dos primeras partes del mundo, en el triunfo que acabamos de detallar triunfaba de la tercera parte del orbe entonces conocido.

De modo que, como entonces no se conocia el continente americano, en sus tres triunfos parecia haber sojuzgado Europa, Africa y Asia. Es decir, toda la tierra.

Hé aquí con qué condiciones de popularidad y de fuerza se hallaba Pompeyo frente á frente con César y se preparaba á luchar contra él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII.

Hé ahí, pues, á César y Pompeyo de regreso en Roma, el uno de Oriente y el otro de Occidente.

Craso los ha esperado allí, fingiendo tener gran miedo del ejército de Pompeyo.

César le ha escrito anunciándole su llegada y diciéndole que, si quiere poner algo de su parte, él se encarga de reconciliarlo con Pompeyo.

Ni César ni Craso se cuidan para nada de Ciceron. Pompeyo está celoso de sus triunfos en el Senado, pues es hombre que tiene celos de todo. Nada será mas fácil que indisponerlos.

Ciceron se queja de ello á Atico en su carta de 25 de Enero del año 693 de Roma (sesenta y un años antes de Jesucristo).

"Vuestro amigo, le dice,—ya sabeis de quién quiero hablar, de aquel que me decías que me elogiaba no osando criticarme,—vuestro enemigo, repito, si he de juzgar por sus demostraciones, está lleno de adhesion, de deferencia y de ternura hácia mí; en público me ensalza; pero secretamente me deprime, y de tal modo, que ya no es un secreto para nadie. Jamas se ve en él rectitud ni candor; ni un móvil honroso en su conducta. Nada de elevado, de grande, de generoso. Ya os escribiré mas estensamente sobre eso cualquier otro dia."

¡Mas estensamente!..... Se vé, sin embargo, que no debia quedarle mucho que decir y que, en pocas líneas, el ilustre orador, el vencedor de Catilina, habia hecho un retrato bastante parecido, bajo su punto de vista al menos, del vencedor de Mitrídates.

Pero entretanto habia surgido un hombre en quien ni César, ni Pompeyo, ni Craso habian fijado la atencion, y el cual merecia, no obstante, que se ocupasen de él: ese hombre era Caton el Jóven.

Digamos algo del que tenia en Roma tal reputacion de rigidez, que los romanos esperaban á que él hubiese salido del teatro para gritar á los bailarines que bailasen el cancan de la época.

Habia nacido noventa y cinco años antes de Jesucristo, y tenia, por lo tanto, treinta y tres; cinco menos que César y once menos que Pompeyo. Era descendiente de aquel Caton el Censor, al cual, se-

gun un epígrama, Proserpina no habia querido recibir en los infiernos ni aun despues de muerto.

"Ese rojo que mordia á todo el mundo, ese hombre de ojos penetrantes, ese Porcio á quien Proserpina no quiere recibir en los infiernos á pesar de estar muerto."

Ese es el epígrama. Indica, como se vé, que Catón el Viejo, era rojo, que tenia los ojos de Minerva, y que era en vida tan mal compañero, que ni aun despues de muerto queria nadie tenerlo á su lado.

Ademas era un hombre astuto; su sobrenombre lo dice. Se llamaba Porcio, y le apellidaron Catón, de *Catus*, prudente, diestro, hábil.

A los diez y siete años habia peleado contra Aníbal; en el combate tenia la mano pronta y el pié firme, y amenazaba al enemigo con voz ruda al par que le presentaba la espada al pecho y á la cara.

—Aun en nuestros dias hay maestros de armas de regimiento que proceden del propio modo.—No bebia mas que agua; en las grandes marchas ó en los grandes calores solia añadir un poco de vinagre; solo en los dias de gran fiesta se atrevia á mezclarla con un poco de vino.

Habia nacido en aquellos tiempos heróicos—doscientos treinta años antes de Jesucristo—en que todavía habia tierras en Italia y hombres que las cultivasen. Como los Fabios, los Fabricios y los

Cincinatos, dejaba el arado por la espada, ó la espada por el arado, batiéndose personalmente como un simple soldado, labrando él mismo la tierra como un simple gañan. La única diferencia que habia era que en invierno trabajaba vestido con una túnica y en verano completamente desnudo.

Era vecino inmediato de aquel Manio Curio que habia obtenido tres veces el triunfo, venciendo á los samnitas y á los sabinos y espulsando á Pirro de Italia, y que despues de aquellos tres triunfos seguia habitando la pobre casa en que los embajadores samnitas lo encontraron cociendo sus rábanos.

Los diputados iban á ofrecerle no sé qué cantidad de oro.

—Ved lo que come, les dijo.

—Ya lo vemos.

—Pues bien, cuando uno sabe contentarse con tal alimento, no necesita el oro para nada.

Un hombre así debia agradar á Catón, como Catón debia de agradarle á él. El jóven y el anciano se hicieron, pues, amigos.

Catón el Jóven descendia de aquel rudo censor que se indispuso con Escipion porque le parecia demasiado pródigo y demasiado magnífico. Tenia mucho de su bisabuelo, aunque cinco generaciones hubiesen pasado entre ambos, y aunque el represen-

tante de una de esas generaciones, Cayo Poncio Caton, nieto de Caton el Viejo, acusado y convicto de concusion, hubiese tenido que ir á morir en Tarragona.

Nuestro Caton, Caton el Jóven, ó Caton de Utica, como se quiera, habia quedado huérfano de padre y madre con un hermano y tres hermanas,

El hermano se llamaba Cepion.

Una de las hermanas, que lo era solo de madre, se llamaba Servilia.

Ya hemos pronunciado su nombre á propósito de la cartita que recibió César el dia de la conjuracion de Catilina.

La jóven resistió largo tiempo: pero habiendo sabido César que deseaba una perla muy hermosa, la compró y se la dió.

Servilia, en cambio, dió á César lo que este deseaba.

La perla habia costado doscientos veinte mil pesos.

Caton era un hombre de rostro severo y huraño, rebelde á la risa; tenia un corazon poco propenso á la cólera, pero que una vez irritado costaba gran trabajo aplacar. Tardo en aprender, no olvidaba nunca lo que una vez habia aprendido. Afortunadamente habia tenido por ayo un hombre de gran inteligencia que razonaba siempre y no amenazaba jamas. Se llamaba Sarpedon, como el hijo de Júpiter y Europa.

Caton dió muestras desde su infancia, de la terquedad que hizo mas tarde su reputacion.

Noventa años antes de Jesucristo,—tenia él entonces cinco años,—los aliados de Roma solicitaban el derecho de ciudad.

Ya hemos dicho las ventajas que resultaban de ese derecho.

Uno de los diputados vivia en casa de Druso, que era su amigo.

Druso, tio materno de Caton, tenia á su lado los hijos de su hermana, á los cuales profesaba gran cariño.

Aquel diputado, que se llamaba Popidio Lilo, hacia toda clase de caricias á los niños para que le sirvieran de intercesores con su tio.

Cepion, que tenia dos ó tres años mas que Caton, se habia dejado seducir y habia prometido hacer lo que le habian pedido.

Pero no sucedió eso con Caton.

Aunque en tan corta edad debia comprender bastante mal una cuestion tan complicada como era la del derecho de ciudad: cuando le instaban al efecto los diputados se contentaba con fijar en ellos sus ojos, llenos de dureza, sin contestarles nada.

—Vaya, niño, le dijo Popidio, ¿no harás tú lo mismo que tu hermano?

El niño no contestó

—¿No hablarás á tu tio en nuestro favor?

Caton siguió guardando silencio.

—Este es un niño malo, dijo Popidio.

Despues, dirigiéndose á los circunstantes, añadió en voz baja:

—Veamos hasta dónde irá.

Y cogiéndolo por la cintura lo suspendió fuera de la ventana, que se hallaba á treinta piés de la calle, como si fuera á precipitarlo en ella.

Pero el niño no desplegó los lábios.

—O me lo prometes, dijo Popidio, ó te dejo caer.

El niño persistió en callar sin dar la menor muestra de admiracion ó de temor.

Popidio, cuyo brazo se cansaba, volvió á ponerlo en el suelo.

—¡Por Júpiter! dijo, fortuna es que este tunantuelo sea un niño, y no un hombre, pues si fuera esto último podriamos muy bien no tener un solo sufragio en todo el pueblo.

Sila habia sido amigo del padre de Caton, Lucio Porcio, el cual habia muerto cerca del lago Fusino atacando á los toscanos rebelados. Quizá el jóven Mario no habia sido completamente estraño á aquella muerte. Orosio se la atribuye, y bien sabido es el refran: "Cuando el rio suena, agua ó piedra lleva."

Sila, pues, hacia ir los dos niños á su casa de cuando en cuando, y se divertia hablando con ellos.

"La casa de Sila, dice Plutarco, era una verdadera imágen del infierno, atendido el gran número de proscritos que llevaban allí todos los dias para darles tormento."

Eso sucedia el año 80 antes de Jesucristo; Caton tenia entonces trece ó catorce años.

De cuando en cuando veia salir de aquella casa cuerpos quebrantados, destrozados, y con mas frecuencia aún cabezas sin cuerpos. Oia ademas á las gentes honradas murmurar y quejarse en voz baja. Todo eso le hacia pensar bastante en aquel Sila que parecia profesarle amistad.

Un dia no pudo contenerse y preguntó á su ayo:

—¿Cómo es que no hay nadie que mate á ese hombre?

—Porque le temen mas que le odian, le contestó aquel.

—Dadme una espada, dijo Caton, y yo lo mataré y libertaré á mi patria.

El ayo consignó las palabras para la historia, pero se guardó muy bien de dar á su educando la espada que pedia.

A los veinte años Caton no habia comido jamas sin su hermano, al cual adoraba.

—¿A quién quieres mas en el mundo? le habian preguntado un dia cuando era aún muy niño.

—A mi hermano, habia contestado.

—¿Y despues?
—A mi hermano.
—¿Y despues de ese?
—A mi hermano tambien.
Y cuantas veces le habian hecho la misma pregunta, otras tantas habia dado la misma respuesta.

XVIII.

Caton era rico. Nombrado sacerdote de Apolo, puso casa y recibió su parte de la fortuna paterna, ascendente á ciento veinte talentos, ó sean ciento treinta mil pesos de nuestra moneda. Luego heredó de un primo cien talentos mas, con lo cual llegó á ascender su caudal á doscientos cuarenta mil pesos.

Era muy avaro. Plutarco dice que "apenas percibió aquella herencia, *restringió su modo de vivir*."

Mas tarde volvió á heredar de su hermano otros cien talentos, cuando dicho hermano murió en Eno. Pronto llegaremos á esa muerte, y veremos lo que dirá César de su avaricia.

Caton era apenas conocido cuando se le presentó la oportunidad de hablar en público. No tomó la palabra para acusar ó defender á un rico depredador, un Dolabela ó un Verres. No: Caton el Viejo, el Ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y despues?
—A mi hermano.
—¿Y despues de ese?
—A mi hermano tambien.
Y cuantas veces le habian hecho la misma pregunta, otras tantas habia dado la misma respuesta.

XVIII.

Caton era rico. Nombrado sacerdote de Apolo, puso casa y recibió su parte de la fortuna paterna, ascendente á ciento veinte talentos, ó sean ciento treinta mil pesos de nuestra moneda. Luego heredó de un primo cien talentos mas, con lo cual llegó á ascender su caudal á doscientos cuarenta mil pesos.

Era muy avaro. Plutarco dice que "apenas percibió aquella herencia, *restringió su modo de vivir*."

Mas tarde volvió á heredar de su hermano otros cien talentos, cuando dicho hermano murió en Eno. Pronto llegaremos á esa muerte, y veremos lo que dirá César de su avaricia.

Caton era apenas conocido cuando se le presentó la oportunidad de hablar en público. No tomó la palabra para acusar ó defender á un rico depredador, un Dolabela ó un Verres. No: Caton el Viejo, el Ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ton del *delenda Cartago*, aquel antepasado cuya memoria veneraba tanto su descendiente, habia edificado la basílica Porcia en la época en que habia sido censor.—¿Hemos dicho ya que el dictado de Porcio procedia del gran número de puercos que hacia criar, así como el nombre de Caton le habia sido dado por su habilidad en los negocios? Si no lo hemos dicho antes, lo decimos ahora.—Su antepasado, pues, habia edificado aquella basílica. Mas parece que una de sus columnas estorbaba la colocacion de los asientos de los tribunos, que celebraban allí sus sesiones. Quisieron quitarla, ó, cuando menos, mudarla de sitio: Caton se presentó, abogó por la inamovibilidad de la columna y esta permaneció donde estaba.

Se habia notado en Caton una palabra, compacta, llena de buen sentido, grave, sin carecer por eso de cierta gracia, y cuyo principal mérito era la concision.

Desde aquel momento se le contó en el número de los oradores.

Pero ya hemos dicho que en Roma, así como no era bastante ser soldado, y que era preciso ser orador, del propio modo no bastaba ser orador, sino que era preciso ser tambien soldado.

Caton se habia preparado para ese rudo oficio.

En Roma no podia seguir el ejemplo de aquel abuelo que araba completamente desnudo; pero al

menos se habituó á sufrir los mayores frios con la cabeza descubierta y á caminar siempre á pié en los viajes que solia hacer, algunos de los cuales eran bastante largos. Aquello no comprometia á nada á sus amigos, y estos podian viajar á pié ó en litera; pero á cualquier paso que lo hicieran Caton caminaba tan aprisa como ellos, acercándose á aquel con quien queria hablar, apoyando por único descanso una de las manos en la grupa del caballo.

En un tiempo habia sido muy sobrio, no permaneciendo en la mesa sino algunos minutos, no bebiendo mas que una vez despues de haber comido, y levantándose en seguida que habia bebido.

Mas tarde la cosa cambió; el rígido estoico se dió á la bebida y mas de una vez pasó la noche entera en la mesa.

—Caton no hace mas que embriagarse, decia Memmio.

—Sí, contestaba Ciceron, pero olvidas decir que en cambio juega á los dados desde la mañana hasta la noche.

Quizá Caton estaba ébrio cuando en pleno senado llamó *borracho* á César, que no bebia mas que agua.

"Respecto al vino, dice Suetonio hablando del dictador, sus mismos enemigos convienen en que hacia de él un uso muy moderado: *Vini parcissimum ne inimici quidem negaverunt.*"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y el propio Caton recuerda sin duda la palabra que pronunció cuando dice:

"De todos los que han gobernado la república César es el único que no se embriaga: *Unum ex omnibus ad evertendam Rempublicam sobrium accesisse.*"

Caton no conoció mujer alguna hasta el dia que contrajo matrimonio. Primero quiso casarse con Lépida, que estaba prometida á Escipion Metelo. Se creía roto el compromiso entre los dos jóvenes; pero las pretensiones de Caton reavivaron el amor de Metelo, el cual se casó con Lépida así que vió á Caton alargar la mano hácia ella.

Aquella vez el estóico no pudo ser dueño de sí mismo. Quiso perseguir judicialmente á Escipion Metelo. Sus amigos le hicieron comprender que todo el mundo se reiria de él y que todo lo que lograria seria pagar los gastos del pleito. Retiró, pues, su queja, como se diria hoy; pero cogió la pluma é hizo versos yambos contra Escipion.—Desgraciadamente se han perdido esos versos.

Despues se casó con Atilia, á la cual tuvo que echar de su casa por su mala conducta.

Al fin se casó en segundas nupcias con Marcia, hija de Filipo.

Apresurémonos á decir cómo entendia los celos nuestro estóico, el hombre que, enamorado de Lépida, hacia versos contra Escipion, y, casado con Atilia, la echaba de su casa por su mala conducta.

La segunda mujer de Caton era muy hermosa y pasaba por formal, lo cual no impedia que tuviera crecido número de admiradores. Entre estos se contaba Quinto Hortensio, uno de los hombres mas honrados y mas honorables de Roma. Sin embargo, Quinto Hortensio se hallaba poseido de una manía singular; no apreciaba mas mujeres que aquellas que tenian ya dueño. Así, pues, estando permitido el divorcio en Roma, hubiera querido casarse, prévio divorcio, por supuesto, ó con la hija de Caton, casada con Bibulo, ó con la mujer del mismo Caton.

Hortensio habló primero á la mujer de Bibulo, la cual, queriendo á su marido, y teniendo de él dos hijos, si bien creyó que las proposiciones de Hortensio eran muy honrosas, las halló completamente fuera de tiempo.

Para que la cosa le pareciese mas seria, nuestro hombre recibió la negativa de Porcia por boca del mismo Bibulo

Hortensio no se dió por vencido y volvió á insistir con Bibulo sobre el particular.

Bibulo apeló á su cuñado.

Caton intervino.

Entonces Hortensio se esplicó con Caton, del cual era amigo desde hacia muchos años, mas categó-

ricamente aún que lo que lo habia hecho con Bibulo.

El no trataba de causar el menor escándalo ni deseaba absolutamente el bien ageno; lo que queria era una mujer honrada.

Desgraciadamente, á pesar de sus pesquisas, no habia hallado mas que dos en Roma, y ambas eran casadas.

La una, como hemos dicho, era Porcia, mujer de Bibulo, y la otra Marcia, mujer de Caton.

Así, pues, pedia que Caton ó Bibulo —poco le importaba cuál de los dos fuera—llevase su abnegacion hasta el punto de separarse de su mujer y entregársela á él. Segun decia, aquella era una cosa que Pitias y Damon no se habrian negado uno á otro, y él por su parte pretendia amar á Caton lo menos tanto como Pitias.

Ademas Hortensio hacia una proposicion que probaba su buena fé; se comprometia á devolver Porcia á Bibulo ó Marcia á Caton, tan pronto como hubiera tenido un par de hijos de cualquiera de ellas.

Se apoyaba en una ley de Numa caida en desuso, pero no derogada. Esa ley, que el lector podrá hallar en Plútarao,—*Paralelo entre Licurgo y Numa*,—decia que el marido *que creyese tener ya bastantes hijos* pudiese ceder su mujer á otro, ya fuese por un tiempo determinado, ya á perpetuidad.

Caton hizo observar á Hortensio, que por lo que á él hacia, aquella cesion era tanto mas imposible cuanto que Marcia estaba en cinta.

Hortensio contestó, que siendo su deseo un deseo honroso y razonable, esperaria á que Marcia hubiese salido de su cuidado.

Aquella persistencia conmovió á Caton, el cual pidió á Hortensio que le permitiera consultar á Filipo, padre de Marcia.

Filipo era un buen hombre y dijo á su yerno:

—Desde el momento en que vos no veis inconveniente alguno á esa cesion, yo tampoco lo veo; sin embargo, exijo que firmeis el contrato de matrimonio entre Hortensio y Marcia.

Caton accedió á ello.

Se esperó á que Marcia hubiese salido del estado en que se hallaba y á que trascurriera despues algun tiempo, y luego, en presencia de su padre y de su marido, que firmó el contrato y puso en él su sello, se casó con Hortensio.

En breve diremos como ese arreglo era menos estraordinario en el año de 695 de Roma que lo que hubiera sido en el de 1869 despues de Jesucristo.

Acabemos la historia de Marcia y Hortensio.

Los dos esposos vivieron completamente felices; Marcia colmó los deseos de Hortensio dándole dos hijos, y como Caton no volvió á pedirsela, Hortensio

la conservó á su lado hasta el momento de su muerte, en el cual le dejó todo lo que poseia: una cosa así como cuatro ó cinco millones de pesos.

Entonces Caton se casó de nuevo con Marcia, como puede verse en Apio, *De la guerra civil;* y en Lucano, *Farrasia,* libro II, verso 328; y, como la cosa sucedia en el momento en que iba á salir con Pompeyo para Asia, lo que hizo con aquella accion no fué solo volver á tomar una mujer, sino tornar á dar una madre á sus hijas.

El suceso causó algun ruido en Roma. Se habló de ello, pero no llegó á causar admiracion.

Eso consistia en las leyes que regian sobre el divorcio.

Digamos algunas palabras sobre esas leyes, á fin de que solo quede una cosa como problema á los ojos de nuestras lectoras, á saber: *la impasibilidad de Marcia pasando de un marido á otro;* y aun quizás esa impasibilidad lleguemos á esplicarla tambien.

Como se vé, tenemos la pretension de esplicarlo todo.

XIX.

Empecemos por decir cómo se casaban los romanos; las condiciones del divorcio vendrán despues.

Habia en Roma dos clases de matrimonio: el patricio y el plebeyo; el por *confarreacion* y el por *coempcion.*

Descuidad, queridos lectores, todo eso quedará tan claro como la luz del dia.

Se hacia primero, como entre nosotros, un contrato de matrimonio.

El jurisconsulto que desempeñaba las funciones de nuestro escribano, despues de leer el acta y antes de presentarla á la firma de los interesados, pronunciaba estas palabras sacramentales:

"El desposorio, lo mismo que el matrimonio, no se contrae sino por libre consentimiento de ambas partes, y la novia puede resistir á la voluntad paterna

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el caso de que el ciudadano que se le presente por esposo tenga alguna nota de infamia ó sea de conducta reprensible."

Si no habia nada de eso, y las dos partes consentian, el marido, en garantía del compromiso que acababa de contraer, ofrecia á su mujer un anillo de hierro enteramente liso, sin piedra ninguna; y la mujer se lo ponia en el penúltimo dedo de la mano izquierda, porque los romanos tenian la superstición de creer que en ese dedo habia un nervio en correspondencia con el corazon.—¿No es verdad, queridas lectoras, que aun hoy os poneis vuestras sortijas en ese dedo, sin saber las mas de vosotras nada de esa correspondencia?

Despues se fijaba el dia de la celebracion del matrimonio, y como generalmente se casaba á las jóvenes á los trece ó catorce años, y aun á veces á los doce, el plazo que se solia acordar al efecto era el de un año.

La fijacion de ese dia era un negocio grave.

Nadie debia casarse en el mes de Mayo, el cual era funesto á causa de los *lemurales*. (Ovidio, *Fastos V*: v. 487.)

Tampoco en los dias que precedian á los ídus de Junio, esto es, del 1º al 16 de ese mes, porque esos quince dias, lo mismo que los últimos treinta y uno

anteriores, eran funestos al matrimonio. (Véase tam. bien á Ovidio, *Fastus* VI, v. 219.)

Menos aún en las calendas de quintílis, esto es, el 1.° de Julio, porque siendo ese dia feriado nadie en él tenia derecho á hacer violencia á otro. (Véase Macrobio, *Saturn.*, 1,15.)

Menos todavía en los dias siguientes á las calendas, los ídus y las nonas, que eran igualmente dias funestos, *dias religiosos* durante los cuales solo se permitia hacer las cosas *absolutamente indispensables* (Véanse sobre ese punto..... muchos autores, pues en Roma nunca era indispensable el casarse. Macrobio, *Saturn.*, 15 y 16; Plutarco *Quas Rom.*, página 92; Tito Livio, VI, I; Aulo Gelio, *Test. Relig*, V. 17.)

En los primeros tiempos de la República, la novia iba, acompañada de su madre y algun pariente próximo, á pasar la noche en un templo, para tratar de oir algun oráculo; pero despues bastaba que un sacerdote fuese á decir que no habia augurio desfavorable y todo seguia perfectamente.

El matrimonio religioso se verificaba en el *sacrarium* de la casa.

La jóven esperaba allí, vestida con una túnica blanca lisa, sujeta al talle por un cinturon de lana de carnero; sus cabellos estaban divididos en seis trenzas, y levantados en lo alto de la cabeza en figura

de torre, sobre la cual se ostentaba una corona de mejorana en flor; tenia un velo trasparente color de fuego, y de ese velo—*nubere*, velar,—procedió la voz *nuptiæ*, boda.

Los borceguíes eran tambien de color de fuego.

El velo era una imitacion de esa parte del trage de la sacerdotisa llamada flaminia dial, á la cual estaba prohibido el divorcio, y el peinado igualmente del de las sacerdotisas llamadas vestales, las cuales eran todas vírgenes; ese peinado, pues, era un símbolo de la pureza de la desposada.

Entre nosotros la corona de azahar ha reemplazado á la de mejorana; pero no por eso deja de ser, lo mismo que el anillo, una tradicion antigua.

Solo se velaban los matrimonios patricios.

Se necesitaban diez testigos para que fuese válido ese matrimonio.

Los dos esposos se colocaban cada uno en una silla gemela cubierta con la piel de un carnero que hubiese servido de víctima, y á la cual se habia tenido cuidado de conservar la lana.

El flaminio dial ponia la mano derecha de la jóven en la mano derecha del jóven, pronunciaba ciertas palabras sacramentales, diciendo que la mujer debia participar de los bienes del marido, lo mismo que de todas las cosas santas, y ofrecia en seguida á Juno, que presidia los matrimonios, libaciones

compuestas de leche y vino melado, en las cuales figuraba un pastel de harina de trigo que era llevado y presentado por la novia; de ese pastel, nombrado *far*, procedia la palabra *confarreacion*.

En los sacrificios conyugales se arrojaba la hiel de la víctima detrás del altar, en señal de que debia desterrarse del matrimonio toda acritud.

El segundo matrimonio era el plebeyo, ó por *coempcion*, del verbo *emere*, comprar. En él el marido compraba á la mujer y la mujer se convertia en esclava del marido. El padre ó el tutor era quien la vendia, en presencia del magistrado y de cinco ciudadanos romanos llegados á la edad de la pubertad.

Era de absoluta necesidad que se hallara tambien presente el pesador de moneda que asistia á las ventas públicas.

A pesar de eso, la venta era simbólica; el precio de ella era representado por un *as* de cobre, esto es, por la moneda mas pesada al par que la mas ínfima que se usaba en Roma. El *as* podia valer centavo y medio de nuestro peso actual. Se dividia en *semis*, que era la mitad, en *trians*, que era un terno, en *quadrans*, que era un cuarto, en *sextans*, que era un sesto, y en *stips*, que era un duodécimo.

Habia una particularidad en esa clase de matrimonio y consistia en que la mujer era quien llevaba el *as* con el cual se la compraba; de modo que no

era realmente el marido el que compraba á la mujer sino la mujer la que compraba al marido.

Las preguntas en ese matrimonio las hacian el marido y la mujer en el tribunal del pretor en vez de hacerlas el jurisconsulto.

—Mujer, decia el marido, ¿quieres ser la madre de mi familia?

—Sí quiero, contestaba ella.

Y luego á su vez preguntaba:

—Hombre, ¿quieres ser el padre de mi familia?

—Sí quiero, contestaba él tambien.

Esa pregunta no se hubiera hecho á una jóven noble. La jóven noble era *matrona;* la hija del pueblo era *madre de familia.* Esta última palabra recordaba la esclavitud, pues el esclavo formaba parte de la familia.

Como símbolo de la dependencia á que la jóven se sometia, uno de los circunstantes le separaba el pelo con una javelina, cuya punta le paseaba seis veces por la cabeza.

Despues los amigos del marido se apoderaban de la casada, la cogian en brazos y la trasportaban del tribunal del pretor á la casa conyugal, gritando:

—¡A Talasio! á Talasio!

Ya hemos dado en otro lugar la esplicacion de ese grito.

—Antes de llegar á la casa detenian á la casada

delante de uno de los pequeños altares dedicados á los dioses lares llamados *larares* y que se encontraban en todas las esquinas.

La jóven sacaba del bolsillo otro *as* y lo entregaba á los dioses.

Una vez en su casa, se dirigia en seguida á los penates, sacaba un tercer *as* del zapato, del borceguí ó de la sandalia, y se lo entregaba tambien.

Así, pues, el matrimonio entre los romanos tenia dos caracteres, casi tan respetable el uno como el otro: el religioso ó por *conferreacion* y el por compra ó por *coempcion.*

Sin embargo, los romanos no consideraban el matrimonio sino como una asociacion que solo debia durar el tiempo que los asociados permaneciesen acordes. Desde el momento en que cesaba la concordia, el matrimonio podia disolverse.

Rómulo habia hecho una ley que permitia al marido repudiar á su mujer si esta habia envenenado á sus hijos, falsificado las llaves de la casa, cometido adulterio ó bebido vino fermentado.

De ahí procedia la costumbre que tenian de besar á las mujeres en la boca.

Ese derecho,—pues lo era mas bien que una costumbre,—lo tenian, ademas del marido, todos los parientes hasta el grado de primo. El objeto era

asegurarse de que las mujeres no habian bebido vino.

En el año 520 de Roma, Spurio Carvilio Ruga usó del beneficio de las leyes de Rómulo y Numa, y repudió á su mujer porque era estéril. Fué el único caso de repudiacion que hubo durante cinco siglos.

Es verdad que si se probaba que el marido repudiaba á su mujer sin motivo legítimo, la mitad de sus bienes pasaba á la mujer, la otra mitad se consagraba al templo de Céres y el marido era condenado á los dioses infernales. Eso parece duro; pero véase á Plutarco en su *Vida de Rómulo*.

Esa era la repudiacion.

Ademas habia el divorcio.

Spurio Carvilio Ruga habia repudiado á su mujer. Caton se divorció de la suya.

Se llamaba al divorcio *diffarreacion*, esto es, lo contrario de *confarreacion*.

Del propio modo que habia dos ceremonias para atar, se necesitaban otras dos para desatar.

La primera se verificaba delante del pretor, en presencia de siete ciudadanos romanos llegados á la edad de la pubertad; un liberto llevaba las tablillas que contenian el acta del matrimonio y las rompia públicamente.

Despues volvian al domicilio conyugal, el marido pedia á la mujer las llaves de la casa y le decia:

—Mujer, recoge lo tuyo; adios! sal de aquí.

La mujer, entonces, si el matrimonio se habia verificado por *confarreacion*, recogia su dote siempre que el marido tuviese la culpa de la separacion; pero si la culpa era de la mujer, el marido tenia derecho para quedarse con una parte del dote, á razon de un sesto por cada hijo, hasta llegar al monto de la mitad. Los hijos continuaban siendo propiedad del padre.

Sin embargo, habia un caso en que la mujer perdia todo el dote; era cuando se le probaba que habia sido adúltera.

En ese caso, antes de despedirla, el marido la despojaba de la *stola* y le ponia la toga de las cortesanas.

Respecto al matrimonio por *coempcion*, una venta lo habia hecho y otra venta lo deshacia; solo que como la primera habia sido fingida, la segunda lo era tambien.

Habia, pues, tres modos de separarse en Roma: la repudiacion, que era ultrajante para la mujer; el divorcio, que, á menos de haber cometido un crímen cualquiera de los dos, era un asunto amistoso en que no habia ninguna deshonra; y en fin, la restitucion de la mujer á sus padres, que no era sino el envío á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus primeros amos de una esclava que ya no se queria.

Hácia los últimos tiempos de la República la restitucion, el divorcio y la repudiacion habian llegado á ser cosas muy comunes. Ya se ha visto á César repudiar á su mujer por solo el temor de que se llegara á sospechar de ella. Frecuentemente el marido ni siquiera decia los motivos que para ello tenia.

—¿Por qué has repudiado á tu mujer? preguntó un ciudadano romano á uno de sus amigos.

—Tuve mis razones, contestó aquel.

—¿Cuáles? ¿No era proba? ¿no era honrada? ¿no era jóven? ¿no era hermosa? no te daba hijos bien formados? Por toda respuesta el divorciado estiró la pierna y mostró su zapato al preguntón.

—¿No es hermoso y nuevo este zapato? le dijo.

—Sí, le respondió el amigo.

—Pues bien, continuó el divorciado descalzándose, á pesar de eso voy á devolvérselo al zapatero porque yo solo sé donde me aprieta. La historia no dice si el zapato que en lugar de aquel le hizo luego el zapatero llegó al fin á no molestarle nada á aquel hombre tan difícil de calzar.

Pero volvamos á Caton, del cual nos ha alejado la disertacion matrimonial, y tornémosle á coger donde lo hemos dejado, esto es, á la edad de veinte años.

XX.

Caton era lo que en nuestros dias se llamaria *un original.*

En Roma los hombres usaban generalmente túnica y zapatos; él salia todos los dias sin zapatos y sin túnica.

La púrpura de moda en los mantos era la de color mas vivo; él la llevaba oscura, casi de color de herrumbre.

Todo el mundo prestaba al doce por ciento al año, que era el tipo legal; —cuando decimos todo el mundo nos referimos á las personas honradas; las demas prestaban, como hacen aún hoy, al ciento y al doscientos por ciento; —él prestaba sin interes alguno; y algunas veces, cuando no tenia dinero para favorecer á un amigo, y hasta á un estraño, si creia que

era hombre honrado, hipotecaba al efecto una casa ó una finca cualquiera.

Cuando estalló la guerra de los gladiadores, su hermano Cepion mandaba un cuerpo de mil hombres á las órdenes de Gelio. Caton se alistó como simple soldado y fué á reunirse con su hermano.

Gelio le concedió el premio del valor y pidió para él honores considerables. Caton los rehusó, diciendo que no habia hecho nada que mereciese distincion alguna.

Se promulgó una ley que prohibia á los candidatos llevar consigo *nomenclatores*. Caton solicitaba el cargo de tribuno de los soldados; obedeció la ley, y dice Plutarco, *fué el único*.

El mismo autor añade, con su ingenuidad habitual:

"Merced á un gran esfuerzo de memoria llegó á saludar á todos los ciudadanos, llamando á cada uno por su nombre. *Y disgustó con eso á los que le admiraban, pues cuanto mas obligados se veian á reconocer el mérito de su conducta, tanto mas les molestaba el no poderlo imitar.*

Ya hemos dicho que iba siempre á pié.

Hé aquí su modo de viajar:

Desde por la mañana enviaba su cocinero y su panadero al punto donde habia de pasar la noche: si tenia en la ciudad ó en la aldea algun amigo ó conocido, iban á parar á su casa; si nó á la posada donde le preparaban la comida; si no habia posada, se dirigian á los magistrados, los cuales procuraban albergue á Caton por medio de una boleta de alojamiento. Con bastante frecuencia los magistrados no querian creer lo que les decian los enviados de Caton, porque estos hablaban políticamente, sin emplear gritos ni amenazas.

Entonces, cuando Caton llegaba no hallaba nada dispuesto. Viendo lo cual, sin prorumpir en la menor queja, se sentaba sobre el equipaje y decia:

—Que vayan á buscar á los magistrados.

Eso hacia que continuasen tomándolo por un hombre tímido ó de condicion inferior.

Sin embargo, los magistrados acudian por fin, y él solia echarles la siguiente reprimenda:

—¡Desdichados! abandonad esos rudos modales que usais con los estraños, pues no siempre serán Catones los que recibais en vuestra poblacion: tratad de no irritar con vuestra conducta á hombres poderosos que solo desean un pretesto para arrancaros por la fuerza lo que no les hayais dado de buena voluntad.

Fórmese el lector una idea de lo que eran esos magistrados que se admiraban de que un *cocinero* y un *panadero* no les hablasen con gritos y amenazas,

y que iban humildemente á recibir las reprensiones del amo *sentado sobre su equipaje.*

Es que esos magistrados eran provincianos, esto es, estranjeros, y el hombre que se hallaba sentado sobre su equipaje era un ciudadano romano.

Ahora veamos lo que se hacia con un simple liberto. Su anécdota es curiosa y recuerda la aventura de Ciceron cuando volvia de Sicilia y creia que Roma no se ocupaba mas de él.

Viajaba una vez Caton por Siria, é iba á pié, segun su costumbre, en medio de sus amigos, y hasta de sus criados, que caminaban á caballo, cuando al acercarse á Antioquía vió un gran número de personas colocadas en fila, á ambos lados del camino; de una parte eran jóvenes cubiertos con largas túnicas; de la otra, niños espléndidamente adornados. A su frente habia varios hombres vestidos de blanco llevando coronas en las manos.

A aquella vista, Caton no dudó ni un momento que todo aquel aparato era hecho en su obsequio, y que la ciudad, sabiendo que iba á albergarlo dentro de sus muros, le habia preparado aquella recepcion.

Se detuvo, pues, hizo apear á todos sus amigos y criados, murmuró algunas palabras contra su panadero y su cocinero, que sin duda habian revelado su incógnito, y preparándose á recibir los honores que iban á tributarle, si bien diciéndose interiormente

que nada habia hecho para provocarlos, se adelantó hácia aquella gente.

Entonces un hombre que llevaba una varita en la mano y una corona en la cabeza, se separó de los de la ciudad y fué al encuentro de Caton, que se disponia á recibirlo y contestar á su arenga.

—Buen hombre, le dijo, ¿no habrias encontrado por casualidad al señor Demetrio, y no podrias decirnos si se halla aún muy lejos?

—¿Quién es ese señor? preguntó Caton algo desconcertado.

—¡Cómo! esclamó el hombre de la varilla, ¿no sabes quien es el señor Demetrio?

—No, por Júpiter! contestó Caton.

—¡Pues si es el liberto de Pompeyo el Grande!

Caton inclinó la cabeza y continuó su camino en medio del desprecio con que lo miraban los diputados de Antioquía.

¡Era un hombre que no conocia al señor Demetrio!

De allí á poco le esperaba un gran dolor, y el alma del estoico iba á verse puesta á una ruda prueba.

Se hallaba en Tesalónica cuando supo que su hermano Cepion habia caido enfermo en Eno, ciudad de la Tracia á la desembocadura del Ebro.

Caton corrió en seguida al puerto; se recordará

que su hermano era la única cosa que amaba en el mundo.

La mar se hallaba agitada por una violenta tempestad y no habia buque alguno capaz de afrontarla con semejante tiempo.

Caton, seguido de dos amigos y de tres esclavos, se mete en una pequeña embarcacion mercante, y con una felicidad inaudita, despues de haber estado veinte veces á punto de ser sumergido, llegó á Eno precisamente en el instante en que su hermano acababa de espirar.

A aquella noticia, á la vista del cadáver,—preciso es hacer esa justicia á Caton, el filósofo desapareció para hacer lugar al hermano, y al hermano desesperado.

Se echó sobre su cuerpo y lo estrechó entre sus brazos con las demostraciones del mas vivo dolor.

"*Pero no fué eso todo*, dice Plutarco, como si el verdadero dolor de Caton estuviese en lo que va á seguir, *hizo en los funerales de su hermano gastos estraordinarios, prodigó los perfúmes, quemó sobre la pira telas preciosas, y le elevó en la plaza pública de Eno una tumba de mármol de Tasos que le costó ocho talentos*" (unos ocho mil ochocientos pesos.)

Verdad es que César pretendió que Caton habia hecho pasar por un tamiz las cenizas de su hermano á fin de estraer el oro de las telas preciosas, que el

fuego habia fundido. Pero ya se sabe que César no queria á Caton; ademas, ¡era tan mala lengua!

Como quiera que fuera, Pompeyo vengó á Caton con usura del pequeño disgusto que habia tenido cerca de Antioquía el dia que sus diputados le pidieron noticias de Demetrio.

Pompeyo estaba en Efeso cuando le anunciaron la llegada de Caton. Así que lo percibió, se levantó de su asiento y le salió al encuentro, como hubiera hecho con uno de los principales personages de Roma; despues, cogiéndolo por la mano, lo abrazó y le hizo los mayores elogios, los cuales continuó prodigándole despues que se hubo retirado.

Tambien es verdad que cuando Caton anunció su partida á Pompeyo, este, que solia detener á sus visitantes con toda clase de insistencias, no pronunció ni una palabra para hacer cambiar la resolucion del viajero.

"Y hasta vió su partida con alegría," añade Plutarco.

¡Pobre Caton!

De vuelta á Roma solicitó y obtuvo la cuestura.

El cargo de cuestor tenia por principal objeto comprobar el empleo que se habia hecho de las rentas del Estado y examinar las manos y los bolsillos de los que las habian manejado.

Lo que sucedia en el particular era lo siguiente:

Los nuevos cuestores no tenian naturalmente la menor nocion de lo que habian de hacer, y para sus averiguaciones se dirigian á los empleados inferiores que por su larga práctica estaban perfectamente enterados de todo; pero esos tenian interes en que no se cambiase nada; callaban, pues, y los abusos continuaban.

Con Caton no sucedió nada de eso; solicitó el cargo despues de haber estudiado á fondo las leyes cuestoriales.

Así, pues, en cuanto hubo entrado á desempeñar sus funciones, conoció todo el mundo que tenia que habérselas con un verdadero cuestor.

Obligó á ser lo que realmente eran, esto es, agentes subalternos, á aquellos escribas contra los cuales, ochenta años mas tarde, habia de hablar Jesucristo de un modo tan terrible.

Entonces se ligaron todos contra Caton, pero este espulsó al primero á quien convenció de fraude en el reparto de una herencia. Habiendo otro supuesto un testamento, Caton lo hizo encausar; era un amigo de Cátulo,—aquel que segun decia todo el mundo era un hombre tan honrado,—el cual suplicó á Caton que lo perdonara.

El cuestor fué inexorable.

Y como Cátulo insistiese:

—Sal de aquí, le dijo Caton, ó te hago echar por mis lictores.

Y Cátulo salió.

Pero estaba tan arraigada la corrupcion, que no por eso dejó Cátulo de defender al culpable, y como viese que por faltar un voto á su favor iba á ser condenado su cliente, envió á buscar en litera á Marco Lolio, uno de los colegas de Caton que no habia podido acudir al tribunal por estar enfermo.

El voto de Marco Lolio salvó al acusado.

Pero Caton no quiso emplear mas á aquel hombre como escriba, y se negó obstinadamente á pagarle su sueldo.

Aquellos ejemplos de severidad abatieron el orgullo de los concusionarios, que conocieron el peso de la mano que se asentaba sobre ellos; se volvieron tan dóciles como rebeldes se habian mostrado, y pusieron todos los libros y registros á disposicion de Caton.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI.

Desde aquel momento la deuda pública no tuvo ya secretos para nadie. Caton hizo entrar en caja todo el dinero que se debia á la república, pero tambien pagó todo lo que la república debia.

Fué causa de gran rumor y mayor admiracion para el pueblo romano, acostumbrado á los sucios negocios de los hombres de dinero, ver á los agiotistas, que creian no tener que volver nunca al tesoro lo que le debian, obligados á abrir la bolsa y soltar hasta el último real, al paso que los ciudadanos que tenian créditos contra el erario, y que creian sus valores perdidos, no habiendo podido enagenarlos ni á mitad de su precio, eran íntegramente pagados.

Se atribuyeron, con justicia, todos aquellos cambios á Caton, y el pueblo, que veia en él el único

hombre honrado de Roma, empezó á manifestarle el mayor respeto.

Pero no fué eso todo.

Quedaban los asesinos de Sila.

Al cabo de quince años de impunidad, aquellos hombres se creian libres de todo ataque y disfrutaban tranquilamente de una fortuna sangrienta y fácil, puesto que muchas cabezas habian sido pagadas hasta á doce mil dracmas, esto es, á dos mil pesos de nuestra moneda. Todos los señalaban con el dedo, pero nadie osaba tocarles.

Caton los citó, unos tras otros, ante los tribunales, como detentadores de caudales públicos y preciso fué que aquellos miserables pagasen á la vez el oro y la sangre.

Despues llegó la conspiracion de Catilina.

Ya hemos dicho el papel que cada uno desempeñó en ella, refiriendo como, despues de haber opinado Silano que debia aplicarse á los conjurados el último suplicio, César pronunció un discurso tan en estremo hábil sobre la necesidad de usar de indulgencia, que Silano se volvió atras, por decirlo así, declarando que por *último suplicio* entendia simplemente el destierro, puesto que ningun ciudadano romano podia ser condenado á muerte.

Aquella debilidad hizo saltar á Caton. Se levantó y se puso á refutar á César.

Su discurso se halla en Salustio, habiendo sido conservado por los estenógrafos de Ciceron.—Digamos de paso que Ciceron fué el que inventó la estenografía, y su secretario Tulio Tito quien regularizó todo el sistema.

A consecuencia de aquel discurso Ciceron se sintió con valor para hacer extrangular á los cómplices de Catilina, y César, temiendo que su indulgencia le hiciese acusar de complicidad con el gefe del complot, se lanzó á la calle y se puso bajo la salvaguardia del pueblo.

Entonces fué cuando estuvo á punto de ser asesinado por los caballeros amigos de Ciceron.

Tambien hemos dicho como Caton neutralizó la popularidad de César, disponiendo hacer una distribucion de trigo, cuyo valor ascendia á un millon cuatrocientos mil pesos de nuestra moneda.

Todas las precauciones de César no habian impedido que fuese acusado.

Tres veces se elevaron contra él: la del cuestor Novio Niger, la del tribuno Vettio, y la del senador Curio.

Curio era el que primero habia dado aviso de la conspiracion, nombrando á César como uno de los conjurados.

Vettio iba mas lejos; sostenia que César estaba

ligado á la conjuracion, no solo de palabra, sino tambien por escrito.

César lanzó al pueblo contra sus acusadores.

Novio fué puesto preso por haber tratado de juzgar á un magistrado mas elevado que él; la casa de Vettio fué invadida y saqueada y sus muebles arrojados por las ventanas, habiendo faltado poco para que á él lo hicieran pedazos.

Roma estaba trastornada con aquellos conflictos.

Metelo, que acababa de ser nombrado tribuno, propuso llamar á Pompeyo á Roma para ponerlo al frente de los negocios. Era pedir un nuevo dictador.

César, que conocia la incapacidad de Pompeyo como hombre político, se unió á Metelo. Quizá no sentia crear un precedente.

Caton era el único que podia hacer frente á semejante alianza.

Fué á ver á Metelo y en vez de abordar la cuestion con su brusquedad ordinaria la atacó suavemente, rogando mas bien que exigiendo, mezclando sus súplicas con elogios á la casa de Metelo y recordando que habia sido contada siempre como una de las columnas de la aristocracia.

Metelo creyó que Caton tenia miedo y se obstinó.

Caton se contuvo aún algunos instantes, pero, como la paciencia no era su virtud, estalló de repente y prorumpió en amanazas contra Metelo.

El tribuno vió que era preciso recurrir á la fuerza é hizo venir sus esclavos á Roma, diciendo á César que llamase tambien allí á sus gladiadores.

César, que habia hecho combatir seiscientos cuarenta de esos individuos en tiempo de su edilidad, habia conservado un depósito de ellos en Capua.—Todo gran señor romano tenia en aquella época sus gladiadores; como en la edad media todo conde, duque ó príncipe tenia sus *bravi*.

Ya hemos visto como aquellos efectuaron una revolucion que puso hasta veinte mil hombres á las órdenes de Espartaco.

Despues el Senado habia dado una ley en virtud de la cual nadie podia tener en Roma mas de ciento veinte gladiadores.

Aquella resistencia á Caton se hacia públicamente.

La víspera del dia en que debia proponerse la ley llamando á Pompeyo, á pesar de saber perfectamente el peligro que iba á correr al otro dia, Caton cenó como de costumbre y durmió con profundo sueño.

Minucio Termo, uno de sus colegas en el tribunado, fué á despertarlo.

Ambos se dirigieron al Forum acompañados únicamente de una docena de personas.

En el camino se les unieron cinco ó seis amigos que iban á advertirles lo que pasaba, á fin de que

estuvieran sobre aviso. Al llegar á la plaza el peligro se hizo visible: el Forum estaba lleno de esclavos armados con palos, y de gladiadores con sus espadas de combate; en lo alto del templo de Castor y Polux estaban sentados Metelo y César; esclavos y gladiadores cubrian las gradas.

Entonces, dirigiéndose á César y á Metelo:

—Sois osados y cobardes á la vez! les gritó Caton, pues contra un hombre desnudo é inerme habeis reunido tantos hombres armados y encorazados!

Despues, encogiéndose de hombros en señal de despreciar el peligro con que habian creido intimidarle, avanzó algunos pasos mas, y mandándoles que le hicieran sitio á él y á los que le seguian, empezó á subir los escalones.

Le hicieron sitio en efecto, pero á él nada mas.

No por eso dejó de seguir subiendo.

Llevaba á Termo de la mano, pero antes de llegar al vestíbulo se vió obligado á soltarlo.

Al fin llegó junto á Metelo y César y se sentó entre ambos.

Aquel era el momento, ó nunca, de que utilizaran sus esbirros.

Quizá iban á hacerlo cuando todos aquellos á quienes el valor del cuestor habia llenado de admiracion empezaron á gritarle:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Firme, Caton, firme! aquí estamos nosotros y te sostendremos.

César y Metelo hicieron señal al ugier de que leyera la ley.

El ugier se levantó é impuso silencio; pero en el momento en que iba á empezar la lectura Caton le arrancó la ley de las manos.

Metelo á su vez se la arrancó á Caton de las suyas.

Caton se la quitó de nuevo á Metelo y la rompió.

Metelo sabia de memoria la ley y se disponia á recitarla en lugar de leerla; pero Termo, que habia llegado junto á Caton, y que sin ser visto se habia colocado detras de Metelo, puso á este una mano sobre la boca y le impidió hablar.

Entonces César y Metelo llaman á los gladiadores y á los esclavos; estos levantan sus palos y aquellos sacan sus espadas.

Los ciudadanos prorumpen en gritos y se dispersan.

César y Metelo se alejan de Caton, que queda aislado y se convierte en una especie de blanco: le tiran piedras á la vez desde el pié de las gradas y desde lo alto del templo.

Murena se lanza hasta él, lo cubre con su toga, lo coge por medio del cuerpo, y lo arrastra dentro

del templo, á pesar de sus esfuerzos para permanecer en el vestíbulo.

Metelo entonces no duda ya del triunfo. Hace seña á los gladiadores de envainar sus espadas y á los esclavos de bajar los palos; y despues, aprovechando la oportunidad de haber quedado solos sus partidarios en el Forum, trata de hacer pasar la ley.

Pero apenas pronuncia las primeras palabras, lo interrumpen gritos de:

—Abajo Metelo! Abajo el tribuno!

Son los amigos de Caton, que vuelven á la carga; es el mismo Caton, que sale del templo; es, en fin, el Senado que, avergonzado de su silencio, se ha reunido y resuelto ir á auxiliar á Caton.

Entonces se verifica una reaccion.

César ha desaparecido prudentemente.

Metelo huye, sale de Roma, párte para Asia y va á dar cuenta á Pompeyo de lo que ha pasado en el Forum.

Pompeyo recuerda el rígido jóven que fué á visitarlo en Efeso, y murmura:

—No me engañé, es tal como lo habia juzgado.

El Senado, gozoso con la victoria que Caton habia ganado en su obsequio, queria tachar de infamia á Metelo. Caton se opuso y logró que no se hiciese tal injuria á un ciudadano tan distinguido.

Entonces fué cuando César, viendo que nada po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia hacer en Roma, se hizo nombrar pretor, y marchó para España.

Ya lo hemos visto regresar de allí y solicitar el consulado.

XXII.

Se hallaban, pues, frente á frente los rivales verdaderamente serios, é iba á empezar la gran lucha entre Pompeyo, que representaba la aristocracia, César, que representaba la democracia, Craso, que representaba la propiedad, Caton, que representaba la ley, y Ciceron, que representaba la palabra.

Como se ve, cada uno tenia su poder.

Ante todo, se trataba de saber si César seria ó no Cónsul.

Tres hombres solicitaban ese cargo con probabilidades de conseguirlo: Luceyo, Bibulo y César.

César habia pagado sus deudas, pero volvia á Roma con las manos casi vacías, y era inútil tratar de ser nombrado cónsul, no pudiendo disponer de cuatrocientos ó seiscientos mil pesos.

Craso le habia prestado un millon en el momento

de su partida: habia creido no tener que molestarse por él y no se lo habia devuelto; así, pues, no podia pedirle nada.

Oh! una vez en posesion de su cargo, todos irian á ofrecerle sus bolsillos.

Pero Craso permanecia prudentemente á la espectativa.

Sin embargo, no le era hostil, como tampoco Pompeyo, y ambos eran los dos hombres de la situacion.

César aprovechó el influjo que tenia sobre ellos para dar un golpe maestro.

Desde el asunto de los gladiadores estaban indispuestos. César los reconcilió, si no sinceramente, al menos de un modo sólido, por medio del interes.

Despues fué á ver á Luceyo.

—Vos teneis dinero, le dijo, y yo influencia. Dadme cuatrocientos mil pesos, y os hago nombrar cónsul.

—¿Estais seguro?

—Respondo de ello.

—Pues mandad á buscarlos á mi casa

César tuvo deseos de mandarlos á buscar en seguida, temiendo que Luceyo se arrepintiese; pero por pudor esperó á la noche. Una vez llegada esta, envió hombres con canastos á buscar el dinero.

Cuando lo tuvo en su poder hizo llamar á los *intérpretes*. Estos eran agentes de corrupcion encarga-

dos de ajustarse con los individuos que manejaban á la multitud.

—Poneos en campaña, les dijo, dando con el pié en los canastos, que produjeron un ruido metálico. Soy rico, y quiero mostrarme generoso.

Los intérpretes se fueron.

Entretanto, Caton tenia fija la vista en César. Habia sabido como se habia proporcionado dinero y con qué condiciones se habia celebrado el pacto. Habia ido á casa de Bibulo y se hallaba allí con todos los que se oponian á la demagogia, cuyo representante era César.

Nombremos los principales conservadores de la época. Eran Hortensio, Ciceron, Pison, Poncio Aquila, Epidio, Marcelo, Cestio, Flavo, el viejo Considio, Varron, Sulpicio, que ya una vez habia impedido á César llegar al consulado, y en fin, Lúculo.

Se trataba del triunfo que habia alcanzado César en el Forum y en la basílica Fulvia.

Se habia presentado allí con toga blanca y sin túnica.

—¿Por qué sales sin túnica á la calle? le habia preguntado uno de sus amigos encontrándolo en la vía Regia.

—¿No debo mostrar mis heridas al pueblo? habia contestado César.

Catorce años mas tarde era Antonio quien mostraba al pueblo las heridas del dictador.

La noticia que llevaba Caton la sabian ya todos. Las palabras "César tiene dinero" habian caido como un rayo en medio de la asamblea pocos momentos antes.

Poncio Aquila era el que las habia pronunciado; sabia la verdad del caso por el divisor de su tribu.

Varron por su parte habia anunciado la reconciliacion de Pompeyo y Craso.

Aquella doble noticia habia sumido en la mayor consternacion á los circunstantes.

Desde el momento que César tenia dinero no habia modo de oponerse á su eleccion; pero podian oponerse á la de Luceyo.

Luceyo y César no hacian mas que un solo hombre.

Por el contrario, Bibulo, yerno de Caton, nombrado en lugar de Luceyo, neutralizaria la influencia del demagogo.

Al ver á Caton, todos se agruparon á su alrededor.

—¿Qué hay? le preguntaron por todos lados.

—Hay, contestó Caton, que la profecia de Sila está á punto de cumplirse, y que hay, en efecto, en ese jóven de cinturon flojo, muchos Marios.

—¿Qué hacer entonces?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La circunstancia es grave; si dejamos llegar al poder á ese antiguo cómplice de Catilina, la República está perdida.

Luego, como si temiese que la pérdida de la República no fuese una causa suficiente para algunos de los que allí se hallaban, añadió:

—Y no solo está perdida la República, sino que vuestros intereses se hallan tambien en peligro: despedios de vuestras quintas, de vuestros cuadros, de vuestras estatuas, de vuestras piscinas, de vuestros barbos, que alimentais con tanto cuidado, de vuestro dinero y de vuestras riquezas; todo eso está prometido en recompensa al pueblo que vota por él.

Entonces cierto Favonio, amigo de Caton, propuso una acusacion por corrupcion de sufragio. Habia tres leyes sobre el particular; la ley Aufidia, que condenaba al corruptor á pagar todos los años tres mil sestercios á cada tribu; la de Ciceron, que á aquellos tres mil sestercios de multa, repetidos tantas veces como tribus habia en Roma, añadia diez años de destierro, y, en fin, la ley Calpunia, que imponia el mismo castigo á los que se habian dejado seducir.

Pero el cuestor se opuso á la acusacion.

—Acusar á su adversario, dijo, es confesarse vencido.

El mismo *¿qué hacer?* de antes resonó de nuevo.

—Eh! por Júpiter! esclamó Ciceron, hacer lo que él hace. Si el medio es bueno para él, empleémoslo contra él.

—¿Qué dice Caton? preguntaron tres ó cuatro voces á la vez.

Caton reflexionaba.

—Hacer lo que propone Ciceron, contestó por fin. Filipo de Macedonia no conocia plaza alguna intomable si conseguia hacer entrar en ella un asno cargado de oro. César y Luceyo compran las tribus; ofrezcámosles mas nosotros y serán nuestras.

—El caso es, observó Bibulo, que yo no soy bastante rico para gastar quince ó veinte millones de sestercios en una eleccion; eso queda bueno para César, que no tiene una dracma, pero que dispone del bolsillo de todos los usureros de Roma.

—Sí, contestó Caton; pero nosotros, unidos, llegaremos á ser mas ricos que él. Ademas, si los auxilios particulares no bastaren, recurriremos al tesoro público. Vaya que cada uno diga con lo que contribuye.

Caton dió el ejemplo; pero ni Plinio ni Veleyo dicen la cantidad que produjo aquella suscricion; parece, sin embargo, que fué bastante considerable, pues Luceyo fracasó en su empresa y Bibulo fué nombrado cónsul al par de César.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una vez en el poder, César atacó la cuestion de la ley agraria. Todos por turno la habian tocado para renovar su popularidad y habian hallado en ella la muerte.

Digamos en seguida lo que era la ley agraria entre los romanos. Ya se verá que no se parece en nada á lo que nosotros solemos imaginarnos.

XXIII.

El derecho de guerra de la antigüedad, sobre todo en los primeros tiempos de Roma, no dejaba propiedad alguna á los vencidos. El territorio conquistado era dividido en tres partes: la de los dioses, la de la república y la de los conquistadores.

Esta última era la que se repartia á los veteranos y en la que se establecian las colonias.

La parte de los dioses era entregada á los templos y administrada por los sacerdotes.

Quedaba la parte de la república, el *eger publicus*.

Puede calcularse lo que debió ser esa parte de la república, ó *ager publicus*, cuando Roma hubo conquistado toda la Italia, y despues de la Italia la Grecia, la Sicilia, la España, el Africa y el Asia.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fueron, allá y acullá, inmensas porciones de terreno que permanecieron incultas, vastísimas posesiones que la república no podia vender y sí solo arrendar.

¿Cuál era el espíritu de la ley que solo permitia arrendar esas tierras?

Crear especies de pequeñas granjas para familias agrícolas que harian sudar á aquella rica tierra de Italia dos ó tres cosechas cada año; hacer, en fin, lo que se hace en Francia desde el fraccionamiento de la propiedad: que tres ó cuatro fanegas de terreno puedan alimentar á una familia.

Pero no fué tal el resultado. Eso, como se comprenderá, daba demasiado trabajo á los agentes de la república. Ademas, ¿cómo pedir propinas por arrendamientos de dos ó tres fanegas y por corto tiempo?

Arrendaron en grandes porciones y por cinco ó diez años.

Los arrendadores por su parte observaron que habia una cosa que ocasionaba menos gastos y daba mas utilidad que la agricultura: los pastos. Convirtieron las tierras en prados y echaron á pastar en ellos bueyes y carneros. Algunos ni siquiera se cuidaron de hacer crecer yerba y se dedicaron á criar puercos.

Tenian ademas otra ventaja, y era que para labrar,

sembrar y segar una estension de cuatrocientas fanegas, hubieran necesitado diez caballos y veinte criados, al paso que para guardar cuatro ó seis rebaños tenian bastante con cuatro ó seis esclavos.

Las rentas se pagaban á la república en especie, como se pagan aun hoy en Italia. Dicha renta era de un décimo para las tierras cultivables, de un quinto para los bosques, y de cierto número de cabezas de ganado, segun la clase que debiesen criar, para los pastos.

Al principio se pagaron las rentas tal como estaba estipulado; pero cuando se observó que se ganaba mas con los animales que con la labranza, los arrendadores compraron el trigo, la avena y la leña, y pagaron la renta con los objetos comprados, cosechando ganado en vez de granos.

Poco á poco los arrendamientos de cinco años se cambiaron en otros de diez, los de diez en veinte, y así, de diez en diez años, se llegó hasta arrendamientos enfitéuticos.

Los tribunos del pueblo, que veian á qué abuso daba lugar aquel estado de cosas, habian promulgado en otro tiempo una ley por la cual se prohibia arrendar mas de quinientas fanegas de tierra y poseer mas de cien cabezas de ganado mayor y quinientas de menor.

La misma ley obligaba á los arrendatarios á to-

mar á su servicio cierto número de hombres libres para inspeccionar y vigilar las propiedades.

Pero nada de eso se respetó.

Los cuestores recibieron gratificaciones y cerraron los ojos.

Se hacian á cada paso transacciones fraudulentas y en lugar de quinientas fanegas de tierra se tenian mil, cuatro mil y diez mil, poniéndolas en nombre de varios amigos; en vez de cien cabezas de ganado mayor y quinientas de menor se tuvieron mil y mil quinientas y dos mil respectivamente.

Los vigilantes libres fueron suprimidos so pretexto de haberse ausentado con objeto de sentar plaza en ejército; ¿cuál era el cuestor bastante mal ciudadano que no aprobase semejante desercion, verificada en servicio de la patria?

Se hizo que no se veia la ausencia de los vigilantes, como se habia hecho con todo lo demas.

Los esclavos, que no eran llamados al servicio de las armas, aumentaban prodigiosamente, al paso que la poblacion libre, por el contrario, diezmada de continuo, desaparecia con rapidez; sucediendo que los ciudadanos mas ricos y mas honrados, arrendadores de padres en hijos desde hacia ciento cincuenta años, acabaron por considerarse propietarios de las tierras, que en realidad, y como lo indicaba su nombre, pertenecian á la nacion.

Ahora bien; júzguese qué gritos no darian todos aquellos falsos propietarios cada vez que se trataba como medida de salvacion pública, esto es, por razon mayor, de invalidar los sucesivos arriendos en que descansaban todas sus fortunas..... ¡y qué fortunas!

Los dos Gracos perdieron la vida en la demanda.

Pompeyo habia amenazado ya á Roma con una ley agraria á su vuelta de Asia; representante de la aristocracia, se cuidaba poco del pueblo; tenia toda su esperanza en el ejército, y queria dotar á sus soldados.

Pero, naturalmente, habia hallado un opositor en Ciceron.

El gran orador, el hombre de los términos medios, el Odilon Barrot de su época, habia propuesto que se comprasen nuevas tierras, y no que se dividiesen las existentes; al efecto, debia emplearse el importe de cinco años de las nuevas rentas de la República.

Debemos decir de paso, que Pompeyo habia mas que duplicado las rentas del Estado, haciéndolas subir de cincuenta millones de dracmas á ciento treinta y cinco millones, esto es, de unos ocho millones de pesos á veintiun millones y seiscientos mil.

Así, pues, la cantidad propuesta para el indicado objeto, ascendia á sesenta y ocho millones de pesos.

El Senado se habia opuesto á la proposicion de

Pompeyo y pasado á la órden del dia, como se dice en los gobiernos constitucionales.

César llegaba á su vez y volvia á tomar la cuestion en el punto que se habia dejado; pero uniendo los intereses del pueblo á los del ejército.

Aquella nueva pretension causó gran ruido.

Sin duda se temia á la ley agraria, pues habia muchos intereses ligados á los arrendamientos enfitéuticos de que hemos hablado; pero lo que se temia sobre todo, Caton lo dijo bien alto, era la gigantesca popularidad que alcanzaria el que llegara á ponerla en planta..... Y, preciso es decirlo, habia muchas probabilidades de que fuera César el que lo lograra.

Segun parece, la ley de César era la mejor que se hubiese hecho hasta entonces.

Tenemos á la vista la *Historia del Consulado de César*, escrita por Dion Casio, y hé aquí lo que leemos en ella:

"César propuso una ley agraria exenta de todo reproche. Habia entonces una multitud ociosa y hambrienta que era esencial ocupar en los trabajos del campo; ademas, la Italia se hacia cada dia mas desierta, y se trataba de repoblarla.

"César conseguia aquel objeto sin causar perjuicio alguno á la República: dividia el *ager publicus*, y particularmente la Campania, entre los que tenian

tres ó mas hijos; Cápua se convertia en una colonia romana.

"Pero como el *ager publicus* no bastaba, se comprarian tierras á los particulares á precio de censo con el dinero llevado por Pompeyo de la guerra contra Mitridates y que eran veinte mil talentos, (veintiocho millones de pesos); aquel dinero se emplearia en fundar colonias en que tendrian cabida los soldados que habian conquistado el Asia."

Como se ve, habia muy poco en efecto que decir contra aquella ley, que contentaba á casi todo el mundo, escepto al Senado, el cual temia á César.

Contentaba al pueblo, á quien formaba una magnífica colonia en uno de los sitios mas hermosos y en una de las tierras mas feraces de Italia.

Contentaba á Pompeyo, que hallaba en ella el cumplimiento de su deseo, esto es, la recompensa del ejército.

Contentaba casi á Ciceron, al cual se tomaba el equivalente de su idea.

Pero ya se recordará que se habia hecho nombrar á Bibulo colega de César á fin de que el Senado tuviese en él la encarnacion de una resistencia sistemática. Bibulo se opuso sistemáticamente á la ley.

César no quiso al pronto emplear la fuerza.

Hizo que el pueblo suplicase á Bibulo:

Bibulo permaneció inflexible.

César resolvió coger el toro por las astas, como dice un proverbio moderno, y como sin duda debió decir algun proverbio antiguo. Leyó la ley en pleno Senado, y despues de leerla interpeló alternativamente á los senadores.

Todos aprobaron la ley con la cabeza y la rechazaron con el voto.

Entonces César saltó y llamando á Pompeyo:

—Pompeyo, le dijo, conoces mi ley y la apruebas; pero la sostendrás?

—Sí, contestó Pompeyo en alta voz.

—De qué modo? preguntó César.

—Oh! no tengas cuidado, respondió Pompeyo; si alguno la ataca con la espada, yo la sostendré con la espada y el escudo.

César tendió la mano á Pompeyo, y Pompeyo le dió la suya.

El pueblo aplaudió viendo aliarse á los dos vencedores en una cuestion en que estaba él interesado.

En aquel momento salia Craso del Senado, y se fué derecho á Pompeyo, con el cual ya hemos dicho que lo habia reconciliado César.

—Si hay alianza, dijo, entro en ella.

—Bueno, contestó César, unid vuestra mano á las nuestras.

El Senado estaba perdido. Tenia contra él la po-

pularidad—Pompeyo, el genio—César—y el dinero, —Craso.

Desde aquel momento datá el primer triunvirato.

La voz de aquellos tres hombres unidos valia un millon de sufragios.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV.

Una vez jurada la alianza, Pompeyo, César y Craso trataron de abrirse camino.

Tenian por enemigo á todo el Senado. Su hostilidad estaba encarnada en Caton, Bibulo y Ciceron, que se habia declarado definitivamente contra Pompeyo, convirtiéndose en su mas encarnizado opositor despues de haberle sido en estremo adicto. Pretendia haber sido muy mal recompensado.

Los aliados se ocuparon por el pronto en estrechar su union con lazos de familia.

Pompeyo, que, como se recordará, habia repudiado á su mujer, acusada y hasta convicta de ser querida de César, se casó con la hija de este.

César, por su parte, que tambien habia repudiado á la suya, hija de Pompeyo, so pretesto de que

de su mujer ni siquiera se habia de sospechar, se casó con la hija de Pison.

Este seria nombrado cónsul el año siguiente.

Cepion,—que estaba desposado con la hija de César que acabamos de ver casarse con Pompeyo,—se casó con una hija de este, contentándose con ser cuñado de César, ya que dejaba de ser su yerno.

—Oh, república! esclamaba Caton, héte hí convertida en arregladora de matrimonios; las provincias y los consulados no serán en lo sucesivo sino regalos de boda!

Ahora bien, ¿por qué se habia llegado á sospechar de la mujer de César? Digámoslo.

El hombre que la comprometió va á desempeñar un papel bastante curioso en los acontecimientos de los años 693, 694 y 695 de Roma para que nos ocupemos algo de él.

Habia en Roma una fiesta muy en boga que se llamaba de la Buena Diosa. El sitio en que se celebraba era siempre la casa de algun magistrado de primer órden, un pretor ó un cónsul, y en el año 693 se verificó en casa de César.

De esas fiestas se escluia rigurosamente á los hombres, y no solo estos sino los animales del género masculino y hasta las estatuas con atributos de virilidad eran proscritos.

¿Qué era esa Buena Diosa?

La respuesta es de las mas difíciles y solo descansa en probabilidades.

Segun todas las apariencias la Buena Diosa era la generatriz pasiva, el molde de la humanidad, si así puede decirse. Segun unos, era Fauna, la mujer de Fauno, y esa era la opinion vulgar; segun otros, era Ops, mujer de Saturno, ó Maïa, mujer de Vulcano:—para los especialistas era la Tierra; la tierra que da el trigo.

¿De dónde procedia la Buena Diosa? De la India probablemente, y en ese supuesto diremos dos palabras dentro de poco; su representacion simbólica, sin embargo, estaba en Presinonta, ciudad de Galacia.

Una piedra parecida á una estatua, aunque de un modo informe, habia caido del cielo y era objeto de gran culto entre los gálatas.

Entraba en los cálculos de los romanos concentrar todos los dioses en su panteon. De ese modo centralizaban en Roma no solo la Italia sino todo el universo.

Enviaron una diputacion solemne á Atalo para tener aquella estatua, y Atalo entregó á los embajadores la piedra sagrada.

Segun unos, era un meteórito; segun otros, un gran trozo de imán.

¿Quereis saber el itinerario del buque para ir desde las costas de Frigia hasta Roma? Leed á Ovidio. Podeis seguirlo por el mar Ego, á traves del estrecho de Mesina, por el mar Tirreno, en fin, hasta la isla sagrada del Tíber dedicada á Esculapio. Allí el buque se detuvo y ni las velas ni los remos consiguieron hacerle dar un paso mas.

Habia entonces en Roma una vestal llamada Claudia Quinta, acusada de haber sido infiel á sus votos. Era para ella cuestion de muerte.

Ofreció probar su inocencia haciendo recobrar su marcha al buque. La oferta fué aceptada.

Claudia Quinta se dirigió al Tiber, en cuyas orillas estaba agrupada Roma toda. Ató su cinturon al palo del buque y se puso á tirar de él. El buque la siguió con la misma docilidad con que siguen los barcos en miniatura, en el estanque de las Tullerías, á los niños que jalan de ellos con un hilo.

Escusado es decir que se desistió de la acusacion y que la reputacion de castidad de Claudia Quinta se esparció por toda Italia.

La vestal edificó un templo á la Buena Diosa en el monte Aventino.

Aquel acontecimiento llegaba muy á propósito para reanimar el valor de los romanos.

En aquel momento acampaba Anibal á las puertas de Roma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La noche misma se puso en venta el sitio en que habia estado acampado, y ya se sabe que los compradores acudieron en monton.

Ahora bien: ¿cuál era, segun todas las probabilidades, la cuna de aquel culto? La India; la India, misteriosa abuela del género humano, que ha tomado por símbolo la vaca criandera.

La India habia considerado el universo como producto de dos principios, uno varon y otro hembra.

Aceptado ese primer punto seguian estas preguntas:

¿Cuál fué el principio sometido al otro en el acto generador que produjo el universo? ¿Cuál es la facultad inferior en rango? ¿Precedió el principio varon al principio hembra, ó este á aquel? ¿Cuál fué el mas influente de los dos en el acto que llevaron á cabo al engendrar el mundo? ¿Fué *Iswara*, el principio varon, ó *Pracriti*, el principio hembra? ¿A cuál nombrar primero en los sacrificios públicos, en los himnos religiosos, en los simples rezos? ¿Es preciso separar ó confundir el culto que se les tributa? ¿Debe el principio varon tener un altar en que lo adoren los hombres, y el principio hembra tener otro en que lo adoren las mujeres, ó deben ambos tener un solo altar en que los adoren los hombres y las mujeres á la vez?

No se olvide que en esa época el imperio índico cubria una gran parte de la tierra.

El sacerdocio se vió obligado á dar su voto sobre esas preguntas.

Se pronunció en favor del principio varon y estableció su anterioridad sobre el principio hembra, proclamando su dominio sobre el sexo femenino.

Millones de partidarios sostenian el principio opuesto.

Dada la sentencia á pesar de la oposicion de aquellos partidarios, el sacerdocio tuvo que sostenerla.

Fué preciso emplear la fuerza y la ley le prestó su magestad. Los partidarios del principio hembra fueron vencidos, pero protestaron gritando contra semejante tiranía.

En tal situacion debia presentarse una oportunidad que hiciese estallar una revuelta.

La oportunidad se presentó.

Buscad en el *Scanda Pousana* y en el *Brahmanda*, y vereis que dos príncipes de la dinastía reinante, hijos ambos del rey Ougra, no pudieron entenderse, como sucedió mas tarde á Eteocles y Polinice, para reinar juntos y se dividieron el imperio índico: el mayor se llamaba *Tarah'haya* y el segundo *Irshou*.

El mayor, creyendo que debia llamar en su auxilio á la religion, declaró que adoptaba invariable-

mente por su dios á *Iswara*, ó el principio varon; el segundo se pronunció abiertamente por *Pracriti*, ó el principio hembra. El mayor tuvo á su lado el sacerdocio, cuya declaracion confirmaba, los grandes del Estado y los ricos propietarios con todos los que de ellos dependian; el menor vió agruparse á su alrededor las clases inferiores, los obreros, los proletarios y todos los que estaban relacionados con ellos.

Por eso se nombró á los partidarios de Irshou *pallis*, palabra sanscrita que significa *pastor*.

Los *pallis*, ó partidarios de Irshou, tomaron por bandera la facultad femenina, que era el símbolo de su culto; esa facultad en lengua sanscrita se llama *yony*.

De ahí el doble nombre que se le dió.

El primero, sacado de su condicion social, *pallis* ó *pastores*, es el nombre con que los designa la historia y con el cual invadieron el Egipto, la Persia y la Judea, dando á esta última region el nombre de *Pallistan*, del cual hemos hecho nosotros Palestina; y el segundo originado de su creencia, *Yonyas*, *Ionioï*, *Jónicos*, con el cual colonizaron las orillas del Asia Menor y una parte de Grecia.

Hé aquí por qué, á causa de una misteriosa coincidencia con su símbolo, *yony*, su estandarte es rojo; hé ahí por qué la púrpura que se compraba en Tiro era un símbolo de soberanía; hé ahí por qué la paloma, ájaro dep Vénus, se llamaba *yoneh;* hé ahí por qué todas las invenciones muelles, delicadas, afeminadas, procedian de la Jonia, (pronúnciase Yuina) palabra ella misma encantadora, delicada y femenina, si las hay; hé ahí, en fin, por qué en el bajo Egipto, entre los babilonios y entre los frigios, la facultad femenina predomina sobre la masculina, y en Tebaida se adora á la diosa Isis, en Babilonia á la diosa Milydha, en Frigia á la diosa Cibeles, y mas tarde en Roma á la diosa Ma, á la Buena Madre, á la Buena Diosa.

Perdónesenos esta pequeña digresion, que no ha dejado de costarnos algun trabajo por cuya razon la entregamos confiadamente á la discusion de los mitólogos.

Ahora, preguntemos, ¿qué pasaba, en las fiestas consagradas á la Buena Diosa?

XXV.

Lo que pasaba en las fiestas de la Buena Diosa es difícil de saber. Estaba absolutamente prohibido á los hombres tomar parte en ellas, y las mujeres, segun toda probabilidad, tenian interes en guardar el secreto.

Unos pretendian que se entregaban á bailes algo libres y otros que á falagogias copiadas de las de Tébas y Ménfis.

Juvenal se esplica con alguna mas claridad; remitimos á él á nuestros lectores, previniéndoles, sin embargo, que ese autor, al igual de Boileau, detestaba á las mujeres.

Segun hemos dicho arriba, se celebraban, pues, en casa de César, ó mas bien en las habitaciones de Pompeya, su mujer, los misterios de la Buena Diosa, cuando de repente se esparció el rumor de que un hombre disfrazado con trage femenil habia sido sorprendido en medio de las matronas.

Aquello produjo un escándalo inmenso.

¿Quereis saber cómo Ciceron da cuenta de eso á su amigo Atico en su carta de 25 de Enero del año 694 de Roma?

Vamos á trascribirla:

"A propósito; hay aquí un feo asunto y temo que la cosa vaya mas lejos de lo que al principio se creyó. Sin duda no ignoras que un hombre disfrazado de mujer se introdujo en casa de César, y eso en momentos en que se ofrecia un sacrificio por el pueblo. Las vestales tuvieron que renunciar á consumarlo y Cornificio denunció el sacrilegio al Senado. Fué Cornificio, entiéndelo bien; no vayas á creer que ninguno de nosotros tomó la iniciativa. Remision del Senado á los pontífices y declaracion de estos de que ha habido sacrilegio, y que por lo tanto hay lugar á encausar. Despues de eso, y en virtud de senado consulto, los consejos publican una requisitoria..... y César repudia á su mujer."

Hé ahí, pues, el acontecimiento que ocupaba á Roma á principios del mes de Enero, sesenta años poco mas ó menos antes de Jesucristo; causó gran ruido, como se comprenderá, y durante varios dias fué objeto de todas las conversaciones, de todas las

habladurías, de todas las murmuraciones, como diriamos hoy.

Nada tiene, pues, de estraño que Ciceron, el mayor murmurador de su tiempo, se lo participe á Atico.

Preciso es convenir, sin embargo, que es bastante curioso hallar una pequeña relacion de la gigantesca charlería que resonaba en el Forum, en el Campo de Marte y en la vía Régia, en una carta íntima, escrita hace cosa de dos mil años.

El hombre sorprendido en casa de César, era Clodio.

Ya hemos dicho algunas palabras de ese ilustre calavera, que en una época en que vivian César y Catilina mereció el título de rey de los libertinos tambien hemos dicho que pertenecia á la rama Pulcher, de la noble familia Claudia, añadiendo que *pulcher* quiere decir *hermoso*.

Se recordará que fué el primer gefe enviado contra los gladiadores. Floro dice que fué Clodio Glaber; pero Tito Livio dice Clodio Pulcher, y somos del parecer de Tito Livio.

Su espedicion no habia sido feliz. Despues, sirviendo á las órdenes de Lúculo, su cuñado, habia hecho rebelar las legiones de Lúculo en favor de Pompeyo.

¿Qué habia podido impeler á Clodio á declararse por Pompeyo en contra de su cuñado?

¿Su ambicion? Bah! Esa esplicacion era demasiado sencilla.

Hé aquí lo que se decia,—íbamos á decir *en voz baja*, pero nos hemos vuelto atras,—hé aquí lo que se decia de Clodio en Roma en alta voz:

Se decia que habia tenido amistad demasiado íntima con sus tres hermanas; á saber: con Terencia, que se habia casado con Marcio Rex,—no se olvide este nombre, pues Ciceron va á hacer alusion á él dentro de poco;—con Claudia, mujer de Metelo Celer, y á la cual se llamaba la *Cuadranaria*, porque habiéndole prometido uno de sus apasionados una bolsa llena de oro en cambio de *un beso*, le habia mandado en su lugar una bolsa llena de *cuadrans*, que era la moneda mas pequeña de cobre de aquella época; y en fin, con la mas jóven, esposa de Lúculo. Ahora bien, se pretendia que á pesar de ese matrimonio seguia la amistad indicada, que Lúculo habia tenido una esplicacion con Clodio y que á consecuencia de ella Clodio le habia hecho traicion.

Cuando se mira el fondo de las cosas no siempre se ve limpio; pero, al menos, la mayor parte de las veces se ve claro.

Digamos de paso que quedaba aún otra hermana

soltera, de la cual Ciceron estaba enamorado, y Terencia, su mujer, celosa.

Y ahora, ¿cómo habia sido cogido Clodio?

Hé aquí lo que se contaba sobre el particular:

Enamorado de Pompeya, habia entrado en su casa disfrazado de música. Muy jóven aún, no teniendo apenas barba, esperaba no ser reconocido; pero, perdido en los inmensos corredores de la casa, habia tropezado con una criada de Aurelia, madre de César.

Entonces habia querido huir; pero sus movimientos, demasiado masculinos, habian revelado su sexo. Aura,—tal era el nombre de la criada,—le habia hecho algunas preguntas; obligado á contestar, su voz habia confirmado las sospechas que la brusquedad de sus movimientos habia hecho ya concebir; la criada habia dado voces y las damas romanas habian acudido á ellas; sabiendo de qué se trataba habian cerrado las puertas, poniéndose en seguida á buscar por todos lados, con la maestría que saben hacerlo las mujeres curiosas; al fin habian hallado á Clodio en la habitacion de una jóven esclava que era su querida.

Hé ahí todos los pormenores que Ciceron no podia dar á Atico, atendido que no fueron conocidos sino poco á poco y á medida que fué adelantando la causa.

Respecto á esta, á Ciceron es á quien es preciso oirla contar. Figuró en ella como testigo.

En otro tiempo Ciceron habia sido muy amigo de Clodio; este le habia servido calurosamente en la conspiracion de Catilina; se habia puesto entre sus guardias y habia sido de los primeros que habian querido matar á César.

Pero hé aquí lo que sucedia, precisamente cuando se formaba la causa:

Ciceron estaba enamorado de la hermana de Clodio que permanecía aún soltera, y la cual vivia á unos cuantos pasos de la casa del ilustre orador.

Algunos rumores de relaciones entre Claudia y su marido llegaron hasta Terencia, mujer despótica y celosa que tenia absoluto poder sobre su marido. Le habian dicho que, cansado de aquel poder, Ciceron queria repudiarla y casarse con la hermana de Clodio.

Ahora bien, ¿qué decia Clodio para justificarse?

Decia que en el momento en que pretendian que habia estado en casa de César se hallaba á cien leguas de Roma

Queria, como se dice hoy, presentar una *coartada*.

Pero Terencia, que aborrecia á la hermana, odiaba naturalmente al hermano, y lo habia visto entrar en las habitaciones de su marido la víspera del dia en que el jóven habia sido sorprendido en la parte de la casa de César ocupada por Pompeya. Si, pues,

Clodio habia ido á ver á su marido la víspera de las fiestas de la Buena Diosa, no se hallaba á cien leguas de Roma el dia que aquellas fiestas se habian verificado.

Terencia declaró á Ciceron que si no hablaba él hablaria ella.

Ciceron habia tenido ya muchos disgustos con su mujer á causa de la hermana, y resolvió sacrificar el hermano á fin de conservar la paz doméstica. En consecuencia de eso se presentó como testigo.

Como se comprenderá muy bien, por mas murmurador que sea Ciceron no dice nada de eso en sus cartas á Atico; pero Plutarco, nacido doce años despues de los sucesos que estamos refiriendo, esto es, ochenta y ocho años antes de Jesucristo, y que es casi tan murmurador como Ciceron, los cuenta minuciosamente.

Ciceron, pues, se presentó á declarar contra Clodio; muy á su pesar quizá, pero al fin se presentó.

Si el escándalo del suceso habia sido grande, el de la causa fué mayor aún.

Varios ciudadanos de los primeros de Roma acusaban á Clodio, unos de perjurio y otros de estafa.

Lúculo presentó criados que declararon que Clodio habia tenido relaciones con su propia hermana, esto es, con la mujer de Lúculo.

Clodio continuaba negando el hecho principal: de-

cia que estaba á cien leguas de Roma el dia de la celebracion de las fiestas de la Buena Diosa; pero Ciceron levantándose, le dió un mentís, diciendo que la víspera habia ido á su casa á hablarle de un negocio.

La declaracion fué concluyente. Clodio no la esperaba; y, á la verdad, de parte de un amigo, de parte de un hombre que enamoraba á su hermana, aquel modo de proceder era en efecto algo brutal.

Pero ya hemos dicho que á Ciceron es á quien hay que oir referir esa causa; lo hace con todo el rencor de un hombre que no tiene limpia la conciencia.

Hé aquí como habla de los jueces,—y nótese que esos jueces son senadores:

"Jamas burdel alguno reunió gentuza igual: senadores envilecidos, caballeros cubiertos de harapos, tribunos y guardas del tesoro plagados de deudas, y en medio de todo eso algunos hombres honrados á quienes la recusácion no habia podido alcanzar y los cuales se hallaban allí con la mirada abatida, el luto en el corazon y el rubor en la frente."

Sin embargo, el aspecto de la ilustre asamblea no podia ser mas desfavorable al acusado. Nadie creia que no estuviese condenado de antemano.

En el momento que Ciceron acabó de hablar, los amigos de Clodio, indignados de lo que ellos llama-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ban una traicion, prorumpieron en gritos y hasta en amenazas.

Pero entonces los senadores se levantaron, rodearon á Ciceron y se pusieron un dedo en el pescuezo en señal de que lo defenderian aun á riesgo de su vida.

Mas á aquellos hombres que mostraban su pescuezo con el dedo, Craso mostró su bolsillo con la mano.

"Oh musa! esclama Ciceron, dí ahora cómo estalló aquel gran incendio! Sin duda, querido Atico, conoceis al *Calvo* (se refiere á Craso), el heredero de Nannio, mi panegirista, que en otro tiempo hizo un discurso en mi honor, del cual os dije algo. Pues bien, ese hombre es quien lo ha hecho y dirigido todo en los últimos dos dias, por medio de un vil esclavo sacado de una partida de gladiadores; ha prometido, garantizado y hasta dado, ¡oh infamia! el valor de la cantidad convenida, en jóvenes hermosas y en muchachos."

Entiéndase que no decimos todo; que aun encubrimos algo.

Los jueces que no se dejaron sobornar sino por dinero, fueron tenidos por hombres honrados.

Así, como pidiesen una guardia para volver á sus casas:

—Qué es eso? les gritó Cátulo, ¿temeis que os roben las cantidades que os han dado?

Llamado César á declarar contra Clodio, dijo que no tenia nada que declarar.

—Sin embargo, le gritó Ciceron, has repudiado á tu mujer.

—La he repudiado, contestó César, no porque la creyera culpable, sino porque de la mujer de César ni aun se ha de sospechar!

Escusado es decir que Clodio fué absuelto.

Veamos cuáles fueron las consecuencias de aquella absolucion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI.

Primero hubo un gran escándalo en la plaza pública.

Absuelto Clodio despues de una acusacion que implicaba el destierro si hubiera sido condenado, era mucho mas fuerte que antes desde el momento que quedaba impune. Su absolucion fué un triunfo.

Veinticinco jueces habian permanecido firmes y á riesgo de lo que podia sucederles habian condenado al acusado.

"Pero treinta y uno, dice Ciceron, temieron mas el hambre que la vergüenza, y lo absolvieron."

Así el movimiento conservador impreso por el consulado de Ciceron y por la conspiracion de Catilina, descubierta y sofocada, se veia completamente detenido con la absolucion de Clodio, y el partido demagógico, representado por Pompeyo, infiel á la aristocracia, por César, fiel al pueblo, y por Craso, fiel á César, volvia á sobreponerse de un modo absoluto. Así la Roma afortunada por haber nacido bajo el consulado de Ciceron,—*ó fortunatam natam, me consule, Romam*,—habia vuelto al punto en que Catilina la habia colocado, cuando, encontrando á Ciceron en su camino, habia tenido que abandonar la partida.

El recuerdo de aquel primer triunfo exaltó á Ciceron y le dió un valor que no siempre tenia.

Habiéndose reunido el Senado el dia de los idus de Mayo, y habiéndole tocado el turno de hablar:

—Padres conscritos, dijo, por un descalabro sufrido no debeis desanimaros ni dejar el campo; es preciso no negar los golpes ni exagerar las heridas; dormirse seria una estupidez, pero asustarse seria una cobardía. Ya hemos visto absolver á Cátulo dos veces y á Catilina otras dos; lo acaecido no es sino una absolucion mas, debida á jueces venales.

Luego, volviéndose hácia Clodio, que como senador asistia á la sesion y se reia desdeñosamente de sus palabras:

—Te engañas, Clodio, exclamó, si crees que tus jueces te han dejado ir libre. Estás en un error; te han dado á Roma por cárcel; no han querido protegerte como á un ciudadano, sino quitarte la libertad del destierro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

—Valor, padres conscritos; sostened vuestra dignidad; los hombres honrados permanecen unidos en su amor á la República.

—Entonces, hombre honrado, le gritó Clodio, ten la bondad de decirnos qué has ido á hacer á Baïa?

Baïa era el lupanar de Italia. De un hombre que allí fuese se podia sospechar: si una mujer iba, su reputacion estaba perdida.

Se decía que Ciceron habia ido á Baïa á ver á la hermana de Clodio.

—En primer lugar, contestó Ciceron, no he estado ahí; pero, aunque hubiera estado, ¿acaso Baïa es un sitio prohibido y no se puede ir á él á tomar las aguas?

—Bah! replicó Clodio, ¿que tienen que ver los aldeanos de Arpinum con las aguas, cualesquiera que sean?

—Pregunta á tu patron, repuso el gran orador, si no fué una suerte para él el tomar las de Arpinum.

El patron á que se referia Ciceron era César; pero, ¿para qué servian las aguas de Arpinum? Lo ignoramos.

Ese pasaje está oscuro, y no creemos que comentador alguno lo haya esplicado nunca; pero sin duda encerraba un concepto ofensivo, pues Clodio se arrebató.

—Padres conscritos, esclamó, ¿hasta cuándo sufriremos entre nosotros este rey?

A lo cual contestó Ciceron con un juego de palabras que vamos á tratar de hacer comprender.

Rey se dice *rex* en latin. Una hermana de Clodio se habia casado con Marcio Rex, el cual era enormemente rico; Clodio esperaba, merced á la influencia que tenia sobre su hermana, ocupar un lugar en el testamento de su cuñado; pero en ese particular llevó un solemne chasco.

—Rey! rey! repitió Ciceron; sin duda le guardas rencor porque te olvidó en su testamento, siendo así que tenias comida de antemano la mitad del legado!

—¿Acaso tú, repuso Clodio, has pagado con la herencia de tu padre la casa que has comprado á Craso?

Efectivamente, Ciceron acababa de comprar á aquel una casa en tres millones quinientos mil sestercios.

Hé aquí su carta al procuestor Sextio dándole cuenta del suceso:

"Vos me habeis decidido, con vuestra felicitacion de hace algun tiempo, á comprar la casa de Craso; pues solo despues de haber recibido dicho cumplido fué cuando la compré realmente en tres millones quinientos mil sestercios; así me veo ahora acribillado de deudas, á tal punto, que trato de entrar en

cualquiera conspiracion, si es que se dignan admitirme en ella."

—¿Comprado? contestó Ciceron; por lo visto estás pensando en jueces, y no en casas.

—Comprendo que no quieres bien á los jueces, volvió á replicar Clodio; les aseguraste que estaba yo en Roma el dia de las fiestas de la Buena Diosa, y no han querido creer tu palabra.

—Te engañas, Clodio, repuso de nuevo Ciceron; veinticinco creyeron en ella; á la tuya es á quien treinta y uno no quisieron dar crédito, puesto que se hicieron pagar de antemano.

A aquella respuesta los gritos hicieron callar á Clodio.

Todo eso era muy poco parlamentario, como se diria hoy; pero ¡cuántas cosas peores no hemos visto y oido nosotros!

Como se comprenderá, desde aquel momento fué ya una guerra declarada la que hubo entre Ciceron y Clodio. Vamos á ver cómo esa guerra lleva á Ciceron al destierro y á Clodio á la muerte.

Entretanto, ¿qué era lo que mas interesaba á Clodio? Vengarse de todos aquellos insultos de Ciceron, cuyas palabras, repetidas desde el Senado hasta el campo de Marte, lo marcaban como con un hierro candente.

Ciceron tenia el defecto de los hombres de chispa; no podia permanecer tranquilo y callado; preciso era que aquella pícara chispa se mostrase, aunque fuese á costa de sus amigos, de sus parientes, de sus aliados.

—¿Quién ha colgado á mi yerno de esa espada? decia un dia viendo al marido de su hija llevar al lado una espada tan alta como él.

El hijo de Sila estaba mal de negocios; vendia todos sus bienes y hacia fijar listas de ellos en las esquinas.

—Prefiero las listas del hijo á las del padre, decia Ciceron.

Su colega Vatidio padecia de escrófulas; un dia que habia defendido un pleito y que Ciceron habia estado escuchándolo:

—¿Qué os parece Vatidio? le preguntó un amigo.

—Demasiado hinchado, contestó el gran orador.

César propuso el reparto de la Campania, lo cual produjo gran emocion entre los senadores.

—No consentiré eso mientras viva, esclamó Lucio Gelio, que tenia ochenta años.

—César esperará, contestó Ciceron, pues Gellio no pide un plazo muy largo.

Un dia le dijo Metelo:

—Mas son los ciudadanos que has perdido con tus declaraciones, que los que has salvado con tu elocuencia.

—Es posible, contestó Ciceron: eso prueba que tengo mas honradez que talento.

Un jóven, acusado de haber envenenado á su padre con pasteles, le dijo otro dia:

—Te llenaré de injurias.

—Bueno, contestó Ciceron; viniendo de tí, prefiero injurias á pasteles.

Habia citado como testigo en una causa á Publio Costa, que sin saber una palabra de leyes pretendia, ser jurisconsulto.

Interrogado sobre uno de los particulares, Publio contestó "que no sabia nada."

—Bueno! dijo Ciceron; sin duda ha creido que le preguntaban sobre derecho.

Metelo Nepos, sobre todo, solia ser el blanco de sus tiros.

—¿Quién es tu padre? le preguntó un dia aquel, creyendo ponerlo en un aprieto á causa de lo bajo de su orígen.

—Tu madre, pobre Metelo, le contestó Ciceron te ha hecho á tí mas difícil la respuesta que á mí.

—El amigo por quien abogo, dijo un dia Marco Appio, me ha rogado emplease en su defensa celo' juicio y buena fé.

—¿Y has tenido valor de no hacer nada de eso por un amigo? esclamó Ciceron interrumpiéndolo.

Lucio Cotta ejercia el cargo de censor cuando

Ciceron solicitaba el consulado. Cotta era un borracho consuetudinario.

En medio del discurso que dirigió al pueblo, Ciceron pidió de beber. Sus amigos aprovecharon aquel momento para rodearlo y felicitarlo.

—Así, amigos mios, así, les dijo, ocultadme á fin de que nuestro censor no vea que bebo agua; no me lo perdonará nunca.

Marco Gelio, que segun se decia, era hijo de padres esclavos, llegó un dia al Senado y se puso á leer una carta en voz alta y sonora.

—Hermosa voz! dijo uno de los oyentes.

—Ya lo creo, contestó Ciceron, como que desciende de pregoneros.

A dos mil años de distancia esos epígramas hacen muy poca gracia; pero indudablemente harian mucha menos á aquellos á quienes iban dirigidos.

A Antonio le llamaba la *Troyana*, á Pompeyo *Epícrates*, á Caton *Polidamo*, á Craso el *Calvo*, á César, *la Reina*, y á la hermana de Clodio *la diosa de ojos de buey*, porque se le achacaba la misma falta que á Juno.

Todo eso grangeaba á Ciceron un cúmulo de enemigos, y enemigos terribles, pues todos sus tiros daban en pleno amor propio.

Si Antonio le hizo cortar la cabeza y las manos, clavándolas despues en la tribuna de las arengas y,

si Fulvia le atravesó la lengua con una aguja, fué porque aquella lengua la habia insultado, fué porque aquella mano habia escrito las Filípicas.

Veamos ahora de qué modo podia vengarse Clodio de Ciceron.

XXVII.

Habia una cosa de que Ciceron se jactaba, y la cual los romanos le reprochaban continuamente; era haber hecho condenar á muerte, cuando la conspiracion de Catilina, á varios ciudadanos, particularmente á Léntulo y Cetego, á pesar de la ley que impedia condenar á ningun ciudadano mas que á destierro.

Era preciso acusar á Ciceron, pero siendo este senador no podia ser acusado sino por un tribuno del pueblo, y no se podia ser tribuno del pueblo sino perteneciendo al pueblo mismo. Ahora bien; Clodio era no solo noble sino hasta patricio.

Se buscó un medio que obviara aquella dificultad.

Ya hemos hablado de la ligereza de lengua de Ciceron.

Un dia se le ocurrió tomar la defensa de Antonio,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si Fulvia le atravesó la lengua con una aguja, fué porque aquella lengua la habia insultado, fué porque aquella mano habia escrito las Filípicas.

Veamos ahora de qué modo podia vengarse Clodio de Ciceron.

XXVII.

Habia una cosa de que Ciceron se jactaba, y la cual los romanos le reprochaban continuamente; era haber hecho condenar á muerte, cuando la conspiracion de Catilina, á varios ciudadanos, particularmente á Léntulo y Cetego, á pesar de la ley que impedia condenar á ningun ciudadano mas que á destierro.

Era preciso acusar á Ciceron, pero siendo este senador no podia ser acusado sino por un tribuno del pueblo, y no se podia ser tribuno del pueblo sino perteneciendo al pueblo mismo. Ahora bien; Clodio era no solo noble sino hasta patricio.

Se buscó un medio que obviara aquella dificultad.

Ya hemos hablado de la ligereza de lengua de Ciceron.

Un dia se le ocurrió tomar la defensa de Antonio,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su antiguo colega, contra Pompeyo y César, y atacó á estos como él sabia hacerlo, esto es, cruelmente.

Tres horas despues de aquel suceso César y Pompeyo hicieron publicar el plebiscito que autorizaba la adopcion de Clodio por Fonteio, oscuro plebeyo.

A partir de aquel momento, no cabia ya duda, Clodio seria nombrado tribuno del pueblo.

Seis meses antes escribia Ciceron á Atico:

"Me ha visitado Cornelio,—ya sabeis, Cornelio Balbo,—*el hombre de confianza.*—Me ha asegurado que César se aconsejará de mí en todo y por todo. La consecuencia de eso es la siguiente: union estrecha con Pompeyo, y en caso de necesidad con César; no hay un solo enemigo que no venga á reconciliarse conmigo; vejez tranquila."

¡Pobre Ciceron!

De repente sabe que Clodio solicita el tribunado, y que César ha contribuido á su adopcion por Fonteio.

Hé aquí lo que acerca de esa gran noticia escribe á Atico en su carta fechada en las *Tres Tabernas* en Abril de 695.

"Ved qué encuentro he tenido. Era el dia de la fiesta de Céres: me retiraba tranquilamente de Antium por la vía Appia y habia llegado á las Tres Tabernas, cuando tropiezo con mi querido Curion.

—No sabeis nada? me preguntó.

—No, le contesté.

—Clodio solicita el tribunado.

—Qué decís?

—Es enemigo acérrimo de César, y dicen que quiere hacer anular todos sus actos....."

Hacia un año que César no era ya cónsul.

—"Y qué dice César?

—Pretende no haber tenido nada que ver en la adopcion de Clodio."

Despues Ciceron pasa á otro asunto.

Pero en Julio la cosa ha cambiado ya; su carta está fechada en Roma.

Se dirige al mismo Atico.

"Entretanto, este querido Clodio no cesa de amenazarme, declarándose abiertamente mi enemigo. Tengo la tempestad sobre mi cabeza; al primer trueno que oigais, venid."

Sin embargo, el gran orador no puede creer que haya peligro.

Pompeyo le da su palabra de honor de que Clodio no emprenderá nada contra él.

César, que se ha hecho nombrar gobernador de las Gálias por cinco años, le ofrece una tenencia en su ejército.

"César sigue instándome para que vaya de teniente con él, dice Ciceron; seria una salvaguardia mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

honrosa; pero no he aceptado.—¿Qué es lo que quieró? ¿Intentar la lucha? Sí: eso mas bien."

En efecto, tratará de luchar.

Pero en Agosto las cosas han adquirido toda su gravedad; el peligro empieza á mostrarse realmente.

"Mientras tanto, mi querido Atico, el hermano de nuestra diosa de ojos de buey, no anda parco en sus amenazas contra mí. Niega sus proyectos á Sampciseramus (era uno de los apodos que tenia puestos á Pompeyo), pero se vanagloría y jacta de ellos delante de todo el mundo. Me quereis sinceramente, no es verdad? Pues bien; si estais acostado echaos fuera de la cama; si estais levantado poneos en marcha; si estais ya andando redoblad el paso; si correis poneos alas en los piés. Es preciso que esteis en Roma para los comicios, ó si eso es imposible, lo mas tarde para cuando se proclame la votacion."

Ocho meses despues todo ha terminado, y Ciceron escribe al mismo Atico:

"Año de Roma 696, Vibona, país de Brutium, 3 de Abril.

"Plegue al Cielo, querido Atico, que pueda agradeceros algun dia el haberme obligado á vivir! Lo que es hasta hoy, solo he tenido motivo para arrepentirme de haberos dado oidos. Os conjuro que vengais corriendo á verme en Vibona, á donde me ha conducido un cambio de direccion indispensable.

Venid! concertemos juntos mi itinerario y mi retiro. Si no venís, me sorprenderé mucho; pero estoy seguro que vendreis."

¿Qué habia ocurrido? Vamos á decirlo.

Clodio habia sido nombrado tribuno hácia el fin del año 695 de Roma.—Pison y Gabinio eran cónsules. Empezó por aliárselos haciendo dar á Pison la Macedonia y á Gabinio la Siria.

Las únicas personas que podian ya entonces proteger á Ciceron, eran Craso, Pompeyo y César.

Por lo que hace á Craso, Clodio no tenia nada que temer; el vencedor de los samnitas odiaba á Ciceron, que se burlaba de él á cada paso, llamándolo *el Calvo* ó *el Millonario, Calvus* ó *Dives*. Pompeyo, enamorado cincuenton, estaba entregado enteramente á los encantos de su jóven esposa Julia, y como ya hemos dicho, se contentaba con responder á Ciceron, cuando este le manifestaba sus temores: "Descuidad, yo respondo de todo." Por lo que hace á César, aunque desde el negocio de Catilina no mediase una amistad muy viva entre él y el gran orador, apreciaba demasiado su talento para negarle su proteccion; ademas al protegerlo pagaba una deuda.

Como hemos visto, César habia ofrecido una tenencia en su ejército á Ciceron, y este habia estado á punto de aceptarla.

Viendo Clodio que se iba á escapar su enemigo, corrió á ver á Pompeyo.

—¿Por qué desea Ciceron salir de Roma? le preguntó. ¿Acaso cree que yo le quiero mal? Pues no hay nada de eso! A su mujer, Terencia, vaya! pero respecto á él, ¡por los dioses! no siento odio ni cólera.

Pompeyo repitió aquellas palabras á Ciceron y añadió su garantía personal.

Ciceron se creyó á salvo y dió gracias á César por su tenencia.

El futuro dictador se encogió de hombros.

En efecto, una mañana Clodio acusó á Ciceron.

El gran orador habia hecho condenar á muerte á Léntulo y Cetego sin juzgarlos.

Acusado por Clodio, no osó recurrir á César, que le habia avisado con tiempo, y corrió á casa de Pompeyo, que siempre le habia dicho que no tenia nada que temer.

Pompeyo pasaba dulcemente la luna de miel en su quinta del Monte Albano.

Cuando le anunciaron á Ciceron, conoció que su entrevista debia ser embarazosa y se fué por una puerta falsa. A Ciceron le enseñaron toda la casa para probarle que Pompeyo no se hallaba en ella.

Comprendió que estaba perdido. Volvió á Roma, se puso su trage de luto, se dejó crecer el pelo y la barba y recorrió la ciudad suplicando al pueblo.

Por su parte, Clodio, rodeado de sus partidarios, salia todos los dias al encuentro de Ciceron y se burlaba de su cambio de trage; los amigos del tribuno solian mezclar lodo y piedras á sus amenazas.

Sin embargo, los caballeros permanecian fieles á su antiguo gefe; la órden entera se habia vestido de luto al par de él; mas de quince mil jóvenes lo seguian, con los cabellos en desórden, rogando al pueblo.

El Senado hizo mas; decretó luto público, y mandó que todos los ciudadanos romanos llevasen túnica negra.

Pero Clodio rodeó el Senado con sus hombres.

Los Senadores entonces se lanzaron al vestíbulo, desgarrando sus togas y dando gritos; pero ni sus gritos ni sus togas desgarradas conmovieron al pueblo.

Era, pues, preciso sostener una lucha, dar un verdadero combate.

—Quédate, le dijo Lúculo, y respondo del triunfo.

—Párte, le dijo Caton, y el pueblo, harto del furor y de las violencias de Clodio, te echará de menos en breve.

Ciceron prefirió el consejo de Caton al de Lúculo. Tenia valor civil, pero le faltaba completamente valor personal.

En medio de un tumulto espantoso, cogió una estátua de Minerva que guardaba en su casa con par-

ticular veneracion, y la llevó al Capitolio, donde la consagró con la inscripcion siguiente:

A MINERVA, CONSERVADORA DE ROMA.

Despues, sirviéndole sus amigos de escolta, salió de la ciudad á eso de media noche y atravesó á pié la Lucania.

Puede seguirse su itinerario por sus cartas: el 3 de Abril escribe á Atico desde el país de Brutium; el 8 al mismo desde las costas de la Lucania; hácia el 12 al mismo dirigiéndose á Bríndis; el 18 al mismo desde el país de Tarento; el 30 á su mujer, á su jijo y á su hija desde Bríndis; y en fin, el 29 de Mayo á Atico desde Tesalónica.

Apenas se supo su fuga, obtuvo Clodio un decreto de destierro contra él, publicando al mismo tiempo un edicto que prohibia á todo ciudadano darle agua y fuego ó recibirlo bajo su techo á quinientas millas de la frontera de Italia.

Apenas habian trascurrido doce años desde que habia exclamado orgullosamente:—*Las armas ceden ante la toga, y los laureles de los combates ante los trofeos de la palabra.*

Sin embargo, vencedor de Catilina, no maldigas á los dioses por tu destierro; no será esa tu mayor desgracia; tu peor enemigo no será Clodio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

CESAR

TOMO II

Edicion del Monitor.

MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero

CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ticular veneracion, y la llevó al Capitolio, donde la consagró con la inscripcion siguiente:

A MINERVA, CONSERVADORA DE ROMA.

Despues, sirviéndole sus amigos de escolta, salió de la ciudad á eso de media noche y atravesó á pié la Lucania.

Puede seguirse su itinerario por sus cartas: el 3 de Abril escribe á Atico desde el país de Brutium; el 8 al mismo desde las costas de la Lucania; hácia el 12 al mismo dirigiéndose á Bríndis; el 18 al mismo desde el país de Tarento; el 30 á su mujer, á su jijo y á su hija desde Bríndis; y en fin, el 29 de Mayo á Atico desde Tesalónica.

Apenas se supo su fuga, obtuvo Clodio un decreto de destierro contra él, publicando al mismo tiempo un edicto que prohibia á todo ciudadano darle agua y fuego ó recibirlo bajo su techo á quinientas millas de la frontera de Italia.

Apenas habian trascurrido doce años desde que habia exclamado orgullosamente:—*Las armas ceden ante la toga, y los laureles de los combates ante los trofeos de la palabra.*

Sin embargo, vencedor de Catilina, no maldigas á los dioses por tu destierro; no será esa tu mayor desgracia; tu peor enemigo no será Clodio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

CESAR

TOMO II

Edicion del Monitor.

MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero

CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

César habia permanecido tranquilo durante aquella contienda sin tomar partido ostensible por Clodio ni por Ciceron, dejando que los acontecimientos siguieran su curso.

Echando los ojos sobre Roma hé aquí lo que veia: una ciudad entregada á la mas completa anarquía y un pueblo que no sabia en quien fijarse.

Pompeyo era una gran gloria, pero mas aristocrático que popular; Caton una gran reputacion, pero mas admirado que querido; Craso una gran fortuna, pero mas envidiado que honrado; Clodio una gran audacia, pero mas brillante que sólido; Ciceron, Bibulo y Lúculo estaban gastados; Cátulo habia muerto.

Verdad es que era el hombre mas libertino de Roma, y aun eso despues de Clodio. Ahora bien, no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia dicho que preferia ser el primero en una pequeña aldea al segundo en la capital del mundo?

Sus últimas combinaciones políticas no habian sido felices, y en sus resultados se habia mostrado inferior á Clodio.

El dia que Pompeyo, en la embriaguez de su primer noche de bodas, le habia hecho dar el gobierno de la Galia Trasalpina y de la Iliria, con cuatro legiones, hasta el mismo pueblo habia hecho gran oposicion á aquel decreto.

Al frente de los opositores se habia puesto Caton.

César habia querido intimidar la resistencia atacando á su gefe y habia hecho arrestar y llevar preso á Caton. Pero aquella brutalidad habia producido tan poco efecto que tuvo que mandar á uno de sus tribunos, que sacase al cuestor de manos de sus lictores.

Otro dia el tribuno Curion, hijo del anciano del mismo nombre, le hace una oposicion bastante séria. En seguida se le suscita un delator, Vetio. Este acusa á Curion, á Pesello, á Cepion, á Bruto y á Léntulo, el hijo del flaminio, de haber querido asesinar á Pompeyo. Bibulo habia entregado al efecto á Vetio un puñal, como si esa arma fuese una cosa tan difícil de encontrar en Roma, que Bibulo hubiese tenido que proporcionársela.

Vetio fué silbado y preso. Al dia siguiente se le

halló estrangulado en la prision, tan á tiempo para César que, á la verdad, si no fuera una de las cosas que se le echaban en cara el ser demasiado humano, se hubiera podido creer que no habia sido estraño á aquel suicidio.

Bueno era, pues, de todos modos alejarse y retirarse á aquel magnífico proconsulado cuyas fronteras no estaban mas que á cincuenta leguas de Roma.

Ademas, no hay tiempo que perder; en el momento en que se dispone á partir, un tribuno está á punto de denunciarlo.

"Ah! dice Michelet, hubiera querido ver entonces aquel blanco y pálido rostro, ajado antes de tiempo por las orgías de Roma; aquel hombre delicado y epiléptico marchando bajo las lluvias de la Galia al frente de sus legiones, atravesando nuestros rios á nado, ó bien á caballo entre las literas en que iban sus secretarios, á los cuales dictaba cuatro y seis comunicaciones á la vez; removiendo á Roma desde el fondo de la Bélgica, esterminando á su paso dos millones de hombres y domando en diez años la Galia, el Rhin y el Océano del Norte."

Sí, hubiera sido una cosa curiosa, pues César no prometia nada de eso.

¿Quereis saber cómo antes de partir lo trata en sus versos Cátulo, el amante de la hermana de Clodio, la mujer de Metelo Celer, á la cual llamaba su

Lesbia, en recuerdo de los desórdenes de la lesbiana Safo? Pues leed sus composiciones tituladas: *In Cæsaren, In Cæsaris Cinœdos* é *In Mamurram et Cæsarem.* (1)

Por lo que hace á los cuerpos del Estado, la cosa era peor aún; desde la absolucion de Clodio el Senado estaba envilecido; desde la fuga de Ciceron los caballeros estaban deshonrados.

César comprendió que era ya tiempo de salir de Roma.

¿Qué rivales dejaba allí? Craso, Pompeyo y Clodio.

Caton era un nombre, un ruido, un rumor, pero no una rivalidad.

Craso solicitaba el mando de la guerra contra los Partos. Iba á obtenerlo y partiria, á la edad de sesenta años, á una espedicion lejana contra pueblos salvajes, feroces, indomables; habia muchas probabilidades de que no volviese.

Pompeyo tenia cuarenta y ocho años, una mujer jóven y un estómago delicado. Empezaba á enemistarse con Clodio, el cual lo insultaba públicamente.

El tribuno se habia apoderado de la hermosa casa de Ciceron, cuya compra le habia echado en cara en

(1) El traductor, que ya antes ha echado un velo sobre ciertos pasajes, ha creido deber suprimir aquí los versos citados por Alejandro Dumas, lo mismo que algunos párrafos salteados de los que les siguen.

el Senado y por la cual habia pagado el gran orador tres millones y medio de sestercios. A él no le costó nada; el trabajo únicamente de posesionarse de ella.

—Elevaré un hermoso pórtico en las Carenas, decia Clodio, para que haga juego con mi pórtico del monte Palatino.

Su pórtico del monte Palatino era la casa que habia sido de Ciceron, y el de las Carenas la que habitaba Pompeyo.

Clodio tenia treinta años, una reputacion execrable y un genio inferior al de Catilina. Debia ser anonadado por Pompeyo, ó anonadar á este por un golpe de suerte. Si sucedia lo primero, Pompeyo perdia con tal victoria la popularidad que le quedaba; si en vez de eso acontecia lo segundo, Clodio no era un enemigo que causase mucho temor á César.

Sin embargo, el futuro dictador comprendia que ya era tiempo de que acometiese alguna empresa grande que lo realzase á los ojos de todos. No podia desconocer que hasta entonces,—y que tenia mas de cuarenta años,—solo habia sido un demagogo asaz vulgar, inferior en audacia á Catilina y en gloria militar á Pompeyo y hasta á Lúculo.

Su gran superioridad habia sido saber tener, á la edad de treinta años, cincuenta millones de deudas;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero una vez pagadas estas, su superioridad habia desaparecido.

Preciso es confesar que merecia de tal modo cuanto se le decia, que ni siquiera pensaba en molestarse por ello.

Bibulo, durante todo su consulado, no lo habia designado en sus edictos sino con el nombre de *la Reina de Bitinia*.

Cayo Memmio le habia echado en cara haber servido á Nicomedes á la mesa y haberle presentado la copa confundido entre sus esclavos y eunucos.

Ciceron, en pleno Senado, un dia que César defendia la causa de Nisa, hija de Nicomedes, y recordaba las obligaciones que debia á aquel príncipe, le habia dicho:

—Deja á un lado tus obligaciones; harto sabemos lo que Nicomedes te debió y lo que tú le debiste.

La lista de sus queridas era inmensa. En el momento de partir para la Galia le atribuian Postumia, mujer de Servio Sulpicio, Lolia, mujer de Aulo Gabino, Tertulia, mujer de Craso, y Servilia, hermana de Caton.

Se recordará que habia regalado á esta última, una perla valuada en mas de doscientos mil pesos. Como se le contase el caso á Ciceron:

—Bah! dijo, el regalo fué hecho á medias á Servilia y á su hija Tercia.

Mas tarde lo veremos amante de Eunoe, hermosa reina morisca, y de Cleopatra, encantadora ninfa griega trasplantada al suelo de Egipto.

En fin, Curion el padre resumia todo lo que de César se decia sobre el particular, en las siguientes palabras:

—Obsequia á todas las mujeres y es obsequiado de todos los maridos.

"Helvio Cinna, tribuno del pueblo, dice Suetonio, confesó varias veces haber tenido preparada una ley, que debia publicar en ausencia de César y por su órden, y la cual le permitia tomar cuantas esposas quisiera, á fin de tener herederos."

Eso sin duda ha contribuido á que Mr. de Champagny se haya atrevido á decir, en su hermoso trabajo sobre el mundo romano, que Julio César era mucho mas completo que Jesucristo, pues este no tenia mas que todas las virtudes, mientras que aquel tenia ademas todos los vicios.

Ahora, dejémosle partir para las Galias; dejémosle plegar sus inmensas tiendas de campaña, del tamaño de palacios, y cargar sus literas, que son verdaderas habitaciones; dejémosle llevar sus tapices de púrpura y sus cielos rasos de marquetería. Descuidad; en caso de necesidad marchará á pié al frente de sus legiones, presentando su cabeza desnuda al

sol y á la lluvia. Hará treinta leguas diarias á caballo ó en carreta. Si se le ofrece al paso un rio, lo atravesará á nado ó sobre odres. Si las nieves lo detienen, las empujará con su escudo mientras sus soldados se abrirán paso con picos y azadones, y hasta con sus propias espadas. Jamas empeñará su ejército en un camino que él mismo no haya explorado. Cuando haga pasar sus legiones á Inglaterra, porque ha oido decir que en sus costas se pescan perlas mas hermosas que en los mares de la India, ya él mismo habrá verificado aquel trayecto y visitado personalmente los puertos que pueden dar seguro abrigo á la flota. Un dia sabrá que su ejército, del cual se ha separado para seguir una aventura amorosa, se halla sitiado en su campamento; entonces se disfrazará con trage galo y atravesará por medio de los enemigos. Otra vez, como no lleguen los auxilios que espera, se meterá solo en un bote é irá á buscarlos él mismo. Ningun presagio detendrá su marcha; ningun augurio cambiará sus designios.

La víctima se escapará de manos de los sacrificadores, pero no por eso dejará de marchar contra Escipion y Yuba. Caerá al saltar del buque sobre la costa africana y exclamará: "Ya te tengo, Africa." Jamas tendrá un proyecto determinado; el acaso le dirá lo que debe hacer. Su genio improvisará el plan que debe seguir. Combatirá sin una idea fija. Atacará despues de una marcha; no reparará si el tiempo está bueno ó malo; cuidará únicamente de que la nieve ó la lluvia dé en la cara al enemigo. Jamas derrotará á este sin que se apodere de su campamento. Una vez que le haya hecho volver la espalda, no le dará nunca tiempo para reponerse de su terror. En los momentos críticos abandonará todos los caballos, hasta el suyo propio, á fin de poner á sus soldados en la necesidad de vencer, quitándoles la esperanza de la fuga. Cuando sus tropas cedan, él solo volverá á ordenarlas, deteniendo á los fugitivos con sus propias manos, y obligándolos, por mas aterrados que estén, á volver la cara al enemigo. Un porta-estandarte, á quien detendrá de ese modo, le presentará la punta de su javalina, la cual rechazará con el pecho. Otro le abandonará el estandarte y con él en la mano marchará sobre el enemigo. Despues de la batalla de Farsalia, habiendo hecho tomar la delantera á sus tropas, atravesará el Helesponto en un pequeño buque de trasporte; encontrará á Lucio Casio con diez galeras y hará prisioneras á las diez galeras y á Lucio Casio. En fin, en el ataque de un puente en Alejandría, se verá obligado á arrojarse al mar, y nadará un espacio de doscientos pasos, esto es, hasta el buque mas próximo, llevando levantada la mano izquierda para no mojar los papeles que tiene en ella, sujetando al propio tiem-

pocon los dientes su cota de malla, á fin de no dejar aquel trofeo al enemigo.

Héle, pues, en marcha para perderse en ese bárbaro y belicoso caos que se llama la Galia y que tan en consonancia está con su genio.

Veamos lo que harán durante su ausencia Ciceron, desterrado, Pompeyo, despopularizado, y Clodio, rey momentáneo del populacho.

II

Ya hemos dicho cómo habia partido Ciceron.

Muchos presagios,—sin duda se recordará la influencia que estos tenian sobre los romanos, los cuales en todas las cosas veian alguno,—habian indicado que el destierro no seria largo.

Cuando se embarcó en Brindis para Dirrachium, el viento, que al principio habia sido favorable, cambió, y lo tornó al dia siguiente al punto de donde habia partido.—Primer presagio.

Volvió á hacerse á la mar, y entonces el viento lo llevó al punto de su destino; pero en el momento que ponia el pié en la orilla, el suelo tembló y la mar se retiró ante él.—Segundo presagio.

Sin embargo, cayó en un profundo abatimiento. El, que decia sin cesar, cuando lo llamaban orador:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pocon los dientes su cota de malla, á fin de no dejar aquel trofeo al enemigo.

Héle, pues, en marcha para perderse en ese bárbaro y belicoso caos que se llama la Galia y que tan en consonancia está con su genio.

Veamos lo que harán durante su ausencia Ciceron, desterrado, Pompeyo, despopularizado, y Clodio, rey momentáneo del populacho.

II

Ya hemos dicho cómo habia partido Ciceron.

Muchos presagios,—sin duda se recordará la influencia que estos tenian sobre los romanos, los cuales en todas las cosas veian alguno,—habian indicado que el destierro no seria largo.

Cuando se embarcó en Brindis para Dirrachium, el viento, que al principio habia sido favorable, cambió, y lo tornó al dia siguiente al punto de donde habia partido.—Primer presagio.

Volvió á hacerse á la mar, y entonces el viento lo llevó al punto de su destino; pero en el momento que ponia el pié en la orilla, el suelo tembló y la mar se retiró ante él.—Segundo presagio.

Sin embargo, cayó en un profundo abatimiento. El, que decia sin cesar, cuando lo llamaban orador:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Llamadme filósofo," se volvió melancólico como un poeta, como Ovidio desterrado entre los tracios.

"Pasaba la mayor parte del tiempo, dice Plutarco, muy afligido, casi desesperado, mirando hácia Italia, como haria un amante desgraciado."

La melancolía, esa musa enteramente moderna, sospechada por Virgilio, es una cosa tan rara entre los antiguos, que casi estábamos por traducir una carta de Ciceron á su hermano Quinto, la cual muestra al gran orador bajo un punto de vista completamente desconocido.

Esa carta podria llevar muy bien la firma de Andrés Chenier ó de Lamartine, y está fechada en Tesalónica el 13 de Junio del año 696 de Roma.

Héla aquí:

"Hermano mio: ¿Cómo es eso? porque te envío esclavos sin carta mia me crees enojado contigo! Dices que no te puedo ver. ¡Es posible que me creas enfadado contigo, hermano mio, ¿lo crees así? ¿quién sabe? Tal vez eres tú quien ha dado motivo para que me enoje contigo! Tus enemigos han de ser quienes han tratado de quebrantar nuestras relaciones! Puede que sean tus celos los que han causado mi destierro! No soy yo causa de tu ruina; hé aquí la causa de mi tan decantado consulado! Me ha quitado á mis hijos, á mi patria; se ha llevado mi fortuna y me ha alejado de tí; si tan solo hubiera sido yo la

víctima, no me quejaria. Todo cuanto tengo de bueno y de noble, te lo debo á tí. ¿En cambio que te he dado á tí? El duelo de mis pesares, angustias, tristeza y la soledad. Ya no quiero verte! Soy yo quien no quiero que me veas, porque si me vuelves á ver, no será ya al que has dejado, el que has conocido, el que lloraba al despedirse de tí cuando tú tambien llorabas; de aquel hermano, querido Quinto, ya no me queda nada sino su sombra, la imágen de un muerto que respira. ¿Por qué no me habré muerto? Por qué no te habré dejado despues de haber perdido vida y gloria? ¡Válganme los dioses! Tenia ya un pié en la tumba cuando sentí una voz que me llamaba. Se me decia que una parte de tu vida descansaba en la mia. ¡Quise vivir!

"Hé aquí por dónde hé pecado, hé aquí cuál es mi crímen. Si me hubiera dado muerte como tenia intencion, te dejaba una memoria fácil de defender. Ahora hé cometido esa falta de que viviendo, te hago falta, y viviendo yo tienes que valerte de otros; mi voz que tantas veces ha defendido á estraños, te falta á tí, amagado de algun peligro. Si han ido á verte mis esclavos sin llevarte cartas, no me digas que es la cólera que ha motivado tal omision; dí mas bien que es el abatimiento, aquella suprema debilidad motivada por las lágrimas y el dolor. Esta misma carta que estoy escribiendo, la estoy empapando

con mi llanto; y así que la recibas tú, tus lágrimas la mojarán tambien leyéndola. ¿Me es posible acaso pensar en tí sin que las lágrimas humedezcan mis párpados? ¿Y cuando echo menos á mi hermano, es acaso á mi hermano á quien tan solo echo menos? No. Echo menos la ternura de un amigo; la ternura de un hijo y la tierna solicitud de un padre. Qué dicha hemos probado en este mundo yo sin tí y tú sin mí. ¡Ah! al mismo tiempo de que te estoy llorando, no lloro tambien por mi hija Tulia? ¡Qué candor! ¡qué talento! ¡qué piedad! Mi hija, mi retrato, mi voz, mi alma toda; y mi hijo, mi hijo tan bello, tan apuesto, tan amable; mi hijo á quien he tenido la barbarie de arrancar á mi cariño. ¡Pobre niño! con mas penetracion de la que hubiera querido que tuviera, y que comprendia toda la estension de mi desgracia.

"Y tu hijo, tu imágen á quien un Ciceron ama como á un hermano y respeta como hermano mayor. No me he separado de la mas desdichada de las mujeres, de la mas fiel de las esposas? á quien no he podido llevar conmigo, para que quedara álguien que velara por el resto de mi fortuna, y pudiera protejer á mis pobrecitos niños. Y con todo, siempre que hé podido te hé escrito. Hé dado cartas para tí á Filogono tu liberto, y supongo que á estas horas las hayas recibido. En aquellas cartas te rogaba y suplicaba hicieras lo que te habia encargado de palabra por mis esclavos, es decir, que te vinieras á Roma lo mas pronto posible. Cuando llegue este caso, deseo una salvaguardia, en el caso de que nos queden enemigos cuya crueldad hubiéramos tenido la desgracia de no poder aplacar. Si ahora tienes un valor que yo no tengo, máxime cuando me has tenido por tan fuerte, asegúrate para la lucha que vamos á emprender. Si me es dable todavía esperar algo, espero que tu hombría de bien, el amor que te profesan tus conciudadanos, y tal vez la compasion que inspira mi desgracia, te protegerán.

"Si exagero el peligro que corres obra en obsequio mio conforme juzgues que debas obrar. Muchas personas me han escrito sobre el particular, y muchas me dicen que espere los acontecimientos; pero ¿qué hé de esperar cuando veo á mis enemigos tan poderosos y que de mis amigos unos me han abandonado y otros me han vendido? ¿No temen todos mi regreso como una expiacion de su negra ingratitud? Pero cualesquiera que sean, hermano mio, tantéalos y escríbeme francamente. En cuanto á mí, mientras necesites de mi existencia, y que me creas capaz de ir á conjurar un peligro que te amague, viviré. Pero fuera de esto, no puedo vivir; no hay en verdad, fuerza, prudencia ni paciencia que puedan aguantar tan acerbos dolores.

"Sé que para morirme hubo un tiempo mas favorable y mas útil; pero entre otros yerros que durante mi vida he cometido, lo he dejado pasar. No hablemos, pues, de lo pasado, esto seria abrir mis heridas y poner en evidencia mi tontería. La culpa en que no debo recaer y en que, te lo juro, no volverá á recaer, será la de soportar las miserias y la vergüenzas de esta vida mas allá del tiempo absolutamente útil para vuestra dicha y vuestros intereses. Así hermano mio, aquel que hace aún algun tiempo podia llamarse el hombre mas dichoso del mundo, por tu causa, por la de mis hijos, por mi mujer y por el orígen de mi fortuna; aquel que hace ya tiempo se consideraba como el igual de cuantos hombres escelsos hay en el mundo y llenos de honores y favorecidos por la estimacion y el crédito; aquel ha caido en tal miseria, en tal ruina, que debe tomar un partido estremo, y no llorar vergonzosamente sobre la suerte que se le ha deparado á él y á sus deudos. Ahora me estás hablando de un cambio. ¿No vivo yo á tu costa? Ah! En esto me reconozco por muy culpable. ¿Qué cosa mas terrible podia preveer que considerarte obligado á pagar á los á quienes debes, con tus entrañas y las de tu hijo. Y yo he recibido y derrochado en vano el dinero que el tesoro de la República me ha entregado para tí.

"Y sin embargo, Marco Antonio y Cepion han recibido las cantidades que me has escrito se les diera. En cuanto á mí, lo que ahora tengo basta para los proyectos que estoy formando: ora estemos vencedores ora perdamos la esperanza, y no necesito de mas. Si nos sobreviniese algun grave entorpecimiento, soy de opinion que te dirijas á Craso ó á Calidio. Hay tambien otra persona de quien podrias valerte, Hortensio, pero no sé si puedes fiarte de él. Al mismo tiempo que aparentaba la mayor ternura para conmigo, manifestándoseme muy consecuente, ha intentado sin cesar, con Arrio, las cosas mas odiosas y mas perversas. Por causa de sus consejos fementidos y contando con sus halagüeñas promesas, he caido en el abismo.

"Sin embargo, guarda el secreto mas escrupuloso para que no nos opongan obstáculos. Ademas, por medio de Pomponio haré lo posible para que Hortensio te sea favorable. Hagamos lo posible para que algun testigo falso no nos haga aplicable aquel verso que se hizo circular contra tí á propósito de la ley Aurelia, cuando solicitabas la dignidad de edil. Nada temo tanto en este mundo que el ver á los hombres comprender la compasion que puedes inspirar para conmigo si es que te tienen consideracion, pues de lo contrario, los odios que me he acarreado se desencadenarán contra tí. Creo que Mesalo es tu amigo sincero. Supongo que Pompeyo, si no lo es, querrá

aparentar serlo. Pero, quieran los dioses que no tengas necesidad de acudir á ellos. Todo lo que arriesgo, es suplicarles que se contenten con las desgracias que nos abruman; ninguna de estas desgracias dimana de orígen que pueda avergonzarnos. Aun mas, y lo siento entrañablemente, porque tal pensamiento me conduce á la duda, son mis acciones las mas generosas las causas de las persecuciones que sufro. No te recomiendo á mi hija, es tu hija; ni á nuestro Ciceron. ¿Hay acaso en el mundo alguna cosa que me haya causado algun dolor sin que tú participes del mismo dolor? Mientras tú vivas, hermano mio, mis hijos nunca serán huérfanos. En cuanto á lo demas, es decir, á la probabilidad de mi salvacion, á la esperanza de venir á cerrar los ojos á mi patria, no puedo escribirte nada, porque las lágrimas borran cuanto escribo sobre el particular. Cuida á mi Terencia, te lo ruego; y cuéntame cuanto por allí pasa. En fin, hermano mio, mantente tan fuerte y tan firme como la naturaleza humana permite en situacion tan aciaga y azarosa."

Las noticias que en esta carta pedia Ciceron á su hermano no eran muy á propósito para tranquilizarlo. Apenas supo su fuga, Clodio, ademas de publicar su destierro, como hemos dicho arriba, habia hecho quemar todas sus casas de campo, y despues de habitar un momento su casa del monte Palatino, aquella famosa de tres millones y medio de sestercios, la habia derribado y mandado construir en su sitio un templo á la libertad.

No satisfecho con eso, habia puesto en venta los bienes del desterrado, sacándolos todos los dias á pública subasta.

Sin embargo, por mas baja que fuere la tasacion, debemos decir en obsequio de los romanos, que nunca osó ninguno ofrecer el precio de ella.

Eso por lo que respecta á Ciceron.

Veamos lo que hacian los demas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

En medio de todo aquel desórden ocurria en Roma una cosa estraña y que parecia un espectáculo ofrecido al pueblo para hacerle creer en los hermosos tiempos de la República.

Aquel espectáculo era Caton quien lo ofrecia.

Caton era una especie de bufon sério, al cual era permitido hacer y decir cuanto queria. Divertia al pueblo mas bien que era amado de él, y el pueblo acudia á verlo pasar por las calles sin túnica y descalzo. Ademas, Caton profetizaba; pero con sus predicciones sucedia lo que con las de Casandra, que nadie las escuchaba.

Cuando Pompeyo había contribuido á hacer dar á César el proconsulado de las Galias, Caton lo habia apostrofado en medio de la calle.

—Ah! le dijo, sin duda estás cansado de tu grandeza, Pompeyo, puesto que así te pones bajo el yugo de César..... No notas ahora el fardo, lo sé; pero en cuanto empieces á sentirlo, cuando veas que no puedes soportarlo, lo dejarás caer sobre Roma. Entonces recordarás los avisos de Caton y conocerás que eran honrados, justos, y que te tenian cuenta.

Pompeyo se habia encogido de hombros prosiguiendo su camino. Hallándose encima del rayo, ¿cómo podia ser herido por él?

Una vez nombrado tribuno, Clodio habia comprendido que jamas seria dueño de Roma mientras Caton permaneciese allí. Así, pues, lo mandó llamar.

Caton obedeció, siendo así que habia de negarse á ir á ver á un rey. Para Caton la ley era todo; el tribuno lo llamaba y, fuera Clodio ó cualquier otro, obedecia la órden.

—Caton, le dijo Clodio, te tengo por el hombre mas puro y mas honrado de Roma.

—Bueno, contestó Caton.

—Sí, replicó Clodio, y quiero darte una prueba de ello. Muchos me piden con instancias que los envíe á mandar en Chipre; yo te creo á tí el único digno de ese gobierno y te lo ofrezco.

—¿Dices que me ofreces el gobierno de Chipre?

—Sí.

—¿A mí, á Caton?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—A tí, á Caton.

—Me niego á aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque es un lazo; quieres alejarme de Roma.

—¿Y qué?

—Que yo quiero permanecer aquí.

—Bueno, contestó Clodio; pero te advierto que si no vas de buen grado iras á la fuerza.

Y dirigiéndose en seguida á la asamblea del pueblo, hizo espedir la ley que nombraba á Caton gobernador de Chipre.

No habia ya modo de rehusar, y Caton aceptó.

Tenia eso lugar en medio de los disturbios que habian ocurrido á causa de Ciceron; fué á ver á este, que estaba todavía en Roma, le rogó que no escitase al pueblo á la sedicion y en seguida partió; pero Clodio no le dió buques ni tropas, ni oficiales públicos; únicamente dos alguaciles, uno de los cuales era un ladron conocido de todo el mundo y el otro un protegido suyo.

Caton tenia órden de espulsar de Chipre al rey Ptolomeo, al cual no se debe confundir con su homónimo Ptolomeo Auletes, el tocador de flauta, que á su vez era rey de Egipto; ademas debia llamar á Bizancio á todos los que de allí habian sido desterrados. El objeto de esas diferentes comisiones era

tener á Caton alejado de Roma durante todo el tiempo del tribunado de Clodio.

Provisto de tan débiles medios, Caton comprendió que debia obrar con prudencia.

Se detuvo en Rodas y envió por delante á uno de sus amigos llamado Canidio, á fin de hacer que Ptolomeo se retirase sin combatir.

Entonces tuvo con el rey de Chipre la misma suerte que habia tenido Pompeyo con Mitrídates; la respuesta de Canidio fué que Ptolomeo acababa de envenenarse dejando tesoros considerables.

Ya hemos dicho que Caton debia ir á Bizancio; ¿qué seria de aquellos tesoros en otras manos que las suyas?

Echó una mirada alrededor, y sus ojos se fijaron en su sobrino Marco Bruto.

Es la primera vez que nombramos á ese jóven, hijo de Servilia y que pasaba por sobrino de César.

El papel que va á desempeñar nos obliga á detenernos en el mismo momento en que la historia pronuncia su nombre.

Bruto tenia en aquella época sobre veintidos años; pretendia descender del famoso Junio Bruto á quien los romanos habian erigido en el Capitolio una estátua de bronce, que tenia una espada desnuda en la mano, para indicar que habia destruido para siempre

el poder de los Tarquinos. Sin embargo, ese orígen le era muy contestado por los d'Hozier de entonces.

¿Cómo podia, en efecto, descender de Junio Bruto, si este habia hecho cortar la cabeza á sus dos hijos?

Es verdad que Posidonio el filósofo dice que, ademas de esos dos tenia otro, demasiado jóven para haber tomado parte en la conjuracion, y que ese, que sobrevivió á sus hermanos y á su padre, fué el antepasado del Bruto moderno.

Los que negaban esa filiacion, decian, por el contrario, que Bruto era de raza plebeya, hijo de otro Bruto, simple mayordomo de casa particular y cuya familia no habia llegado á los honores de la República sino desde hacia muy poco tiempo.

Por su parte Servilia, madre de Bruto, hacia remontar su orígen á aquel Servilio Ahala, que viendo á Spurio Melio aspirar á la tiranía y fomentar disturbios entre los ciudadanos, cogió un puñal y se fué con él al Forum.. Una vez allí, habiéndose asegurado de que era verdad lo que se decia, se acercó á Spurio con pretesto de comunicarle un negocio importante, y en el momento de inclinarse aquel para oirle, le dió un golpe tan seguro que lo dejó en el sitio.

Eso habia ocurrido trescientos oc enta años antes, sobre poco mas ó menos, esto es, el de 438 de Jesucristo.

Esa parte de la genealogía de Bruto era generalmente admitida.

El jóven era de carácter dulce y grave. Habia estudiado filosofía en Grecia, leyendo y comparando todos los filósofos y fijándose como modelo en Platon. Profesaba gran estimacion á Antioco el Ascalonita, gefe de la antigua Academia, y Ariston, su hermano, era su amigo y su comensal.

Bruto hablaba la lengua griega al igual de la latina, como hacian todos los jóvenes distinguidos de su época; tenia, ademas, cierta elocuencia y habia abogado con éxito.

Cuando á Caton se le ocurrió servirse de él para librar del pillage los tesoros de Ptolomeo, se hallaba en Panfilia convaleciendo de una grave enfermedad.

Al pronto le repugnó la mision; segun él, su tio hacia un insulto á Canidio dándole por inspector un jóven de veintidos años. Sin embargo, como veneraba en alto grado á Caton, obedeció.

El mismo hizo el inventario de todos los objetos, y Caton llegó cuando fué preciso proceder á la venta.

La vajilla de oro y plata, los cuadros, las piedras preciosas, las telas de púrpura, todo fué tasado por el mismo Caton. Mas aún: queriendo que todos los objetos se vendiesen por su valor real, los pujó personalmente, á fin de hacerlos llegar á la cantidad en que se habian estimado.

El producto de la venta y las cantidades recogidas en el tesoro ascendieron á cerca de siete mil talentos, ó sean ocho millones de pesos de nuestra moneda.

Caton habia tomado toda clase de precauciones á fin de que aquellas sumas llegasen á Roma sin accidente alguno; temiendo un naufragio habia hecho hacer cajas, cada una de las cuales contenia dos talentos y quinientas dracmas, ó sean unos mil cincuenta pesos, despues habia hecho fijar en cada caja una larga cuerda en cuyo estremo se habian colocado pedazos de corcho, á fin de que en caso de cualquier emergencia flotasen estos é indicasen el punto en que estaban las cajas. Ademas, hizo tomar nota en dos registros diferentes, de todo lo que habia recibido y gastado durante su gobierno; uno de ellos le entregó á Philargiro su liberto, y el otro lo guardó él mismo.

Pero á pesar de aquellas precauciones, quiso la casualidad que ambos registros desapareciesen á la vez. Philargiro se embarcó en Cenchrea, naufragó y perdió el suyo con todos los objetos confiados á su cuidado. Caton, por su parte, conservó el otro intacto hasta Corcira; pero habiendo hecho colocar allí sus tiendas en la plaza pública, los marineros encendieron un gran fuego, este se comunicó á las tiendas y el registro pereció en el incendio.

Uno de sus amigos mostró afligirse por aquel accidente.

—Yo no redacté esas cuentas para probar mi fidelidad, contestó Caton, sino para dar ejemplo á los otros de una severa exactitud.

Cuando se supo en Roma su llegada, todo el pueblo le salió al encuentro á lo largo del rio.

Al ver aquella flota,—pues Caton, que habia partido con un solo buque, volvia con una flota verdadera,—al verla, decimos, y al pueblo siguiéndola, se hubiera creido que tenia lugar un triunfo.

Quizá hubiera sido un acto de modestia de parte de Caton el detenerse en el punto en que encontró á los cónsules y á los pretores; pero no creyó deber hacer eso. Continuó remontando el Tiber á bordo de la galera real de Ptolomeo, que tenia seis órdenes de remos, y no se detuvo sino cuando hubo asegurado la flota en el arsenal.

Por mas partidarios que seamos de Caton, no podemos menos de manifestar á nuestros lectores que aquella inesperada prueba de orgullo, dada por el ilustre estóico, causó al pronto muy mal efecto en sus conciudadanos.

Pero cuando vieron pasar á través del Forum las inmensas cantidades de oro y plata que habia traido consigo, contra todos los hábitos proconsulares, la

admiracion que causó su desinterés disipó las prevenciones que habia inspirado su orgullo.

Ademas, no le escasearon los honores.

El Senado se reunió y le concedió la pretura estraordinaria, con privilegio de asistir á los juegos vistiendo una túnica bordada de púrpura.

Pero Caton, que sin duda estaba ya arrepentido de lo que acababa de hacer, rehusó aquellos honores y pidió únicamente la libertad de Niciar, intendente del difunto rey Ptolomeo, elogiando su celo y fidelidad. Escusado es decir que el Senado se lo concedió.

Hé ahí lo que hacia Caton mientras César empezaba su campaña de las Galias y Ciceron lloraba su destierro en Tesalónica.

Véamos ahora qué hacian Craso y Pompeyo, ó, mas bien, lo que hacia Clodio.

IV

Craso permanecia lo mas tranquilamente posible, escudado como estaba por César y por Pompeyo; ademas no deseaba mas que una cosa, el proconsulado de Siria. Su sueño era hacer la guerra á los Partos, en cuyo país veía una fuente inagotable de depredaciones.

Pompeyo, enamorado fuera de la edad propia de esa pasion, pasaba todo el tiempo al lado de su jóven esposa sin cuidarse de lo que ocurria.

Clodio, pues, echando los ojos á su alrededor, se veía el único dueño de Roma; Ciceron estaba en Tesalónica y Caton en Chipre.

Sin embargo, hallándose allí Pompeyo, no sabia aún hasta dónde podia llegar su poder y resolvió asegurarse de ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

admiracion que causó su desinterés disipó las prevenciones que habia inspirado su orgullo.

Ademas, no le escasearon los honores.

El Senado se reunió y le concedió la pretura estraordinaria, con privilegio de asistir á los juegos vistiendo una túnica bordada de púrpura.

Pero Caton, que sin duda estaba ya arrepentido de lo que acababa de hacer, rehusó aquellos honores y pidió únicamente la libertad de Niciar, intendente del difunto rey Ptolomeo, elogiando su celo y fidelidad. Escusado es decir que el Senado se lo concedió.

Hé ahí lo que hacia Caton mientras César empezaba su campaña de las Galias y Ciceron lloraba su destierro en Tesalónica.

Véamos ahora qué hacian Craso y Pompeyo, ó, mas bien, lo que hacia Clodio.

IV

Craso permanecia lo mas tranquilamente posible, escudado como estaba por César y por Pompeyo; ademas no deseaba mas que una cosa, el proconsulado de Siria. Su sueño era hacer la guerra á los Partos, en cuyo país veía una fuente inagotable de depredaciones.

Pompeyo, enamorado fuera de la edad propia de esa pasion, pasaba todo el tiempo al lado de su jóven esposa sin cuidarse de lo que ocurria.

Clodio, pues, echando los ojos á su alrededor, se veía el único dueño de Roma; Ciceron estaba en Tesalónica y Caton en Chipre.

Sin embargo, hallándose allí Pompeyo, no sabia aún hasta dónde podia llegar su poder y resolvió asegurarse de ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se recordará que Pompeyo, habiendo hecho un concierto con Tigranes el padre, habia reservado el hijo para su triunfo. El jóven, pues, estaba en una prision.

Clodio lo sacó de ella á la fuerza y se lo llevó á su casa.

Pompeyo no dijo una palabra.

Clodio suscitó cuestiones en los tribunales á varios amigos de Pompeyo, y los hizo condenar á penas mas ó menos graves.

Pompeyo permaneció callado.

En fin, un dia que Pompeyo, franqueando el círculo mágico en que lo tenia encerrado el amor, abandonó su quinta del monte Albano y fué á ver uno de aquellos procesos, Clodio, rodeado de un monton de amigos,—ya se sabe de qué clase eran los suyos,—se subió sobre un guarda-canton, desde donde podia ser visto y oido de todos, y se puso á gritar.

—¿Quién es el *imperator* intemperante?

—Pompeyo, contestaron en coro sus amigos.

—¿Quién es el que, desde que se ha casado, se rasca la cabeza con un solo dedo á fin de no descomponerse el peinado?

—Pompeyo.

—¿Quién quiere ir á Alejandría á restablecer en el trono un rey de Egipto, mision que será bien pagada?

—Pompeyo.

Y á cada nueva pregunta que hacia Clodio, el coro de amigos repetia la misma respuesta.

Digamos dos palabras sobre la acusacion de: "¿Quién quiere ir á Alejandría, á restablecer en el trono un rey de Egipto, mision que será bien pagada?" Ya se sabe que tratamos de no dejar nada oscuro detras de nosotros.

Ptolomeo Auletes, hijo natural de Ptolomeo Soter II, y llamado *Auletes* á causa de su aficion á la flauta, habia tenido varios disgustos con sus súbditos.

En aquella época, Roma era el tribunal del mundo; pueblos y reyes iban á pedirle justicia. Ptolomeo salió de Alejandría con intencion de apelar al pueblo romano.—Apelar á ese pueblo era hacerlo al hombre poderoso que, de momento, mandase en Roma.

Ptolomeo partió, pues, y abordó á Chipre durante la corta estancia que hizo allí Caton.

Supo que este estaba allí y le mandó á decir por medio de uno de sus oficiales, que deseaba verlo,—téngase presente que Caton habia ido á Chipre á deponer al hermano de Ptolomeo Auletes.

El estóico se hallaba en su alcoba, exactamente en la misma postura que estaba Mr. de Vendome cuando le anunciaron á Alberoni.

—Entrad, dijo Caton.

Y se hizo esplicar por el oficial el deseo de su señor.

—Si el rey Ptolomeo desea verme, contestó, puede hacerlo fácilmente: mi casa está abierta á los reyes lo mismo que á los demas ciudadanos.

La respuesta era mas que brusca. Ptolomeo se hizo el desentendido y fué á ver á Caton.

La conversacion fué algo fria en un principio; pero habiendo ido notando Ptolomeo un gran buen sentido en todo lo que le contestaba Caton, le pidió su parecer sobre lo que debía hacer, esto es, si debia proseguir su marcha á Roma ó volver á Egipto.

—Volver á Egipto, contestó Caton sin titubear.

—¿Por qué?

—Porque desde el momento que hayais dejado cojer un pedazo de vuestro país en ese cilindro que se llama Roma, todo él pasará por completo.

—¿Qué debo hacer, pues?

—Ya os lo he dicho: volver á Egipto y reconciliaros con vuestros súbditos. Para daros una prueba del deseo que tengo de seros útil, os acompañaré si es preciso, y me encargaré de la reconciliacion.

El rey Ptolomeo habia aceptado al pronto aquel consejo; pero despues, cediendo á otras sugestiones, habia partido una mañana para Roma, sin decir nada á Caton, y se habia puesto bajo la proteccion de Pompeyo.

Dos años despues Gabinio, teniente y criatura del *imperator*, restablecia en sus Estados á Ptolomeo; pero solo este, y quizá tambien Pompeyo, supieron lo que habia costado aquella proteccion.

Pompeyo, despues de la burla de Clodio que acabamos de contar, comprendió que ya era tiempo de hacer algo. Era en verdad una cosa bien triste tener que tomar una resolucion á causa de un tuno como aquel, sobre todo siendo tan indeciso como era; sin embargo, era preciso acabar de una vez, y Pompeyo consultó á sus amigos.

Uno de ellos, Culleo, le aconsejaba que rompiese con César, repudiando á su hija; esa repudiacion lo reconciliaria con el senado.

El senado estaba indispuesto con Pompeyo desde que este, tan cobarde é ingratamente, habia dejado desterrar á Ciceron.

Era sin duda un medio eficaz de reconciliarse con el senado; pero Pompeyo ni siquiera pensó en él, ya hemos dicho que estaba perdidamente enamorado de su mujer.

Otros propusieron hacer volver á Ciceron.

Pompeyo dió oidos á aquella proposicion.

Hizo decir al Senado que estaba pronto á apoyar con las armas en la mano el regreso de Ciceron, pe-

ro que era preciso que aquel cuerpo tomase la iniciativa.

El Senado, contando con aquella promesa, espidió un decreto en que manifestaba que no daria su sancion á negocio alguno, ni iniciaria ningun otro, mientras no se llamase á Ciceron.

Era una declaracion de guerra en toda forma.

El mismo dia, como entrasen á desempeñar sus cargos dos nuevos cónsules, en reemplazo de Pison y Gabinio, que habian presidido al destierro de Ciceron, uno de ellos, Léntulo Sprinter, pidió positivamente la vuelta del proscrito.—El otro cónsul era Metelo Nepos, el mismo á quien Ciceron solia abrumar con sus epígramas.

Clodio amenazaba al Senado con sus rufianes; pero ya,—circunstancia afortunada para aquel cuerpo y que importa consignar,—habia dejado de ser tribuno.

"A corsario, corsario y medio," dice el refran, y á Clodio opuso un Clodio y medio que se llamaba Milon, y el cual acababa de ser nombrado tribuno en su lugar. Annio Milon era un hombre de la misma especie que Clodio; se habia casado con una hija de Sila y tenia cierto crédito en Roma.

Clodio y Milon no podian vivir tranquilamente en la misma ciudad.

Milon habia tomado partido por Ciceron, no por-

que creyese que era el de la justicia, sino porque haciéndose su amigo se hacia enemigo de Clodio.

Cuando Pompeyo se franqueó con él, como hubiera hecho con un condotiero, no le contestó otra cosa sino que estaba á su disposicion y que únicamente era preciso prepararse.

Clodio llevaba siempre tras sí un centenar de gladiadores. Milon tomó á sueldo doscientos bestiarios. Las dos partidas se encontraron. Empezaron por insultarse y acabaron por llegar á las manos. El combate fué largo y encarnizado; los amigos de Clodio acudieron de todos lados; jamas se habia visto tantos tunos en el Forum.

Clodio salió vencedor.

Dejó la plaza cubierta de sangre y las cloacas llenas de muertos; despues, recorriendo la ciudad con los suyos, puso fuego al templo de las Ninfas.

Entre los cadáveres habia quedado un tribuno; se le creyó muerto, pero no estaba mas que gravemente herido.

Aquel tribuno era del partido de Ciceron; era una cosa grave. Clodio halló en seguida un remedio; hizo asesinar á un tribuno de su partido, y atribuyó aquella muerte á los partidarios del Senado.

Pompeyo creyó que ya era tiempo de tomar cartas en el asunto.

V

Una mañana salió Pompeyo de su casa con una fuerte escolta, y condujo á Quinto al Forum.

Energullecido con su primer triunfo, Clodio atacó á Pompeyo; pero entonces tuvo que habérselas con los veteranos de España y Asia, y fué derrotado.

Sin embargo, Quinto fué herido gravemente en medio de la pelea.

Aquella herida fué un golpe de suerte para Ciceron; al ver en tal estado á su hermano Quinto, el pueblo comprendió que ya era tiempo de prender á Clodio.

Roma no vivia entonces sino en medio de sacudidas y sobresaltos. Ni hay Senado en el Capitolio, ni tribunales en las basílicas, ni asambleas en el Forum.

El Senado toma un gran partido. La vuelta de C i

ceron es una cuestion capital, y convoca toda la Italia al campo de Marte. La Italia entera votará y decidirá entre Clodio y Ciceron.

Todos los que tienen derecho de ciudad acuden á Roma, y un millon ochocientos mil votos disponen el regreso del proscrito. El dia que se supo esa decision, fué un gran dia de fiesta para toda Italia.

Ciceron tuvo noticias del decreto del Senado que convocaba al pueblo al Campo de Marte, y escribió á Atico:

—"Acabo de recibir carta de Quinto con el senado-consulto que trata de mí. Esperaré que una ley lo confirme, y si me es contraria, me valdré de la autoridad del Senado. Menos sentiré perder la vida que la patria."

Pero sucedió que el tribuno Serrano se opuso al decreto de llamamiento.

Ciceron lo supo y toda su energía desapareció.

Algunos dias despues de la carta á Atico, que acabamos de trascribir, le dirigió esta otra:

"Por lo que me dices y por la cosa misma, veo que todo está perdido. . Te suplico que no abandones á los mios en su desgracia."

Al fin se decidió á salir de Dirrachium la víspera de las nonas de Agosto, precisamente el mismo dia que se publicó el decreto en que se le llamaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llegó á Brindis el dia de las nonas y allí encontró á su hija Tulia, que habia ido á su encuentro.

Era casualmente el aniversario de su nacimiento y el dia de la fiesta de la colonia; así, pues, todo el mundo lo celebró.

En Brindis supo que la ley se habia promulgado por una mayoría inmensa, casi por unanimidad.

Salió de allí con una escolta que á la vez le ofrecieron los magistrados y se ofreció ella misma. A cada paso se veia detenido en el camino por comisiones que le enviaban los pueblos para felicitarle: en todo el tránsito no hubo en las poblaciones que atravesó, un individuo de nombre ó de calidad que no se le presentara, á menos que no estuviese muy comprometido en el partido contrario.

Desde la puerta Capena, por la cual hizo su entrada en Roma, percibió las gradas de los templos cubiertas por el pueblo, y este, en cuanto lo reconoció, prorumpió en gritos de alegría.

Aquellos gritos le acompañaron hasta el Forum.

Allí se amontonó de tal modo la concurrencia, que fué preciso emplear los lictores para abrirle paso hasta el Capitolio: dos ó tres veces estuvo á punto de ser ahogado.

Al dia siguiente, que eran las nonas de Setiembre, se dirigió al Senado á darle las gracias.

Desde hacia dos dias, los víveres habian tenido

una alza considerable: al pronto, algunas voces, escitadas por Clodio, empezaron á decir que aquello era ya debido á la vuelta de Ciceron; pero las hicieron callar.

El Senado se habia declarado en sesion permanente.

Muchos deseaban que se encargase á Pompeyo el aprovisionamiento de la ciudad.

—El regreso de Ciceron habia reavivado su crédito.

La multitud gritaba á Ciceron:

—Pompeyo! Pompeyo! propon á Pompeyo!

Ciceron hizo señal de que queria hablar, y todo el mundo calló.

Hacia tanto tiempo que no se habia oido su voz, que iba á ser una novedad.

Habló, y habló bien. Es verdad que él es quien lo dice y no suele denigrarse.

—*Feci et accusate sententiam Dixi.*

Siguiendo su parecer, se redactó un senado-consulto invitando á Pompeyo á tomar la direccion de los aprovisionamientos.

A la lectura de aquel senado-consulto y al nombre de Ciceron, que lo proponia, el pueblo rompió en aplausos.

Al dia siguiente Pompeyo aceptó, pero con condiciones. Se encargaba de proveer de víveres á Roma

por cinco años, pero se le habian de dar quince tenientes, entre ellos Ciceron.

Los cónsules, pues, redactaron un proyecto dando por cinco años á Pompeyo la superintendencia de los víveres *en toda la tierra*.

Las gentes sensatas consideraban ya que era bastante aquello, cuando por medio de una adicion, como se diria hoy, propuso Melio conferir á Pompeyo el poder de disponer de todos los recursos financieros de la república, de los buques y de los ejércitos, siempre que tuviera necesidad de ellos, subordinando á su autoridad la de todos los gobernadores de provincia.

Ciceron callaba, pues aquello no le atañía: ademas conocia á Pompeyo, *el hombre de las dos puertas*, mejor que nadie, y quizá creia que aquello era llevar el entusiasmo algo lejos.

Al dia siguiente hubo un gran debate sobre las casas de Ciceron, así sobre las que habian sido arrasadas por Clodio como sobre la otra en cuyo lugar se habia edificado un templo á la Libertad.

Se trataba de no incurrir en sacrilegio expropiando á un dios ó á una diosa.

La cuestion se sometió á los pontífices, los cuales decidieron lo siguiente:

"Si el que decia haber consagrado el lugar no lo habia hecho en virtud de una prescripcion general, ó

de un mandato nominal que emanase de una ley, ó que estuviese escrito en un plebiscito, *la restitucion podia efectuarse sin atacar por ello á la religion*.

Oh! Santa órden de los Jesuítas! Parece cierto que tu orígen es mucho mas anterior á la venida de Iñigo de Loyola y que tu orígen se pierde en la noche de los tiempos!

A consecuencia de eso tiene lugar otro gran debate.

Clodio habla durante tres horas para probar que ha tenido derecho para hacer lo que hizo; pero el pueblo romano es un pueblo artista; ve que Clodio maneja mejor la espada que la palabra, y que en esto último Ciceron le da cuantas vueltas quiere. Silva, pues á Clodio, y el decreto se espide.

En él se dispone que se vuelva su casa al desterrado, y que el pórtico de Cátulo se reedifique á espensas del Estado; ademas, se le darán como indemnizacion dos millones de sestercios por su casa de Roma, quinientos mil por la de Túsculum y doscientos cincuenta mil por la de Formio; total, unos ciento treinta mil pesos de nuestra moneda.

Sin embargo, Ciceron y todas las personas honradas dijeron que era muy poco.

Quæ æstimatis non modo vehementer ab optimo quoque, sed etiam á plebe reprehenditur.

Clodio ha sido derrotado en el Senado del propio

modo que lo ha sido en la plaza pública; pero no es hombre que abandone el campo así como así. El 4 de las nonas de Noviembre reune los restos del antiguo ejército que tenia cuando era tribuno, cae con ellos sobre los picapedreros y albañiles que se ocupaban en reedificar la casa de su enemigo, los arroja de allí y en seguida apedrea la morada de Quinto, concluyendo por pegarle fuego.

Téngase presente que todo eso ocurre en Roma á la clara luz del dia y que hay allí un Senado, cónsules, pretores y tribunos.

Es verdad que Pompeyo ha salido de la ciudad á comprar trigo.

El 3 de los idus de Noviembre nuevo ataque.

Ciceron, escoltado por sus clientes y su séquito de caballeros, descendia la vía Sacra. Clodio aparece de repente y se arroja sobre su enemigo dando feroces gritos; sus hombres están armados de piedras, palos y espadas. Ciceron huye, naturalmente. Halla abierta la puerta del vestíbulo de Tetio y se refugia en él con una parte de su gente.

Allí se fortifican y tienen en respeto á los *bravos* de Clodio.

Luego llegan refuerzos á Ciceron y su enemigo tiene que huir.

—Hubiera podido matarlo, dice el gran orador; pero empiezo á tratarlo por medio de la dieta; la cirugía me fatiga. [*Ipce occidi potuit; sed ego dietà curare incipio, chirurgiæ tædet*].

Jactancioso!

Ciceron ha hecho mal en dejar escapar á Clodio, pues la víspera de los idus de Noviembre se le pone á este en la cabeza quemar la casa de Milon, situada en el monte Germato, y eso en pleno sol, á la quinta hora del dia.

Ha hecho un nuevo reclutamiento entre los esclavos; los harapientos de que habla Zafari en su *Ruy Blas* son reyes de la India comparados con los que van aullando detras de Clodio, armados de espadas, escudos y antorchas. El cuartel general del gefe está en casa de Fausto Sila.

Afortunadamente Milon ha sido avisado á tiempo; tiene dos casas en el mismo barrio, una que ha comprado con su dinero y otra que ha heredado de Annio. En esta se encierra Flaco con una guarnicion.

La guarnicion, llevando á Flaco á su frente, hace una salida y derrota á la horda de Clodio.

Este huye y se oculta á su vez en casa de Publio Sila. Lo buscan desde el sótano hasta las guardillas, pero inútilmente.

No tuvo poca suerte; Flaco y Milon no pensaban tratarlo por medio de la dieta, como Ciceron, sino por medio del escalpelo.

Al dia siguiente se reune el Senado.

Clodio no dá señal de vida, y Milon lo acusa.

Pero van á tener lugar los comicios; Clodio se hará nombrar edil, esto es, corregidor de uno de los barrios de Roma,—considere el lector qué clase de magistrado,—y una vez en el desempeño de ese cargo, no solo no podrá ser juzgado, sino que advierte de antemano que entrará en la ciudad á fuego y sangre. Esa es su profesion de fé.

Llega el dia de los comicios y Milon declara que los augurios no son favorables; así, pues, no se votará hasta el dia siguiente.

Al otro dia, antes de amanecer, se halla Milon en el campo de Marte.

Ese campo, como se recordará, es el tapete en que se juega á las elecciones. Ese dia será el campo de batalla en que se decidirá la cuestion entre Milon y Clodio.

Si Clodio llega á presentarse, es hombre muerto.

Pero no se presenta.

Al dia siguiente, undécimo de las calendas, Milon se dirige á los comicios antes de salir la aurora. De repente ve á Metelo que pasa corriendo.

¿Quién es ese Metelo? Ciceron no lo dice. ¿Es acaso Metelo Celer, el antiguo cónsul, Metelo el *Rápido*, cuñado de Clodio, rival de Cátulo, de César, de todos los amantes de su mujer, en fin? No; ese se ha declarado contra su cuñado en 695 y ha muerto de

repente. Preguntad en alta voz de qué ha muerto, y os contestarán: "De veneno que le dió su mujer."

Como quiera que fuera, era un Metelo que trataba de llegar al campo de Marte por calles estraviadas. Milon corre, lo alcanza y se lo prohibe como tribuno. El tal Metelo se retira en medio de gritos y silbidos.

El décimo dia de las calendas es dia de mercado, y por lo tanto no hay asamblea. Esa no se verificará hasta el 8 de Noviembre.

Ese dia, á la novena hora de la noche, Milon está ya en su puesto.

Ademas, Clodio es un hombre perdido; su vestíbulo está casi vacío; una vieja linterna alumbra únicamente á unos cuantos miserables cubiertos de harapos.

No habrá comicios, ó al menos solo los habrá en el caso de que Clodio sea acusado por Milon.

Si este encuentra á aquel en la calle, de seguro lo matará. Así se lo dice Ciceron á Atico.

Si se inter viam obtulerit, occisum iri ab ipso Milone video.

Sin embargo, todo eso concluye, por entonces al menos, con un violento cólico de Ciceron que dura diez dias, y el cual atribuye á unos setos y coles de Bruselas que ha comido en el festin augural de Léntulo.

VI

Hemos hablado arriba de una ausencia de Pompeyo con objeto de buscar víveres. Habia ido personalmente á Sicilia, Cerdeña y Africa, donde habia hecho considerables acopios.

En el momento de ir á embarcarse para llevarlos á Roma, se levantó un furioso viento. Todos se oponian á que partiese; pero él subió al primer buque y mandó dar á la vela, diciendo:

—Es necesario que parta y no lo es que viva.

Pompeyo está todavía en su período feliz; así la historia recuerda las palabras que entonces pronunció: pero venga Farsalia y olvidará las que allí diga para consignar solo las de César.

Poco tiempo antes Pompeyo habia estado ausente otra vez. Ahora verá el lector en dón le.

César combatia durante la primavera, el verano y el otoño, y cuando las lluvias ponian intransitables los caminos, las nieves obstruian el paso de las montañas y los rios cesaban de ser navegables á causa de los témpanos de hielo que arrastraban, entonces iba á tener su córte en Luca.

Tener su córte, esa era una palabra.

En Roma no se oia hablar de él sino para citar un nuevo triunfo. Mientras sus rivales se empequeñecian con motines de callejuela, él, cual otro Adamastor, se agrandaba en el horizonte.

Todo lo que habia de mas ilustre en Roma y en las provincias iba á Luca; allí se veia á Appio, gobernador de Cerdeña, á Nepos, procónsul de España, etc., etc. Durante el invierno de 696 se contaban en dicha ciudad ciento veinte lictores y mas de doscientos senadores.

Craso y Pompeyo fueron allí tambien.

Los lazos del triunvirato se habian aflojado algo y aquella entrevista los estrechó. Allí se decidió que César conservaria por cinco años mas el proconsulado de las Galias, que Pompeyo y Craso se harian nombrar cónsules y que ámbos se harian dar gobiernos de provincia á fin de tener en sus manos todas las tropas de la República.

Para conseguir la eleccion de Craso y Pompeyo, César debia escribir á todos sus amigos de Roma.

Además daria licencia temporal á gran número de soldados á fin de que pudiesen ir á votar en los comicios.

Aquellos proyectos se habian fijado para el año 699 de Roma, esto es, cincuenta y cinco años antes de Jesucristo.

Pero los sucesos que hemos contado en el capítulo anterior nos hacen volver al año 698.

Ese trascurre sin ningun acontecimiento grave.

Clodio está completamente anonadado; es verdad que de cuando en cuando derriba aun alguna puerta, incendia alguna casa de campo, rompe alguna cabeza; pero se parece al bull-dog de mi amigo Jadin, que merced al bozal que tiene puesto se ve obligado á consentir que el perrillo faldero coma al par de él en su plato.

De tal modo come Ciceron en el plato de Clodio, que un dia, aprovechando su ausencia, se dirige al Senado y hace trizas las tablillas tribunicias en que estaban inscritas las actas de su tribunado.

Clodio regresa y grita contra aquella *ilegalidad*, al igual de los ladrones que llaman á la guardia cuando ven que los van á aprehender.

Ciceron contestó con uno de sus dilemas habituales:

—Siendo Clodio patricio no podia ser tribuno del pueblo; no pudiendo ser tribuno del pueblo las actas

de su tribunado eran nulas; siendo nulas dichas actas cualquiera era dueño de destruirlas.

Aquella destruccion, sin embargo, produjo á Ciceron una cuestion que no esperaba.

En las espresadas tablillas estaban inscritas las comisiones que Caton habia desempeñado en Chipre y en Brizancio, y naturalmente no queria que desapareciesen aquellas huellas de su paso por enmedio de los negocios públicos.

¿Cómo concluyó aquel debate? Desgraciadamente Ciceron no dice una sola palabra sobre el particular en sus cartas, y Plutarco no pone mas que estos dos renglones: "Ciceron con aquello dió á Caton un golpe que no hizo gran ruido, pero que, sin embargo, resfrió mucho su amistad."

Todo ese año trascurre, apenas se sabe cómo, en pequeñas disputas.

Pompeyo encarga á Gabinio que restablezca á Ptolomeo en sus Estados, y Gabinio vuelve agobiado bajo el peso de los millones, producto de su mision, lo cual aumenta mas y mas el ardiente deseo que tiene Craso de ir á Siria; pero para eso ya hemos dicho que antes es preciso que él y Pompeyo sean nombrados cónsules.

Al fin empieza el año 699 de Roma.

Donde quiera corre el rumor de que á consecuencia de una conferencia tenida con César aquellos tres

hombres se habian repartido el mundo Cuando se supo que Pompeyo y Craso querian ser cónsules al mismo tiempo, ya no cupo ninguna duda.

—¿Solicitarás el consulado? preguntaron á Pompeyo, Marcellico y Domicio.

—Tal vez sí y tal vez no, contestó aquel.

—A una pregunta categórica da una respuesta igual.

—Pues bien, replicó Pompeyo, lo solicitaré en pro de los buenos y en contra de los malos.

La alianza de que se hablaba era para quitar la tranquilidad á todos los que tenian aun en algo, no diremos la República, pero siquiera su nombre. Así, pues, se dirigieron á Craso; su contestacion fué algo mas modesta.

—Solicitaré esa magistratura, dijo, si creo poder ser útil al Estado; si no, me abstendré.

La orgullosa respuesta de Pompeyo y la ambigua de Craso, hicieron que osaran presentarse algunos competidores; pero cuando se dibujó de un modo claro la situacion, cuando se vió á Craso y Pompeyo presentarse oficialmente, todos los candidatos se retiraron, escepto Domicio.

¡ton era quien lo sostenia, lo mismo que habia enido á Bíbulo contra César.

Sabido es que Caton no reparaba en nada. Así, es, iba por las plazas públicas diciendo á todo el

mundo que lo que solicitaban Pompeyo y Craso no era en realidad el consulado, sino la tiranía; que su objeto no era desempeñar una magistratura en Roma, sino disponer de provincias importantes y de fuertes gobiernos militares; y sembrando esas palabras, y sosteniendo sus alegatos, promovia la candidatura de Domicio, animando á este y persuadiéndole de que combatia por la libertad comun.

En derredor de ambos se decia:

—En efecto, Caton tiene razon; ¿por qué esos hombres, que ya han sido cónsules juntos una vez, pretenden ahora otro consulado? ¿y por qué, juntos tambien, y no uno despues de otro? ¿Acaso faltan en Roma ciudadanos que sean dignos de ser sus colegas?

Pompeyo se asustó—en esa clase de luchas le sucedia fácilmente—y, como verdaderamente soldado, recurrió á la fuerza.

Preparó una emboscada á Domicio, y cuando este se dirigia al Forum, antes de amanecer, con algunos amigos, entre los cuales estaba Caton, los hombres de Pompeyo cayeron sobre el grupo, ni mas ni menos que si hubieran sido los secuaces de Clodio, mataron á los sirvientes que llevaban las antorchas é hirieron á Caton.

Afortunadamente el ataque tuvo lugar cerca de

la casa de Domicio, y este y sus amigos se refugiaron en ella.

Entónces la bloquearon los hombres de Pompeyo, y este y Craso, estando ausente su rival, se hicieron nombrar cónsules con la mayor tranquilidad.

Sin embargo, les amenazaba un peligro.

Caton, curado apénas de la herida que habia recibido al acompañar á Domicio al Forum, y enemigo mortal de ambos desde entonces, solicitaba la pretura.

Su voz era muy fuerte, y cuando la esforzaba, si no escuchada, era al menos oida en toda Roma.

Así, pues, resolvieron separarlo sin violencia; uno y otro eran ricos; repartieron unos cuantos millones entre las tribus y Caton fracasó en su empresa.

Antias y Vatinio fueron nombrados pretores; eran criaturas de Pompeyo y Craso. Seguros ya de no tener oposicion alguna, echaron por delante al tribuno del pueblo Tribonio, el cual proclamó los decretos redactados en Luca.

A César se le prorogó por cinco años el gobierno de las Galias.

Craso y Pompeyo echaron suertes sobre la Siria y la España; aquella tocó al primero y esta al segundo.

Todos tenian lo que deseaban: Craso, que queria hacer la guerra á los partos, tenia la Siria; Pompeyo, que conocia la España pensaba reunir allí, casi á las puertas de Italia, los soldados que un dia podia necesitar para sus planes, obtenia aquella provincia y no se veia obligado á separarse de su mujer, de la cual estaba cada vez mas enamorado; en fin, el pueblo, que creia que nada podia hacerse en Roma sin Pompeyo, conservaba allí á su ídolo del momento.

Sin embargo, el mas satisfecho de todos era Craso. Los millones de Gabinio le quitaban el sueño.

Entre Milciades y Temístocles la cuestion era de laureles; entre Gabinio y Craso era de millones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Los negocios iban, pues, de mal en peor á los ojos de aquel pesimista que se llamaba Caton.

Ciceron por su parte habia aprendido, á costa suya, á ser prudente. Es verdad que solia murmurar y burlarse de todo en voz baja,—eran cosas que no podia evitar,—pero saludaba á Pompeyo y se sonreia con él, y escribia cartas á César en que le decia que lo miraba como á otro él mismo.

Verdad es tambien que César por su parte le prodigaba toda clase de ternuras—epistolares por supuesto.

Hé aquí alguna, como muestra:

"Me recomendais á Marco Orfio; bueno: haré de él un rey galo, á menos que no prefirais que lo haga teniente de Lepta.

"¿Quereis enviarme algun otro para que lo enriquezca? Hacedlo."

Hé ahí cómo se procedia en Roma en aquella época.

Ciceron en contestacion le mandaba á Tribacio, "al cual hacia pasar, de sus débiles manos á las fieles y victoriosas de César."

Y terminaba así su carta:

"Cuidad vuestra salud y queredme como sabeis querer. [*Et me ut amas, ama*]."

Escusado es decir que ya no se burla de Craso,—en voz alta al menos,—y que solo en sus cartas continúa llamándolo el Calvo y el Millonario; aplaude sus proyectos cuando lo encuentra, y lo felicita por sus futuras victorias sobre los partos.

Craso á su vez le confia sus esperanzas. ¡Sus victorias sobre los partos! No se limitará á ellos solos. Va á probar que las hazañas de Lúculo contra Tigranes y las de Pompeyo contra Mitrídates no han sido sino juegos de niños. El va á renovar la marcha triunfal de Alejandro y á penetrar por la Bactriana en la India, no deteniéndose sino en el mar esterior.

Sin embargo, el decreto que nombraba á Craso procónsul de Siria, no decia una palabra de la guerra pártica; pero todo el mundo sabia que era su idea fija;—hasta César le escribia desde las Galias elogiando su proyecto y escitándolo á llevarlo á cabo.

Por lo que hace á Pompeyo, Plutarco en esa épo-

ca no habla sino de su amor; el acto mas importante de su consulado es pasear su mujer por toda Italia; la muestra á las poblaciones y quiere que se admire á la que él ama: de Julia por su parte solo se dice que profesa el mayor afecto á Pompeyo.

En medio de las ligerezas conyugales de aquel tiempo, casi es un escándalo semejante amor en una mujer de veinte años hácia un marido de cincuenta.

Así es que, Plutarco se cree obligado á dar algunas esplicaciones sobre el particular.

"La ternura de Julia, dice, provenia de la discrecion de Pompeyo y de su gravedad natural, que no tenia nada de austera y hacia su sociedad dulce y llena de encantos."

Y pueden creerse esos detalles íntimos, pues los daba una mujer que debia conocerlos, la cortesana Flora.

Desgraciadamente Pompeyo no podia estar siempre al lado de su mujer.

Iban á nombrarse nuevos ediles, y como cónsul debia presidir la eleccion.

Así, pues, fué al campo de Marte. La eleccion fué tempestuosa; los partidos llegaron á las manos y varias personas fueron muertas y heridas á su lado; lo salpicaron de sangre y tuvo que cambiar de trage. Al efecto mandó á buscar otra toga á su casa, haciendo llevar la ensangrentada.

A la vista de la sangre, Julia creyó que su marido habia sido asesinado, y se desmayó.

Estaba en cinta.

El desmayo fué largo; habia atacado las fuentes de la vida, y Julia dió á luz un hijo muerto.

Aquel pequeño drama doméstico interesó á Roma por Pompeyo, é hizo creer en el amor real de la mujer hácia el marido.

Tres meses despues tuvo Roma una nueva prueba de aquel amor: se anunció oficialmente á los clientes de la quinta del monte Albano, que Julia estaba otra vez en estado interesante.

En seguida anunció Pompeyo que iba á dar juegos al pueblo. ¿Lo hizo por adquirir popularidad ó para celebrar aquella feliz noticia? Poco le importaba á Roma cuál fuera la causa. Lo que queria era divertirse.

Pompeyo decia que lo hacia para conmemorar la dedicacion de Vénus Victoriosa.

Los juegos que iba á dar eran cazas de animales. Ese era uno de los espectáculos á que los romanos se mostraban mas aficionados; remontaban ya á mas de dos siglos; la primera vez que habian tenido lugar habian sido á la vez magníficos y terribles.

En el año 503 de Roma se habian matado en el Circo á flechazos y disparos de javalina ciento cuarenta y dos elefantes. No habia sido un lujo sino una

necesidad: aquellos animales habian sido cogidos en una batalla contra los cartagineses, y la República, demasiado pobre para mantenerlos y demasiado prudente para regalarlos á sus aliados, habia dispuesto quitarles la vida.

En el año 583, en los juegos dados por Scipion Nasica y Publio Léntulo, se había visto combatir sesenta y tres panteras y otros cuarenta animales entre osos y elefantes.

En el año 655, Clodio-Pulcher—sin duda el padre de nuestro Clodio,—hizo combatir tambien cierto número de elefantes durante su edilidad curul.

Un simple ciudadano llamado P. Servilio, habia adquirido cierta celebridad por haber dado una caza en que habian muerto trescientos osos y otros tantos leopardos y panteras.

Sila, siendo pretor, habia dado una caza de cien leones melenudos, esto es, del Atlas, pues ya se sabe que los de Numidia, Abisinia y el Yémen carecen de ese adorno.

En fin, sobrepujando á todos, Pompeyo daba entonces una caza de seiscientos leones, de ellos trescientos quince melenudos, y veinte elefantes.

Bestiarios y criminales combatieron contra los leones; gétulos armados de flechas y javalinas contra los elefantes.

Un antiguo senado-consulto prohibia llevar panteras á Italia; sin duda se temia que se escapase una pareja de esos animales y que, llegando á propagarse, causasen estragos; pero en el año 670, esto es, treinta años antes de la época de que nos estamos ocupando, el tribuno C. Aufidio presentó de nuevo aquella cuestion al pueblo. Este anuló el senado-consulto, siéndole completamente indiferente que fuesen devorados algunos aldeanos.

Scauro aprovechó la abolicion de la ley, é hizo degollar ciento cincuenta panteras en los juegos de su edilidad.—Pompeyo en su consulado habia hecho subir el número hasta cuatrocientas diez.

La pregunta que á cualquiera se le ocurre naturalmente al ver semejante profusion, es la siguiente: ¿de dónde y cómo se sacaban trescientos leones melenudos para llevarlos á matar delante del pueblo romano?

La cosa, sin embargo era muy sencilla; á unos pueblos se les imponia tributo de dinero y á otros de animales feroces; el Africa satisfacia su cuota de este último modo.

Pero ahora se ocurre tambien esto: ¿qué espantosa cantidad de animales feroces alimentaba el Africa en esa época que se le podian sacar sin agotarla semejantes contribuciones? Y téngase presente que se obligaba al cazador á coger la caza sin herirla ni

lastimarla. ¡Y qué caza! Hipopótamos, cocodrilos, panteras, leones, rinocerontes y elefantes!

Mientras llegaba el dia de los juegos, aquellos animales estaban guardados en jaulas; el pueblo podia ir á visitarlos y de ese modo tenia el doble goce de verlos combatir primero en la imaginacion y despues en realidad.

Pompeyo habia llegado al punto culminante de su felicidad y de su fortuna. Una desgracia privada iba á ser la primera advertencia del destino.

Julia no se habia repuesto nunca del todo del síncope que le habia causado la vista de la toga de Pompeyo salpicada de sangre; su segundo embarazo habia sido penoso y murió al llegar á su término. El niño fué estraido vivo del seno de la madre, pero al cabo de una semana murió tambien.

Pompeyo se mostró desesperado; quiso inhumar su mujer en la quinta del monto Albano, para tener siempre la tumba ante los ojos; pero el pueblo invadió aquella morada, se apoderó del cadáver á la fuerza y lo llevó al Campo de Marte.

Allí lo quemó con gran pompa, cón perfumes y aromas.

Pero—cosa rara—el pueblo hizo aquel honor á la hija de César ausente; no á la mujer de Pompeyo presente; y el nombre del gobernador de las Galias corrió de un estremo á otro de la ciudad con motivo

de aquella fúnebre ceremonia, como sucedia siempre por el mas leve motivo. Jamas se habian ocupado tanto de él como durante su ausencia.

Craso hacia sus preparativos de marcha para la Siria.

Pero antes que partiese iba á tener lugar en Roma un gran acontecimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

Iba á espirar el consulado de Pompeyo y Craso, y Annio Milon, Plancio Hipseo y Metelo Scipion se presentaron á solicitarlo.

Clodio se presentó á su vez á solicitar la pretura. —Ya hemos dicho que esa magistratura se solicitaba cuando se estaba arruinado; manifestar un hombre ese intento era lo mismo que decir á sus acreedores: "Decididamente voy á tener juicio; dadme vuestro voto y os pagaré capital é intereses á espensas de mis administrados."

Al lector le consta la enemistad que reinaba entre Milon y Clodio.

Este último sabia muy bien que su pretura seria nula si aquel llegaba á ser cónsul.

Así, pues, empezó á zapar su candidatura y á apoyar la de Scipion é Hipseo.

Entonces volvieron á tener lugar las escenas de muerte é incendio que hemos contado arriba; esas escenas aplazaban á cada instante los comicios, de modo que llegó el mes de Enero sin que se hubiesen elegido cónsules ni pretores.

Las *personas honradas* estaban por Milon, y el *pueblo*,—repárese que en la antigüedad se separa siempre al pueblo de las personas honradas,—el pueblo, decimos, estaba por Hipseo y Scipion.

Viendo el Senado que aquello no tenia fin, decidió nombrar un *interey*.

La eleccion recayó en Emilio Lépido.

¿Qué era un interey?

Vamos á decirlo.

Cuando á causa de oposicion de los tribunos, ó por ser los augurios desfavorables, se retardaban los comicios hasta el punto de no estar elegidos los cónsules al empezar el año, entonces tenia lugar lo que se llamaba un interregno, pues los cónsules del año anterior cesaban en sus funciones sin tener quienes les sucediesen.

El Senado, en ese caso, proveía el gobierno nombrando un interey; este era un magistrado, cuyo poder, igual al de los cónsules, no podia durar mas que cinco dias; reunia los comicios, los presidia y entregaba su autoridad á los cónsules así que estos

eran elegidos: al cabo de cinco dias, si eso no habia tenido lugar, se nombraba otro interey.

Consúltese á Tito Livio y se verá que una vez permaneció el poder consular por espacio de cincuenta y cinco dias en manos de once intereyes.

Ahora bien; al dia siguiente de aquel en que Emilio Lépido habia sido nombrado interey, el 13 de las calendas de Febrero, ó sea el 20 de Enero del almanaque moderno, dirigiéndose Milon á Lanuvium, ciudad municipal de la cual era dictador, á fin de elegir allí un flaminio, encontró, á eso de la nona hora del dia, esto es, á las tres de la tarde, á Clodio, que volvia de Aricia, y que se habia detenido cerca del templo de la Buena Diosa, á fin de hablar al decurion de los aricios

Clodio iba á caballo, seguido de veinte esclavos armados de espadas; á su lado iban un caballero romano, Casidio Scola, y dos plebeyos, dos hombres nuevos, dos cualesquiera, P. Pomponio, y C. Clodio, su sobrino.

Milon viajaba en carruaje; habia seguido primero un camino de travesía y luego habia entrado en la via Appia por donde se alza hoy la aldea de Genzano; de ese modo habia llegado á cruzarse con Clodio algo mas abajo de Albano. Llevaba consigo á Fausta, su mujer, y á M. Tufio, su amigo; lo acompañaban doble número de esclavos que á Clodio y

unos veinte gladiadores, entre los cuales se encontraban dos hombres célebres por su fuerza y agilidad, Eudamo y Birria.

Estos iban detras, formando la retaguardia, y tuvieron una pendencia con los esclavos de Clodio. El ex-tribuno oyó el ruido y acudió en seguida. El lector conoce su carácter. Se adelantó amenazando á los dos gladiadores, y uno de ellos le dió un lanzazo que le atravesó un hombro.

Clodio, herido gravemente, cayó del caballo, y sus esclavos lo llevaron á una taberna.

Los dos gladiadores, no sabiendo si habian hecho bien ó mal, se apresuraron á alcanzar la escolta de Milon; pero habiendo vuelto atras algunos pasos para ver si eran perseguidos, habian notado el sitio adonde habia sido conducido Clodio.

Milon notó que ocurria algo en su escolta. Los esclavos cuchicheaban y miraban hácia atras; unos se reian y otros manifestaban temor.

Preguntó lo que pasaba.

El gefe de los esclavos se acercó al carruage, que se habia parado, y contó á su amo que uno de los gladiadores acababa de herir gravemente á Clodio, el cual habia sido trasportado á una taberna. Al mismo tiempo le mostró el edificio con el dedo.

Milon reflexionó un momento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

—Puesto que está herido, dijo, lo mismo es que muera. Nada peor podrá sucederme; al contrario.

Y dirigiéndose al gefe de los esclavos:

—Fusteno, añadió, coge cincuenta hombres, entra en la taberna y haz de modo que Clodio sea rematado en la pelea.

Fusteno cogió los cincuenta esclavos, llegó á la taberna y se puso á buscar á Clodio; este se habia ocultado, pero Fusteno lo buscó de tal modo, que al fin lo encontró.

Diez minutos despues yacia un cadáver en la vía Appia con la cara contra el suelo.

Por supuesto que Milon no se detuvo para ver la ejecucion; continuó su camino confiando en Fusteno.

Ya hemos visto que este correspondió á aquella confianza.

Un senador, Sesto Toedio, volvia del campo á Roma. Vió un cadáver en medio de la vía, se apeó de su litera, lo examinó y reconoció á Clodio.

En seguida lo hizo meter en su litera, y yendo él á pié lo condujo á Roma.

Expropiado Clodio de las casas de Ciceron, habia comprado á Scauro una especie de Palacio en el monte Palatino. Allí fué donde Sesto Toedio depositó el cadáver.

Fulvia acudió corriendo en cuanto tuvo noticia del suceso.—Al igual de todos los pícaros, Clodio era

adorado de las mujeres, y en particular de la suya.—Fulvia, pues, se puso á dar gritos y apareció en el dintel de la casa arrancándose el pelo, arañándose la cara y mostrando el manto ensangrentado de su esposo.

En un momento se vió llena la casa de gente del pueblo. La muerte de Clodio habia reavivado su popularidad.

Eso pasaba la tarde misma del asesinato. El cuerpo habia llegado al Palatino hácia la hora de prima, esto es, á eso de las seis de aquella.

La noche trascurrió en medio de las lamentaciones de Fulvia y los proyectos de venganza de los clientes de Clodio.

Al dia siguiente en cuanto amaneció, aumentó la multitud; seis ú ocho mil hombres del pueblo se agrupaban al rededor de la casa, y de tal modo se empujaban unos á otros que tres ó cuatro murieron ahogados.

En medio de la multitud estaban dos tribunos del pueblo, Minucio Plancio y Pomponio Rufo. Siguiendo sus consejos, el pueblo cogió el cadáver y lo llevó desnudo, pero todavía calzado,—en el estado, en fin, en que lo habian colocado en la cama para que pudieran verse sus heridas,—á la tribuna de las Arengas, donde Plancio y Rufo, partidarios de Clo-

dio, empezaron con sus declamaciones á amotinar el pueblo contra el asesino.

Entonces los artesanos y los esclavos á quienes Clodio habia ofrecido tantas veces su libertad, cogieron el cuerpo y lo bajaron á la Curia Hostilia, donde lo quemaron, improvisando una pira con las mesas y los bancos de los tribunales y del senado. Ademas, alimentaron el fuego con los legajos de los escritores copistas.

Hacia viento y la pira incendió la curia; de allí el fuego se comunicó á la famosa basílica Porcia, que Caton habia defendido con peligro de su vida, y la cual fué destruida por completo.

Despues los fanáticos corrieron á sitiar las casas de Milon y del interey.

Milon estaba ausente: contra él era un acto de pura y simple venganza; pero contra Lépido era un acto de política. Se queria obligarle á reunir los comicios y aprovechar la irritacion que habia contra Milon para conseguir por sorpresa el nombramiento de Scipion Hipseo.

Pero Lépido no se dejó intimidar. Cerró las puertas, reunió su esclavos, sus servidores y la guardia que tenia como interey, se puso á su cabeza y rechazó los asaltantes á flechazos.

Una docena de ellos quedaron en el campo de batalla.

Visto aquello por los otros, volvieron al Forum, cogieron las haces del lecho libitinario y las llevaron á las casas de Scipion é Hipseo, los cuales no osaron tomarlas.

Entonces el pueblo las llevó á Pompeyo,—que, como siempre, estaba retirado en sus jardines,—saludándolo á voces con los títulos de cónsul y dictador. Luego, sabiendo que ocho ó diez de los suyos habian sido muertos ó heridos por Lépido y sus servidores, volvió en confusa multitud á sitiar la casa del interey, la cual al fin fué tomada el quinto dia del interregno.

Una vez derribadas las puertas, los furiosos se esparcieron por la casa, arrojaron al suelo las estátuas de los antepasados de la familia Emilia que estaban colocadas en el atrio, rompieron la cama y los muebles de Cornelia, mujer de Lépido, y sitiaron de nuevo á este en la parte mas retirada del edificio. Allí sin duda lo hubieran degollado si Milon, que habia huido al pronto de Roma y habia vuelto despues á ella con crecido número de parciales para pedir los comicios, no hubiese acudido en su auxilio y llevádole á otro paraje.

Roma, pues, se bañaba en fuego y sangre; esta corria por las calles, y la curia y la basílica humeaban aún.

IX

Aquellas violencias habian servido de contrapeso á la muerte de Clodio, de modo que Milon, como hemos visto, sabiendo el cambio de opinion que se verificaba en su favor, no habia titubeado en volver á Roma.

Una vez allí, habia seguido pretendiendo el consulado, haciendo distribuir públicamente á todos los ciudadanos que quisieran aceptarlos mil ases por cabeza, esto es, siete pesos de nuestra moneda.

Pero aquellas liberalidades no dieron resultado alguno. La muerte de Clodio habia entrado demasiado profundamente en el corazon del pueblo, y de su herida habia brotado un odio profundo contra Milon. En vano el tribuno M. Cœlio, Q. Hortensio, T. Ciceron, Marcelo, Caton y Fausto Sila tomaron su defensa; nada pudo calmar la efervescencia que habia

contra él. Los comicios se veian turbados cada dia con nuevos motines. En fin, aquellos desórdenes tomaron tal carácter de gravedad, que un senado consulto ordenó al interey, á los tribunos del pueblo y á Pompeyo que cuidasen de que la República no sufriese daño alguno.

¿Hasta qué punto era estraño Pompeyo á aquellos disturbios? Difícil es decirlo. Lo cierto es que él fué el único que sacó provecho de ellos.

El 5 de las calendas de Marzo, esto es, el 23 de Febrero, Pompeyo fué proclamado cónsul único por el interey Servio Sulpicio, y en el instante tomó posesion de su magistratura.

Una vez en el poder, Pompeyo conoció que para mantener su influencia necesitaba restablecer al momento la tranquilidad. ¿Quién la turbaba? Los que pedian que se encausase á Milon.

Ahora bien; ¿era Milon culpable, ó al menos se le acusaba de haber hecho asesinar á Clodio? Sí, ¿Era Clodio ciudadano romano? Indudablemente. ¿Debia Milon ser castigado si se le reconocia culpable, y absuelto si lograba mostrar su inocencia? Indudablemente tambien.

Pompeyo, pues, resolvió encausar á Milon, aunque este fuera su hechura, aunque tres años antes lo hubiese puesto él mismo en la esfera en que se hallaba.

En consecuencia, á los tres dias de su instalacion pidió un senado consulto que lo autorizase para establecer dos tribunales escepcionales, dos especies de cortes marciales que pudiesen juzgar con mas atencion y mas severidad que los tribunales ordinarios.

Era ensayar la dictadura y nadie se dejó engañar.

El tribuno Cœlio se opuso á aquella pretension con todo su poder, pero Pompeyo, sabiendo que tenia en su favor á todas las personas á quienes les importaba poco que él fuera dictador con tal que devolviese la tranquilidad á Roma, declaró que no tenia nada que ver con la oposicion de los tribunos y que en caso de necesidad sabria defender á la República con las armas.

Pobre República! bien necesitaba, en efecto, que la defendieran!

La oposicion del tribuno desapareció bajo la presion de las clases ricas y aristocráticas.

La ley se espidió; se establecieron dos tribunales de escepcion y se entablaron tres acusaciones contra los autores de los disturbios: una de violencia.—en la cual estaban comprendidos los incendios de la curia Hostilia y de la basílica Porcia, lo mismo que la muerte de Clodio,—otra de solicitud de cargo público y otra de captacion de sufragios.

El pueblo eligió á L. Domicio Ahenobarbo para

cuesitor del tribunal de violencia y solicitud de cargo público, y á A. Torcuato para el de captacion de sufragios.—El cuesitor, como lo indica su nombre, era á la vez lo que son hoy entre nosotros el alcalde mayor y el promotor fiscal.

Appio Clodio, el mayor de los dos hermanos, fué quien presentó la primera acusacion.

Héla aquí:

"En el tercer consulado de Cneo Pompeyo el Grande, cónsul único, el 8 de los ídus de Abril, ante los cuesitores Domicio y Torcuato, declara Appio Clodio que en virtud de la ley Pompeya sobre violencia, acusa á T. Annio Milon, diciendo que el 3 de las calendas de Febrero último hizo asesinar á Clodio en la taberna de Coponio, situada en la vía Appia. Pide, pues, que de conformidad con dicha ley sea condenado T. Annio Milon á la interdiccion del agua y el fuego."

Aquello era el destierro. Como se recordará, ningun ciudadano romano podia ser condenado á muerte.

Domicio registró los nombres de Appio Clodio como acusador y de Annio Milon como acusado, y fijó el comparendo para el 6 de los ídus de Abril. Se concedian diez dias á Milon para preparar su defensa.

La audiencia debia celebrarse, como de costumbre, en el Forum, en el tribunal del pretor, entre la

vía Sacra y el canal, y empezar á la primera hora del dia, esto es, á las seis de la mañana.

Cualquiera hubiera dicho que nadie se habia acostado en Roma en la noche que precedió á aquel dia, al ver lo atestado de gente que estaba la plaza cuando aparecieron los primeros rayos del sol tras la montaña de la Sabina.

Aquel movedizo mar habia subido, durante la noche, del piso de la plaza á los escalones de los templos, que parecian gradas hechas exprofeso para recibir espectadores; luego de allí habian pasado á los techos, y todos ellos estaban cubiertos de curiosos que ondulaban en aquella altura como mieses aéreas. Los habia sobre la cárcel pública, sobre los templos de la Fortuna y de la Concordia, sobre el Tabularium, sobre las murallas del Capitolio, sobre las basílicas Paula y Argentaria, sobre los arcos de Jano y de Fabio, sobre la Grecostacia y hasta sobre el monte Palatino.

Como se comprenderá, las tres cuartas partes de los espectadores no podian oir nada, en el sentido exacto de esa palabra; pero para los antiguos romanos, lo mismo que para los italianos modernos ver es oir.

A las seis y media de la mañana subió un heraldo á la tribuna y anunció al acusador y al acusado.

En efecto, casi en el mismo instante aparecieron uno y otro.

Un murmullo acogió la aparicion de Milon, no tanto por ser el asesino de Clodio, cuanto porque el tribuno, desdeñando la costumbre establecida, no se habia dejado crecer la barba ni el pelo,—crecimiento que de cualquier modo, sobre todo el del último, no hubiera sido muy visible en diez dias,—y ademas porque llevaba una toga elegante en vez de la sucia y desgarrada que era uso ponerse en tales casos.

Tampoco afectaba el aire de humildad y sumision con que los acusados se presentaban en Roma ante sus jueces.

Lo acompañaban sus amigos y sus parientes, con aspecto triste y trage descuidado, haciendo con él completo contraste.

Llevaba seis defensores, á cuyo frente iba Ciceron, orador de la causa.

El acusador, el acusado y los defensores ocuparon sus asientos.

Entonces Domicio hizo traer unas pequeñas bolas en que estaban inscritos los nombres de porcion de ciudadanos puestos en una lista redactada por Pompeyo, las echó en una canastilla y sacó ochenta y una, que dieron ochenta y un nombres, esto es, el total de los jueces fijados por la nueva ley.

Cada juez,—todos los apuntados en la lista esta-

ban reunidos en un punto inmediato,—así que oia su nombre, iba á ocupar su puesto en el hemiciclo, á menos que presentase una escusa para dispensarse de juzgar.

Formado el tribunal, el cuesitor hizo prestar juramento á los jueces. El fué el único que no lo prestó, atendido que no era juez, sino solo el instructor, el director de los debates, el escrutador de los votos y el ejecutor de la ley.

Ordinariamente los debates empezaban con la queja del acusador, á la cual seguia la audiencia de los testigos citados por él; pero entonces se estaba bajo el imperio de la ley Pompeyo, la cual disponia que se empezase por la audiencia de los testigos.

Así, pues, estos fueron oidos los primeros.

La audiencia duró desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Hácia la hora décima el heraldo anunció que los testigos *habian dicho*.

La primera formalidad de la causa habia, pues, absorbido todo el primer dia.

La multitud empezaba á retirarse cuando Minucio se lanzó á la tribuna esclamando:

—Pueblo, mañana se pronuncia el fallo sobre el infame Milon. Cierra tus tabernas y ven aquí en masa á impedir que el asesino se libre de una justa venganza.

—Jueces! gritó á su vez Ciceron; ya lo oís! se invita á los hombres que Clodio alimentaba con el bandidaje y la rapiña á venir mañana aquí á prescribir vuestro fallo! Que esa impudente amenaza os sirva de advertencia para hacer plena justicia á un ciudadano que ha despreciado siempre toda clase de bandidos cuando era cuestion de proteger á las personas honradas.

Todos se separaron en medio de un tumulto espantoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

Como se comprenderá, ambos partidos aprovecharon la noche.

Craso, que no habia sido visto durante el dia, se mostró activísimo una vez llegadas las tinieblas.

Para sostener su popularidad se habia declarado en favor de Clodio. Fué á ver á los jueces de posicion elevada y á los otros los hizo ir á su casa; esparció dinero á manos llenas, garantizó la futura conducta de los clodianos, y, en fin, renovó y hasta sobrepujó todo lo que habia hecho en otro tiempo cuando la acusacion del difunto.

El dia siguiente, 3 de los idus de Abril, en que debia darse la sentencia, se cerraron todas las tabernas de Roma, tal como habia recomendado Minucio la víspera.

Como se temian no solo injurias sino hasta vías

de hecho contra el tribunal, Pompeyo colocó tropas al rededor del Forum y en las gradas de los templos, de modo que por donde quiera las corazas, las espadas y las lanzas reflejaban los rayos del sol.

Todo, pues, estaba rodeado como de un cinturon de hierro y de fuego.

A la segunda hora del dia, esto es, á las siete de la mañana, el tribunal ocupó sus asientos y el heraldo impuso silencio.

Se procedió á pasar lista á los jueces y luego el cuesitor impuso silencio de nuevo.

Establecido este, tanto como podia exigirse de una multitud tan considerable, los acusadores tomaron la palabra.

Eran Appio Clodio, su hermano menor Marco Antonio y Valerio Nepo.

Hablaron durante las dos horas que les concedia la ley.—Los tribunales romanos tenian la sábia precaucion, descuidada por nosotros, de limitar el tiempo que podian hablar los abogados.

Milon habia tenido cuidado de hacer conducir á Ciceron en litera.

Ya hemos dicho que el gran orador no pecaba de valiente.

La víspera habia sido insultado por la multitud, que le habia llamado bandido y asesino, llegando hasta acusarle de haber aconsejado el asesinato.

—*Me latronem et sicarium abjecti homines et perditi describerunt*, dijo en su discurso en pro de Milon.

La precaucion de este fué, pues, bastante útil mientras solo fué cuestion de atravesar las calles, pero cuando la litera llegó al Forum, cuando Ciceron vió los soldados de Pompeyo que lo rodeaban, y al mismo Pompeyo en pié en medio de una guardia escogida, con su baston de mando en la mano y los lictores cerca de él sobre las gradas del templo de Saturno, el gran orador empezó á turbarse.

Los acusadores habian terminado, y le llegaba á él la vez de hablar.

Se levantó, se pasó la mano por la frente, lanzó profundos suspiros, paseó una mirada suplicante sobre los jueces y sobre la multitud, fijó los ojos en las manos, hizo sonar las coyunturas de los dedos, y en fin, pareciendo poseido de una emocion violenta, empezó su exordio con voz temblorosa.

Mas apenas pronunció las primeras palabras, los clodianos lo interrumpieron con vociferaciones.

Entonces Pompeyo, que habia jurado ser imparcial hasta el fin, mandó echar del Forum los perturbadores á planazos; y como la espulsion no se verificase sin injurias y sin luchas, varios salieron heridos y dos quedaron muertos. Aquello restableció un poco la calma.

Cieeron prosiguió su discurso. Pero el golpe estaba ya dado: á pesar de los aplausos de los amigos y de la familia de Milon, á pesar de las esclamaciones de: "Bien! muy bien! escelente! perfecto! magnífico!" que resonaban en sus oidos, se mostró débil, lánguido, helado, indigno, en fin, de sí mismo.

Despues de Ciceron tocó el turno á los elogiadores.

Estos eran los parientes, los amigos, los protectores y hasta los clientes del acusado: cada uno iba á su vez á pronunciar una arenga laudatoria, á citar algun hermoso rasgo suyo, á hacer ver su generosidad, su valor, su moralidad.

El abogado tenia dos horas para hablar y los elogiadores una; total tres.

Así que el último elogiador hubo pronunciado la fórmula usual: *Dixi*, y así que un heraldo hubo repetido en alta voz: *Dixerunt*, se pasó á la recusacion.

La ley ordinaria establecia que las recusaciones se verificasen antes de la defensa de la audiencia de los testigos; pero la ley Pompeya, bajo cuyo imperio se hallaba constituido el tribunal, admitia las recusaciones despues de aquellas.

Era una ventaja, así para los acusados como para los acusadores. Conocian á los jueces y habian podido observar en sus semblantes las diferentes impresiones que habian recibido durante el debate.

El acusador y el acusado recusaron cada uno cin-

co senadores, cinco caballeros y cinco tribunos del tesoro: total, treinta jueces; de modo que su número quedó reducido á cincuenta y uno.

Aquella recusacion, como se comprenderá, no se efectuó sin gritos y clamores.

Despues se distribuyeron al tribunal pequeñas tablillas de cuatro dedos de ancho y cubiertas de cera, á fin de que cada juez pudiera inscribir su voto en la suya.

Los que estaban por la absolucion ponian una A, *absolvo;* los que por la condena una C, *condemno,* y los que deseaban permanecer neutrales una N y una L, *non liquet; el asunto no está claro.*

Lo último indicaba que ni la inocencia ni la culpabilidad parecian bastante probadas para que el juez se pronunciase.

Los jueces echaban las tablillas en la urna, levantando la toga á fin de descubrir el brazo, llevando la parte escrita vuelta hácia el interior de la mano.

Un solo juez votó llevando la parte escrita vuelta hácia el público y diciendo en alta voz:

—*Absolvo.*

Era Caton.

Durante aquel tiempo, los amigos y los elogiadores de Clodio habian invadido el hemiciclo de los jueces echándose á sus piés y besando sus rodillas cuando escribian el voto.

En aquel momento cayó un gran chubasco, y algunos de aquellos, en prueba de su profunda humildad, cogieron fango del suelo y se lo echaron á la cara, lo cual conmovió mucho á los jueces.

Esto no lo decimos nosotros; lo dice Valerio Máximo.

Os sum cœno replevit, quod conspectum totam quæstionem á severitate ad clementiam et masuetudinem transtulit.

Al fin, llegó el momento del escrutinio, el cual produjo trece votos por la absolucion y treinta y ocho por la condena.

Entonces el cuesitor Domicio se levantó con aire triste y solemne, se quitó su toga, en señal de duelo, y despues, en medio del mas profundo silencio:

—Parece, dijo, que Milon merece ser desterrado y sus bienes vendidos; acordamos, por lo tanto entredicharle el agua y el fuego.

Al oir aquella sentencia, resonaron en el Forum estrepitosos gritos y palmadas.

Eran los clodianos, que celebraban su triunfo.

Entónces el cuesitor levantó la sesion diciendo á sus asesores:

—Podeis retiraros.

Craso se quedó uno de los últimos y pidió que le dejaran ver las tablillas. Debian esponerse al público, á fin de que todos los ciudadanos pudiesen ase-

gurarse de la verdad del escrutinio; ademas, no estando firmadas, no comprometian á nadie.

Pero Craso tenia su idea; habia distribuido tablillas bubiertas con cera encarnada á los jueces que habia comprado, y como la cera de las demas era de color natural, pudo conocer quiénes le habian cumplido y quiénes le habian engañado.

Por lo que hace á Milon, aquella misma noche salió de Roma y partió para Marsella.

Allí recibió el discurso de Ciceron, perfectamente ecopiado por sus secretarios.

Lo leyó mientras se hallaba á la mesa comiendo salmonetes.

Cuando hubo terminado su lectura, lanzó un suspiro y contestó sencillamente al ilustre orador:

"Si Ciceron hubiese hablado como ha escrito, no comeria ahora Annio Milon salmonetes en Marsella."

XI

Ya hemos dicho que los millones de Gabinio impedian dormir á Craso.

Gabinio, en efecto, habia regresado á Roma despues de haber saqueado la Siria y el Egipto; bien hubiera querido hacer lo mismo con Ctesifon y Seleucia, pero los caballeros, furiosos de que todo lo cogiese para él sin darles nada á ellos, escribieron á Ciceron.

Ciceron, siempre pronto á acusar, acusó á Gabinio.

Pero aquella vez se apresuró un poco.

Gabinio era hechura de Pompeyo y probablemente no habia robado para sí solo.

Pompeyo fué á ver á Ciceron, le observó que se habia engañado, que Gabinio era el hombre mas hon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rado del mundo y que en vez de acusarle debia defenderlo y abogar por él.

Ciceron vió que habia dado un paso en falso y se apresuró á volverse atras.

Pero ni siquiera trató de hacerse creer á sí mismo que habia hecho una cosa honrosa, ni menos aún de hacerlo creer á sus amigos.

Véanse sus cartas; se queja del oficio que desempeña y á veces trata de reirse de él, esperando acostumbrarse.

—Bah! dice, trataré de conseguirlo; el estómago se va endureciendo [*stomachus concaliut.*]

Ctesifon y Seleucia, esa magnífica parte del mundo que se habia librado de Gabinio, era, pues, lo que codiciaba Craso; solo que el deseo le impedia ver el peligro.

No sabia mas que de oidas y por lo poco que Pompeyo habia visto lo que tenia de terrible aquella caballería escita, que, al igual de los mamelucos modernos, se reclutaba entre esclavos, que acampaba en la Alta Asia en el imperio de los Seleucidas y que habia reunido á él la Mesopotamia, Babilonia, la Media, la Atropatena, la Susiana, la Pérsida, la Hircania y qué sé yo qué mas.

Aquella monarquía, esencialmente feudal, habia sido fundada por Arsaces, doscientos cincuenta y

cinco años antes de Jesucristo, y tenia por rey en la época de que nos ocupamos, á Orodes I.

Pero no se ignoraba que los partos eran adversarios terribles; que hombres y caballos iban cubiertos de hierro; que sus armas eran flechas temibles hasta no mas, mortíferas en el ataque y mas mortíferas aun en la fuga, pues las lanzaban diestramente al huir, por encima del hombro izquierdo.

En el momento de la partida, Craso escribió á César pidiéndole su hijo, que servia á sus órdenes.

César contestó á Craso, que no solo le enviaria á su hijo, sino que lo haria acompañar por mil guerreros escogidos y un cuerpo de galos que le garantizaba como los primeros soldados del mundo despues de los romanos, y á veces antes que los romanos mismos.

Tal era César; empeñado en una guerra terrible, mandaba cinco ó seis millones cada año á Roma para sostener su popularidad, y prestaba dos legiones á Pompeyo y tres mil hombres á Craso.

Cuando Craso partió hubo un motin.

Caton habia desaprobado públicamente la guerra pártica.

—¿A qué vá Roma, decia, á pelear con hombres que nada le han hecho y con los cuales existen tratados?

Ateyo, tribuno del pueblo, era de la opinion de

Caton, y habia declarado que no dejaria partir á Craso.

Este, al ver la agitacion de Roma, tuvo miedo y fué á ver y suplicar á Pompeyo que lo acompañase hasta fuera de las puertas, cubriéndolo con su popularidad.

Quizá Pompeyo, que de todos los generales romanos era, al par de Lúculo, el que mas habia tenido que ver con los partos, hubiera debido disuadir á Craso de su proyecto; pero veia á César detenido en las Galias por cinco años mas y á Craso en la Mesopotamia por un espacio de tiempo que solo los dioses podian fijar. El era el único de los tres tribunos que debia permanecer en Roma.

Tenia, pues, interes en que Craso se alejase de allí como se habia alejado César.

Una vez solo, esperaría tranquilamente la monarquía, ó cuando menos la dictadura.

Fué, pues, á buscar á Craso á su casa.

Las calles que daban á la puerta Capena, que era por donde aquel debia salir, estaban atestadas de gente.

Muchos de los que allí se hallaban se disponian á impedirle el paso y apostrofarlo.

Pero Pompeyo marchaba delante de él.

Avanzó hácia los descontentos, les habló con su

grave semblante y su dulce voz, les exhortó á la calma y les suplicó que se retirasen.

Viendo á aquel hombre, á quien rodeaba una gloria tan grande, y á quien acababa de herir una inmensa desgracia, los mas irritados se hicieron á un lado y los mas malévolos callaron.

Así, pues, quedó abierto un paso ante él y Craso.

Pero en medio de aquel paso estaba en pié el tribuno Ateyo.

Ateyo y Favonio eran en estoicismo—digamos mas bien en cinismo, si no en genio—los rivales de Caton; se les llamaba sus monos.

Ateyo, repetimos, estaba en medio del camino.

Dió dos pasos al encuentro de Craso y le intimó que suspendiese su marcha, protestando contra la guerra.

Despues, viendo que Craso, animado por Pompeyo, seguia caminando, dió órden á un ugier de detenerlo.

El ugier puso una mano sobre el hombro de Craso, deteniéndolo en nombre del pueblo.

Pero acudieron los otros tribunos y desaprobando aquella violencia de Ateyo permitieron á Craso continuar su camino.

Ateyo entonces corrió á la puerta de la ciudad, colocó allí una trípode con carbones encendidos, es-

parció sobre ella perfumes y libaciones y condenó á Craso á los dioses infernales.

Aquel acontecimiento produjo en Roma profunda impresion.

Se decia que jamas hombre alguno condenado así se habia librado de la muerte en los tres años que habian seguido al sacrificio.

Y casi siempre arrastraba consigo á la tumba al impudente provocador que habia llamado en su auxilio á las terribles divinidades del infierno.

Ademas, Ateyo estaba de tal modo exasperado, que habia comprendido en el anatema no solo á Craso, sino á su propia persona, al ejército, á la misma Roma—á Roma, la ciudad sagrada!

Craso pasó á través del humo de los perfumes infernales y de las imprecaciones del tribuno y llegó á Bríndis.

El mar estaba agitado todavía por los vientos de invierno; pero tenia tal prisa de correr á la muerte, que no quiso esperar.

Se hubiera dicho que lo impelia la mano de la fatalidad.

Diose á la vela, pero en la travesía se perdieron varios buques.

Luego desembarcó en Galacia y continuó su camino por tierra.

Al cabo de dos ó tres dias de marcha encontró al rey Deyotaro, que hacia edificar una nueva ciudad. Mas tarde veremos á Ciceron defender á ese rey.

Deyotaro era ya viejo.

Craso se adelantó hácia él y le dijo, riéndose, aludiendo á su edad:

—¿Cómo es, oh rey! que te pones á trabajar á la duodécima hora del dia?

El rey gálata miró á Craso, que tenia sesenta años, y que, estando enteramente calvo parecia tener setenta.

—Creo á mi vez, poderoso general, le contestó, que tú no te has levantado muy de mañana para hacer la guerra á los partos.

Craso prosiguió su viaje, no queriendo hablar mas con un bárbaro que daba respuestas tan prontas.

Llegó al Eufrates, echó sobre él un puente, sin dificultad, y pasó al otro lado.

Despues ocupó varias ciudades de la Mesopotamia, que se entregaron voluntariamente.

Una de ellas, sin embargo, mandada por cierto Apolonio, se defendió y le mató cien hombres.

Era el primer obstáculo que encontraba en su camino.

Craso se enfureció, marchó con todo su ejército contra aquella bicoca, la tomó por asalto, la saqueó, vendió sus habitantes y se hizo proclamar imperator.

Despues, habiendo dejado en las diferentes ciudades que habia conquistado seis ó siete mil hombres, de los cuales mil eran de caballería, volvió atras á tomar cuarteles de invierno en Siria, para esperar allí á su hijo, el cual, como se recordará, llegaba de las Galias con un refuerzo enviado por César.

Esa fué la primera cosa que los Jominis de la época echaron en cara á Craso; segun ellos, hubiera debido seguir marchando adelante y ocupar á Babilonia y Seleucia, ciudades hostiles á los partos, en lugar de dar tiempo al enemigo para hacer sus preparativos de defensa efectuando aquella retirada.

Pero Craso tenia sus proyectos: lo que pensaba hacer no era una hermosa campaña sino un buen negocio.

XII

El negocio fué bueno, en efecto, al comenzar, y un banquero de nuestros dias no hubiera hecho mejor sus cálculos.

Craso se estableció en Siria, y allí, en lugar de ejercitar sus soldados en el manejo de las armas ó en la gimnasia, estableció una casa de comercio en que se puso á computar las rentas de las ciudades y á manejar y contar, balanza en mano, los tesoros de la diosa de Hierópolis de Caria. Esa diosa es desconocida hoy, y ya era poco conocida en aquella época, pues unos dicen que era una Vénus, otros que una Juno, que en nada se parece á aquella, y otros, en fin, la diosa Natura, en la cual hallamos cierta conexion con la diosa Ma, ó sea con la Buena Diosa, cuya historia hemos contado á propósito de los amores de Clodio con la mujer de César.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como quiera que fuese, era una diosa muy rica, tanto que Craso se hizo mantener por ella durante todo un invierno.

Al mismo tiempo escribia á los pueblos y á las provincias pidiéndoles un contingente de soldados.

Despues, cuando los habia asustado con la idea de una contribucion de sangre, oia las quejas de los habitantes, se dejaba enternecer y cambiaba la contribucion de hombres en otra de dinero.

Todo aquello enriquecia á Craso, pero estendia á la Siria y á las provincias inmediatas la mala reputacion que tenia en Roma.

Entonces lo alcanzó su hijo.

El jóven llegaba orgulloso con el premio de valor que habia conquistado en las Galias y el cual le habia sido concedido por César, que era un verdadero imperátor. Ademas, llevaba consigo los tres mil hombres prometidos.

La cohorte gala, sobre todo, era magnífica.

Parece que Craso habia hecho un voto á la diosa de Hierópolis, pues así que llegó su hijo, el padre lo llevó á visitar el templo.

Pero á la salida esperaba á ambos un mal presagio.

Al pasar el dintel de la puerta el jóven resbaló y cayó, y el anciano, que lo seguia, resbaló tambien y cayó sobre él.

El mismo accidente ocurrió á César al pisar las playas africanas; pero César salió del paso pronunciando las hermosas palabras que conocen nuestros lectores y que sin duda desarmaron á los dioses: "Ah! Africa, ya eres mia!"

Mientras Craso se ocupaba en sacar sus tropas de los cuarteles de invierno, llegaron embajadores del arsace de los partos.

Desde la fundacion de la monarquía por Arsaces I se daba el nombre de *Arsaces* á sus reyes, lo cual confunde bastante á los historiadores romanos, que toman por nombres de reyes el título general con que se les designaba.

Así traducen tambien el título de *brenn*, dado al gefe de los galos, por el nombre de Breno, é *Irmensoul*, la columna de Irmin, ó de Hermmann, por Irminsul.

El arsace que reinaba entonces se llamaba Orodes I.

Los embajadores llevaban el encargo de dirigir á Craso estas pocas palabras:

—Si tu ejército ha sido enviado por los romanos, la guerra se hará sin tregua, terrible, implacable! Si en vez de eso viene, como se dice, contra su voluntad, y solo por satisfacer tu avaricia, el rey mostrará moderacion; tendrá lástima de Craso y dejará sa-

lir libremente á sus soldados de las ciudades en que se hallan, no de guarnicion, sino prisioneros.

Craso, que se creia vencedor y que veia que le hablaban como á vencido, se sorprendió estraordinariamente y se echó á reir.

—Está bien, contestó; decid á vuestro rey que le haré conocer mi respuesta en Seleucia.

—¡En Seleucia! replicó el mas anciano de los embajadores, que se llamaba Vagises.

Luego, mostrando la palma de la mano:

—Antes que llegues allí, añadió, habrá nacido aquí pelo.

Y sin mas réplica de una ni otra parte, los embajadores se alejaron, yendo á decir al rey Orodes que era preciso prepararse para la guerra.

Apenas estarian los embajadores á tres jornadas del campamento de Craso cuando llegaron algunos romanos escapados de los puntos en que estaban de guarnicion, y los cuales por milagro habian podido ir hasta donde estaba su general.

Las noticias que llevaban estaban completamente en armonía con las amenazas que resonaban aún en los oidos del nuevo imperator.

Habian visto con sus propios ojos al enemigo con quien tenian que habérselas, y el modo con que habian atacado las ciudades en que ellos se hallaban.

Aquellos enemigos no eran hombres, sino demonios.

Dos frases resumian su pensamiento por completo:

"Es imposible librarse de ellos cuando persiguen.

—No hay modo de alcanzarlos cuando huyen."

Las armas de aquellos ginetes, que iban cubiertos de hierro, lo mismo que sus caballos, rompian todos los obstáculos y no cedian á choque alguno.

Tales noticias eran siniestras, sobre todo dadas por hombres que decian: "Lo hemos visto."

Hasta entonces, repetimos, no se habia hecho mas que entrever á los partos; se habia creido que eran iguales á los armenios y á los capadocios, que huian cuando percibian los soldados de Lúculo y á los cuales este habia hecho correr hasta cansarse.

Se esperaba, pues, una campaña fatigosa; pero no se temia un peligro.

Y hé ahí que toda la falsa idea que se habia formado de los enemigos se desvanecia como el humo.

Craso reunió su consejo.

Muchos oficiales de los mas caracterizados del ejército pensaban que era preciso detenerse allí; á su frente estaba el cuestor Casio.

Los adivinos eran del mismo parecer; decian que las señales de las víctimas eran contrarias y funestas.

Pero Craso no quiso oir nada, ó, mas bien, solo

escuchó á algunos imprudentes y aduladores que le decian que siguiese adelante.

Por aquel entonces, llegó al campamento Artabazo, rey de los armenios.

Llevaba consigo seis mil ginetes, pero aseguraba que aquello no era mas que su guardia y su escolta; prometia otros diez mil y treinta mil infantes, que, segun decia, vivirian sobre el país.

Unicamente aconsejaba á Craso que cambiase su itinerario é invadiese el reino de Orodes por la Armenia, donde hallaria alimentos en abundancia para los hombres y los caballos, y marcharia en seguridad, cubierto por las montañas, por un terreno donde no podria maniobrar la caballería, que era la principal fuerza de los partos.

Pero Craso acogió friamente aquel buen consejo, y declaró que continuaria su ruta por la Mesopotamia, en cuyas ciudades habia puesto guarniciones romanas.

Artabazo se despidió y se retiró.

Craso se privaba de ese modo de treinta ó cuarenta mil hombres. ¡Y qué hombres! gente del país que conocia las localidades y el modo de vivir y hacer la guerra en ellas.

Cuando llegó á Zeugma, sobre el Eufrates, ciudad cuyo nombre provenia de un puente que Alejandro habia hecho construir allí, estalló una furiosa tempestad; truenos espantosos resonaban de nube en nube por encima de las cabezas de los soldados, mientras que relámpagos sin cesar repetidos les abrasaban la cara.

Cayó una tromba sobre las balsas haciéndoles chocar unas contra otras, y destrozó bastantes.

Dos veces cayó el rayo en el sitio en que Craso iba á acampar.

Uno de sus caballos, magníficamente emparazonado, se asustó de tal modo, que arrastrando al escudero que lo montaba se precipitó con él al rio, donde desapareció en un remolino.

Se habia hecho una parada para dar tiempo á la tempestad de que se calmase.

Una vez calmada, Craso mandó seguir avanzando.

Se levantaron las águilas que se habian fijado en tierra; pero la primera, la que servia en cierto modo de guía á las demas, se volvió por sí sola, como dando la señal de retirada.

Craso reiteró la órden de seguir adelante y pasar el puente; luego cuando lo hubo pasado, hizo distribuir víveres á los soldados.

Pero los tales víveres eran lentejas y sal, objetos que los romanos miraban como símbolo de luto, haciéndolos servir al efecto en los funerales. Entonces, notando cierta turbacion entre los soldados, Craso los reunió para arengarlos, y en su arenga les dijo:

—Es preciso destruir el puente, á fin de que ninguno de nosotros lo vuelva á pasar.

Aquellas palabras, que no se sabe cómo se le escaparon, causaron al ejército profundo terror.

Hubiera podido muy bien calmarlo, prosiguiendo la arenga y esplicando su idea; pero creyó que era vergonzoso para un general el dar esplicaciones á sus soldados y pasó inmediatamente al sacrificio.

En fin, y como si los presagios hubieran querido advertirle hasta lo último, cual si la Fortuna, asustada, quisiera suplicarle ella misma que renunciase á su proyecto, en el momento en que el adivino le presentaba las entrañas, estas se le deslizaron de las manos y cayeron al suelo.

—Hé ahí lo que es la vejez! dijo Craso; pero tranquilizaos, soldados, á vosotros no se os caerán las armas de las manos.—Una vez terminado el sacrificio, el ejército, triste y taciturno, prosiguió la marcha á lo largo del rio. No hubo un solo romano á quien aquella serie de presagios no hubiera causado profunda impresion. Solo los galos continuaban riendo y cantando, y como los romanos les dijesen:

—¿Vosotros no temeis nada?

—Sí, les contestaban, tememos que el cielo se caiga y nos coja debajo.

Era, en efecto, el único temor de aquellos hombres.

XIII

El ejército seguia la orilla del rio.

Craso tenia siete legiones de infantería, algo menos de cuatro mil caballos y casi otros tantos vélites.

Estos eran gladiadores acostumbrados á combatir con los leones.

Pero iban á tener que habérselas con un enemigo mas peligroso aún que aquellos animales: los partos.

Durante aquella marcha volvieron los esploradores que habian ido de descubierta.

Anunciaban que la llanura estaba desnuda y desierta en todo lo que podia alcanzar la vista, pero que la tierra estaba llena de huellas de caballos que habian vuelto para atrás.

Aquella noticia confirmaba las esperanzas de Craso, que decia que los partos no osarian nunca esperar á los romanos.

—Es preciso destruir el puente, á fin de que ninguno de nosotros lo vuelva á pasar.

Aquellas palabras, que no se sabe cómo se le escaparon, causaron al ejército profundo terror.

Hubiera podido muy bien calmarlo, prosiguiendo la arenga y esplicando su idea; pero creyó que era vergonzoso para un general el dar esplicaciones á sus soldados y pasó inmediatamente al sacrificio.

En fin, y como si los presagios hubieran querido advertirle hasta lo último, cual si la Fortuna, asustada, quisiera suplicarle ella misma que renunciase á su proyecto, en el momento en que el adivino le presentaba las entrañas, estas se le deslizaron de las manos y cayeron al suelo.

—Hé ahí lo que es la vejez! dijo Craso; pero tranquilizaos, soldados, á vosotros no se os caerán las armas de las manos.—Una vez terminado el sacrificio, el ejército, triste y taciturno, prosiguió la marcha á lo largo del rio. No hubo un solo romano á quien aquella serie de presagios no hubiera causado profunda impresion. Solo los galos continuaban riendo y cantando, y como los romanos les dijesen:

—¿Vosotros no temeis nada?

—Sí, les contestaban, tememos que el cielo se caiga y nos coja debajo.

Era, en efecto, el único temor de aquellos hombres.

XIII

El ejército seguia la orilla del rio.

Craso tenia siete legiones de infantería, algo menos de cuatro mil caballos y casi otros tantos vélites.

Estos eran gladiadores acostumbrados á combatir con los leones.

Pero iban á tener que habérselas con un enemigo mas peligroso aún que aquellos animales: los partos.

Durante aquella marcha volvieron los esploradores que habian ido de descubierta.

Anunciaban que la llanura estaba desnuda y desierta en todo lo que podia alcanzar la vista, pero que la tierra estaba llena de huellas de caballos que habian vuelto para atrás.

Aquella noticia confirmaba las esperanzas de Craso, que decia que los partos no osarian nunca esperar á los romanos.

Pero Casio intervino por vigésima vez, repitiéndole su súplica de no continuar avanzando; que si no queria retirarse enteramente, y huir ante un adversario que huia tambien, podia llevar su ejército á una de las ciudades que tenia ocupadas, y esperar allí noticias ciertas sobre su enemigo.

Si Craso se empeñaba en no adoptar aquel partido, por considerarlo demasiado prudente, quedaba aún el recurso de dirigirse sobre Seleucia, siguiendo las orillas del rio; de ese modo marcharia en conserva con sus buques de trasporte. En cada campamento el rio proporcionaria el agua, y los buques darian los víveres, con lo cual no carecerian de nada. Ademas, el Eufrates, cubriendo á los romanos por un lado, impediria que fuesen nunca envueltos; y en caso de que los partos llegasen á presentar batalla, combatirian con igual ventaja, teniendo al enemigo de frente.

Las instancias de Casio habian hecho que el tribuno llegase á examinar aquel plan, y quizá se disponia á seguirlo, cuando se vió aparecer á lo lejos un ginete que avanzaba por la llanura, con tal rapidez, que parecia que su caballo tenia alas.

Se dirigia en línea recta á los romanos.

Era un gefe de tribu árabe que, segun Plutarco, se llamaba Ariamnes; segun Appiano, Acaro, y segun Dion, Augaso.

Varios soldados que habian servido á las órdenes de Pompeyo lo reconocieron, manifestando que habia prestado grandes servicios á aquel general.

Se presentaba como un antiguo amigo de los romanos, perseguido por los persas á causa de aquella amistad y diciendo que iba á hacer un favor á Craso, que él solo valia tanto como todos los que habia hecho á Pompeyo.

Se comprometia á servirle de guía á través del desierto y hacer de modo que sorprendiera á los partos.

Desgraciadamente Craso lo creyó.

Verdad es que el bárbaro, por mas que lo fuera, se habia conducido de un modo admirable.

Habia empezado por hacer el elogio de Pompeyo, que decia ser su bienhechor; despues, pareciendo estasiado ante el ejército de Craso, se habia deshecho en lisonjas, tanto de él como de su gefe.

Ante semejante ejército era imposible que todos los de Orodes pudieran resistir ni una hora.

La cuestion era llegar adonde estaban los partos, los cuales se ocultaban; y lograr eso sin su auxilio no era en manera alguna posible.

Estaban retirados en el interior del país y mientras los romanos siguiesen la orilla del rio les volvieran la espalda ó poco menos.

Ademas, ¿á qué seguir orillando el rio? ¿no esta-

ba el país cruzado donde quiera por cursos de agua!

Segun él, no habia momento que perder.

Los partos que habian oido hablar de Craso y de su ejército, ni siquiera soñaban en esperarlo.

En aquel momento se hallaban ocupados en reunir á toda prisa sus tesoros, cuanto tenian de mas precioso en bienes y en hombres, despues, como una bandada de pájaros asustados, remontarian el vuelo hácia la Hircania y la Escitia.

Todo aquello, sin embargo, no era sino una astucia árabe.

Orodes habia dividido su ejército en dos cuerpos.

Con uno devastaba él la Armenia, para vengarse de aquel Artabazo que habia ido á ofrecer su auxilio á Craso, y con el otro, un simple general, un *surena*,—aquí tambien los romanos toman el título por el nombre,—debia esperar que Ariamnes le entregase á Craso y sus romanos.

Verdad es que aquel Surena no era un hombre vulgar.

Por su nacimiento, su riqueza y su valor era el primero despues del rey.

En astucia y habilidad, esas dos grandes virtudes de los pueblos nómades del Yemen, de la Asiria y de la Mesopotamia, escedia á los mas hábiles y mas astutos de su tiempo.

En estatura y en belleza no tenia igual.

Cuando viajaba llevaba, cual otro César, cien camellos cargados de equipaje, y ademas doscientos carros en que iban sus concubinas, en lo cual sobrepujaba al gobernador de las Galias.

Mil hombres de caballería pesada y cinco ó seis mil de ligera formaban su escolta ordinaria, que con los criados y los esclavos no bajaba nunca de diez mil individuos.

Por lo que hace á su nacimiento, era tan elevado, que tenia el cargo de poner la banda á los reyes á su advenimiento.

El que reinaba entonces habia sido espulsado algun tiempo antes. El Surena habia ido á buscarlo al destierro con su guardia personal y lo habia reinstalado en el trono.

La ciudad de Seleucia se habia obstinado en la rebelion y el Surena lo habia tomado por asalto, siendo el primero que habia subido á las murallas.

No tenia mas que treinta años, era en estremo hermoso, como hemos dicho, y aumentaba su belleza pintándose los ojos, dándose colorete y perfumándose como una mujer.

Tal era el hombre con quien Craso tenia que habérselas.

Craso, que se creia tan hábil y tan astuto como el primero del mundo, ignorando que el europeo mas as-

tuto y mas hábil es un niño comparado con un árabe, cometió la inmensa falta de confiar en su guia.

Este le dejó seguir el curso del rio durante algun tiempo mas, y luego lo llevó, poco á poco, por un camino hermoso y fácil, al interior del país, haciéndolo acampar cerca de arroyos ó cisternas que por el pronto dieron agua en abundancia: despues, poco á poco tambien, lo separó de los cursos de agua, y el camino se hizo montañoso y difícil. Los soldados se quejaron al guia, el cual les contestó que aquel no era mas que un corto espacio que era preciso atravesar, y que los romanos eran hombres demasiado esperimentados y prácticos en los trabajos de la guerra para no saber que en todas las regiones habia pasos difíciles y fatigosos.

Por fin llegaron á una llanura inmensa, sin árboles, sin agua, sin verdura.

No habia mas que atravesar aquella llanura para llegar adonde estaban los partos. Se empeñaron en ella y caminaron sobre una arena ardiente que abrasaba á la vez los piés y los ojos: cuanto mas avanzaban, mas profundo y movedizo era el suelo que pisaban. Los soldados se enterraban en él hasta la rodilla, y merced á sus pesadas armaduras parecian esponerse á cada paso á ser completamente sumergidos.

Recordaban el ejército de Cambises, devorado por los arenales egipcios, y empezaban á temer una suer-

te igual. Solo los galos, que combatian casi sin armas defensivas, y que soportaban medio desnudos el frio y el calor, conservaban su alegría; pero los romanos lanzaban verdaderos lamentos, viendo aquellas olas de arena que se movian como el mar, y que se estendian en inconmensurables horizontes, sin una sola planta, sin una sola colina, sin un solo arroyo.

El ejército se moria de sed.

En aquel estado se hallaban cuando llegaron correos del armenio Artabazo. Hacia decir á Craso que, detenido por su guerra contra Orodes, le era imposible ir á reunirse con él, pero que le invitaba á hacer lo que él no podia, esto es, á caer sobre la Armenia. Si no queria verificar aquella maniobra, le aconsejaba evitar en sus marchas y campamentos los lugares á propósito para las evoluciones de caballería, diciéndole que era prudente que siguiese las regiones montañosas, donde podria sacar todo el partido posible de sus infantes.

Pero Craso, furioso consigo mismo, contestó de viva voz que tenia otras cosas que hacer mas que ocuparse de los armenios, y que únicamente prevenia á su rey que iba á empezar por destruir á los partos, y que despues caeria sobre la Armenia.

Los embajadores se retiraron, llevándose aquellas amenazas, aunque bien seguros de que Craso no se veria nunca en estado de cumplirlas.

XIV

Craso volvió á ponerse en camino.

Parecia estar ciego, y los principales gefes del ejército compartian su confianza.

Solo, entre todos; el tribuno Casio tenia el presentimiento de la traicion; á cada momento suplicaba á Craso que se volviese, ó se detuviese al menos; y cuando veia al procónsul empeñarse en penetrar mas y mas en aquel desierto de arena buscaba á Ariamnes y lo apostrofaba.

—Oh! traidor y perverso entre todos los hombres! le decia, ¿qué mal genio te ha conducido hácia nosotros, y qué filtro mágico, qué brevage maldito has dado á Craso, que ha perdido la razon y nos hace atravesar tales soledades que mas parece que marchamos guiados por un gefe de bandidos nómades que á las órdenes de un imperator romano?

El traidor entonces, cayendo á los piés de Casio, le juraba estar en el camino recto y bueno, suplicándole tener paciencia por algun tiempo mas y asegurándole que al dia siguiente cambiaria el aspecto del país.

Aquello reanimaba algo los espíritus y el ejército seguia avanzando; y la fatiga y la sed de los soldados aumentaba de tal modo, que unos caian muertos como heridos del rayo y otros se volvian locos.

Luego, cuando el árabe se veia libre de Casio, recorria las filas de los soldados romanos, dirigiéndoles frases de burla, y cuando ellos se lamentaban pidiendo agua, ó cuando menos sombra:

—Vaya! les decia, ¿creeis estar viajando aún por los llanos de la Campania para pedir así fuentes y bosquecillos? ¿Por qué no tambien baños y posadas? ¿Olvidais dónde estais y que atravesais las fronteras de los árabes y de los asirios?

Cuando los soldados oian á aquel hombre hablarles de aquel modo con su mal latin y su acento gutural, viéndolo hijo del desierto, insensible al calor, á la fatiga, y á la sed, caracoleando sobre su caballo en un torbellino de arena, reflejando sobre las escamas de su coraza los ardientes rayos del astro del dia, les parecia un demonio salido del infierno que los llevaba á su perdicion sin que ellos tuvieran, aunque quisieran, poder alguno para librarse de él.

Luego una mañana, en el momento de partir lo buscaron y lo llamaron en vano.

Habia desaparecido.

Aquel mismo dia salió Craso de su tienda, no vestido de púrpura, como acostumbraban los generales romanos, sino de negro.

En la oscuridad se habia engañado de traje.

Así que notó su error volvió á entrar en la tienda; pero ya muchos habian tenido tiempo de verlo y el rumor de aquella fúnebre aparicion, se esparció por todo el ejército como un presagio nefasto.

Todos llamaban á gritos á Ariamnes. Aquel hombre, á quien maldecian á cada paso cuando los acompañaba, no habia uno que no lo echara de menos una vez que habia desaparecido.

Para tranquilizar á los soldados, anunció Craso que Ariamnes se habia ausentado con su conocimiento, á fin de hacer caer á los partos en una emboscada.

En seguida dió órden de marchar; pero aunque las insignias estuviesen clavadas en arena movediza costó gran trabajo arrancarlas.

Craso acudió allí al momento, se rió de los temores de los soldados y arrancó él mismo algunas insignias, apresurando la marcha y obligando á la infantería á seguir á la carrera á la caballería, á fin

de alcanzar la vanguardia, que habia salido del campamento al amanecer.

Pero de repente se vió volver aquella vanguardia, ó mas bien sus restos, en un desórden espantoso.

Habia sido atacada por el enemigo y habia perdido las tres cuartas partes de su gente.

Los partos, decian los fugitivos, venian tras ellos llenos de confianza.

Aquel enemigo, cuya presencia se habia deseado tantas veces, despues de los acontecimientos que habian tenido lugar, se le veia llegar con terror.

Craso, fuera de sí, puso apresuradamente su ejército en batalla; siguiendo los consejos de Casio, lo ordenó al pronto aminorando el espesor de las legiones de infantería á fin de que se estendiesen lo mas posible en la llanura.

Despues distribuyó en las alas la caballería.

De aquel modo era casi imposible que el ejército fuese envuelto.

Pero en breve, cual si su mal genio no hubiera querido dejarle probabilidad alguna de salvacion, cambió de plan, reforzó las cohortes y formó un gran cuadro que hacia frente á todos lados, componiéndose cada frente de doce cohortes.

Entre cada una de estas estaba colocada una fuerza de caballería, de modo que pudiese lanzarse há-

cia adelante y la masa avanzar del propio modo, estando igualmente defendida por todos lados.

Una de las alas fué confiada á Casio y la otra al jóven Craso.

El imperator tomó el mando del centro.

Formados de aquel modo, se pusieron en marcha; por una felicidad inesperada llegaron al cabo de una hora á orillas de un arroyo que los romanos supieron despues que se llamaba Baliso.

Tenia poca agua, pero la bastante, sin embargo, para apagar la sed de los soldados que sucumbiendo al calor y á la fatiga, recobraron algunas fuerzas.

Entonces los oficiales, queriendo aprovechar aquella suerte que habian tenido, tan rara en el desierto que acababan de atravesar, hicieron preguntar á Craso si no creia acertado detenerse allí, haciendo armar las tiendas.

Pero Craso, animado por las exortaciones de su hijo, que ansiaba entrar en batalla, concedió solo un alto de media hora, mandando que los soldados comiesen de pié y sin abandonar las filas.

Despues, aun antes de que hubiesen acabado de comer, ordenó que se pusiesen de nuevo en marcha, y no al paso y deteniéndose de tiempo en tiempo como es costumbre cuando se avanza para combatir, sino rápidamente y seguido hasta hallarse en frente del enemigo.

Por fin percibieron á aquel á quien habian ido á buscar desde tan lejos y que tanto trabajo les habia costado encontrar.

Pero al pronto era mucho menos formidable en aspecto y mucho menos numeroso de lo que habian creido.

Era que el Surena habia colocado masas espesas detras de las primeras filas, y hecho cubrir el brillo de las armas con telas y con pieles.

Craso marchó derecho al enemigo, y llegado á la distancia de dos tiros de flecha, hizo dar la señal del combate.

Se hubiera dicho que aquella señal era no solo para los romanos sino tambien para los partos.

En el mismo instante llenó la llanura un clamor terrible y un estrépito horroroso.

Aquel estrépito era parecido al del trueno, y los romanos, acostumbrados á las trompetas y los clarines, se preguntaban qué instrumento podia producirlo: de cuando en cuando creian oir rugidos de animales feroces, mezclados con estrépitos de rayos.

Aquel espantoso ruido procedia de jarros de metal que el enemigo golpeaba con martillos cubiertos de cuero.

"Pues aquellos bárbaros, dice Plutarco, habian observado que el sentido del oido es el que mas fácilmente turba la vista, conmueve mas pronto las pa-

siones y trasporta mas violentamente al hombre fuera de sí mismo."

A aquel ruido los romanos se detuvieron llenos de estupor; al mismo tiempo los bárbaros, arrojando las telas y las pieles que cubrian sus armas, se estendieron por la llanura, que pareció cubrirse de olas de llamas.

A su frente estaba el Surena, cubierto con una armadura dorada y caracoleando sobre un caballo tan resplandeciente, que parecia desenganchado del carro del sol.

Los romanos comprendieron que habia llegado la hora de una lucha encarnizada, mortal; sin embargo, estaban muy lejos de figurarse al enemigo con quien tenian que habérselas.

Los partos avanzaron lanzando grandes gritos para atacar á los romanos con sus picas; eran tan numerosos que era inútil tratar de calcular su número.

Llegaron hasta cien pasos de los soldados de Craso; pero cuando vieron la profundidad de las filas de sus enemigos, y que, gracias á sus escudos, pegados unos á otros, todos aquellos hombres formaban una muralla impenetrable, rompieron la formacion, desandaron lo andado y se dispersaron.

Los romanos no comprendian absolutamente aquella retirada; era evidente que el asunto no habia terminado, y que el enemigo efectuaba alguna maniobra cuya esplicacion iban á tener en breve.

En efecto, pronto vieron elevarse á su alrededor, á cosa de un cuarto de legua de distancia, un inmenso círculo de polvo que se acercaba con rapidez y de enmedio del cual salian especies de relámpagos, al par que los terribles martillos, resonando sobre los jarros de metal continuaban simulando el rayo.

Craso comprendió que querian ahogarlo con un collar de hierro.

Entonces echó por delante á los vélites, mandándoles romper los anillos de aquella cadena.

Se les vió avanzar, atacar y despues retroceder en desórden..... Algunos volvian con los brazos, las piernas y hasta el cuerpo pasados de lado á lado por flechas de cinco piés de largo!

Los soldados observaron con espanto que aquellas flechas habian atravesado los escudos y las corazas.

Los partos se detuvieron á cosa de trescientos pasos de los romanos.

Luego el dia pareció oscurecerse bajo una nube de flechas; despues se oyó como un grito de dolor lanzado por quinientos pechos á la vez.

Era la muerte que empezaba su obra, abriendo en las filas romanas terribles heridas.

XV.

Durante algunos instantes, de esos que son eternidades, los partos continuaron lanzando sus flechas de todos lados á la vez, sin siquiera tomarse el trabajo de apuntar; tan compacta era la masa que presentaban los romanos, merced al órden de batalla en que los habia puesto Craso.

Cada una de aquellas flechas daba, pues, en un blanco vivo, palpitante, humano.

Los golpes eran de una violencia estrema.

Los arcos eran tan poderosos, tan grandes, de una curvatura tan flexible, que lanzaban las flechas con irresistible impetuosidad.

La situacion era espantosa.

Si permanecian en su puesto los romanos, eran acribillados sin desquite; si trataban de avanzar el punto del círculo que atacaban cedia ante ellos, y los

enemigos que se retiraban esquivando su ataque, les lanzaban flechas al par que se retiraban, mientras que los que quedaban sin moverse, los hèrian por los dos lados que dejaban descubiertos.

Un ejército entero se veia cogido como en una ratonera.

Sin embargo, aun quedaba una esperanza á los romanos, y era que cuando los partos hubieran agotado sus carcajes se retirarian.

Pero aquella esperanza no duró mucho tiempo.

Camellos cargados de flechas circularon por las filas y los carcajes vacíos volvieron á llenarse.

Entonces conoció Craso la profundidad del abismo en que habia caido.

Al punto envió un ordenanza á su hijo.

Publio tenia á sus órdenes mucha caballería, y ademas aquellos galos que combatian medio desnudos y cuyos piés eran casi tan ligeros como los de los caballos.

Era preciso empeñar un combate cuerpo á cuerpo, costare lo que costare.

El jóven, rugiendo como un leon rodeado por los cazadores, no esperaba mas que aquel momento.

Cogió mil trescientos ginetes, entre ellos los mil que le habia cedido César, y ocho cohortes de soldados, mitad romanos y mitad galos, y se lanzó sobre los partos que caracoleaban á su lado.

Estos, sea que no quisiesen resistir el choque, ó que obedeciesen órdenes del surena, cedieron el campo al instante.

—¡Huyen! gritó Publio Craso.

—¡Huyen! repitieron los soldados.

Y ginetes é infantes se pusieron á perseguir al enemigo.

Al frente de aquellos soldados, que parecian lanzarse furiosamente á la muerte, iban Censorino y Megabacco,—un romano y un bárbaro, como sus nombres lo indican al menos,—"notable el uno por su dignidad senatorial y su elocuencia, dice Plutarco, y el otro por su valor y su fuerza," ambos amigos de Publio, y de su misma edad.

Segun habia pensado el jóven gefe, la infantería no se quedó atrás.

Sin duda debió ser una hermosa carrera la verificada á través del desierto por aquellos caballeros romanos y aquellos jóvenes galos de largos cabellos blondos y bustos medio desnudos, que se lanzaban risueños en busca del peligro y que una vez que lo hallaban luchaban con él y caian sin retroceder jamas un paso. Así acababan de caer en el otro estremo del mundo, bajo el hierro de los soldados de César, sesenta mil nervianos.

Pero entonces eran los romanos los que debian perecer y los bárbaros triunfar.

Cuando los partos vieron á los que los perseguian fuera de toda comunicacion con el resto del ejército, se detuvieron:

Los romanos se detuvieron tambien, creyendo que viéndolos en tan corto número sus enemigos no rehuirian un combate cuerpo á cuerpo.

Pero no sucedió así.

Los partos habian adoptado una clase de combate que no querian abandonar.

Su caballería pesada se mantuvo firme en efecto; pero, ¿qué podian romanos y galos con sus javalinas de tres piés y sus cortas espadas contra hombres cubiertos de cuero y hierro?

Ademas, la caballería ligera los habia rodeado completamente.

Un mar de abrasada arena se habia levantado á su alrededor, y aquella ardiente nube los cegaba y ahogaba á la vez.

Luego, de en medio de aquella nube salian incesantemente las terribles flechas ya descritas, esto es, la muerte; pero no una muerte pronta y dulce, sino lenta y atroz.

Los romanos se sentian heridos y no veian donde herir.

Era el rayo, mortal aunque invisible.

Los soldados daban vueltas en continuos círculos, cayendo y levantándose, con esa especie de instinto

que hace al hombre buscar al hombre, se apoyaban los unos en los otros y de ese modo presentaban el mismo blanco palpitante que á una legua de distancia seguia ofreciendo al enemigo el grueso del ejército.

Los heridos se revolcaban en la abrasada arena, rompiendo en el cuerpo las flechas de que estaban acribillados; otros trataban de arrancárselas ellos mismos ó de hacerlas arrancar por sus compañeros, y todos sus miembros se estremecian con insoportables dolores al desgarrar sus carnes los encorvados hierros; por do quiera se oian rugidos como en un circo; verdaderos rugidos de animales; no lamentos y quejidos de hombres.

En medio de aquella terrible lucha y aquel espantoso tumulto, Publio dió órden de cargar al enemigo; pero los soldados le mostraron los brazos clavados á los escudos, los escudos clavados á los cuerpos y hasta los piés clavados al suelo; de modo que no podian atacar, ni huir, y algunos ni siquiera caer.

Entonces se lanzó él, desesperado, hácia adelante, con los pocos hombres que estaban aún intactos, y logró alcanzar la caballería pesada pártica.

Pero las armas de los romanos, demasiado débiles, se estrellaban contra aquellos ginetes y aquelios caballos cubiertos de hierro.

Los galos, con quienes Publio habia contado con-

fiadamente, fueron dignos de sí mismos. Los partos herian con sus picas á aquellos hombres de cabeza, pecho y brazos desnudos, y ellos se agarraban á los ginetes, los derribaban de sus monturas, y, no pudiendo herirlos, los ahogaban con las manos; otros se deslizaban bajo el vientre de los caballos, buscando un punto desarmado, y en cuanto lo hallaban hundian en él su espada corta, que revolvian dentro de las entrañas del animal hasta que caia ó lanzaba al suelo su ginete; las mas de las veces el bruto, piafando de dolor, aplastaba bajo sus piés galos y partos, que morian abrazados por el ódio cual amantes unidos por el amor.

En medio de todo eso, la sed devoradora, que hacia sufrir aun mas que las mismas heridas, sobre todo á aquellos galos acostumbrados á anchos rios y límpidos arroyos.

Al cabo de una hora de espantosa, carnicería no quedaba ya de todo aquel cuerpo de ejército mas que doscientos ó trescientos hombres.

Pensaron entonces en retirarse y echaron una mirada á su alrededor.

Publio, herido en tres lados, permanecia aún sobre su caballo, acribillado de flechas.

Se agruparon en torno de él.

A pocos pasos del campo de batalla se alzaba una colina de arena.

Por un hábito de estrategia, los sobrevivientes se retiraron y agruparon sobre ella, poniendo en el centro los caballos.

Luego se estrecharon unos contra otros uniendo y presentando sus escudos como una muralla.

De ese modo creian rechazar mas fácilmente los ataques de los bárbaros.

Pero se engañaban; sucedió todo lo contrario.

En la llanura, la primera fila protegia á la segunda y esta á la tercera.

Allí, la desigualdad del terreno hacia elevar la segunda fila por encima de la primera y la tercera por encima de la segunda; de modo que los de detras estaban tan espuestos como los de delante.

Vieron la falta que habian cometido, pero ya era demasiado tarde para repararla.

Los soldados miraron á Publio, como para buscar en sus ojos una última esperanza.

—Muramos! les dijo aquel.

Y los soldados repitieron resignados:

—Muramos!

Y esperaron los golpes que no podian devolver.

Habia entre todos aquellos hombres condenados por Ateyo á los dioses infernales, dos griegos, dos habitantes de la ciudad de Charres, llamados Gerónimo y Nicomaco, los cuales aconsejaban á Publio que se abriese paso rompiendo la muralla que lo cercaba,

y huyese, por caminos que ellos conocian, hácia Ichnes, ciudad situada sobre el Eufrates.

Una vez en aquella ciudad, que habia tomado el partido de los romanos, su salvacion era segura.

Publio miró en su rededor.

Vió el campo de batalla lleno de muertos y moribundos, y á la mayor parte de los que aun estaban á su lado heridos é incapaces de seguirle.

—No, contestó á los dos griegos, me quedaré aquí.

—Pero si te quedas, replicaron aquellos, la muerte es inevitable.

—No hay muerte bastante terrible, repuso el jóven, que haga abandonar á Publio á aquellos que mueren con él. Vosotros, añadió, sois griegos, y no romanos; así, pues, huid.

Y tendiéndoles la mano izquierda,—tenia la derecha atravesada por una flecha,—los despidió.

Los dos griegos lanzaron sus caballos á galope, y desaparecieron en el torbellino de polvo que levantaron los partos corriendo detras de ellos.

Uno se salvó y llegó á Ichnes, donde refirió lo que habia sucedido á los romanos, cómo se habia separado de Publio y las últimas palabras que el noble jóven les habia dicho.

Una vez idos aquellos hombres, Publio se volvió hácia sus soldados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ahora, les dijo, como no nos queda ya mas que morir, que cada uno lo haga del modo que quiera.

Y como no podia matarse él mismo, por estar herido en la mano, presentó la union de la coraza á su escudero, el cual le hundió la espada en el costado izquierdo.

Publio exhaló un suspiro y cayó.

Censarino murió del propio modo.

Megabacco se mató el mismo.

Los que quedaban se hicieron matar hasta el último, excepto algunos que sus enemigos cogieron vivos, y los cuales dieron despues los detalles de aquella espantosa catástrofe.

Habiendo sabido los partos por aquellos prisioneros el rango del jóven Publio Craso, le cortaron la cabeza, la pusieron en la punta de una pica, y marcharon contra el grueso del ejército romano.

XVI

La carga intentada por Publio contra los partos, habia proporcionado al menos un pequeño descanso al ejército.

Viéndose Craso menos acosado que antes, habia ordenado de nuevo sus tropas, y conservando la misma formacion se habia puesto en retirada hácia una série de colinas que podian en cierto modo debilitar el empuje de la caballería parta.

Sus ojos se dirigian constantemente, movidos por una doble esperanza, hácia el punto por donde habia desaparecido su hijo y por el cual esperaba verlo volver.

Publio, por su parte, habia despachado varios correos á su padre pidiéndole auxilio; pero los primeros que habia mandado habian caido bajo las flechas del enemigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ahora, les dijo, como no nos queda ya mas que morir, que cada uno lo haga del modo que quiera.

Y como no podia matarse él mismo, por estar herido en la mano, presentó la union de la coraza á su escudero, el cual le hundió la espada en el costado izquierdo.

Publio exhaló un suspiro y cayó.

Censarino murió del propio modo.

Megabacco se mató el mismo.

Los que quedaban se hicieron matar hasta el último, excepto algunos que sus enemigos cogieron vivos, y los cuales dieron despues los detalles de aquella espantosa catástrofe.

Habiendo sabido los partos por aquellos prisioneros el rango del jóven Publio Craso, le cortaron la cabeza, la pusieron en la punta de una pica, y marcharon contra el grueso del ejército romano.

XVI

La carga intentada por Publio contra los partos, habia proporcionado al menos un pequeño descanso al ejército.

Viéndose Craso menos acosado que antes, habia ordenado de nuevo sus tropas, y conservando la misma formacion se habia puesto en retirada hácia una série de colinas que podian en cierto modo debilitar el empuje de la caballería parta.

Sus ojos se dirigian constantemente, movidos por una doble esperanza, hácia el punto por donde habia desaparecido su hijo y por el cual esperaba verlo volver.

Publio, por su parte, habia despachado varios correos á su padre pidiéndole auxilio; pero los primeros que habia mandado habian caido bajo las flechas del enemigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la última estremidad Publio habia renovado la misma tentativa.

Un mensajero habia logrado, al fin, atravesar las filas enemigas, arrostrando mil muertes y alcanzado á Craso en el momento en que iba á llegar á la primera de aquellas colinas hácia las cuales se batia en retirada. El cónsul viendo correr hácia él un ginete á todo escape, se habia detenido.

—Craso, le gritó aquel, tu hijo y los suyos están perdidos si no les mandas auxilio en seguida.

Luego, como si el enviado no hubiese tenido fuerza mas que para llegar y pronunciar aquellas palabras, cayó del caballo en cuanto las hubo pronunciado.

Craso permaneció indeciso un instante; despues venció la naturaleza y dió órden al ejército de marchar en auxilio de su hijo.

Pero no habia dado cien pasos en la direccion indicada, cuando por todos lados resonaron nuevos gritos, al par que redoblaba el espantoso mugido del tang-tang.

Los romanos se detuvieron esperando un nuevo combate, y vieron aparecer otra vez el grueso del ejército parto.

Se estendia, siempre circularmente, alrededor de los romanos; sin embargo, marchaba derecho hácia ellos un grupo mas compacto.

Aquel grupo iba precedido de un hombre que llevaba una cabeza en la punta de una pica, y el cual gritaba:

—¿Quiénes son los parientes, cuál es la familia de este cuya cabeza veis aquí? Dicen que su padre se llama Craso, pero no podemos creerlo; es imposible que un jóven de un corazon tan noble y de un valor tan grande sea hijo de un padre tan cobarde y tan falto de valor.

Los romanos miraron hácia la punta de la pica y reconocieron la cabeza de Publio.

Pero nadie contestó, escepto Craso, que lanzó un grito de dolor y ocultó la cara detrás del escudo.

Los romanos habian visto aquel dia cosas muy terribles, pero ninguna que les destrozase el corazon al igual de aquella.

Los pechos mas fuertes se estremecieron; las almas mejor templadas se sintieron desfallecer; tanto, que en medio de todas aquellas debilidades, el desdichado padre fué el primero que recobró el valor.

Miró á su alrededor con aire resuelto.

Luego, viendo á todo el mundo abatido, mas aún por el dolor que por el miedo:

—Romanos! esclamó, ese dolor no atañe mas que á mí! La fortuna y la gloria de Roma descansan en vosotros; alzad, pues, la cabeza..... Mientras vivais, Roma permanecerá intacta é invicta; si os condoleis

de un padre que pierde un hijo famoso por su valor, cambiad vuestra lástima en ira y volved esa ira contra el enemigo! No os dejeis abatir por lo que sucede; los que intentan grandes cosas deben contar con grandes desgracias. No vencieron, Lúculo á Tigranes y Escipion á Antioco, sin haber derramado mucha sangre. Nuestros antepasados perdieron en Sicilia mil buques y en Italia gran número de pretores y generales; ¿no acabaron siempre por vencer á los que al principio habian sido sus vencedores? Creedme; si los romanos han llegado al grado de poderío en que hoy se hallan, no lo deben á los favores de la suerte, sino á su firmeza inquebrantable, á su valor en arrostrar los mayores peligros.—Ea! soldados! añadió, el grito de guerra! y probemos á esos bárbaros que somos siempre los romanos, los señores del mundo!

Y él mismo lanzó entonces el primer grito de guerra.

Pero aquel grito no tuvo mas que un eco, débil, raro, lánguido, desigual.

Al contrario, los partos contestaron á él con un grito unánime, estridente, sonoro, lleno de fuerza.

En seguida empezó la accion.

La caballería parta se esparció por las alas, cogió al ejército por los flancos y empezó de nuevo á hacer llover aquel espantoso granizo de flechas que tan

caro habia costado ya á los romanos, mientras la primera línea enemiga, armada de picas, los encerraba en un pequeño espacio.

Pero ni siquiera podian alcanzar á aquellos hombres armados de picas.

Algunos soldados romanos, para terminar mas pronto su agonía, se arrojaron impetuosos sobre ellas, muriendo de una manera terrible, pero pronta.

El largo hierro en que terminaban aquellas armas pasaba á traves del cuerpo del hombre y penetraba hasta el del caballo.

Se vieron golpes dados de un modo tan atroz, que atravesaban dos soldados á la vez.

El combate duró así hasta la media noche.

Los romanos eran cerca de treinta mil; se necesitaba el tiempo material para matarlos.

Los partos se retiraron gritando:

—Craso, Craso, te concedemos esta noche para llorar á tu hijo, á menos que, consultando con la almohada, no consientas en ser conducido voluntariamente ante Orodes, en vez de ser arrastrado á la fuerza.

Despues de lo cual armaron sus tiendas al lado de las romanas, como para guardar sus prisioneros y quitarles toda esperanza de huir.

Los partos pasaron la noche entre músicas y fiestas.

Por lo que hace á los romanos, su noche fué sombría y silenciosa. Ni siquiera pensaron en enterrar los muertos ni en cuidar los heridos.

Estos se sabia que no tenian cura.

Nadie se ocupaba de los demas; cada uno lloraba por sí.

En efecto, parecia imposible que se librasen de la muerte, ya esperasen el dia y la suerte de un nuevo combate, ya tratasen de huir á través de aquellas llanuras sin límites. Ademas, si huian, ¿qué hacer de los heridos? Llevarlos consigo era hacer la fuga imposible; dejarlos era hacerla mas imposible aún, pues en cuanto se viesen abandonados, sus gritos y sus imprecaciones revelarian todo al enemigo.

Craso era el autor de todos aquellos males; sin embargo, todos querian verlo y oirlo; esperaban que de la suprema autoridad, que hubiera debido ser la suprema inteligencia, descenderia algun rayo de esperanza.

Pero él, metido en un rincon de su tienda, echado con la cara contra el suelo y con la cabeza velada, parecia la estátua del Abatimiento.

Porque dos hombres, Pompeyo y César, eran superiores á él en la República, habia creido que todo le faltaba, y acababa de sacrificar millares de hombres á aquella ambicion, que en vez de hacer de él

el primero de sus conciudadanos en gloria, lo convertia en el primero en la desgracia.

Sus dos tenientes, Octavio y Casio, hicieron todo lo que pudieron para reanimar su valor; pero viendo que era trabajo inútil, resolvieron obrar por sí mismos.

Reunieron á los centuriones y gefes sueltos, oyeron el parecer de cada uno, y el de la mayoría fué que debian levantar el campo y retirarse inmediatamente sin hacer ruido.

Orientándose bien no necesitaban mas que cinco horas de marcha para llegar á Charres.

Un gefe de caballería, llamado Ignacio, recibió la órden, no de mandar la vanguardia, sino de esplorar el país con trescientos ginetes: conocia el camino, y respondia, si querian seguirle, de no estraviar el ejército.

Montó á caballo con sus hombres y salió del campamento.

Pero entonces sucedió lo que habian previsto: los heridos vieron que los abandonaban y empezaron á dar gritos que al momento introdujeron el desórden entre los buenos y sanos.

Los que habian salido ya, al oir aquellos gritos, se figuraron que los partos invadian el campamento romano y los perseguian.

Ignacio y sus trescientos hombres emprendieron el galope.

A eso de media noche llegaron en efecto á Charres.

Pero era tal su terror, que no se creyeron seguros dentro de la ciudad y se contentaron con orillar sus murallas, gritando á los centinelas:

—Decid á Coponio, vuestro comandante, que ha habido una gran batalla entre Craso y los partos.

Y sin dar otro pormenor prosiguieron corriendo, llegaron al puente y pusieron el rio entre ellos y sus enemigos.

Los centinelas refirieron á Coponio lo que acababa de suceder, repitiéndole las palabras que habian oido y que parecian lanzadas al paso por el espíritu de la noche.

El comprendió en seguida que aquel aviso debia haber sido dado por fugitivos; mandó por lo tanto á la tropa tomar las armas, hizo abrir las puertas de la ciudad y avanzó cosa de una legua hácia el punto por donde, en caso de una derrota, creia que podian llegar los restos del ejército de Craso.

XVII

Los partos habian notado la retirada de los romanos; sin embargo no los habian perseguido.

Se observa generalmente en los bárbaros ese respeto que les infunde la noche, ese temor que tienen á las tinieblas.

Durante la retirada de Rusia los cosacos tardaron porcion de dias en osar atacar las marchas nocturnas de los franceses; solo por la mañana, cuando veian sus huellas sobre la nieve, era cuando volvian á seguirlos hasta alcanzarlos.

Lo mismo sucedió á Craso.

En cuanto amaneció, los partos penetraron en el campamento y degollaron cuatro mil heridos que los romanos no habian podido trasportar.

Ademas, la caballería cogió muchos fugitivos, que, perdidos en medio de las tinieblas, vagaban desparramados por la llanura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El teniente Varguntеyo se habia estraviado con cuatro cohortes.

Al amanecer, viéndose rodeado de enemigos, se retiró á una pequeña colina.

Allí, sin dar un paso para avanzar ó para retroceder, para atacar ó para huir, las cuatro cohortes fueron exterminadas.

Solo se salvaron veinte hombres, que se reunieron, é impelidos por la desesperacion se lanzaron espada en mano sobre los bárbaros.

Estos, fuese estupor ó admiracion, los dejaron pasar.

Los veinte hombres, sin apresurar el paso, sin desbandarse, continuaron su camino hácia Charres y llegaron á la ciudad sin que nadie hubiera vuelto á molestarlos.

Craso y el grueso del ejército habian seguido las huellas de Ignacio, y á eso de las cuatro de la mañana habian encontrado la fuerza que Coponio habia mandado á su encuentro.

El comandante acogió en la ciudad al general y los restos de su ejército.

El surena ignoraba el camino que habia seguido Craso; á consecuencia de una falsa noticia creia que solo algunos fugitivos habian entrado en Charres y que Craso habia huido por otro lado con el grueso del ejército romano.

¿Debia dejar tranquilos á los habitantes de aquella ciudad y á los que se habian refugiado dentro de sus murallas, ó ponerse sobre ella á fin de encontrar á Craso?

Antes de tomar un partido era preciso saber con certeza si Craso estaba ó no allí; al efecto despachó una especie de parlamentario que hablaba los dos idiomas, latino y parto.

Aquel hombre se acercó á las murallas.

Debia llamar á Craso, y si este no estaba en Charres, á Casio.

Al *¡quién vive!* de los centinelas contestó que lo enviaba el surena, y que llevaba de su parte una mision para el general romano.

En seguida avisaron á Craso.

Le aconsejaron que no viese á aquel hombre, tratando de hacerle desconfiar de las astucias de los partos, los mas insidiosos de todos los bárbaros; pero no quiso oir nada.

No sabiendo ya qué hacer, vió en aquel paso del surena una probabilidad de salvacion para su ejército, y se dirigió, contra el parecer de todos, á las murallas.

Casio lo siguió.

El enviado del gefe parto le dijo que su señor queria tener con él una entrevista personal.

Mientras pronunciaba aquellas palabras llegaron

á su lado algunos ginetes que conocian de vista á Craso y Casio; iban á asegurarse de la identidad del general romano y su teniente.

Convencides de que eran Craso y Casio los que tenian delante, se lo dijeron al parlamentario.

Entonces este empezó á esplicarse algo mas, diciendo que el surena estaba dispuesto á negociar, á conceder la vida á los romanos, con tal de que se hiciesen aliados del rey Orodes, firmasen con él un tratado y abandonasen la Mesopotamia.

—El general, añadió el parlamentario, cree ese partido mas ventajoso para los romanos y los partos que acudir á la última estremidad.

Durante todo aquel tiempo Casio era el que habia preguntado y respondido al enviado.

Llegado á aquel punto de la entrevista, se volvió hácia el general para recibir sus órdenes.

Craso hizo señal de aceptar.

Casio aceptó, pues, y preguntó cuáles serian el punto y la hora de la entrevista.

El parlamentario contestó que traeria la respuesta en todo el dia.

Despues volvió bridas para reunirse con el surena y anunciarle que Craso y Casio no se habian escapado, sino que estaban dentro de Charres.

Esta ciudad habia sido ocupada á la fuerza por los

romanos, y sus habitantes eran decididamente afectos á sus enemigos.

Los partos podian, pues, confiar en que ninguno de los que se hallaban allí lograria escapárseles.

Así el surena no se tomé ya el trabajo de disimular.

Desde el dia siguiente al amanecer estaba con su ejército delante de Charres, y sus soldados llenaban de injurias á los romanos.

—Si quereis obtener una capitulacion, les gritaban, y teneis tanto apego á la vida, como lo habeis probado huyendo delante de nosotros, sabed que solo obtendreis esa capitulacion y salvareis la vida entregándonos encadenados á Craso y Casio.

Los romanos oian aquellas injurias consternados; sabian que no podian fiarse de los habitantes de la ciudad; que cada piedra de ella cubria una traicion.

Craso, que queria infundirles alguna esperanza y al efecto les hablaba de Artabazo y de aquel auxilio de armenios tan despreciado en los dias de la prosperidad y tan vivamente echado de menos desde los primeros reveses.

Pero los romanos meneaban, con razon, la cabeza, diciendo que no debian contar sino consigo mismos, y que su sola esperanza de salvacion estaba en la retirada.

Por lo tanto, instaban a Craso que aprovechase la

noche para abandonar á Charres y andar el mayor camino posible mientras reinase la oscuridad.

Craso estaba dispuesto á ceder á los deseos de sus soldados; mas para que aquel proyecto tuviese buen éxito, era preciso que permaneciese secreto, convencidos, como estaban todos, de que si un solo habitante de la ciudad llegaba á tener conocimiento de él, çinco minutos despues lo sabria el surena á su vez.

Sin embargo, necesitaban un guia.

Craso quiso escogerlo él mismo;—Tenia una mano tan feliz!

Su eleccion recayó en un tal Andrómaco, que no era sino un espía de los partos.

Craso estaba decididamente condenado á los dioses infernales.

Los partos supieron, pues, los menores detalles de la fuga de Craso.

Pero no se movieron.

Los romanos salieron de Charres sin que el menor rumor procedente del campamento de los partos les hiciese temer que conociesen su fuga. Verdad es que el surena, sabiendo que su enemigo iba guiado por Andrómaco, estaba seguro de alcanzarlo cuando quisiera.

En efecto, aquel hombre llevaba á los romanos por caminos que parecian alejarlos de la ciudad, pero que sin embargo, los mantenia en sus alrededores.

Al fin acabó por sacar al ejército del camino, y empeñarlo en pantanos y tembladeras; muchos soldados, observando aquellas marchas y contramarchas, y el aspecto del terreno, y, sobre todo, conociendo por instinto que estaban mas cerca que nunca del peligro, declararon que Andrómaco era un traidor y se negaron á seguirlo.

Casio, por su parte, se pronunció formalmente, acusando á Andrómaco, al cual hubiera muerto si Craso no lo hubiera cogido bajo su proteccion.

Pero entonces, entregando á Craso á su ceguedad, Casio se separó de él con quinientos ginetes y volvió á entrar en Charres.

Allí tomó guias árabes, y como ellos le aconsejaron esperar, para ponerse en camino, á que la luna hubiese pasado al Escorpion,

—Nada me importa el Escorpion, contestó; lo que temo es el Sagitario. Adelante! adelante!

Y echó á galope en direccion de Asiria.

Otra fraccion del ejército se separó tambien de Craso.

Conducida por guias fieles, llegó á una cadena de montañas que se estiende á alguna distancia del Tígris y que se llaman los Sinnacos.

Eran unos mil, á las órdenes de un teniente cono-

cido de todos por su valor, y en el cual tenian absoluta confianza. Dicho teniente se llamaba Octavio.

Por lo que hace á Craso, su mal genio no lo habia abandonado; al principio aquel mal genio se habia llamado Ariamnes; en aquel momento se llamaba Andrómaco. El dia sorprendió á Craso empeñado aún en los pantanos y las tembladeras.

Entonces empezó á comprender que habia allí traicion. Con la espada al pecho ordenó á Andrómaco que lo llevase á un terreno mejor.

Fuerza le fué á aquel obedecer, y despues de mil fatigas volvió á llevar el ejército al camino.

Craso tenia aún consigo cuatro ó cinco cohortes, unos cien ginetes y cinco lictores.

Apenas hubo agrupado á su alrededor aquellos hombres, gracias á la mejoría del terreno, cuando apareció el enemigo.

Craso consiguió llegar á la cresta de una montaña, desde la cual, á distancia de media legua, vió otra cima cubierta de hombres cuyas armas brillaban al sol naciente.

Los que allí se hallaban eran Octavio y sus soldados. Para Craso eran una última esperanza.

Podrian, pues, ayudarse uno á otro.

Los partos se dirigieron hácia Craso, como si hubiesen sabido que allí estaba el general en gefe, y empezaron el ataque.

XVIII

Ya sabemos cómo atacaban los partos.

Pero aquella vez al par que atacaban fueron atacados.

Octavio, de quien parecian no querer ocuparse, viendo envuelto á su general, hizo un llamamiento á sus hombres á fin de que los que quisiesen fuesen con él á auxiliarlo.

Quinientos primero y despues los otros quinientos descendieron de la colina como una avalancha de hierro, rompieron las filas de los partos y se reunieron con Craso.

Entonces, juntos con sus camaradas, colocaron al cónsul en el centro, lo rodearon con sus cuerpos, lo cubrieron con sus escudos y gritaron altivamente á sus enemigos:

—Tirad ahora cuanto querais! ni una sola flecha

alcanzará á nuestro general hasta que no hayamos muerto todos en torno suyo y antes que él.

Y estrechándose unos contra otros, empezaron, masa movible y casi inatacable merced á los escudos, á retirarse hácia los Sinnacos.

El surena notó con inquietud que no quedaban ya al rededor de Craso sino hombres con escudo, habiendo sido muertos casi todos los soldados armados á la ligera y desprovistos de aquella defensa, que sin neutralizar los golpes de las terribles flechas amortiguaba, sin embargo su efecto. Agrupados los romanos de aquel modo, parecian una inmensa tortuga de férreo caparacho, moviéndose lentamente, pero moviéndose al fin, y dirigiéndose á las montañas. Comprendió que una vez llegados allí, la caballería, que constituia su fuerza principal, le seria completamente inútil; vió que decaia el ardor de sus soldados y no le quedó la menor duda de que si llegaba la noche y los romanos conseguian salir de la llanura estarian en salvo.

Entonces el bárbaro volvió á recurrir á la astucia, que ya otras veces le habia dado tan buenos resultados como la fuerza.

Dejó escapar de intento algunos prisioneros, haciendo sin embargo que sus soldados fingiesen perseguirlos.

Los partos, por órden de su gefe, habian dicho de-

lante de aquellos prisioneros que los romanos se engañaban si creian que el rey Orodes queria hacerles una guerra de esterminio; que nada, por el contrario, les seria mas honroso que su amistad y alianza; caso de poder creer en ellas, y que si Craso y sus soldados se rendian, serian tratados seguramente con humanidad.

Los prisioneros huyeron, pues, y habiéndose librado de los que fingian perseguirlos alcanzaron á sus compañeros, á los cuales contaron lo que habian oido.

Llevados á presencia de Craso, le repitieron la fábula inventada por el surena.

Este, que los habia seguido con los ojos, los habia visto alcanzar el ejército romano, y notando el movimiento que tenia lugar en él desde su llegada, suspendió el ataque.

Despues, desmontando su arco, con paso tranquilo, y acompañado de sus principales oficiales, avanzó hácia Craso, tendiéndole la mano é invitándole á una entrevista.

Los soldados, viendo aquellas demostraciones pacíficas se callaron, y oyeron la voz del general enemigo, que decia:

—Romanos, si nuestro rey os ha hecho esperimentar su fuerza y su poder, ha sido muy á pesar suyo, porque habeis venido á buscarlo al corazon de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus Estados; ahora quiere probaros su clemencia y su bondad, dejándoos retirar sanos y salvos.

Como aquellas palabras estaban en armonía con las que acababan de pronunciar los prisioneros, los romanos las acogieron con la mayor alegría.

Pero Craso movia la cabeza y no queria fiarse en ellas. Hasta entonces toda negociacion habia encubierto algun lazo ó alguna mentira, y no veia en los partos motivo alguno que esplicase un cambio de conducta tan increible y tan inesperado.

Deliberaba, pues, sobre el particular con sus oficiales, opinando por rechazar todo avenimiento, por mas seductor que pareciese, y sobre todo por continuar, sin perder un instante, la retirada hácia las montañas, cuando los gritos de los soldados fueron á turbar su deliberacion.

Tambien ellos habian deliberado y resuelto que su gefe iria á ver al surena y aceptaria las proposiciones que aquel le hacia.

Craso quiso oponerse á su deseo; pero ya no era tal, sino una voluntad.

Por donde quiera empezaron á resonar gritos é injurias en medio de las agriadas masas.

Craso era un traidor, un cobarde; los entregaba á unos enemigos en quienes él mismo no queria fiarse, siendo así que se acercaban á él desarmados.

El general romano insistió, pidiéndoles que esperasen un dia nada mas y prometiéndoles que al siguiente estarian en seguridad en las montañas.

Pero aquellos hombres, desesperados habian agotado ya toda su fuerza y toda su paciencia, y no quisieron oir nada. Chocaban sus armas unas contra otras á fin de cubrir la voz de Craso, y pasando de las injurias á las amenazas gritaban que si no queria ir á ver al surena ellos lo entregarian maniatado.

El rayo de esperanza que habian vislumbrado los habia vuelto ciegos y locos.

Al fin dijo Craso que estaba pronto á hacer lo que exigia el ejército; pero antes de marchar hácia los partos, dirigió en alta voz las siguientes palabras á sus soldados:

—Octavio, Petronio y vosotros todos, oficiales aquí presentes, sed testigos de la violencia que se me hace, pero, si llegais á libraros de este peligro, olvidad el modo con que me han tratado mis propios soldados y decid á todo el mundo que Craso ha perecido, no por la traicion de sus compatriotas, sino por la perfidia de sus enemigos.

Y dicho aquello empezó á descender solo la colina.

Pero entonces Octavio y Petronio tuvieron vergüenza de dejar esponer así solo á su general y lo siguieron.

Los lictores de Craso; juzgando que era su deber acompañar á su señor, corrieron tambien á ponerse á su lado. Pero Craso los despidió.

—Si es para tratar, dijo, basto yo para el trato, y si es para morir, tambien basto para la muerte.

Quiso despedir igualmente á Octavio y á Petronio, pero estos se negaron resueltamente á abandonarlo, lo mismo que cinco ó seis soldados adictos que quisieron compartir la suerte de su general, cualquiera que ella fuera.

Los tres se adelantaron, pues, hácia el grupo enemigo, que los esperaba, llevando á pocos pasos de distancia su pequeña escolta.

Los primeros que se presentaron á recibir á Craso y le dirigieron la palabra fueron dos griegos mestizos, como si, desde Sinon, en toda traicion debiera hallarse un griego.

Aquellos, reconociendo al general romano, se apearon de sus monturas y saludándole profundamente le hablaron en griego, instándole para que enviase algunos hombres á fin de que se asegurase de que el surena avanzaba sin armas.

—Si hubiese tenido en algo mi vida, contestó Craso en el mismo idioma, no hubiera venido á ponerme en vuestro poder.

Sin embargo, se detuvo un momento y envió delante á los dos hermanos llamados Roscio, á pregun-

tar en qué punto tendria lugar la entrevista y qué seria lo que se trataria en ella:

El surena empezó por retener á los dos hermanos; despues, franqueando rápidamente con sus oficiales la distancia que lo separaba aún de Craso:

—¡Como! dijo, nosotros estamos montados y el general romano se halla á pié. ¡Pronto, un caballo!

—Es inútil, contestó Craso. Puesto que estamos en tratos, discutamos aquí sus cláusulas.

—Indudablemente que estamos en ellos, contestó el surena; pero no hay nada firmado todavía, y vosotros los romanos—añadió con maligna sonrisa—olvidais pronto todo acuerdo que no lleva vuestro sello.

Despues tendió la mano á Craso. Este alargó la suya al surena, mandando al mismo tiempo á los que le seguian que le trajesen su caballo.

—¿Para qué quiéres el tuyo? le dijo el surena; ¿crees acaso que nosotros no tenemos?..... Mira, hé ahí uno que el rey te da.

Y le mostraba un caballo magnífico, espléndidamente encaparazonado y con freno de oro.

Al mismo tiempo, y antes que Craso hubiese tratado de evitarlo, los escuderos le habian suspendido y colocado sobre la silla, y yendo á su lado hostigaban al animal para apresurar su marcha.

Era evidente que se verificaba la traicion y que querian llevarse á Craso.

XIX

Casio fué el primero que percibió la traicion y trató de oponerse á ella.

Echó una rápida ojeada sobre los que rodeaban á Craso y en vano buscó entre ellos una fisonomía que lo tranquilizara.

Los que se sonreian—y el surena, con sus ojos pintados, sus mejillas llenas de colorete y sus cabellos separados en lo alto de la frente como los de una mujer, era de los mas risueños—lo hacian de un modo siniestro, como la venganza satisfecha.

Octavio, que habia continuado su marcha á pié, cogió la brida del caballo de Craso y lo detuvo, diciendo:

—El general no irá mas lejos.

Pero el surena dió un golpe con su arco en las

ancas del caballo de Craso, que se encabritó y trató de zafarse de las manos de Octavio.

Los demas romanos que acompañaban á Craso comprendieron entonces la accion de su teniente; separaron á los escuderos y se pusieron delante de la montura de Craso, diciendo:

—Nosotros somos los que debemos escoltar al general.

Entonces, sin que las hostilidades se hubiesen aun declarado, hubo agitacion, agrupamiento, tumulto.

En aquel tumulto Octavio sacó la espada y viendo que un escudero habia cogido el caballo de Craso por la brida, y tiraba de él hácia sí, lo atravesó por medio del cuerpo.

Al mismo tiempo que caia el escudero, Petronio, que habia aceptado un caballo, caia tambien de él, pero no herido, sino de un golpe recibido en la cabeza.

Octavio se inclinó para ayudar á levantarse á su compañero, y al efectuarlo recibió por detras un golpe que lo dejó en el sitio.

El mismo Petronio fué muerto tambien antes de haber podido levantarse.

En aquel momento Craso cayó á su vez.

¿Habia sido herido ó fué accidental su caida?

Se ignora.

Pero apenas estuvo en el suelo, un parto llamado Promaxatres se arrojó sobre él y le cortó la cabeza primero y la mano derecha despues.

Toda aquella escena, rápida como el relámpago, pareció pasar entre nubes, cual el relámpago mismo.

Los soldados que habian permanecido en la colina se hallaban demasiado lejos para poder ver los pormenores, y de los que acompañaban á Craso, Octavio y Petronio habian muerto al mismo tiempo que él.

Los demas, esto es, tres ó cuatro hombres, aprovechando la confusion, lograron volver á la colina, sin pensar una sola vez en mirar hácia atras, como se comprenderá.

El surena dejó el cuerpo de Craso en el sitio en que habia caido, examinó cuidadosamente su cabeza y su mano derecha, en la cual tenia un anillo, y las entregó á un gefe llamado Silaces.

Despues se adelantó hácia los romanos, y cuando estuvo al alcance de la voz:

—Romanos! les dijo, la guerra ha terminado; el rey se la hacia únicamente á vuestro general, pues él y no vosotros era quien la habia querido. Podeis, pues, venir á nuestro campamento con toda seguridad; á los que eso hagan se les perdonará la vida.

Una parte del ejército creyó aún en las palabras de aquel hombre y se rindió.

La otra permaneció donde estaba, y llegada la noche, careciendo de gefes, se dispersó por las montañas.

Y aquellos hombres fueron los que salieron mas bien librados.

Mil quinientos ó dos mil llegaron á ganar las fronteras, al paso que de los que se habian rendido jamas se volvió á ver uno siquiera; los partos los degollaron á todos.

"Se cuenta, dice Plutarco, que fueron en junto veinte mil muertos y diez mil prisioneros."

Pero como los prisioneros no volvieron á aparecer nunca, pueden ponerse en el número de los muertos.

Ahora pasemos al epílogo de esa espantosa tragedia, en la cual nos hemos estendido quizá demasiado, seducidos por su parte dramática y sobre todo filosófica.

Mientras tenian lugar esos acontecimientos en Mesopotamia, á algunas leguas de Charres, Orodes habia hecho la paz con el armenio Artabazo.

Una de las condiciones de ella habia sido el matrimonio de la hermana de Artabazo con Pacoro, hijo de Orodes.

Se celebraban, pues, fiestas en la capital de Armenia mientras que en Mesopotamia se degollaban galos y romanos.

Dichas fiestas, dadas con motivo del matrimonio de los dos jóvenes, consistian particularmente en representaciones escénicas del antiguo teatro griego, pues Orodes, por mas bárbaro que fuese, hablaba algo la lengua latina y bastante bien la griega, al paso que Artabazo, rey y autor dramático al propio tiempo, se dedicaba á la historia en el primer concepto y hacia tragedias en el segundo.

Ahora bien, una noche, en el momento en que acababan de retirar las mesas del festin, y en que un autor trágico de Tralles, ciudad de Caria, nombrado Jason, cantaba con gran satisfaccion de los espectadores el papel de Agavé en *las Bacantes* de Eurípides, llamaron á la puerta de palacio.

Artabazo quiso saber quién llamaba.

Salió un oficial, y un momento despues volvió á entrar diciendo que era un gefe parto llamado Silaces, el cual traia al rey Orodes buenas noticias de Mesopotamia.

El rey Orodes conocia á Silaces como uno de los familiares del surena; ademas, era un grande del imperio.

A una señal de asentimiento del rey Artabazo, mandó que fuese introducido el enviado.

Silaces empezó por prosternarse delante de Orodes; despues, soltando el estremo del manto, que tenia recogido, hizo rodar á los piés del rey la cabeza y la mano de Craso.

Orodes lo comprendió todo en seguida sin mas esplicacion, y los partos que se hallaban en el festin hicieron resonar la sala con aplausos y gritos de alegría.

El rey hizo sentar á Silaces á su lado.

Por su parte el actor Jason, que llegaba en aquel momento á la escena en que Agavé tiene entre sus manos la cabeza de Pentea, que en su locura toma por la de un leon, entregó á un corista aquella cabeza, cogió la que habia hecho rodar Silaces, y esclamó, como si continuase su papel, pero presentando la cabeza de Craso en lugar de la de Pentea:

—Traigo de la montaña un nuevo adorno para mi tirso, un brillante trofeo de caza. Como veis, he cogido en mis redes este leon.

Aquella accion del actor hizo furor.

Luego, como continuase su diálogo con el coro y este le preguntase:

—¿Quién le dió el golpe mortal?

Promaxatres se lanzó al lado de Jason, y arrancándole la cabeza de las manos:

—A mí, á mí, esclamó repitiendo los versos de Eurípides, á mí es á quien pertenece ese honor.

En efecto, como se recordará, él era quien habia matado á Craso y cortádole la cabeza y la mano.

Aquel episodio inesperado completó la fiesta; fiesta estraña, en que luchaban juntas la civilizacion y la barbarie.

La tragedia ficticia y la tragedia real.

Orodes hizo dar un talento á cada uno de los dos actores, Jason y Pramaxatres.

Así terminó aquella grande y loca empresa de Craso, rompiéndose, por muerte de uno de sus miembros, el primer triunvirato.

Si quiere saberse lo que se hicieron los demas actores de esa escena, vamos á decirlo en dos palabras.

El surena fué asesinado por órden de Orodes.

Su victoria sobre Craso lo habia elevado á una altura capaz de dar celos al rey.

Este lo derribó como se derriba un árbol que da demasiada sombra.

Pacoro, su hijo, que acababa de casarse con la hermana de Artabazo y que habia visto la cabeza y la mano de Craso desempeñar un papel en las fiestas de su boda; fué vencido y muerto en una gran batalla que dió á los romanos.

Orodes cayó enfermo de hidropesía.

La enfermedad era mortal; pero su segundo hijo Fraates, pareciéndole que no moria bastante pronto, lo envenenó.

"Mas sucedió, dice Plutarco, que el veneno era el remedio desconocido del mal que tenia Orodes; el mal lo recibió y lo absorbió y se espulsaron uno á otro.

"Así, pues, prosigue Plutarco, Orodes se alivió."

Pero entonces Fraates tomó el camino mas corto: estranguló á su padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

Volvamos á Caton y á Pompeyo; despues echaremos una ojeada por las Galias y veremos lo que hace César.

Caton sigue siendo el hombre escéntrico que tiene privilegio para hacer cuanto quiere, pero que á pesar de eso no puede hacerse nombrar cónsul.

Ya hemos dicho que habia solicitado ese cargo y que habia fracasado.

Pero eso no basta; tratándose de un hombre de su importancia, hay que decir cómo fracasó.

Se recordará lo que Caton habia predicho á Pompeyo respecto de César.

Este, preciso es confesarlo, cumplia en todo aquella profecía.

El era el único cuya reputacion crecia en medio de tan desastrosas escenas.

Con una felicidad sin igual, se habia librado de aquellas mezquinas guerras del Forum, que desde hacia seis años empequeñecian á Pompeyo, yendo á emprender una guerra importante.

Hay en la verdadera guerra algo de serio y leal que eleva á los hombres á toda la altura que son capaces de alcanzar.

¿Qué era César en el Forum?

Un tribuno menos popular que Clodio, menos enérgico que Catilina, menos puro que los Gracos.

En el ejército empezaba á rivalizar con Pompeyo, y, por lo tanto, á sobrepujar á todos los demas.

A la mágia de la gloria, la mas brillante de todas las mágias, unia la profunda habilidad y la sorda y eterna corrupcion, que eran sus dos grandes medios.

Caton veia menos sus victorias en las Galias que el camino que hacia en Roma.

Segun él, no habia mas que un modo de detenerlo en aquel camino, que tendia á la abolicion de la República, y era hacerse nombrar cónsul; cónsul él en Roma, se opondria á César, imperátor en las Galias.

Así era en efecto.

Pero hizo decretar por el Senado que los candidatos se entenderian ellos mismos con el pueblo y que nadie podria pedir sufragios en su nombre.

Era un mal modo de lograr su objeto.

Caton era un solicitante muy mediano.

"Ademas, el pueblo, dice cándidamente Plutarco, estaba disgustado, porque así le quitaban su salario."

Caton, pues, solicitando el consulado, como el Coriolano de Shakspeare, fracasó por completo.

Cuando se recibia un golpe por el estilo, era costumbre que el interesado se encerrase en su casa algunos dias y los pasase con sus amigos y su familia entregado á la tristeza y al luto.

Pero Caton no hizo nada de eso.

Como achacaba su desgracia á la corrupcion y pretendia ser mejor que su época, no veia en aquella desgracia sino un nuevo homenaje que le hacian sus conciudadanos.

Así, pues, aquel mismo dia se hizo frotar con aceite y fué á jugar á la pelota al Campo de Marte, y despues de comer bajó al Forum, segun tenia de costumbre, sin túnica y sin zapatos, y se estuvo paseando hasta la noche con sus familiares.

El pueblo le seguia, aplaudiéndolo, pero sin nombrarlo cónsul.

Aquella conducta le valió la censura de Ciceron, el hombre del justo medio.

—O querias ser cónsul ó no, le dijo.

—Queria serlo, contestó Caton, pero por el bien de la República y no por satisfacer pasiones.

—Tanto peor entonces, replicó Ciceron; si lo hacias por el bien de la República debias sacrificarle tu rigidez.

Caton movió la cabeza: era de esos hombres que creian tener siempre razon.

Ya hemos dicho que Caton tenia un fanático que se llamaba Favonio; era respecto á él lo que Apolodoro respecto á Sócrates: en Roma le llamaban su mono.

Favonio solicitó el cargo de edil y no lo consiguió.

Caton lo habia apoyado.

Como se vé, Caton no tenia muy buena mano, pero era pertinaz.

Se hizo entregar las tablillas en que estaban inscritos los votos, mostró que todos estaban escritos de una misma mano, apeló á los tribunales é hizo anular la eleccion.

Al año siguiente Favonio fué nombrado edil.

En otro lugar hemos dicho que era costumbre que todo nuevo edil diese juegos al pueblo.

Favonio se puso á pensar qué juegos podria dar para competir con Curion, su colega.

Curion estaba arruinado, pero como se estaba arruinado en Roma, —debia millon y medio ó dos millones de pesos, una miseria;—Favonio, pues, tenia que arruinarse para sobrepujar á aquel hombre arruinado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La ventaja de las fortunas destruidas es que no se teme destruirlas.

En un momento dado, César tendrá necesidad de Curion y le dará cincuenta millones de sestercios (dos millones de pesos.)

¿Acaso no hemos visto en nuestros dias hombres nunca arruinados?

Caton llegó á casa de Favonio en el momento en que este se devanaba los sesos no sabiendo que novedades ofrecer al pueblo en una época en que Pompeyo hacia combatir trescientos quince leones melenudos y veinte elefantes.

Caton se encargó de los juegos.

En seguida se esparció por toda Roma aquella noticia.

Caton *empresario* debia ser una cosa en estremo curiosa.

Lo que hizo fué volver los juegos á su antigua sencillez.

En lugar de coronas de oro distribuyó á los músicos coronas de olivo como en Olimpia.

Luego, en vez de los magníficos regalos que era costumbre hacer, distribuyó á los romanos cántaros de vino, carne de puerco, higos, pepinos y haces de leña, y á los griegos ajos puerros, lechugas, rábanos y peras.

Los griegos, que eran hombres de talento, mascaron sus rábanos y chuparon sus puerros riéndose.

Los romanos, que tenian buen estómago, comieron su carne de puerco y sus higos diciendo:

—¡Qué original es el tal Caton!

Despues, por una de esas rarezas que suele tener el pueblo, este puso de moda los juegos de Favonio.

Habia empujones y atropellos para ir á coger los manojos de rábanos ó los haces de leña.

Curion y sus juegos hicieron completo *fiasco*.

Verdad es que era Caton en persona quien ponia las coronas de oliva en la cabeza de los cantantes y quien distribuia los puerros y los pepinos.

Se queria ver á Caton despachando legumbres.

Favonio aplaudia á Caton al par de la multitud.

Todo eso sucedia mientras tenian lugar los acontecimientos que hemos contado arriba, entre Milon y Clodio, y á consecuencia de los cuales habia sido nombrado Pompeyo, momentáneamente, cónsul único.

Caton se habia opuesto al pronto á aquel nombramiento.—Ya sabemos que se oponia á todo.—Pero habian ocurrido dos sucesos que, sin coincidencia alguna entre sí, debian, sin embargo, segun Caton, ejercer una influencia fatal sobre la libertad.

Julia, la mujer de Pompeyo, habia muerto, como

hemos dicho, y Craso habia sido derrotado y muerto por los partos.

La muerte de la primera rompia la alianza del suegro y el yerno: Julia era el lazo de union entre César y Pompeyo.

La muerte de Craso deshacia el triunvirato.

El temor que Craso inspiraba en particular á César y á Pompeyo, les hacia observar mútuamente las condiciones del tratado que habian firmado; pero cuando la muerte les hubo quitado del medio aquel adversario que podia, si no por su genio al menos por su pluma, luchar contra aquel de los dos que quedase victorioso, ya no hubo realmente sino dos campeones prontos á disputarse la posesion del mundo.

Ahora bien, Caton no amaba á Pompeyo; pero sobre todo aborrecia á César.

Caton no olvidaba que César habia publicado su *Anticaton* y que en él le echaba en cara dos cosas: la primera, haber pasado por un tamiz las cenizas de su hermano á fin de estraer el oro de las telas preciosas en que lo habia envuelto; la segunda, haber cedido su mujer, jóven, á Hortensio, con la esperanza de volverla á tomar mas tarde, vieja y rica, como habia sucedido.

Entretanto, Caton se desesperaba. ¿Qué querian aquellos dos hombres que hallaban el mundo demasiado pequeño para ambos?

Los dioses habian dividido el universo en tres partes: Júpiter ocupó el cielo, Neptuno la mar, Pluton los infiernos, y una vez hecha la reparticion, permanecieron tranquilos á pesar de ser dioses. César y Pompeyo eran dos á dividirse el imperio romano y este no les bastaba!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

Lo que asustaba á Caton era el estraño poder que adquiria César en Roma á pesar de estar ausente.

Mientras que el eco de Oriente llevaba la noticia de la derrota de Craso, el eco de Occidente llevaba la de las victorias de César.

Un dia se supo que habia marchado contra los germanos, con los cuales estaba en paz la República, y que les habia matado trescientos mil hombres.

Era la misma infraccion que con los partos habia cometido Craso, solo que este habia dejado treinta mil hombres y perdido la vida donde César habia hallado una nueva ocasion de aumentar su gloria y y su popularidad.

Al ruido de aquella victoria el pueblo lanzó grandes gritos de alegría y pidió que se diesen gracias á los dioses públicamente.

Pero Caton, por el contrario, alzó la voz contra César, por haber cometido la injusticia de atacar á un pueblo con el cual Roma estaba en paz, y pidió que César fuese entregado á los germanos para que estos hiciesen de él lo que mejor les pareciese.

—Hagamos sacrificios á los dioses, decia, para darles gracias por no haber hecho caer sobre el ejército la locura y la temeridad del general; pero castiguemos á ese general para no atraer sobre nosotros la venganza de los dioses y cargar á Roma con el peso de un sacrilegio.

Escusado es decir que aquella proposicion fué vergonzosamente rechazada.

César supo en el fondo de las Galias la buena voluntad que le prefesaba Caton y en una carta al Senado llenó á su vez á aquel de injurias y acusaciones.

Entre estas últimas ocupaban un buen lugar los dos registros de las cuentas chipriotas, el uno perdido en el mar y el otro en el fuego; respecto al odio de Caton hácia Pompeyo, preguntaba si no provendria de haberse negado este á casarse con su hija.

A aquellas imputaciones contestó Caton que poco importaba la pérdida ó la conservacion de los susodichos registros; que sin haber recibido de la república ni un caballo, ni un soldado, ni un buque, habia traido de Chipre mas oro y plata que cuanto podia haber conquistado nunca Pompeyo con sus guer-

ras y sus triunfos, trastornando el universo; y en cuanto á la negativa de Pompeyo de tenerle por suegro, él era, por el contrario, quien se habia negado á tener á aquel por yerno,—no porque creyese á Pompeyo indigno de semejante alianza, sino porque creia que sus principios no estaban de acuerdo con los suyos.

Nombrado Pompeyo cónsul único, como hemos visto habia restablecido el órden y hecho condenar á Milon, sin cuidarse de que este fuera hechura suya y sin recordar el servicio que le habia hecho matando á Clodio.

La tranquilidad, desterrada de Roma, habia, pues, vuelto á entrar en ella triunfalmente, como Ciceron.

Este llama al consulado de Pompeyo *divino*.

¿A dónde conducia todo eso á Roma?

A la monarquía,—ó, cuando menos, á la dictadura.

En efecto, de tal modo detestaban los romanos la palabra *rey*, que hubiera sido una gran locura pronunciarla.

Disfrazada la cosa con el nombre de dictadura, era mucho menos temible. Es verdad que se recordaba la de Sila, pero aquella habia sido una dictadura aristocrática, y toda la nobleza, todo el patriciado de Roma particularmente, creia que una dictadura

así era preferible á tribunados como los de Clodio y de los Gracos.

Resultó, pues, que Pompeyo se creyó bastante fuerte para hacer una tentativa.

Sus partidarios esparcieron, pues, sordamente por Roma la voz de que Pompeyo, cónsul, no podia hacer aún todo el bien que deseaba, y, sobre todo, impedir todo el mal que temia.

Despues, los que manifestaban aquella especie de pesar, meneaban melancólicamente la cabeza, como obligados á llegar á tal estremidad, diciendo:

—Triste es confesarlo, pero se necesita un dictador.

De modo que no se oian mas que estas palabras, pronunciadas á media voz:

—Se necesita un dictador, es preciso un dictador:

Luego añadian:

—Y, francamente, solo Pompeyo puede serlo.

Caton oia decir aquello como los demas y entraba en su casa furioso.

Al fin un hombre se encargó de formular aquel pretendido deseo del pueblo, aquella supuesta necesidad de Roma: fué el tribuno Lucilio.

Propuso públicamente nombrar á Pompeyo dictador.

Pero Caton estaba allí; subió á la tribuna detras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de él y lo trató tan rudamente, que Lucilio estuvo á pique de perder su cargo.

Viendo aquel mal éxito, varios amigos de Pompeyo se presentaron á declarar en su nombre que jamas hubiera aceptado la dictadura, caso de que se la hubieran dado.

—¿Hablais en nombre de Pompeyo, les dijo Caton, ó solo en el vuestros?

—En el de Pompeyo, contestaron los embajadores.

Entonces, replicó Caton, tiene un modo muy sencillo de probar su buena fé; todo el poder se halla en sus manos: que haga entrar á Roma en la legalidad, ayudando al pueblo á nombrar dos cónsules.

En seguida fueron á comunicar á Pompeyo el medio propuesto por Caton.

Al dia siguiente bajó Pompeyo al Forum, y dirigiéndose al pueblo:

—Ciudadanos, dijo, he obtenido todos los cargos públicos mucho antes de lo que yo habia esperado, é igualmente he hecho siempre dejacion de ellos mucho antes de lo que se esperaba tambien. ¿Qué desea Caton? Haré lo que él quiera.

Caton pidió que por influencia de Pompeyo se eligiesen dos cónsules, sin trastorno alguno, si era posible.

Pompeyo fijó los comicios para de allí á un mes, declaró que todos los ciudadanos podrian presentarse libremente á solicitar el consulado siempre que reuniesen las condiciones necesarias y aseguró que serian elegidos los dos cónsules sin trastorno alguno.

Muchos se presentaron.

Domicio y Mesala salieron electos.—El primero era el mismo contra quien Pompeyo habia cometido tantos actos ilegales, entre ellos el de tenerlo sitiado en su casa mientras se hacia nombrar cónsul con Craso.

Despues entregó el poder, retirándose ó haciendo que se retiraba á la vida privada.

¿De qué procedia aquella facilidad en volver á ser simple particular?

Hacia cerca de dos años que Julia habia muerto y Pompeyo estaba enamorado.

De quién?

De una jóven encantadora muy á la moda en Roma; de la hija de Metelo Escipion, viuda de Publio Craso.

Se llamaba Cornelia.

Era en efecto una mujer distinguida, muy versada en la literatura y escelente música; tocaba la lira, lo cual no le impedia haber estudiado geometría y leer los filósofos en sus ratos de ócio.

Era lo que en nuestros dias llamamos una literata.

Aquel matrimonio hizo menear la cabeza á todos los hombres formales de Roma.

Pompeyo no tenia menos de cincuenta y tres años. ¿Qué iba á hacer con una mujer de diez y nueve, que cuando mas hubiera podido casarse con el menor de sus dos hijos?

Ademas, los republicanos creian que Pompeyo habia olvidado en aquella ocasion la situacion precaria de la República.

Con los nuevos cónsules empezaron otra vez los trastornos. ¿Qué hacia Pompeyo mientras el pueblo peleaba en el Forum, como en los buenos tiempos de Clodio y de Milon?

Se coronaba de flores, hacia sacrificios y celebraba sus bodas.

Pero, ¿por qué Caton habia turbado el consulado de Pompeyo? ¡Le convenia tanto á Ciceron! ¡Iban tan bien las cosas en Roma cuando Pompeyo era cónsul único!

Así, pues, apenas Mesala y Domicio estuvieron á punto de terminar su tiempo,—no nos atrevemos á decir si llegaron al fin de él,—volvió á germinar en la mente de todas las *personas honradas* de Roma la idea de tener á Pompeyo por dictador.

Nótese que, gracias á la oposicion hecha por Caton, este se hallaba en el número de las *gentes no honradas*.

Se propuso, pues, de nuevo la dictadura para Pompeyo. Pero entonces subió Bíbulo á la tribuna.

Se recordará que Bíbulo era el yerno de Caton.

Todo el mundo esperaba, pues, algun vehemente discurso contra Pompeyo.

Pero no sucedió así. Bíbulo propuso reelegir á Pompeyo cónsul único.

Le daba una gran autoridad, pero limitada al menos por las leyes.

De ese modo, decia Bíbulo, la República saldrá de la confusion en que se halla y será esclava del mejor ciudadano.

De parte de Bíbulo, parecia estraña aquella proposicion.

Así, cuando el pueblo vió á Caton levantarse, creyó que, segun su costumbre, iba á tronar contra todo el mundo, y particularmente contra su yerno.

Pero tampoco hubo nada de eso.

Con gran admiracion de la multitud, se oyeron salir de su boca las siguientes palabras, que fueron pronunciadas en medio de un profundo silencio:

—Jamas hubiera emitido yo el parecer que acabais de oir; pero ya que otro lo ha formulado, creo debemos seguirlo. Prefiero á la anarquía una magistratura, cualquiera que sea, y no conozco á nadie mas á propósito que Pompeyo para mandar en medio de tan grandes trastornos.

El Senado, que solo esperaba la opinion de Caton para pronunciarse, se adhirió á ella en seguida.

Decretó que Pompeyo seria nombrado cónsul único, y que si creia necesitar un colega lo escogeria él mismo, pero que todo ello no podria verificarse antes de dos meses.

Encantado Pompeyo de haber hallado un apoyo en el mismo en quien pensaba encontrar un adversario, invitó á Caton á irlo á ver á sus jardines del arrabal.

Caton fué allí.

Pompeyo le salió al encuentro y lo abrazó, dándole las gracias por su apoyo, suplicándole que lo ayudase con sus consejos y que obrase en todo como si compartiese la autoridad con él.

Pero Caton, siempre uraño, se redujo á contestar á todos aquellos halagos de Pompeyo:

—Mi anterior conducta no ha sido dictada por un sentimiento de ódio; la presente no tiene por causa motivo alguno de favor. En otro tiempo, como hoy, solo he mirado el interes del Estado. Cuantas veces me consultes sobre tus negocios privados, te daré gustoso un consejo; mas por lo que hace á los negocios públicos, pídasmelo ó no, te daré siempre mi parecer, y por cierto en alta voz.

Ciceron, por su parte, era todo lo contrario de Caton; este parecia tener á honor el llevarse mal con

todo el mundo; aquel se llevaba tan bien con César como con Pompeyo.

En el mes de Noviembre del año 700 de Roma, esto es, cincuenta y tres años antes de Jesucristo, escribia Ciceron á Atico:

"Hallo un primer consuelo, y como una tabla en mi naufragio, en mi amistad con César. Colma á mi hermano Quinto,—casi diria al tuyo,—¡dioses benéficos!—de honores, miramientos y favores, á tal punto, que no estaria mejor si yo fuera su imperator. ¿Creerás que César, segun me escribe, acaba de decirle que escoja él mismo el cuartel de invierno para sus legiones? *¿Y tú no le amarias? ¿A quién amarias sino entre toda esta gente?* A propósito ¿te he dicho que *soy teniente de Pompeyo* y que saldré de Roma en los ídus de Enero?"

¡Oh digno Ciceron!

¡Y pensar que á no haber sido por Fulvia se hubiera llevado tan bien con Antonio como se llevaba con Pompeyo y con César!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII

Como se ve, todo eso era bastante mezquino y poco honroso.

Vamos, pues, á pasar á César.

No pensamos hacer la historia de su campaña de las Galias, pues él mismo la ha hecho, y probablemente nada hallariamos mejor en ningun lado, cierto ó incierto, que lo que él mismo cuenta.

En la época en que volvemos á encontrarlo no es ya ningun jóven; tiene cuarenta y ocho años.

En los nueve que acaban de trascurrir, durante los cuales no ha vuelto á ver á Roma, ha hecho milagros.

Ha tomado por asalto ochocientas ciudades, sometido trescientas naciones y combatido tres millones de hombres, matando un millon, hiriendo otro y haciendo huir el resto.

Todo eso con cincuenta mil hombres.

¡Pero qué hombres!

Ha formado su ejército amasándolo con su propia mano; conoce á cada individuo por su nombre y sabe lo que vale y lo que puede dar de sí en el ataque como en la defensa.

Aquel ejército son los anillos de una serpiente, cuya cabeza es él, con la ventaja de que la hace mover toda entera ó por trozos.

Para aquel ejército es todo á la vez, general, padre, señor y compañero.

Solo castiga dos cosas: la traicion y la rebelion; al miedo no le impone pena: los mas valientes tienen horas de debilidad.

Tal legion ha retrocedido ó huido, otro dia se mostrará llena de arrojo.

Despues de la victoria se lo permite todo á sus soldados: armas, plata, oro, descanso, lujo, placer.

—Los soldados de César pueden vencer hasta perfumados, dice.

Y llega hasta dar á cada uno un esclavo escogido entre los prisioneros.

Una vez en marcha, nadie sabrá la hora de la llegada ni la del combate, y hasta frecuentemente la ignorará él mismo, no aconsejándose sino de las circunstancias. Cada acontecimiento, por grave ó insignificante que sea, le ofrece una inspiracion. Sin mo-

tivo de detenerse, se detiene; sin motivo de partir, párte.

Es preciso que sus soldados sepan que todas las causas y todas las razones están en él, y que de aquellas causas y aquellas razones no tiene que dar cuenta á nadie.

Con mas frecuencia aún párte solo, desaparece, indicando al ejército el camino que debe seguir.

¿Dónde está? Nadie lo sabe. Si sus soldados quieren hallarlo, ya lo buscarán.

Así aquellos hombres, que con otro cualquiera serian séres ordinarios, son héroes á su lado.

Lo quieren, porque saben que son queridos de él. No los llama *soldados*, ni *ciudadanos;* les llama CAMARADAS.

Ademas, aquel hombre débil, afeminado, epiléptico, ¿no comparte todos sus peligros? ¿no se halla en todas partes á la vez? ¿no anda cien millas al dia, á caballo, en carro y hasta á pié? ¿no atraviesa los rios á nado? ¿no camina en medio de las filas con la cabeza desnuda al sol y á la lluvia? ¿no duerme como el último de sus soldados al aire libre, sobre el duro suelo ó tendido en un carro? ¿no tiene siempre á su lado, lo mismo de noche que de dia, un secretario pronto á escribir lo que le dicte, y un soldado que le lleva su espada?

¿Cuando salió de Roma, no lo hizo con tal diligencia que al cabo de una semana se hallaba en las orillas del Ródano? No sucedió que los correos despachados con tres dias de anticipacion para anunciar su ida, llegaron cuatro dias despues que él? Habia entre todos sus soldados un ginete que le igualase? Necesitaba acaso de las manos para guiar su caballo,—aquel animal fantástico educado por él y que tenia el casco hendido en cinco partes como el pié de un hombre?—No; las rodillas le bastaban y lo dirigia como queria, con los brazos cruzados ó las manos detras de la espalda.

Una de sus legiones es esterminada; la llora y se deja crecer la barba hasta vengarla.

Si algunos capitanes, jóvenes y nobles, que solo han ido á las Galias para enriquecerse, temen una nueva guerra, los reune y les dice:

—No os necesito; mi décima legion me basta. [La décima legion de César es su vieja guardia.] Con ella tengo suficiente para atacar á los bárbaros. No son enemigos mas terribles que los cimbrios y creo que yo valgo tanto como Mario.

Y la décima legion le envía sus oficiales para espresarle su reconocimiento y las demas legiones rechazan á sus capitanes.

Hay mas; ha formado una legion décima-tercia. Entre los galos vencidos ha escogido diez mil hombres;—ya hemos visto mil ó mil doscientos pelear á

las órdenes de Craso;—esos constituyen su tropa ligera, sus tiradores de Vincennes, siempre alegres, nunca fatigados; es la legion de la Alondra, que va cantando como el pájaro cuyo nombre lleva, y que, como él, parece tener alas.

Ahora, si se pasa del valor y la adhesion de todos al valor y la adhesion individuales, se verán rasgos como en los hermosos tiempos de las repúblicas griega y latina, de los Cinegiro y de los Escévola.

En un combate naval cerca de Marsella, un soldado llamado Asilio se lanza sobre un buque enemigo; pero al poner el pié en él pierde la mano derecha de una cuchillada. Entonces con la izquierda, armada del escudo, hiere con tal fuerza á los enemigos en la cara, que hace retroceder á cuantos encuentra por delante y se apodera del buque.

En la Gran Bretaña, en la isla sagrada, la isla de los drüidas, que César ha resuelto conquistar, y á la cual aborda en medio de los flujos y reflujos que confunden la ciencia romana, los gefes de una cohorte se han empeñado en un sitio pantanoso, donde son vivamente atacados por el enemigo. Un soldado se lanza en medio de los bárbaros, hace prodigios de valor, obliga á los contrarios á emprender la fuga, los persigue y salva á los oficiales. Al fin pasa el pantano el último, atraviesa aquella agua fangosa, medio á nado, medio caminando, cae en un hoyo del

cual solo logra salir dejando en él su escudo, y como César, maravillado de tal valor, le salga al encuentro con los brazos abiertos, él, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas, cae á sus piés pidiéndole perdon por no haber sabido conservar su arma defensiva.

Uno de esos hombres es Casio Esceva, que mas tarde en Dirraquium, reventado un ojo por una flecha, con un hombro y un muslo atravesados por dos javalinas, y habiendo recibido ciento treinta golpes en el escudo, llamará á los enemigos como si quisiera rendirse, y de los dos que se le acercarán derribará á uno con un hombro cercenado de un tajo, herirá al otro en la cara y al fin, socorrido á tiempo por sus compañeros, tendrá la suerte de salvarse.

Otro de ellos es Granio Petronio, que, mas tarde, en Africa, mandando un buque de que se ha apoderado Escipion, dice á este, que hace degollar á toda la tripulacion y quiere perdonarle á él solo porque es cuestor: "Los soldados de César están acostumbrados á conceder la vida á los demas, no á recibirla," y se corta el pescuezo.

Con tales hombres no duda, pues, de nada.

Sabe que los belgas, los mas poderosos de los galos, se han sublevado y puesto en pié de guerra mas de cien mil combatientes. Corre á su encuentro con las fuerzas que pueden seguirle, veinte ó veinticinco

mil españoles, romanos, galos y germanos;—en su ejército todos son iguales;—cae sobre ellos en el momento en que devastan las tierras de los aliados de Roma; los bate, los derrota y mata tan gran número, que los soldados que persiguen á los fugitivos pasan los estanques y los rios sin necesidad de puentes, sobre los cadáveres de sus contrarios.

Los nervianos en número de sesenta mil sorprenden á César, cayendo sobre él en el momento en que se atrinchera sin temor alguno de combate. Su caballería es rota al primer choque y los bárbaros envuelven las legiones duodécima y sétima, matando á todos los oficiales.

César arrebata el escudo á un soldado, se abre paso á través de los que combaten delante de él, se lanza en medio de los nervianos y al momento se ve rodeado por todos lados.

La décima legion es quien lo salva; viendo desde lo alto de una colina el peligro que corre su general, se precipita desde allí como una avalancha, derriba cuanto encuentra á su paso, libra á César, y no contenta con eso, da tiempo á que todo el ejército pueda atacar á su vez.

Entonces el combate se hace general.

Treinta mil romanos pelean contra sesenta mil enemigos. Todos hacen prodigios de valor; pero los nervianos no retroceden un paso, y cada soldado de César tiene que matar dos contrarios, quedando los sesenta mil nervianos tendidos en el campo de batalla. De cuatrocientos senadores murieron trescientos noventa y siete. No se salvaron, pues, mas que tres.

Los restos de la nacion se habian encerrado con su rey en Alesia, ciudad del Auxois, situada en lo alto de una montaña. La ciudad pasa por intomable: sus murallas tienen treinta codos de alto.

No le hace; César va á sitiarla.

El rey despide todos sus ginetes, encargándoles esparcirse por las Galias, decir que solo tienen víveres para treinta dias y traerle todos los hombres capaces de llevar las armas.

Los ginetes vuelven con trescientos mil hombres: César, con sesenta mil soldados, se ve cogido entre los enemigos sitiados y los trescientos mil que lo sitian á su vez.

Pero él lo ha previsto todo y se ha fortificado contra los enemigos de la ciudad y contra los de la llanura.

Ha rodeado su campo de obras prodigiosas: tres fosos de veinte piés de ancho por quince de profundidad, una muralla de doce piés de alto y ocho hileras de estacadas, cada una con su foso tambien; todo eso prolongado en un círculo de dos leguas y hecho en menos de cinco semanas.

Era el último esfuerzo de las Galias y allí fué á estrellarse.

Un dia salió César del campamento, dejando en él la fuerza necesaria para contener á los sitiados, y cayó con los demás sobre los trescientos mil hombres que lo rodeaban.

"Todo aquel formidable poder, dice Plutarco, se dispersó bajo la espada de los romanos, desvaneciéndose como un fantasma ó como un sueño."

Los soldados que guardaban el campamento, supieron la victoria por los gritos y las lamentaciones de las mujeres de Alesia, que desde lo alto de las murallas veian al ejército romano volver con escudos adornados de oro y plata, corazas manchadas de sangre y los utensilios y las tiendas de los galos.

Al fin, muriéndose de hambre, los sitiados tienen que rendirse despues de haber propuesto matar las mujeres y los niños y comérselos.

César esperó á los diputados en el tribunal.

Vercingetorix, que habia sido el alma de aquella guerra, se pone entonces sus armas mas hermosas, sale de la ciudad en un caballo ricamente encaparazonado, lo hace caracolear al rededor de César, se apea de él, arroja su espada, sus javalinas, su casco y sus flechas á los piés del vencedor, y sin pronunciar una palabra va á sentarse en los escaños del tribunal.

—¡Para mi triunfo! dice César, señalándolo con el dedo á sus soldados.

Así, pues, no solo César ha hecho mucho, sino que ha hecho mas que nadie antes que él; mas que los Fabios, los Metelos y los Escipiones; mas que Mario y Lúculo y aun el mismo Pompeyo. Ha sobrepujado al uno por los lugares en que ha hecho la guerra; al otro por la estension de los paises que ha subyugado; á este por el número y la fuerza de los enemigos que ha vencido; á aquel por la perfidia y la ferocidad de las naciones que ha sojuzgado. En fin, ha superado á todos en el número de los combates que ha dado y en la espantosa multitud de enemigos que ha hecho perecer.

¿Qué sucedia en Roma á consecuencia de eso?

Roma estaba de tal modo asustada con sus victorias, que el senado proponia darle un sucesor así que estuviesen pacificadas las Galias, y Caton anunciaba en voz alta y con juramento, que lo citaria en justicia en cuanto hubiese licenciado su ejército.

La dificultad estaba en hacérselos licenciar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

Digamos ahora el estado en que se hallaban en Roma los diferentes personajes cuya vida hemos seguido en todos sus detalles, y los cuales van á tomar una parte activa en la guerra civil.

Veamos primero lo que hacia Ciceron en el momento en que empezaban á indisponerse César y Pompeyo.

El gran orador habia heredado el puesto que el jóven Publio Craso habia dejado vacante en el consejo de los Augures; despues, habiéndole tocado en el reparto de las regiones la Cilicia, con un ejército de doce mil infantes y mil doscientos ginetes, se habia embarcado para *su provincia*, como se decia entonces.

Su mision era someter la Capadocia al rey Ariobárzano, y la desempeñó sin recurrir á las armas, po-

niendo en práctica su famoso axioma de *cedant arma togæ*.

Sin embargo, no era cosa fácil, pues los reveses sufridos por los romanos en su espedicion contra los partos, impelian á los cilicianos á la revuelta y aquellos podian ser vencidos.

Mas lo que admiró á todo el mundo, lo que los historiadores refieren llenos de estupefaccion, es que Ciceron no quiso recibir regalo alguno de los reyes y dispensó á la provincia los festines que era costumbre dar á los gobernadores.

Cada dia convidaba á su mesa á los cilicianos mas distinguidos, y pagaba sus comidas oficiales con el sueldo que le pasaba la República.

Su casa no tenia portero; el que queria iba á verlo y era introducido aun sin decir su nombre.

Nadie lo halló jamas acostado, por mas temprano que empezasen las visitas, pues se levantaba con el alba.

Durante todo el tiempo de su proconsulado, no hizo azotar á un solo hombre; jamas en un momento de cólera desgarró el trage del que se la inspiraba; jamas dirigió injurias á nadie; jamas añadió ultrajes á las multas que impuso.

Mas aún; habiendo notado que los fondos públicos habian sido distraidos por concusionarios, los llamó á su presencia y les hizo devolver cuanto se habian

apropiado, sin siquiera decir los nombres de los que restituian cantidades mas considerables, no queriendo denunciar al odio de sus conciudadanos unos hombres que quizá no se creian tan culpables como lo eran en efecto, haciendo lo que hacia todo el mundo.

Algunos ladrones habian establecido su domicilio en el monte Amano, plagiando, robando y matando á los viajeros. Les hizo una guerra encarnizada, los dispersó y fué proclamado imperátor por sus soldados.

¿No es verdad, queridos lectores, que ignorábais que Ciceron hubiese sido proclamado general? Sin embargo, es un hecho que refiere Plutarco.

Y Ciceron, como verdadero hombre de talento, comprendiendo que su título de orador haria sombra al de imperátor, no abusó de su corona de laurel.

No obstante eso, de cuando en cuando muestra su vanidad.

"Querido cofrade, le escribe el orador Cœlio, mandadme panteras para mis juegos."

"Imposible, le contesta Ciceron, ya no hay panteras en Cilicia; todas se han refugiado en Caria, irritadas de ser las únicas á quienes se haga todavía la guerra en medio de la paz general."

De allí á poco, dejando su gobierno, en el cual *la paz general* lo reducia á la ociosidad, pasó por Rodas, donde permaneció algun tiempo en medio de

sus antiguos amigos y conocidos, y al fin llegó á Roma que encontró agitada y calenturienta como toda ciudad en víspera de guerra civil.

A su arribo el Senado quiso concederle el triunfo; pero Ciceron, como se recordará, cuidaba de llevarse bien con todo el mundo.

Así, pues, contestó que tendria mucho mas placer en seguir el carro triunfal de César, tan pronto como este se hubiese reconciliado con Pompeyo, que en triunfar él mismo.

Pompeyo por su parte miraba crecer á su rival, pero sin parecer inquietarse por las proporciones que alcanzaba.

Solo veia en él el tribuno faccioso de Roma, el cómplice de Catilina, el instigador de Clodio; no veia á César.

Revestido del poder supremo, se hacia echar en cara crecido número de abusos, como sucede á casi todos los hombres en igual posicion.

Habia hecho leyes contra los que compraban los sufragios ó captaban á los jueces.

Aquellas leyes eran buenas é imponian á los culpables castigos merecidos.

Pero fué acusado su suegro Escipion, y Pompeyo hizo ir á su casa á los trescientos sesenta jueces, y les suplicó que le fuesen favorables.—Visto lo cual por el acusador, desistió de la acusacion.

Por otra ley habia prohibido elogiar á los acusados durante el proceso.

Pero fué acusado su amigo Planco y él mismo se presentó á elogiarlo.

Caton era uno de los jueces y se tapó los oidos con ambas manos.

La corrupcion general no llegaba hasta él.

—¿Qué haces? le preguntaron sus colegas.

—No me conviene oir elogiar al acusado contra la disposicion de las leyes, contestó Caton, y menos aún siendo elogiado por el mismo que las ha hecho.

Aquello fué causa de que Planco recusase á Caton, sin embargo de lo cual fué condenado.

Dicha condena puso á Pompeyo de tan mal humor, que algunos dias despues, habiéndolo esperado Hipseo, personaje consular acusado tambien, en el momento en que salia del baño para ir á comer, y habiéndosele echado á los piés:

—Dejadme en paz, le contestó Pompeyo con tono brusco, pues todo lo que conseguireis con vuestras súplicas será que se me enfrie la sopa.

En medio de tales sucesos, habiendo hecho un viaje á Nápoles, cayó gravemente enfermo; se curó, sin embargo, y por indicacion del griego Praxágoras, los napolitanos hicieron sacrificios á los dioses en accion de gracias.

Aquel ejemplo fué seguido por las ciudades inmediatas á Nápoles, y el contagio se comunicó de tal modo á toda la Italia, que no hubo poblacion, grande ó pequeña, que no celebrase fiestas iguales de convalecencia durante varios dias.

Despues, al regresar á Roma, los habitantes de los pueblos todos le seguian formando séquito, saliéndole al encuentro diputados coronados de flores; donde quiera le ofrecian banquetes públicos y al entrar en las poblaciones no caminaba sino sobre montones de laureles.

De ahí resultó que al llegar á Roma, embriagado con aquella marcha triunfal, se volvió con desprecio hácia el lado de la tempestad que se amontonaba en Occidente.

Menos aún dudó del porvenir cuando vió prorogado su gobierno por cuatro años, autorizándole el Senado á tomar en el tesoro público mil talentos anuales para pagar y sostener las tropas.

Pero tambien César por su parte creyó que le habia llegado igualmente la buena hora, y que puesto que se hacia todo aquello por Pompeyo no habria modo de negárselo á él.

Sus amigos, pues, presentaron su solicitud.

Pidieron que en recompensa de sus campañas y de la estension que habia dado á la República, cuyos límites habia llevado por el Oeste hasta el gran mar exterior y por el Norte hasta la Gran Bretaña y el Rin, se le confiriese otro consulado y se le pro-

rogase su gobierno, á fin de que no le arrebatase un sucesor la gloria y el fruto de tantos trabajos, y que mandando solo en los paises que habia sometido disfrutase en paz de los honores á que sus hazañas le hacian acreedor.

Aquella solicitud produjo una gran discusion.

Pompeyo pareció admirado en particular de la segunda parte.

—Tengo, dijo, cartas de mi querido César, suplicándome se le dé un sucesor, á fin de verse libre de las fatigas de la guerra.

Por lo que hace al consulado, añadió, me parece justo que se le permita solicitarlo á pesar de estar ausente.

Pero allí estaba Caton, el gran opositor, el gran nivelador, el gran envidioso, digámoslo de una vez.

Se opuso con toda su fuerza á la proposicion, exigiendo que César, reducido al estado de simple particular, fuese á solicitar personalmente de sus conciudadanos la recompensa de sus servicios.

Pompeyo no replicó una palabra; ¿para qué?

Caton decia á César:

—"Ven á entregarte desarmado á Pompeyo, esto es, á tu mas mortal enemigo."

Consecuencia de aquello fué que siguiendo el parecer de Caton, apoyado por el silencio de Pompeyo, el Senado negó á César la próroga de su gobierno.

Uno de sus oficiales estaba á la puerta del Senado y oyó aquella negativa.

—Bueno! dijo pegando en la empuñadura de su espada, ésta se la concederá.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

César, entretanto, tomaba sus precauciones.

"Cual un atleta, dice Plutarco, se frotaba con aceite para el combate."

Su modo de frotarse con aceite era frotar á los demas con oro.

Habia hecho llegar á Roma cantidades inmensas.

Habia dado dinero y licencias temporales á mas de veinte mil soldados.

En fin, habia mandado á Pompeyo dos legiones que aquel le habia pedido, so pretesto de la guerra pártica y habia dado á cada soldado ciento cincuenta dracmas.

Despues habia atraido á su partido al tribuno del pueblo Curion, cuyas enormes deudas habia pagado, (unos tres millones de pesos de nuestra moneda) y

á Marco Antonio, fiador de Curion, que de aquel modo se veia libre de aquella responsabilidad.

Sin embargo, aquello no le bastaba á César é hizo preguntar á Marco Antonio si acaso no tendria necesidad de sus servicios.

Marco Antonio le contestó que estaba algo atrasado y que aceptaria de buena gana un pequeño préstamo.

César le mandó un millon y seiscientos mil pesos,

Acabamos de pronunciar por primera vez el nombre de un hombre que va á desempeñar un gran papel y á tener un peso inmenso en los acontecimientos.

Detengámonos un momento, segun nuestra costumbre, al llegar á un gran nombre, y digamos quién era Marco Antonio.

No se sabia precisamente la fecha de su nacimiento.

Unos dicen que habia nacido ochenta y tres años y otros ochenta y cinco antes de Jesucristo.

Adoptemos un término medio.

Antonio tenia, en la época á que hemos llegado, esto es, cincuenta y dos años antes de Jesucristo de treinta á treinta y dos años.

Digamos lo que era á esa edad y lo que habia hecho.

Marco Antonio tenia por abuelo al orador Antonio, que Mario hizo morir como partidario de Sila, y

por padre á Antonio, que, habiendo empezado la conquista de la isla de Creta, compartió el dictado de *Crético* con Quinto Metelo, que la terminó.—Digamos de paso que ese Quinto Metelo fué el padre de la Cecilia Metela cuya magnífica tumba, alzada á la izquierda de la vía Appia, es aun hoy objeto de la escursion artística de todos los viajeros.

Antonio el Crético pasaba por un hombre muy liberal, de mano y corazon abiertos, pero pobre, como todos los que no cierran con una misma llave su corazon y su caja.

Un dia fué uno de sus amigos á suplicarle que le prestase algun dinero; pero por mas corta que fuese la cantidad, Antonio no la tenia.

Entonces mandó á uno de sus esclavos que le llevase un jarro de plata con agua para afeitarse.

Cuando el esclavo hubo cumplido la órden, lo despidió diciéndole que él mismo se afeitaria.

Una vez ido el esclavo, Antonio cogió el jarro y lo metió debajo de la capa de su amigo.

—Empéñalo ó véndelo, le dijo; no se dirá nunca que un amigo me ha pedido un favor y no se lo he hecho.

Algunos dias despues Antonio oyó un gran ruido en la cocina de su casa: era su mujer, Julia, que buscaba el jarro, y no encontrándolo, queria castigar á los criados.

Antonio la llamó y se lo contó todo, suplicándole que lo perdonase.

Marcos Antonio, ó mas bien, Marco Antonio, como nosotros acostumbramos llamarlo, pertenecia por su madre á la familia ó *gens* Julia, como entonces se decia, y era por lo tanto pariente de César.

A la muerte de su padre habia quedado al cuidado de su madre, mujer en estremo distinguida.

Pero no por eso fué mejor su educacion, ó mas bien, como se verá, su temperamento fué superior á ella.

Una vez viuda su madre, se habia vuelto á casar con Cornelio Léntulo,—el mismo Léntulo que Ciceron hizo degollar en su prision como cómplice de Catilina.—Vamos á comprender en seguida el gran odio de Antonio contra Ciceron, odio sangriento, profundo, mortal, que los historiadores no se toman el trabajo de esplicarnos, haciéndonos ver los hombres peores de lo que son, ó presentándonoslos bajo otro aspecto.

Antonio era, pues, entenado de Léntulo, degollado por Ciceron, ó por su órden; mas tarde,—no se olvide esa circunstancia,—se casará con Fulvia, viuda de Clodio.

Como se recordará, Ciceron no dejó de tener tambien alguna parte en la muerte de ese tribuno.

Antonio reprochaba ademas á Ciceron el haber ne-

gado á su madre el cuerpo de su marido, pretendiendo que para conseguirlo habia sido preciso que su madre, matrona de la familia Julia, fuese á echarse á los piés de la consorte de Ciceron, esto es, de una mujer del pueblo.

Se ignora, sin embargo, lo que hubiese de cierto en eso, pues Antonio, cuando no estaba ébrio, no solia morderse la lengua para mentir.

Aunque los historiadores no nos digan tampoco nada sobre el particular al hablar del brutal descendiente de Hércules, Antonio era en estremo hermoso; tanto, que Curion, el hombre mas libertino de Roma,—el mismo cuyas deudas hemos visto que pagó César,—le consagró una de esas amistades que los contemporáneos no dejan jamas de calumniar.

Respecto á deudas, Antonio habia seguido las huellas de César, y á los diez y ocho años debia trescientos mil pesos de nuestra moneda, por los cuales salió entonces fiador Curion.—Entiéndase que hablamos del hijo; Curion el padre habia espulsado á Antonio de su casa, como un disipado que perdia á su hijo, ó que al menos contribuia á que se perdiese.

El segundo amigo de Antonio, el mas caro á su corazon despues de Curion, fué Clodio.

Como se ve, sabia escoger sus amigos.

Pero en el momento en que los negocios de Clodio

empezaban á embrollarse, Antonio, temiendo verse comprometido en ellos, abandonó la Italia y se embarcó para Grecia.

Habia entonces allí dos escuelas de elocuencia: la griega y la asiática. Esta última era el romanticismo de la época, y el jóven se hizo romántico. El estilo fastuoso, coloreado, lleno de imájenes, de esa escuela, se avenia perfectamente con su vida ostentosa y consagrada de antemano á todas las peripecias que son consecuencias de la ambicion.

Hácia aquella época fué nombrado procónsul de Siria, por influencia de Pompeyo, el famoso Gabinio, el hombre de los millones, el cual pasó por Grecia y propuso á Antonio que lo siguiese.

Pero Antonio le contestó que no lo haria sino con un mando.

Gabinio le dió el de la caballería y se lo llevó consigo.

Enviado al pronto contra Aristóbulo, subió el primero al asalto de una ciudad y fué arrojando á aquel de fortaleza en fortaleza; despues, habiéndolo alcanzado en el llano, le presentó batalla y lo derrotó completamente, sin embargo de no llegar su ejército á la mitad del de su enemigo.

Aquellas proezas le granjearon la confianza de Gabinio.

Poco tiempo despues, cuando Ptolomeo Auletes,

—el real tañedor de flauta que nuestros lectores recordarán,—pidió auxilio á Pompeyo para volver á sus Estados, que se habian sublevado, Pompeyo le mandó á Gabinio, su hombre de negocios.

Ptolomeo ofreció á Gabinio diez mil talentos (una cosa así como diez millones y medio de pesos.) La cantidad era bonita y tentó prodigiosamente á Gabinio.

Sin embargo, como la mayor parte de los oficiales suponian que al par de aquellas ventajas de dinero ofrecia la empresa grandes peligros, el general titubeaba; pero Antonio, que sin duda habia recibido de Ptolomeo alguna gratificacion,—trescientos ó cuatrocientos mil pesos,—instó de tal modo á Gabinio, que al fin este se decidió, con la condicion de que Antonio mandaria la vanguardia.

Aquello era precisamente lo que el jóven teniente,—tenia entonces 28 años,—ganoso de arriesgadas empresas, ansiaba con mas afan.

Así, pues, aceptó sin titubear.

XXV

Se temia mucho el camino que era preciso seguir para llegar á Pelusa, la primera ciudad de Egipto que se encuentra al venir de Siria.

Habia que atravesar todo el desierto que se estiende hoy desde Jafa hasta El-Arich; ademas unos terribles pantanos formados por una especie de lago de fango llamado el lago Serbonide.

Los egipcios, partidarios de lo maravilloso, llamaban á aquellos pantanos el respiradero de Typhon; los romanos, mas amantes de la realidad, decian que procedian del mar Rojo, que, despues de haber atravesado por debajo de tierra la parte mas angosta del istmo, volvia á aparecer en aquel punto, yendo á desaguar en el Mediterráneo.

Esos pantanos existen aun hoy y se estienden desde Roseta hasta Baz-Burloz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—el real tañedor de flauta que nuestros lectores recordarán,—pidió auxilio á Pompeyo para volver á sus Estados, que se habian sublevado, Pompeyo le mandó á Gabinio, su hombre de negocios.

Ptolomeo ofreció á Gabinio diez mil talentos (una cosa así como diez millones y medio de pesos.) La cantidad era bonita y tentó prodigiosamente á Gabinio.

Sin embargo, como la mayor parte de los oficiales suponian que al par de aquellas ventajas de dinero ofrecia la empresa grandes peligros, el general titubeaba; pero Antonio, que sin duda habia recibido de Ptolomeo alguna gratificacion,—trescientos ó cuatrocientos mil pesos,—instó de tal modo á Gabinio, que al fin este se decidió, con la condicion de que Antonio mandaria la vanguardia.

Aquello era precisamente lo que el jóven teniente,—tenia entonces 28 años,—ganoso de arriesgadas empresas, ansiaba con mas afan.

Así, pues, aceptó sin titubear.

XXV

Se temia mucho el camino que era preciso seguir para llegar á Pelusa, la primera ciudad de Egipto que se encuentra al venir de Siria.

Habia que atravesar todo el desierto que se estiende hoy desde Jafa hasta El-Arich; ademas unos terribles pantanos formados por una especie de lago de fango llamado el lago Serbonide.

Los egipcios, partidarios de lo maravilloso, llamaban á aquellos pantanos el respiradero de Typhon; los romanos, mas amantes de la realidad, decian que procedian del mar Rojo, que, despues de haber atravesado por debajo de tierra la parte mas angosta del istmo, volvia á aparecer en aquel punto, yendo á desaguar en el Mediterráneo.

Esos pantanos existen aun hoy y se estienden desde Roseta hasta Baz-Burloz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antonio tomó la delantera y se apoderó de Pelusa, aseguró los caminos y preparó el paso al ejército.

Detras de él entró en Pelusa Ptolomeo.

Como era la primera ciudad de sus Estados que conquistaba, quiso hacer en ella un castigo ejemplar y mandó degollar á los habitantes; pero Antonio, como todos los hombres valientes y pródigos, tenia buen corazon y le repugnaba el asesinato; así, pues, tomó bajo su amparo, no solo á los habitantes de la ciudad, sino tambien á las tropas que la guarnecian, sin que tuviera lugar ninguna ejecucion.

Poco despues entró Ptolomeo en Alejandría, donde Antonio dió nuevas pruebas de humanidad que le conquistaron el afecto de sus habitantes.

Una de las que mas honor le hicieron fué la siguiente:

Habia sido huésped y amigo de Arquelao. Pero, como suele suceder en las guerras civiles, llegaron á hallarse en opuestos campos, y un dia los dos antiguos compañeros tuvieron que combatir uno contra otro.

Arquelao fué derrotato y muerto.

Cuando Antonio supo le último, mandó buscar su cuerpo entre los cadáveres, y, una vez hallado, le hizo hacer magníficos funerales.

Aquella piedad le granjeó el aprecio, no solo de

los habitantes de Alejandría, sino tambien de los mismos romanos que peleaban á sus órdenes, de modo que volvió á su patria con cierta popularidad.

Era precisamente la época en que Roma estaba dividida en dos facciones: la de los nobles, que tenian á su frente á Pompeyo, y la del pueblo, que hacia seña á César para que volviese de las Galias.

Ya, hemos dicho que Antonio era amigo de Curion y que este tenia gran influjo con el pueblo. Aquel influjo fué mucho mayor cuando César hubo mandado tres millones de pesos á Curion y un millon y seiscientos mil á Antonio.

Se empleó una parte de aquel dinero en hacer nombrar á Antonio tribuno del pueblo. Sin duda se puso en planta el mismo subterfugio que cuando se trató de nombrar á Clodio; pero el caso es que fué nombrado.

Ademas, Plutarco refiere cómo se hacian aquellas cosas:

"Los que solicitaban los cargos públicos, dice, ponian en medio de la plaza mesas llenas de oro y plata, corrompiendo descaradamente las masas á precio de dinero, y entonces el pueblo combatia por el que habia pagado, no solo con su voto, sino tambien con arcos y con hondas.

"Frecuentemente tenian que alejarse de la tribuna, por estar manchada de sangre y rodeada de ca-

dáveres, y la ciudad se veia sumida en la anarquía."

Algun tiempo despues de haber sido nombrado Antonio tribuno del pueblo, fué asociado al colegio de los augures.

Así, pues, al comprarlo César, compraba á la vez al pueblo y á los dioses.

Ya hemos visto cómo el Senado habia negado á César la próroga de su gobierno, y como uno de sus oficiales habia dicho, pegando en la empuñadura de la espada.

—Esta se la dará.

Quedaba aún sin embargo en Roma un hombre muy importante para César; era Paulo, que hacia construir la magnífica basílica que reemplazó á la de Fulvia.

Los gastos de aquella obra lo tenian algo apurado.

César le mandó un millon cuatrocientos mil pesos como un auxilio, y Paulo le hizo decir que podia contar con él.

El Senado decidió que César no podia solicitar el consulado sin ir á Roma.

Entonces Curion propuso lo siguiente:

Dijo que César estaba pronto á ir á Roma solo y sin ejército siempre que Pompeyo se quedase allí solo y sin ejército tambien. Si Pompeyo se empeñaba

en conservar sus tropas, César pedia ir á Roma con las suyas.

Pero Curion hacia hincapié en el licenciamiento de los dos ejércitos, diciendo que César no se juzgaba superior á nadie, y que creia que era mejor para la República que él y Pompeyo se hallasen frente á frente como dos simples particulares y no como dos generales. Así, esperarian ambos, cada uno por su lado, los honores que sus conciudadanos tuviesen á bien concederles.

El cónsul Marcelo contestó á Curion, y al hacerlo trató á César de bandido, añadiendo que si no deponia las armas era preciso tratarlo como enemigo público.

Pero entonces Curion se vió sostenido por Antonio, por Paulo, el segundo cónsul, y por Pison, y pidió al Senado un voto visible, esto es, que los senadores que quisiesen que César depusiese las armas y que Pompeyo continuase ejerciendo su mando, pasasen todos al mismo lado de la sala.

Era una cosa que se parecia bastante á nuestras votaciones sentándose y levantándose.

La mayor parte de los senadores, ó casi todos, mejor dicho, pasaron al lado de la sala indicada por Curion.

El tribuno pidió la contraprueba, esto es, que los

que eran de parecer que Pompeyo y César depusiesen las armas á la vez, pasasen al otro lado.

Solo veintidos senadores permanecieron fieles á Pompeyo.

Durante aquellas dos votaciones Antonio habia bajado al Forum y contado al pueblo lo que pasaba en el Senado, reanimando su entusiasmo por César.

El resultado fué, que cuando Curion bajó á su vez, anunciando la victoria que acababa de alcanzar en la cuestion del desarme, le esperaba allí un triunfo.

Le echaron coronas como á un atleta victorioso y lo acompañaron hasta su casa con grandes gritos.

Antonio, entonces, empezó á moverse. Aprovechó aquel momento de entusiasmo del pueblo hácia César, é hizo decretar que el ejército que estaba reunido fuese enviado á Siria para reforzar el de Bíbulo, empeñado en la guerra contra los partos.

Dado aquel decreto, Antonio subió al Senado y pidió leer una carta que habia recibido de César.

Pero los senadores habian cambiado ya de modo de pensar, instigados por Marcelo.

Este se opuso á que Antonio leyese la carta de César.

Antonio la leyó, sin embargo, pero en medio de un gran ruido, de modo que nadie la oyó.

Entonces volvió á bajar al Forum, y se la leyó á pueblo.

Durante aquel tiempo, Escipion, suegro de Pompeyo, hacia decretar, que si en un dia determinado no deponia César las armas, seria considerado enemigo público y tratado como tal.

Aquello, sin embargo, no pareció aún bastante á Léntulo, y esclamó:

—Contra un bandido como César, no son decretos los que se necesitan, sino armas.

Luego, empleando una metáfora:

—Veo, dijo, diez legiones que descienden de los Alpes y avanzan hácia Roma. Ciudadanos, vistámonos de luto.

Y el Senado decidió que Roma se vistiese así.—Escelente Senado!

Y Roma se vistió de luto.—Pobre Roma!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

En medio de aquellos acontecimientos habian llegado cartas de César.

Hacia nuevas proposiciones;—pues preciso es convenir que en todo aquel asunto se portó con la mayor moderacion.—Ofrecia abandonarlo todo con tal de que le dejasen el mando de la Galia Cisalpina y de la Iliria, con dos legiones, hasta que hubiese obtenido un segundo consulado.

Pompeyo rehusó dejarle las legiones, las cuales hacian unos veinte mil hombres.

Ciceron llegaba entonces de Cilicia. Deseaba la paz sobre todas las cosas y suplicó á Pompeyo que no fuese tan duro con César, pues la demasiada dureza podia impelerlo á una estremidad.

Pero Pompeyo contestó que aquello era lo que él deseaba, y que así acabaria mas pronto con César.

Ciceron le recordó los decretos del pueblo, el envío del ejército á Siria y la prohibicion que tenian los ciudadanos de servir á sus órdenes.

—¿Con qué combatireis á César? le preguntó.

—Bah! contestó Pompeyo, no tendré mas que dar una patada en el suelo, y saldrán de él soldados.

Ciceron consiguió que Pompeyo accediese á lo que pedian los amigos de César, el cual estaba dispuesto á hacer una nueva concesion.

En lugar de quedarse con dos legiones, César se contentaba con seis mil hombres.

—Proponedlo en seguida al Senado, dijo Ciceron á Antonio; Pompeyo consiente en ello.

Antonio corrió al Senado é hizo la proposicion.

Pero el cónsul Léntulo la rehusó rotundamente y espulsó del Senado á Antonio y Curion.

Antonio salió llenando de imprecaciones á los senadores: despues, creyendo que habia llegado el momento de que César arriesgase el todo por el todo, entró en su casa, se disfrazó de esclavo, determinó á Curion y á Quinto Casio á que hiciesen lo mismo, y los tres, tomando un carruaje de alquiler, salieron de Roma para ir á ver á César y contarle lo que pasaba.

César estaba en Ravena, donde solo tenia consigo la décimatercia legion, cuando llegaron los tribunos.

Estaba léjos de esperar tal golpe de suerte. Ya

tenia en su favor la fuerza, casi el derecho, y Curion, Antonio y Quinto Casio le llevaban la legalidad.

Desde tan lejos como pudo percibir las tropas Antonio, se puso á gritar:

—Soldados! Somos los tribunos del pueble, arrojados de Roma. Allí ya no hay órden; los tribunos no tienen libertad de hablar; nos han espulsado porque éramos partidarios de la justicia, y henos aquí.

César corrió á su encuentro. Recibió á Curion, á Antonio y á Casio con los brazos abiertos, y en seguida les dió mandos en el ejército.

Solo esperaba aquella ocasion para vengarse de los insultos y los ultrajes que desde hacia seis meses le hacian beber á copa llena.

Añádase á todo lo que hemos referido que Marcelo y Léntulo habian privado del derecho de ciudad á los habitantes de Neocomo, que César habia establecido hacia poco en las Galias. Ademas habian hecho azotar con varas á uno de los senadores, y como al menos deséase saber la causa de aquel ultraje, Marcelo le contestó que no necesitaba más que su voluntad y que los que estuviesen descontentos de él y de Roma que fuesen á quejarse á César.

La copa rebosaba.

Era Bonaparte en Egipto, insultado todos los dias por el Directorio.

Nada falta á la comparacion; ni siquiera Pompeyo.

El Pompeyo frances se llamaba Moreau.

Lo que habia, pues, que hacer era no perder un momento.

César no tiene consigo mas que cinco mil infantes y trescientos ginetes. Pero cuenta con los soldados que enviarán contra él y que han servido á sus órdenes, con los veteranos á quienes ha dado licencia temporal para ir á votar á Roma y con las dos legiones que ha mandado á Pompeyo, cada uno de cuyos soldados ha recibido de su mano, al partir, ciento cincuenta dracmas.

Ademas de todo eso, cuenta con su fortuna.

Empezará por apoderarse de Ariminium, ciudad considerable de la Galia Cisalpina, si bien causando el menor ruido y derramando la menos sangre posible.

César, pues, manda á sus capitanes y soldados no tomar mas que las espadas. Despues entrega el mando del ejército á Hortensio, pasa el dia viendo combatir á unos gladiadores y poco antes de la noche toma un baño y en seguida entra en el comedor. Allí permanece algun tiempo con las personas que ha convidado á su mesa y luego se levanta, in-

vitando á sus comensales á continuar como si él se hallase allí, prometiéndoles volver en breve. Sale, coje un carruaje de alquiler y toma un camino diferente del que debia seguir. Pero los hachones que lo alumbran se apagan, se estravía, anda errante toda la noche y no encuentra un guía hasta el amanecer.—Entonces se reune con sus capitanes y soldados en el punto en que les habia dado la cita; se dirige con ellos á Ariminium y se halla en frente del Rubicon, pequeño arroyo, angosto curso de agua, ilustre hoy cual los mayores rios, y el cual separaba la Galia Cisalpina de la Italia propiamente dicha.

Manucio pretende haber leido allí la inscripcion siguiente:

"Mas allá de este rio Rubicon, que nadie haga pasar banderas, armas ni soldados."

En efecto, César, imperátor en una de sus orillas, no era en la otra sino un rebelde.

Así fué que se detuvo allí ante el número y la grandeza de los pensamientos que asaltaron su espíritu.

Inmóbil en el mismo sitio, consideró detenidamente una tras otra las diferentes resoluciones que se le ocurrian, pesando en la balanza de su esperiencia y su sabiduría los partidos contrarios; llamó á sus amigos, entre ellos á Asinio Pollion, y les representó los males que el paso de aquel rio iba á traer tras

sí; luego, en alta voz, como un hombre que tiene derecho para pedirle cuenta anticipada de sus fallos, interrogó á la posteridad sobre el juicio que respecto á él llegaria á formar.

¿Representaba una comedia ú obraba de buena fé?

Una especie de prodigio, preparado sin duda por él, puso fin á sus dudas.

En el momento en que, despues de haber consultado á sus amigos, consultaba á sus soldados, diciéndoles;

—Camaradas! aun es tiempo de volver atras, pues si atravesamos ese rio el resto será obra del acero!

En ese momento, decimos, un hombre de estatura estraordinaria apareció en la orilla en que él se hallaba, tocando una flauta

Los soldados, admirados, se acercaron al gigante.

Entre los soldados estaba un trompeta.

El hombre misterioso arroja entonces la flauta, coje el clarin, se lo lleva á la boca, se lanza al rio tocándolo con toda su fuerza y llega al otro lado.

—Vamos, dice César, adonde nos llaman la voz de los dioses y la injusticia de los hombres. *Alea jacta est!* [Palabra por palabra: *El dado está echado!*]

Plutarco le hace decir la siguiente frase en griego.

¡Qué el dado sea echado!

En fin, segun Appiano, dijo:

"Ha llegado el momento de permanecer á este lado del Rubicon para desgracia mia, ó de pasarlo para desgracia del mundo."

César no dijo una palabra de eso y ni siquiera nombró el Rubicon.

Como quiera que sea, de cualquier modo que haya dicho la frase que se ha hecho proverbial, ó no haya dicho nada absolutamente, lo cierto es, que, segun manifiesta Tito Livio: "César marchó contra el universo con cinco mil hombres y trescientos caballos."

XXVII

Al dia siguiente, antes de amanecer, era César dueño de Ariminium [Rímini.]

Aquella noticia pareció volar desde las orillas del Rubicon en alas de un águila y cayó no solo sobre Roma sino sobre toda Italia.

César pasando el Rubicon y marchando sobre Roma era la guerra civil.

Ahora bien, ¿qué era la guerra civil para los romanos?

Era la desolacion en todas las familias, la muerte entrando en todas las casas, la sangre corriendo por todas las calles; era Mario; era Sila.

¿Quién podia adivinar lo inadivinable? ¿quién podia prever un vencedor clemente? Era una cosa desconocida, inaudita, nunca vista?

Las guerras anteriores habian hecho á aquella un prospecto espantoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así entonces no sucedia lo que en las otras guerras, que el terror encerraba á las gentes en sus casas. No; el terror lanzaba á los ciudadanos fuera de ellas. Se veian correr por toda Italia mujeres y hombres azorados. Las mismas ciudades parecian salir de sus cimientos para emprender la fuga y trasladarse de un punto á otro. Todo afluyó hácia Roma.

Esta se halló como inundada de un diluvio de pueblo que se refugiaba en ella de todos los puntos inmediatos, y cada individuo que llegaba se sentia poseido de una agitacion tan violenta, que la tempestad de la calle, ese mar de los hombres, levantada en las encrucijadas y en las plazas, iba aumentando y subiendo sin cesar, al punto de no haber ya razon ni autoridad que pudiese contenerla:

Y cada hombre y cada mujer, mas y mas azorados, acudian gritando:

—Ahí viene César!

Y todas las bocas repetian:

—César! César! César!

¿Qué iban á buscar á Roma todos aquellos individuos, todas aquellas ciudades, todos aquellos pueblos?

El apoyo de Pompeyo.

El era el único que pudiese resistir al enemigo que se acercaba.

¿Qué recuerdo se conservaba de César?

El de un tribuno pródigo y faccioso que proponia y ejecutaba leyes agrarias.

¿Qué era Pompeyo?

El representante del órden, de la propiedad, de las buenas costumbres.

Pero Pompeyo habia perdido la cabeza.

Como era preciso echar la culpa á alguno, el Senado se la echaba á él.

—Ese es, decia Caton, quien ha engrandecido á César contra sí mismo y contra la República.

—¿Por qué no aceptó las proposiciones tan razonables que César le hizo? decia Ciceron.

Favonio detuvo al procónsul en el Forum.

—¿Dónde están tus soldados? le preguntó.

—No los tengo, contestó Pompeyo desesperado.

—Entonces pega una patada en el suelo, puesto que así decias que harias salir de él legiones.

Sin embargo, Pompeyo tenia cuando menos cuatro veces tantas tropas como su contrario.

Pero, ¿cómo adivinar que César no tenia mas que cinco mil hombres?

En Roma circulaban los rumores mas estraños, así sobre el número de sus soldados como sobre la rapidez de su marcha.

Ademas, Pompeyo veia que el pueblo todo se inclinaba hácia César. La tierra temblaba, en cierto modo, bajo sus piés.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El pueblo es la tierra sobre que están asentados los gobiernos, y las revoluciones son sus terremotos.

Viendo que Pompeyo perdia la cabeza, el Senado gritó: *Sálvese el que pueda!* Y espidió una ley declarando traidor al que no huyera con él.

Caton juró no cortarse el pelo ni la barba, ni ponerse corona en la cabeza, mientras no se castigase á César y la República se hallase fuera de peligro.

Hizo otra cosa, que debió costarle mas aún: volvió á tomar, para que le cuidase sus hijos pequeños, á su mujer Marcia, "la cual, dice Plutarco, estaba viuda y poseia bienes considerables, pues Hortensio habia muerto y le habia instituido su heredera. Y eso es, añade el filósofo griego, lo que le echa en cara César. Le acusa de ser demasiado aficionado al dinero y de haber traficado con el matrimonio por interes. "Pues, en fin, dice, si necesitaba una mujer, ¿á qué cederla á otro? Y si no la necesitaba, ¿á qué volverla á tomar? ¿O solo se la habia dado á Hortensio como un cebo, entregándosela jóven para recobrarla rica?"

Diablo de César! nada se ganaba con ser su enemigo. Si era Pompeyo, lo derrotaba. Si Caton, lo abrumaba á burlas.

Los cónsules á su vez abandonaron á Roma sin hacer á los dioses los sacrificios que era costumbre

cuando salian de la ciudad; tal era la prisa que tenian de huir.

Los senadores por su parte los siguieron ó los precedieron, llevándose cada uno los objetos mas preciosos que hallaba á mano.

Ciceron hace como los demas. Se lleva á su hijo y deja á su mujer y á su hija.

—Si hay saqueo, les grita al partir, poneos bajo la proteccion de Dolabela.

Despues les escribe:

Formio, Enero.

"Reflexionad bien, queridas almas mias, sobre el partido que hayais de tomar. No os decidais á la ligera: ese asunto es mas vuestro que mio. ¿Permanecereis en Roma? ¿Vendreis á reuniros conmigo en un lugar seguro?

"Mis ideas sobre el particular son las siguientes: contando con Dolabela nada teneis que temer en Roma; y aun si se cometiesen escesos y llegase á haber saqueo, vuestra presencia ahí pudiera ser muy conveniente.

"Pero, ahora caigo en ello: todas las personas honradas han salido de Roma, llevándose consigo sus mujeres: en la region en que yo me hallo hay tantos pueblos que nos son adictos y tantas tierras que son nuestras, que podriais verme con frecuencia y dejar-

me cuando quisiérais, estando siempre en un terreno neutral. Verdaderamente no sé decir cuál de las dos cosas seria mejor. Ved lo que hacen las mujeres de vuestro rango; sobre todo, cuidad de no tardar demasiado en decidiros, esponiéndoos á no poder salir de Roma. Todo eso vale la pena de que lo penseis maduramente, consultando á vuestros amigos. Decid á Philotimo que ponga la casa en estado de defensa, teniendo en ella suficiente número de gente: despues tratad de buscar mensajeros seguros con quien mandarme todos los dias noticias vuestras; en fin, si os interesais por mi salud, cuidad la vuestra."

Ya hemos visto á Pompeyo huyendo, á los cónsules huyendo y al Senado huyendo; Caton huye, Ciceron huye, todo el mundo huye.

El pánico es universal.

"Era un espectáculo terrible, dice Plutarco, ver aquella ciudad abandonada, en medio de tan furiosa tempestad, como un buque sin piloto, flotando á la ventura en un mar de espanto y de terror."

Hasta el mismo Labieno, aquel teniente de César, por quien su gefe habia arriesgado la vida, abandonó el ejército de su protector y dió á huir con los romentos, uniéndose á Caton, á Ciceron y á Pompeyo,

Quien hubiese observado entonces los caminos de Italia á vista de pájaro hubiera creido que toda aquella poblacion azorada huia de la peste.

Un solo hecho dará idea del espanto que reinaba en Roma.

Habiendo ido el cónsul Léntulo á sacar una cantidad del tesoro secreto depositado en el templo de Saturno, oyó gritar en el momento que abria la puerta, que se veian ya los batidores de César, y huyó con tal rapidez que olvidó cerrarlo. Cuando despues se acusó á César de haber forzado la puerta del templo para sacar de él tres mil libras de oro,

—Por Júpiter, esclamó, que no tuve necesidad de forzarlo; el cónsul Léntulo me tomó tal miedo, que las dejó abiertas de par en par.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVIII

Pero á César no le convenia ser así un espantajo para Italia. Aquella reputacion de bandido, de incendiario y de saqueador, no le tenia cuenta en manera alguna. Necesitaba atraer á su partido á las personas honradas, y solo podria lograrlo á fuerza de clemencia.

Empezó por mandar á Labieno su dinero y su equipaje.

Despues, como un destacamento, enviado contra él, no solo se le uniese en vez de combatirle, sino que le entregase ademas su capitan Lucio Papio, puso á este en libertad sin hacerle mal alguno.

En fin, sabiendo el espantoso miedo que hacia huir á galope á Ciceron, escribió á Oppio y á Balbo, con encargo de que ellos lo hicieran á aquel.

César, á Oppio y á Balbo.

"Juroos que he visto con el mayor placer en vuestra carta la aprobacion de lo que ha pasado en Corfinium. Seguiré vuestros consejos, y me será tanto mas fácil, cuanto que se hallan de acuerdo con mi modo de pensar. Sí, seré todo lo mas suave posible y haré cuanto pueda por atraerme á Pompeyo. Emplearé ese modo de ganar los corazones y de hacer duradera la victoria. Los que me han precedido se han grangeado el ódio general á causa de su crueldad, y merced á esta solo han obtenido un triunfo de corta duracion, esceptuando Sila. No seré yo su imitador. Buscaré nuevos modos de vencer y seré misericordioso y liberal. Para conseguir ese resultado tengo ya algunas ideas en la cabeza, y espero que me ocurrirán algunas mas. Os suplico que por vuestra parte penseis en ello tambien.

"A propósito, mis tropas han sorprendido á Cno Magio, prefecto de Pompeyo, y he hecho con él lo que habia pensado de antemano, esto es, ponerlo en seguida en libertad. Ya antes habian caido en mi poder otros dos prefectos suyos, los cuales dejé ir del propio modo. Si quieren probarme su reconocimiento, que exhorten á Pompeyo á ser mas bien mi amigo que el amigo de mis enemigos, de aquellos cu-

yas intrigas son causa de que la República haya llegado al estado en que la vemos.'

Ahora bien, ¿qué habia hecho César en Corfinium que le habia valido la aprobacion de Oppio y de Balbo?

Sitiaba esa ciudad, cuando, como ya habia sucedido en otras ocasiones, y como habia de suceder despues, los habitantes se la entregaron; mas al hacerlo le entregaron tambien los hombres de Pompeyo que habia en ella, á saber: Léntulo,—no el que habia huido tan precipitadamente que habia olvidado cerrar las puertas del tesoro secreto, sino Léntulo Spinter, amigo de Ciceron, de quien hablará este dentro de poco á César,—Domicio Ahenobardo, uno de los abuelos de Neron, Vitelio Rufo, Quintilio Varo, Lucio Rubio y bastantes mas.

Todos ellos esperaban la muerte, y tan era así, que Domicio habia pedido un veneno y lo habia tomado. Afortunadamente, la persona á quien se habia dirigido al efecto, contando con la clemencia de César, le habia dado una bebida inofensiva.—No olvidemos ese Domicio que, perdonado y todo, seguirá siendo uno de los mayores enemigos de César.

Suponiendo á este fiel á las tradiciones de la guerra, no debian tener esperanza alguna de salvar la vida.

Mario y Sila habian hecho estrangular á muchos con bastante menos motivos.

¿Qué hizo César?

Les dirigió un pequeño discurso en el cual echó en cara á dos ó tres amigos el haber vuelto sus armas contra él y despues de librarlos de los insultos de los soldados los despidió sanos y salvos.

Mas aún: hizo devolver á Domicio cien mil filipos de oro que habia depositado en manos de los magistrados, á pesar de estar seguro de que aquel dinero no le pertenecia, y que era del tesoro y se lo habian entregado para pagar los soldados que debian marchar contra él.

Hé ahí la conducta que habia observado en Corfinium y que le aprobaban Oppio y Balbo, á los cuales encargaba que le atrajesen á Ciceron.

Balbo, en efecto, escribió al gran orador, trasmitiéndole la carta de César y tranquilizándolo; Ciceron esclama que conoce á César, que es la dulzura misma, y que nunca le ha creido capaz de derramar sangre.

Entonces el mismo César escribe á Ciceron.

César, imperátor, á Ciceron imperátor, salud.

"No te engañabas, no, y me conocias perfectamente. Nada mas lejos de mí que la crueldad. Confiesote que me causa sumo placer y me enorgullece el que tengas esa opinion de mí. Dicenme que al-

gunos que he dejado ir sanos y salvos aprovechan la libertad que les he concedido para volver á tomar las armas contra mí. ¡En hora buena! que lo hagan: yo seguiré siendo quien soy y ellos serán lo que son. Pero tú haz una cosa; procura hallarte en Roma lo mas pronto posible, para que pueda recurrir á tus consejos y consultarte á cada paso, como estoy acostumbrado á hacerlo. Puedes estar convencido de que nada me es mas caro que tu querido Dolabela. Ahora le deberé un nuevo favor, el de tenerme á mi lado. Su humanidad, su buen sentido y su ternura hácia mí me responden de ello.

Habia grandes prevenciones contra César.

El partido que iba á atacar se llamaba el de los hombres honrados, y César se propuso ser mas honrado que ellos.

La aristocracia que combatia seguia la antigua ley, la ley de las Euménides, como dice Esquilo, la ley de la venganza. El proclamó una ley nueva, la ley de Minerva, la ley de la humanidad.

¿Fué un instinto de su alma "que desconocia el odio, segun dice Suetonio, y que si se vengaba era con la mayor dulzura," ó fué solo un cálculo? En este último caso fué un cálculo sublime. Comprendió que despues de las matanzas de Sila y los degüellos de Mario tenia que ganar una victoria admirable haciéndose misericordioso.

Ya hemos dicho como huian los habitantes y hasta las ciudades, pero eran las que estaban bastante lejos para tener tiempo de hacerlo. César marchaba tan aprisa, que las ciudades inmediatas lo vieron dentro de sus muros antes de tener noticia de su llegada.

Aquellas no tuvieron modo de huir. Preciso les fué quedarse y esperar el saquéo, el incendio, la muerte.

Pero César pasó sin saquear, sin incendiar, sin matar.

Era una cosa tan nueva, que las personas todas, viendo que no habian recibido daño alguno, permanecieron asombradas. Sin embargo, no quedaba la menor duda que aquel era el sobrino de Mario, el cómplice de Catilina, el instigador de Clodio. Y nada de saqueo! nada de incendio! nada de muerte! cuando Pompeyo, por el contrario, el hombre del órden, de la moral, de la ley, declaraba su enemigo á todo el que no le seguia, amenazando á cada paso con proscripciones, con azotes, con cadalsos!

Y no son sus enemigos los que lo dicen, pues en ese caso yo seria el primero á esclamar: Desconfiad de lo malo que se imputa al vencido, sobre todo en las guerras civiles.—No; quien lo dice es Ciceron.

Véanse los siguientes párrafos que escribe á Atico sobre los proyectos de Pompeyo:

"No podeis imaginaros hasta qué punto nuestro querido Cneo trata de ser un segundo Sila. Hablo de ello á ciencia cierta, pues él no lo oculta en manera alguna.

—"¡Cómo, me direis, ¿sabeis eso y sin embargo permaneceis ahí?

"¡Sagrados dioses! Si permanezco no es por simpatía, sino por reconocimiento; estad seguro de ello.

—"Y no os parece buena la causa? vais sin duda á decirme.

—"Excelente, por el contrario; pero recordad que el modo de sostenerla será execrable.

"La intencion de Pompeyo es sitiar primero por hambre á Roma y á toda la Italia y devastar y quemarlo todo despues. Sus parciales no tendrán el menor escrúpulo en despojar á los ricos....."

Así como Ciceron sabia eso, otros lo sabian, todo el mundo lo sabia. La turba de nobles arruinados que seguia á Pompeyo lo gritaba en alta voz.

Ademas, ¿por qué dudar de ello? ¿No era Pompeyo discípulo de Sila?

Así, pues, en cuanto los banqueros, los usureros, los hombres acaudalados vieron que no se tocaba á sus quintas ni á su dinero, se reconciliaron con el gefe de los descamisados.

La gente cesó de huir y las puertas se abrieron; primero lo miraron pasar, luego dieron algunos pa-

sos hácia él, y por fin se precipitaron á su encuentro.

Recuérdese la vuelta de la isla de Elba; esa marcha de César se le parece enormemente.

Ciceron escribia á Atico:

"No hay una pulgada de tierra en Italia de la cual no sea dueño. De Pompeyo no se sabe ni una palabra; pero si no se halla en el mar á estas horas, todos los pasos deben estarle cerrados.

"César se mueve con una rapidez increible, mientras que nosotros.....

"Pero me repugna acusar á aquel cuyos peligros causan mi desesperacion y mi suplicio."

Si despues de lo que hemos leido Ciceron no acusa á Pompeyo, ¿qué dirán los que le acusan?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIX

En medio de todo eso ¿dónde está Pompeyo? ¿Qué es del hombre que se ha negado á todo arreglo? ¿Qué hace el orgulloso imperátor que segun decia no tenia mas qué dar una patada en el suelo para hacer salir de él legiones de infantería y caballería?

Nadie sabe de él; ha desaparecido; se le busca y se ofrecen diez millones de sestercios al que lo encuentre.

Pero hay un hombre que debe saber donde está.

Ese hombre es Ciceron.

Vamos, Ciceron, ¿dónde está Pompeyo? En febrero del año 705 de Roma, cuarenta y ocho antes de Jesucristo, escribís á Atico. ¿Qué le decís?

"Solo falta á nuestro amigo, para acabar de deshonrarse, el dejar á Domicio entregado á sí mismo. Se cree generalmente que acudirá en su auxilio; pero yo lo dudo.

—"Cómo! direis, ¿abandonará á Domicio, un hombre de tanta importancia, teniendo, como tiene, treinta cohortes á su disposicion?

"Pues bien, sí lo abandonará, querido Atico, ó mucho me engaño. Su miedo es increible. No piensa mas que en huir.

(Así está escrito: *Nihil spectat nisi fugam!*)

"¡Y ese es el hombre á quien, segun decís, debo asociar mi suerte! Pues yo creo que debo alejarme de él. Desgraciadamente no veo á quien debo seguir.

"Pretendeis que he pronunciado una frase memorable cuando dije que preferia ser vencido con Pompeyo á vencer con cualquier otro.

"Sí, pero con el Pompeyo de entonces, con el que tal me parecia al menos; no con el que huye sin saber por qué ni cómo, que ha entregado todo lo que poseíamos, que ha abandonado la patria y que está á punto de abandonar la Italia. ¿He pronunciado al fin esa palabra? Pues bien; tanto peor. Es cosa hecha. Me declaro vencido.

"Ademas, jamas podré acostumbrarme á ver cosas que nunca hubiera creido posibles, ni á seguir á

un hombre que me ha arrebatado á los mios y hasta á mí mismo.

"Adios; seguiré dándoos cuenta exacta de lo que suceda."

¿Quereis saber lo que sucedió? pues leed:

"Pompeyo ha parecido.

"Oh vergüenza! Oh desgracia!—pues segun mi opinion, solo hay desgracia cuando hay motivo de vergüenza;—se ha complacido en engrandecer á César, y hé aquí que de repente se pone á temerlo, sin querer, sin embargo, hacer la paz á ningun precio.

"Preciso es decir al mismo tiempo, que á pesar de eso tampoco hace nada para la guerra.

"Héle fuera de Roma; pierde el Picenum por su culpa, se deja acorralar en la Apulla y va á pasar á Grecia, sin despedirse de nadie, sin decir una palabra sobre una resolucion tan grave y tan estraña.

"Pero Domicio le escribe.

"Entonces dirige una carta á los cónsules; parece que el sentimiento del honor se despierta en él.

"Sin duda creeis que el héroe, vuelto en sí, va á esclamar:

—"Sé muy bien lo que exigen el deber y el honor. Nada me importan los peligros; la justicia está de mi parte.

"Bah! el honor es lo de menos! Nuestro héroe está en marcha, huye, corre hácia Brindis. Asegúrase

que á consecuencia de eso Domicio ha hecho su sumision en su nombre y en el de los que le acompañan.

"Oh! cosa lúgubre! Cierro mi carta, pues el dolor me impide continuar. Espero noticias vuestras."

Como veis, Pompeyo ha parecido, pero huye hácia Brindis.

Y allí se halla, en la punta estrema de Italia. Véase la siguiente carta que desde aquella ciudad escribe á Ciceron.

Cneo el Grande, procónsul, á Ciceron, imperátor.

"Recibí vuestra carta: si vuestra salud es buena os felicito por ello. He reconocido en lo que me decís, vuestra antigua adhesion á la República. Los cónsules han venido á reunirse con el ejército que tenia en la Apulla. Conjúroos por ese admirable patriotismo que jamas se ha desmentido, á que vengais vos tambien, á fin de deliberar en comun sobre las mejores medidas que se deban tomar atendida la aflictiva situacion de la República.

"Seguid la vía Appia y llegad á Brindis lo mas pronto posible."

¡Y continúa llamándose Cneo el Grande!

Ya os manifesté al principio, queridos lectores, que os habian hecho ver un hombre supuesto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Escusado es decir que Ciceron no es el único que piensa y escribe que Pompeyo es un necio y un cobarde.

¡Pompeyo un cobarde! ¡estraña asociacion de palabras! Pero, ¿qué quereis? Me he propuesto mostraros los grandes hombres en bata y con ellos sucede lo que con los guisados de liebre: para hacer un grande hombre se necesita un grande hombre.

Ahora es Celio el que escribe á Ciceron:

"Dime si en verdad has visto nunca un hombre mas estúpido que tu Cneo Pompeyo. Causar tanto ruido, producir un trastorno tan grande, para no hacer luego mas que tonterías.

"Y nuestro César, por el contrario, ¡qué fuerza de accion, amigo mio! y, sobre todo, ¡qué moderacion en la victoria! ¿Has visto ú oido nunca nada igual? ¿Qué dices de ello? ¿Y qué te parecen tambien nuestros soldados, que en lugares inaccesibles, helados por un invierno espantoso, hacen una campaña como si dieran un paseo? ¡Por Júpiter! ¡qué hombres!

"De seguro te reirias de mí si supieras lo que me inquieta, en el fondo, de toda esa gloria, de la cual no me toca nada. No puedo decírtelo sino de viva voz. Todo lo que sé es que trata de llamarme á Roma tan pronto como haya espulsado á Pompeyo de Italia. Y creo que eso sea ya á estas horas un he-

cho consumado, á menos que Pompeyo no prefiera hacerse sitiar en Bríndis.

"Salud á vuestro hijo Ciceron."

César por su parte escribe tambien al gran orador. ¿Desde dónde? La carta no tiene fecha. ¿Acaso sabe él mismo dónde está? Avanza por su parte con la misma rapidez que huye Pompeyo.

"Apenas tengo tiempo de que disponer; estamos en marcha y las legiones van muy adelante. Sin embargo, no he querido dejar partir á Furnio sin enviaros una palabra de gratitud. Lo que os pido encarecidamente y como un favor es que os dirijais en seguida á Roma. Espero ir allí en breve. Deseo teneros junto á mí para aprovechar vuestro crédito, vuestras luces, vuestra posicion, todo lo que podeis, en fin.

"Acabo como he empezado: el tiempo vuela; dispensadme que no sea mas largo. Furnio os dirá lo demas."

Así, pues, todo el mundo solicita á Ciceron. Pompeyo lo llama á Bríndis y César á Roma. ¿A cuál dará oidos? Si pudiera, de seguro dejaria á Pompeyo y correria hácia César.

Pero está comprometido.

—Debo tales obligaciones á Pompeyo, dice, que no puedo sufrir la menor cosa por la cual se me pueda tachar de ingratitud.

Hé aquí su costestacion á César:

Ciceron, imperátor, á César, imperátor, salud.

"Leí la carta que entregaste á Furnio para mí y en la cual me instas para que vuelva á Roma.

"Hablas en ella de aprovechar mis luces y mi posicion.

"Pero añades tambien que mi crédito y todo lo que puedo.

"Eso es diferente y me pregunto á mí mismo qué sentido quieres dar á esas palabras.

"Naturalmente creo que tu alta sabiduría no puede inspirarte sino sentimientos de paz, reposo y concordia bácia tus conciudadanos.

"Si es así, César, haces bien en pensar en mí y yo soy el hombre que necesitas por posicion y por naturaleza.

"Si, pues, mis presentimientos no me engañan, si esperimentas alguna benevolencia hácia Pompeyo, algun deseo de verle reconciliarse contigo y con la República, en ningun lado hallarás mejor agente que yo, que jamas le he dado sino buenos consejos en todos tiempos, lo mismo que al Senado, cuando he podido; que una vez declarada la guerra no he tomado ninguna parte activa en ella, y que no me he limitado á una simple manifestacion de opiniones

sobre el particular, sino que me he dedicado á hacerlas compartir á los demas.

"Hoy te confieso, César, que no puedo ver con indiferencia el abatimiento de Pompeyo, pues desde hace algunos años he hecho de él y de tí mis ídolos y profeso á ambos una amistad profunda.

"Te suplico, pues, pidiéndotelo de rodillas, que robes un momento á los cuidados que te asedian y hagas de modo que pueda mostrarme leal, reconocido, fiel, en fin, al recuerdo de los mayores servicios que un hombre haya recibido jamas. Ten consideracion con la única persona que puede servir de mediador entre tú y él, entre vosotros dos y nuestros conciudadanos.

"Ya te he dado las gracias por haber conservado la vida á Léntulo, haciendo por él lo que él habia hecho por mí. Pero desde que he recibido su carta, en que me lo participa con toda la efusion de la gratitud, creo que comparto con él el beneficio.

"Tal es mi reconocimiento por lo que se refiere á Léntulo, y suplícote que hagas de modo que te lo profese igual respecto á Pompeyo."

Como se vé, Ciceron tiene algo de bueno. Pero todo eso no conducirá á nada.

—Ven como mediador, le dice César.

—¿Podré hacer todo lo que quiera? pregunta Ciceron.

—No pretendo dictarte la conducta que hayas de observar, contesta César.

—Es que te advierto que si voy á Roma, insiste, Ciceron, trabajaré á fin de que el Senado te impida pasar á España y llevar la guerra á Grecia. Ademas haré cuanto pueda en favor de Pompeyo.

—Entonces no vengas, replica César.

En efecto, Ciceron se queda en Formio, al menos hasta nueva órden.

XXX

Pero aun allí no deja de estar bastante inquieto, pues recibe una cartita de Balbo.

¿No os parece estar viendo una Fronda antigua mas séria que la del siglo XVII, y hasta con sus billetitos matinales? La única diferencia de estos últimos es que en lugar de estar firmados por Mr. de Larrochefoucauld y el cardenal de Retz lo están por Pompeyo y César.

Ciceron recibe, pues, estas pocas palabras:

Balbo á Ciceron, imperátor, salud.

"He recibido una cartita de César, cuya copia te envío; por su brevedad puedes juzgar del tiempo de que puede disponer, pues me escribe tan lacónicamente de cosas tan importantes:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Si ocurre algo de nuevo te lo participaré al momento."

César, á Oppio y á Cornelio Balbo.

"He llegado sobre Brindis al amanecer del sétimo dia de los idus de Marzo, y he tomado mis disposiciones. Pompeyo está aquí; me ha mandado á M. Magio para hablarme de paz. He contestado lo que vais á ver, y no he querido retardar un momento el avisároslo: en cuanto vuelva á tener esperanzas de un arreglo os lo avisaré igualmente."

"Ahora, querido Ciceron, comprenderás mis angustias. Es la segunda vez que me dan esperanzas de paz, y tiemblo de verlas desvanecer. Ausente, desgraciadamente, no puedo hacer mas que votos por ella, y los hago muy sinceros. Si estuviese ahí, quizá podria hacer algo mas. Mientras tanto, estoy en el potro de la espera."

Ese es el lado interior de las cosas; pasemos ahora al esterior.

César habia marchado con su rapidez ordinaria y despues de tomar á Corfinium, que es el San Perino de hoy, y tranquilizar á Léntulo Spinter y Domicio acerca de su existencia, habia seguido la orilla del mar Adriático y llegado á Brindis.

Se habia hecho preceder allí por Magio, intendente de Pompeyo, al cual habia sorprendido en el camino y enviado al lado de su amo.

Debemos decir de paso, que César no contaba con mas buques que los que le habian servido para trasladarse á Inglaterra, y que no habia tenido tiempo para hacerles pasar el estrecho de Cádiz y entrar en el Adriático.

Magio iba encargado de decir á Pompeyo:

—César llega; dice que convendria á la República que tuviéseis una entrevista; pero solos, sin testigo alguno. De lejos y por medio de intermediario nunca se llegará á un arreglo.

A esa entrevista que habia pedido hacia César alusion cuando escribia á Balbo: "Me ha enviado á Magio para hablar de paz."

En aquel momento tenia consigo seis legiones, dos de las cuales habia creado en el camino. Dichas seis legiones venian á ser unos cuarenta mil hombres. Como se vé, sus cinco mil infantes y trescientos ginetes habian hecho lo que la bola de nieve.

Tambien Napoleon sale de la isla de Elba con quinientos hombres, décima parte de la fuerza que seguia á César; tambien es llamado bandido por los Léntulos de la época, y tambien, en fin, llega á las Tullerías con un ejército.

Entonces comienza uno de los sitios gigantescos

que sabia hacer César; algo como el de la Rochela en 1628 por el cardenal de Richelieu.

Oid bien esto:

César se decide á cerrar el puerto de Brindis. Hace empezar un dique en su parte mas angosta; pero impidiéndole la demasiada profundidad del agua continuar aquel trabajo, construye balsas de treinta piés cuadrados, con las cuales cerrará el puerto, asegurándolas en las obras de mampostería comenzadas. A fin de que no las arrastrasen las olas, las sujeta con anclas en las cuatro esquinas, y despues, para defenderlas aun mas, hace poner una segunda fila al lado de la primera. Las cubre con tierra y faginas para caminar sobre ellas con mas comodidad, las arma con parapetos y puntas de hierro por delante y por detras, y, por último, construye sobre ellas torres de dos pisos á fin de librarlas del choque de los buques y del fuego.

A todo aquello opone Pompeyo los grandes buques de trasporte que ha encontrado dentro del puerto, sobre los cuales levanta torres de tres pisos, que arma con máquinas que arrojan toda clase de dardos; despues los lanza contra las balsas para echarlas á pique.

Los gigantes combaten cuerpo á cuerpo, y la lucha se repite todos los dias.

César, sin embargo, quiere agotar hasta lo último

los medios de avenimiento y envía á Pompeyo uno de sus tenientes: Canino Rébilo.

Rébilo lleva encargo de pedir una entrevista á Pompeyo, en la cual tendrá este todos los honores, á cuyo efecto empeña César su palabra.

Pompeyo contesta que no puede hacer nada en ausencia de los cónsules.

En efecto, los cónsules están en Dirraquium.

Aquel no es mas que un efugio, y César lo comprende así.

El sitio continúa.

Al cabo de nueve dias, los buques que habian trasportado á los cónsules y á una parte del ejército á Dirraquium, vuelven á entrar en Bríndis, sin ejército y sin cónsules, por supuesto.

El objeto de su regreso es llevarse tambien á Pompeyo y á sus veinte cohortes.

Pompeyo entonces se prepara á huir.

Hace obstruir con barricadas las puertas de la ciudad, las avenidas de las plazas y las encrucijadas de las calles; abre en estas fosos profundos, en los cuales pone puntas de hierro; despues los cubre con ramas, echando encima tierra y arena; cada uno de aquellos fosos serán otras tantas trampas en que caerán los soldados de César.

En fin, una noche, despues de haber colocado los arqueros á lo largo de las murallas, embarca sin rui-

do sus soldados, deja unos cuantos buques para llevar á su vez á los arqueros, y á eso de las doce dá á la vela, fuerza el paso y párte, dejando únicamente dos buques llenos de soldados embarrancados contra el dique.

Pero apenas Pompeyo y sus soldados han salido de la ciudad, apenas los arqueros que guardan las murallas se han embarcado tambien, cuando desde lo alto de las casas los habitantes de Bríndis llaman á gritos á César, haciendo seña á sus soldados de acudir.

César lo comprende todo, y corre en seguida á las puertas, que los habitantes desobstruyen por dentro mientras sus soldados las derriban por fuera. Va á precipitarse á través de las calles en persecucion de Pompeyo, pero los habitantes se apresuran á avisarle de los fosos que hay abiertos en ellas.

Entonces hace un gran rodeo, esto es, da la vuelta á la ciudad, llega á los diques, los halla cerrados y á lo lejos ve cubierta la mar con los buques que huyen.

Era el sexagésimo dia desde que habia pasado el Rubicon.

Durante un momento permanece pensativo.

¿Tratará de perseguir á Pompeyo?

Es imposible: César no tiene un solo buque. Ademas, la fuerza de Pompeyo no está allí sino en España, donde se hallan sus mejores tropas. La España es la ciudadela de Pompeyo.

César pronuncia entonces una de esas frases que suelen pronunciar los hombres de genio y que reasumen toda una situacion:

—Vamos á combatir un ejército sin general y despues volveremos á combatir un general sin ejército.

Algunos dias despues de la entrada de César en Bríndis, recibe Ciceron la carta siguiente:

Mœcio y Trebacio, á Ciceron, imperátor, salud:

"Al salir de Capua supimos en el camino que Pompeyo se habia embarcado el 16 de las calendas de Abril con todas sus tropas.

"César entró al dia siguiente en la ciudad: dirigió un discurso al pueblo y en seguida partió para Roma. Llegará allá antes de las calendas, pero no permanecerá sino muy poco tiempo, partiendo despues para España. Creemos hacer bien en advertiros su llegada, y al efecto os enviamos vuestros esclavos.

"Sabemos en este momento que César dormirá el 8 de las calendas de Abril en Benevento y el 6 en Simiesse.

"Tenemos eso por muy seguro."

César en efecto, sigue el camino indicado y entra en Roma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí todo está tranquilo; tanto, dice Ciceron, que las gentes honradas *han vuelto á dedicarse á la usura.*

Gran prueba de tranquilidad, efectivamente!

Del mismo modo que Napoleon atravesaba la Francia y llegaba á Paris desde Cannes sin disparar un solo tiro, así tambien César habia atravesado toda la Italia, desde Ravena hasta Bríndis y desde Bríndis hasta Roma, sin derramar una gota de sangre.

Compárese esa entrada con las de Mario y Sila.

Pero en ese momento empieza una nueva era para César; la era que acaba de atravesar desgraciadamente Pompeyo y en la cual los hombres dan la verdadera medida de su grandeza: la era de la dictadura.

XXXI

Al llegar á Roma, el primer cuidado de César fué dar órden al Senado para que se reuniese.

El Senado se reunió.

César se presentó en él, no como Luis XIV en el parlamento, con un látigo en la mano, sino tranquilo, sin humildad como sin orgullo.

Habia acantonado sus tropas en los alrededores y entrado casi solo en Roma.

No se daba aires de dictador, ni parecia tampoco un suplicante; tenia el aspecto de un hombre seguro de su derecho.

Moralmente habia hecho su 18 de brumario.

Espuso á los senadores que jamas habia aspirado á cargo alguno cuya puerta no estuviese abierta á cualquier ciudadano romano; que habia esperado el tiempo prescrito por las leyes para solicitar un nue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí todo está tranquilo; tanto, dice Ciceron, que las gentes honradas *han vuelto á dedicarse á la usura.*

Gran prueba de tranquilidad, efectivamente!

Del mismo modo que Napoleon atravesaba la Francia y llegaba á Paris desde Cannes sin disparar un solo tiro, así tambien César habia atravesado toda la Italia, desde Ravena hasta Bríndis y desde Bríndis hasta Roma, sin derramar una gota de sangre.

Compárese esa entrada con las de Mario y Sila.

Pero en ese momento empieza una nueva era para César; la era que acaba de atravesar desgraciadamente Pompeyo y en la cual los hombres dan la verdadera medida de su grandeza: la era de la dictadura.

XXXI

Al llegar á Roma, el primer cuidado de César fué dar órden al Senado para que se reuniese.

El Senado se reunió.

César se presentó en él, no como Luis XIV en el parlamento, con un látigo en la mano, sino tranquilo, sin humildad como sin orgullo.

Habia acantonado sus tropas en los alrededores y entrado casi solo en Roma.

No se daba aires de dictador, ni parecia tampoco un suplicante; tenia el aspecto de un hombre seguro de su derecho.

Moralmente habia hecho su 18 de brumario.

Espuso á los senadores que jamas habia aspirado á cargo alguno cuya puerta no estuviese abierta á cualquier ciudadano romano; que habia esperado el tiempo prescrito por las leyes para solicitar un nue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vo consulado, y que á pesar de la oposicion de sus enemigos y los gritos de Caton, el pueblo habia decidido que podria consultarlo, sin embargo de estar ausente.

Habló de su moderacion y de su paciencia; llamó la atencion sobre la propuesta que habia hecho de licenciar sus tropas si Pompeyo hacia otro tanto; demostró la injusticia de sus enemigos, que querian imponerle leyes que ellos no reconocian para sí; los acusó de haber preferido entregar la Italia á sangre y fuego antes que sufrir la menor diminucion de su autoridad, y les echó en cara el haberle quitado dos legiones. Recordó la violencia que habian usado con los tribunos, la cual habia sido tal, que Marco Antonio y Quinto Casio se habian visto obligados á salir de Roma disfrazados de esclavos é ir á ponerse bajo su proteccion; y su insistencia con Pompeyo para conseguir una entrevista á fin de arreglarlo todo amistosamente y sin efusion de sangre.

Por fin, suplicó al Senado que teniendo en cuenta todo lo espuesto se asociase á él para cuidar de la República, en la inteligencia de que si se negaba á ello se ocuparia él solo de aquel cuidado, convencido como estaba de que mas fácil le seria á él el pasarse sin el Senado que á aquel cuerpo el pasarse sin él. Así, pues, bajo una aparente moderacion, se declaraba completamente el amo.

Sin embargo, propuso enviar á Pompeyo una diputacion que le ofreciese un nuevo arreglo.

El discurso de César fué aprobado y hasta muy aplaudido.

Pero cuando se trató de nombrar la diputacion nadie quiso formar parte de ella.

Pompeyo habia dicho en alta voz en el Senado que no haria diferencia alguna entre los que permaneciesen en Roma y los que siguiesen el partido de César.

Este habia sido menos esclusivo: habia declarado que tendria por su amigo á cualquiera que no le fuese contrario.

Tres dias trascurrieron en negociaciones sobre el particular sin dar resultado alguno.

Al fin César renunció á su proposicion, alegrándose quizá de no haber podido vencer aquellos temores.

Miéntras tanto, su dulzura,—á la cual se buscaba un motivo político, sin dar con la verdadera causa, que era su carácter,—su dulzura, repetimos, desusada, desconocida, inaudita en semejantes circunstancias, envalentonaba á sus enemigos.

De ahí resultó que en el momento de partir para España, cuando quiso tomar en el tesoro del Estado el dinero que necesitaba para ponerse en campaña, el tribuno Metelo se opuso á ello.

—¿Por qué? preguntó César.

—Porque las leyes lo prohiben, contestó Metelo.

César se encogió de hombros.

—Tribuno, le dijo, debias saber que el tiempo de las armas no es el de las leyes. Si no te agrada lo que voy á hacer quítate de mi camino; la guerra no admite esa libertad de hablar. Cuando haya yo depuesto las armas y se haya verificado un arreglo, entonces podrás discurrir como mejor te parezca. Te digo esto por una pura bondad, tribuno, comprén-delo bien, pues me hallo en este sitio por el derecho del mas fuerte, y tú y todos los que aquí estais sois mios, me perteneceis; puedo hacer de vosotros lo que se me antoje, pues en resumidas cuentas sois mis prisioneros.

Y como Metelo quisiese alzar la voz:

—Cuidado, le dijo César, pues menos difícil me seria hacerte matar que decirte que lo voy á hacer.

Metelo no quiso oir mas y se retiró.

César entró en el templo de Saturno, halló el tesoro abierto,—se recordará que el cónsul Léntulo habia huido tan precipitadamente, que no habia tenido tiempo de cerrarlo,—y sacó de él sin dificultad todo el dinero que necesitaba para la guerra: Suetonio dice que fueron tres mil libras de oro.

A punto de partir para España, á combatir á Afranio, Petreyo y Varon, tenientes de Pompeyo, echó una última mirada á su alrededor.

Hé aquí lo que vió:

Cotta ocupaba la Cerdeña, Caton la Sicilia y Tuberon el Africa.

Dió órden á Valerio de apoderarse de la Cerdeña con una legion y á Curion de pasar á Sicilia con dos legiones y despues de reconquistarla irlo á esperar á Africa.

Pompeyo estaba en Dirraquium.

Digamos de paso que Dirraquium es el moderno Durazo.

Allí reunia un ejército y una escuadra.—Mas tarde detallaremos esa escuadra y ese ejército.

Valerio partió para Cerdeña.

Aun antes de desembarcar allí ya los sardos habian espulsado á Cotta.

Este huyó á Africa.

Caton por su parte estaba en Siracusa.

Allí supo que Asinio Pollion, uno de los tenientes de César, acababa de llegar á Mesina.

Asinio Pollion mandaba la vanguardia de Curion.

Caton, que ignoraba aún lo que habia ocurrido en Bríndis, le hizo hacer algunas preguntas sobre el estado de los negocios.

Asinio Pollion le enteró entonces del abandono

completo de Pompeyo y de su estancia en Dirraquium.

—¡Cuán oscuros é incomprensibles son los designios de los dioses! esclamó Caton. Mientras que Pompeyo obró sin razon ni justicia fué invencible, y ahora, que quiere salvar á su patria y combate por la libertad, la suerte lo abandona.

Despues, recogiéndose un momento:

—Tengo bastantes soldados, dijo, para espulsar á Asinio de Sicilia; pero espera un ejército mas numeroso aún del que ahora tiene; no quiero arruinar la isla sumiéndola en los horrores de la guerra.

Perdónesenos esa pompa de lenguaje; cada vez que citamos á Plutarco, citamos á un griego, y á un griego de la decadencia.

Volvamos á Caton.

Aconsejó á los siracusanos que abrazasen el partido del mas fuerte y se hizo á la mar para ir á reunirse con Pompeyo en Dirraquium.

Ciceron permaneció en Italia. Le costaba mucho trabajo decidirse, y ni iba á Roma al lado de César, ni á Dirraquium al lado de Pompeyo.

Sin embargo, estaba en Cumas, pronto á embarcarse, y si no lo verificaba, era porque, segun decia, el viento no era bueno. Allí recibió en un mismo dia, probablemente el 1.° de Mayo, las dos cartas que van á continuacion, una de Antonio—ya sabemos los motivos de ódio que existian entre él y Ciceron—y otra de César.

Hé aquí la primera:

Antonio, tribuno del pueblo y propretor á Ciceron, imperátor, salud.

"Si no te quisiera, mucho mas aún de lo que tú puedes creer, no me ocuparia de un rumor que corre aquí y que considero enteramente falso. Pero cuanto mas adicto te soy mas derecho tengo de ocuparme de ese rumor, aunque carezca de fundamento.

"Dícese que vas á pasar la mar, siendo así que tu Dolabela y tu Tulia te son tan caros y que tú nos eres tan querido á todos, que te juro por Hércules que tu honor y tu consideracion nos interesan tanto como pueden interesarte á tí mismo.

"Tengo empeño en convencerte de que, esceptuando César, no hay persona alguna que te profese mas afecto que yo, y que no conozco á nadie con cuya adhesion cuente César mas que con la tuya.

"Te suplico, pues, querido Ciceron, que no dés paso alguno que te comprometa con nadie; desconfia de quien ha sido ya ingrato contigo, y no vayas, por seguir á ese ingrato, á huir como un enemigo del hombre que, aun cuando no te amara, es tal lo que te considera, que desearia verte poderoso y honrado.

"Te mando esta carta por Calpurnio, mi amigo particular, á fin de probarte cuánto me interesa todo lo que se refiere á tu salud y tu gloria."

La segunda carta era de César, como hemos dicho, y habia sido llevada por Philotimo:

César, imperátor, á Ciceron, imperátor, salud.

17 de Abril.

"No hay nada que temer, ¿no es verdad? y tú no eres hombre capaz de cometer una imprudencia; sin embargo, alarmado por ciertos rumores, he creido deber escribirte. En nombre de nuestra amistad, no te adhieras á una causa perdida. Ya tú no profesabas gran afecto á esa causa cuando las probabilidades eran aún inciertas; rehusar ahora ponerte al lado á donde se ha inclinado la suerte, seria no solo hacer ultraje á la amistad, sino tambien perjudicarte. ¿No hemos salido bien nosotros en todo lo que hemos emprendido? ¿No ha fracasado él en todo lo que ha intentado? Es imposible que sigas una causa en cuyos consejos ni siquiera has querido tomar parte. Y yo he cometido sin duda, sin saberlo, alguna accion bien digna de censura, pues nada de cuanto podrias hacer contra mí seria mas grave que hacer algo en pro de mi enemigo. ¡Cuidado con que salgas de Italia! Apelo á tu amistad; creo que tengo derecho á hacerlo. Ademas, en las circunstancias

en que nos hallamos, ¿no es la neutralidad la situacion que conviene á un hombre honrado y tranquilo, á un buen ciudadano? Algunos á quienes ha ocurrido eso han dejado de persistir en ello por un sentimiento de duda y de temor hácia mí; pero tú, que conoces mi vida entera, que puedes registrar todos mis actos y que conoces mi amistad, ¿puedes hacer algo mejor que abstenerte? Dirígite, pues, en seguida á Roma."

Todas aquellas instancias no producen resultado alguno. Ciceron sale de Cumas á principios de Junio y el 11 escribe desde el puerto de Gaeta á su mujer Terencia, que un gran vómito de bílis acaba de poner fin á la grave indisposicion que lo tenia sujeto en la tierra, suplicándole que como mujer amante y piadosa ofrezca un sacrificio con tal motivo á Apolo y á Esculapio.

¡Qué miedo tenia de comprometerse el pobre Ciceron, hasta con los dioses, pues no separaba á Apolo de Esculapio, como no se atrevia á separar á César de Pompeyo!

Las primeras noticias que se tienen de él despues de aquella carta, son del Epiro, del mes de Febrero del año 706 de Roma, cuarenta y siete antes de Jesucristo. El gran orador entraba entonces en su sexagésimo año.

XXXII

Sigamos á César á España.—Descuidad; uno ó dos capítulos bastarán para toda esa guerra. Es verdad que la campaña no fué larga: creo que duró seis semanas.

César empezó por pasar los Alpes.

Aquel mismo Domicio Ahenobarbo que quiso envenenarse en Corfinium, y á quien César perdonó la vida y puso en libertad, se habia apresurado á ir á reunirse con Pompeyo, como César habia previsto en su carta á Ciceron: despues habia reunido siete bergantines, los habia armado con hombres que habia sacado de sus haciendas, y se habia metido con ellos en Marsella.

Por su parte Pompeyo, antes de salir de Roma, habia devuelto á sus familias algunos jóvenes marselleses que bajo su patronato habian ido á acabar su educacion en Roma, y les habia encargado decir á sus parientes que les suplicaba recordasen las obligaciones que le debian y no prefiriesen los nuevos favores á los antiguos.

Aquella doble circunstancia habia hecho de Marsella una ciudad hostil á César. Así, pues, habia hecho entrar dentro de sus muros algunos montañeses de los alrededores, formado almacenes de trigo sacado del campo y de las fortalezas inmediatas, establecido talleres para construir armas y carenar buques, reparado las brechas de las murallas, y en fin, cerrado sus puertas á César.

Este no tenia tiempo que perder en sitios de plazas.

Por lo tanto, llamó á los quince habitantes principales de la ciudad y les exortó á no ser los primeros á declararle la guerra, invitándoles á seguir el ejemplo de Italia, que no solo se habia sometido, sino que le habia salido al encuentro. Despues los despidió diciendo que esperaria su respuesta.

Aquellos volvieron al poco tiempo á decirle que Marsella sabia que la Italia se habia dividido en dos grandes partidos, el de César y el de Pompeyo, y que la ciudad griega queria permanecer neutral.

Pero como no era permanecer neutral el recibir dentro de sus muros á Domicio y á sus hombres,

César levantó contra la ciudad sus torres y sus manteletes, hizo construir doce galeras en Arlés, las cuales estuvieron terminadas y equipadas en treinta dias, y despues de llevarlas en frente del puerto, dió el mando del sitio á Tribonio y de la escuadra á Décimo Bruto.—No debe confundirse á este con Marco Bruto, su primo; ambos asesinaron á César, pero ese no es un motivo para confundir á un asesino con otro.—Despues envió á Fabio con tres legiones que invernaban en la Narbonesa, á ganar el paso de los Pirineos que guardaba Afranio; mandó á las demas legiones que lo siguiesen y él corrió tras las huellas de su vanguardia.

Los tres tenientes de Pompeyo ocupaban la España, que se habian dividido del modo siguiente:

Afranio gobernaba la Citerior; Petreyo la Estremadura y el Portugal; Varon el resto, desde la selva de Cazlona hasta el Guadiana.

Al acercarse César, Petreyo y Afranio se reunieron y acamparon cerca de Lérida.

Tenian cinco legiones, ochenta cohortes de infantería y cinco mil caballos.

Fabio, teniente de César, tenia por su parte seis legiones y tres mil caballos.

Ademas, César sacaba de las Galias, al paso que marchaba contra el enemigo, tres mil ginetes y una

multitud de gascones y vascos, muy buenos soldados, sobre todo para la guerra que iba á hacer.

Corria el rumor de que Pompeyo acudia por Africa y que llegaria á España con un ejército, de un momento á otro. Era diez veces probable; lo contrario parecia imposible.

Sea que careciese de numerario, como se dice en nuestros dias, ó que quisiese ligar los gefes de su ejército á su fortuna, César reunió á sus oficiales, les pidió prestado todo el dinero que no les era absolutamente necesario para sus gastos personales y con aquel dinero pagó á los soldados.

César entró en España por Perpiñan, Mont Louis y Puigcerdá.—Nos servimos de los nombres modernos á fin de ser mas inteligibles y para que el lector que lo desee pueda seguirnos sobre el primer mapa que le caiga á mano.

Halló á Fabio establecido sobre el Seeg [*Stearis*]. Este rio nace en las montañas que rodean el valle de Andorra, corre al Sudoeste, va á mezclarse, cerca de Balaguer, con el Nogueras, que le hace perder su nombre, continúa su curso por Lérida, y al fin se lanza en el Ebro en Mequinenza.

Fabio habia establecido dos puentes sobre el Segre, á distancia una legua uno de otro. Aquellos puentes servian para que pasasen los forrageadores,

pues el país que acababan de atravesar estaba completamente arruinado.

Uno de los puentes se rompió bajo el peso del convoy.

Aquello sucedió dos dias antes de la llegada de César.

Afranio y Petreyo, que se hallaban en la parte baja del rio, supieron el accidente ocurrido al ver los despojos que arrastraban las aguas. En seguida atacaron á los soldados de César.

Planco, que mandaba el convoy, y que con la ruptura del puente se hallaba separado del campamento de Fabio, se retiró sobre una eminencia é hizo frente por todos lados.

Durante el combate se vieron brillar á lo lejos los estandartes de dos legiones.

Era Fabio, que acudia al socorro de Planco.

Habia pasado el segundo puente.

Afranio se retiró.

Dos dias despues, como hemos dicho, llegó César con una escolta de novecientos caballos.

El puente habia sido empezado á componer durante la noche de su llegada y se terminó ante sus propios ojos.

Ya él está allí, y el enemigo conocerá su presencia por sus golpes.

A dos mil años de distancia es la táctica de Napoleon; se le cree á cien leguas; llega durante la noche y ataca al dia siguiente.

Reconoce el sitio, deja seis cohortes guardando los puentes y el campamento, y marcha en tres líneas contra Afranio.

El teniente de Pompeyo rehusa el combate y agrupa sus soldados en una colina.

César acampa al pié de ella.

Pasa el dia sobre las armas y detras de la línea de batalla que presenta el resto del ejército, abre un foso que ni siquiera sospecha Afranio.

Cuando llega la noche se retira al otro lado de aquel atrincheramiento. Al dia siguiente indica á tres legiones los tres fosos que tienen aún que abrir; las legiones ponen manos á la obra y al caer la tarde han terminado su trabajo.

Afranio ha querido molestar á César, pero viéndole medio fortificado no se atreve á abandonar el pié de la colina.

Al otro dia al amanecer, los fosos están provistos de empalizadas.

César tiene un campamento atrincherado, al cual hace ir los bagajes y el resto de las tropas que han permanecido guardando el otro campamento.

A la mañana siguiente César y Afranio llegan á las manos. Al fin de la jornada uno y otro cantan

victoria, lo cual sucede siempre cuando ninguno ha vencido.

Dos dias despues ocurre otro accidente mas grave: las nieves de los Pirineos se han derretido y el Segre se desborda, arrastrando los dos puentes de César.

Otro tanto le sucederá á Napoleon en la isla de Lobau, pocos dias antes de Wagram.

Hé ahí á César sin víveres y sin medios de procurárselos.

Solo le queda un poco de trigo que se consumirá en breve; ganado ninguno, pues todos los dueños de animales han conducido sus rebaños fuera del país. El trigo se vende á cuarenta dineros el modio.

Unid á eso las tropas ligeras españolas, acostumbradas á pasar el rio sobre odres, y que de dia y de noche acosan el ejército de César.

Respecto á volver á echar los puentes, no hay que pensar en ello; las aguas están demasiado crecidas y el rio corre demasiado rápido.

César está cogido como en una trampa. Ni uno solo de sus soldados se escapará. Ni siquiera habrá necesidad de matarlos, pues se morirán de hambre. La noticia corre hasta Roma y de allí pasa á Iliria y á Grecia.

La gente que va á la casa de Afranio en la villa Sacra forma cola en la calle. ¡Afranio es el salvador

del mundo! Se envian mensajeros á Pompeyo y muchos senadores que han titubeado hasta entonces se deciden al fin tomando partido por él.

Pero han contado sin el génio y la actividad de César.

Este ordena á sus soldados construir pequeñas embarcaciones á imitacion de las que han visto en Inglaterra.

Los soldados de César son á propósito para todo; hélos convertidos en carpinteros.

El fondo y las piezas principales de aquellas embarcaciones son de madera muy ligeras y el resto de mimbre, cubierto de cuero. Cargadas cada una en dos carros son llevadas una noche á cinco ó seis leguas del campamento.

Doscientos ó trescientos soldados pasan los primeros, se apoderan de una eminencia y se fortifican en ella.

Despues, mientras ellos defienden la orilla del rio, pasa una legion.

Una vez esta al otro lado se empieza un puente, que queda concluido en dos dias, pues se trabaja por los dos estremos y el enemigo no está allí para molestar á los operarios.

En seguida pasa el Segre la caballería y corre á galope á sorprender al enemigo, que se halla forrageando.

El combate fué largo y encarnizado; los montañeses hacian prodigios.

En todos los países del mundo esos hombres, acostumbrados á subir y bajar las desigualdades de la corteza de la tierra, son excelentes soldados. Véanse si no los suizos, los tiroleses, los dálmatas, los albaneses, los habitantes del Cáucaso, de la Auvernia y de los Pirineos.

Hasta los mismos esclavos de Domicio, á quienes su amo habia ofrecido la libertad, combatian como héroes.

La gran desventaja de la escuadra de César consistia en que habiendo sido construidas con maderas recien cortadas, era pesada y maniobraba con dificultad; y esto último no tenia nada de estraño, pues en vez de estar montada por marineros, solo tenia á su bordo soldados que desconocian hasta los términos náuticos mas sencillos.

Los buques enemigos, por el contrario, eran ágiles como pájaros acuáticos; los mandaban hábiles pilotos y los tripulaban los mejores marinos del mundo; evitaban el choque de las pesadas galeras de César, daban vueltas á su alrededor, rozaban sus costados y al pasar les rompian los remos.

Es verdad que de cuando en cuando los cesarianos enganchaban alguna de ellas.

Entonces tenia lugar un combate franco de una y otra parte.

Los montañeses foceos y los esclavos de Domicio rivalizaban en valor con los soldados de César.

Sin embargo, una vez enganchadas las galeras enemigas podian considerarse como apresadas; solo era cuestion de tiempo.

Los soldados de César saltaban á su bordo, peleaban cuerpo á cuerpo y obligaban á las tripulaciones enemigas á arrojarse al agua.

Acabaron, pues, por hacer una gran carnicería en sus contrarios, les tomaron ó echaron á pique nueve galeras y obligaron á las demas á volver dentro del puerto.

Aquella vez la victoria no quedó dudosa; nadie osó negársela á los cesarianos.

Entretanto, habiéndose reunido los habitantes de Huesca [*Osca*] y Calahorra [*Calagurris*], resolvieron enviar diputaciones á César, solicitando su alianza.

El ejemplo es contagioso.

Así, pues, viendo el paso dado por sus vecinos, los de Tortosa [*Dertosa*], Tarragona [*Tarraco*] y Barcelona [*Barcino*] hicieron otro tanto.

César, como se comprenderá, los recibió perfectamente.

Les pidió forrajes y trigo; que ellos se apresuraron á enviarle en acémilas.

Hubo mas aún; una cohorte reclutada en Tortosa y que servia á las órdenes de Afranio, sabiendo la alianza hecha por los de su país con César, abandonó el campamento del teniente de Pompeyo y se pasó al de su enemigo.

Cinco grandes ciudades de este modo se encontraron aliadas de César y se manifestaron prontas á proveer á todas sus necesidades, y esto precisamente en el momento en que llegaba la noticia de que Pompeyo no habia dejado ni tenia intencion de dejar á Dirraquio.

Desde entonces fué fácil ver la vacilacion y la torpeza del enemigo.

César, conociendo que un puente era medio demasiado estrecho para facilitar las maniobras que meditaba, resolvió practicar un vado.

Lo hemos dicho ya, los trabajos de César eran gigantescos

Hizo cavar fosos de treinta piés de ancho, por donde debia desaguarse el rio. De modo que el agua por mas crecida que estuviera, tuvo que bajar algunos piés.

Al ver esto Afranio y Petreo, comprendieron que no tan solo iban á habérselas con todo el ejército de César, sino con las cinco ciudades que se habian

aliado con él, y resolvieron retirarse á la otra orilla del Ebro.

En el momento en que los dos tenientes de Pompeyo verificaron el movimiento de retirada, el agua del rio estaba bastante baja para que pudiera pasar la caballería, pero todavía no para la infantería.

Al ver que el enemigo emprendia la retirada, César lanzó contra él su caballería. Pasó la caballería y emprendió la persecucion con la infantería: era escusado pensar en ello.

Habia cinco leguas de camino hasta el puente, y por consiguiente otras cinco leguas para volver. Mientras tanto, el enemigo debia estar muy lejos.

Pero la infantería de César dió señales de descontento.

Desde las alturas que están á la orilla del rio, veia la retirada del enemigo, las escaramuzas de su retaguardia con la caballería de César, y gritaban los soldados á sus oficiales:

—Decid á César que nos permita pasar por el mismo sitió por donde ha pasado la caballería: si la caballería ha pasado con facilidad, tambien pasaremos lo mismo.

Entonces César, quien por su parte no deseaba otra cosa que arriesgar algo á la aventura, dejó en el campamento á los mas débiles con una legion, co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

locó una línea de caballos de ambos lados del vado, y se lanzó el primero en aquella agua helada.

Todo el ejército pasó con agua hasta el pescuezo, sin perder un solo hombre.

Todos los que habian sido arrastrados por la corriente, quedaron á salvo por la caballería que formaba la cadena.

Así que atravesó el rio César, formó sus tropas en tres columnas y emprendió la persecucion de los pompeyanos.

Desde aquel momento se estableció un *Steeple-chase* á cuál llegaria primero á los cerros, que son la única comunicacion de la provincia de Lérida con la de Zaragoza.

César hace un rodeo por medio de hazas, barrancos, cerros y montañas; salva peñascos que sus soldados se hallan en el caso de pasar uno tras de otro, dejando sus armas ó andando á gatas para luego volver á tomar sus armas. De modo que cuando Afranio llega al paso que se habia propuesto, lo encuentra guardado. Entonces se empeña una lucha terrible. Los soldados de César comprenden que los contrarios han caido en su poder. Para acabar de una vez, quieren esterminarlos.

Pero César tiene compasion de tantos infelices que van á morir por ser fieles á la fé prometida.

Se contenta con envolverlos y hacer dos líneas de circunvalacion y cogerlos por el hambre.

Puede aniquilarles; pero los deja vivir.

El quiere amigos y no víctimas.

Conocen su intencion los soldados enemigos.

Se entablan conferencias entre los soldados de César y los de Pompeyo.

Los suboficiales toman parte en ellas.

Los de Pompeyo confiesan que deben la vida á César, y que si este hubiera querido haria mucho tiempo que habrian dejado de existir.

Preguntaron si podrian fiarse en su palabra, y bajo esta seguridad enviaron á César sus centuriones.

Entonces se creyó hecha la paz; cesareos y pompeyanos se mezclaron, se apretaron las manos, se abrazaron: los soldados de Pompeyo llevan á los de César á sus tiendas de campaña, y los de César hacen lo mismo con los de Pompeyo.

De repente Afranio y Petreyo saben lo que está pasando, se ponen al frente de una guardia española en la que tienen entera confianza, se arrojan sobre los soldados romanos que se hallan en su campamento y los degüellan, esceptuando aquellos que ocultan sus mismos soldados, y á quienes hacen escapar durante la noche.

César tuvo noticia de esta carnicería, y por su par-

te hace prender á los soldados pompeyanos, y sin hacerles daño alguno, los manda á Afranio. Estos son otros tantos apóstoles con que cuenta en el campo enemigo.

Con todo, ni Afranio ni Petreyo pueden pasar mas adelante. Forman la resolucion de volver á Lérida y se ponen en marcha. Pero César los persigue, los arrolla con su caballería y les corta los víveres con sus esploradores.

Matan sus acémilas, que ya no pueden alimentar, y se las comen. Despues vuelven á emprender la marcha.

César, con una operacion hábil, les acorrala en una posicion algo incómoda. Les obliga á combatir.

Los tenientes de Pompeyo prefieren un sitio á una batalla campal. Se fortifican.

César los rodea entonces con uno de aquellos fosos terribles con que sus legiones acostumbran surcar el suelo.

Afranio y Petreyo pueden calcular, comiéndose sus caballos conforme han comido sus mulas, cuántos dias les quedan antes de morirse de hambre.

En fin, piden á César una entrevista, se confiesan vencidos y le suplican no abuse de la victoria.

César da cuartel á todos, y no impone á los enemigos mas condicion que la de evacuar la provincia tarraconense y de licenciar las tropas.

Se discute acerca de la época del licenciamiento; pero en aquel momento los soldados toman parte en la cuestion, y esclaman por todas partes:

—¡Al momento! ¡al momento!

César, para facilitar la operacion, se compromete á pagar los atrasos del prest que se debe á los soldados de Pompeyo.

Despues permite á cada individuo, soldado ú oficial, coja en el campamento cesareo todo cuanto ha perdido de precioso durante la campaña; ofreciéndose César indemnizar á sus soldados.

Desde aquel momento cesa toda discusion; la voz de los soldados cubre la de los gefes; cada cual tiene gran confianza en César, porque César es mas generoso de lo que debia serlo.

Los que quieren quedar con César se quedan en sus filas, los que no, se retiran.

Por su parte, Varon, al verse solo contra un ejército tres veces tan numeroso como el suyo, piensa en entablar conferencias con César.

Ademas, la provincia de su mando se subleva contra él; las ciudades adonde quiere entrar le cierran sus puertas; una de sus legiones se pasa á otro bando.

Escribe que está pronto á someterse.

César va á buscarle hasta Córdoba: recibió de sus manos un estado de la provincia; bajeles, municio-

nes y el dinero que tenia en caja. Indemnizó á los ciudadanos de las pérdidas sufridas y de las contribuciones que se les habian exigido: reintegra á todos, y desde allí va á Cádiz y vuelve á ver aquella estátua al pié de la cual, quince años antes lloraba porque teniendo la edad en que Alejandro habia conquistado el mundo, no habia hecho todavía nada. Terminada la guerra de España, César se embarcó en Cádiz en las naves de Varon, llegó por mar á Tarragona, encontró en esta ciudad los diputados de algunas ciudades españolas, les concedió todo cuanto pidieron, á algunos mas de lo que solicitaron, y por tierra marchó á Narbona y de allí á Marsella.

En aquel puerto recibe la noticia de que durante su ausencia y á propuesta de Lépido, ha sido nombrado dictador.

XXXIV

Volveremos á encontrar á Lépido. Es el mismo que mas tarde formó parte del triunvirato con Antonio y Octavio.

Entretanto el hambre y la peste diezmaban la poblacion de Marsella; no se comia en aquella ciudad sino cebada averiada y maiz rancio. Una de las torres habia caido y un lienzo de muralla estaba ruinoso, y parecia abrir brecha. Domicio comprendió que si no abandonaba á Marsella, la poblacion se le mostraria hostil. Aprestó tres buques, zarpó con un tiempo malo, sacrificó dos de los buques que tenia y pasó con el tercero por medio de la escuadra de Décimo Bruto.

Marsella entonces se rindió á discrecion.

Sabian los marselleses por las noticias que tenian

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes y el dinero que tenia en caja. Indemnizó á los ciudadanos de las pérdidas sufridas y de las contribuciones que se les habian exigido: reintegra á todos, y desde allí va á Cádiz y vuelve á ver aquella estátua al pié de la cual, quince años antes lloraba porque teniendo la edad en que Alejandro habia conquistado el mundo, no habia hecho todavía nada. Terminada la guerra de España, César se embarcó en Cádiz en las naves de Varon, llegó por mar á Tarragona, encontró en esta ciudad los diputados de algunas ciudades españolas, les concedió todo cuanto pidieron, á algunos mas de lo que solicitaron, y por tierra marchó á Narbona y de allí á Marsella.

En aquel puerto recibe la noticia de que durante su ausencia y á propuesta de Lépido, ha sido nombrado dictador.

XXXIV

Volveremos á encontrar á Lépido. Es el mismo que mas tarde formó parte del triunvirato con Antonio y Octavio.

Entretanto el hambre y la peste diezmaban la poblacion de Marsella; no se comia en aquella ciudad sino cebada averiada y maiz rancio. Una de las torres habia caido y un lienzo de muralla estaba ruinoso, y parecia abrir brecha. Domicio comprendió que si no abandonaba á Marsella, la poblacion se le mostraria hostil. Aprestó tres buques, zarpó con un tiempo malo, sacrificó dos de los buques que tenia y pasó con el tercero por medio de la escuadra de Décimo Bruto.

Marsella entonces se rindió á discrecion.

Sabian los marselleses por las noticias que tenian

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la guerra de España, de qué modo debian proceder con César.

Este les hizo entregar las armas, las naves, las máquinas, el dinero del tesoro y perdonó á la poblacion por la memoria de la antigua Focea. Despues partió para Roma. Ya era tiempo que llegara.

Los tenientes de César se parecian á los que tuvo despues Napoleon, en que se hacian derrotar todas las ocasiones que no estaba su general en gefe.

Curion habia pasado de Sicilia á Africa, dejando dos legiones en Sicilia, llevándose quinientos caballos y otras dos legiones.

Quintilio Varon, que mandaba en Africa á nombre de Pompeyo, habia hecho alianza con él Númida-Yuba; este odiaba á Curion por dos razones: la primera porque su padre habia sido aliado en otro tiempo con el padre de Pompeyo; la otra porque durante su tribunato, Curion le habia confiscado su reino.

Principió Curion por derrotar á Varon y á Domicio que habia venido á reunirse con él.

Pero Yuba habiendo reunido sus Númidas con las fuerzas pompeyanas, Curion fué envuelto y derrotado.

En medio de la pelea, Domicio que era su amigo, llegó hasta él y le invitó á que se salvara con algunos hombres que le quedaban, prometiéndole que le protejería en su fuga.

Pero Curion le respondió:

—¿Con qué cara me he de presentar á César despues de haber huido?

Al decir esto se precipitó en lo mas encarnizado del combate, en donde halló la muerte.

Curion que pasaba por ser muy mal pagador, pagó escrupulosamente la deuda que habia contraido con César.

Por su parte Antonio, que se habia quedado en Roma no habia aumentado la popularidad de su patrono. Habia pasado el tiempo en orgías, "haciéndose insoportable, dice Plutarco, á los ciudadanos por causa de su indolencia y pereza, no manifestándose pesaroso de las injusticias con que se vejaba al pueblo, tratando sin consideracion y con mal modo, á los que iban á quejarse; en fin, seduciendo á mujeres de condicion libre."

A su regreso á Roma, César recibió grandes quejas contra su lugarteniente; pero se hizo cargo de que en tiempo de guerra es preciso conceder algunas licencias á sus amigos. Escuchó las quejas, pero no las remedió y sostuvo á Antonio en el puesto que ocupaba.

Al pasar por Placencia habia hecho una ejecucion que le habia sido en estremo penosa. Una de sus legiones se habia rebelado, reclamando cinco minas que César le habia prometido en Brindis. Los rebel-

des creian á César todavía en Marsella, quizá aun en España, y amenazaban á sus lictores, cuando de repente apareció César en medio de ellos.

—Soldados, les dijo, os quejais de la duracion de la guerra. Creo que en todo caso no es culpa mia, sino de los enemigos, que huyen delante de nosotros. Estando en las Galias os enriquicísteis bajo mi mando. Un dia se trató de emprender ó no esta guerra; todos de comun acuerdo os pronunciásteis por la afirmativa, y ahora que estoy empeñado en ella hablais de abandonarme! Puesto que así os portais, en vez de ser como antes clemente y liberal, seré terrible. ¿No quereis á César? Pues tendreis á Petreyo. ¡La novena legion, causa de esta revuelta, será diezmada!

Apenas los soldados hubieron oido aquellas firmes palabras de su gefe, se pusieron á gemir y suplicar; los pretores por su parte cayeron de rodillas implorando á César con las manos juntas.

El los oyó un momento y reflexionó.

—Está bien, dijo; escoged ciento veinte hombres; yo no conozco á los culpables y vosotros sí.

Al poco rato salieron ciento veinte hombres de las filas.

César los hizo colocar en una sola hilera; despues, llamando al pretor:

—Contad doce veces hasta diez, dijo, y que cada décimo hombre salga al frente.

Doce hombres salieron.

—Haced ejecutar esos doce hombres, dijo César.

Uno de ellos alzó la voz.

—Me importa poco morir, dijo, pero no soy culpable.

—Cómo es eso?

—Preguntad á mis compañeros.

—Es verdad que no es culpable? preguntó César.

—Es verdad, contestaron aquellos á una voz.

—¿Y cómo es que te hallas entre los designados á morir?

—Un enemigo me ha denunciado falsamente.

—Quién es ese enemigo?

El condenado lo nombró.

—Es verdad eso? preguntó César.

—Es verdad, contestaron los otros once condenados.

—Entonces, sal de la fila, dijo César, y que ocupe tu lugar el que te denunció.

Aquella órden se cumplió en seguida y los doce rebeldes fueron ejecutados.

Indulgente con sus enemigos, que necesitaba conquistar, César creyó deber ser severo con los suyos, que necesitaba guardar.

De vuelta á Roma recibió del Senado la confirmacion de su título de dictador.

Su primer cuidado fué llamar á los desterrados.

Todos los que quedaban aún del tiempo de Sila volvieron á Roma. Los hijos de los que habian muerto en el destierro fueron puestos en posesion de los bienes paternos.

Despues César se halló en frente del terrible monstruo de las guerras civiles: la abolicion de las deudas.

Los deudores pedian á gritos las *tabulæ novaæ*, esto es, la bancarota. Aquella peticion era causa de que no hubiera dinero ni crédito en la plaza. El numerario, al cual no se puede desterrar, se destierra él mismo, y es un proscrito que no vuelve fácilmente.

César hizo un arreglo de cuentas, de prisa y corriendo, que vino á equivaler á una pequeña quiebra de veinticinco por ciento; esto es, autorizó á los deudores á ceder sus bienes al precio que tenian antes de la guerra, descontando del capital los intereses pagados.

Por lo que hace á la dictadura, solo la conservó once dias; se hizo nombrar cónsul con Servilio Isáurico, que á su modo de ver acababa de darle un buen consejo, y dirigió sus miradas hácia el Oriente.

XXXV

El consejo que acababa de dar Isáurico á César era que marchase en seguida contra Pompeyo.

Pison por el contrario, daba á su yerno el consejo opuesto; queria que enviase embajadores á su enemigo y que tratase aún otra vez de conseguir un arreglo.

En efecto, para un hombre que no tuviese fé en su genio, como César, el consejo era prudente.

Todo el tiempo que él habia estado ocupado en dominar la España, someter á Marsella, aplacar sediciones, tranquilizar á Roma y arreglar las cuentas de los deudores y los acreedores, Pompeyo lo habia empleado en reunir un ejército gigantesco.

Caton y Ciceron habian ido á reunirse con él.

Hasta el mismo Marco Bruto, cuyo padre habia matado de un modo tan bárbaro,—hemos referido ese suceso al hablar de las guerras civiles de Sila,—habia ido á reunirse tambien con él, sacrificando su resentimiento en aras de la patria.

Estraña ceguedad de los hombres, sin embargo inteligentes, que llamaban *la patria* á Pompeyo!—Eso prueba que habia entonces en Roma dos patrias: la del pueblo y la de la aristocracia.

Ahora digamos en algunas palabras, de qué fuerza disponia Pompeyo, teniendo en cuenta que habia podido disponer de un año entero para prepararse para la guerra.

Tenia una escuadra inmensa que habia sacado de las Cíclades, Corfú, Atenas, el Ponto, la Bitinia, la Siria, la Cilicia, la Fenicia y el Egipto; quinientos buques de guerra, sin contar los bergantines y otras embarcaciones mas chicas.

Contaba con diez legiones romanas, á saber: las cinco que habia llevado á Dirraquium desde Italia, una antigua de Sicilia que se llamaba la Gemela porque estaba compuesta de dos, otra de Candía y Macedonia formada con los veteranos que se habian establecido en Grecia, y otras dos, en fin, organizadas en Asia por Léntulo. Para llenar las bajas naturales se habian hecho reclutamientos en Tesalia y en Beocia, en la Acaya y en el Epiro.

Ademas, esperaba otras dos legiones que Escipion debia llevarle de Siria, con tres mil arqueros candiotas y dos cohortes de honderos, de seiscientos hombres cada una.

Tenia catorce mil hombres de caballería, de ellos siete mil que pertenecian á la flor de los caballeros romanos y los otros siete mil llevados por los aliados, como sigue: quinientos procedentes de Capadocia, mandados por Ariobárzano; quinientos de Tracia, mandados por Safalo: hijo del rey Cotys; seiscientos de Galacia, mandados por el viejo Deyotaro, á quien Craso habia hallado edificando una ciudad, y trescientos mas á las órdenes de Castor y el hijo de Donilas; doscientos de Macedonia, mandados por Rascipolis; quinientos galos y germanos dejados por Gabinio como guardia al rey Ptolomeo Auletes y llevados por el jóven Pompeyo; ochocientos que este mismo habia levantado con su dinero en las haciendas de su padre y las suyas propias; doscientos de la Comagene, la mayor parte arqueros, enviados por Antioco; el resto, en fin, compuestos de voluntarios ó asalariados de diversos países y particularmente de Tracia, Tesalia y Macedonia.

Por lo que hace á dinero no carecia en manera alguna de él; contaba con las cajas de los publicanos de Roma y con los tesoros de los sátrapas de Oriente.

El Oriente era el feudo del vencedor de Mitrídates. Reyes y pueblos eran clientes de Pompeyo.

La Grecia hizo por él su último esfuerzo. Temia á César y á su ejército de bárbaros; sobre todo á aquellos galos cuyos antepasados habian ido á sitiar el templo de Delfos.

Respecto á víveres tenia cuanto queria; sus graneros eran el Asia, el Egipto, la Tesalia, Candía y Cirene.

Era dueño absoluto del mar con la inmensa escuadra de que disponia y la cual tenia repartida en seis divisiones.

El jóven Pompeyo mandaba la de Egipto; Lelio y Triasio la de Asia; Casio la de Siria; Marcelo y Pomponio la de Rodas; Libon y Octavio las de Iliria y Acaya.

Bíbulo, el inepto pero valiente Bíbulo, yerno de Caton, tenia el mando en gefe de ella.

Verdad es que todas aquellas fuerzas, compuestas de elementos tan diversos, tenian gran necesidad de disciplina; pero ya hemos dicho que para llegar á aquel resultado Pompeyo habia podido disponer de un año entero.

Durante aquel año habia ejercitado sin descanso sus tropas, y él mismo, siempre activo como si no tuviera mas que veinte y cinco años—contaba en-

tonces cincuenta y ocho—hacia el ejercicio al par de sus soldados.

Para estos era un gran estímulo el ver á aquella edad á su antiguo general acompañándolos á pié completamente armado; despues, montando á caballo, sacando y envainando la espada mientras su corcel corria á toda brida, lanzar la javalina, no solo con destreza, sino todavía con fuerza, y á tal distancia, que los jóvenes trataban en vano hacer lo que él.

Y nótese que todo eso pasaba en presencia de cuatro ó cinco reyes de Oriente y de los hombres de mas fama de Occidente, á saber: los Caton, los Ciceron, los Marco Bruto y hasta el viejo Tedio Sexto, que á pesar de ser sexagenario y cojo habia abandonado á Roma, para ir, segun decia, á encontrarla en el campo de Pompeyo.

Este por su parte estaba persuadido tambien de que Roma estaba con él.

Pero en lo que confiaba sobre todo era en no ser atacado hasta la primavera.—Entonces se estaba en el mes de Noviembre.

Pensó que podia tomar cuarteles de invierno y hacerlos tomar á sus soldados.

Con tal motivo reunió á los senadores y caballeros.

—Señores y ciudadanos, les dijo, la historia nos enseña que los atenienses abandonaron en un tiem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po sus hogares para resistir con mas ventaja al enemigo y defender mejor la libertad, pues Temístocles creia que las murallas y las casas no constituyen para un pueblo, lo que se llama la CIUDAD. Bien pronto, en efecto, vencido Jerjes é inmortalizada Salamina, los atenienses volvieron á Atenas y la reedificaron mas bella y mas gloriosa que lo habia sido nunca. Nosotros los romanos hicimos lo mismo cuando los galos invadieron la Italia; nuestros padres abandonaron la ciudad, se retiraron á Ardea y Camilo y ellos pensaron como Temístocles que la PATRIA se hallaba donde estaban ellos. Recordando esos dos grandes acontecimientos, y aconsejados por la esperiencia, hemos abandonado á nuestra vez la Italia para venir al sitio en que nos encontramos. Pero tambien nosotros, en nombre de la patria, espulsaremos á César de Roma. Y es preciso espulsarlo, persuadios de ello, pues, ¿qué creeis que haga si llega á vencer? ¿Pensais que el que toma las armas contra su patria escusará ninguna crueldad, ninguna violencia? ¿Qué el hombre á quien su rapacidad, su avaricia, su amor al dinero, han hecho execrar en las Galias tendrá el menor escrúpulo en vaciar los bolsillos de los ciudadanos, del propio modo que ha vaciado el tesoro público? Yo por mí solo deseo que me marqueis un puesto en esta gran crísis; combatiré en el que me designeis, bien como soldado, ó bien como capitan, si me concedeis alguna esperiencia en las cosas de la guerra, algun valor personal y algun conocimiento de la táctica militar, recordando de paso que jamas he sido vencido. Lo único que le pido á los dioses es contribuir de un modo cualquiera á la venganza de la patria.

Terminadas aquellas palabras, Pompeyo calló y todos á una voz lo proclamaron imperátor, nombrándolo gefe supremo.

Entonces les dió las gracias, y les dijo que segun todas las probabilidades, detenido César por el mal tiempo y lo embravecido del mar, no emprenderia en todo el invierno el pasar á Iliria, permaneciendo en Roma para hacer confirmar su dictadura.

Por lo tanto, al paso que ordenaba á sus oficiales que estuviesen sin embargo vigilantes, mandó á sus soldados á invernar en Macedonia y en Tesalia.

Pero, al mismo tiempo que Pompeyo dirigia aquel discurso á su ejército y á sus partidarios, César, despues de detenerse once dias nada mas en Roma, habia llegado á Brindis, casi solo, sin material de guerra y sin víveres, y reuniendo una veintena de mil hombres, les decia:

—Camaradas, habeis venido conmigo para hacer grandes cosas, ¿no es verdad? Pues bien, para los que han adoptado firmemente semejante resolucion no hay invierno ni tempestades. A esos nada debe

detenerlos; ni la carencia de víveres, ni la falta de máquinas, ni el retraso de los compañeros. Nada, pues, debe impedirnos proseguir nuestra guerra y la única cosa indispensable al triunfo es la celeridad. Opino por lo tanto que dejemos aquí nuestros sirvientes y nuestros bagajes, que nos metamos en los primeros buques que hallemos á mano, siempre que sean bastante capaces para llevarnos á todos los que aquí estamos, y que aprovechemos el invierno que tranquiliza á nuestros enemigos para caer sobre ellos cuando menos nos esperan.

Por lo que hace al corto número, el valor lo suplirá. Queda la cuestion de los víveres. Pero el campamento de Pompeyo nada en la abundancia: espulsémoslo de él y no careceremos de nada; el mundo será nuestro. Recordad que somos ciudadanos y que vamos á habérnoslas con esclavos.—Ahora, el que no quiera correr la suerte de César, libre es de abandonarlo.

No hubo mas que un grito para contestar á aquel discurso:

—Partamos!

Ocho dias despues, sin víveres, sin máquinas de guerra, con solo veinticinco ó treinta mil hombres, sin esperar las tropas á quienes habia dado cita en Bríndis, César se embarcó en una cincuentena de buques que prometió volver á enviar para recoger

los veinte mil hombres que dejaba detrás, y pasando por medio de la inmensa escuadra de Bíbulo, fué á desembarcar en una inmensa playa desierta cerca de Apolonia, en un punto rodeado de rocas, pues todos los puertos estaban en poder de los pompeyanos.

Iba con veinticinco mil hombres á atacar á ciento cincuenta mil!

Entretanto sus legiones, salidas de las orillas del Segre, habian atravesado la Narbonense y la Galia trasalpina, pasado por Roma como por una etapa ordinaria, y tomando la vía Appia se dirigian hácia Bríndis murmurando:

—¿Hasta dónde quiere conducirnos este hombre? ¿Cuánto tiempo piensa arrastrarnos de este modo detrás de él? ¿Cuándo pondrá fin á nuestros trabajos? ¿Acaso cree que tenemos piés de acero y cuerpos de hierro para llevarnos sin descanso de un estremo á otro del mundo, del Este al Oeste, del Norte al Mediodía, del Oriente al Occidente? Pues hasta el hierro y el acero se gastan con los golpes que dan y que reciben. Las mismas corazas y las mismas espadas necesitan descanso, aquellas para que resistan y estas para que no se mellen. César, viendo nuestras heridas, debia pensar que manda hombres mortales y que no podemos soportar fatigas superiores á la humanidad. Hasta los mismos dioses se cansarian haciendo lo que nosotros hacemos. Cualquiera

diria, al ver la rapidez de su marcha, que huye del enemigo en lugar de perseguirlo. Basta! César! basta!

Y, desalentados, los desdichados se sentaban en la orilla del camino, contestando con movimientos de cabeza á las exhortaciones de sus gefes.

¿No os parece, lectores, oir las quejas de aquellos veteranos que Napoleon impelia sin cesar del Nilo al Danubio y del Manzanares al Volga?

Pero cuando los soldados de César llegaron á Brindis y vieron que aquel habia partido sin ellos, se volvieron hácia sus gefes y llorando de cólera:

—Vuestra es la culpa, les dijeron, si no le hemos acompañado. Era preciso apresurar nuestra marcha en vez de dejarnos descansar como cobardes y perezosos. Ah! Somos unos miserables, pues hemos abandonado á nuestro general!

Y como les dijesen que los cincuenta buques que llevaban á Grecia á César y sus compañeros debian volver allí á buscarlos, fueron á sentarse sobre el acantilado de la costa, á fin de ver desde mas lejos blanquear las velas en el horizonte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

CESAR

TOMO III

Edicion del Monitor.

MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero

CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diria, al ver la rapidez de su marcha, que huye del enemigo en lugar de perseguirlo. Basta! César! basta!

Y, desalentados, los desdichados se sentaban en la orilla del camino, contestando con movimientos de cabeza á las exhortaciones de sus gefes.

¿No os parece, lectores, oir las quejas de aquellos veteranos que Napoleon impelia sin cesar del Nilo al Danubio y del Manzanares al Volga?

Pero cuando los soldados de César llegaron á Brindis y vieron que aquel habia partido sin ellos, se volvieron hácia sus gefes y llorando de cólera:

—Vuestra es la culpa, les dijeron, si no le hemos acompañado. Era preciso apresurar nuestra marcha en vez de dejarnos descansar como cobardes y perezosos. Ah! Somos unos miserables, pues hemos abandonado á nuestro general!

Y como les dijesen que los cincuenta buques que llevaban á Grecia á César y sus compañeros debian volver allí á buscarlos, fueron á sentarse sobre el acantilado de la costa, á fin de ver desde mas lejos blanquear las velas en el horizonte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

CESAR

TOMO III

Edicion del Monitor.

MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero

CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Lo que habia inspirado aquella confianza á César era, en primer lugar su genio y despues un presagio. —César, que habia jurado no oirlos cuando anunciaron su muerte, creia sin embargo en ellos; como todos los grandes hombres, era supersticioso; en ciertas personas la supersticion no es debilidad, sino orgullo.

En el momento de abandonar á Roma hizo un sacrificio á la Fortuna. El toro que debia ser inmolado, se escapó de las manos de sus guardianes y huyó fuera de la ciudad antes de haber recibido ningun golpe; despues, encontrando un estanque, lo atravesó á nado.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó César á los adivinos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Eso quiere decir, le contestaron aquellos, que eres hombre perdido si permaneces en Roma y no atraviesas en seguida el mar, vasto estanque que te separa de Pompeyo, mientras que al otro lado, por el contrario, te esperan la victoria y la fortuna.

César partió, encargando á Antonio que le llevase el resto del ejército.

Desde el dia siguiente de su partida, que fué el acontecimiento de que se ocupó toda la ciudad, los muchachos de Roma se dividieron en dos bandos, uno de cesarianos y otro de pompeyanos, que empezaron, á pedradas, una pequeña guerra.

El resultado de ella fué una gran batalla, en la cual se observó que los pompeyanos llevaron la peor parte.

Mientras tanto, César estaba en Apolonia, cuya guarnicion pompeyana ni siquiera habia intentado defenderse.

Hay varias Apolonias, ó mas bien, las habia entonces. La primera en Macedonia, al Sud-oeste de Tesalónica, que es hoy Polina; la segunda en Tracia, á la entrada del golfo formado por el Ponto-Euxino, conocido actualmente por Sizeboli; la tercera en la Cirenaica, situada á la orilla del mar, al Norte de Cirene, á la cual servia de puerto, y es la actual Marza Sousa; la cuarta en la isla de Creta, patria del filósofo Diógenes, á la cual se llamaba tambien Eleu-

tera; la quinta en Palestina, cerca de Cesarea, y que hoy se llama Arzouf; en fin, la sesta en Iliria, cerca de la desembocadura del rio Aout, y cuyo nombre actual es Vuisa.

En esta última es donde estaba César.

Allí esperaba el resto de su ejército, que no acababa de llegar.

A los hombres como César no les gusta esperar.

Primero despachó mensageros á Bríndis, con órden de decir á los soldados que se embarcasen en seguida, sin reparar en que pudiesen servir ó no despues las embarcaciones.

—No necesito buques, decia, sino soldados.

Al cabo de algun tiempo, viendo que aquellos no llegaban, resolvió ir á buscarlos él mismo.

Entonces intentó una de aquellas locas empresas que tan frecuentemente le habian salido bien en las Galias.

Envió tres de sus esclavos á las orillas del Aout, que solo distaba dos millas, con encargo de decir al primer marinero que encontrasen, que César queria mandar un mensajero á Italia, y que, por lo tanto, guardasen un puesto para él en el primer buque que saliese para Bríndis; si no habia ninguno listo para hacer aquel viaje, los esclavos fletarian cualquiera, autorizando al patron á tomar cuantos pasajeros quisiese ademas del enviado de César, pues cuantos mas

de aquellos hubiere, mas fácilmente podria guardar el incógnito el enviado.

Al cabo de una hora volvieron los esclavos diciendo que todo estaria pronto para aquella misma noche.

César convidó á comer á sus amigos, como habia hecho en Ravena en el momento de partir para Roma; despues, lo mismo que en Ravena, los dejó á la mitad del festin, diciendo que no se cuidasen de él, pues volveria en breve.

Pero, pasando á su tienda, se puso el trage de un esclavo, se dirigió solo á la orilla del rio, y reconociendo el buque por las señas que le habian dado, dijo al patron:

—Aquí estoy; yo soy el enviado de César.

El patron lo recibió á bordo, donde habia ya siete ú ocho pasajeros.

César apresuró cuanto pudo la salida, pues le importaba aprovechar la noche para pasar desapercibido por medio de la escuadra pompeyana.

Gracias á los remos y á la corriente, todo fué bien mientras solo se trató de bajar el rio, pero á medida que se acercaban á la desembocadura, las olas, mas y mas encrespadas, engolfándose por entre las dos orillas, formaban una especie de marea que impedia al barco avanzar, ó, cuando mas, solo dejaba que lo hiciese con gran trabajo.

Al fin llegó un momento en que todos los esfuerzos fueron inútiles.

Un golpe de mar rompió el timon, y el patron, asustado, dió órden á los remeros de volver á subir el rio.

Entonces, César, levantándose y entreabriendo su manto, pronunció la famosa frase histórica:

—Nada temas, pues llevas contigo á César y su fortuna.

Aquella revelacion devolvió el valor al patron y á los remeros; reunieron todos sus esfuerzos y lograron franquear la especie de barra que habia á la salida del rio.

Pero una vez en el mar fué imposible gobernar el buque, y el viento y las olas lo lanzaron sobre la playa.

Entretanto llegó el dia y corrian peligro de ser apresados por los enemigos.

—Oh Fortuna! Fortuna! murmuró César, ¿me abandonarás acaso?

Despues dió órden de volver á entrar con el barco en el rio, y con ayuda del viento, que soplaba de afuera, y los remos, que dominaban la corriente, en menos de media hora traspuso las pocas millas que lo separaban de su campamento.

Su vuelta fué una fiesta. Sabian que habia parti-

do, y lo consideraban perdido. Unos elogiaron su valor y otros criticaron su temeridad.

Los soldados corrieron en tropel á su encuentro y nombraron á uno para que le dirigiese la palabra en nombre de los demas.

—César, le dijo aquel, ¿qué te han hecho los que nombras tus amigos que desesperas de vencer con ellos, y vas, lleno de injuriosa inquietud, á buscar á los que están ausentes? Es verdad que somos menos numerosos que el enemigo; pero, ¿nos contabas por ventura cuando era preciso combatir á los galos? Tu ejército te pide que le vuelvas tu confianza, que cree no ha merecido perder.

Lo que impedia á Antonio salir de Bríndis con el resto del ejército de César, era la vigilancia de Bíbulo.

Pero aquel murió, y el gobierno del mar fué dado á Libon.

Sabiendo Antonio aquella muerte, resolvió aprovechar el trastorno que debia producir en la escuadra, y mientras Gabinio lo sitiaba por tierra, fué á chocar resueltamente contra los buques que cerraban el puerto de Bríndis. Los barcos en que él iba conducian veinte mil infantes y ochocientos caballos.

La línea que cerraba el puerto se rompió con el choque; Antonio y sus barcos pasaron; pero la escuadra entera de Libon se puso en seguida á perseguirlos. Afortunadamente el viento del Sur empujaba al enemigo al fondo del golfo; es verdad que el mismo viento impelia á los buques de Antonio hácia unas rocas contra las cuales no podian menos de estrellarse: estaban ya tan cerca de ellas, que el teniente de César y sus hombres se consideraban perdidos, cuando de repente saltó el viento, pasando del medio dia al nordeste. Antonio orientó rápidamente sus buques, y orillando la costa la vió toda cubierta con los fragmentos de la escuadra de Pompeyo.

Aprovechó aquella oportunidad, hizo crecido número de prisioneros, se apoderó del puerto de Lissus, próximo al de Dirraquium, y llegó al campamento de César con el doble prestigio de llevarle un gran refuerzo y magníficas noticias.

Durante aquel tiempo solo un milagro habia salvado á César.

Pompeyo habia resuelto anonadarlo cayendo sobre él con todas sus fuerzas y con aquella intencion marchaba hácia Apolonia; pero habiendo encontrado en su camino el rio Apsus, hizo entrar en él dos hombres para sondear el vado.

Uno de los soldados de César, viendo á aquellos dos hombres en el agua, se metió en ella á su vez, los atacó y mató á ambos.

Pompeyo entonces resolvió echar un puente.

César no le puso obstáculo alguno y le dejó ter-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

minarlo, contando con atacar en un momento dado á los que hubieren cruzado á la orilla opuesta.

Pero no tuvo necesidad de tomarse aquel trabajo; apenas hubieron pasado al otro lado trescientos hombres, el puente se hundió; todos los que se hallaban sobre él cayeron al agua y se ahogaron; los que habian llegado á la otra orilla fueron muertos por los soldados de César desde el primero hasta el último.

Pompeyo miró aquel doble acontecimiento como un mal presagio y se retiró.

II

Llegados Antonio y sus veinte mil hombres, César se decidió á tomar la ofensiva.

Pompeyo se habia retirado á Asparague, cerca de Dirraquium.

César siguió á Pompeyo, tomó al paso la ciudad de los partenianos, donde su contrario tenia guarnicion, y el tercer dia, hallándose en frente de su rival, le presentó batalla.....

Hénos aquí llegados á la última lucha, á la lucha suprema. Permítasenos, pues, detenernos un momento ante los acontecimientos sobre los cuales tuvo el mundo entero fijas sus miradas, jadeante de angustia.

La cuestion, reducida á sus términos mas sencillos, era la siguiente:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

minarlo, contando con atacar en un momento dado á los que hubieren cruzado á la orilla opuesta.

Pero no tuvo necesidad de tomarse aquel trabajo; apenas hubieron pasado al otro lado trescientos hombres, el puente se hundió; todos los que se hallaban sobre él cayeron al agua y se ahogaron; los que habian llegado á la otra orilla fueron muertos por los soldados de César desde el primero hasta el último.

Pompeyo miró aquel doble acontecimiento como un mal presagio y se retiró.

II

Llegados Antonio y sus veinte mil hombres, César se decidió á tomar la ofensiva.

Pompeyo se habia retirado á Asparague, cerca de Dirraquium.

César siguió á Pompeyo, tomó al paso la ciudad de los partenianos, donde su contrario tenia guarnicion, y el tercer dia, hallándose en frente de su rival, le presentó batalla.....

Hénos aquí llegados á la última lucha, á la lucha suprema. Permítasenos, pues, detenernos un momento ante los acontecimientos sobre los cuales tuvo el mundo entero fijas sus miradas, jadeante de angustia.

La cuestion, reducida á sus términos mas sencillos, era la siguiente:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Triunfaria la aristocracia con el discípulo de Sila, ó el pueblo con el sobrino de Mario?—¿Se veria la Italia cubierta de proscripciones con Pompeyo, ó sufriria el mundo la clemencia de César?

No somos forjadores de teorías ni buscadores de alusiones; somos registradores de hechos.

Se comprende, pues, la atencion general.

Los ojos del mundo entero estaban fijos en aquel pequeño punto del Epiro. La Galia, la España, el Africa, el Egipto, la Siria, el Asia, la Grecia, el mundo todo, en fin, como hemos dicho, miraba hácia allí, anhelante. El Oriente y el Occidente se preguntaban: ¿"Qué va á ser de nosotros?"

El Occidente, es decir, la fuerza del porvenir, estaba por César; el Oriente, esto es, la majestad del pasado, estaba por Pompeyo. El Norte no existia aún, y el Mediodía no existia ya.

El tercer dia, segun acabamos de decir, hallándose César en frente de Pompeyo, le ofreció la batalla.

Entibiado Pompeyo con los dos presagios que hemos referido, permaneció en su campamento.

César esperó una parte del dia, y viendo que su enemigo no aceptaba el combate, hizo entrar sus tropas en el suyo.

Acababa de adoptar un nuevo plan.

Por senderos angostos y difíciles como los que habia seguido en España, tomó el camino de Dirra-

quium; su intento era aislar á Pompeyo de aquella plaza, esto es, cortarle los víveres y las municiones.

Viéndole Pompeyo dar un gran rodeo, creyó, como lo habia creido Afranio y Petreyo en las orillas del Segre, que la falta de víveres obligaba á César á la retirada. Envió corredores que lo siguieran, y esperó.

Los corredores volvieron por la noche, anunciando que César no se retiraba, sino que, dando un inmenso rodeo, iba á colocarse entre Pompeyo y Dirraquium.

Pompeyo mandó levantar el campo en seguida, y por el camino mas corto se replegó sobre la ciudad.

César, que habia sospechado aquella maniobra, caminaba á pié al frente de sus soldados, animándolos, franqueando el primero todos los obstáculos, no concediendo sino cortas paradas, apresurando la marcha y esplicando la importancia de un movimiento rápido.

Al dia siguiente, al amanecer, vió al mismo tiempo los muros de Dirraquium y los soldados de Pompeyo; pero les llevaba una hora de ventaja.—Era lo propio que habia sucedido en España á Afranio y á Petreyo.

Viendo Pompeyo que su enemigo se le habia adelantado, plantó su campo sobre una roca que dominaba el mar, y la cual abrigaba una especie de puerto, adonde hizo ir sus buques; con ellos conseguia

víveres de Asia y de los demas puntos de Oriente que le estaban sometidos.

César, por el contrario, se hallaba aislado y reducido á los recursos locales. No podia hacer venir víveres del Oriente, que no le pertenecia, ni de Occidente, del cual estaba separado por los quinientos buques de Pompeyo. Envió mensajeros para comprarlos en el Epiro, los impuso como contribucion á las ciudades inmediatas, é hizo llevar el trigo que se hallaba en Lissus, en la ciudad de los parteñanos y en todos los pueblecillos y caseríos próximos.

Pero estaba en un país montañoso poco á propósito para la agricultura, y los cereales escaseaban en todos lados. Ademas, Pompeyo en observacion, como un águila, desde lo alto de su roca, y mas fuerte que César en caballería, veia llegar desde lejos los convoyes, lanzaba sobre ellos sus ginetes y los cogia.

César resolvió sitiar á la vez á Dirraquium y á Pompeyo, la ciudad y el ejército.

Era un plan gigantesco que hubiese sido un sueño para cualquier otro hombre que no fuese César, para cualesquiera otros soldados que los suyos no fueran.

Si lograba su objeto, ¿qué iba á pensar el mundo de aquella noticia que se esparciria por todo él?

Pompeyo rehusa el combate y César sitia á Pompeyo.

En ocho dias construyó doce fuertes en los estribos de las montañas cuya cima ocupaba su enemigo. Despues ligó aquellos fuertes con fosos y líneas de comunicacion, formando una de aquellas inmensas circunvalaciones que habia trazado en las Galias.

Como Pompeyo no queria abandonar la costa ni alejarse de Dirraquium, y como tampoco podia impedir los trabajos de César sino presentándole batalla, á lo cual no estaba dispuesto, no le quedaba mas recurso que ocupar la mayor estension de terreno posible, á fin de debilitar, separándolas, las tropas de César: aquello le era tanto mas fácil cuanto que tenia doble número de hombres que su adversario.

Pompeyo, pues, hizo levantar por su parte veinticuatro fuertes que abrazaban cerca de cuatro leguas de circuito.

En aquellas cuatro leguas hacia pastar sus caballos como en un parque, al paso que, por medio de su escuadra recibia vino, trigo y viandas en abundancia.

César trazó una línea de seis leguas, y edificó treinta y seis fuertes!

Pompeyo, como se comprenderá, no le dejaba efectuar tranquilamente aquellos trabajos.

En cuanto César queria ocupar alguna nueva altura, Pompeyo enviaba contra él sus honderos y sus arqueros; pero los soldados de César, en su ma-

yor parte galos, españoles ó germanos, eran ingeniosos como los franceses modernos; los trabajadores se habian hecho cascos de fieltro, cuero y tela acolchada que amortiguaban los golpes.

Era un espectáculo estraño el que ofrecia aquel ejército falto de todo, y fuerte únicamente de cuarenta mil hombres, sitiando á otro de mas de ochenta mil y que nadaba en la abundancia.

Estómagos del Norte y del Poniente, que, sin embargo, necesitaban alimento, pero que, sostenidos por César, no se quejaban y comian avena, legumbres y hasta yerba. Llegó á suceder en una ocasion que faltaron tambien la avena y las legumbres; pero los soldados que habian estado con Valerio en Cerdeña, descubrieron una raiz que, humedecida en leche hacia una especie de pan, y aunque no tuviesen bastante cantidad de él, lo arrojaban por encima de los atrincheramientos de los pompeyanos, á fin de que viesen la clase de alimentos con que sabian vivir sus enemigos.

Despues gritaban de un fuerte á otro:

—Ah! al fin te tenemos cogido, Pompeyo! Ahora comeremos cortezas de árbol antes que dejarte escapar!

Pompeyo hacia ocultar el pan que arrojaban los soldados de César, á fin de que toda aquella presumida juventud de Roma que lo habia seguido, no viese los bárbaros con quienes tenia que habérselas y las bestias feroces con las cuales tendrian que combatir un dia.

Caton y Ciceron estaban en Dirraquium y veian todo aquello desde la ciudad.

Ciceron, con su genio maldiciente, no dejaba trascurrir un dia sin dirigir á Pompeyo algunos de aquellos sangrientos epígramas que tan bien sabia decir. Plutarco trae una larga lista de ellos, poco comprensibles hoy.

Por su parte Caton, que tras su cinismo ocultaba un corazon de hombre, y que tenia el alma demasiado apacible para la guerra civil, no se sentia con humor, como Ciceron, para burlarse de semejantes desgracias, y habia hecho decretar que ninguna ciudad seria saqueada, aunque fuese tomada por asalto, y que ningun soldado romano seria condenado á muerte despues del combate.

Confiado en aquello, esperaba los acontecimientos.

¡Pobre Caton! ¿Por qué no tenia tanto talento como el gran orador? Así hubiera tenido menos corazon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Veamos ahora un poco lo que pasa en Roma.

César no ha satisfecho á todo el mundo, impidiendo á los deudores hacer completa bancarota. Además, el ejército,—habíamos olvidado referirlo,—habiendo hecho César un dia un ademan, alzando la mano en que llevaba el anillo, y abriendo los cinco dedos, creyó que prometia á cada individuo cinco mil sestercios y el grado de caballero. Como se comprenderá, habiendo recibido únicamente dos mil sestercios, ó sean cien pesos por cabeza, tenia sus dias de mal humor, y ya hemos visto revelarse una legion en Placencia y otra en la vía Appia.

Pero, una vez en frente del enemigo, el ejército no se quejaba; comia su pan de yerba, se preparaba á comerlo de corteza de árbol y se hacia matar.

Los que se quejaban eran la secuela de Catilina y Clodio, los deudores insolventes que se habian refugiado en el campamento de César para librarse del Clichy de la época y buscar los *tabulæ novæ*.

¿Quereis tener una idea de lo que asustaba á Roma?—Nótese que citamos, á fin de que no se crea que hacemos alusiones. Ay! todas las revoluciones se parecen, verifíquense cincuenta años antes de Jesucristo ó mil ochocientos despues. Los mismos intereses hacen nacer los mismos hombres, y llámense Rullo ó Babœuf, es siempre la misma teoría.—¿Quereis tener una idea, repetimos, de lo que asustaba á Roma una vez que César llegase á vencer?

Pues leed el escritor de Amiterno; el hombre que sorprendido en conversacion criminal, como dicen los ingleses, con Fausta, mujer de Milon, se lanzó despechado en el partido democrático de Clodio; que fué uno de los principales agentes de los trastornos originados por la muerte de aquel gefe; que se vió escluido del Senado por el censor á causa de su inmoralidad; que fué el corresponsal y el agente de César en Roma; que corrió á buscarlo á su campamento tras Antonio, Curion y Casio; que nombrado mas tarde, despues de la muerte de Juba, procónsul de Numidia, saqueó la provincia, como debe hacerlo todo buen procónsul, y volvió cargado con tantas riquezas, que se hizo moralista é historiador en su hermo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa quinta del monte Quirinal rodeada de inmensos jardines: leed á Salustio, queremos decir.

Sus obras eran: 1ª su gran *Historia* en cinco libros, comprendiendo todos los acontecimientos ocurridos en Roma desde la muerte de Sila hasta la conspiracion de Catilina: se ha perdido y solo conocemos algunos fragmentos; 2ª su *Guerra de Catilina;* 3ª su *Guerra de Yugurta;* 4ª *Dos cartas políticas á César:* una escrita la víspera de su entrada en Roma, á su vuelta de *Africa*, y la otra despues de la batalla de Farsalia.

Leed lo que dice á César:

"Hombres manchados de disolucion y crímenes, que te creian pronto á entregarles la República, han acudido en tropel á tu campamento, amenazando á los ciudadanos inofensivos, no solo con el saqueo, sino tambien con la muerte, y á mas de esto con todo lo que se puede esperar de almas depravadas. Pero cuando han visto que no les dispensabas de pagar sus deudas, y que no les entregabas los ciudadanos pacíficos como si fueran enemigos, todos te han abandonado; solo unos cuantos se han creido mas seguros á tu lado que en Roma; tal es el miedo que tienen á sus acreedores. Pero es increible el número de hombres, ¡y qué hombres! que han abandonado tu partido y pasádose al de Pompeyo, refugiándose en

su campamento como en un asilo en que son inviolables los deudores."

Uno de los individuos de quienes habla Salustio era el pretor Cœlio, cuyo nombre creemos haber pronunciado ya.

Contaba mucho con las *tabulæ novæ.*

Hombre de bastante talento,—los hombres de esa clase suelen tener muchas deudas,—era un disputador tan acérrimo, que se contaba de él que comiendo un dia con un cliente en estremo obsequioso que en todo y por todo era de su opinion, lo apostrofó en los siguientes términos:

—Dime siquiera una vez que no, á fin de que seamos dos.

Cœlio, pues, una vez embarcado César para Grecia, nota que su partido es el de los usureros.

En el mes de Abril de 705 escribe á Ciceron:

"En nombre de todo lo que os es caro, en nombre de vuestros hijos, os conjuro, querido Ciceron, que no vayais á comprometeros y perderos con alguna calaverada. Nada os he dicho á la aventura, ni nada os he aconsejado á la ligera; pongo por testigo de ello á los dioses y os lo juro por nuestra amistad.

"Si nos profesais algun afecto; si amais á vuestros hijos y á vuestra familia; si no quereis destruir vuestra última esperanza; si mi voz y la de vuestro ex-

celente yerno tienen sobre vos algun influjo; si no deseais llenar de turbacion nuestra existencia, por favor, no vayais á ponernos en la alternativa de aborrecer y repudiar un partido cuyo triunfo debe salvarnos, ó, si seguís el contrario, hacer votos contra vos mismo; reflexionad que ya habeis tardado demasiado en pronunciaros para no ser sospechoso. Desafiar, cuando es vencedor, al hombre á quien considerábais cuando su fortuna estaba vacilante; uniros en su fuga á aquellos á quienes no habeis sostenido en su lucha, seria obrar como un insensato. Cuidad de que queriendo ser demasiado del partido de los buenos no seais bastante del buen partido. Esperad al menos los acontecimientos de España; yo os aseguro que esa provincia será nuestra en cuanto César ponga en ella los piés; y perdido eso decid, ¿qué les quedará?"

Y Cœlio va á España, y combate allí por César, y vuelve á Roma con él, y cuenta con las *tabulæ novæ* que aquel establecerá. Pero no sucede nada de eso; Cœlio se lleva un chasco. En lugar de autorizar César la bancarota completa, solo autoriza una miserable quiebra de veinticinco por ciento.

No era con eso con lo que habia contado Cœlio. Así, pues, un año mas tarde, en Marzo de 706, escribe á Ciceron:

"Ah! querido Ciceron, ¿por qué no fuí con vos á

Formio en lugar de ir á España con César? ¿por qué no fuí á reunirme con Pompeyo al par vuestro?

"Pluguiese al cielo que Curion hubiese sido de ese partido como Appio Claudio; mi afecto hácia ese amigo me empeñó en esta causa detestable. Sí, lo confieso, el afecto por un lado y el resentimiento por otro, concurrieron á hacerme perder la cabeza. No es que dude de nuestra causa, no; pero mejor es morir que tener que lidiar con esta gente. A no ser por el temor de vuestras represalias ya hace tiempo que no estariamos aquí.

"En Roma, escepto *algunos usureros*, todo es pompeyano, así los individuos como las órdenes. He puesto en vuestros intereses hasta la canalla, que nos era tan adicta, y hasta á lo que se llama el pueblo. Esperad; os haré vencer á pesar de vosotros mismos; quiero ser un segundo Caton. ¿Dormís acaso que no veis cuán débiles somos? Ningun interes me escita en este instante, pero soy vengativo segun costumbre si se me trata indignamente.

"¿Qué haceis ahí? ¿Quereis presentar batalla? ¡Cuidado! ese es el lado fuerte de vuestros adversarios. No conozco vuestras tropas; pero las de César saben batirse y no temen el frio ni el hambre.

"Adios"

Como acabamos de decir, Cœlio era un hombre de talento. Despues de haber previsto que César

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tomaria la España, héle ahí previendo que batiria á Pompeyo;—lo cual no le impide hacerle la guerra; tan vengativo es.

De repente se sabe en el campamento de César que el amigo Cœlio hace de las suyas en Roma.

Primero pone su asiento al lado del del otro pretor, Cayo Trebonio, que estaba encargado de administrar justicia á los ciudadanos; despues anuncia que oirá las quejas de los deudores, los cuales apelarán á él de las sentencias de los árbitros y de la disposicion de César.

Nadie se presenta á apelar.

Entonces Cœlio propone un edicto, por el cual permite á los deudores pagar en seis plazos sin interes alguno.

Pero el cónsul Servilio Isáurico, que César ha dejado tras sí en Roma, se opone á aquella medida.

¿Qué hace Cœlio? Anula su primer edicto y proclama otros dos, esperando promover una sedicion.

Pero nada; el pueblo no se mueve.

Sin embargo, Cœlio necesita un motin; esperad un momento, veréis lo que inventa: Mientras dure la guerra los inquilinos estarán exentos de pagar alquileres.

¡Ah! entonces sí, los inquilinos todos gritan: ¡viva! La gente se reune en el Forum: hay *emocion*, como se decia en aquella época.

Durante aquella emocion Trebonio es arrojado de su tribunal, y al caer sobre los escalones se rompe la cabeza.

El cónsul interviene, hace su relato de lo ocurrido y Cœlio es espulsado del Senado.

Quiere arengar al pueblo y sube á la tribuna; pero los lictores le hacen bajar de ella.

Entonces dice en alta voz que va á ver á César para darle sus quejas, al paso que secretamente manda un mensajero á Milon,—el tribuno que dejamos desterrado en Marsella comiendo salmonetes,—para que desembarque en Italia con los descontentos que pueda reunir.

Milon reune un centenar de hombres y entra en Italia.

Cœlio se le incorpora con algunos gladiadores que le quedan de sus juegos, y ambos se ponen á recorrer el país, diciéndose agentes de Pompeyo y provistos de cartas que les ha llevado Bíbulo.—Este habia muerto; pero ellos lo ignoraban.

Publican la abolicion de las deudas y sin embargo nadie se mueve.

Milon pone en libertad á algunos esclavos, va á sitiar con ellos una ciudad de la Calabria y el pretor Quinto Podio, que se habia encerrado en ella con una legion, le tira una piedra desde lo alto de la muralla y lo mata.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cœlio por su parte pone sitio á Thurium. Allí, mientras trata de seducir á unos ginetes españoles y galos ofreciéndoles dinero para que dejen el partido de César y sigan el de Pompeyo, uno de ellos, hallando su discurso poco elocuente ó quizá prolijo, le pasa su espada á través del cuello.

Tal fué el fin de Milon y Cœlio y de su loca empresa.

IV.

César y sus cuarenta mil hombres tenian, pues, sitiados á Pompeyo y sus cien mil soldados.

Pompeyo resolvió efectuar una doble salida de su campamento y de Dirraquium.

El objeto era apoderarse de una altura fuera del alcance de las flechas de los soldados de César y acantonar allí una parte de sus tropas.

Atacó á los cesarianos por tres puntos mientras que los de Dirraquium hacian otro tanto.

Así, pues, eran seis los puntos atacados.

En todos ellos fué rechazado Pompeyo.

Perdió dos mil hombres y crecido número de voluntarios y capitanes, entre estos á Valerio Flaco, hijo de Lucio Valerio, que habia sido pretor en Asia.

César perdió únicamente veinte soldados, y tomó seis banderas.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cœlio por su parte pone sitio á Thurium. Allí, mientras trata de seducir á unos ginetes españoles y galos ofreciéndoles dinero para que dejen el partido de César y sigan el de Pompeyo, uno de ellos, hallando su discurso poco elocuente ó quizá prolijo, le pasa su espada á través del cuello.

Tal fué el fin de Milon y Cœlio y de su loca empresa.

IV.

César y sus cuarenta mil hombres tenian, pues, sitiados á Pompeyo y sus cien mil soldados.

Pompeyo resolvió efectuar una doble salida de su campamento y de Dirraquium.

El objeto era apoderarse de una altura fuera del alcance de las flechas de los soldados de César y acantonar allí una parte de sus tropas.

Atacó á los cesarianos por tres puntos mientras que los de Dirraquium hacian otro tanto.

Así, pues, eran seis los puntos atacados.

En todos ellos fué rechazado Pompeyo.

Perdió dos mil hombres y crecido número de voluntarios y capitanes, entre estos á Valerio Flaco, hijo de Lucio Valerio, que habia sido pretor en Asia.

César perdió únicamente veinte soldados, y tomó seis banderas.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuatro centuriones que defendian un fuerte contra el cual se habian ensañado los soldados de Pompeyo, perdieron cada uno un ojo, y al terminar el combate hallaron dentro de las murallas treinta mil flechas. Solo el escudo del centurion Scœva estaba atravesado por ciento treinta y dos.—Ya contamos en otro lugar como ese valiente, con un ojo reventado, habia dado muerte á dos soldados de Pompeyo fingiendo rendirse.—Otro, llamado Minucio, recibió ciento veinte flechas en su escudo, y tuvo el cuerpo atravesado de un lado á otro por seis puntos diferentes.

César dió al primero ochenta mil sestercios de recompensa, y de la octava fila lo hizo pasar á la primera.

Honró y recompensó al segundo de un modo diferente, pero satisfaciéndolo por completo. Debemos agregar que curó de todas sus heridas.

Los demas recibieron doble paga y doble racion.

En medio de aquellos acontecimientos llegó Escipion de Africa.

César, que no perdia ocasion alguna de conseguir un arreglo, le envió á Appio Claudio que era su amigo.

Escipion, como se recordará, era suegro de Pompeyo y tenia gran influjo sobre su yerno.

Desgraciadamente estaba siempre á su lado el famoso Favonio, el *mono* de Caton, que regalaba lechugas, nabos y pepinos en sus juegos, el cual impidió que oyese á Claudio.

Entretanto, la situacion de Pompeyo empeoraba dia tras dia; su gente carecia de agua y sus animales de forrage. César habia desviado el curso de todos los manantiales, y los soldados estaban á media racion del precioso líquido, al paso que los caballos y las acémilas solo se alimentaban con hojas y raices de caña. Al fin acabaron por dar esclusivamente ese alimento, por malo que fuese, á los caballos.

Las mulas y los asnos se murieron, y el hedor de los cadáveres hizo nacer en el campamento una especie de epidemia.

Los Pompeyanos trataron de hacer venir forrage por mar; pero no podian conseguir sino centeno en vez de avena, y los caballos, casi todos de la Grecia y el Ponto, no estaban acostumbrados á aquel alimento.

Al fin Pompeyo se avergonzó de aquella situacion y resolvió hacer una salida.

La casualidad lo favoreció.

Habia en el campamento de César dos caballeros alóbroges hijos de un gefe llamado Albucila; ambos eran valientes, y habiéndose portado bien en las guerras de las Galias, habian llegado en recompensa á los primeros grados de la milicia; ademas, merced á la

protección de César, habian sido admitidos en el Senado antes de la edad requerida por la ley.

César los estimaba mucho y les habia regalado tierras de las tomadas á los enemigos; pero nada de aquello les bastó. Mandaban fuerzas de caballería de su país, y les retuvieron la paga diciendo que César no se la habia entregado.

Aquellos hombres fueron á quejarse á César.

César les hizo algunas preguntas, y no solo supo de aquel modo que los dos galos no pagaban á la gente que tenian á sus órdenes, el dinero que de él recibian, sino que ademas exageraban el número de aquella misma gente, poniendo desde hacia dos años en sus cuentas doscientos hombres y doscientos caballos que nunca habian existido.

César consideró que la ocasion era poco á propósito para hacer un escarmiento; así, pues, llamó á los dos caballeros y los reprendió á solas, echándoles en cara su concusion y diciéndoles que podian fiar en su generosidad, puesto que ya habian recibido mas de una prueba de ella.

Aquella reprension los lastimó. De vuelta á su tienda celebraron consejo y resolvieron cambiar de partido pasándose al de Pompeyo.

Decidieron, ademas, matar á Volusio, general de la caballería, para ser mejor recibidos.

Pero fuese que no hallasen oportunidad para ello,

ó que el proyecto ofreciese demasiadas dificultades, se contentaron con pedir prestado á sus amigos todo el dinero que pudieron, como si tratasen de pagar á su gente; despues compraron algunos caballos, de los cuales carecia Pompeyo por la gran mortandad que habia tenido en su campamento, y se pasaron al enemigo con todos los que quisieron seguirlos, que serian un centenar de hombres.

Pompeyo no estaba acostumbrado á semejantes deserciones; así, pues, les hizo grandes festejos y les paseó por todos lados.

Despues, por la tarde, los llamó á su tienda y supo por ellos los puntos débiles del campamento de su enemigo y la distancia á que se hallaban unos de otros los diferentes cuerpos de guardia.

Bien enterado de todo, resolvió verificar la sorpresa al dia siguiente.

En cuanto llegó la noche hizo embarcar un crecido número de arqueros é infantería ligera con faginas para llenar los fosos; despues tomó sesenta cohortes y las llevó hácia el lado del mar, cerca del punto del campamento de César mas próximo á la orilla y mas alejado por lo tanto del cuartel general.

El punto que Pompeyo habia resuelto atacar estaba defendido por el cuestor Léntulo Marcelino y la novena legion.

Léntulo Marcelino se hallaba enfermo, pero tenia

inmediato á Fulvio Póstumo para sostenerlo y reemplazarlo en caso de necesidad.

El campamento de César tenia dos atrincheramientos por aquel lado: el primero hacia frente al enemigo y constaba de un foso de quince piés de ancho y un parapeto de diez de alto; el otro, situado á unos cien pasos, no solo era menor sino que en algunos parajes estaba aun por acabar.

Pompeyo estaba enterado de todo, y dirigió la mayor parte de sus fuerzas contra aquel punto.

La novena legion fué atacada al amanecer.

Así que Marcelino tuvo noticia de ello, le envió un refuerzo; pero era poco considerable y llegó ya tarde.

Ademas, los mas valientes tienen sus horas de pánico.

Los romanos solian echar la culpa de esto á un dios, para librarse de lo que pudiera tener de deshonroso.

Todos huyeron.

El portaestandarte principal se hizo matar; pero antes de morir entregó su estandarte á un caballero diciéndole:

—Haz presente á César, que solo lo he entregado moribundo, y á un romano.

Afortunadamente acudió allí Antonio con dos cohortes.

Pero ya habia habido una gran matanza.

César, advertido á su vez, por el humo que salia de los fuertes, y que era la señal convenida en caso de sorpresa, acudió tambien por su lado.

Sin embargo, ni él ni Antonio pudieron poner en órden á los fugitivos.

César estuvo á punto de perecer intentándolo.

Queria detener á un soldado alto y robusto y hacerle volver cara al enemigo, y el soldado levantó la espada para herirlo.

Afortunadamente su escudero vió aquel movimiento y de un tajo derribó el brazo al soldado.

César lo creia todo perdido y así hubiera sido en efecto si Pompeyo no hubiese dudado de su fortuna y dado tiempo á los cesarianos para reunir sus esfuerzos.

Los soldados de Pompeyo se retiraron en buen órden, sin necesitar puentes para volver á pasar los fosos, pues estaban llenos de cadáveres.

César tuvo una baja de mil muertos y cuatrocientos ó quinientos prisioneros.

Aquella tarde decia á sus amigos:

—La victoria hubiera sido hoy de los pompeyanos si Pompeyo hubiera sabido vencer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

César pasó una mala noche, como la que debió pasar Napoleon despues de la ruptura del puente de Lobau. Confiando ambos en la fortuna, habian cometido casi la misma falta.

César se echaba en cara el haber ido á hacer la guerra á Pompeyo en una costa árida, en que sus soldados se morian de hambre, mientras él no tenia probabilidad alguna de hacer carecer de nada á los de su contrario, provistos como estaban de una escuadra.

Sin embargo, quizá era tiempo aún de remediar aquella falta. Escipion habia sido enviado á Macedonia con dos legiones. Si él hacia que las seguia, seguramente Pompeyo, mas enamorado que nunca de su mujer Cornelia, se opondria á que César degollase á su suegro y á sus dos legiones; si por el contrario, á pesar de todo lo que era de esperar,

atravesaba Pompeyo el mar y regresaba á Italia, él regresaria á ella tambien por la Iliria é iria á presentarle el combate bajo los muros de Roma.

Empezó, pues, por tratar de poner en seguridad los heridos y los enfermos, haciéndolos partir durante la noche escoltados por una legion con órden de no detenerse hasta llegar á Apolonia.

El grueso del ejército no debia ponerse en camino sino á las tres de la mañana.

Pero así que los soldados tuvieron noticia de aquella partida, y supieron que César habia tomado tal resolucion porque habian combatido mal, todos se afligieron estremadamente. La novena legion, que habia abandonado el campo, atemorizada, aquella mañana, se trasladó toda entera á la puerta de la tienda de César á pedirle que la castigara.

César impuso á los soldados algunos leves castigos y trató de consolarlos.

—Ya os portareis valerosamente otro dia, les dijo; ahora es preciso dar tiempo á vuestro terror para que se calme.

Ellos insistian en tomar la revancha en aquel mismo momento.

César se negó á ello resueltamente y volvió á dar la órden de ponerse en camino á las tres de la mañana en direccion del antiguo campamento de Apolonia.

César salió el último de su campo con dos legiones, llevando al frente las trompetas.—Salir sin ruido no hubiera sido retirarse sino huir.

En cuanto amaneció, Pompeyo lanzó su caballería tras la retaguardia de César.

Aquel dia fué de gran fiesta en el campamento pompeyano.

En vano César habia hecho tocar las trompetas: no se retiraba, huia, estaba vencido.

El dia anterior, como se recordará, se le habian hecho quinientos prisioneros; á pesar de la ley presentada por Caton y que decia que ningun ciudadano romano seria muerto fuera del campo de batalla, Labieno, que habia jurado no dejar las armas mientras no hubiese vencido á su antiguo general, obtuvo disponer de ellos; Pompeyo fingió creer que era para perdonarlos y se los entregó.

—¡Hola! antiguos compañeros, les dijo Labieno, ¿parece que desde que nos hemos separado habeis aprendido á huir?

Y los hizo matar desde el primero hasta el último.

Segun habia previsto César, Pompeyo se puso á perseguirlo.

Muchos le habian aconsejado volver á Italia, tornar á ocupar la España y posesionarse de nuevo de aquel modo de las provincias mas hermosas del imperio; pero, ¡abandonar á Escipion, entregar el Oriente á los bárbaros, arruinar á los caballeros romanos, dejando á César la Siria, la Grecia y el Asia! ¡Imposible!

Además, ¿no habia huido César, y no era mejor alcanzarlo y terminar la guerra con una accion general?

Pompeyo escribió á los reyes, á los generales y á las ciudades como si fuese ya vencedor. Su mujer Cornelia se hallaba en Mitilene con su hijo y le mandó correos con cartas en que le anunciaba que la guerra estaba concluida, ó poco ménos.

Por lo que hace á sus amigos la confianza que tenian era una cosa curiosa. Hasta se disputaban los despojos de César. El gran pontificado, sobre todo, que iba á quedar vacante, suscitaba no pocas ambiciones. ¿Quién seria gran pontífice en su lugar? Léntulo Espinter y Domicio Ahenobarbo tenian bastantes derechos á aquel cargo; pero Escipion era suegro de Pompeyo.

Entretanto, para no perder tiempo, algunos enviaron á Roma sus amigos ó sus intendentes para que les alquilaran casas en las inmediaciones del Forum, á fin de poder solicitar desde el dintel, por decirlo así, los cargos que codiciaban.

Se hacia en aquel tiempo en el campamento de Pompeyo, lo que diez y ocho siglos despues se veri-

ficaba en Coblentza. Domicio llevaba en el bolsillo una ley de sospechosos y un proyecto de tribunal revolucionario.

—Formad vuestra lista de proscripcion, decia Ciceron, y eso tendreis adelantado.

—¿Nuestra lista de proscripcion, preguntaban los demas emigrados, para qué? Eso está bien en Sila, quien está perdiendo tiempo en eso, nosotros no proscribimos individualmente por cabeza, sino en masa

En cuanto á Pompeyo, no tenia prisa de llegar á una batalla definitiva. Conocia á los que se las habian con él; hacia larga fecha que conocia á aquellos hombres, avezados al servicio de las armas y acostumbrados á vencer. Pero ya se habian envejecido y el tiempo solo podia apagar sus brios, y era preciso acabarlos en el cansancio. No queria comprometer á sus reclutas contra aquellos veteranos. Pero Pompeyo no era dueño de hacer lo que queria.

En el ejército de Pompeyo habia tantos hombres ilustres, tantos hombres de alta categoria, que todos mandaban, menos Pompeyo.

El único que era de su parecer era Caton. Queria ganar tiempo, obtenerlo todo por las negociaciones. Tenia constantemente presentes los dos mil cadáveres de Dirraquium y los quinientos prisioneros degollados por Labieno.

Aquel dia se retiró á la ciudad llorando y cubriéndose la cabeza con su toga en señal de luto.

Ciceron andaba siempre con epígramas, y Pompeyo, mas de una vez, deseó que el orador despiadado pasara al campamento de César.

Es verdad que los demas le secundaban lo mejor que podian.

Cuando veian á Pompeyo siguiendo á César paso á paso, de Epiro á Iliria, le achacaban, le echaban en cara que queria eternizarse en la dignidad dictatorial.

—Se complacia, decian los descontentos, en tener cuando se levantaba, una corte de reyes y de senadores.

Domicio Enobarbo no le llamaba nunca sino Agamenon, es decir, el rey de los reyes.

—Amigos mios, decia Fabonio, no comeremos este año brevas de Túsculo *Tivoli*.

Afranio, que habia perdido á España, y á quien se acusaba de haberla vendido, llamaba á Pompeyo el gran traficante de provincias.

—Acabemos primeramente con César, decian los caballeros, y despues acabaremos con Pompeyo.

Este tenia tal miedo de que una vez vencido César, Caton no se levantara para exigirle que depusiera el mando, que no le habia conferido comision

alguna importante; y cuando marchó en persecucion de César, le dejó en Dirraquium.

Caton estaba reducido al cargo de conductor de equipajes.

Pero se aglomeraron tantas chanzonetas y tantas imprecaciones contra Pompeyo, que este resolvió atacar á César así que este parara su marcha.

César efectivamente se paró, pero en las llanuras de Farsalia.

VI

En aquel punto iba á decidirse la suerte del universo.

Los primeros dias de retirada habian sido para César dias de terrible lucha.

La noticia de su derrota se habia generalizado, y le cubria de una desprecio general: le negaban víveres y pasturas; y esto sucedió hasta que tomó la cindad de Gomjas en Tesalia.

Desde entonces se encontró en la abundancia, hasta el punto de que sus soldados, que casi se estaban muriendo de hambre hacia cinco meses, habiendo encontrado ánforas bien repletas de vino añejo en las bodegas de la ciudad, celebraron por tres dias una bacanal. En fin, como ya hemos dicho, así que César llegó á Farsalia, se detuvo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así que llegó Pompeyo á una altura inmediata, formó su campamento frente del de César.

Sin embargo, en aquel mismo punto volvió la duda á atravesar su espíritu. Tuvo un presagio, y todo el mundo conoce lo que influia esta circunstancia en los acontecimientos de aquella época.

Cuando salió del consejo en el que se habia resuelto dar el combate del dia siguiente, y en el cual Labieno, comandante de la caballería, habia renovado el juramento solemne de no envainar la espada sino despues de la caida de César, este volvió á su tienda de campaña, se acostó y prontó quedó dormido. Entonces tuvo un ensueño.

Soñó que estaba en Roma, en el teatro en donde el pueblo le recibia con grandes aplausos, y que al salir del teatro adornaba con ópimos despojos la capilla de Vénus Nicéfora.

Aquel ensueño, que á primera vista parecia no tener nada sino favorable, podia, sin embargo, encerrar doble sentido.

César era hijo de Vénus: ¿aquellos ricos trofeos con que Pompeyo adornaba la capilla de Vénus, no eran los despojos que este habia cogido á César?

Toda la noche el campamento estuvo perturbado por terrores pánicos; por dos ó tres veces las guardias tomaron las armas, creyendo que las atacaban.

Poco antes de amanecer y en la hora en que se

colocaban los centinelas, se vió por encima del campamento de César, en donde reinaba la mayor tranquilidad y el mayor silencio, levantarse una luz muy viva que venia á caer en el campamento de Pompeyo.

Tres dias antes, César habia celebrado un sacrificio para la purificacion de su ejército.

Despues de inmolada la primera víctima, el adivino le anunció que dentro de tres dias se batiria con el enemigo. César preguntó al sacrificador.

—¿Ademas de este aviso, no ves en las entrañas de la víctima algun signo favorable?

—Puedes tú contestar á esa pregunta mejor que yo, contestó el adivino. Los dioses indican un cambio muy grande, una revolucion de las cosas establecidas, lo contrario de lo que existe actualmente. Si eres dichoso, serás desdichado; si eres vencedor serás vencido; si vencido, serás vencedor.

No tan solo en los dos campamentos y en las inmediaciones se señalaron prodigios.

En Trales, en un templo dedicado á la Victoria, habia una estátua de César: el suelo de alrededor, ya firme de por sí, estaba ademas empedrado con piedras muy duras.

A pesar del suelo y por los intersticios de la piedra, brotó una palmera cerca del zócalo de la estatua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En Pádua, Cayo Cornelio, hombre de gran nombradía en el arte de la adivinacion, y amigo íntimo del historiador Tito Livio, estaba sentado en su sillon augural, y seguia atento el vuelo de las aves.

Supo el momento de la batalla, y anunció á los que le rodeaban que acababa de empeñarse la accion.

Despues, prosiguiendo sus observaciones, y habiendo examinado los signos, se levantó con entusiasmo y exclamó:

—Triunfas, oh César.

Y como algunos dudaban de la profecía, se quitó la corona que llevaba y manifestó que no volveria á ponérsela en la cabeza, sino cuando el acontecimiento hubiera justificado su prediccion.

Sin embargo, á pesar de todo esto, César se preparaba á levantar el campo y á continuar su retirada hácia la ciudad de Escolusa.

La inferioridad numérica de su ejército le asustaba.

No tenia mas que mil caballos, Pompeyo tenia ocho mil.

No tenia mas que veinte mil infantes, Pompeyo tenia cuarenta y cinco mil.

Anunciaron á César que se señalaba cierto movimiento en el campamento enemigo y que Pompeyo parecia decidido á dar la batalla.

César reunió á sus soldados. Les anunció que Cornificio, que estaba solo á dos jornadas de distancia, le traia dos legiones, que Celeno tenia en las inmediaciones de Megara y de Atenas, quince cohortes que se ponian en marcha para incorporarse con él.

Les preguntó si querian esperar esos refuerzos, ó dar la batalla solos.

Entonces todos sus soldados á una voz le rogaron no esperara, y por el contrario, si vacilaba el enemigo, que se inventara algun estratagema para decidirle á combatir.

Ademas, lo que daba semejante valor á los soldados de César, era que despues de su partida de Dirraquium, César los habia ejercitado en el manejo de las armas, y que siempre habian tenido gran ventaja sobre el ejército enemigo.

Teniendo, como ya se ha dicho, tan solo mil ginetes que oponer á siete ú ocho mil ginetes de Pompeyo, habia escogido en su infantería ligera los soldados mas jóvenes y los mas ágiles; los colocaba en grupa detras de los ginetes, y en el momento de sostener la carga, los infantes saltaban en tierra, y de este modo, en lugar de mil hombres, los soldados de Pompeyo se veian de repente atacados por dos mil.

En una de aquellas escaramuzas, uno de los dos hermanos Alobroges, que habian pasado al campa-

mento de Pompeyo, y habian sido causa de la derrota de Dirraquium, habia sido muerto.

Pero, así lo hemos dicho ya, Pompeyo habia evitado hasta entonces una batalla general.

Por la mañana del dia de la batalla de Farsalia, habia resuelto atacar.

Algunos dias antes, en pleno consejo y cuando Domicio acababa de decir que todo senador que no hubiese seguido á Pompeyo, merecia la muerte ó cuando menos el destierro, como acababa de dar á los jueces nombrados anticipadamente, tres tablillas: una para la sentencia de muerte, otra para el destierro y la tercera para la muerte.

Pompeyo, hallándose en el caso de empeñar la batalla, habia pedido algunos dias mas. A lo que Favonio le preguntó:

—¿Tienes miedo? Si es así, entrega el mando á otro, y vete de conductor de equipajes en lugar de Caton.

Entonces respondió Pompeyo:

—Tan poco miedo tengo, que con sola mi caballería quiero derrotar al ejército de César!

Y como algunos, que en medio del general delirio habian conservado su sentido comun, preguntaron á Pompeyo cómo se las gobernaria para ello, el general contestó:

—Es cierto que á primera vista aquello puede parecer increible; pero es mi plan de los mas sencillos: con mi caballería envolveré su ala derecha que acuchillaré; despues picaré la retaguardia al ejército, y vereis que casi sin combatir, conseguiremos una brillante victoria.

Entonces Labieno á su vez, para confirmar cuanto decia Pompeyo, y para redoblar la confianza del soldado, añadió:

—No creais que os las habeis con los vencedores de la Galia y de la Germania; sé lo que digo, habiendo tomado parte en la conquista. Quedan ya pocos soldados de aquellas grandes batallas del Norte y del Occidente. Parte de ellos yacen en el mismo campo de batalla, otros han muerto de enfermedad en Italia ó en Epiro; hay ademas cohortes enteras que están de guarnicion custodiando ciudades. Los que tenemos á nuestro frente vienen de las orillas del Pó y de la Galia Cisalpina; así, el dia en que á Pompeyo se le antoje hacernos combatir, carguemos con toda confianza.

Aquel dia llegó. En el momento en que César hacia abatir tiendas, en el momento en que los soldados hacian marchar por delante de ellos los sirvientes y las acémilas, los esploradores de César vinieron á decirle que habia gran tumulto entre los pompeyanos, y que todo daba lugar para creer que se disponian á la pelea.

Otros dijeron despues, que las primeras filas de Pompeyo habian formado en batalla.

Entonces César subió á un monton de tierra para que todos le vieran y le oyeran, exclamó:

—Amigos mios, ya llegó, por fin, el dia en que Pompeyo nos presenta la batalla, y vamos á combatir, ya no contra el hambre y la escasez, sino contra los hombres. Habeis deseado este dia con impaciencia; me habeis prometido que venceriais: cumplidme vuestra promesa.

Despues mandó que en la tienda de campaña se izara la bandera roja en señal del combate.

Apenas la vieron los romanos, que corrieron á las armas; y como estaba el plan de batalla formado anticipadamente, y que cada gefe habia recibido las órdenes que le correspondian, los centuriones y los decuriones condujeron á sus soldados cada cual á su puesto, y seguidos de sus soldados, como dice Plutarco: "Cada cual ocupó su puesto con tanto órden y tanta sangre fria como si se hubiera tratado de una campaña de tragedia."

VII

Veamos ahora el lugar que cada uno ocupaba.

Pompeyo mandaba el ala izquierda * teniendo consigo las dos legiones que César le habia enviado desde las Galias.

A su frente estaba Antonio, que por lo tanto mandaba el ala derecha de los cesarianos.

Escipion, suegro de Pompeyo, mandaba el centro, compuesto de las legiones de Siria, teniendo por opositor á Calvino Lucio.

En fin, Afranio mandaba el ala derecha, en que se hallaban las legiones de Cilicia y las cohortes procedentes de España, que Pompeyo consideraba como sus mejores tropas. A su frente estaba Sila.

Dicha ala derecha de los pompeyanos tenia cu-

* Plutarco dice que la derecha, pero César afirma que la izquierda, y nos parece mas digno de ser creido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otros dijeron despues, que las primeras filas de Pompeyo habian formado en batalla.

Entonces César subió á un monton de tierra para que todos le vieran y le oyeran, exclamó:

—Amigos mios, ya llegó, por fin, el dia en que Pompeyo nos presenta la batalla, y vamos á combatir, ya no contra el hambre y la escasez, sino contra los hombres. Habeis deseado este dia con impaciencia; me habeis prometido que venceriais: cumplidme vuestra promesa.

Despues mandó que en la tienda de campaña se izara la bandera roja en señal del combate.

Apenas la vieron los romanos, que corrieron á las armas; y como estaba el plan de batalla formado anticipadamente, y que cada gefe habia recibido las órdenes que le correspondian, los centuriones y los decuriones condujeron á sus soldados cada cual á su puesto, y seguidos de sus soldados, como dice Plutarco: "Cada cual ocupó su puesto con tanto órden y tanta sangre fria como si se hubiera tratado de una campaña de tragedia."

VII

Veamos ahora el lugar que cada uno ocupaba.

Pompeyo mandaba el ala izquierda * teniendo consigo las dos legiones que César le habia enviado desde las Galias.

A su frente estaba Antonio, que por lo tanto mandaba el ala derecha de los cesarianos.

Escipion, suegro de Pompeyo, mandaba el centro, compuesto de las legiones de Siria, teniendo por opositor á Calvino Lucio.

En fin, Afranio mandaba el ala derecha, en que se hallaban las legiones de Cilicia y las cohortes procedentes de España, que Pompeyo consideraba como sus mejores tropas. A su frente estaba Sila.

Dicha ala derecha de los pompeyanos tenia cu-

* Plutarco dice que la derecha, pero César afirma que la izquierda, y nos parece mas digno de ser creido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bierto su flanco por un arroyo de difícil paso; así, Pompeyo habia amontonado á la izquierda los honderos, los arqueros y toda la caballería.

Quizás tambien lo habia hecho por tener todas aquellas fuerzas en el punto en que él se hallaba.

César se colocó en frente de Pompeyo, ocupando, como de costumbre, un puesto en la décima legion.

Viendo amontonarse ante él toda aquella multitud de honderos, arqueros y ginetes, comprendió que el plan de su enemigo era empezar el ataque por su lado y tratar de envolverlo.

Entonces hizo acudir seis cohortes del cuerpo de reserva y las colocó detrás de la décima legion con órden de no moverse y ocultarse todo lo posible del enemigo hasta el momento que cargase su caballería. En aquel momento debian lanzarse las seis cohortes á la primera fila, y en lugar de arrojar desde lejos las javalinas, como hacian ordinariamente los mas valientes, ansiosos de llegar á un combate cuerpo á cuerpo, cada hombre alzaria el hierro de su arma á la altura de la cara del enemigo. El mismo César haria la señal con un estandarte cuando fuera tiempo de efectuar aquella maniobra.

Estaba convencido de que toda aquella elegante juventud, todos aquellos hermosos bailarines, no podrian soportar la vista del hierro de sus hastiarios, los cuales eran en número de tres mil.

Pompeyo, á caballo, estudiaba desde lo alto de una colina el órden de los dos ejércitos.

Viendo entonces que el de César esperaba tranquilamente la señal, en tanto que la mayor parte de sus soldados, en lugar de permanecer inmóbiles en sus puestos, se agitaban en el mayor desórden, faltos de esperiencia, temió que desde el principio del combate rompiesen la formacion.

En seguida espidió correos á caballo, mandando á las primeras filas que no se moviesen, y que se estrechasen unas contra otras, esperando así al enemigo.

"Aquel consejo, dice César, se lo dió Triario á Pompeyo, y yo no lo apruebo, pues hay en el hombre cierto ardor y cierta impetuosidad que se acrecentan con el movimiento, y que es preciso mas bien sustentar que reprimir."

Así, pues, aunque mas débil, resolvió aprovechar aquella ventaja que le dejaba Pompeyo y empezar el ataque.

Entonces, despues de haber dado el santo y seña, que era *Vénus Victoriosa*, al paso que el de Pompeyo era *Hércules el Invencible*, echó una última mirada sobre toda su línea.

En aquel momento vió á un soldado, voluntario en el ejército, pero que el año anterior habia sido capitan en la décima legion, el cual esclamaba:

—Seguidme, compañeros, pues ha llegado el momento de cumplir á César todo lo que le hemos prometido.

—¡Eh! Crastino, le dijo César,—pues, al igual de Napoleon dos mil años mas tarde, conocia por su nombre á todos los soldados del ejército,—¿qué piensas del dia de hoy?

—Nada que no sea bueno y glorioso para tí, imperátor; de cualquier modo, solo volverás á verme ó muerto ó victorioso.

Despues, volviéndose hácia sus compañeros:

—Ea! dijo, al enemigo, muchachos, al enemigo!

Y se lanzó el primero con ciento veinte hombres.

Entonces, y mientras que aquellos ciento veinte hombres partian los primeros á atacar á los cincuenta y dos mil de Pompeyo, reinó por un momento entre los dos ejércitos el fúnebre silencio que precede á las batallas decisivas y durante el cual solo parece oirse el ruido de las alas de la muerte.

Crastino y sus hombres, llegados á veinte pasos de los pompeyanos en medio de aquel silencio, lanzaron sus javalinas:

Aquello fué como una señal; en seguida resonaron en ambos lados las trompetas y las bocinas.

Toda la línea de infantería de César se lanzó en seguida á sostener á aquellos ciento veinte valientes que le mostraban el camino, arrojando sus javalinas á la carrera y dando grandes gritos.

Despues, una vez arrojadas las javalinas, los cesarianos desenvainaron las espadas y cayeron sobre los pompeyanos, que los recibieron á pié firme y sin moverse.

Pompeyo, como si solo hubiera esperado tener la certeza de que su ejército sostendria valerosamente el primer choque para recobrar toda su serenidad, mandó entonces á su caballería cargar el ala derecha de César y envolverla.

Viendo César acercarse hácia él aquella masa de caballos cuyo galope hacia temblar la tierra, no pronunció mas que estas cuatro palabras:

—*¡Amigos, á la cara!*

Sus soldados hicieron una inclinacion de cabeza, indicando que habian comprendido.

Segun habia previsto César, aquella tromba viviente de hombres y caballos barrió en un instante sus mil hombres de caballería.

Luego, abiertas ya algunas brechas en las primeras filas de la décima legion, los ocho mil ginetes de Pompeyo lanzaron sus escuadrones para envolver á César.

Aquel era el momento que él esperaba, y en seguida hizo alzar el estandarte que debia dar la señal á los tres mil hombres de reserva.

Dichos hombres avanzaron, sirviéndose de las javalinas como los soldados modernos de la bayoneta, dirigiendo la punta á los ojos del enemigo y repitiendo el grito de César:

—*¡A la cara, compañeros, á la cara!*

Y al mismo tiempo, sin ocuparse de los caballos, sin tratar de herir á los hombres en ningun otro lado, daban con el hierro de sus armas en la cara de los jóvenes caballeros.

Aquellos se sostuvieron un instante, mas bien por estrañeza que por valor: despues, prefiriendo la deshonra á verse desfigurados, arrojaron las armas, volvieron bridas á los caballos y huyeron á escape, ocultándose el rostro con las manos.

De aquel modo corrieron, sin volver la cabeza, hasta las montañas, dejando degollar á los arqueros que llevaban entre sus filas, y los cuales fueron completamente esterminados.

Entonces, sin tomarse el trabajo de perseguir á los fugitivos, César hizo avanzar á la décima legion, con órden de atacar de frente al enemigo, mientras él con la caballería y los tres mil hastiarios lo atacaria por el flanco.

El movimiento se hizo con una regularidad maravillosa. Es verdad que César lo dirigió personalmente.

La infantería pompeyana, cuya órden era flan-

quear al enemigo así que los caballeros hubiesen derrotado el ala derecha de César, se vió flanqueada ella misma. Sostúvose un momento, pero luego se desbandó, siguiendo el ejemplo de la caballería.

En seguida, todos aquellos aliados que habian acudido en auxilio de Pompeyo, ginetes gálatas, capadocios, macedonios y candiotas, arqueros del Ponto, de Siria y de Fenicia, reclutas de Tesalia, Beocia, Acaya y Epiro, se pusieron á gritar á un tiempo, aunque en diez lenguas diferentes:

—¡Somos vencidos!

Y volviendo la espalda emprendieron la fuga.

Es verdad que Pompeyo les habia dado el ejemplo.

—¡Cómo! ¡Pompeyo! ¡Pompeyo el Grande!

Eh! diantre! sí!

Leed á Plutarco, no quiero referirme á César:

Y nótese que Pompeyo no habia esperado al punto de la batalla á que hemos llegado nosotros. Viendo en derrota sus ginetes, habia puesto su caballo á galope y entrado en el campamento.

Leed, decimos, á Plutarco:

"Habiendo aquellos emprendido la fuga, Pompeyo vió el polvo que levantaban los piés de los caballos y comprendió lo que sucedia á sus caballeros.

"Seria difícil decir el pensamiento que atravesó

su espíritu; pero, como un insensato, cual un hombre poseido de vértigo, olvidando de repente que era el gran Pompeyo, sin pronunciar una palabra, sin dar una última órden, se retiró lentamente, parecido en un todo á Ayax, y pudiendo aplicársele, lo mismo que á él; los siguientes versos de Homero:

" Júpiter, padre de los dioses, sentado en un ele-
" vado asiento, introdujo el temor en Ayax, el cual
" se detuvo lleno de estupor; arrojando su escudo, cu-
" bierto de siete pieles de buey, huyó lejos de la mul-
" titud mirando acá y allá."

"Tal hizo Pompeyo."

Al llegar al campamento, gritó en alta voz á los oficiales de servicio, á fin de que los soldados pudieran oirle:

—Cuidad de la defensa de las puertas; yo voy á recorrer el recinto y á dar la misma órden en todos lados.

Despues se retiró á su tienda, desesperando de ganar la batalla, pero aguardando con resignacion el resultado.

VIII

El resultado fué el que era fácil prever.

La fuga de todos aquellos bárbaros, y sus gritos de: "¡Somos vencidos!" proferidos en diez lenguas diferentes, resonaron en el resto del ejército y lo desorganizaron.

Entonces empezó el degüello:

Pero viendo César que la batalla estaba ganada y que la jornada era suya reunió todos los trompetas y heraldos que tenia y los diseminó por el campo de batalla, con órden de tocar y gritar:

—Perdonad á los romanos! no mateis mas que á los estranjeros!

Oyendo aquella corta pero espresiva proclama, los romanos fugitivos se detuvieron y tendieron los brazos á los soldados que corrian tras ellos con la espada levantada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los cesarianos arrojaron sus armas y estrecharon entre sus brazos á sus antiguos compañeros.

Se hubiera dicho que el alma misericordiosa de César habia pasado al cuerpo de cada soldado de su ejército.

Sin embargo, algunos pompeyanos habian seguido á sus jefes, que trataban de rehacerlos.

Ademas habian quedado dos ó tres mil guardando el campamento.

Muchos fugitivos habian buscado en él un refugio y podia volver á formarse allí un ejército, que al dia siguiente seria todavía tan considerable como el de César.

Este reunió los soldados esparcidos por el campo de batalla, renovó á los vencidos la promesa del perdon, y aunque la noche estaba á punto de llegar, y sus hombres combatiesen desde el medio dia y estuviesen en estremo fatigados por el calor que habia hecho, hizo un último llamamiento á su valor y los condujo al asalto del campamento

—¿Qué ruido es ese? preguntó Pompeyo, sentado en su tienda.

—César! César! le gritaron al paso algunos hombres azorados que corrian á las trincheras.

—Cómo! viene hasta mi campo! esclamó Pompeyo.

Y, levantándose, arrojó sus insignias de general, montó en el primer caballo que encontró á mano, sa-

lió por la puerta Decumana y se lanzó á toda brida por el camino de Larisa.

Los soldados se defendieron mejor que su gefe.

Es verdad que las mejores tropas auxiliares, los soldados tracios, estaban allí.

Pero ellos mismos, cuando vieron pasar á los fugitivos arrojando sus armas y hasta sus banderas, no pensaron sino en huir como los demas.

A eso de las seis de la tarde entraron los cesarianos en el campamento.

Los fugitivos se refugiaron en la montaña.

Los vencedores al entrar en las tiendas hallaron las mesas puestas y cubiertas con vajillas de oro y plata. Donde quiera habia montones de hojas y flores, y entre otras, la tienda de Léntulo estaba toda cubierta de yedra.

Bien tentador era todo aquello para hombres que no habian tenido un momento de descanso desde la mitad del dia; pero César les recordó que era preferible acabar de una vez con el enemigo, y ellos mismos gritaron:

—Adelante!

César dejó una tercera parte de su gente guardando el campamento de Pompeyo, otra tercera guardando el suyo, y lanzó el resto por un camino mas corto que el que habia tomado el enemigo, de modo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

que, al cabo de una hora de carrera, le cortó la retirada.

Los fugitivos se vieron obligados á detenerse en una eminencia á cuyo pié corria un arroyo.

César se apoderó al instante de aquel curso de agua, y para impedir al enemigo apagar en él la sed, ocupó cuatro mil hombres en abrir un foso entre la eminencia y el arroyo.

Entonces, sedientos á mas no poder, viendo que tenian cortada la retirada y esperando á cada momento ser atacados por la espalda, los pompeyanos enviaron parlamentarios á César.

Pedian rendirse.

César contestó que al dia siguiente por la mañana recibiria su sumision, y que entretanto los que tuviesen sed podian ir á beber.

Los pompeyanos bajaron por grupos.

Al reunirse, pompeyanos y cesarianos se reconocian como antiguos amigos, se tendian la mano y se echaban unos en brazos de otros como si tres horas antes no hubiesen tratado de degollarse.

La noche trascurrió en reconocimientos de esta clase.

Los que tenian víveres, los partian con los que no los tenian; encendieron fuegos, y agrupados todos al rededor de ellos, cualquiera hubiera creido que aquellos hombres habian ido allí á celebrar una fiesta.

Al dia siguiente, temprano, se presentó César.

Muchos senadores habian aprovechado la oscuridad de la noche para huir.

Hizo una señal con la mano y dirigió una sonrisa á los que quedaban.

—Levantaos, les dijo; César no conoce enemigos al dia siguiente de una victoria.

Todos se apresuraron á rodearle, estrechando las manos que les tendia y besando la orla del manto de batalla que llevaba echado sobre los hombros.

Cesarianos y pompeyanos volvieron al campamento confundidos unos con otros.

César visitó el campo de batalla.

No habia perdido mas que doscientos hombres.

Entonces preguntó qué habia sido de aquel Crastino que le habia prometido no volverle á ver sino muerto ó vencedor, y que tan valerosamente habia empezado el ataque.

Hé aquí lo que se supo:

Al separarse de su lado, Crastino se habia lanzado sobre el enemigo, como hemos dicho, arrastrando tras sí su cohorte; habia destrozado cuanto habia hallado á su paso, y penetrado en lo mas espeso de los batallones enemigos. Allí habia combatido encarnizadamente; pero como continuase gritando: "Adelante por Vénus la Victoriosa," un pompeyano le habia dado en la boca una estocada tan atroz, que la pun-

ta de la espada habia salido por detrás de la cabeza. Crastino habia muerto en el acto.

"Se hallaron, dice César, quince mil enemigos muertos ó moribundos en el campo de batalla."

Entre ellos estaba su encarnizado enemigo Lucio Domicio.

Ademas, hizo veinticuatro ó veinticinco mil prisioneros, esto es, perdonó la vida á veinticuatro ó veinticinco mil hombres, una parte de los cuales se incorporó á su ejército.

En fin, cayeron en su poder ocho águilas y ciento ochenta banderas.

Sin embargo, una gran inquietud preocupaba al vencedor.

Antes de la batalla, y aun durante ella, habia recomendado á los oficiales y soldados que no matasen á Bruto, sino que, por el contrario, lo protegiesen y lo llevasen á su presencia si se rendia voluntariamente; caso de defenderse contra los que trataran de apoderarse de él, debian dejarlo huir.

Como se recordará, Bruto era hijo de Servilia, de la cual habia sido amante César por largo espacio de tiempo.

Despues de la batalla pidió noticias del jóven.

Lo habian visto pelear, pero no sabian lo que habia sido de él.

César lo hizo buscar, y aun lo buscó él mismo, entre los muertos.

Bruto se habia refugiado en una especie de pantano lleno de cañas y durante la noche habia llegado á Larisa.

Allí, habiendo sabido el interes que César habia mostrado por él, le escribió algunas palabras para tranquilizarlo.

César le mandó en seguida un mensajero diciéndole que fuese á verlo.

Bruto obedeció.

César le tendió los brazos, lo estrechó, llorando, contra su corazon, y no se contentó con perdonarlo, sino que le prodigó mas atenciones que á ninguno de sus amigos.

La noche de la batalla hizo César tres regalos á sus soldados, facultándolos para repartirlos entre los que se hubiesen conducido mejor aquel dia.

Los soldados le asignaron á él el primero, como al que habia combatido mejor; concedieron el segundo al gefe de la décima legion, y por último dieron el tercero á Crastino, á pesar de haber muerto.

Los objetos de que se componia aquella recompensa militar fueron enterrados con Crastino en una tumba que César le hizo construir, cerca, pero fuera, de la fosa comun.

En la tienda de Pompeyo se habia hallado toda su correspondencia.

César la quemó sin leer una sola carta.

—¿Qué haces? le preguntó Antonio.

—Quemo estas cartas, contestó César, para no hallar en ellas motivos de venganza.

Y cuando los atenienses fueron á pedirle gracia:

—¿Hasta cuándo, les dijo, ha de serviros de escusa la gloria de vuestros antepasados?

Ademas, al mirar el campo de batalla, cubierto de muertos, habia pronunciado una frase que era una disculpa para con los dioses y quizá para consigo mismo.

—Ay! habia dicho, ¡ellos son los que lo han querido! Si César hubiera licenciado su ejército, á pesar de tantas victorias, Caton lo acusaba y era condenado.

Ahora, he aquí la cuestion: ¿Cuál hubiera sido mejor: ser Temístocles derrotado, ó César victorioso?

IX

Sigamos al vencido en su fuga; despues volveremos al vencedor.

Cuando Pompeyo, acompañado de unos pocos partidarios, se hubo alejado del campamento, se apeó del caballo, y, viendo que no pensaban en perseguirlo, caminó con lentitud, entregado por completo á las sombrías reflexiones que debian ocuparlo en tal momento.—Figuraos á Napoleon despues de Waterloo; y aun á Napoleon lo habia impelido la necesidad; se habia visto precisado á combatir; al paso que él se habia negado á todo arreglo.

La víspera aun podia compartir el mundo con César, tomando á su eleccion el Oriente ó el Occidente, y, si queria absolutamente pelear, vengar en los partos la derrota de Craso, ó seguir en la India la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ruta de Alejandro. Pero, ¡ir, romano, á chocar con romanos! ¡Ser Pompeyo y pelear contra César!

¡El dia anterior era dueño de la mitad del mundo, y en aquel momento no lo era ni de la hora en que se hallaba, ni aun de su propia vida!

¿Dónde se refugiaria? Tiempo tendria de pensar mas tarde en ello; lo que urgia entonces era huir.

Atravesó á Larisa, la ciudad de Aquiles, sin detenerse; luego entró en el valle de Tempé, que veinte años mas tarde debia cantar Virgilio, el cual crecia en medio de las guerras civiles que debian dejarle tan terribles recuerdos.

Acosado por la sed, se echó de bruces y bebió en el rio Peneo; despues, incorporándose, atravesó el valle y se dirigió á la orilla del mar.

Allí pasó la noche en una pobre cabaña de pescadores, y en cuanto amaneció entró en una lancha con las personas de condicion libre que lo acompañaban, despidiendo á sus esclavos, á los cuales dijo que fuesen á presentarse á César, seguros de que nada tenian que temer de él.

Iba siguiendo la costa cuando percibió un gran buque mercante pronto á levar anclas y dió órden á los remeros de que se dirigiesen hácia él.

El capitan de aquel buque era un romano que jamas habia tenido relaciones personales con Pompeyo y que solo lo conocia de vista; se llamaba Peticio.

De repente fueron á decir á aquel hombre, que se hallaba en tierra ocupado en su cargamento, que se percibia una lancha haciendo fuerza de remos para llegar al buque, y que en ella iban hombres que sacudian sus togas y tendian las manos como suplicantes.

—Oh! esclamó, es Pompeyo!

Y corrió hácia el puerto.

—Sí, dijo á los marineros cuando hubo llegado allí; sí, él es ..... Recibidlo con todos los honores á pesar de la desgracia que le ha acaecido.

Los marineros desde lo alto de la escala del buque hicieron seña al que parecia mandar en la lancha, de que podia subir.

Pompeyo subió.

Lo acompañaban Léntulo y Favonio.

Admirado del recibimiento que le hacian, Pompeyo empezó por dar las gracias á Peticio, y despues:

—He creido notar que me habias reconocido ántes de haber pronunciado mi nombre, le dijo; ¿me habias visto ántes de ahora y sabias que venia aquí fugitivo

—Sí, contestó Peticio, te habia visto en Roma, pero ántes que llegases aquí sabia que ibas á venir.

—¿Cómo? preguntó Pompeyo.

—Esta noche te vi en sueños, no como en Roma,

jefe ó triunfador, sino humillado, abatido y pidiéndome hospitalidad en mi buque. Por eso, viendo en una lancha un hombre que pedia auxilio y hacia ademanes de suplica, esclamé: "Es Pompeyo!"

Pompeyo no contestó y se contentó con lanzar un suspiro, inclinándose ante el poder de los dioses, que habian enviado á Peticio aquel sueño, presagio de la verdad.

Mientras llegaba la hora de la comida, pidió agua tibia para lavarse los piés y aceite para frotarse luego.

Un marinero le llevó ambas cosas.

Pompeyo miró á su alrededor y se sonrió tristemente; no tenia ni un solo criado. Así, pues, empezó por descalzarse él mismo.

Entonces Favonio, aquel hombre rudo que habia dicho á Pompeyo: "Pega ahora una patada en el suelo para hacer salir de él legiones," y que repetia á cada paso en el campamento: "Lo que es este año no comeremos higos de Túsculum." Favonio, decimos, se precipitó de rodillas, con las lágrimas en los ojos, y á pesar de la resistencia de Pompeyo lo descalzó, le lavó los piés y se los frotó con aceite.

Y desde aquel momento no cesó de cuidarlo y prestarle toda clase de servicios como hubiera podido hacerlo no solo el criado mas fiel, sino el esclavo mas sumiso.

Dos horas despues de haber recibido á Pompeyo en su buque, vió el capitan en la playa á un hombre que hacia señas pidiendo auxilio.

Fueron á buscarlo en un bote y lo condujeron á bordo; era el rey Deyotaro.

Al dia siguiente al amanecer levó anclas el buque y se hizo á la mar.

Pompeyo pasó por delante de Anfilópolis.

A instancias suyas el capitan hizo rumbo á Mitilene; Pompeyo queria recoger allí á su mujer y á su hijo.

Llegado delante de la isla, envió á tierra un emisario.

Ay! aquel emisario no era portador de nuevas como debia esperarlas Cornelia despues de la carta de su esposo fechada en Dirraquium, y en la cual le anunciaba la derrota y la fuga de César.

La jóven estaba llena de alegría.

—Noticias de Pompeyo! esclamó; ah! qué felicidad! ¿Sin duda me anuncia que la guerra ha concluido?

—Sí, dijo el emisario meneando la cabeza; pero no del modo que vos os figurais:

—¿Qué hay, pues, preguntó Cornelia.

—Hay, señora, contestó el mensajero, que si quereis saludar por última vez á vuestro esposo teneis que seguirme, y preparaos á verlo en el estado mas

miserable, á bordo de un buque que ni aun es suyo.

—Oh! dímelo todo! esclamó Cornelia. ¿No ves que me haces morir?

Entonces el mensajero le contó la jornada de Farsalia, la derrota y fuga de Pompeyo y el recibimiento que Peticio habia hecho á su marido en el buque en que la esperaba.

Al oir la última palabra de aquel relato Cornelia cayó al suelo y en él permaneció largo tiempo estraviada y muda; despues, al fin, vuelta en sí, y conociendo que en tal momento debia hacer algo mas que gemir y llorar, atravesó la ciudad corriendo y llegó á la playa.

Pompeyo la vió desde lejos y le salió al encuentro, recibiéndola en sus brazos desfallecida.

—Oh, querido esposo, esclamó la jóven, vuelvo á verte, y obra es de mi mala suerte y no de la tuya si te encuentro perdido con un solo buque, siendo así que el dia de nuestras bodas atravesaste el mar con quinientos bajeles. ¿Por qué vienes á buscarme, cuando soy tu mal genio? ¿Por qué no me abandonas, siendo co no soy la causa de tu gran infortunio? Ah! ¡Cuán feliz hubiera sido muriendo antes de saber que Publio, el esposo de mi virginidad, habia muerto entre los partos! ¡y cuán prudentemente hubiera obrado, ya que no habia tenido la suerte de

morir por mano de los dioses, de morir por la mia propia antes de llegar á ser una calamidad para Pompeyo el Grande!

Pompeyo la estrechó contra su corazon con mas ternura aún que lo habia hecho hasta entonces.

—Cornelia, le dijo, hasta ahora no habia conocido mas que los favores de la fortuna, la cual ha permanecido largo tiempo á mi lado como una querida fiel, y no tengo por tanto de que quejarme. Habiendo nacido hombre, estoy sometido á la inconstancia de la suerte. No desesperemos, pues, de volver á subir del presente al pasado, puesto que tanto hemos descendido del pasado al presente.

Comelia entonces hizo acudir allí á sus servidores y que le llevasen los objetos mas preciosos.

Los habitantes de Mitilene, sabiendo que Pompeyo se hallaba en el puerto, fueron á saludarlo suplicándole que pasase á la ciudad; pero él se negó á ello diciéndoles:

—Someteos con confianza á César; es bueno y clemente.

Despues discutió durante algunos instantes con el filósofo Crátipo sobre la existencia de la Providencia Divina.

Dudaba acerca de ella; peor aún: la negaba.

Nosotros, por el contrario, creemos que su derrota y la victoria de César muestran su visible intervencion en las cosas humanas.

X

Pompeyo en Mitilene se hallaba aún demasiado cerca de Farsalia; así, pues, continuó navegando sin detenerse en los puertos mas que por hacer aguada ó proveerse de víveres.

La primera ciudad en que hizo alto fué Atalia en la Panfilia.

Allí se le reunieron cinco ó seis galeras que venian de Cilicia, y mediante ellas pudo contar con alguna tropa. Pronto tambien tuvo á su lado unos sesenta senadores. Aquel era un núcleo en torno del cual podrian ir agrupándose los fugitivos.

Al mismo tiempo supo que su escuadra no habia recibido descalabro alguno y que Caton habia pasado á Africa despues de haber recogido gran número de soldados.

Entonces dirigió á sus amigos y se hizo á sí mismo los mayores reproches por haber dado la batalla con solo el ejército, dejando ociosa la escuadra, que constituia su fuerza principal, ó al menos por no haberla tenido á mano como lugar de refugio para el caso de una derrota; dicha escuadra le hubiera proporcionado en seguida un ejército mas poderoso que el que hubiese perdido.

Obligado á operar con las únicas fuerzas que le quedaban, Pompeyo trató al menos de aumentarlas. Envió á sus amigos á pedir auxilios á algunas ciudades, y él mismo fué personalmente á otras á reclutar hombres y equipar buques; pero en tanto que cada uno le cumplia las promesas que acababan de hacerle, conociendo la rapidez de los movimientos de César y la instantaneidad con que estaba acostumbrado á sacar partido de la victoria, temiendo verlo aparecer de un momento á otro y no tener siquiera modo de resistirle, se puso á pensar en el lugar del mundo que podria ofrecerle un asilo.

Sus amigos se reunieron con tal motivo y celebraron consejo.

Entre todos los reinos escogidos Pompeyo escogia el de los partos; segun él, era la potencia mas á propósito para ampararlo, defenderlo y hasta proporcionarle tropas con que reconquistar su posicion perdida; pero le hicieron observar que Cornelia, á causa de su gran belleza, no estaria con seguridad entre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquellos bárbaros, que ya habian muerto al jóven Craso su primer esposo.

Tales razones hicieron desistir á Pompeyo de tomar el camino del Eufrates.

Ademas, era preciso que se cumpliesen los destinos.

Un amigo de Pompeyo propuso retirarse cerca del rey numida, Juba, y reunirse con Caton, que, como hemos dicho, se hallaba ya en Africa con fuerzas considerables.

Pero Teófano de Lesbos insistió en la traslacion á Egipto. Ese país solo estaba á tres jornadas de distancia, y el jóven Ptolomeo, pupilo de Pompeyo, y cuyo padre habia restablecido este en el trono, le era deudor de demasiadas obligaciones para no ser su servidor mas adicto.

El mal génio de Pompeyo hizo prevalecer esa última proposicion.

Así, pues, partió de Chipre con su mujer en una galera de Seleucia; los demas individuos de su comitiva iban en buques mercantes.

La travesía fué feliz; el hálito de la muerte impelia á los buques.

Por las primeras noticias que adquirió, supo Pompeyo que Ptolomeo estaba en Pelusa y que hacia la guerra á su hermana Cleopatra.

Pompeyo se hizo preceder por uno de sus amigos,

encargado de anunciar al rey su llegada y pedirle en su nombre un asilo en Egipto.

Ptolomeo, que tenia entonces quince años escasos, era, desde hacia dos, marido de su hermana Cleopatra, que contaba diez y nueve. Esta, en virtud de su derecho de primogénita, habia querido ejercer la autoridad real; pero los confidentes de Ptolomeo habian escitado una sedicion contra ella obligándola á alejarse.

He ahí el estado de las cosas en el momento de la llegada del mensajero de Pompeyo.

Los confidentes de Ptolomeo que habian espulsado á Cleopatra, eran un eunuco, un retórico y un ayuda de cámara.

El eunuco se llamaba Pothin, el retórico Teodoto de Chios y el ayuda de cámara Achillas.

Aquel respetable consejo se reunió para deliberar sobre la peticion de Pompeyo.

La deliberacion y la resolucion fueron dignas de la asamblea.

Pothin opinaba que se le negase la hospitalidad, y Achillas que se le recibiera; pero Teodato de Chios, hallando ocasion de hacer brillar su ciencia de retórico, puso este dilema:

—Recibir á Pompeyo es enemistarnos con César é imponernos un amo, y despedirlo seria, caso de reponerse de sus pérdidas, concitarnos su odio mortal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo mejor que se podia hacer, segun el retórico, ora aparentar que se le recibia y matarlo sencillamente.

—Esa muerte, continuó el orador, será grata á César, que nos quedará obligado por ella. Ademas, añadió sonriéndose, *los muertos no muerden.*

Aquel dictámen reunió todos los votos y Achillas fué encargado de su ejecucion.

En seguida se hizo acompañar por dos romanos llamados Septimio y Salvio, que habian servido en otro tiempo, el uno como gefe de cohorte y el otro como centurion, á las órdenes del vencido de Farsalia; hizo que le siguiesen tambien tres ó cuatro esclavos y se dirigió á la galera de Pompeyo.

Todos los que iban á bordo de aquella galera se hallaban sobre cubierta, esperando la respuesta del mensaje mandado á Ptolomeo.

Esperaban que saldria á recibir al ilustre fugitivo la galera real, y la buscaban con los ojos á lo lejos. Así, cuando vieron en lugar de aquella una miserable lancha montada por siete ú ocho hombres, semejante desprecio pareció sospechoso á todo el mundo y no hubo una sola voz que no aconsejase á Pompeyo ganar el largo mientras fuera aún tiempo.

Peto Pompeyo estaba tan cansado como su suerte.

—Esperemos, dijo; seria ridículo huir ante ocho hombres.

Entonces la lancha se acercó, y Septimio, reconociendo á su antiguo gefe, se levantó saludándolo con el título de imperátor.

Al mismo tiempo Achillas le invitaba en griego, en nombre del rey Ptolomeo, á pasar de la galera á la lancha, manifestándole ser fangosa la costa y no tener en sus inmediaciones, llenas de bancos de arena, fondo suficiente para su buque.

Pompeyo titubeaba; pero en medio de esos sucesos se veia armarse los buques de Ptolomeo y esparcirse sus soldados por la costa. ¿Era para honrarlo? Podia creerse así. Ademas, manifestar desconfianza en el punto á que se habia llegado, era proporcionar á los asesinos la escusa de su crímen.

Entonces Pompeyo, abrazando á Cornelio, que lloraba de antemano su muerte, mandó á dos centuriones de su séquito, á Filipo, uno de sus libertos, y á uno de sus esclavos llamado Scené, que lo precedieran en la lancha; y como Achillas le tendia la mano para que él pasara á su vez, se volvió hácia su mujer y su hijo, despidiéndose de ellos con estos dos versos de Sófocles:

Quien va á ver á un tirano es ya su esclavo,
Por libre que haya sido hasta aquel punto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

Aquellas fueron las últimas palabras que Pompeyo cambió con los que le eran caros.

Luego hubo un momento de silencio solemne, durante el cual pasó de la galera á la lancha; despues, en fin, esta desatracó de aquella y bogó hácia la orilla.

Todos los amigos de Pompeyo, agrupados al rededor de su mujer y su hijo, lo miraban alejarse.

El trayecto de la galera á la playa era bastante largo; en la pequeña lancha todo el mundo guardaba silencio.

Aquel silencio pesaba sobre el corazon de Pompeyo como el de la muerte.

Trató de romperlo y miró á todos aquellos hombres unos despues de otros, para ver si alguno de ellos le hablaba primero.

Todos permanecieron mudos y sombríos como estátuas.

Al fin sus ojos se detuvieron en Septimio, que, como hemos dicho, lo habia saludado, al llegar, con el título de imperátor.

—Amigo mio, le dijo, ¿me engaño por ventura ó me es fiel la memoria? Creo que en otro tiempo has hecho la guerra conmigo.

Septimio contestó haciendo con la cabeza una señal afirmativa, pero sin añadir á aquella señal una sola palabra, y como si no lo afectara en manera alguna aquel recuerdo de Pompeyo.

El ruido producido por la voz del fugitivo, se estinguió sin eco en todos aquellos corazones de eunucos y de esclavos.

Pompeyo lanzó un suspiro, y sacando sus tablillas, en las cuales habia escrito en griego el discurso que debia dirigir á Ptolomeo, se puso á corregirlo.

Entretanto, á medida que la lancha se acercaba á tierra, se veia á los oficiales del rey reunirse en el punto donde parecia que debia atracar.

Aquella demostracion tranquilizaba algo á Cornelia y á los amigos de Pompeyo, que permanecian sobre cubierta para ver lo que iba á suceder.

Pero aquel relámpago de esperanza no fué de larga duracion.

La lancha acababa de llegar á la orilla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pompeyo se levantó para saltar en tierra, y al hacerlo se apoyó en el hombro de Filipo su liberto.

En aquel mismo instante, con un movimiento rápido como el pensamiento, Septimio sacó la espada y se la pasó á través del cuerpo.

Dado aquel primer golpe, Salvio y Achillas desenvainaron á la vez sus armas.

Entonces Pompeyo, que á pesar de la terrible herida que habia recibido permanecia aún en pié, como si un gigante de su talla no pudiese caer de un solo golpe, echó una última mirada hácia su mujer y su hijo, cogió la túnica con las dos manos, se cubrió con ella el rostro, y sin pronunciar una palabra, sin hacer un ademan que fuese indigno de él, lanzando un simple suspiro, recibió todos los golpes sin quejarse y sin tratar de evitarlos.

Tenia cincuenta y nueve años, cumplidos la víspera; moria, pues, al dia siguiente del aniversario de su nacimiento.

A la vista del asesinato, los que se hallaban en la galera lanzaron gritos horrorosos que llegaron hasta la orilla.

El niño lloraba sin saber por qué; Cornelia se retorcia los brazos desesperada. Pero aun cuando insistiese en que se le entregase al menos el cuerpo de su esposo, los capitanes hicieron levar las anclas inmediatamente, largaron todas las velas, y aprovechando un viento favorable los buques se alejaron de la costa como una bandada de aves acuáticas.

Los egipcios resolvieron al punto perseguirlos; pero en breve tuvieron que renunciar á su designio: los fugitivos les llevaban una gran ventaja.

Los asesinos cortaron entonces la cabeza de Pompeyo para llevársela al rey y probarle que habian cumplido su órden.

Por lo que hace al cuerpo, lo arrojaron desnudo en la playa, dejándole en ese humilde estado espuesto á las miradas de los curiosos que deseasen medir la grandeza humana por la talla de un cadáver sin cabeza.

Solo Filipo, el liberto de Pompeyo, pidió no abandonar el cadáver de su señor y permaneció á su lado.

Los asesinos se alejaron con la cabeza.

Entonces Filipo lavó piadosamente el cuerpo con agua de mar, lo envolvió en su propia túnica y reunió los restos de un bote de pescador despojos casi destruidos por el tiempo, "pero que bastaron, dice Plutarco, para hacer una pira á un cadáver que tampoco estaba entero."

Mientras reunia aquellos restos y hacia aquella pira, se acercó á él un anciano.

Era un romano que en su juventud habia hecho sus primeras armas á las órdenes de Pompeyo, jóven tambien entonces.

Sabia ya la terrible noticia, y desentendiéndose delante del liberto,

—¿Quién eres tú, le dijo, que te dispones á hacer las exequias del gran Pompeyo?

—Ay! contestó Filipo, soy un humildísimo pero fiel servidor: uno de sus libertos.

—Bueno, contestó el anciano, no tendrás solo ese honor; ya que te he encontrado aquí, permíteme que te acompañe en ese piadoso deber. Los dioses me son testigos de que no habré de quejarme por mi larga permanencia en esta tierra estranjera, puesto que despues de tantas desgracias me estaba reservada la gloria de tocar y amortajar el cuerpo del mas grande de los romanos.

Tales fueron los funerales de Pompeyo el Grande.

Al dia siguiente, otro buque, procedente de Chipre, orillaba las costas de Egipto. Un hombre se hallaba en pié en él, cubierto con una armadura y envuelto en un manto militar, pensativo, con los brazos cruzados y fijos los ojos en la playa.

Vió el fuego de la pira que empezaba á apagarse y cerca de aquel fuego moribundo el liberto Filipo sentado, con la cabeza entre las manos.

—¿Quién es, murmuró, con un sentimiento de profunda tristeza, el que ha venido á terminar aquí sus destinos y descansar de sus trabajos?

Despues, como nadie pudiese contestarle, lanzó un profundo suspiro, y

—Ay! añadió, ¡quizá seas tú, ilustre Pompeyo!

Poco despues desembarcó, fué cogido por los soldados de Ptolomeo y murió en una prision.

Pocos se preocuparon de él; su nombre y su infortunio se perdieron en el nombre y el infortunio de Pompeyo el Grande.

César, por su parte, despues de haber devuelto la libertad á Toda la Tesalia, en conmemoracion de la victoria de Farsalia, se habia puesto á perseguir á Pompeyo.

Llegado á Asia, habia concedido el mismo favor á los gnidianos por mediacion de Teopompo, autor de un tratado sobre la Mitología, rebajando á todos los habitantes del país la tercera parte de los impuestos.

A medida que avanzaba sabia los prodigios que habian precedido ó acompañado su triunfo.

En Elida, la imágen de la Victoria, colocada en el templo de Minerva y que miraba á la diosa, se habia vuelto por sí misma hácia la puerta del templo el dia de la batalla; en Antioquía se habia oido por tres veces toque de trompetas y gritos militares y la guarnicion habia tomado las armas y subido á las murallas; en Pérgamo los tambores que estaban en el santuario habian sonado por sí mismos sin que nadie los tocase; en Tralles, en fin, le enseñaron la

palmera que habia nacido en el templo de la Victoria.

Estaba en Gnido cuando supo que Pompeyo habia tocado en Chipre; á partir de aquel momento auguró que el vencido se retiraria á Egipto.

Entonces se dirigió hácia Alejandría con quince galeras, ochocientos caballos y dos legiones, una que habia hecho venir del ejército de Caleno, que estaba en Acaya, y otra que le habia seguido.

Aquellas dos legiones no hacian en junto mas que tres mil doscientos soldados; el resto habia quedado en el tránsito.

Pero, por poco numeroso que fuese su ejército, despues de la batalla de Farsalia, César se creia seguro donde quiera.

Así, pues, entró en Alejandría con solo aquellas fuerzas.

Apenas habia puesto el pié en tierra cuando vió dirigirse hácia él una diputacion cuyo orador, despues de haberle hecho toda clase de cumplidos, abrió una punta de su manto é hizo rodar á sus piés la cabeza de Pompeyo.

A aquella vista César volvió el rostro horrorizado y no pudo contener las lágrimas.

Le ofrecieron el sello de Pompeyo y lo tomó con veneracion.

Aquel sello tenia grabado un leon empuñando una espada.

Colmó de presentes á todos los amigos de Pompeyo, los cuales se habian dispersado por el campo despues de su muerte y habian sido presos por el rey de Egipto, y los adhirió á su persona.

Al mismo tiempo escribia á Roma que el fruto mas dulce y mas real de su victoria era salvar todos los dias á algunos de sus conciudadanos, de los mismos que habian empuñado las armas contra él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

El primer cuidado, ó casi el primer deber, de César al llegar á Egipto, fué recojer las cenizas de Pompeyo y mandar á Cornelia la urna que las contenia.

Cornelia las depositó en la hermosa casa de Alba de que varias veces hemos tenido ocasion de hablar.

César habia pegado una patada en el suelo, en el punto en que habia caido Pompeyo, y habia dicho:

—Levantaré aquí un templo á la Indignacion.

Mas tarde, en efecto, se construyó aquel templo. Appiano lo vió y cuenta que cuando el emperador Trajano hacia la guerra en Egipto á los judíos, estos lo destruyeron porque les estorbaba.

Entre tanto César estaba bastante embarazado. Habia dado cita á varios buques en Alejandría, y los

vientes etesianos lo detenian allí, precisamente cuando tenia el mayor deseo de hacer morir á los tres asesinos de Pompeyo: Pothin, Achillas y el sofista Teodoto.

Ademas habia oido elogiar mucho la belleza de Cleopatra, y César era muy curioso tratándose de esa clase de prodigios.

Cleopatra tenia entonces diez y siete años. Hacia dos que habia muerto su padre, aquel Ptolomeo Auletes, tocador de flauta, que hemos visto ir á Roma á implorar la proteccion de Pompeyo.

Habia dejado un testamento, del cual se habia mandado una copia á Pompeyo á Roma, quedando el original en los archivos de Alejandría.

Por dicho testamento el anciano rey dejaba el trono á su hija y á su hijo mayores, Cleopatra y Ptolomeo, los cuales ademas de ser hermanos eran esposos. Ptolomeo no tenia entonces mas que quince años.

El testador rogaba á Pompeyo que vigilase en nombre del pueblo romano el cumplimiento de su testamento.

Ahora bien, desde hacia un año el poder de Pompeyo habia pasado á manos de César.

Despues, como hemos visto, Pompeyo acababa de ser asesinado por aquel mismo Ptolomeo, cuyos derechos tenia encargo de sostener.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cleopatra y Ptolomeo tenian ademas otro hermano de once años y otra hermana de trece, llamada Arsinoe, en el momento en que César entró en Alejandría.

César hizo invitar á los dos esposos, cada uno de los cuales tenia un ejército, á que licenciasen sus tropas y fuesen á ventilar su proceso ante él.

Como muestra de sus buenas disposiciones en favor de ambos príncipes, César, acreedor del difunto rey por la cantidad de diez y siete millones y medio de dracmas, les perdonaba siete millones, si bien manifestándoles que necesitaba los otros diez y medio y exigia que se los pagasen.

Esperaba el resultado de aquella invitacion cuando le anunciaron que un hombre solicitaba el honor de regalarle un tapiz, diciendo que César no habria visto jamas otro igual.

César mandó que entrase aquel hombre.

Entró efectivamente llevando sobre los hombros un tapiz sujeto con una correa y el cual puso á los piés de César.

El hombre desató la correa, el tapiz se desenrolló por sí mismo y César vió salir de él una mujer.

Era Cleopatra.

Conociendo su poder, el cual habia ejercido ya particularmente sobre el jóven Sexto Pompeyo, en cuanto habia sabido la convocatoria de César se habia metido en un bote con solo Apolodoro de Sicilia, al cual tenia por su mejor amigo, y á eso de las nueve de la noche habia llegado delante de palacio.

Una vez allí, no esperando poder entrar sin que la reconociesen, habia dicho á Apolodoro que la enrollara en un tapiz y que la presentara así á César.

Aquella jugarreta de costurerilla encantó al vencedor de Farsalia.

Cleopatra no era precisamente hermosa: era algo mejor que eso; era encantadora. Su cuerpo era pequeño, pero admirablemente formado;—ya se comprenderá que á ser otro su tamaño no hubiera ido fácilmente dentro de un tapiz.—Ademas toda ella era gracia, coquetería, talento; hablaba el latin, el griego, el egipcio, las lenguas de Siria y de Asia, y tenia del Oriente los hábitos de magnificencia que encadenaban á los que la veian con cadenas de oro y diamantes; era, en fin, la realizacion de la fábula de la Sirena.

Es de creer que no hizo penar mucho á César, pues cuando Ptolomeo llegó á la mañana siguiente, "notó, dice Dion Cassio, por ciertas familiaridades que César tenia con su hermana, que su causa estaba perdida."

Sin embargo, el jóven zorro disimuló; hizo que no veia nada y en cuanto halló una oportunidad huyó de palacio, echando á correr por las calles de Ale-

jandría, gritando que se le hacia traicion.—A los gritos del jóven rey el pueblo tomó las armas.

Pothin por su parte espidió un mensajero á Achillas, que mandaba el ejército de Pelusa, para que se dirigiese en seguida á Alejandría.

Aquel ejército constaba de veinticinco mil hombres y se componia, no de egipcios, pues entonces hubieran sido una bicoca para César, sino de los restos del de Gabinio,—esto es, veteranos romanos que se habian acostumbrado á la vida licenciosa de Alejandría, que se habian casado allí y que conservando el valor de sus compatriotas habian adoptado las costumbres de Oriente,—piratas sicilianos de los que habia dispersado Pompeyo, y, en fin, fugitivos y desterrados.

Oyendo César aquellos gritos de muerte lanzados contra él y contando sus tres mil doscientos soldados, comprendió que la situacion era grave, y envió á Achillas dos ex-ministros del difunto rey, antiguos embajadores en Roma, llamados Serapion y Dioscóride.

Pero Achillas los hizo degollar ántes que hubiesen abierto la boca.

Era como se vé, una declaracion de guerra.

César la aceptó.

XIII

Tenia contra él á Achillas y sus veinte y cinco mil hombres, pero tenia en su favor ese poderoso aliado que se llama el Amor.

Además, por lo que pudiera suceder, se habia apoderado del pequeño rey Ptolomeo y del eunuco Pothin.

César empezó por concentrar sus tropas y se retiró con Cleopatra á lo que se llamaba el palacio real.

Cerca de dicho palacio habia un teatro y César hizo de él su ciudadela.

A medida que César se retiraba, las tropas de Achillas penetraban en la ciudad: pero hubo un punto en que las de César dejaron de retroceder.

Entonces pelearon.

Achillas trató de penetrar en el palacio y dió al efecto varios asaltos; pero en todos fué rechazado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sufrido aquel descalabro, trató de apoderarse de las galeras de César.

Eraa cincuenta en su casi totalidad, cogidas á la escuadra de Pompeyo, de tres y cinco órdenes de remos y perfectamente equipadas.

Otras veintidos guardaban el puerto.

Logrando hacerse dueños de aquellos buques los egipcios, tenian á César como prisionero, interceptándole el puerto y la mar y por lo tanto los víveres.

Los dos partidos echaron el resto en aquel combate; los soldados de Achillas peleando como hombres que conocian la importancia de la posicion que querian ocupar, y los de César como quienes sabian que su vida dependia de su valor.

Los ataques de Achillas fueron rechazados en todos lados.

Entonces César, viendo que con las pocas fuerzas que tenia no podia conservar las galeras, las quemó todas, hasta las que estaban en el arsenal.

Pero al mismo tiempo desembarcó tropas en el faro.

Dicho faro era una torre de maravillosa altura que daba su nombre á la isla en que estaba levantado.

Aquella isla estaba unida á la ciudad por una calzada de novecientos pasos con un puente á cada estremo, y tenia un arrabal, casi tan grande como una

ciudad, habitado por una poblacion de bandidos y piratas.

La torre del faro tenia la inmensa importancia de que, siendo la boca del puerto en estremo estrecha, no se podia entrar en él sino contando con la voluntad de los dueños de la torre.

Ademas, al cabo de tres dias César habia terminado una de aquellas obras prodigiosas de fortificacion que estaba acostumbrado á hacer.

Habia ligado con murallas toda la parte de la ciudad que ocupaba, y por el teatro se comunicaba con el puerto y con el arsenal.

Los egipcios por su parte habian bloqueado á César, cerrando todas las calles y encrucijadas con muros de cuarenta piés de alto hechos con pedruscos gigantescos; luego, en los puntos bajos habian construido torres de dos pisos, unas empotradas en el terreno y otras que se movian sobre ruedas, pudiendo ser conducidas á donde quiera que se necesitaban

César entretanto desempeñaba su papel de conciliador.

El jóven Ptolomeo, mozo astuto y rencoroso, habia fingido reconciliarse con su hermana, merced á las instancias de César, pareciendo dispuesto á partir el trono con ella.

En medio de su lucha contra Alejandría, César

dió un gran festin para celebrar aquella reconciliacion.

A mitad de la comida, uno de sus esclavos que le servia de barbero, y que era el hombre mas tímido y receloso del mundo, fué á hablarle al oido.

Al cabo de cinco minutos salió César del comedor.

El barbero lo esperaba en un pasillo.

Recorriendo el palacio, registrando y escuchando por todos lados, habia oido voces que hablaban bajito. Se habia acercado y habia sorprendido un complot de asesinato que se tramaba entre Pothin y los enviados de Achillas.

César tenia plena confianza en el que le denunciaba aquel complot.

—Está bien, dijo; hace tiempo que deseaba una ocasion para vengar la muerte de Pompeyo; se me presenta, y no la dejaré escapar. Que maten á Pothin.

Vió marchar los hombres encargados de ejecutar aquella órden, y volvió á entrar, sonriéndose, en la sala del festin, donde tornó á ocupar su puesto al lado de Cleopatra.

Un instante despues entró un centurion y le dijo en voz baja:

—Ya está.

César hizo un movimiento con la cabeza manifestando quedar satisfecho, y el centurion se retiró.

Aquella misma noche supo Ptolomeo la muerte de

su confidente; pero en lugar de parecer sentirla, felicitó á César por haberse librado del peligro con que lo habia amenazado la traicion de sus servidores.

Causó tal espanto aquella muerte entre los que hubiesen tenido deseos de conspirar contra César, que la hermana menor de Cleopatra, Arsinoe, huyó á la noche siguiente al campamento de Achillas con su ayo Ganimedes.

Abrigaba una esperanza, y era, que siendo Cleopatra querida de César y estando prisionero Ptolomeo, podria hacerse proclamar reina.

Las tropas, en efecto, la acogieron con grandes aclamaciones.

Pero en breve estalló la discordia entre ella y Achillas.

Viendo lo cual, Arsinoe hizo asesinar á Achillas por Ganimedes, y tomando este el mando, escapado de manos de aquel, derramó, en nombre de su jóven ama, grandes cantidades de dinero en el ejército, encargándose de continuar la peligrosa tarea de luchar contra César.

Achillas era el segundo asesino de Pompeyo que expiaba su crímen.

Acabemos de una vez con esos odiosos personajes.

Teodoto el sofista, despues de haber conseguido librarse de la justicia de César, huyó de Egipto y erró

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

largo tiempo por diferentes países, miserable y detestado; pero despues de la muerte del dictador, habiéndose hecho Marco Bruto dueño del Asia, descubrió el retiro en que se hallaba Teodoto, y habiendo logrado apoderarse de él, lo hizo crucificar.

Mas tarde veremos que los asesinos de César acabaron todos casi tan desdichadamente como los de Pompeyo.

Si este, que negaba la Providencia en Mitilne, hubiese podido ver la muerte de Pothin, Achillas y Teodoto, de seguro que no hubiera dudado de ella!

XIV

Hemos aquí llegado al desenlace de esa Fronda antigua, emprendida por los hermosos ojos de una mujer.

Entonces, como hoy,—aunque la Alejandría de nuestros dias no esté situada precisamente en el sitio que la de aquella época,—la ciudad de Alejandro recibia por medio de acueductos las aguas del Nilo, las cuales eran distribuidas en pozos y cisternas, donde tenian tiempo de depositar su limo. La gente del pueblo, que no tenia cisternas ni pozos, la bebia turbia, á riesgo de los inconvenientes higiénicos que podian resultar.

Ahora bien, el enemigo, siendo dueño del rio, emprendió obstruir todas las cañerías que llevaban el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

largo tiempo por diferentes países, miserable y detestado; pero despues de la muerte del dictador, habiéndose hecho Marco Bruto dueño del Asia, descubrió el retiro en que se hallaba Teodoto, y habiendo logrado apoderarse de él, lo hizo crucificar.

Mas tarde veremos que los asesinos de César acabaron todos casi tan desdichadamente como los de Pompeyo.

Si este, que negaba la Providencia en Mitilne, hubiese podido ver la muerte de Pothin, Achillas y Teodoto, de seguro que no hubiera dudado de ella!

XIV

Hemos aquí llegado al desenlace de esa Fronda antigua, emprendida por los hermosos ojos de una mujer.

Entonces, como hoy,—aunque la Alejandría de nuestros dias no esté situada precisamente en el sitio que la de aquella época,—la ciudad de Alejandro recibia por medio de acueductos las aguas del Nilo, las cuales eran distribuidas en pozos y cisternas, donde tenian tiempo de depositar su limo. La gente del pueblo, que no tenia cisternas ni pozos, la bebia turbia, á riesgo de los inconvenientes higiénicos que podian resultar.

Ahora bien, el enemigo, siendo dueño del rio, emprendió obstruir todas las cañerías que llevaban el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agua á los barrios ocupados por los romanos, y despues de un trabajo inmenso lo consiguió.

Pero como César estaba suficientemente provisto, pues los pozos estaban llenos y las cisternas rebosaban, aquella suspension del servicio de las cañerías lo inquietó muy poco.

El enemigo adivinó en seguida la causa de aquella tranquilidad.

Entonces concibió la idea de hacer subir el agua del mar por medio de ruedas y máquinas. Al esparcirse aquella agua salada por los pozos y las cisternas corrompia la dulce, y César y sus tropas perecerian de sed.

En efecto, bajo la presion de máquinas inventadas por aquellos prodigiosos arquitectos, el agua subió y llegó á los primeros depósitos.

Los soldados que fueron á sacarla de ellos creyeron equivocarse hallándola salobre, con tanto mas motivo cuanto que la de los demas depósitos seguia potable.

En fin, poco á poco llegó á corromperse el agua de todos los pozos y todas las cisternas.

En seguida fueron á anunciar á César aquella terrible noticia.

—¿Qué dicen los soldados de ese accidente? preguntó con frente y voz tranquilas.

—Están desesperados, imperátor, viéndose reducidos á la mayor estremidad.

—¿Y sin duda me critican?

El mensajero titubeó.

—Habla sin reparo, le dijo César.

—Pues bien, todos creen que debias tratar de salir de Egipto con los pocos buques que te quedan, aun cuando temen que el embarque sea ya muy difícil.

—Bueno, contestó César, nos retiraremos, pero victoriosos.

—¿Y el agua? preguntó el centurion.

—Coge diez hombres, ve á quinientos pasos de la playa y cava hasta que la halles; ó esta costa no es como las demas, ó antes de profundizar quince piés encontrarás manantiales.

El centurion fué á la playa, cavó en ella y halló el agua.

Mil años despues que Moises, César renovaba el milagro de las aguas *brotantes;* ambos habian descubierto el secreto de los pozos artesianos.

En medio de esos acontecimientos, la legion trigésimasétima, que César habia formado con soldados que habian pertenecido al ejército de Pompeyo, fondeó un poco mas abajo de Alejandría.

A causa de los vientos contrarios no habia podido entrar en el puerto.

Ancló á lo largo de la costa, pero como carecia de agua y no sabia dónde hallarla, mandó á pedírsela á César.

Este se embarcó en las pocas galeras que le quedaban con trescientos ó cuatrocientos hombres, salió del puerto y se dirigió á los buques que conducian la nueva legion y los cuales se hallaban á dos ó tres leguas de Alejandría.

Llegado á la península, desembarcó algunos de sus soldados para hacer aguada; pero habiéndose alejado algunos de dichos hombres con objeto de merodear, fueron hechos prisioneros por la caballería enemiga, la cual supo por ellos que César se hallaba en las galeras.

Pocos momentos despues lo sabia Ganimedes.

Inmediatamente hizo embarcar dos ó tres mil soldados en una veintena de buques y fué á atacar á César.

Este no estaba dispuesto á aceptar el combate, por dos razones: la primera, porque dentro de dos horas llegaria la noche y entonces la ventaja seria del enemigo, que conocia mejor la costa; y la segunda, porque sus soldados, que peleaban sobre todo por hacerse notar de él, lo harian mal necesariamente en medio de la oscuridad.

Así, pues, en cuanto vió dirigirse hácia él los buques enemigos, se fué aproximando á la costa.

Pero sucedió que una galera de Rodas no pudo seguir el movimiento de las demas, y se vió acometida por cuatro enemigas reforzadas con algunas lanchas.

César se hallaba en seguridad y podia dejar que la galera saliera del paso como pudiera; pero ya sabemos que no era capaz de conducirse de ese modo; puso la proa de su embarcacion hácia la atacada, y mandó á los remeros bogar con toda su fuerza.

Al cabo de una hora de combate, en el cual César peleó como cualquiera de sus hombres, habia tomado una galera de cuatro órdenes de remos, echado á pique otra y puesto en mal estado una tercera; las demas, aterrorizadas, huian á toda prisa.

César aprovechó aquel terror para remolcar los trasportes con las galeras, y entró con ellas en el puerto.

Aquellas luchas se renovaron desde entonces diariamente con diversa suerte.

Tan pronto batia César á los Egipcios como era batido por ellos.

Un dia acosaron de tal modo su galera, y él mismo se vió tan apurado con la multitud de dardos que le disparaban los enemigos, á los cuales servia de blanco su túnica de púrpura, que tuvo que quitársela, arrojarse al mar y recorrer á nado un espacio de mas de trescientos pasos, sosteniéndose con una so-

la mano y llevando en la otra papeles que cuidaba permaneciesen fuera del agua.

Su túnica, trofeo de la jornada, cayó en poder de los egipcios.

Todo aquello pasaba á la vista de Cleopatra; cual los caballeros de la edad media que rompian lanzas por los hermosos ojos de sus amadas, César habia abierto una especie de torneo en la loca y pérfida Alejandría, ciudad ligera como Atenas, supersticiosa como Ménfis.

En medio de esos acontecimientos, recibió César una diputacion del enemigo.

Los egipcios le hacian decir que estaban cansados de la dominacion de Arsinoe, que era una niña, y de Ganimedes, que era un liberto; que por lo tanto, si queria enviarles á Ptolomeo, consultarian con él sus intereses y serian probablemente los primeros á proponer la paz.

César conocia la perfidia de aquella nacion; pero era preciso poner un término á aquel estado de cosas: mientras se divertia peleando en aquel rincon del mundo, veia escapársele de las manos el resto del universo.

Hizo, pues, llamar á Ptolomeo, y cogiéndole una mano le manifestó la confianza que tenia en él, mandándolo al lado de los sublevados, instándole para que hiciera lo posible á fin de que aquellos hombres

volvieran á la senda del deber; pero el jóven príncipe se echó á llorar, suplicándole que no lo desterrase de su presencia, asegurándole que le era mas cara que sus Estados.

César, que no era falso ni cruel, se dejó engañar por aquel llanto, lo abrazó como si fuera su hijo, y lo hizo llevar á las avanzadas enemigas.

Una vez allí, sin embargo, las lágrimas del jóven se secaron para hacer lugar á las amenazas, y César comprendió que seria un enemigo mas.

Afortunadamente ya hemos visto que no los contaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

Las cosas permanecieron algun tiempo así; pero de repente supo César que Pelusa, donde estaba el grueso del ejército egipcio, acababa de caer en manos de uno de sus tenientes.

En efecto, Mitrídates de Pérgamo, á quien César consideraba mucho por su valor y su esperiencia militar, habia llegado por tierra con grandes refuerzos de Siria y Cilicia.

Enviado allí por César desde el principio de aquella guerra, que duraba ya siete meses, habia hecho un llamamiento al efecto de los pueblos aliados y volvia con una veintena de mil hombres.

Habiendo comprendido que Pelusa era la llave de la tierra, como Alejandría lo era del mar, atacó aque-

lla ciudad con tal vigor que la tomó al tercer ó cuarto asalto.

Despues de dejar en ella una guarnicion se dirigió hácia donde estaba César, subyugando todo el país por donde pasaba.

Llegado al Delta, se vió en frente de una parte del ejército de Ptolomeo.

Aquello, sin embargo, no era mas que la mitad de las tropas enviadas contra él por el jóven rey.

Pero para obtener toda la gloria del triunfo, aquella parte del ejército, que habia ido por el Nilo, quiso atacar sola á Mitrídates, sin esperar, como se le habia ordenado, á la otra mitad, que venia orillando el rio.

Mitrídates se atrincheró, segun la costumbre romana.

Los egipcios creyeron que tenia miedo y atacaron su campamento por todos lados.

Entonces, viendo Mitrídates que se lanzaban al combate inconsideradamente, salió por todas las puertas á la vez, los envolvió y los destrozó de tal modo, que á no ser prácticos en el país y tener cerca los buques hubieran quedado todos en el campo de batalla.

César y Ptolomeo tuvieron noticia del suceso al mismo tiempo y ambos partieron con todas las fuerzas de que entonces podian disponer, el primero

para proseguir la victoria y el segundo para reparar la derrota.

Ptolomeo llegó antes que su contrario, habiéndose embarcado en el Nilo, donde tenia lista su escuadra.

César hubiera podido hacer lo mismo; pero no quiso, temiendo verse obligado á combatir sobre los buques y en el canal de un rio, especie de guerra que le quitaba la rapidez de movimientos que constituia su fuerza.

Pero aunque llegó despues de Ptolomeo, su retardo fué tan corto, que el rey no habia tenido tiempo aún de atacar á Mitrídates.

Al ver llegar á César el rey de Egipto se atrincheró á su vez.

El punto en que lo efectuó era de los mas ventajosos.

Por un lado estaba defendido por el Nilo y por otro por un pantano, y á la espalda tenia un precipicio.

Así, pues, su campamento no tenia mas que una entrada, angosta y difícil, la cual daba á la llanura.

César marchó al punto contra él.

Pero á la mitad del camino, al llegar á un arroyo, lo halló defendido por la flor de la caballería egipcia y una parte de la infantería ligera de Ptolomeo.

Allí hubo una pequeña escaramuza, aunque sin

poder llegar ambos partidos sériamente á las manos, por ser las dos orillas demasiado escarpadas; pero los soldados de César, impacientes, pidieron las hachas.

Se las llevaron y entonces se pusieron á derribar los árboles que habia junto al arroyo, haciéndolos caer del lado de este á fin de que formasen puentes; despues, una vez derribados los árboles, caminando por encima de las ramas, con el agua á la cintura, pasaron al otro lado.

Mientras tanto la caballería germana habia remontado hasta alguna distancia aquel curso de agua, y habiendo hallado un vado lo habia pasado.

Viéndose atacados por el frente y el costado derecho los enemigos emprendieron la fuga.

César, que solo estaba á legua y media del campamento egipcio, dió órden de dirigirse inmediatamente sobre él.

Su intento era aprovechar la confusion en que debia hallarse el enemigo y atacarlo en seguida; pero al ver la fortaleza de su asiento, la altura de las trincheras, la ventaja del sitio y todo el recinto coronado de soldados, aplazó el asalto para el dia siguiente, no queriendo arriesgar contra tropas frescas las suyas fatigadas tanto por el reciente combate como por una marcha de varias leguas.

Habiendo, pues, examinado el terreno con aque-

lla mirada á la cual nada se escapaba, resolvió atacar al otro dia al amanecer un fuerte que se hallaba ligado al campamento por una gran trinchera.

Desde el alba su ejército estaba sobre las armas, no porque contase atacar el fuerte con todo él, sino porque queria que todas sus fuerzas estuviesen prontas á embestir el campamento enemigo en el momento que él indicara.

Los soldados,—como si su gefe hubiera esplicado á cada uno en particular el plan de la batalla,—marcharon contra el fuerte con tal resolucion, que lo tomaron al primer asalto.

Despues se arrojaron todos con un solo ímpetu sobre los atrincheramientos, donde empezó el verdadero combate.

Ya hemos dicho que el campamento solo era realmente atacable por el lado de la llanura, y naturalmente en ese lado habia amontonado el enemigo sus mejores tropas.

Sin embargo, en un reconocimiento que César habia hecho, habia notado un estrecho paso que quedaba entre el Nilo y el campamento.

Pero allí sus soldados hubieran tenido por la espalda toda la escuadra enemiga; así César no se cuidó de aquel punto.

Viendo, sin embargo, que los ataques de frente no daban resultado alguno, llamó á uno de sus capitanes mas esperimentados, llamado Carfuleno, le espuso la situacion y le preguntó si queria encargarse de atacar por aquel lado con un millar de hombres.

El capitan contestó que estaba pronto.

César ordenó, pues, redoblar los esfuerzos por el lado de la llanura mientras Carfuleno y sus mil hombres se deslizaban por la orilla del Nilo.

Los soldados encargados de guardar aquel punto del campamento, creyéndose guardados por la escuadra, habian acudido al lugar del combate, unos á verlo por curiosidad y otros á tomar parte en él llenos de arrojo, cuando sintieron gran ruido detras de sí.

Eran Carfuleno y sus hombres, que no habiendo sido detenidos por los dardos disparados de la escuadra, habian continuado su camino y llegado á los atrincheramientos; una vez allí, hallándolos desiertos, habian penetrado en el campamento y atacado al enemigo por la espalda.

Cuando los romanos oyeron del otro lado de sus contrarios los gritos de victoria de Carfuleno y sus compañeros, redoblaron sus esfuerzos.

Confusos por su parte los egipcios con aquel ataque imprevisto, amenguaron su resistencia.

César vió que el momento era decisivo.

Se puso al frente de veinte cohortes de refresco y cargó con ellas como un simple soldado.

El enemigo no pudo sostener aquel último ataque; abandonó las trincheras y emprendió la fuga.

Pero lo que constituia su fuerza una vez victorioso fué su perdicion siendo vencido.

Los que trataron de huir por el pantano se ahogaron en el fango.

Por el lado del precipicio era inútil pensar en escaparse.

Quedaba el Nilo.

Todos se precipitaron, pues, hácia el rio,—el rey como los demas.

Ptolomeo consiguió llegar á un buque y mandó en seguida alejarse de la orilla; pero la multitud que lo acompañaba lo llenó de tal modo, y los que se hallaban en el agua se refugiaron en él en tanto número, que al llegar al medio de la corriente el buque empezó á hundirse y á los pocos momentos se sumergió.

Ptolomeo y sus principales oficiales se ahogaron.

La guerra de Egipto estaba terminada.

Mil ochocientos cincuenta años despues, otro conquistador daba en las orillas del mismo rio una batalla parecida.

Ese otro conquistador se llamaba Napoleon y la batalla la de las Pirámides: esta entregaba el Cairo á Napoleon como aquella Alejandría á César.

XVI

César, en efecto, marchó inmediatamente sobre Alejandría.

Pero entonces no se contentó con entrar penosamente en el puerto, sino que resolvió pasar á través de la ciudad.

El ruido de su victoria lo precedia, rompiendo puertas y derribando murallas.

Desgraciadamente el rey Ptolomeo se habia librado del cautiverio con la muerte; pero Arsinoe habia caido prisionero.

Entonces sucedió lo que César habia previsto.

Apenas se halló á corta distancia de la ciudad, salieron de ella los habitantes en trage de suplicantes, llevando al frente las cosas sagradas con que solian aplacar á sus reyes irritados.

César los perdonó, segun su costumbre.

Atravesó toda Alejandría, la ciudad de las calles

tiradas á cordel, en medio de una doble hilera de mujeres y hombres arrodillados.

Llegado á las murallas levantadas por los Alejandriotas, halló á porcion de estos ocupados en abrir una brecha.

Volvió, pues, á aparecer á la vista de los suyos como un verdadero triunfador, esperándolo Cleopatra en lo alto de la torre mas elevada, y saludándolo desde allí.

Se celebró, pues, una doble fiesta en el campamento, por la completa victoria y por la pronta vuelta.

A pesar de sus cincuenta y cuatro años, César seguia siendo el mismo: el César de las Galias y de Farsalia y hasta de las aventuras amorosas.

Sus soldados, que tanto habian murmurado contra Cleopatra, prorumpieron en aplausos cuando vieron á la jóven y hermosa reina rodear con sus brazos el cuello de su imperátor y colocar en su frente una corona de laureles de oro.

Entonces empezaron las fiestas en el palacio y los juegos en el teatro.

César inauguraba la futura monarquía de Antonio.

Ademas, era preciso conocer la nueva conquista que acababa de anexar á Roma; visitar las pirámides, esos monumentos que eran ya un misterio hace dos mil años.

El vencedor remontó el Nilo en la galera real de

Ptolomeo, cubierta de guirnaldas de flores por el dia y de guirnaldas de fuego por la noche.

Cuatrocientas galeras subian el rio detras de él.

Aquel fué el verdadero triunfo de César.

Durante aquel paseo hacia construir el templo á la Indignacion en el sitio en que habia sido muerto Pompeyo.

Mas durante él, tambien, el mundo, mal enterrado, se movia como Encélado.

Los tenientes de Pompeyo se reunian en Africa en torno de su suegro Scipion.

Los dos hijos de Pompeyo llamaban á la España á las armas en nombre de la memoria de su padre.

Farnaces arrebataba la pequeña Armenia al rey Deyotaro,—vencido á quien César habia dotado como á un vencedor.

Ariobárzano iba á quejarse á Calvino de que el hijo de Mitrídates le quitaba la Capadocia.

Todas aquellas noticias llegaban á César, y como si hubiese querido dejar á sus enemigos tiempo bastante para reunirse, á fin de anonadarlos de un solo golpe, á cada una de ellas que recibia se sonreia, hacia una inclinacion de cabeza y decia á Cleopatra:

—Prosigamos!

Y Cleopatra se sonreia á su vez, orgullosa de tener en sus manos la cadena del leon.

Al fin volvió á Alejandría; el mágico viaje habia terminado.

Se trataba de hacer frente al mundo.

César reunió sus tropas.

Hé aquí las fuerzas de que creia poder disponer:

Con él, veinte mil hombres aproximadamente; una legion que le mandaba Calvino y que viniendo por tierra no habia llegado aún; otra que habia guardado consigo Calvino y la cual se le incorporaria si empezaba la guerra por Farnaces; dos, armadas y equipadas á la romana, que tenia Deyotaro; en fin, otra que Cayo Plétoro habia organizado en el reino del Ponto.

Pero una mañana recibió la noticia de que Domicio se habia dejado derrotar por Farnaces, y que de todas sus fuerzas solo le quedaba la legion trigésimasesta casi intacta.

Despues de aquella victoria, Farnaces no dudó ya de nada.

Se apoderó del Ponto, cogió cuantos niños y adolescentes hermosos pudo encontrar y los hizo eunucos.

En fin, dijo en alta voz á la faz del mundo, que los dioses le habian hecho justicia y que habia reconquistado el reino de sus padres.

Preciso le fué á César abandonar el Egipto.

Casó á Cleopatra con el otro hermano que le quedaba, de edad de once años, y despues, dejando la mitad de sus tropas á los nuevos esposos, á fin de mantener la tranquilidad en sus Estados, tomó el camino de la Siria, dando cita á Cleopatra para Roma de allí á cuatro meses.

A lo largo del camino fué visitado César por enviados de todas las provincias, los cuales le llevaban noticias mas ó menos desfavorables.

Gabinio habia sido derrotado en Iliria, perdiendo dos mil soldados, treinta y ocho centuriones y cuatro tribunos; una legion se habia rebelado en España, y Casio Longino habia estado á punto de morir asesinad ; Marcelo habia sido batido en las orillas del Guadalquivir; en fin, Roma estaba llena de disturbios suscitados por los tribunos.

Era preciso anonadar á Farnaces, volver á Roma, someter el Africa y hacer lo mismo de nuevo con la España.

César dejó á Sexto César, su pariente, en Siria, se embarcó en la escuadra que habia llevado de Egipto y pasó á Tarses, donde habia dado cita á toda la Cilicia; arregló los asuntos de aquel país y de los Estados inmediatos, atravesó la Capadocia á grandes jornadas, permaneció cuarenta y ocho horas en Masaca, instituyó á Nicomédes de Bitinia pontífice del templo de Belona en Comanes, recibió la sumision del anciano rey Deyotaro, le tomó una legion,

llegó al reino del Ponto, agregó á la antigua legion que allí existia, los restos de las de Domicio deshechas por Farnaces, alcanzó á este cerca de la ciudad de Zelia, lo desbarató en una sola batalla y prosiguió su camino hácia Roma, diciendo:

—¡Dichoso Pompeyo! ¡Hé aquí los enemigos cuyas derrotas te han valido el sobrenombre de Grande!

Las tres palabras siguientes, que cuentan toda su campaña contra Farnaces, le habian precedido al Capitolio:

—*¡Veni, vidi, vinci!*

Al llegar á Roma supo que Cleopatra acababa de dar á luz un hijo, á quien *los pueblos* daban el nombre de *Cesarion*.....

XVII

Roma necesitaba mucho la presencia de César, y era ya tiempo que el vencedor de Farsalia regresara á aquella capital.

Se le criticaba por haber pasado nueve meses en Egipto, y la victoria sobre Farnaces despues de una campaña de cinco dias y cinco horas de combate, no podia hacer que le perdonaran lo de Cleopatra.

En efecto, César no tenia mas que entregar á Cleopatra, y en seis semanas daba fin á la guerra.

Pero ni se le habia ocurrido tan cobarde pensamiento. Ademas, como él mismo lo dice, fué retenido por mas de tres meses por los vientos del Estío. Tambien se le reprochaba de haber entrado en Alejandría con tres mil y doscientos hombres.

Pero César contaba con el prestigio de su nombre; César no tenia mas que su nombre, cuando al pasar de Europa á Asia en un solo buque, se encontró con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llegó al reino del Ponto, agregó á la antigua legion que allí existia, los restos de las de Domicio deshechas por Farnaces, alcanzó á este cerca de la ciudad de Zelia, lo desbarató en una sola batalla y prosiguió su camino hácia Roma, diciendo:

—¡Dichoso Pompeyo! ¡Hé aquí los enemigos cuyas derrotas te han valido el sobrenombre de Grande!

Las tres palabras siguientes, que cuentan toda su campaña contra Farnaces, le habian precedido al Capitolio:

—*¡Veni, vidi, vinci!*

Al llegar á Roma supo que Cleopatra acababa de dar á luz un hijo, á quien *los pueblos* daban el nombre de *Cesarion*.....

XVII

Roma necesitaba mucho la presencia de César, y era ya tiempo que el vencedor de Farsalia regresara á aquella capital.

Se le criticaba por haber pasado nueve meses en Egipto, y la victoria sobre Farnaces despues de una campaña de cinco dias y cinco horas de combate, no podia hacer que le perdonaran lo de Cleopatra.

En efecto, César no tenia mas que entregar á Cleopatra, y en seis semanas daba fin á la guerra.

Pero ni se le habia ocurrido tan cobarde pensamiento. Ademas, como él mismo lo dice, fué retenido por mas de tres meses por los vientos del Estío. Tambien se le reprochaba de haber entrado en Alejandría con tres mil y doscientos hombres.

Pero César contaba con el prestigio de su nombre; César no tenia mas que su nombre, cuando al pasar de Europa á Asia en un solo buque, se encontró con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la escuadra pompeyana capitaneada por Casio, y esta á su primera intimacion se entregó á él.

—¿Quién podia creer, dice Michelet, que los mosquitos del Norte se atreverian á atacar al vencedor de las Galias?

Mas cualesquiera que fueran los obstáculos que habian entorpecido el regreso de César á Roma, esta capital se hallaba revuelta por dos hombres, Antonio y Dolabela. El primero era gefe de la caballería y el segundo tribuno del pueblo.

Estos, irritando á los lugartenientes de Alejandro, cuando este emprendió su espedicion á la India, pensaron sin duda que César no volveria mas.

Sobre todo, Antonio, con sus locuras, hacia el preludio del vértigo que cien años despues debia hacer volver la cabeza á los emperadores. En Roma no se hablaba mas que de las locuras de Marco Antonio.

Desde que le hemos perdido de vista, habia atravesado su pensamiento una idea rara: la de creer que era hijo de Hércules.

Se fundaba en una antigua tradicion que manifestaba que los Antonios descendian de los Heráclidas, cuya estirpe era Anton hijo de Hércules.

Pero todo esto se parecia á los Augures de que habla Ciceron, los que no podian mirarse cara á cara sin reirse.

Antonio habia pasado cinco ó seis años despues

de las noticias que se habian esparcido sobre sus relaciones con Curion. Su barba habia crecido y se habia vuelto negra, su frente se habia dilatado, la nariz aguileña habia contraido la curva de la del dios de los doce trabajos, y tenia fuerza colosal.

No bastaba eso para ser realmente de familia de Hércules, pero era suficiente para que nadie le disputara frente á frente tal parentesco.

Ademas, hacia cuanto podia para parecerse al númen por el trage como le asemejaba por las facciones: cada vez que habia de presentarse en público, ceñia su túnica muy baja; llevaba una larga espada, cubria su trage con una capa burda, luchaba en el campo de Marte con el primero que se presentaba; vestido, sudando y cubierto de polvo se arrojaba al Tiber, atravesaba este rio á nado, era muy jactancioso y deprimia á los demas; bebia y comia en público, á la puerta de las tabernas, con sus capitanes, sus oficiales y hasta con sus soldados; tenia intrigas amorosas estravagantes y en gran número; pasaba las noches en casas de mala nota; se retiraba por las madrugadas, de aquellas casas, en el estado de completa embriaguez; teniendo las náuceas que resultan de semejante estado, vomitaba en medio de la calle, en donde le tapaba con su capa algun amigo suyo; frecuentaba mimos é histriones, y particularmente á Sergio que gozaba sobre él del mayor ascendiente;

se paseaba por las calles de Roma con la cortesana Citeris, en un carro tirado por dos leones uncidos; cuando marchaban á provincias, disponia que llevaran en su acompañamiento á la espresada mujer á quien llevaban en una lujosa litera, tributándole iguales honores que á la madre de Antonio; traia consigo para su mesa, cantidades enormes de vajillas de oro y plata que hubieran lucido en las pompas triunfales; escogiendo en las ciudades por donde transitaba las casas de las matronas las mas respetables para alojar en ellas sus bailarines y sus tocadores de harpa, y todo esto mientras que César dormia en un campamento envuelto en su capa y en el mero suelo, sumergia á Ptolomeo en el Nilo ó derrotaba á Farnaces en el Ponto.

Con todo, Antonio era muy generoso y bueno, era hasta pródigo. Un dia dió órden á su mayordomo contara doscientas cincuenta mil dracmas á un amigo suyo. Los contó el mayordomo, pero en lugar de dárselos al interesado, los derramó en el suelo en el momento en que iba Antonio á pasar.

—¿Qué es eso? preguntó Antonio al ver tanto dinero esparcido en el suelo.

—Es lo que me has mandado contar á tu amigo, contestó el mayordomo, esperando que al ver lo crecido de la suma revocaria la órden.

Pero conoció Antonio su intencion, y esclamó:

—¡Cómo! Doscientas cincuenta mil dracmas no abultan mas que eso? Entonces dobla la cantidad.

Y el amigo recibió quinientas mil dracmas en lugar de doscientas cincuenta mil.

A su frente se hallaba Dolabela, tribuno del pueblo, marido de aquella poética figura de Tulia, que murió tan jóven y al mismo tiempo que la república romana, y por consiguiente yerno de Marco Tulio Ciceron.

Dolabela, acribillado de deudas, proponia lo que habian propuesto Rulo, Clodio y Celio. Este Celio, hombre de talento que queria tener un convidado aun cuando este le llevase la contraria en la mesa, con tal de no comer solo, y quien con Milon habia ido á Calabria á buscar la muerte.—Dolabela proponia la abolicion de las deudas.

Esta era la proposicion de los que trataban de hacerse populares.

¿Comprendeis á Dolabela, socialista desenfrenado y yerno del conservador Ciceron? Por este motivo Dolabela estaba mal con su suegro, primeramente por sus opiniones políticas; pero mas que todo por su conducta licenciosa. Y adviértase que la malograda Tulia estaba loca de amor por su marido. Esto fué causa de su muerte.

Véamos lo que Ciceron, enojado con su hermano

Quinto, con su sobrino, y próximo á enojarse con su mujer, escribe á Atico:

"En cuanto al testamento, te lo repito, que lo pongas en manos seguras. Piénsalo bien, y mi hija, pobre desgraciada niña, con su insensato amor! Eso es lo que me desgarra el corazon. Nunca mujer tuvo destino tan desgraciado."

En otra carta dice:

"Piensa en aquella desdichada, te lo ruego. Es preciso, conforme ya te lo he dicho, que vendas algo para ponerla al abrigo de la necesidad. ¿Habrias tú creido eso de su marido? En vista de hechos tan detestables, lo mejor es el divorcio. Al menos esto seria una señal de vida. La proposicion de abolicion de deudas, aquellas violaciones de domicilios, la intriga con Metelo, todos aquellos escándalos. Esto es mas de lo que se necesita."

En cuanto á la situacion de César, hé aquí el modo de pensar de Ciceron. Tambien escribe á Atico:

"Las noticias de Africa son muy diferentes de las que me remites. Se dice que el ejército es numeroso y fuerte. Ademas, España se destaca, Italia se declara, las legiones han perdido en número, y ya no tienen el mismo espíritu. Roma está en el caos."

Se ve que teniamos razon cuando deciamos que ya era tiempo que César volviera á Roma.

Y tambien eso esplica por qué Ciceron no era del todo Cesariano.

XVIII

Antes del regreso del vencedor de Pompeyo, Antonio y Dolabela habian estado por un momento á punto de entenderse sobre un asunto que les convenia bastante á ambos, á saber: la abolicion de las deudas; pero Antonio sospechó una cosa de Dolabela, esto es, que era el amante de su mujer.

Empezó por repudiar á esta, y despues, como Dolabela, para hacer promulgar la ley, se hubiese apoderado del Forum á la fuerza, y el Senado hubiese espedido un decreto mandando tomar las armas contra él, fué, lleno de cólera y odio, á atacar en la plaza pública al que consideraba su rival, matándole porcion de gente y perdiendo él tambien algunos hombres.

Aquello despopularizó algo al descendiente de Hércules.

Ademas, Antonio, enagenándose la voluntad del pueblo, habia hallado modo de grangearse enemigos entre la nobleza.

Habíase sacado á pública subasta la casa de Pompeyo,—como se ve, no se habia perdido tiempo,—y Antonio la habia comprado, pues compraba siempre.

Pero cuando fué cuestion de pagar, Antonio llevó muy á mal que se le reclamase el precio de aquella finca, que, segun decia, habia ganado sobradamente en Farsalia; declarando que si así se recompensaban sus servicios no seguiria á César á Africa.

Lo que, sobre todo, lo exasperó fué, que como no verificaba dicho pago, se acabó por expropiarlo, adjudicándose la casa á Corneficio.

Este no la halló bastante grande ni hermosa para él, la hizo derribar y en su lugar empezó á construir otra.

En fin, los romanos estaban indignados de todas aquellas prodigalidades, de todas aquellas bacanales, de todas aquellas borracheras.

César llegó.

A su solo aspecto todo volvió á entrar en órden; Dolabela guardó sus proyectos de abolicion de deudas, Antonio dejó de hacer locuras y Corneficio se apresuró á terminar su casa.

César perdonó á Dolabela por consideracion á su suegro Ciceron.

Antonio, por su parte, que esperaba ser nombrado cónsul al par suyo, tuvo que renunciar á aquella esperanza.

César fué nombrado cónsul por tercera vez, y se hizo dar por colega á Lépido.

Hé ahí cómo este hombre, bastante mediocre, fué subiendo poco á poco hasta llegar á ser compañero de Antonio y Octavio en el segundo triunvirato.

César hizo aun mas: llamó á Antonio y le echó tal reprimenda sobre sus desórdenes, que este, para probar su arrepentimiento, resolvió casarse otra vez.

César se encogió de hombros.

—Antonio, dijo, es el hombre de los estremos.

Antonio, en efecto, volvió á casarse, y lo hizo, segun manifestamos en otro lugar, con Fulvia, viuda de Clodio, á la cual hemos visto llamando á los romanos á las armas, cuando la muerte de su primer marido, á la luz de las antorchas que incendiaban un barrio de Roma.

"Fulvia, dice Plutarco, era una mujer poco á propósito para las tareas y los cuidados domésticos, y cuya ambicion no se hubiera lisonjeado con dirigir á un marido simple particular; aspiraba á dominar á un hombre que mandase á los demas; dar órdenes á un general de ejército. Así, pues, Cleopatra debió

agradecerle las lecciones de docilidad que habia recibido Antonio, pues ella fué quien se lo entregó tan suave y tan sumiso á las voluntades femeniles."

Perdonado Dolabela, morigerado Corneficio y sermoneado y casado Antonio, César se volvió hácia sus soldados.

Una legion se habia sublevado, matando á dos personajes pretorianos: Casonio y Galba.

César habia enviado los rebeldes á la Campania, con órden de estar listos para pasar á Africa.

Llegado el momento de partir les mandó embarcarse; pero como se les debian algunas pagas, los soldados en vez de obedecer, se amotinaron y marcharon hácia Roma.

En vez, César, de mandar á su encuentro otros soldados, qae hubieran podido seguir su ejemplo, los esperó tranquilamente, y cuando estuvieron en los arrabales de Roma se fué derecho á ellos.

César tenia la costumbre de llamar á sus hombres: mis amigos, mis compañeros, ó soldados.

—Ciudadanos!..... les dijo.

A aquella sola palabra, que les indicaba que no eran ya los amigos ni los compañeros de César, y que hasta los despojaba del título de soldados, se quedaron aterrados.

—Ciudadanos, dijo César, vuestra reclamacion es justa; contais cinco años de fatigas y de heridas, y

os desligo de vuestros juramentos. Los que hayan terminado su tiempo serán pagados hasta el último sestercio.

Entonces todos aquellos hombres amotinados y amenazadores, pasaron de la amenaza al ruego, cayendo de rodillas, juntando las manos y suplicando á César que les permitiese estar á su lado.

César fué inflexible; les designó tierras, si bien separadas unas de otras *, les pagó una parte del dinero que se les debia y se comprometió á satisfacerles el resto con los intereses.

Pero ellos se obstinaron en seguirlo, y cualquiera que fuese su resolucion, volviendo á hallarlos á la orilla del mar y oyéndolos decir que pasarian por España si era preciso para acompañarlo á Africa, acabó por perdonarlos:

Sin embargo, César habia comprendido que habia algo de justo en la reclamacion de sus soldados.

* La Harpe, uno de los traductores de Suetonio, no comprende absolutamente esa *asignacion* de tierras mencionada en todos los historiadores de aquel tiempo y particularmente en Suetonio.

"Esa frase, dice, es bastante difícil de comprender: á menos de suponer que una parte de Italia no perteneciese á nadie, ¿cómo dar tierras á los soldados sin despojar de ellas á los propietarios?"

La Harpe ignoraba la division de las tierras conquistadas de que hemos dado en otro lugar una larga esplicacion al hablar de la ley agraria propuesta por César. Las tierras divididas entre los soldados eran tomadas del *ager público*.

Se les debian cerca de dos años de sueldo.

Todos los conquistadores han tenido cuentas por el estilo que arreglar con sus legiones.

Sin duda se recordará la revista pasada á los veteranos del Imperio por el Sr. duque de Berry.

Una de las quejas que segun él debian tener los soldados del emperador, era la irregularidad de las pagas.

—En fin, dijo el príncipe terminando su discurso, llegó á deberos hasta el prest de dos años.

—Y si nosotros teniamos gusto en fiarle, contestó uno de los viejos, ¿qué teneis vos que ver con ello?

Pero Napoleon no estaba ya allí.

Aquellos mismos hombres que se complacian en fiarle cuando estaba relegado en la isla de Elba ó prisionero en Santa Elena, murmuraban á veces como los soldados de César en tiempo de su omnipotencia cuando la paga se hacia esperar.

César, pues, resolvió saldar sus cuentas.

Dió á sus veteranos, ademas de dos grandes sestercios (ochenta pesos) veinticuatro mil sestercios por cabeza (ochocientos pesos) repartiéndoles las tierras mencionadas.

Luego le tocó la vez al pueblo.

Distribuyó á cada individuo diez medidas de trigo y diez libras de aceite.

Y como hacia un año que habia hecho aquella promesa, añadió cien sestercios por los intereses.

Ademas, rebajó el alquiler de las casas en Roma hasta dos mil sestercios, y en el resto de Italia hasta quinientos.

En fin, á todos aquellos dones añadió un festin público y una distribucion de carne.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

Se estrañaba que, teniendo César tantas cosas que hacer en Africa, permaneciese en Roma.

Era que tenia que recibir á Cleopatra y hacer condenar á Ligario.

Quinto Ligario habia peleado contra él, y desmintiendo todos sus hábitos de misericordia, César queria hacerlo condenar.

Se necesitaba un acusador.

Un acusador era mas fácil de hallar que un defensor.

Tuberon acusó.

Ligario suplicó á Ciceron que se encargase de su defensa y Ciceron aceptó.

A propósito, digamos cómo habia vuelto Ciceron á Roma y lo que habia pasado entre él y César.

El gran orador se hallaba en Bríndis, siempre ti-

tubeando y pidiendo consejo á todo el mundo. Cuando supo que César habia desembarcado en Tarento y se dirigia por tierra á Bríndis, le salió al encuentro, seguro de calmarlo; pero avergonzado, sin embargo, de tener que sufrir delante de tanta gente, lo que tuviese á bien disponer un enemigo vencedor. Mas apenas lo vió César en el camino, se apeó del caballo, lo abrazó, y durante varios estadios no habló sino con él.

A pesar de aquel buen comportamiento de parte de César, no por eso dejó de aceptar Ciceron la defensa de Ligario.

Cuando César lo supo, esclamó:

—Ah! me alegro en estremo.

Y volviéndose á los que le rodeaban:

—Y vosotros tambien, ¿no es verdad? añadió. Oiremos á Ciceron despues de tanto tiempo como hemos estado privados de ese placer.

—Pero, ¿y Ligario? le preguntaron sus amigos.

—Ligario, contestó César, es un mal hombre que será condenado, aunque lo defienda el mismo Apolo.

Sin embargo, llegado el dia de la defensa, Ciceron tomó la palabra y habló tan admirablemente, que César no pudo menos de aplaudir en ciertos pasajes y cambiar de color en otros: cuando el orador llegó á la batalla de Farsalia, se vió César poseido de tal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

emocion, que dejó caer los papeles que tenia en la mano.

"En fin, dice Plutarco, vencido por la elocuencia de Ciceron, César absolvió á Ligario."

Lo que vamos á decir es bastante estraño, pero creemos que Plutarco se engaña respecto á esa absolucion.

Ligario no fué condenado á muerte, es verdad; pero toda la elocuencia de Ciceron no pudo impedir que saliese desterrado.

La prueba de nuestro aserto la hallamos en la siguiente carta de Ciceron á Ligario:

"Roma, año 708, Setiembre.

"Mi amistad debe consuelos y consejos á vuestras desgracias. Si no os he escrito hasta ahora, es porque buscaba, en vano, palabras con que dulcificar vuestros males, y secretos para curarlos. Hoy tengo mas de un motivo para creer que pronto nos sereis devuelto y no puedo menos que hablaros de mis esperanzas y mis deseos. César no seguirá mostrándose riguroso; lo adivino y lo veo; la naturaleza de los agravios, el tiempo, la opinion pública y hasta su propio carácter, todo contribuye á inspirarle cada dia mayor moderacion. Tengo esa conviccion respecto de los demas, y por lo que hace á vos, sus amigos mas íntimos me lo aseguran. Desde las primeras noticias llegadas de Africa, no ceso de acosarlo de concierto con vuestros hermanos. Su valor, su virtud, su incomparable ternura y su constante actividad, han obrado de tal modo en el ánimo de César, que estoy seguro que no puede negarles nada."

El resto de la carta es una paráfrasis de la moderacion y clemencia de César.

Mas no por no haber conseguido Ciceron hacer absolver completamente á Ligario dejó de ser escelente su discurso (mucho mas feliz indudablemente que el que habia pronunciado defendiendo á Milon.)

Terminado aquel asunto, César volvió los ojos hácia Bríndis. Cleopatra, que mas tarde debia causar tanto miedo á Horacio, acababa de desembarcar allí con su marido de once años.

César recibió á ambos en su palacio, y mientras guardaba cuidadosamente á Arsinoe para el triunfo, les dió fiestas magníficas, los hizo admitir en el número de los amigos del pueblo romano, y habiendo erigido un templo á Vénus Victoriosa en recuerdo de Farsalia, hizo hacer una estátua de oro de Cleopatra y la colocó en el templo en frente de la de la diosa.

Aquellos honores á la reina de Egipto desagradaron mucho al pueblo romano; pero César sabia que

podia atreverse á todo, y el vértigo se apoderaba de él.

Al fin Cleopatra volvió á Egipto, sin lo cual, enlazado en las vueltas de la serpiente del Nilo, como César la llamaba, no hubiera él nunca salido de Roma.

El Africa se mantenia en favor de Pompeyo.

Volvamos á Caton, al cual hemos olvidado algo desde el dia en que lo vimos entrar llorando en Dirraquium despues de la matanza de los prisioneros.

Solo hemos dicho que Pompeyo le tenia miedo y que lo habia dejado en aquella ciudad guardando los equipajes.

Despues de la derrota de Farsalia, Caton se habia propuesto lo siguiente:

Si Pompeyo moria, conduciria á Italia las tropas que tenia consigo y despues huiria él, para ir á vivir lo mas lejos posible de la tiranía.—Lo que él llamaba la tiranía no era precisamente esta, sino el gobierno de César, por mas suave que fuese.

Si Pompeyo vivia, iria á reunirse con él donde quiera que se hallase.

Ignorando aún lo que habia sucedido en Egipto, pero sabiendo ya que Pompeyo habia sido visto en las costas de Asia, pasó á Corcira, donde estaba la escuadra. Allí halló á Ciceron y quiso cederle el mando.

Ciceron era consular y él no era mas que pretor y Caton solo conocia la ley.

Pero Ciceron se negó á admitir, resuelto como estaba ya á hacer las paces con el vencedor.

Conjeturando que Pompeyo, por el camino que seguia, se retiraria á Egipto ó á Africa, y deseoso de alcanzarlo, Caton se embarcó con todos los soldados que habia en Corcira. Sin embargo, antes de darse á la vela dejó á cada uno en libertad de volver á Italia ó acompañarlo.

Llegado á Africa encontró orillando la costa al jóven Sexto Pompeyo, el mismo que habia sido amante de Cleopatra, y que mas tarde debia formarse una reputacion restableciendo la piratería destruida por su padre.

Por él supo el desdichado fin de Pompeyo el Grande.

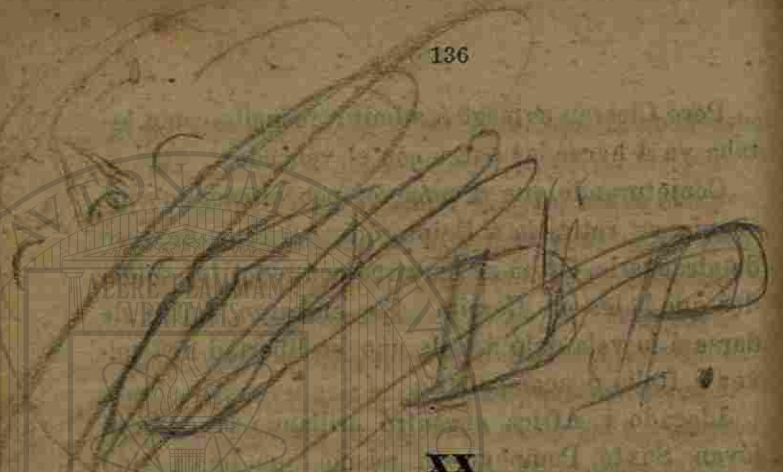
Entonces no hubo uno de los que le acompañaban que sabiendo que Pompeyo habia muerto quisiese seguir á otro gefe que á él.

Caton no quiso dejar á todos aquellos hombres solos y sin auxilios, en una tierra estranjera. Aceptó, pues, el mando y fué á desembarcar en Cirene.

Poco tiempo antes los habitantes de aquella ciudad habian cerrado sus puertas á Labieno; pero lo que se negaba á Labieno se concedia á Caton.

Este fué recibido en Cirene.

Allí esperó noticias, las cuales no se hicieron esperar.



XX

En breve supo que Scipion, suegro de Pompeyo, habia pasado á Africa y sido admirablemente recibido en Certa por el rey númida Juba.

Attio Varo, á quien Pompeyo habia dado el gobierno de Africa, lo habia precedido allí con su ejército.

Caton resolvió ir á reunirse con ellos y como era pleno invierno hacer el viaje por tierra. Cargó de agua crecido número de asnos, y se puso en camino con una porcion de carros y un bagaje considerable.

Llevaba consigo varios encantadores de serpientes que curaban las mordeduras de las mas venenosas chupando las heridas con la boca.

El viaje duró siete dias.

Durante ellos Caton se mantuvo constantemente

al frente de los soldados, yendo siempre á pié y comiendo sentado, pues desde la batalla de Farsalia habia hecho voto de no acostarse sino para dormir.

Caton pasó en Africa aquel invierno. Durante él luchaba César en Alejandría con los egipcios de Ptolomeo.

Si Caton, Varo y Scipion se hubiesen unido con sus treinta mil hombres á los soldados del rey de Egipto, ¿qué hubiera sido de César?.....

Pero no; Varo y Scipion perdian el tiempo en vanas disputas en la corte de Juba, y aquel reyezuelo númida se aprovechaba de sus disensiones para prosternar á sus piés dos de los nombres mas grandes de Roma.

Caton llegó á la antigua Cirta, la Constantina de hoy, y pidió audiencia á Juba.

Juba concedió la audiencia, pero preparó tres asientos; uno para Scipion, otro para Caton y otro para él; aquellos á los lados y el suyo en medio.

Pero Caton no era hombre que tolerase semejantes impertinencias á un reyezuelo de Africa.

Cuando se vió en la audiencia, cojió el asiento que le estaba destinado y lo colocó al lado de Scipion, de modo que este y no Juba fué el personaje importante de la conferencia. Sin embargo, Scipion era enemigo de Caton, tanto que habia escrito contra él un libelo lleno de injurias.

Caton hizo mas aún: reconcilió á Scipion y Varo, haciéndoles comprender el gran daño que sus disensiones ocasionaban al partido que defendian.

Terminadas aquellas querellas todos confirieron de comun acuerdo el mando en gefe á Caton; pero este era demasiado estricto observador de la ley para aceptarlo. No era mas que prorpetor, y Scipion habia sido procónsul; ademas, el nombre de Scipion, popular en Africa, inspiraba la mayor confianza á los soldados, pues segun decian, un oráculo afirmaba que un Scipion seria siempre vencedor en aquel país.

Scipion, pues, tomó el mando del ejército.

Desgraciadamente desde la primera órden que dió se puso en oposicion con Caton.

Utica y Cirta eran rivales; ademas, Utica habia abrazado abiertamente el partido de César.

Scipion, por satisfacer su odio, pero sobre todo por complacer á Juba, habia resuelto hacer degollar á todos los habitantes de Utica, sin distincion de edad ni sexo, y arrasar la ciudad hasta sus cimientos.

Caton se alzó en pleno consejo contra aquella violencia, declarándose protector de la ciudad condenada y pidiendo ser nombrado gobernador de ella á fin de que hubiese la seguridad de que mientras él viviese no se entregaria á César.

Utica era una ciudad de grandes recursos para el que la ocupase. Caton añadió nuevas fortificaciones

á las que ya tenia, reparó las murallas, aumentó la altura de las torres, abrió todo al rededor un profundo foso, provisto de fuertes, en los cuales encerró, despues de desarmada, toda la juventud de la ciudad, cuyas opiniones cesarianas eran conocidas, no dejó salir fuera de los muros á ninguno de los demas habitantes, é hizo un acopio inmenso de provisiones, á fin de que aquella plaza, hostil en otro tiempo, sumisa y resignada entonces llegase á ser el almacen del ejército.

Despues, como se esperaba á César de un momento á otro, dió á Scipion el mismo consejo que habia dado á Pompeyo, esto es, que no presentase batalla á un enemigo valeroso y esperto, sino que hiciese languidecer la guerra, esperándolo todo del tiempo.

Scipion despreció el consejo, y al salir de la habitacion en que habia tenido lugar la conferencia, murmuró al oido de sus amigos:

—Decididamente, Caton es un cobarde!

Despues le escribió lo siguiente:

"¿No te basta, oh prudente Caton, permanecer encerrado dentro de una ciudad bien fortificada, sino que quieres impedir á los demas aprovechar una ocasion favorable para ejecutar lo que han resuelto?"

Caton leyó aquella carta y sin conmoverse le contestó:

"Estoy pronto á volver á Italia tal como llegué á

Africa. Traje conmigo diez mil hombres á fin de libraros de César atrayéndolo sobre mí."

Pero Scipion se encogió de hombros del ofrecimiento de Caton.

Entonces este empezó á conocer la falta que habia cometido cediéndole el mando.

—Ahora veo, decia á sus amigos, que Scipion conducirá mal la guerra; mas si por un acaso inesperado llegase á ser vencedor declaro de antemano que no permaneceré en Roma para ser testigo de sus atroces venganzas.

Mientras tanto, César habia terminado sus amores con Cleopatra y embarcádose para Sicilia, donde los vientos contrarios lo habian detenido un corto tiempo. Mas para que se conociese bien su voluntad de pasar inmediatamente á Africa hizo poner su tienda á la orilla del mar, y como soplase un viento favorable y solo tuviese un pequeño número de buques, partió con tres mil infantes y algunos caballos, desembarcó sin que sus enemigos lo hubiesen visto y volvió á hacerse á la mar para saber qué habia sido del resto de su ejército, cuyo retardo lo inquietaba.

Al cabo de dos dias lo encuentra y lo conduce al campamento.

Al desembarcar en Africa se le va un pié, vacila y cae; pero se levanta en seguida, estrechando un

puñado de arena en cada una de sus manos y esclamando:

—Ah! Africa! ya te tengo!

Gracias á su presencia de ánimo, de un mal presagio habia hecho uno bueno.

Quedaba el oráculo que decia "que un Scipion seria siempre vencedor en Africa."

Se lo recordaron á César y él contestó:

—Sí, pero el oráculo no dice que un Scipion no sea nunca vencido.

Y escogiendo entre sus soldados un hombre oscuro y despreciado, pero de la família de los Scipiones y que se llamaba Scipion Salutio, lo nombró imperátor y lo colocó á la vanguardia del ejército, reservándose él, sin embargo, el mando supremo.

En ese estado estaban las cosas en Africa cuando llegó César.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

Como siempre, César se habia lanzado á aquella empresa fiado en su fortuna.

Llegado á la costa de Africa, se halló con pocos víveres para los hombres y poco forraje para los animales.

Pero ya se habia encontrado en Dirraquium en una posicion mucho mas difícil.

Puso los hombres á media racion, estableció pescadores en la costa para tener pescado fresco, y alimentó los caballos con musgo y algas marinas machacadas en agua dulce y mezcladas con grama.

Durante su corta permanencia en Sicilia le habian hablado mucho de las fuerzas de Scipion.

Este, en efecto, tenia ciento veinte elefantes y diez legiones, sin contar cuatro que habia formado

Juba; ademas, una infinidad de arqueros y una escuadra formidable.

Al dia siguiente de aquel en que habia desembarcado cerca de Andrumeta, donde mandaba Considio con dos legiones, vió César aparecer de repente, á lo largo de la costa y paralelo á él, á Pison con toda la caballería romana y tres mil númidas.

César solo tenia tres mil hombres y ciento cincuenta caballos, pues aun no habia llegado el resto de su ejército. Viendo su inferioridad se atrincheró delante de la ciudad, sin permitir á nadie salir á merodear.

Los baluartes de la ciudad se coronaban tambien de soldados, que visiblemente se preparaban á hacer una salida.

César cogió algunos hombres de caballería, dió la vuelta á la ciudad para reconocerla y volvió á entrar en su campamento.

Entonces empezaron las dudas contra él y los murmullos contra su génio.

¿Cómo era que no habia dado, segun costumbre, órdenes selladas á sus oficiales? ¿Cómo no les habia indicado un punto de reunion en aquella inmensa costa de Africa, en vez de dejar errar la escuadra á la ventura?

Pero á aquellos reproches César contestó las siguientes palabras:

¿Cómo indicar un punto de reunion en una costa en que no habia una pulgada de terreno que le perteneciera? ¿Cómo esponer á sus tenientes, que se dejaban batir donde quiera que él no estaba, á ser derrotados en su ausencia, si por casualidad sus buques andaban mas que los suyos?

¿No era mejor esperar que él mismo escogiese el punto del desembarco y que despues se reuniesen todos con él?

Ademas, la posicion estaba lejos de ser tan mala como se decia. Podian entrar en tratos con Considio. Planco, teniente de César, era antiguo amigo suyo y recibió autorizacion al efecto.

Planco, pues, escribió á Considio para atraerlo al partido de César, y le mandó la carta con un prisionero.

—¿De dónde vienes? le preguntó Considio.

—Del campamento de César, contestó el mensajero.

—¿Y á qué viénes?

—A traerte esta carta.

—Que maten á ese hombre y que se devuelva la carta á César sin abrirla, dijo Considio.

Se trataba de tocar retirada; César abandonó su campamento, pero tan luego como se conoció su resolucion, los de la ciudad hicieron una salida y la caballería númida empezó á perseguirle.

Entonces César mandó que su infantería, cuyo armamento era muy pesado, hiciera alto, y dió órden á veinticinco ó treinta ginetes galos que casualmente llevaba consigo, cargaran á los dos mil númidas de Juba.

Los galos tomaron el galope, y por milagro pusieron en precipitada fuga á aquel torbellino de enemigos.

César volvió á emprender su marcha, colocando en la retaguardia á sus antiguas cohortes, á las cuales acababa de hacer ver con qué enemigos se las habian, y á la caballería á la que los treinta galos acababa de dar ejemplo; de modo que la persecucion del enemigo se calmó algun tanto.

Ademas, en medio de todo esto, cada cual tenia la vista fija en César, y como se le veia segun su costumbre, con el semblante apacible y mas que apacible, cada cual decia:

—Está tranquilo el general: todo va bien.

Todos hacian su deber. En efecto, se iba mejorando la situacion: las ciudades y las fortalezas por delante de las cuales pasaba, enviaban víveres de todas clases á César y la protesta de que podia disponer de ellas.

Se detuvo con estas condiciones cerca de Ruspina, y al dia siguiente levantó el campo para dirigir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se á Leptis, ciudad libre que se gobernaba por sí sola. Leptis le envió iguales protestas.

César mandó custodiar sus puertas por hombres que le eran adictos, poniendo centinelas con la mas estricta consigna de no dejar entrar á ningun soldado en la plaza: temia algun desórden, y que el mismo desórden hiciera variar la buena voluntad de los habitantes. Despues acampó en las mismas puertas.

Al otro día la fortuna de César trajo á la vista de Leptis parte de los buques de trasporte y algunas galeras que le pertenecian.

Traian la noticia de que el resto de la escuadra, en la duda del punto en donde habian de desembarcar y habiendo sabido que Utica estaba en buena disposicion para con César, habian dado á la vela en direccion de Utica.

En el momento César mandó á diez galeras. Unas iban á reclutar hombres y municiones á Cerdeña; otros iban en busca de víveres á Sicilia; en fin, las demas llevaban encargo de reunir la escuadra y conducirla á Leptis.

Entonces César se dirigió á Leptis, á Ruspina; hizo montones de víveres y de maderas en aquellas ciudades, y á pesar de la poca fuerza que tenia, les dejó á cada una su guarnicion para que en caso de derrota fuesen refugios seguros para su escuadra.

Ademas, con enemigos como los que tenian á su frente, era preciso preverlo todo.

Un dia que sus soldados, que no tenian nada qué hacer, se divertian en ver á un africano que bailaba y tocaba la flauta, y que encantados por semejante espectáculo, habian dejado sus caballos á los palafreneros y se habian sentado al rededor del mimo, aplaudiéndole y gritándole: ¡bravo! con la misma tranquiladad y el mismo entusiasmo que si hubieran estado en el Circo de Roma; de repente les envolvió la caballería númida, se arrojó sobre ellos y persiguiendo á los fugitivos, entró mezclada con ellos en el campamento; hasta tal punto, que si César y Polion no hubieran salido juntos y no se hubieran arrojado personalmente en su auxilio, con aquellos galos tan difíciles de intimidar, la guerra se habria acabado aquel mismo dia.

En otro encuentro poco mas ó menos igual, que pánico igual al de Dirraquium, se apoderó de los soldados. Un porta estandarte huía llevando su águila: César corrió tras de él, le cogió por el cuello, y obligándole á hacer frente al enemigo le dijo:

—Te equivocas; el enemigo está por aquel rumbo.

XXII

En el momento en que César inquieto y lleno de zozobra, iba á dejar guarniciones en las ciudades de Ruspina y de Leptis y marchar en busca de su escuadra, se señalaron un gran número de velas, que bien pronto se reconocieron por ser amigas. Era la escuadra que habia enviado César y las galeras que se habian reunido á este.

Se necesitaba un refuerzo de víveres.

César se puso á la cabeza de treinta cohortes, y se internó en el país con objeto de hacer una *razzia*. Pero apenas habia marchado tres cuartos de legua cuando sus esploradores se replegaron y anunciaron al enemigo.

Casi al mismo tiempo se vió un gran torbellino de polvo que se elevaba.

César reunió al momento cuatrocientos caballos y algunos flecheros, y mandó á sus legiones que le siguieran al paso, haciendo practicar un reconocimiento hácia lo que parecia una masa de enemigos.—Era Labieno.

Formó á sus soldados en una sola fila, tan apretada, que desde lejos, y áun cuando no tuviera mas que caballería interpolada con flecheros, y escuadrones de reserva en ambas alas, se le figuró á César que no era mas que infantería.

En su consecuencia formó sus treinia cohortes en una sola línea, cubrió con sus flecheros el frente de batalla, y el flanco con su caballería, dando aviso á todos para que hicieran los mayores esfuerzos para no dejarse envolver.

Pero de repente César quedó inmóbil y esperando el ataque: habia visto con quien iba á pelear, pues la caballería enemiga empezó á estenderse y á envolver sus alas, mientras que desde el centro de batalla emprendia una carga mezclada de infantería ligera.

No tan solo la sostuvieron los cesarianos con pié firme, sino que habiendo cargado á la carga, los caballeros númidas, mientras la infantería atacaba á los cesarianos, volaron como una bandada de pájaros y fueron á rehacerse á unos quinientos pasos del lu-

gar de la accion; despues volvieron á galope, dispararon sus proyectiles y de nuevo tomaron el vuelo.

Este era nuevo modo de combatir, y poco faltó para que no fuera fatal á los soldados de César, porque estos, viendo á los ginetes númidas retirarse, creyeron que huian, y se ponian á picarles la retaguardia.

Entonces César tomó el galope y corrió por toda la línea, porque desde el primer instante habia conocido lo que estaba pasando: los soldados, lanzándose en persecucion de la caballería, descubrian su flanco á la infantería ligera, que les acribillaba con sus flechas.

El mismo gritó y mandó publicar que nadie avanzase mas de cuatro piés al frente de la línea de batalla.

Mas á pesar de tales precauciones, la situacion se hacia cada vez mas grave, porque toda la caballería enemiga, fiándose en su número, envolvia completamente todas las cohortes de César, de modo que este se veia obligado á combatir en círculo.

Entonces Labienio, aquel encarnizado enemigo de César, el mismo que habia mandado degollar los prisioneros en Dirrraquium, el que habia jurado la víspera de Farsalia no tomar descanso sino hasta despues de haber vencido á César, Labieno, se adelantó fuera de las filas númidas, con la cabeza descubierta, y dirigiéndose á los cesarianos les gritó:

—¡Vaya, vaya! aun cuando no sois sino reclutas, os mostrais muy valientes.

Entonces un romano salió de las filas, y como en la Iliada, dijo:

—Yo no soy ningun recluta, yo soy soldado veterano de la décima legion.

—¿En dónde están sus estandartes, dijo Labiano, que no los veo?

—Espérate un rato, dijo el soldado, si tú no ves los estandartes, reconocerás, así lo espero, este venablo.

Al mismo tiempo, levantando su casco con una mano, con la otra lanzó el venablo, gritando:

—Toma el regalo que te hace la décima legion.

El venablo partió silbando, y fué á hundirse en el pecho del caballo de Labieno. Caballo y ginete cayeron al suelo, y por un momento se creyó muerto á Labieno.

Durante este tiempo, César estendia su ejército en un frente inmenso, y volviendo á cada estremo de la línea el frente de un batallon, partió, á la cabeza de su caballería contra el centro de los pompeyanos, que rompió con el choque.

Al momento, y sin entretenerse en la persecucion,

César tocó retirada temiendo alguna emboscada, y marchó en correcta formacion á su campamento.

Pero antes de que llegara, Pison y Petreyo con mil y cien caballos númidas y un grueso de infantería ligera, habian llegado al auxilio del enemigo. Con semejante refuerzo, reunidos los Pompeyanos, se habian lanzado en persecucion de César.

Este mandó hacer alto, dejó aproximar el enemigo, hizo operar á todas las tropas á la vez, rechazó á los pompeyanos mas allá de las colinas, despues de lo cual se retiró lentamente á su campamento mientras que Labieno por su parte se retiraba al suyo.

Al dia siguiente volvió á empezar el combate.

Labieno tenia ochocientos caballos galos ó germanos, ademas de los mil y cien que le habian traido la víspera Pison y Petreyo, ocho mil númidas y treinta y dos mil hombres de infantería armados á la ligera.

Creia que presentando la batalla á César en campo raso, César no la aceptaria. Pero César salió á campo raso y él primero atacó á Petreyo.

La lucha empezó á las once de la mañana y acabó al ponerse el sol.

César quedó dueño del campo de batalla, lo cual equivalia á una gran victoria en vista de la inferioridad de sus tropas.

Labieno tuvo gran número de heridos, que hizo trasportar en carros á Andrumeta.

Petreyo, herido en medio de la pelea, de venablo, fué obligado á retirarse á retaguardia y á cesar de combatir personalmente.

En fin, César tuvo todos los honores de la jornada.

Pero comprendió que mientras sus tropas no estuvieran completamente unidas, era milagro luchar contra fuerzas cuatro veces mas numerosas que las suyas.

En su consecuencia, hizo hacer dos trincheras desde su cuartel de la ciudad de Ruspinas hasta el mar, á fin de comunicar con uno y otro y recibir sin peligro los auxilios que esperaba.

Despues mandó sacar á tierra las armas y las máquinas que estaban en los buques, y armó á los soldados que estaban en la escuadra de Ródas y de las Galias.

Su intencion era de interpolarles con su caballería, imitando al enemigo, y eso debia producir tanto mas efecto, cuanto que la escuadra de Ródas traia escelentes flecheros de Siria.

La cosa urgia; Scipion llegaba dentro de tres dias, César lo sabia de cierto; y llegaba con ocho legiones, cuatro mil caballos y ciento veinte elefantes.

Pero tres dias para César eran para otro tres me-

ses. En veinticuatro horas se establecieron talleres para forjar flechas y venablos.

Pero como se preveia que la existencia de fierro se emplearia pronto, César despachó unos buques para Siria á proporcionarse fierro, angarillas y madera para hacer arietes: en la costa de Africa no habia madera á propósito para este uso.

En fin, ya no tenia trigo; los pompeyanos habian reclutado á todos los labradores: todo el trigo existente en las ciudades se habia consumido en las plazas fuertes, no habia existencia en los graneros.

Empezó á lisonjear á los ciudadanos; y se cautivó tan bien su voluntad, que cada uno acabó por compartir con él lo que tenia encerrado, conservado y oculto.

Siempre que queria César no habia nada imposible para él.

XXIII

Scipion habia partido de Utica.

Allí habia dejado á Caton, á quien la ciudad debia no haber desaparecido de la superficie de la tierra.

Pero, al par que seguia siendo humano y misericordioso, Caton conservaba su ódio inveterado contra César.

Tenia á su lado al jóven Pompeyo, que se hallaba en uno de esos momentos de duda que asaltan á los corazones mas animosos, sumiéndolos en la inercia y la irresolucion, y sin cesar lo escitaba á la venganza.

—Tu padre á tu edad, le decia, viendo á la República oprimida y á las personas honradas muertas ó proscritas, animado por su valor y por su amor á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la gloria, reunió los restos del ejército que habia servido á las órdenes de su padre y libertó á Roma y á la Italia, sepultadas, por decirlo así, en sus ruinas; despues, con una rapidez sin igual, reconquistó el Africa y la Sicilia y se adquirió un nombre inmortal, habiendo triunfado casi al salir de la infancia y cuando no era mas que simple caballero. Y tú, heredero de su gloria, y que debieras serlo de su valor, ¿no irás á España á reunirte con los amigos de tu padre y á dar á la República el auxilio que te pide angustiada?

Animado con aquellas exhortaciones, al mismo tiempo que Scipion marchaba contra César, el jóven Pompeyo cogió treinta buques, entre ellos algunos de guerra, y se dirigió hácia la Mauritania con dos mil hombres, mitad libres y mitad esclavos.

Desgraciadamente su primera tentativa fué un fracaso.

Se acercó á la ciudad de Ascura, que tenia guarnicion, y le intimó que se rindiese; pero en lugar de ceder á aquella intimacion, como esperaba Cneo, la guarnicion salió, cayó sobre sus hombres y los derrotó y puso en fuga, de tal modo, que él solo tuvo tiempo de subir á uno de sus buques, y haciendo rumbo hácia las islas Baleares abandonó el Africa para siempre.

Durante aquel tiempo Scipion habia ido á acampar á Andrumeta y despues de dar allí algunos dias de descanso á sus soldados, llegó, tras una marcha nocturna, al campamento de Labieno.

Efectuada la reunion, empezó, gracias á su inmensa caballería, á hacer escursiones hasta el campamento de César, emboscándose y cayendo de improviso sobre los que iban á buscar agua y forraje.

César se halló en breve reducido á la mayor escasez.

Los convoyes de Sicilia y Cerdeña no llegaban, pues los buques no osaban acercarse á la costa por temor á las tempestades de invierno, y con solo una legua ó legua y media de país libre, cuando mas, carecia de pan para sus hombres y de forraje para sus caballos.

Juba supo por sus esploradores el estado de angustia en que se encontraba César, y siendo de parecer de que no se le debia dejar tiempo para reponerse partió con todas las fuerzas que pudo allegar para ir á reunirse con Scipion.

Pero aprovechando aquella ausencia, Publio Sitio, partidario de César, y el rey Bogud,—á quien los romanos llamaban Bocco, y el cual hacia la guerra impulsado por su mujer Eunoe, enamorada de César,—entraron en los Estados del rey númida, tomaron por sorpresa á Cirta, que era una de sus capitales, y despues otras dos ciudades de Getulia, cuyos ha-

bitantes degollaron.—Juba supo aquellas noticias cuando solo se hallaba á algunas horas de marcha del campamento de Scipiou, y en seguida se detuvo mandando á pedir á este con urgencia todas las fuerzas que le habia prestado, escepto los elefantes.

Al mismo tiempo se esparcia el rumor—y la inaccion de César lo confirmaba—de que no era él sino uno de sus tenientes quien estaba en Ruspina.

César no queria que se pudiese creer, que desconfiaba de tal modo de su partido, que hiciese aquella guerra por medio de sus tenientes.

Así, pues, mandó mensajeros á todos lados con encargo de afirmar que él era en persona quien mandaba el ejército.

En cuanto se supo que, en efecto, se hallaba en Ruspina, empezaron á llegar correos, y varios personajes importantes se trasladaron á su campamento.

Todos se quejaban de la espantosa crueldad de sus enemigos.

Aquellas quejas lastimaban á la vez la misericordia y el orgullo de César, y en seguida mandó á decir al pretor Alieno y á Reveyo Póstumo, que le enviasen sin demora ni escusa alguna el resto de las tropas que tenia en Sicilia, pues no podia permitir que se degollase toda el Africa á sus propios ojos, agregándoles que si los refuerzos tardaban siquiera

un mes, cuando llegasen no hallarian quizá en pié una sola casa.

El, entretanto, permanecia sentado constantemente en un punto elevado de la costa, con los ojos vueltos hácia la Sicilia, esperando aquellos refuerzos cuya llegada debia de poner fin á su inaccion.

Despues, de tiempo en tiempo, no viendo aparecer nada en el horizonte, volvia al campamento y se fortificaba aun mas, abriendo un nuevo foso ó construyendo una nueva torrre, levantándolas hasta en la orilla del mar, tanto para que sirviesen de defensa al ejército, como para que este no estuviese ocioso.

Scipion, por su parte, adiestraba los elefantes, distribuyendo sus honderos en dos secciones, una de las cuales lanzaba piedras á sus monstruosos aliados, mientras la otra los empujaba hácia adelante, si asustados con la lluvia de proyectiles querian emprender la fuga. "A duras penas podia conseguir su intento,—dice el autor de la *Guerra de Africa*,—pues el elefante mejor enseñado suele, en el combate, perjudicar tanto á sus amigos como á sus enemigos."

Al mismo tiempo Scipion se entretenia cometiendo algunos asesinatos mientras llegaban las prescripciones de Roma.

Así Virgilio Petronio, que mandaba en Thapsa,

viendo algunos buques de César, juguetes de la tempestad, errar á la ventura sin saber el punto en que se hallaban, cogió algunas lanchas y chalupas, las llenó de arqueros y se puso á perseguirlos.

Mas de una vez sus pequeñas embarcaciones fueron rechazadas; pero un dia apresó uno de dichos buques, en que se hallaban dos jóvenes españoles, tribunos de la quinta legion, cuyo padre habia sido hecho senador por César, y un Centurion del mismo cuerpo, nombrado Salieno.

Los prisioneros fueron remitidos á Scipion, el cual mandó al punto que se les matase al cabo de tres dias, á fin de que tuviesen todo ese tiempo de agonía.

En el momento de la ejecucion el mayor de los dos jóvenes pidió por favor que le matasen á él primero para no tener el dolor de ver degollar á su hermano.

Como se dirigia á soldados y no á Scipion, fué atendida su súplica.

Se sabian esas crueldades en el campamento de César y el corazon de este lloraba sangre. Pero bastante fuerte á causa de sus defensas,—la principal de las cuales era su génio,—para no temer que Scipion fuese á atacarlo, no estaba seguro, sin embargo, atendido el corto número de sus tropas, de anonadar á su enemigo de un solo golpe, para osar aceptar una batalla decisiva.

Y todos los dias salia Scipion de su campamento é iba á ofrecerle aquella batalla, disponiendo sus tropas en frente de las trincheras como para el combate; permanecia en aquella situacion cinco ó seis horas y al llegar la noche se retiraba.

Al cabo de ocho ó diez dias de aquel ejercicio, convencido de que César temblaba delante de él, llegó á acercar hasta cien pasos de los atrincheramientos los elefantes, y detras de ellos su ejército todo, estendido en un frente inmenso.

Pero César no se dejaba irritar por aquellas demostraciones ni por las amenazas que las acompañaban; hacia entrar en el campamento, sin confusion ni tumulto, á los hombres que habian salido á buscar agua, forrage ó leña, y los acostumbraba á mirar al enemigo desde lo alto de los parapetos y á contestar á sus amenazas con silbidos.

El por su parte estaba tan seguro de que no osarian atacarlo, que ni siquiera se tomaba el trabajo de asomarse á los atrincheramientos y daba todas las órdenes acostado en su tienda;—lo cual no le impedia ir todos los dias al ribazo que dominaba el mar, á apresurar con sus votos y sus suspiros la llegada de los refuerzos que esperaba hacia tanto tiempo.

XXIV

Se presentan dos ó tres veces en la vida de un hombre como Cérar, situaciones de fortuna ó de desgracia, en que, no pudiendo esta ó aquella ir mas allá, se opera una reaccion: en bien si la situacion es mala; en mal si la situacion es buena.

La de César en aquel momento era tan mala, que no podia ser peor; así, pues, la mejoría debia llegar necesariamente.

El primer indicio de vuelta que le dió la fortuna, fué la desercion de los gétulos y los númidas que se hallaban en el campamento de Scipion. Aquellos bárbaros hicieron lo que no hubieran hecho probablemente hombres civilizados: recordaron que debian obligaciones á Mario y que César era su sobrino.

Resultó, pues, que poco á poco númidas y gétulos empezaron á abandonar el campamento de Scipion y pasar al de César.

Pero este, que no tenia con que alimentar á los desertores, los envió uno tras otro á su país, con cartas para los principales de las ciudades, en las cuales exhortaba á estos á que tomasen las armas, reconquistasen su libertad, y, sobre todo, que no enviasen auxilios á sus enemigos.

Por otro lado llegaban diputados de ciertas ciudades del interior que iban á brindar su obediencia á César, pidiéndole guarniciones para defenderse y prometiendo enviarle trigo; pero César no tenia tropas sobradas para desguarnecer su campamento y Scipion guardaba tan bien los aproches, que de seguro cogeria todos los convoyes que fuesen por tierra.

Por aquel mismo tiempo Salustio,—así como en Roma se era abogado y general, se podia ser tambien, como se ve, general é historiador,—habia desembarcado en la isla de Cercina, la Kerkeni moderna, habia espulsado de ella á Cayo Decio,—encargado de guardar los almacenes de los pompeyanos,—y habiendo sido bien recibido de los insulares cargó porcion de trigo en buques mercantes que halló en el puerto y los despachó en seguida para el campamento de César.

En medio de esos acontecimientos, como si la fortuna quisiese pagar lo atrasado, el pretor Alieno hi-

zó partir de Lilibea las legiones décima tercia y décima cuarta con ochocientos caballos galos y mil honderos ó arqueros, todos los cuales llegaron felizmente á Ruspina á los cuatro dias de viaje.

Para César, que las esperaba con tanta impaciencia, fué una gran alegría ver aparecer aquellas velas.

Presidió el desembarque y en cuanto los hombres se hubieron repuesto de las fatigas del mar les distribuyó en los fuertes y los atrincheramientos.

Aquella llegada de víveres y aquel refuerzo de soldados esparcieron la alegría en el campamento cesariano.

Pero en el de Scipion la admiracion era grande. Se sabia el carácter emprendedor de César y se decia que era preciso que estuviese muy débil para mantenerse encerrado de aquel modo detras de sus defensas.

Scipion resolvió entonces enviar dos espías que so pretesto de hacerse cesarianos permanecerian durante algunos dias en el campamento de su contrario, y despues, volviéndose al suyo, le harian un relato exacto de lo que hubiesen visto.

La eleccion del general pompeyano recayó en dos gétulos, á quienes hizo grandes promesas, y los cuales partieron como tránsfugas para el campamento de César.

Mas apenas se presentaron y se les recibió en calidad de tránsfugas, que pidieron que se les condujera á César, y entonces le manifestaron la causa de su venida al campamento, contándole que Scipion los habia enviado con el objeto de asegurarse de si no habian tendido alguna emboscada en los puertos ó en otro sitio, contra los elefantes. Añadieron que casi todos sus compatriotas, recordando los beneficios de Mario, y parte de los soldados de la cuarta legion y de la sesta, ardian en deseos de pasarse á su bando, y que no podian burlar la guardia que Scipion habia colocado en las puertas del campamento.

César los recibió muy bien, les hizo algunos regalos y los mandó al cuartel de los tránsfugas.

Al otro dia se confirmó el parte que dieron, con la llegada de una docena de soldados de las enunciadas cuarta y sesta legion.

Dos dias despues, los habitantes de Tisdro mandaron decir á César que varios labradores y mercaderes italianos habian introducido en dicha poblacion hasta trescientos mil modios de trigo. Los mensajeros venian para pedir una guarnicion que custodiara dichas provisiones.

Por otra parte se recibió un correo de Sitio, por el cual participaba que habia entrado en Numidia, que habia tomado una fortaleza situada en un cerro

en la cual Juba habia encerrado todas sus municiones.

De este modo, la fortuna caprichosa por una parte, pero consecuente en el fondo, parecia dirigirse hácia César.

Por este motivo se preparaba al combate con el refuerzo de dos legiones veteranas, sin contar la caballería y los flecheros. Todavía no se creyó bastante fuerte. Envió seis buques á Lelibea con objeto de traer el resto de la fuerza. Llegaron con toda felicidad.

Por la tarde del dia 25 de Enero en que llegaron, César avisó á sus oficiales estuvieran listos para la primera vigilia, y á cosa de media noche levantó el campo.

Desde luego se dirigió á Ruspina en donde habia dejado guarnicion: despues, tomando á mano izquierda á lo largo de la orilla, entró en una llanura de cuatro leguas de estension, rodeada de una cordillera formando anfiteatro, en cuyo estremo estaba el campamento de Scipion.

Era una série de colinas, en la cúspide de las cuales habia antiguamente unas torres dispuestas para esplorar el país.

César se apoderó de todas las alturas, y en menos de media hora cada altura tuvo una torre perfecta y sólidamente construida.

Así que llegó cerca de la última, detuvo su marcha: habia una guardia de tropas númidas.

César no pasó mas adelante. Hizo practicar una trinchera desde el punto hasta donde habia llegado hasta el sitio desde donde habia partido. Al amanecer, aquella trinchera estaba casi terminada.

Así que Scipion y Labieno divisaron á César, mandaron salir toda su caballería, la formaron en batalla y la hicieron avanzar á unos mil pasos; despues formaron la infantería en segunda línea, á unos cuatrocientos pasos, poco mas ó menos, del campamento.

No por eso César suspendió su trinchera; pero viendo que se aproximaba el enemigo para inquietar á los trabajadores, destacó una escuadra de caballería española sostenida por un batallon de infantería ligera, y les mandó que tomaran la altura en donde estaba la guardia de los númidas.

Los soldados de caballería é infantería, quienes desde mucho tiempo tenian sed de combate, partieron con tal ardor, que del primer ímpetu se arrojaron á la trinchera, de la que no pudieron hacerles salir, quedando dueños de ella despues de haber acuchillado á gran parte de los que la defendian.

Entonces Labieno, viendo la fuga de las tropas, se puso al frente de dos mil hombres de la reserva que formaban su ala derecha, y corrió en el auxilio de los númidas; pero entonces, César, viendo que im-

prudentemente se apartaba de lo mas fuerte de la batalla, destacó su ala izquierda con objeto de cortarle, cubriendo su movimiento por medio de una inmensa fortaleza, flanqueada por cuatro torres que impedia que Labieno viera lo que pasaba, de modo que este no advirtió el movimiento sino hasta que los hombres de César estuvieron encima de él.

Así que vieron á los romanos los númidas, echaron á huir, dejando en la carnicería á los germanos y á los galos, que fueron todos hechos pedazos, despues de haberse defendido como lo hacian los germanos y los galos.

Al mismo tiempo la infantería de Scipion, que estaba formada en batalla frente de su campamento, viendo semejante desórden, se dispersó y entró por todas las puertas.

Por su parte César, viendo desalojado al enemigo en el llano y en la montaña, hizo tocar retirada y contramarchar su caballería.

De modo que no quedó en el campo de batalla sino los grandes cuerpos desnudos y blancos de los galos y de los germanos, á quienes se habia despojado de sus armas y vestidos.

Grandiaque effossis mirabitur ossa sepulcris.

XXV

Al dia siguiente, César á su vez presentó la batalla; pero Scipion permaneció en sus reductos.

Sin embargo, así que vió César que se habia adelantado algo á lo largo de las montañas, y dirigirse paso á paso á la ciudad de Urita, distante un cuarto de legua, y de donde sacaba víveres y agua, tuvo por precision que hacer salir sus tropas.

Las formó en batalla en cuatro filas; la primera era la caballería, interpolándose entre los caballos, elefantes armados y cargados con torres.

Como aquella primera fila avanzaba en el órden indicado, Creyó César que Scipion se habia decidido á combatir, y mandó hacer alto frente á la plaza. Por su parte Scipion mandó hacer alto en la parte opuesta. Cada cual permaneció así, sin moverse, en

formacion de batalla, hasta la noche, y despues volvió á su campamento.

Al dia siguiente, César prolongó su trinchera con objeto de aproximarse al enemigo.

Mientras sucedia todo esto en tierra, César sufria por mar un revés, si puede llamarse así lo que vamos á referir.

Uno de los buques de trasporte, perteneciente al último convoy llegado de Sicilia, se habia apartado de los demas y fué apresado cerca de Tapso por las barcas y falúas de Virgilio, al mismo tiempo que otra galera de la misma escuadra caia en poder de la armada de Varo y Octavio.

En el primer buque iban Quinto Consinio y Lucio Taisda. En el otro estaba un centurion de la legion número catorce con algunos soldados.

Los soldados y el centurion fueron conducidos ante Scipion, quien los recibió sentado en su tribunal, y les dijo:

—Ya que habeis tenido la suerte de caer entre mis manos, vosotros que servís por fuerza bajo las órdenes de César, no vacileis y decidme francamente si quereis seguir el partido de la República y de los hombres de bien, no tan solo con la seguridad de la vida y de la libertad que os ofrezco, sino con la esperanza de una buena recompensa.

Scipion hablaba así, creyendo que los prisioneros

recibiriah tal merced con entusiasme. Pero el centurion, tomando la palabra, sin dar á Scipion tratamiento de *Imperátor*, le dijo:

—Te doy las gracias por lo que, siendo tu prisionero, me ofreces, vida y libertad: aceptaria de buen grado una cosa y otra, si pudiera hacerlo sin cometer un crímen.

—¡Sin cometer un crímen! repitió Scipion.

—Sí, contestó el capitan, ¿no seria criminal por mi parte si fuera á hacer la guerra contra César despues de haber combatido por él durante mas de veinte años, y desenvainara la espada contra aquellos valientes compañeros para quienes he arriesgado tantas veces mi existencia?..... Te ruego, pues, que no me obligues á ello, Scipion. Si quieres probar mis fuerzas, déjame escoger diez hombres entre los prisioneros, y con mis diez compañeros te ofrezco combatir contra la de tus cohortes que elijas. Despues, segun el resultado de nuestro combate, podrás juzgar del desenlace de la guerra.

El desafío indignó á Scipion, y mandó que el centurion y todos los prisioneros, que pasaban de treinta y cinco, fueran degollados inmediatamente, lo cual se ejecutó en el mismo instante.

En cuanto á los demas, es decir á Taisda y Considio, y los que habian sido apresados con ellos, Sci-

pion no permitió que se los trajeran y los mandó incorporar en los diferentes cuerpos de su ejército.

Así que César supo tal suceso, quedó sumergido en la mayor desesperacion, hasta el punto que destituyó á todos los capitanes de las galeras que cruzaban en las aguas de Tapso para la seguridad de los convoyes.

Casi en la misma época César conoció lo que era el Simoun (viento del desierto.)

Una noche, hácia la segunda vigilia, despues de haberse acostado las pléyadas, una horrible tempestad se declaró, el viento arrastraba nubes de arena y de piedras, de modo que caia en el campamento una verdadera lluvia de piedra. Eso no era nada para los de Scipion que habian tenido tiempo de edificar cabañas, debajo de las cuales podian ponerse al abrigo, pero aquello fué una verdadera tormenta para los de César, quienes levantando cada noche el campo, no habian tenido tiempo de construirse habitaciones; los desgraciados corrian como insensatos, oponiendo sus adargas al huracan, pero los turbiones los levantaban sobre tierra y los arrastraban y echaban en el suelo.

Fué noche terrible, que equivalia á una derrota; todos los víveres quedaron inutilizados, los fuegos se apagaron, y el aire quedó cargado de tal cantidad de electricidad, que las puntas de los venablos

de la quinta legion parecian arrojar llamas, fenómeno que asustó bastante á los soldados.

Pasaron dos ó tres meses sin que César pudiera obligar al enemigo á una batalla decisiva. En fin, como César en tres meses habia podido reunir á todas sus tropas, como habia empleado dichos tres meses en ejercitarlas contra los elefantes que habia hecho venir de Italia con este objeto, y tanto caballos como ginetes habian logrado sostenerse con bizarría en la carga de dichos animales; levantó el campo durante la noche, y verificando una marcha como él solo lo hacia, el dia 4 de Abril se presentó delante de las murallas de Thapso que venia a sitiar.

Virginio, mandaba en Thapso, era uno de los mejores tenientes de Pompeyo; tenia á sus órdenes una buena guarnicion, pero atacado por todo el ejército de César, era evidente que no podria aguantar el empuje.

Scipion estaba colocado en esta alternativa: abandonar á uno de sus mejores capitanes ó arriesgar una batalla decisiva.

Arriesgó la batalla. Marchó al auxilio de la ciudad y acampó en dos diferentes campamentos. Con esto eran tres campamentos contando el de Juba.

César trabajaba en la circunvalacion de la ciudad. Supo cuanto pasaba, vió al enemigo, juzgó su posicion, hizo cesar el trabajo, mandó á los trabajadores

que tomaran las armas. Dejó al procónsul Aquenas la custodia del campamento con dos legiones, y corrió hácia el enemigo.

Al cabo de una hora, los dos ejércitos estaban frente á frente.

Parte del ejército enemigo estaba formado en batalla, mientras que el otro trabajaba en las trincheras: está al frente de sus fosos con sus elefantes en cada ala.

César dispone sus tropas en tres líneas; pone las legiones segunda y décima en el ala derecha, la octava y la novena en la izquierda, las otras cinco en el centro, y cubre el flanco de la batalla, donde están los arqueros, con cinco cohortes y los honderos, destinados á sostener el choque de los elefantes; despues, corriendo á pié por entre las filas, recuerda á sus viejos soldados las victorias ganadas, escita á los otros á imitar su valor, y luego, de repente, se detiene indeciso y tembloroso.

Es que se siente presa de un ataque de la terrible enfermedad que padece,—la epilepsia.

En aquel momento se halla rodeado de sus tenientes, que le suplican no desperdicie aquella oportunidad, pidiéndole con instancia el santo y seña.

César deja escapar de sus pálidos lábios, con voz entrecortada, las palabras *Buena Suerte*, que en seguida circulan por todo el frente del ejército.

Despues, conociendo que todos sus esfuerzos para luchar contra el mal son inútiles, y que es absolutamente preciso dar tiempo al ataque para que se pase, prohibe que se empeñe la batalla.

Pero ya es demasiado tarde; de repente oye sonar el toque de carga. Es un trompeta del ala derecha á quien los soldados han obligado á dar la señal de combate.

César ve, como á través de una nube, avanzar su ejército: pero la tierra parece faltarle bajo los piés; el cielo, á sus ojos, está tan pronto negro como color de sangre; se cubre la cabeza con el manto para que no se vea la espuma que le sale por la boca, y cae al suelo murmurando:

—Buena Suerte!

En efecto, todo iba á depender de la buena suerte de César, pues aquella vez su génio no tendria nada que ver en el asunto.

La jornada de Thapso fué una segunda Farsalia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

No solo los soldados de César quedaron dueños del campo de batalla, sino que se apoderaron tambien del campamento enemigo.

Los pompeyanos huyeron al otro en que se habian detenido la víspera; los vencedores los persiguieron hasta allí; pero, llegados delante de aquellos nuevos atrincheramientos no sabian qué hacer, cuando César, libre ya de su ataque, acudió gritando:

—A los fosos, compañeros, á los fosos!

El segundo campamento fué tomado lo mismo que el primero.

Abandonados por Scipion y Juba, que huyeron á todo escape, los soldados fueron implacablemente degollados.

César tenia, no que vengar,—pues él no lo hacia

nunca,—sino que dejar vengar la muerte de los suyos.

Como en Farsalia, no faltaron episodios estraños á aquel gran acontecimiento que se llamó la batalla de Thapso.

Un veterano de la quinta legion vió á un elefante herido, que, loco de dolor, se habia lanzado sobre un sirviente desarmado y teniéndolo bajo sí lo estrujaba con una rodilla, al paso que exhalaba grandes gritos y sacudia el aire con la trompa.

Avanzó resueltamente contra él y le lanzó su javalina.

El elefante, herido segunda vez, abandonó el estropeado cuerpo del sirviente, se lanzó contra su nuevo adversario, lo enlazó con la trompa y lo balanceó en el aire un momento para estrellarlo luego contra el suelo; pero, por mas corto que fuese aquel momento, bastó al soldado para dar al elefante un tajo tan furioso en la trompa que la tronchó y cayó al suelo, cayendo él envuelto en la terrible serpiente.

El elefante, sacudiendo el ensangrentado tronco que le quedaba, huyó hácia sus compañeros lanzando horribles gritos.

La noche de la jornada de Thapso, César habia tomado tres campamentos; pues, despues del segundo de Scipion, habia marchado contra el de Juba; habia matado diez mil hombres, herido doce mil y

dispersado el resto; esto es, unos sesenta mil hombres aproximadamente.

Los pompeyanos, que no habian sabido pelear, supieron morir.

Metelo huia en un buque; los cesarianos lo abordan.

—¿Dónde está el general? preguntan.

—En seguridad, contesta Metelo atravesándose con su espada.

Juba y Pretreyo habian huido á toda brida hácia Zama, una de las capitales de la Numidia. Antes de partir, Juba habia hecho preparar una inmensa hoguera en la plaza pública.

—Si soy vencido, habia dicho, colocaré mis tesoros sobre esa hoguera, haré subir á ella mis mujeres, pegaré fuego á la ciudad y todos arderemos.

Aquella amenaza no habia pasado inadvertida.

Viendo volver á Juba vencido, los habitantes de Zama cerraron las puertas, y subiéndose á las murallas le gritaron que si llegaba á ponerse á tiro lo acribillarian á flechazos. Juba pidió sus mujeres y se las negaron; pidió sus tesoros y se los negaron tambien.

Entonces, volviéndose hácia Petreyo:

—Vaya, le dijo, no nos queda mas que hacer lo que hemos convenido.

Lo que habian convenido Petreyo y Juba era que

se batirian uno contra otro. Desenvainaron las espadas y emprendieron una verdadera lucha de gladiadores,—para morir.

Sin embargo, el sentimiento de la conservacion obraba en ellos, y cada uno hacia esfuerzos para matar á su adversario.

Juba, mas fuerte ó mas diestro, pasó su espada á través del cuerpo de Petreyo.

Petreyo cayó.

Despues Juba, temiendo no asegurarse bien, llamó á un esclavo y le mandó que lo matara.

El esclavo obedeció cortándole el pescuezo.

Las tropas pompeyanas que habian podido reunirse despues de la batalla, se habian refugiado sobre una eminencia á la vista del campamento de Juba.

Tomado este, los fugitivos fueron rodeados por los vencedores.

Entonces aquellos desgraciados, viéndose perdidos, empezaron á arrojar las armas y á implorar la clemencia de sus compañeros, llamándolos hermanos; pero los cesarianos, indignados de los asesinatos que Scipion habia cometido ó hecho cometer en sus camaradas caidos en su poder, contestaron que ellos no eran asesinos, pero que era preciso que los vencidos se preparasen á la muerte.

En efecto, todos fueron degollados.

César no habia perdido mas que cincuenta hombres!

Permaneció algun tiempo en batalla delante de Thapso con sesenta y cuatro elefantes que habia cogido armados y provistos de torres. Espera vencer de aquel modo con su presencia la tenacidad de Virgilio y de los que le acompañaban. Les hizo intimar que se rindiesen; pero no contestaron. El mismo se acercó á las murallas y llamó por su nombre á Virgilio, pero este tampoco le contestó.

No podia perder mas tiempo delante de la ciudad.

Reunió el ejército bajo sus muros, elogió á los soldados, recompensó á las viejas legiones, y desde lo alto de un tribunal distribuyó los premios acordados al valor: despues, dejando tres legiones á Rebilio para continuar el sitio de Thapso y dos á Domicio para sitiar á Tysdra, donde se hallaba Considio, marchó sobre Utica, enviando por delante á Mesala con su caballería.—La de Scipion habia tomado aquella direccion.

Esta última llegó delante de la ciudad de Pasade; pero habiendo sabido la derrota de los pompeyanos, los habitantes se negaron á abrirles las puertas.

Entonces los fugitivos asaltaron la ciudad, encendieron una gran hoguera en medio de la plaza principal, y sin distincion de edad ni sexo echaron en ella á todos los habitantes.

César llegó poco despues, pero demasiado tarde para impedir aquel asesinato.

Al dia siguiente de la batalla, al caer la noche, habia llegado un correo á Utica y anunciado á Caton que habia habido un gran encuentro delante de Thapso, que la causa estaba completamente perdida y que César, despues de tomar los tres campamentos de Scipion y Juba, se dirigia hácia Utica.

Dos dias despues, la caballería que habia huido de Thapso y que habia quemado á Pasade y degollado á sus habitantes, aparecia á la vista de la ciudad.

Junto á sus muros, dentro de un atrincheramiento, se hallaba el populacho, al cual Caton habia echado fuera de las puertas á causa de su opinion Cesariana. Sabiéndolo hostil, lo hacia guardar, como hemos dicho, por una parte de los habitantes, mientras el resto guardaba la ciudad.

Los fugitivos se informaron y supieron que los hombres que tenian delante eran cesarianos espulsados por Caton.

Entonces quisieron tratarlos como habian tratado á los habitantes de Pasade, pero los uticenses se armaron de palos y piedras, y animados con el ruido de la victoria de César, que habia llegado hasta ellos, rechazaron á los pompeyanos, los cuales entraron en

la ciudad furiosos y dispuestos á derramar sobre ella el esceso de su cólera.

En efecto, se lanzaron sobre las casas de mejor aspecto, las saquearon y mataron á una parte de sus habitantes.

Caton acudió allí en seguida, conjurándolos en nombre de la humanidad; pero la humanidad era una virtud completamente desconocida á los pompeyanos. Preciso le fué, pues, emplear con ellos otros argumentos:—hizo dar á cada uno cien sestercios y los despidió. Fausto Sila les dió por su parte otro tanto, se puso á su cabeza, y no sabiendo lo que le habia pasado á Juba, se dirigió con ellos hácia Zama, donde creia encontrarlo.

Digamos en seguida cuál fué la suerte de los demas pompeyanos.

Virgilio, viéndose sitiado por tierra y por mar, y habiendo muerto ó huido todos los suyos, se entregó á Rebilio bajo palabra.

Considio, que estaba en Tysdra con una guarnicion de gétulos y gladiadores, habiendo sabido por su parte la derrota de Scipion y la proximidad de Domicio, desesperó de conservar la plaza y huyó secretamente con algunos gétulos, los cuales lo degollaron en el camino para apoderarse del dinero que llevaba.

En fin, Scipion, que se habia retirado á las galeras esperando pasar á España, llevado de un lado á otro por la tempestad, fué arrojado al puerto de Hippona (Bona): atacado allí por la escuadra de Sitio, que se hallaba en la rada, trató de luchar, pero siendo inferiores sus buques, fueron todos echados á pique, desapareciendo bajo las olas cuantos sobre ellos se hallaban.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII

Hemos anticipado algunos acontecimientos para acabar con los principales gefes pompeyanos antes de llegar á Caton.

A la noticia de la derrota de Thapso y á la aparicion de los fugitivos, reinó en Utica la mayor agitacion; los habitantes, creyéndose mal defendidos por sus murallas, querian huir, y todos corrian por las calles como insensatos lanzando gritos. Pero Caton salió y detuvo á los que halló al paso. Les repitió tantas veces y tan bien, que las malas noticias se exageran siempre, y que segun todas las probabilidades el mal no era tan grande como se decia, que acabó por apaciguar el tumulto.

Caton habia formado un consejo de trescientos notables, escogidos entre los romanos establecidos en Africa á causa de sus negocios.

Se llamaba á aquel consejo los *Trescientos*.

Caton los invitó á reunirse en el templo de Júpiter, con todos los senadores presentes en Utica y los hijos de los senadores.

Mientras se formaba la asamblea, se dirigió él mismo al sitio indicado, y mientras que todo el mundo azorado corria acá y acullá con la mayor agitacion, él atravesó la ciudad con la mayor calma, con una actitud firme, llevando un registro que andando estaba hojeando. Aquel registro era un estado de los recursos para la guerra, máquinas, armas, víveres, arcos y soldados.

Así que todos estuvieron reunidos, Caton dirigió la palabra á los trescientos, alabó el celo y la fidelidad con que hasta entonces se habian distinguido, les escitó á que no perdieran la esperanza, y sobre todo, á que no se separaran para huir cada uno por su lado: segun decia Caton, huir de aquel modo era perderse todos. Les hablaba en estos términos:

—Si quedais unidos, César os respetará mas, y en caso de que les pidiérais cuartel, os lo concederia mas fácilmente. Ademas, examinad lo que teneis que hacer, os dejo dueños absolutos de vuestra conducta. Reflexionad, y tomad una resolucion; no vituperaré ninguno de los dos partidos que tomeis; si vuestros sentimientos cambian con la fortuna, atribuiré este

cambio á la necesidad ..... ¿Quereis hacer frente á la desdicha, arrostrar el peligro, defender la libertad? alabaré, admiraré vuestra virtud, y me ofrezco á ser vuestro gefe y á combatir á vuestro frente, hasta que probeis la fortuna, próspera ó adversa, de vuestra patria. Y á propósito de patria, vuestra patria no es Utica ni Andrumeta, es Roma, la cual mas de una vez y por efecto de su propia grandeza, se ha levantado despues de caidas mucho mas funestas. Os quedan varias alternativas de salvacion, varios motivos de tranquilidad. El principal es, que haceis la guerra contra un hombre que no obra segun su voluntad, sino impelido por las circunstancias, y á quien sus negocios arrastran á la vez á distintos puntos. España sublevada contra César, ha abrazado la causa del jóven Pompeyo. Roma no ha podido aceptar del todo un yugo al que no está acostumbrada. Se subleva contra la servidumbre y está pronta á levantarse al menor cambio. No huyais el peligro, pero que el ejemplo de vuestro enemigo os sirva de leccion; este, en vista de las mayores injusticias, prodiga todos los dias su vida, sin tener como teneis vosotros por objeto el fin de una guerra cuyo éxito es incierto, ó una vida dichosa si sois vencedores, ó la muerte mas gloriosa si fracasais en la empresa. Ademas, deliberad, rogando á los dioses que en premio de la virtud y del celo que os distingue hasta

ahora, lleven á buen fin las resoluciones que habeis adoptado.

Así habló Caton. No estuvieron de mas sus discursos ni su ejemplo para obrar en el ánimo de algunos de los circunstantes; pero el mayor número, sin embargo, al ver tanta nobleza de corazon; tantos pensamientos de humanidad y tanta intrepidez, olvidó el peligro de la situacion y consideró á Caton como un gefe invencible.

Se le dieron poderes omnímodos.

Todos decian:

—Mas vale morir obedeciendo á Caton, que salvar nuestra vida haciendo traicion á tan virtuoso varon.

Uno de los Trescientos propuso poner en libertad á los esclavos, y casi toda la asamblea aprobó la proposicion.

Pero, Caton se opuso, y dijo:

—Eso no es justo ni legítimo. Si los dueños mismos les dan libertad, recibiré en las filas de mi ejército con mucho agrado, los que tengan la edad de llevar las armas.

Entonces algunos se levantaron, diciendo:

—Damos la libertad á los nuestros.

—Está bien, dijo Caton, que se tome razon de estas declaraciones.

Se tomó razon de las declaraciones.

Entonces Caton recibió cartas de Juba y de Scipion.

Juba se habia refugiado en las montañas, no habiendo intentado todavía su fatal empresa contra Zama. Preguntaba á Caton lo que habia resuelto hacer. Le decia:

—Si debes abandonar á Utica, y venir á reunirte conmigo, te esperaré; si quieres sostener un sitio, iré á reunirme contigo con mi ejército.

En cuanto á Scipion, estaba anclado en un promontorio, no lejos de Utica, y allí esperaba el partido que iba á tomar Caton.

Caton detuvo á los mensajeros que le habian traido cartas, hasta que quedó muy asegurado del partido que los Trescientos habian de tomar.

Pero muy pronto el consejo se dividió en dos bandos.

Los senadores de Roma, quienes á cualquier precio querian sentarse en sus sillas curules, estaban llenos de entusiasmo y prontos para cualquiera acto de abnegacion.

Estos, despues del discurso de Caton, habian dado libertad á sus esclavos, y les habian incorporado en las filas.

En cuanto á los demas, eran mercaderes especuladores de objetos ultramarinos, ocupándose del giro y teniendo á sus esclavos como su principal riqueza.

Estos olvidaron pronto el discurso de Caton, y lo dejaron filtrar á través de su espíritu. Dice Plutarco:

"Hay cuerpos que pierden el calor tan pronto como lo reciben, y que se enfrian así que se les aparta del fuego. Así eran los hombres calentados con la presencia de Caton. Mientras Caton se hallaba presente, que lo tenian á la vista, que les hablaba, que los animaba, todo iba á las mil maravillas; pero así que los dejaba entregados á sus propias reflexiones, el temor que les inspiraba César borraba en su corazon todo el respeto que profesaban á Caton y á su virtud."

Y en efecto, hé aquí lo que decian aquellos hombres:

—En consecuencia, ¿quiénes somos y á quién rehusamos odedecer? ¿No es en César en quien se concentra en el dia toda la potencia romana? Ninguno de nosotros es en el dia ni un Pompeyo, ni un Scipion, ni un Caton. Somos mercaderes y no tenemos mas nombradía que la de honrados traficantes. No tenemos en política ningun puesto que ocupar, ¿De qué proviene, pues, que en un tiempo en que todos los hombres ceden al terror, y se ocultan mas de lo que deben, nosotros débiles, escogemos este tiempo para combatir en favor de la libertad de Roma, con la pretension insensata de sostener en Utica la guer-

ra contra aquel delante de quien Caton y el Gran Pompeyo han marchado en precipitada fuga, abandonándole el imperio del mundo? ¿Qué hacemos? Libertamos á nuestros esclavos para que combatan contra César, y nosotros, pobres esclavos, no nos queda mas libertad que la poca que plazca dejarnos á César. Curémonos de semejante locura, reflexionemos en lo que somos, y mientras sea todavía tiempo, recurramos á la clemencia del vencedor y pidámosle nos acoja con indulgencia.

Adviértase que eran los mas moderados los que así se espresaban; los demas no decian nada, pero esperaban la ocasion de echar mano á los senadores y entregarlos á César.

De modo que los mas honrados de aquellos dignos mercaderes, que hubieran mirado en tiempo de paz como una vergüenza el faltar á sus compromisos; los mas honrados, eran los que soñaban en un acto de cobardía.

XXVIII

Caton conocia á los hombres con quienes se las habia: por este motivo no quiso esponer á Juba y á Scipion al peligro que amagaba á los senadores y á él mismo, pues nada le probaba que si César hacia de la entrega de Caton una condicion de su clemencia, no dejarian de entregarlo, ya que se proponian entregar á los demas.

Les escribió á ambos que se mantuvieran alejados de Utica. Entonces Scipion pensó en irse á España, y Juba á su capital.

Se ha visto ya lo que les sucedió á los dos.

Mientras tanto ademas de algunos ginetes á quienes hemos visto saquear á Utica al pasar, y no alejarse sino llevándose cien sestercios de Caton y ciento por cada hombre á Sila, un cuerpo de caballería

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

considerable habia venido á guarecerse en los muros de Utica.

Conociendo los instintos mercaderes de los primeros, Caton habia mandado cerrar las puertas de la ciudad. Por este motivo, le enviaron á tres de ellos.

Unos querian ir á encontrar á Juba, otros querian incorporarse en el ejército de Caton, y los tres mensajeros tenian encargo de consultar á Caton acerca de lo que debian hacer.

Entre ellos habia un tercer partido, el cual sabiendo que los habitantes de Utica eran partidarios de César, temian entrar en la ciudad.

Solicitaban, pues, que Caton se dirigiera cerca de ellos. Pero caton estaba en la misma situacion que el Dante en Florencia, cuando viéndose en el caso de enviar á uno á Venecia, decia:

—Si me quedo, ¿quién irá? si voy, ¿quién se quedará?

En fin, encargó á Marco Rabrio quedara en Utica con objeto de vigilar á los Trescientos.

El reunió á los Senadores, salió de la ciudad con ellos, y se dirigió á la conferencia.

Durante su ausencia, Marco Rabrio debia recibir las declaraciones de liberacion de esclavos; se le habia encargado la mayor afabilidad con todos y que no obligara á nadie.

La oficialidad del cuerpo de caballería esperaba á

Caton con la mayor impaciencia. Conocia que aquel hombre era su última esperanza. Por su parte, él contaba con ellos.

Les conjuró teniendo que elegir entre él y Juba, que escogieran á Caton; que teniendo que tomar parte por Roma ó por Zama, escogieran á Roma. Les rogó que se agruparan en derredor de los senadores, quienes eran un poder político, si no eran defensa material. Podian entrar con él en Utica, plaza de fuertes murallas y difícil de tomar, ciudad bien provista de víveres y de municiones para algunos años, y sostenerla contra César como Marsella, la cual, sin tener todas estas condiciones, se habia sostenido.

Los senadores les dirigieron los mismos ruegos, con las lágrimas en los ojos, y los oficiales se retiraron para consultar con sus soldados acerca de lo que se habia dicho.

Esperándolos, Caton se sentó en una altura con los senadores. Hacia muy poco tiempo que estaban sentados, cuando se vió llegar á un ginete á rienda suelta.

Era Marco Rabrio que venia á participar que los Trescientos se habian pronunciado y habian sembrado la turbacion en la ciudad, cuyos habitantes sublevaban.

Esta sublevacion era la perdicion de los senado-

res: con este motivo estos empezaron á lamentarse y á suplicar á Caton.

En semejante tempestad, Caton era la única estrella que habia quedado pura y centellante, y cada náufrago remaba contra él.

Envió á Marco Rabrio á Utica, encargándole dijera en su nombre, en el nombre de Caton, á los Trescientos, que les rogaba esperasen su regreso antes de adoptar una resolucion.

Marco Rabrio partió. En aquel tiempo volvieron los oficiales y se espresaron en estos términos:

—No necesitamos ponernos al sueldo de Juba ni de volvernos númidas, aunque se suponga que sigamos á Juba. Ademas, no tememos á César mientras tengamos á Caton á nuestra cabeza. Pero nos parece peligroso encerrarnos en una ciudad con los uticenses, pueblo púnico y cuya lealtad nos es sospechosa.

Ahora están tranquilos,—los oficiales ignoraban lo que acababa Rabria de decir—están tranquilos ahora, pero así que César parezca, le ayudarán á atacarnos ó nos entregarán á él.

Ahora, si quiere Caton que nos incorporemos en sus banderas, es preciso que nos entregue la ciudad de Utica, para que hagamos con ella lo que nos plazca, y no le ocultemos nada de lo que pretendemos hacer; espulsaremos y degollaremos hasta el último

vecino, y entonces únicamente nos creeremos seguros dentro de sus murallas.

Caton convino interiormente en que aquellas condiciones eran las que debian imponer hombres celosos de su seguridad; pero eran bárbaros.

Sin embargo, contestó con su calma habitual, que deliberaria sobre el particular con los Trescientos, y volvió á entrar en Utica.

Pero ya los Trescientos habian arrojado la careta; seguros de las disposiciones de los habitantes, declararon resueltamente que no pelearian contra César, y algunos fueron hasta á decir á media voz que seria un acto de política apoderarse de los senadores, reteniéndolos presos hasta que aquel llegase. Caton no hizo caso de tales dichos, fingiendo no oirlos, y quizá, como era sordo, no los oyó en efecto.

En aquel momento fueron á anunciarle que los ginetes se retiraban.

Aquella era otra desgracia, pues temia que en cuanto ellos partiesen, los Trescientos cometiesen alguna violencia contra los senadores. Montó al punto á caballo y tornó á donde estaban.

Oficiales y soldados parecieron volverlo á ver con la mayor satisfaccion, recibiéndolo con demostraciones de alegría y exhortándolo á huir con ellos.

Pero Caton meneó la cabeza; tenia tomada interiormente otra resolucion. Luego, llenos los ojos de

lágrimas y tendiéndoles las manos, les suplicó que no abandonasen á los senadores; y viendo que á pesar de sus ruegos se disponian á partir, detuvo á varios por la brida del caballo, tratando de hacerlos dirigirse á Utica.

Algunos, en efecto, llegaron á compadecerse y prometieron demorar su partida hasta el dia siguiente, á fin de asegurar la retirada de los senadores.

Caton entonces los condujo hácia la poblacion, colocando á unos en las puertas y á otros en la ciudadela.

Los Trescientos tuvieron miedo y mandaron en seguida á suplicar á Caton que fuese á donde ellos estaban; pero los senadores por su parte se estrecharon á su alrededor, rogándole que no los abandonase y diciendo entre sí que seria abandonado á su vez, dejándolo ir á ver á aquellos hombres pérfidos y traidores.

"En efecto, dice Plutarco, en aquel momento la virtud de Caton era universalmente reconocida y todos los que se habian refugiado en Utica sentian hácia él el mismo amor y la misma veneracion, pues jamas se habia notado en su conducta la menor huella de artificio ó falsedad."

XXIX

Aquel desden de Caton por cuanto atañia á su persona, y sus contínuos sacrificios por los demas, procedian de que habia decidido, desde hacia largo tiempo, darse la muerte. Cuanto mas se cernia, por decirlo así, sobre aquella vida que iba á abandonar, tantos mas tormentos y dolores esperimentaba pensanto en los que iba á dejar entregados á las tempestades de la tierra.

Así, antes de poner en ejecucion aquel siniestro proyecto, resolvió proveer á la seguridad de todos los pompeyanos que estaban á su alrededor, y una vez cumplido ese deber, solo ya consigo mismo y con su génio vencido, librarse de la vida.

"Su impaciencia por morir, dice Plutarco, no podia ocultarse, aunque no dijese nada á nadie sobre el particular."

Empezó por tranquilizar á los senadores, y luego, para llenar hasta el fin los deberes que se habia impuesto, fué á ver á los Trescientos. Estos le dieron las gracias por la confianza que les mostraba y le suplicaron que los dirigiese en una resolucion que habian tomado, anunciándole, sin embargo, que dicha resolucion era irrevocable.

Querian enviar diputados á César.

—Ay! le dijeron, nosotros no somos como tú y entre todos juntos no tenemos la virtud de un Caton; compadécete, pues, de nuestra debilidad. Resueltos á enviar diputados á César, para tí será para quien primero imploremos su clemencia. Si no accedes á nuestras súplicas no aceptaremos tampoco gracia alguna para nosotros y combatiremos á tu lado hasta exhalar el último aliento.

Pero Caton, sea que no tuviese gran confianza en la fé púnica, ó que no quisiese arrastrar consigo tantos hombres á un abismo, les prodigó grandes elogios por la buena voluntad que le manifestaban, aconsejándoles al propio tiempo que enviasen cuanto antes diputados á César, a fin de asegurar sus vidas.

—Unicamente, añadió con una sonrisa triste pero resuelta, no pidais nada para mí. Los vencidos son los que deben implorar al vencedor, y los culpables pedir perdon; y yo por mí no solo he sido invencible toda mi vida, sino que aun hoy soy tan vencedor como he deseado, pues tengo sobre César la ventaja de la honradez y la justicia. El es el verdadero vencido, pues sus designios criminales contra la patria, que en otro tiempo negaba, hélos ahí públicamente reconocidos.

Los Trescientos no deseaban sino que Caton los instase. Así, despues de haberle oido, se decidieron á hacer su sumision á César.

La cosa era tanto mas urgente, cuanto que el vencedor marchaba sobre Utica.

—Bah! esclamó Caton al saberlo, parece que al menos nos trata como á hombres.

Despues, volviéndose hácia los senadores:

—Vaya, dijo, no hay tiempo que perder, amigos mios; se trata de que podais poneros en salvo mientras la caballería se halla aún en la ciudad.

En seguida dió órden de cerrar todas las puertas escepto las que daban al mar, distribuyó los buques entre los fugitivos, cuidó de que todas las operaciones del embarque se hicieran sin confusion, y aseguró á los que carecian de recursos alimentos grátis para todo el viaje.

Mientras se hallaba de tal modo ocupado, llegó á la vista de Utica otra fraccion del ejército de Scipion, compuesta de dos legiones mandadas por Marco Octavio.

Este acampó á cosa de media legua de las murallas, y desde allí hizo preguntar á Caton cómo pensaba arreglarse con él respecto al mando de la ciudad.

Caton se encogió de hombros sin contestar una palabra al mensajero, y despues, volviéndose hácia los que le rodeaban:

—¿Qué tiene de estraño, dijo, que nuestros asuntos estén tan desesperados, si vemos á la ambicion de mando sobrevivir hasta á nuestra misma pérdida?

En aquel momento fueron á anunciarle que la caballería partia, pero que, al hacerlo, saqueaba las casas, llevándose el dinero y los objetos preciosos de los ciudadanos como despojos ópimos.

Caton se lanzó inmediatamente á la calle, corriendo, uno tras otro, á los diferentes puntos donde tenia lugar el pillaje. Alcanzó á los primeros y les arrancó de las manos el botin que habian hecho.

Al punto los demas, avergonzados de su conducta, abandonaron lo que habian cogido, retirándose todos llenos de confusion y con los ojos bajos.

Embarcados ya sus amigos y fuera de la ciudad la caballería, Caton reunió á los uticenses á fin de suplicarles que se mantuviesen en buena armonía con los Trescientos, sin escitar unos ni otros al enemigo comun. Despues volvió al puerto, dirigió un

último adios á los fugitivos, que bogaban ya en alta mar, encontró á su hijo, que habia fingido estar dispuesto á marchar con los demás, pero que se habia quedado en tierra, lo felicitó por ello en vez de reprenderlo y se dirigió con él hácia su morada.

Vivian entónces con Caton en la mayor intimidad tres hombres, á saber: el estóico Apolónides, el peripatético Demetrio y un jóven llamado Statibio, que se jactaba de tener una fuerza de alma á toda prueba, pretendiendo que, sucediera lo que sucediera, no se mostraria menos impasible á todo que el mismo Caton.

Este solia reirse de aquella pretension del aprendiz de filósofo y decia á los otros dos.

—A vosotros toca, amigos mios, curar la hinchazon de ese jóven reduciéndola á sus verdaderas proporciones.

En el momento en que, despues de haber pasado una parte del dia y toda la noche en el puerto, volvia Caton á su casa, halló en ella á Lucio César, pariente de César, delegado por los Trescientos para ir á interceder en su nombre cerca del vencedor.

El jóven iba á suplicar á Caton que le ayudase á componer una arenga que conmoviese á César y diese por resultado la salvacion comun.

—Respecto á vos, le dijo, confiad en mí; cuando

le implore en favor vuestro tendré un placer en besar sus manos y abrazar sus rodillas.

Caton le interrumpió:

—Si quisiera deber la vida á la clemencia de César, le contestó, iria á verlo solo ..... Pero no quiero tener que agradecer nada al tirano en cosas sobre las cuales carece de poder alguno. ¿Con qué derecho, si no, concederia como un dios la vida á los que no dependen de él? Sentado eso, y exceptuado yo del perdon general, examinemos lo que puedes decirle en favor de los Trescientos.

Y ayudó á Lucio César á componer su discurso, despues de lo cual le recomendó sus amigos y su hijo.

—¿No volveré, pues, á veros cuando regrese? le preguntó el jóven.

—Probablemente habré partido, le contestó Caton.

Y lo acompañó hasta la puerta, donde lo despidió, regresando luego á su habitacion.

Una vez allí, como si hubiese empezado ya á hacer sus últimas disposiciones, llamó á su hijo, al cual prohibió mezclarse de ningun modo en los negocios del gobierno.

—El estado de las cosas, le dijo, no permite hacer nada que sea digno de Caton. Mas vale abstenerse absolutamente de todo, que hacer algo que sea indigno de nuestro nombre.

Al acercarse la noche se dirigió al baño.

Metido ya en él, se acordó del jóven filósofo Statilio.

—A propósito, querido Apolónides, dijo, no he vuelto á ver nuestro estoico, lo cual me prueba que habrá cedido á tus instancias y se habrá embarcado. Ha hecho muy bien, pero siento que se haya ido sin decirme adios.

—Bah! contestó Apolónides, no hay nada de eso; á pesar de cuanto le he dicho, se muestra mas obstinado é inflexible que nunca, declarando que permanecerá en Utica y que hará cuanto haga Caton.

—Ya veremos eso esta noche, replicó el filósofo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXX

A eso de las seis salió del baño, volvió á su casa y pasó al comedor acompañado de bastantes personas. Comió sentado, cumpliendo el voto que habia hecho en Farsalia de no acostarse sino para dormir.

Sus convidados aquel dia eran los amigos de costumbre y los principales magistrados de la ciudad.

Despues de la comida continuaron sirviendo los esclavos vinos diferentes. A Caton no le disgustaba un rato de conversacion mezclado con el paladeo de algunas copas. Su plática de aquella noche fué tranquila y discreta como lo eran habitualmente cuantas él presidia.

Se discutieron sucesivamente varias cuestiones filosóficas, y de unas en otras se llegó al exámen de lo que suele llamarse paradojas de los estóicos; por

ejemplo, que el hombre de bien es el único libre y que todos los malos son esclavos.

El peripatético Demetrio se pronunció naturalmente contra aquel dogma; pero entonces Caton, animándose, contestó todos sus argumentos con vehemencia; y con un tono de voz rudo y severo, y una acrimonia que demostraba cierta fiebre interior, sostuvo por tanto tiempo y con tal firmeza la lucha, que nadie dudó ya que habia tomado una resolucion y que estaba decidido á matarse.

Así, pues, apenas hubo terminado su febril monólogo,—los asistentes le escuchaban con la mayor atencion, casi con veneracion, sin atreverse á interrumpirle,—reinó un profundo silencio. Caton comprendió en seguida la causa de él y trató de distraer á sus amigos y desvanecer sus sospechas. Despues, volviendo á traer la conversacion al estado de las cosas en aquel momento, manifestó la inquietud que abrigaba por los que se habian embarcado, y sus temores, no menos vivos, respecto á los que habian emprendido el viaje por tierra á través de un desierto salvaje y sin agua.

Luego, una vez retirados los convidados de fuera, dió con sus amigos su habitual paseo,—su post-comida, como él la llamaba,—comunicando á los capitanes de servicio las órdenes requeridas por las circunstancias. Por fin, se retiró á su habitacion, abra-

zando á su hijo y á cada uno de sus amigos en particular, de un modo mucho mas afectuoso que de costumbre, lo cual aumentó todos los temores que aquellos tenian sobre lo que iba á suceder probablemente durante el resto de la noche.

Una vez acostado, cogió el diálogo de Platon sobre el alma,—*Phedon*,—y despues de haber leido una gran parte, dirigió los ojos hácia la cabecera de la cama.

Allí tenia habitualmente colgada su espada; pero esta no estaba allí.

Llamó á uno de sus esclavos y le preguntó por ella.

El esclavo no contestó y Caton volvió á entregarse á la lectura.

Al cabo de un instante alzó otra vez los ojos, y no viendo al esclavo volvió á llamarlo, sin cólera ni impaciencia.

—Te he preguntado por mi espada, le dijo.

—Sí, mi amo, le contestó el esclavo, pero no sé dónde está.

—Que la busquen y me la traigan, replicó Caton.

El esclavo salió.

Trascurrió bastante espacio de tiempo sin que nadie se presentara.

Entonces, por tercera vez, impaciente ya, llamó á sus esclavos, unos tras otros, diciéndoles con arrebato:

—Quiero saber dónde está mi espada, y mando que me la traigan.

Y como no le obedeciesen bastante aprisa, segun sus deseos, dió al que tenia mas inmediato tal puñetazo, que el desgraciado sirviente salió de la habitacion con la cara bañada en sangre.

Al mismo tiempo gritaba Caton:

—Desdichados mis esclavos y mi hijo, que quieren entregarme vivo á mi enemigo!

A aquellos gritos entró su hijo con los filósofos, y se arrojó á su cuello esclamando:

—Padre mio, en nombre de los dioses; querido padre, en nombre de Roma, no te mates!

Pero Caton lo rechazó é incorporándose sobre la cama:

—¿Cuándo, y en qué lugar, dijo con una severa mirada, he dado yo, sin percibirlo, pruebas de locura? ¿Por qué, si me hallo en el mal camino, nadie trata de desengañarme? ¿Y por qué, si estoy en el bueno, impedirme llevar á cabo mi resolucion, quitándome las armas? Y tú, generoso hijo, ¿por qué no haces sujetar á tu padre y amarrarle las manos á la espalda, á fin de que cuando llegue César le halle incapaz de defenderse? Ademas, ¿necesito acaso una espada para quitarme la vida? No: me basta retener el aliento hasta ahogarme, ó estrellarme el cráneo contra una pared.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A aquellas palabras el jóven no pudo contener el llanto, y temiendo que su padre le reprendiera por ello cual si fuera un crímen, se lanzó fuera de la habitacion sollozando.

Los demas circunstantes salieron detras de él.

Solo Demetrio y Apolónides quedaron con Caton,

Este entonces, mirándolos con ojos menos severos:

—Y vosotros, les dijo, ¿pretendeis tambien sujetar forzosamente á la existencia á un hombre de mi edad? ¿Y habeis venido á mi lado para guardar silencio, ó teneis algunas buenas razones con que probarme que careciendo ya Caton de otro medio de salvar su vida le es honroso el debérsela á César? Vaya, hablad, convencedme de esa hermosa máxima. Ya os escucho; hacedme cambiar de opinion, pues no deseo otra cosa. Disuadidme de las ideas en que he vivido hasta ahora, á fin de que, mas discreto, me adhiera á César. Aun no he tomado ninguna resolucion; no, pero una vez que la tome creo que seré dueño de llevarla á cabo. Voy á deliberar en cierto modo con vosotros sobre el particular. Hablad sin temor alguno y decid á mi hijo que no trate de alcanzar por la violencia lo que no puede conseguir sino por la persuasion.

Demetrio y Apolónides comprendieron que todo lo que podrian contestar no persuadiria á Caton. Salieron, pues, de la habitacion llorando y le enviaron su espada con un niño, con la doble esperanza, sin duda, de que la vista de la juventud en toda su flor, lo desanimaria, y que no pediria á aquel niño lo que hubiera pedido á un hombre hecho, esto es, que lo matara.

El niño fué portador de la espada, sin saber que lo que llevaba era la muerte, y le entregó el arma tan pedida.

Caton la cogió, la desenvainó, pasó el índice por la punta y el pulgar por el filo, y hallando la primera bastante aguzada y el segundo bastante cortante, dijo:

—Ahora soy dueño de mí mismo.

Despues, despidiendo al niño, puso la espada á su lado y se entregó de nuevo á la lectura.

Dos veces entonces, dicen, volvió á leer el *Phedon* por completo, y luego se durmió con un sueño tan prófundo, que los que velaban á la puerta le oian roncar.

A eso de media noche se despertó y llamó á dos de sus libertos, Cleanto, su médico, y Butas, su hombre de confianza para los negocios políticos.

Envió á este al puerto para asegurarse de que todo el mundo habia partido, con encargo de volver á darle noticia de ello y del estado del tiempo, y en seguida presentó al médico la mano derecha, que te-

nia hinchada á causa del puñetazo que habia dado al esclavo, mandándole que se la vendase.

Cleanto obedeció, y al punto corrió por toda la casa tranquilizando á todo el mundo, contando lo que habia pasado y diciendo:

—Si Caton quisiese morir, como creeis, no me hubiese mandado curarle la mano.

XXXI

Al poco tiempo llegó Butas, y le detuvieron en el vestíbulo para comunicarle la noticia que llenaba de alegría á la casa.

El creyó tambien, como los demas, que no habia ya nada que temer y entró en el aposento de Caton.

—Ah! dijo el filósofo, te esperaba impaciente.

—Héme aquí, contestó Butas.

—¿Has estado en el puerto? ¿Te has informado de lo que te dije?

—Sí.

—Y qué?

—Todos han partido, escepto Craso, que tuvo que despachar algunos negocios y se embarcará dentro de un instante.

—¿Y el tiempo?

—Hace mucho viento; la mar está terrible; es una verdadera tempestad.

—Ay! dijo Caton, pensando en los que se hallaban en el mar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego, pasado un instante:

—Vuelve al puerto, dijo á Butas; vé si ha quedado álguien en tierra, y caso de que necesiten auxilio avísame.

Butas tornó á salir.

A la hora en que los gallos empiezan á cantar, esto es, á eso de la una de la mañana, Caton volvió á dormirse por algunos instantes.

Esperaba el regreso de Butas.

Este regresó y le dijo que los alrededores del puerto estaban enteramente tranquilos.

Entonces Caton, que se habia levantado para recibirle, le mandó retirarse y cerrar la puerta de la habitacion, volviendo á echarse en la cama como para pasar en ella el resto de la noche.

Pero apenas se hubo cerrado la puerta detrás de Butas, sacó Caton la espada y se la hundió algo mas abajo de las costillas; sin embargo, la hinchazon de la mano y el dolor que esperimentaba en ella le impidieron darse un golpe bastante seguro para que la muerte le siguiera instantáneamente.

Luchando contra aquella muerte que no queria acudir y que en su lugar enviaba el dolor, Caton cayó de la cama al suelo, derribando una mesa que le servia para trazar figuras geométricas.

Al ruido que hizo aquel mueble al caer, los esclavos, que estaban junto á la puerta, dieron un gran grito.

El hijo y los amigos de Caton corrieron en seguida á su habitacion.

Allí hallaron al filósofo revolcándose en el suelo, todo cubierto de sangre; las entrañas le habian salido casi por completo fuera del cuerpo, y sin embargo, vivia aún, teniendo los ojos enteramente abiertos.

Entonces llamaron con grandes gritos á Cleanto, que se apresuró á acudir.

Mientras tanto, habian levantado á Caton y vuéltolo á colocar sobre la cama.

Cleanto examinó la herida: era horrorosa; pero no habia lesion alguna interior, é hizo seña de que tuvieran esperanza; despues hizo entrar las entrañas en el cuerpo y cosió la herida.

Todo aquello se habia efectuado durante un desmayo de Caton.

Pero empezó á volver en sí, y á medida que recobraba los sentidos iba teniendo conciencia de lo ocurrido. Entonces, furioso de ver que vivia aún, rechazó violentamente al médico, abrió la herida, hizo pedazos las entrañas con las manos y espiró.

La noticia de aquella muerte se esparció con espantosa rapidez. En menos tiempo del que hubiera sido preciso para enterar de ello á todos los que vivian bajo el mismo techo, los Trescientos, despertá-

dos en medio de la noche, estaban ya delante de su casa.

Un momento despues, todo el pueblo de Utica estaba reunido allí.

No se oian mas que gritos y clamores confusos. Todos, únánimes, proclamaban á Caton el bienhechor, el salvador, el único hombre libre, el único invencible, y eso en el momento misme en que se sabia que César se hallaba ya á pocas millas de la ciudad. Pero ni el deseo de adular al vencedor, ni el afan de tratar con él, ni las querellas que los dividian, pudieron debilitar el respeto que les inspiraba Caton. Echaron sobre su cuerpo sus mantos de mas precio, le hicieron exequias espléndidas, y no teniendo tiempo para quemarlo y recoger sus cenizas, lo enterraron á la orilla del mar en el mismo sitio en que en tiempo de Plutarco se veia aún una estátua suya con una espada en la mano. Solo despues de haberle tributado el último homenaje, se ocuparon de su salvacion y la de la ciudad.

Caton tenia cuarenta y ocho años.

Lo que se habia dicho de la proximidad de César era verdad. Sabiendo por los que se le presentaban, que Caton y su hijo se hallaban en Utica, sin parecer dispuestos á abandonarla, juzgó que aquellos hombres de corazon estoico meditaban alguna cosa de que él no podia darse cuenta, y como á pesar de

todo estimaba mucho á Caton, acababa de ordenar que se avanzase lo mas aprisa posible sobre la ciudad cuando fueron á participarle la muerte del filósofo con todos sus pormenores.

César escuchó con visible pesar la narracion de tan terrible agonía. Así que el que se lo referia concluyó su relato, esclamó César:

—Oh, Caton! te tengo envidia de tu muerte, porque tú la has tenido de mi perdon.

Caton dejó á un hijo y una hija. Al hijo lo hemos visto representar un papel sensible, en la muerte de su padre, y aquel papel lleno de dolor, me parece digno de escitar la simpatía para aquel jóven á quien abrumaba un gran nombre.

Ahora, los historiadores le echan en cara una pasion con que nadie ha inculpado á su padre: era muy afecto al bello sexo.

Citan como prueba de esta inculpacion su prolongada permanencia en Capadocia, cerca del rey Marfadates su amigo. Aquel monarca Marfadates tenia una mujer hermosísima que se llamaba *Psiquis*, es decir, alma.

Con este motivo decian de él y de Marfadates, el siguiente retruécano: Marfadates y Porcio, dos amigos con una sola *alma*.

Tambien decian: Caton es noble y generoso; tiene *alma* régia.

La causa de la rigidez con que se trataba al jóven, estribaba en la austeridad de costumbres de su padre.

Ademas, su muerte borró pronto el recuerdo de la ligera mancha con que empañaban su vida, que hubiera querido encontrar en la de Caton.

En Filipo, combatió en compañía de Bruto y de Casio, contra Octavio y Antonio. Viendo que el ejército á que pertenecia estaba derrotado, no quiso huir, ni ocultarse; pero desafiando á los vencedores, reuniendo unos cuantos fugitivos, hizo frente al enemigo y encontró la muerte en la pelea. Octavio y Antonio hicieron justicia al hijo de Caton, alabando su valor y el modo heróico con que murió.

Conocemos tambien á la hija del de Utica; es Porcia, la esposa de Bruto; la que se hirió con una navaja de afeitar para obtener el secreto de su marido; la que tomó parte en la conspiracion y, en fin, la que sabiendo que se habia perdido la batalla de Filipo y que habia muerto su esposo, se asfixió con carbones ardientes.

En cuanto á Estatilio, que habia jurado seguir en todo el ejemplo de Caton, se habia apoderado de la espada del muerto y se disponia á atravesarse el pecho con ella, cuando se lo impidieron los filósofos.

Tambien murió en Filipo con el hijo de Caton.

XXXII

Consideremos un instante el suicidio de Caton, que pasma de admiracion á todos los profesores de historia y que tenemos la desgracia de reducir á la mas simple espresion, es decir, que lo consideramos como un error motivado por esceso de orgullo.

El suicidio de Caton tuvo el defecto de no ser necesario; no podia ser provechoso; nunca el suicidio es útil.

Caton se mató por despecho y sobre todo por causa de disgusto. Aquel fugitivo que llegó hasta las puertas de Utica y que quiere saber de qué modo se valdrá para compartir el mando con Caton, aquel Marco Octavio, es la gota de agua, ó mas bien de heces que hace desbordar la copa demasiado llena. Supóngase á Napoleon envenenado en Fontaine-

bleau; le falta para la posteridad su fabuloso regreso de la isla de Elba y su apoteósis de Santa Elena. Todo se habia perdido en Asia y en Africa, es cierto; pero, sin embargo, todo podia arreglarse aún en España. Toda España estaba por Pompeyo: en otra ocasion habia acogido al fugitivo Sertorio y le habia defendido; acababa de dar hospitalidad á los dos hijos de Pompeyo y á los fugitivos de Thapso. Y quién sabe que si Caton hubiera estado en Munda, en donde César, como él mismo le dijo mas tarde, combatió, no para conseguir la victeria, sino para conservar su vida; quién sabe la suerte que hubiera cabido á César.

En el momento en que Caton se suicidaba, trece legiones en España, grababan en sus escudos el nombre de Pompeyo.

Pero, toquemos aún la famosa cuestion del suicidio entre los romanos. Juba, Petreyo, Metelo y, en fin, Caton, iniciaron esta cuestion; y el rígido Caton pareció darle cierta consagracion que dan los hombres notables á cuanto hacen.

Cien años mas tarde, el suicidio fué una de las plagas de Roma, y dispensó á los emperadores el cuidado de tener verdugos.

Despues del suicidio del cuerpo, vino el suicidio del alma.

La religion cristiana, la que por ventura, nos dispensa de admirar el suicidio de Caton, habia abierto un gran refugio contra el suicidio.—Los conventos.

Así que un hombre llegaba al supremo período de la desdicha, se hacia fraile: este era un medio de abrirse las venas, de asfixiarse, ó de levantarse la tapa de los sesos, sin matarse.

¿Quién asegura que M. de Rancé, encontrando muerta á Madama de Montbazon, no se hubiera ahorcado, ó arrojado por la ventana en lugar de arrojarse en aquella sublime sima que se llama la Trapa?

Plinio, á quien llaman el Antiguo, aun cuando no murió viejo, nació en Verona, en el año 23 de Jesucristo, murió en el año 79 en Pompeya, cuando la erupcion del Vesubio, á la edad de cincuenta y seis años; por consiguiente, Plinio el Antiguo es uno de los hombres que hay que consultar acerca del suicidio, hijo de la fatalidad. Dice lo que sigue:

"El hombre, animal miserable y orgulloso, á quien puede destruir en el vientre de su madre tan solo el olor del pábilo de una lámpara mal apagada; arrojado desnudo sobre la tierra desnuda; como lavado por sus gemidos y su llanto, las lágrimas son uno de sus privilegios. La risa no se le concede antes de cuarenta dias. No siente la vida sino por medio de suplicios y *su único crímen es haber nacido.* Solo

entre todos los animales, no tiene mas instinto que el de llorar. Solo él conoce la ambicion, la superstición, la inquietud causada por la amenaza de la muerte, y la preocupacion de lo que habrá despues de él. No hay animal cuya vida esté mas débil ni mas espuesta, que tenga los deseos mas vivos, cuyo temor sea mas intenso, cuya rabia esté mas furiosa; el mas pequeño de sus dolores no tiene comparacion con la mayor de sus alegrías. Su vida, ya tan corta, queda abreviada por el sueño que devora la mitad de ella; por la noche sin sueño que es un verdadero suplicio; por la infancia que vive sin pensar; por la vejez que no vive sino para padecer; por los temores, las enfermedades, los achaques; y aquella brevedad de la vida, es, sin embargo, el mayor de los dones que la naturaleza le haya concedido. Sin embargo, el hombre quisiera vivir mas, la pasion de ser inmortal le atormenta; cree que tiene alma; espera otra vida; adora á los Manes; cuida de los restos de su semejante. ¡Ensueño infantil! Si se sobrevive á sí mismo, nunca habrá descanso para él. *El mayor bien de la vida, la muerte pronta é imperiosa*, nos seria arrebatado, ó bien se nos haria cruel, ya que no haria mas que conducirnos á nuevos dolores; privados del bien supremo que seria el de no nacer, no nos quedaria el único consuelo que pueda dársenos: el de volver á la nada. *No, el hombre vuelve al lugar*

de donde salió: es despues de la muerte lo que era antes de nacer."

¿Hay algo de mas desesperante y mas propenso al suicidio que la moral de Plinio acerca de la nada?

¡Cuán lejos de eso está el dulce consuelo de la religion cristiana prometiéndonos otra vida!—Cuán lejos está la condenacion del suicidio, reasumida en un verso de Shakespeare:

Unico crímen sin perdon, no teniendo arrepentimiento.

Plinio añade: "El culto de la Muerte era el mas invocado de todos los dioses."

Efectivamente, aquel culto se hizo universal.

Los suicidas tienen eternamente en boca los nombres de Caton y de Bruto, y con aquellos dos nombres, como á dos columnas de mármol negro, sellan ambas hojas de la puerta del abismo sin fondo que visitó Virgilio veinte años antes que ellos, y que debe visitar Dante mil doscientos años despues.

Existia en la muerte de los antiguos una funesta voluptuosidad que hacia que se precipitasen con ardor fuera de una vida en la que el placer estaba sin pasion y sin alegría.

De modo que, veanse á los emperadores que todo lo pueden:—¿En qué se entretienen, salvo algunas pocas escepciones? En cabar el abismo de locura y depravacion en el que se sumergian. Al mismo tiem-

po que Heliogábalo está preparando el suicidio de su cuerpo haciendo tejer un lazo de seda color de púrpura para estrangularse, haciendo empedrar un patio con pórfido para romperse la cabeza cayendo sobre ello, haciendo barrenar una esmeralda para que en el hueco se encierre un veneno activo, mataba su alma revolcándose en la disipacion y en la sangre.

Si adoptamos tan horrible conclusion de Plinio y si los romanos la hubieran adoptado, si la muerte fuera el supremo bien y la vida el estremo dolor, ¿por qué hemos de vivir, ya que podemos morir tan fácilmente? Por esto, segun dice Plinio, el suicidio es el consuelo de Roma, y *desgraciados de los dioses inmortales*, esclama, *que no tienen contra la desdicha aquel supremo recurso que el hombre tiene en su mano.*

Es verdad que á su vez Lucano le apoya, ó mas bien, el se apoya en Lucano; aquel Lucano que niega la Providencia, que dice que todo se hace por la casualidad y considera á la muerte como un tan gran bien, y hace de la muerte la recompensa de los hombres virtuosos.

Mors utinam pavidos vitæ subducere nolles,
Sed virtus te sola daret!

La muerte que tanto decanta, no por lo que libera la vida del cautiverio terrestre del cuerpo sino porque adormece la parte inteligente del hombre, no

porque conduce á su sombra á los campos Elíseos, porque apaga la llama de su pensamiento en el apático descanso del literato.

Y Séneca, no menos desesperante que Plinio y Lucano con su frase *ex nihilo nihil*, dice:

"De la nada, nada; todo vuelve á la nada de donde salió. Me preguntais á dónde van á parar las cosas creadas: van adonde van las cosas no creadas. *Ubi non nata jacent.*"

Seguramente que no piensa de este modo el Cisne de Mantua, Virgilio el cantor de los pastos, de los campos y de los generales, el poeta precursor. Esclama en sus Geórgicas:

—*Dichoso aquel que conoció el orígen de las cosas, y que arrojó bajo sus piés el estrépito del avaro Aqueronte.*

Despues, cuando ve de lejos á los suicidas y los contempla tan cruelmente castigados, *que quisieran en el mismo cielo sufrir la cruel pobreza y sufrir los duros trabajos de la tierra.*

Quam vellent æthere in alto
Nunc et pauperiem et duros perferre labores

¿De qué suicidas queria hablar Virgilio á no ser de Caton y de Bruto?

Vease el inmenso paso que ha dado el ateismo entre Virgilio y Lucano, es decir en el espacio de me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dio siglo; entre Virgilio, que habiendo entrevisto la luz eterna quiere conocer las causas de las cosas, está constantemente atormentado por el estrépito de aquel avariento Aqueronte que corre debajo de sus piés, que impone á los suicidas tales tormentos, que quisieran volver á la tierra, aunque con la condicion de cargar con el peso del dolor; y Lucano que hace del suicidio la suprema virtud, que en recuerdo de la muerte de Petreyo y Juba, en su combate supremo, manifiesta á los dos frenéticos que se están convidando con el encanto de un asesinato mútuo, reciben estocadas y cuchilladas con la mayor ventura y los devuelven con gratitud.

Et cum cui vulnera prima
Debebat grato moriens interficit ictu

Por esto el suicida Caton le inspiró su mas hermoso verso:

Causa diis victrix placuit, sed victa Catoni.

La causa vencedora plugo á los dioses, mas la causa vencida plugo á Caton.

XXXIII

De modo que durante los emperadores, el suicidio vino á ser el gran remedio de todos los males, el cúralo-todo de todos los dolores: fué el consuelo del pobre, la venganza del proscrito harto de su cautiverio, la fuga del alma de su prision.

Fué el remedio universal hasta para el hastío, y la saciedad del rico.

El hombre del pueblo carecia de pan; qué hacia? preguntádselo á Horacio: envolvia su cabeza en su capa desgarrada, y desde lo alto del puente Fabricio se arrojaba al Tíber.

El gladiador no encontraba la muerte en el circo con la prontitud que esperaba: qué hacia? preguntádselo á Séneca: mete la cabeza entre las llantas del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dio siglo; entre Virgilio, que habiendo entrevisto la luz eterna quiere conocer las causas de las cosas, está constantemente atormentado por el estrépito de aquel avariento Aqueronte que corre debajo de sus piés, que impone á los suicidas tales tormentos, que quisieran volver á la tierra, aunque con la condicion de cargar con el peso del dolor; y Lucano que hace del suicidio la suprema virtud, que en recuerdo de la muerte de Petreyo y Juba, en su combate supremo, manifiesta á los dos frenéticos que se están convidando con el encanto de un asesinato mútuo, reciben estocadas y cuchilladas con la mayor ventura y los devuelven con gratitud.

Et cum cui vulnera prima
Debebat grato moriens interficit ictu

Por esto el suicida Caton le inspiró su mas hermoso verso:

Causa diis victrix placuit, sed victa Catoni.

La causa vencedora plugo á los dioses, mas la causa vencida plugo á Caton.

XXXIII

De modo que durante los emperadores, el suicidio vino á ser el gran remedio de todos los males, el cúralo-todo de todos los dolores: fué el consuelo del pobre, la venganza del proscrito harto de su cautiverio, la fuga del alma de su prision.

Fué el remedio universal hasta para el hastío, y la saciedad del rico.

El hombre del pueblo carecia de pan; qué hacia? preguntádselo á Horacio: envolvia su cabeza en su capa desgarrada, y desde lo alto del puente Fabricio se arrojaba al Tíber.

El gladiador no encontraba la muerte en el circo con la prontitud que esperaba: qué hacia? preguntádselo á Séneca: mete la cabeza entre las llantas del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carro que le conduce, y la rueda, al dar la vuelta, le rompia el espinazo.

Se envidiaba, se glorificaba y se admiraba á aquellos que con sus cuerpos defraudaban á Tiberio ó á Neron.

Cremonio Cordo, acusado bajo el reinado de Tiberio, se deja morir de hambre, y hay pública alegría al ver que los lobos devoradores que esperaban tragarle tienen que dejar en la inaccion á sus dientes agudos.

Petronio, invitado por Neron á morir, se tiende en un baño y se hace abrir las venas, habla con sus amigos, recuerda que tiene un magnífico vaso *murrino* el que ha de heredar Neron si se descuida: se hace vendar brazos y piernas, hace traer el vaso, le hace romper en mil pedazos en su presencia, y haciéndose quitar los vendajes, muere lleno de alegría por aquella pequeña venganza.

Hasta el hombre hastiado busca en la muerte un lenitivo á su disgusto. *Fastidiose mori,* dice Séneca.

A este autor, sobre todo, es á quien es preciso estudiar en el particular; cualquiera cree al leerlo que él tambien apurará un dia la amarga voluptuosidad del suicidio.

Roma padece *spleen;* ese dios fatal que se cierne sobre Lóndres,—Lóndres carece de conventos des-

de Enrique VIII,—ese dios fatal, decimos, acostado sobre un lecho de niebla, tiene altares en Roma.

"Hay, dice Séneca, una estraña manía de la nada, una fantasía de morir, una inclinacion loca hácia el suicidio; los cobardes no se libran de ella, viéndose atacados de la enfermedad lo mismo que los valientes; unos se matan por desprecio de la vida; otros por cansancio de ella; otros, en fin, se aburren pura y simplemente de hacer todos los dias la misma cosa, repitiendo hoy lo de ayer y mañana lo de hoy.

"Y, en efecto, ¿no debe ponerse un fin á tan monótona existencia?

"Despertar, volver á dormir; tener frio, tener calor; nada concluye; el mismo círculo da vueltas sin cesar.

"La noche sucede al dia; el estío trae el otoño; el invierno la primavera: siempre lo mismo; todo para volver; nada hay nuevo bajo el sol."

En fin, muchos mueren, ó mas bien, se matan, no porque la vida les sea dura, sino por considerarla supérflua: *Quibus non vivere durum, sed superfluum.*

De tal modo se ha convertido el suicidio en un accidente de la vida, accidente previsto, ordinario, que se discute, se razona y se aconseja sobre él.

Pasa por la imaginacion de un hombre la idea de matarse; sin embargo, no está aún completamente decidido. Entonces reune á sus amigos, los consulta

y hace lo que resuelve la mayoría. La mayoría ha votado el suicidio.

—Imposible, direis, que se llegue á tal grado de inmoralidad.

Ejemplo.—Este ejemplo nos lo proporciona el mismo Séneca:

"Atacado Tulio Marcelino de una enfermedad larga y dolorosa, pero no incurable, tuvo idea de matarse y, en su consecuencia, reunió algunos amigos. Unos, *cobardes y tímidos*, le daban el consejo que se hubiesen dado á sí mismos; otros, verdaderos aduladores, le daban el que creian que deseaba Marcelino.

"Pero, continúa Séneca, un estóico, amigo nuestro, hombre superior y animoso, le habló de muy diferente modo.

—"No te afectes, Marcelino, le dijo, como si se tratase de una cuestion importante. ¿Es un bien tan grande el vivir? Los esclavos y los animales viven tambien. El gran negocio es morir con discrecion y valor. ¿No vives hace ya bastante tiempo? El alimento, el sueño y el placer de los sentidos, ¿no son siempre los mismos? Se puede querer morir, no solo por *razon*, por valor, por *cansancio*, por sufrimiento, sino tambien por fastidio....."

Lectores cristianos, ¿qué decís de ese hombre superior y animoso, de ese amigo de Marcelino?

Esperad; no es eso todo, y el filósofo no se contenta con lo referido.

Los esclavos titubean en satisfacer el deseo de su señor. El los anima, los impulsa, los escita.

—Vaya, dice, ¿qué miedo es el vuestro? Los esclavos no tienen nada que temer cuando su señor muere voluntariamente. Os prevengo que igual crímen es en el esclavo el matar á su amo que el impedirle que se mate.

¿Creeis que Séneca nos cita ahí un ejemplo aislado.

Nada de eso.

La tia de Libon aconseja á su sobrino que se mate; la madre de Mesalina se lo aconseja á su hija; Atico anuncia su muerte á su familia; el retórico Albucio Silo arenga al pueblo y le espone los motivos que le determinan á quitarse la vida; Coceyo Nerva se mata á pesar de Tiberio; Tráseas da un ejemplo admirado por Tácito.

"Es un hecho, dice Montesquieu, que los hombres se han hecho menos libres y menos animosos desde que no saben librarse de cualquier poder por medio del suicidio."

Es verdad que en su obra "De la Grandeza y de la Decadencia de los romanos," Montesquieu parece echar de menos los combates de los gladiadores.

Véase si no lo que sigue:

"Desde el establecimiento del cristianismo los combates se hicieron raros. Constantino prohibió que los hubiera. Honorio los abolió completamente, y posteriormente hicieron lo mismo Teodorico y Oton de Freisingen. Los romanos solo conservaron de sus antiguos espectáculos lo que podia debilitar el valor y servir á la voluptuosidad."

Sin embargo, todos aquellos filósofos eran discípulos de las escuelas griegas, y los griegos prohibian el suicidio.

"Pitágoras, dice Ciceron,—*De Senectute*,—nos prohibe abandonar nuestro puesto sin órden del general, esto es, de Dios."

Ya veremos mas tarde que el pobre Ciceron, que durante toda su vida no habia brillado por el valor, no por eso muere menos mal.

Platon, en aquel Phedon que Caton leia antes de matarse, era del parecer de Pitágoras.

Bruto, el mismo Bruto que se matará tambien, juzga por espacio de mucho tiempo la muerte de Caton como indigna de él y como irreverente hácia los dioses.—Sin embargo, una vez perdida la batalla de Filipos, seguirá el ejemplo dado por Caton despues de la batalla de Thapso.—Así, toda esa sangre que corre y va á inundar á Roma durante tres siglos, sale de las entrañas de Caton.

Ahora, admire á ese filósofo quien quiera.

XXXIV

La antigua república habia muerto con Caton, César habia recogido su último suspiro.

Podia perseguir inmediatamente á los pompeyanos y pasar á España al par de ellos; pero juzgó nesaria su presencia en Roma.

Señaló su vuelta con una arenga magnífica; habló de su victoria como si quisiera hacérsela perdonar y dijo que el país en que acababa de triunfar era tan estenso, que el pueblo romano sacaria de él todos los años doscientos *medimnos* áticos de trigo y tres millones de libras de aceite.

Aquel triunfo de César fué un espectáculo terrible y maravilloso á la vez.

Habia llevado de las Galias á Vercingetorix—á quien hemos visto arrojar sus armas unas tras otras

á los piés de César é ir á sentarse despues á las gradas de su tribunal,—de Egipto á Arsinoe,—la jóven hermana de Cleopatra, huida del palacio de aquella con Ganímedes,—y de Africa al hijo del rey Juba.

Este último debió á aquel suceso un estraño cambio de condicion y de nombre. Nacido bárbaro y númida, llegó á ser uno de los mas sabios historiadores griegos.

César triunfó por sus victorias en las Galias, en el Ponto, en Egipto y en Africa.

De Farsalia no se dijo ni una palabra.

Aquella misma noche fué degollado Vercingetorix.

Las fiestas duraron cuatro dias. El cuarto, César, con las mejillas llenas de colorete, sin duda para ocultar su palidez, cubierta la cabeza con un sombrero de flores, y calzados los piés con pantuflas encarnadas, inauguró la plaza pública, que á causa de su nombre fué llamada Julia. Despues el pueblo lo acompañó á su morada, entre cuatro elefantes que habia cogido á Scipion y los cuales llevaban hachas y antorchas.

Despues del triunfo vinieron los regalos.

César distribuyó á los ciudadanos seis medidas de trigo y trescientos sestercios por cabeza; cada soldado recibió veinte mil sestercios. Despues convidó á todos, ciudadanos y soldados, á un gigantesco festin

en el cual se dispusieron veintidos mil mesas de á tres camas cada una; en cada cama podian colocarse cinco personas, y eso da un total de trescientos treinta mil convidados.

Despues sació de espectáculos á aquella multitud harta de carne y vino.

Hizo construir un anfiteatro para dar cazas y en una de ellas apareció por primera vez el camaleopardo (la girafa),—animal que los antiguos miraban como fabuloso, y cuya existencia negaron los modernos, hasta que Laveillant envió uno desde las orillas del rio Orange.—Allí hubo combates de gladiadores y cautivos, de infantes y ginetes y de elefantes: en el Campo de Marte, trasformado en naumaquia, hubo un combate naval en el cual pelearon jóvenes nobles; en todos fueron numerosas las víctimas. Preciso era dar á todos aquellos romanos que no habian podido asistir á las batallas de Farsalia y Thapsa, una idea de lo que habian sido aquellas inmensas matanzas.

Varios caballeros bajaron al circo y pelearon como gladiadores: el hijo de un pretor se hizo mirmillon. [1] César impidió que combatiese un Senador.

"Preciso era, dice Michelet, dejar algo para los tiempos de Domiciano y Cómmodo."

1 Gladiador armado á lo gale.

Y sobre todas las calles, y las plazas, y la naumaquia, y el anfiteatro, se estendia por primera vez el *Velarium*, destinado á librar á los espectadores de los rayos del sol. César habia llevado á Roma aquella innovacion, tomada de los pueblos de Asia.

Pero, ¡cosa estraña! en vez de agradecerle aquella inmensa cantidad de oro que le arrojaba á manos llenas, el pueblo se quejaba de tal profusion y gritaba á voz en cuello: "Lo ha adquirido malamente y por eso lo gasta de un modo loco." Hasta los mismos soldados se amotinaron por idéntica causa, y aquella especie de revuelta duró hasta que César se presentó en medio de ellos, y cogiendo personalmente á uno de los sediciosos lo hizo ejecutar en el acto:

César asistió á todas las fiestas espresadas, y hasta á las farsas del teatro. Mas aún; habia en Roma un viejo caballero romano llamado Laberio, que hacia piezas, y le obligó á representar él mismo en una de ellas. El pobre anciano dirigió algunos versos al pueblo para esplicarle su tardía aparicion en el teatro.

"Ay! decia, á lo que me ha impelido la necesidad casi en mi dia postrero. Despues de sesenta años de vida honrada, haber salido de mi casa caballero y volver á ella histrion! Oh! he vivido un dia de mas."

De ese regreso de César á Roma debe datar todo historiador inteligente la era del Imperio. Con ese regreso comienza la invasion de los bárbaros que sumergirá á Roma.

Desde el principio de la guerra civil, apreciando á aquellos hombres, tan difíciles de vencer como enemigos, y tan francos y fieles como aliados, César ha dado el derecho de ciudad á todos los galos nacidos entre los Alpes y el Eridan. Despues de Farsalia y Thapsa, en recompensa de los servicios que le han prestado, los nombra senadores. Hace colegas de Ciceron á centuriones, soldados y hasta libertos.

Entonces fué cuando se fijó en Roma aquella célebre recomendacion:

"Se ruega al público que no indique á los Senadores el camino del Senado."

Ademas de las canciones que ya conocemos sobre Nicomedes y el vencedor *calvo*, se cantaban otras cuyos versos decian:

"César conduce á los galos detras de su carro, pero es para llevarlos al Senado: han dejado el trage celta por la laticlava."

No sin razon obraba César de aquel modo; queria hacerse dar todos los honores y todos los poderes, y sabia que semejante senado no le negaria nada. Así, le concedieron por aclamacion, como se dice hoy: facultad para juzgar á los pompeyanos, derecho de paz y guerra y poder para distribuir las provincias (escepto las llamadas populares) á los pretores, con tribunado y dictadura: así tambien fué proclamado *pa-*

dre de la patria y *libertador del mundo*. Sus hijos,—ya sabemos que aparte de Cesarion, de nacimiento dudoso, no habia tenido ninguno,—fueron declarados *imperatores*. Encima de una estátua de bronce que representaba á la Tierra, se colocó la suya con esta inscripcion: *Al semi-dios*. En fin, el seductor calvo, el hombre que habia vencido á los galos, pero que habia sido vencido por Nicomedes, fué nombrado *reformador de las costumbres;* ¡y no hacia aún un año que habia alojado bajo el techo conyugal, al lado de su mujer Calpurnia, á la bella Cleopatra con su esposo de once años y aquel hijo que se le atribuia tan públicamente que se llamaba Cesarion! ¡y Helvecio Cinna, tribuno del pueblo, preparaba una ley que le permitiria casarse con cuantas mujeres quisiese, á fin de tener herederos!

No es eso todo: el cambio se verifica á la vez en las cosas materiales, políticas é intelectuales. El inmutable Pomœrium retrocede, no ya ante un decreto del senado, sino por la voluntad de un solo hombre. El almanaque no está acorde con la revolucion del año; se cuentan aún los meses por la luna; César ha conferenciado sobre esa irregularidad, con los sábios egipcios, y en lo sucesivo el año tendrá trescientos sesenta y siete dias.

La naturaleza y el clima mismo son vencidos: la girafa de Abisinia y el elefante de la India van á hacerse matar bajo un bosque mobible en el circo romano: los buques combaten en tierra, y si Virgilio hubiese cantado ya las mieses y los pastores, no llegaria á estrañarse ya ver pacer un dia los ciervos en los aires.

"¿Quién osará contradecir, esclama Michelet, á aquel á quien la naturaleza y la humanidad no han negado nada, á aquel que á su vez no ha negado nada á nadie,—ni su poderosa amistad, ni su dinero, ni aun su honor?—Venid, pues, todos, de buen grado, á declamar, combatir, cantar, morir en esa bacanal del género humano que se agita en torno de la engalanada cabeza del Imperio. La vida y la muerte es todo uno. El gladiador se consuela mirando á los espectadores.—El Vercingetorix de los galos ha sido estrangulado esta noche despues del triunfo. ¡Cuántos otros de los que están aquí van á morir en breve!—¿No veis junto á César á la graciosa víbora del Nilo? Su esposo de diez años es su Vercingetorix; tambien lo hará perecer.—¿Y no percibís tambien al otro lado del dictador el macilento rostro de Casio y el angosto cráneo de Bruto, pálidos ambos bajo sus blancas togas bordadas de un rojo color de sangre?".....

Pero en medio de las fiestas y los triunfos, César recuerda la España rebelada; sus tenientes lo llaman allí á gritos.

Esperad; César tiene aún una última cosa que hacer: el censo del Imperio.

El último habia arrojado trescientos veinte mil ciudadanos; el de César no da mas que ciento cincuenta mil.—Ciento setenta mil habian perecido con la guerra civil y las plagas que habian afligido á la Italia y á todas las provincias.

Terminado el censo, pensando César que la guerra, devoradora de hombres, habia durado ya demasiado tiempo, salió de Roma y en veintisiete dias llegó delante de Córdoba.

XXXV

En aquellos veintisiete dias compuso un poema titulado *el Viaje*.

Ya durante su presencia en Roma se habia entretenido en contestar al elogio de Caton por Ciceron, escribiendo un folleto intitulado: *el Anticaton*.

Varias veces hemos tenido ocasion de citar ese folleto; su fecha precisa es entre las guerras de Africa y España.

Antes, en un viaje que habia hecho á través de los Alpes, habia dedicado á Ciceron dos volúmenes sobre gramática y ortografía.

César tenia inteligencias en Córdoba, en la cual se hallaba el hijo menor de Pompeyo, Sexto; mientras el mayor, Cneo, sitiaba la ciudad de Ulia.

Apenas habia llegado, cuando algunos hombres salidos de la ciudad le anunciaron que le seria fácil

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apoderarse de ella, atendido que nadie sabia aún su presencia en España.

En seguida espidió correos á Quinto Pedio y Favio Máximo, que eran sus tenientes en la provincia, á fin de que le enviasen caballería del país.

Dichos enviados hallaron modo, ademas, de hacer saber á los habitantes de Ulia que César habia llegado.

Al momento, del propio modo que habian acudido enviados de la ciudad de Córdoba, vinieron otros de la de Ulia. Habian pasado, sin ser descubiertos, á través del campamento de Cneo Pompeyo é iban á suplicar á César que los auxiliase lo mas pronto posible, atendido que eran sus fieles aliados.

César hizo partir seis cohortes y otros tantos ginetes como infantes á las órdenes de Junio Pacheco, capitan español esperimentado y conocedor del país.

Para volver á atravesar el campamento de Pompeyo, escogió Pacheco el momento en que estallaba una tempestad tan violenta, que á distancia de cinco pasos era imposible distinguir á los amigos de los enemigos. Habia ordenado sus hombres en dos hileras, á fin de ocupar el menor espacio posible y empezaba á entrar en el campamento cuando un centínela le gritó:

—¿Quién vive?

—¡Silencio! contestó Pacheco; somos un destacamento que va á tratar de sorprender la ciudad.

El centinela, sin sospechar nada, dejó pasar á Pacheco, el cual atravesó todo el campamento sin esperimentar ninguna otra dificultad.

Llegados á las puertas de Ulia, hicieron la señal convenida de antemano; entonces se unió á ellos una parte de la guarnicion y reforzados de aquel modo, dejando atras una fuerza respetable para sostenerlos en caso de retirada, se lanzaron sobre el campamento de Pompeyo, introduciendo en él tal desórden, que Cneo, ignorante de la llegada de César, lo creyó todo perdido durante algunos momentos.

César, por su parte, para obligar á Cneo á levantar el sitio de Ulia, marchó contra Córdoba, poniendo un infante á la grupa de cada ginete.

Los habitantes, que creian no tener que habérselas mas que con estos últimos, hicieron una salida; pero cuando ambas fuerzas estuvieron cerca, los infantes echaron pié á tierra y los hombres de César se hallaron ser en doble número de los que al pronto parecian.

Entonces infantes y ginetes se lanzaron sobre los pompeyanos, y los envolvieron de tal modo que, á pesar de haber salido de la ciudad algunos miles, solo consiguieron volver á entrar en ella algunos cientos.

Los que pudieron contarse en ese número anunciaron que César habia llegado y que acababan de ser derrotados por él mismo.

Sexto Pompeyo espidió en seguida correos á su hermano, á fin de que levantase el sitio de Ulia y fuese á reunirse con él antes que César tuviese tiempo de atacarle en Córdoba.

Cneo se reunió á su hermano con el corazon lleno de rabia, pues en pocos dias mas hubiera tomado á Ulia.

En fin, despues de algunas escaramuzas, César acampó en la llanura de Munda; preparándose á sitiar la ciudad y combatir al mismo tiempo á Cneo Pompeyo, si este queria aceptar la batalla.

A eso de media noche llegaron sus corredores á anunciarle que Pompeyo parecia querer aceptarla en efecto.

César hizo desplegar el estandarte encarnado.

A pesar de lo ventajoso del punto en que se hallaban acampados los pompeyanos, fué aquello para el ejército de César un gran motivo de alegría.

Los pompeyanos, en efecto, estaban acampados en una colina y contaban ademas con la ciudad de Munda, en la cual tenian guarnicion; entre ellos y el campamento de César se estendia una llanura de cinco cuartos de legua; dicha llanura estaba atravesada por un arroyo, el cual hacia mas fuerte aún la

posicion de los pompeyanos, pues se habia desbordado y formado en la orilla derecha una especie de pantano.

Viendo César al amanecer, al enemigo formado en batalla en lo alto de la colina, creyó que bajaria á la llanura, donde su caballería tendria espacio en que estenderse.

Hacia un tiempo magnífico, un verdadero tiempo de batalla, y todo el ejército cesariano se alegraba del combate, aunque ciertos estremecimientos pasasen por los corazones, pensando que aquel dia iba á decidir de la fortuna de ambos partidos.

César anduvo la mitad del camino esperando que los pompeyanos hiciesen otro tanto; pero estos no quisieron alejarse mas que un cuarto de legua de la ciudad, á fin de servirse de ella, en un caso, como de un baluarte.

César hizo precipitar la marcha á sus soldados y llegó al arroyo.

Sus enemigos podian disputarle el paso, pero no lo hicieron.

El ejército pompeyano se componia de trece legiones, seis mil soldados de infantería ligera y otros tantos aliados; la caballería estaba colocada en las alas.

César solo tenia ochenta cohortes de infantería pesada y ocho mil caballos. Es verdad que contaba

con una diversion que debia efectuar el rey Bogud. —Creemos haber dicho ya que este era el mismo á quien los romanos llamaban Bocco, y el cual estaba casado con aquella reina Eunoe, de la cual habia sido amante César.

Llegado este á la estremidad de la llanura, prohibió á sus tropas el seguir adelante; los soldados obedecieron de mala gana.

Como en Farsalia, César habia dado por santo y seña *Vénus Victoriosa*. Pompeyo por su parte *La Piedad*.

El alto mandado por César aumentó el valor de los pompeyanos, pues creyeron que tenia miedo, y decidieron empeñar en seguida el combate, á fin de aprovechar la ventaja de la posicion.

César tenia, segun costumbre, la famosa legion décima en el ala derecha, y la tercera y la quinta á la izquierda, con las tropas auxiliares y la caballería.

Viendo el movimiento de los pompeyanos, los soldados de César no pudieron contenerse; franquearon la línea que su gefe les habia trazado y se lanzaron sobre las primeras filas; pero allí esperimentaron una resistencia, que no estaban habituados á encontrar.

Todos los hombres que llevaba César consigo: aquella décima legion con la cual se habia paseado por el mundo antiguo; aquellos viejos soldados que

le seguian en sus marchas, mas mortíferas, por su rapidez, que las batallas mismas; aquella legion de la Alondra, formada en las Galias, que por un momento habia esperado saquear á Roma, como habian hecho sus antepasados en tiempo de Camilo, que César habia alejado de allí y que despues de vencer con ella en Africa, la habia llevado de nuevo á España á pelear contra los africanos, todos aquellos hombres, decimos, habian contado con una batalla como Farsalia ó como Thapsa, y estaban cansados, estropeados, destrozados.

Todos, pues, retrocedieron, hallando en lugar de hombres un muro de granito.

Hubo un arremolinamiento terrible en el ejército de César.

Este se apeó del caballo, hizo seña á sus tenientes de que lo imitaran, recorrió con la cabeza desnuda el frente de la línea de batalla, y alzando los brazos al cielo, gritó á sus soldados:

—Miradme á la cara.

Pero veia que el triunfo se le escapaba de las manos, y sentia cernerse sobre su cabeza el presentimiento precursor de la derrota.

Entonces, arrebatando el escudo á un soldado:

—Huid vosotros, si quereis, dijo; yo moriré aquí!

Y avanzó solo hácia el enemigo hasta llegar á distancia de diez pasos.

Doscientos dardos, flechas y javalinas llovieron sobre él. Evitó los unos y recibió las otras en su escudo, permaneciendo en el mismo sitio, como si sus piés hubiesen echado allí raices.

Al fin los tribunos y los soldados se avergonzaron. Prorumpieron en un inmenso grito y con indomable ímpetu se precipitaron en auxilio de su imperator.

Ya era tiempo.

Afortunadamente tambien en aquel momento efectuaba el rey Bogud la diversion de que hemos hablado.

Labieno, aquel teniente de César que este habia encontrado donde quiera como su mas encarnizado enemigo, se encargó de hacer frente á aquel nuevo ataque. Cogió mil doscientos ó mil quinientos gine. tes, y partió á galope al encuentro del rey moro.

Pero aquel movimiento fué mal interpretado por los pompeyanos; creyeron que huia.

En seguida cundió un sentimiento de escitacion por todo el ejército.

Pero Sexto y Cneo se lanzaron al punto á la primera fila y restablecieron de nuevo el combate.

La lucha duró hasta la noche. Durante nueve horas, ambos ejércitos pelearon pié contra pié, javalina contra javalina.

Al fin cedieron los pompeyanos, "sin lo cual, dice

el autor de la *Guerra de España*, no hubiera quedado uno siquiera."

Se retiraron á Córdoba, dejando treinta mil muertos en el campo de batalla.

César habia perdido unos mil hombres.

Cogió las águilas de las trece legiones, todas las banderas y todas las haces.

En el campo de batalla se hallaron los cadáveres de Labieno y Varo.

—Ah! dijo César, respirando despues de aquella terrible lucha; los demas dias he combatido por la victoria; hoy lo he hecho por la vida!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXVI

Los fugitivos se habian retirado á Córdoba, como hemos dicho.

César era de parecer de perseguirlos, á fin de entrar en la ciudad, si era posible, al mismo tiempo que ellos; pero los soldados estaban tan sumamente cansados, que solo tenian fuerzas para despojar los cadáveres de sus enemigos: una vez terminada aquella operacion, los mas de ellos se tendieron en el suelo; otros, los menos fatigados, permanecieron en pié, apoyados en sus javalinas ó en sus lanzas.

Aquella noche se pasó sobre el campo de batalla, ocupando cada uno el lugar en que se hallaba.

Al dia siguiente, con los treinta mil muertos hicieron los vencedores una circunvalacion en torno de la ciudad; cada cadáver fué clavado con una ja-

valina, al que tenia inmediato, con la cara vuelta hácia la muralla y con el escudo colgando de la javalina.

César dejó un tercio de sus fuerzas delante de Munda, y con el resto del ejército fué á atacar á Córdoba.

Cneo Pompeyo habia huido, escoltado por un grueso de caballería, retirándose á Carteya, donde tenia su escuadra. Su hermano Sexto se habia encerrado dentro de los muros de Osuna. Ya volveremos á encontrar á ambos; sigamos á César en su espedicion á Córdoba.

Los fugitivos se habian apoderado del puente; pero César no pensó siquiera en atacarlos. Hizo echar al rio grandes canastas llenas de tierra é improvisó un vado ficticio por el cual pasó el ejército. Despues acampó delante de la ciudad.

Scápula la defendia. Se habia retirado á ella despues de la derrota de Munda y habia sublevado los libertos y los esclavos.

Sin embargo, viéndose perseguido por César, no pensó siquiera en huir. Hizo alistar una inmensa hoguera en medio de la plaza pública, preparó un festin espléndido, y vestido con su trage mas rico, se sentó á la mesa, mezcló su vino con nardo, como si se hubiere hallado en una fiesta, y distribuyó hácia el fin de la comida su vajilla y sus alhajas entre sus servidores; despues subió á la hoguera, y mientras

un liberto le prendia fuego, se hizo matar por un esclavo.

En aquel momento, como habia division entre las tropas que guarnecian la ciudad, se abrieron las puertas y César vió llegar á su campamento las legiones de esclavos y libertos organizadas por Scápula.

Iban á rendirse.

Al mismo tiempo la legion décimatercia se apoderó, motu propio, de las torres y baluartes.

Entonces los pompeyanos que se habian escapado de Munda, prendieron fuego á la ciudad, esperando salvarse á favor del desórden; pero apenas vió César el fuego y las llamas, se lanzó en auxilio de la poblacion, y como la legion décimatercia era dueño de las torres y las murallas, segun hemos dicho, le abrió las puertas; lo cual visto por los pompeyanos trataron de huir de la plaza, amontonándose á las puertas y saltando por los baluartes.

Veintidos mil perecieron dentro de la ciudad, sin contar los degollados fuera.

César no se detuvo en Córdoba sino el tiempo preciso para restablecer en ella el órden, y en seguida partió partió para Híspalis, la Sevilla de nuestros dias; mas apenas lo percibieron los habitantes desde lo alto de las murallas, le enviaron diputados, implorando su perdon y su clemencia.

César les concedió pleno perdon, y temiendo que

los soldados cometiesen algun esceso, los hizo acampar fuera de la ciudad. Caninio Rébilo fué el único que entró en ella con algunos centenares de hombres.

La guarnicion pompeyana se habia quedado en Sevilla. Indignada de que los habitantes hubieran abierto las puertas á César, envió uno de los principales de su partido á decir á Cecilio Níger, gefe de un cuerpo de lusitanos y apellidado el Bárbaro á causa de su crueldad, que si no acudia inmediatamente perderia una magnífica ocasion. Cecilio Níger acudió.

Llegado de noche cerca de Híspales, fué introducido en la ciudad y degolló toda la guarnicion que César habia puesto en ella para defender á los habitantes; despues hizo tapiar las puertas y se dispuso á una defensa desesperada.

César temió, si intentaba un asalto, que sus soldados, exasperados, degollasen la mitad de los habitantes. Hizo descuidar intencionalmente la guarda de los aproches de la poblacion, y la tercera noche despues de su entrada en Híspalis, Cecilio Níger salió de ella, llevando consigo, no solo los hombres que habia traido, sino tambien la guarnicion pompeyana.

Entonces César, que á pesar de su aire de indiferencia espiaba todos sus movimientos, lanzó sobre ellos su caballería y los hizo pedazos.

Al dia siguiente por la mañana entró en la ciudad.

Ahora volvamos á los dos hijos de Pompeyo.

Cneo llegó á Carteya seguido únicamente de ciento cincuenta ginetes: tenia tal prisa de llegar, que anduvo en dia y medio las cuarenta leguas que separan á Munda de dicha poblacion.

Una vez allí, temiendo alguna traicion de parte de los habitantes, se hizo llevar en litera á través de la ciudad como un simple particular; despues, cuando estuvo en el puerto, se dirigió con tal precipitacion á los buques, que al entrar en el que habia elegido enredó un pié en una cuerda y cayó, y queriendo cortar dicha cuerda con la espada se hizo una herida profunda en el pié.

Didio, que mandaba la escuadra de César en Cádiz, supo lo ocurrido y esparció infantería y caballería á lo largo de la costa, á fin de apoderarse de Cneo si intentaba desembarcar en algun punto.

Didio habia pensado muy bien.

Cneo Pompeyo, con la precipitacion de su partida, no habia tenido tiempo para proveerse de agua; así, pues, tenia que seguir la costa, deteniéndose cada poco trecho para proporcionársela.

En una de esas detenciones lo alcanzó Didio con su escuadra; lo atacó, y le quemó ó echó á pique las dos terceras partes de sus buques.

Pompeyo hizo embarrancar el suyo y desembarcó con intento de refugiarse en medio de unas rocas

que formaban una fortaleza natural casi imposible de escalar.

Estaba herido en un hombro y en un pié como hemos dicho, y ademas habia sufrido una torcedura en el otro pié; de modo que se hacia llevar en litera.

Habia andado la mitad del camino sin ser visto, y tenia probabilidades de poder escapar, cuando uno de sus hombres fué descubierto por los esploradores de Didio.

Pompeyo hizo doblar el paso á sus soldados y llegó al refugio que anhelaba; los cesarianos quisieron forzarle en él, pero fueron rechazados á flechazos y perseguidos hasta el pié de la montaña.

Poco despues volvieron á la carga, pero tambien inútilmente.

Entonces resolvieron sitiar á los fugitivos y en breve tiempo alzaron un terrado de tal altura, que desde su cima peleaban á nivel con el enemigo.

Amenazados de aquel modo, los pompeyanos pensaron en huir; pero no era fácil efectuarlo. Cneo no podia caminar á causa de sus heridas y de su torcedura, y tampoco podia hacerse conducir á caballo ó en litera por la dificultad de los caminos. Viendo sus hombres dispersos, perseguidos y degollados sin misericordia, se ocultó en el hueco de una roca; pero uno de los que lo habian visto ocultarse lo denunció y fué aprehendido y muerto.

Despues sus asesinos le cortaron la cabeza, y en el momento en que César entraba en Híspalis le presentaron la del hijo como poco tiempo antes le habian presentado en Egipto la del padre.

Eso sucedia el 12 de Abril del año 45 antes de Jesucristo.

Aquella implacable espedicion no fué, sin embargo, de provecho alguno para Didio.—Creyéndose ya completamente seguro, echó sus buques á la playa para carenarlos, y mientras se efectuaba aquella operacion se dirigió con un cuerpo de caballería á una fortaleza inmediata; pero los lusitanos que habian abandonado á Cneo y dispersádose cuando el ataque, viendo los pocos hombres que lo acompañaban, se reunieron, le prepararon una emboscada, cayeron sobre él y lo mataron.

Durante aquel tiempo Fabio Máximo, á quien César habia encargado proseguir el sitio de Munda, se habia apoderado de la ciudad, haciendo once mil prisioneros, dirigiéndose despues hácia Osuna, poblacion fortificada á la vez por la naturaleza y por el arte.

Allí se hallaba Sexto Pompeyo, que habiéndose asegurado que no habia agua á legua y media al rededor de la ciudad, habia hecho cortar los árboles, á fin de que César no pudiese construir máquinas; pero no esperó el resultado del sitio: se metió en las

montañas de los celtíberos, y ya lo veremos aparecer mas tarde convertido en rey de los piratas del Mediterráneo.

Muertos treinta mil hombres en Munda, veintidos mil en Córdoba, cinco ó seis mil en Sevilla, hechos prisioneros once mil en Munda, muerto Cneo y fugitivo Sexto, la guerra de España estaba terminada.

César entonces se dirigió á Roma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXVII

Antonio salió al encuentro de César hasta la frontera de Roma, y éste, que sentia hácia él la debilidad de los hombres superiores por los que les son inferiores, le hizo en tal ocasion un gran honor: atravesó toda la Italia llevándolo á su lado en un carro, mientras que detras de él marchaban Bruto Albino y el hijo de su sobrina, esto es, su sobrino segundo el jóven Octavio.

Aquella vuelta fué sombría.

Muerto Pompeyo y aniquilada su raza,—se ignoraba aún lo que habia sido de Sexto,—no era solo un gran nombre extinguido, una gran familia desaparecida, sino un principio destruido. No habiendo podido sostener Pompeyo los derechos de la aristocracia y de la libertad, ¿quién los sostendria despues de él?

Los vencidos empezaban una servidumbre sin esperanza. Los vencedores, desencantados ellos mismos de la guerra, que desde hacia tres años no era sino civil, triunfaban sin gloria.

César se sentia mas temido que amado, pues toda su clemencia no habia podido impedir los odios. Era vencedor; pero, ¡en qué poco habia estado que no hubiese sido vencido! Munda habia sido para él una gran enseñanza. Todos estaban cansados, hasta sus soldados, que habia creido infatigables.

Aunque cansado personalmente de triunfos, quiso triunfar una vez mas, sin duda para ver lo que diria Roma; y él, que jamas habia triunfado sino del enemigo estranjero, de las Galias, del Ponto, del Egipto y de Juba, entonces, como hubiera hecho uno de los inhumanos que se llamaban Mario ó Sila, triunfó de los hijos de Pompeyo, cuya causa habia sido la de una parte de Italia y cuya lucha habia tenido las simpatías de la mitad de los romanos.

Pero César habia llegado á despreciar á Roma y queria quebrantar su orgullo.

Triunfó, pues, de los hijos de Pompeyo, y detras de él sus soldados,—esa voz del pueblo, voz de los dioses,—gritaban:

Pórtate bien y serás derrotado; pórtate mal y serás rey.

Roma no le perdonó el triunfar así de los desgra-

cias de la patria, glorificándose de sucesos que solo la necesidad podia hacer escusar ante los dioses y los hombres. Y aquello era tanto mas estraño de parte de César, cuanto que nunca habia enviado correos ni escrito cartas al Senado para anunciar las victorias que habia alcanzado en las guerras civiles, rechazando siempre aquella gloria, de que parecia avergonzarse.

Al dia siguiente fué aplaudido al entrar en el teatro, pero se aplaudió mucho mas un verso de la pieza que se representaba, y el cual decia:

¡Ay! romanos, hemos perdido la libertad!

Pero lo que exasperaba sobre todo á los romanos era la continuacion de lo que habian visto cuando el regreso de Egipto; aquella construccion de una Roma nueva,—mas que nueva extranjera,—sobre la antigua Roma en ruinas; aquellos desterrados de la antigua república volviendo á Roma detrás de César; aquellos bárbaros, galos, africanos ó españoles, subiendo con él al capitolio; aquellos senadores tachados de infamia, volviendo á aparecer en el Senado; aquellos proscritos á quienes se restituian sus bienes; aquella Galia Traspadana admitida toda entera al derecho de ciudad; aquel Balbo, un gaditano, primer ministro, ó poco menos; aquellos dos espectros, en fin, que iban detrás de todos aquellos hombres gritando: "¡Desgracia!" esto es, el de Caton desgarrando sus entrañas y el de Cneo Pompeyo llevando en la mano su cabeza.

Es verdad que César ha tenido á Roma y al mundo entero por auxiliares, y es muy justo que satisfaga á todos á espensas de Roma.

Un hombre hay que puede dar idea de la situacion general de entonces; ese personaje es Ciceron, el tipo del justo medio romano.

Con César, hombre de genio que dominaba su época con toda su altura, el gran orador no volverá á ser jamas el Ciceron de Catilina y Clodio; hé ahí, sobre todo, lo que lastima á Ciceron y á todas las ambiciones como la suya,

Ciceron, abogado y general, confiesa él mismo que como lo primero no es mucho mas fuerte que César, al paso que, como lo segundo, escusa decir que César le es infinitamente superior.

Ademas, Ciceron es hijo de un tundidor ó de un hortelano, y César desciende de Vénus por la línea masculina y de Anco Marcio por la femenina.

El plebeyo Ciceron es aristócrata; pero para llegar á serlo, ¡qué camino ha tenido que andar! Empleará en él toda su vida y solo llegará á la mitad de la altura en que se halla César, el cual ha pasado la suya descendiendo hácia el pueblo.

Irá, sin embargo, á aumentar la corte de César;

pero, ¿qué será allí mientras César exista? En vano este se dirigirá á él, le dará la mano, lo ensalzará, abrazándolo; César tendrá siempre que bajarse para abrazar á Ciceron.

¡Qué distancia hay de ese Ciceron, confundido entre la multitud de cortesanos de César, á aquel otro Ciceron que gritaba: "O Roma, afortunada, que has nacido bajo mi consulado!"

Así, pues, ¿qué hace Ciceron? Se muestra ceñudo: cree que alejándose de César recobrará su antigua talla. Pero no sucede nada de eso; lo que consigue alejándose, es quedar en la oscuridad. César es la luz, y solo se vé á aquellos sobre los cuales proyecta sus rayos.

Ciceron trata entonces de distraerse, y cena con Hircio y Dolabela despues de haber dicho atrocidades de este último: les da lecciones de filosofía, y ellos en cambio se las dan de gastronomía.

Todo eso pasa en casa de Citéris, la cortesana griega, antigua querida de Antonio, á quien este paseaba sentada á su lado en un carro tirado por leones.

Pero ay! ya no es defensor, ni patron, ni consejero de nadie.

En medio de esos acontecimientos, muere Tulia, y Ciceron lleva dos lutos á la vez: el de su hija y el de la libertad.

Levanta un templo á Tulia, y para que se hable

de él trata de hacerse perseguir por César escribiendo el panegírico de Caton; pero César se contenta con publicar el *Anticaton*, dedicándole, al ir á ganar la batalla de Munda, dos volúmenes sobre la gramática.

Se convendrá en que era estar de desgracia.

Pues bien, la historia de Ciceron es la de todas las individualidades, furiosas porque César ha pasado el nivel sobre todas las cabezas, haciéndolas doblarse sin derribar una sola.

Sin embargo, tiene lugar un estraño fenómeno que hace que el vencedor esté casi tan triste como los vencidos.

Pompeyo, vanidoso, quisquilloso, amigo infiel, político irresoluto, hombre mediocre, en fin, tiene clientes, admiradores, fanáticos, y esos clientes, esos fanáticos, esos admiradores son hombres de un valor superior al suyo: Caton, Bruto, Ciceron; este, sobre todo, siente hácia él toda la pasion que suele inspirar una querida caprichosa y voluble; quiere admirar á César, pero no puede amar mas que á Pompeyo.

Véase por el contrario á César: ¿quiénes son sus clientes? Un hatajo de pícaros: Antonio, saqueador, borracho y libertino; Curton, un quebrado; Cœlio, un loco; Dolabela, el hombre que quiere abolir las deudas, yerno de Ciceron, cuya hija ha hecho morir

de pesar. Criaturas, sí, pero no amigos. Antonio y Dolabela conspirarán contra él, á punto de no atreverse á pasar sin escolta por delante de la casa de este último: leed si no á Atico. Ademas, todos ellos gritan censurándolo y difimándolo. Su clemencia disgusta á todos esos aventureros, que creen que un poco de sangre derramada causará muy buen efecto.

César sabe que él es lo único bueno que hay en su partido. Así, despues de haber sido demagogo, revolucionario, libertino y pródigo, se hace censor, reformador de las costumbres, conservador, económico.

Disgustado de sus propios amigos, ¿de quién se rodeará? De los pompeyanos. Despues de vencerlos los ha perdonado; despues de perdonados los honra: nombra á Casio su teniente, y hace á Bruto gobernador de la Cialpina, y á Sulpicio prefecto de la Acaya. Todos los desterrados vuelven sucesivamente y tornan á ocupar los puestos que tenian antes de la guerra civil; si se presenta alguna dificultad para el regreso de cualquiera, acude Ciceron y la allana en seguida.

Así el Senado eleva un templo, en el cual César y la diosa se dan la mano; tambien le vota un asiento y una corona de oro, una estatua cerca de los reyes, entre Tarquino el Soberbio y el Antiguo Bruto,

y una tumba en el Pomœrium, cosa que nadie habia obtenido antes.

El sabe muy bien que todos esos honores son mas propios para causarle la muerte que para conservarle la vida; pero, ¿quién osará mátar á César cuando el mundo entero tiene interés en que viva?

"Algunos, dice Suetonio, han sospechado que César deseaba morir. Eso esplicaria el poco caso que hacia de su quebrantada salud y de los presentimientos de sus amigos. Habia despedido su guardia española, porque preferia morir á estar temiendo siempre."

Le avisan que Antonio y Dolabela conspiran y mueve la cabeza:

—No son esas caras llenas y animadas las que hay que temer, contesta, sino esos semblantes demacrados y hoscos.

Y mostraba á Bruto y á Casio.

En fin, como se mostrasen de su mismo modo de pensar y le asegurasen que Bruto tramaba un complot:

—Bah! contestó tentando sus descarnados brazos, Bruto dará tiempo á este pobre cuerpo para que se deshaga por sí mismo.

XXXVIII

Tengo á la vista una antigua traduccion de Appio, nada menos que del año 1560, y hecha "por Monseñor Claudio de Seyssel, primeramente obispo de Marsella y despues arzobispo de Thurin," como se escribia entonces.

Las primeras líneas del capítulo XVI dicen así:

"Despues que César, una vez terminadas las guerras civiles, hubo vuelto á Roma, se mostró muy fiero y espantoso á todo el pueblo, mas que todos los que le habian precedido; por lo cual le hicieron todos los honores humanos y divinos."

¡Qué enseñanza hay en esas cuatro líneas, y con qué claridad espresan la idea del autor en su ingénuo lenguaje!

Pero, ¿se concedieron, en efecto, á César todos

esos honores por puro temor? Por parte del Senado, sí:—por la del pueblo, no.

Cesar reedificaba á Corinto, Capua y Cartago;—esas desdichadas ciudades se le habian aparecido en sueños; enviaba colonias al Nordeste, al Este y al Sur; descentralizaba á Roma y la esparcia por el universo al mismo tiempo que llamaba al universo á Roma, pues su genio inmenso, admirado de ver al mundo en paz, no se preocupaba ya solo de Roma ni de solo la Italia.

Al par que proyectaba en medio del campo de Marte un templo, al pié de la roca Tarpeyana un anfiteatro y sobre el monte Palatino una biblioteca destinada á encerrar todos los tesoros de la ciencia humana, nombrando cuidador de ella á Terencio Varon, el hombre mas sabio de su tiempo, queria, volviendo á emprender los trabajos tantas veces empezados y otras tantas abandonados, cortar los itsmos de Corinto y Suez para unir no solo los dos mares de Grecia, sino tambien el Mediterráneo y el océano Indico. Anieno era el encargado de aquella empresa.

Ademas, aquel mismo Anieno debia abrir un canal que iria de Roma al promontorio de Circé, y que conduciendo el Tíber al mar de Terracina, abriria al comercio una vía mas corta y mas cómoda hasta la capital del imperio: despues, una vez abierto aquel canal, limpiaria la rada de Ostia, alzaria en sus ori-

el imperio romano, que hubiera encerrado así en su recinto el mar Mediterráneo, el mar Caspio y el mar Negro, y que, llegando por el Occidente al Atlántico, por el Sur al gran desierto, por el Este al océano Indico y por el Norte al Báltico, ligando á su centro todas las naciones civilizadas y á su circunferencia todas las naciones bárbaras, mereceria entonces verdaderamente el nombre de imperio universal.

Despues, reuniendo todas las leyes romanas en un solo código, las impondria, al par de la lengua latina, á todas las naciones.

El hombre que sustituia con tales proyectos la política irresoluta de Pompeyo, el estoicismo legal y mezquino de Caton y la estéril facundia de Ciceron, bien merecia ser nombrado padre de la patria, cónsul por diez años, dictador vitalicio.

Ademas, Plutarco da cuenta perfectamente de esa fiebre de César.

"César, dice, se sentia nacido para las grandes empresas, y lejos de que sus numerosas hazañas le hiciesen desear el tranquilo goce del fruto de sus trabajos, le inspiraban, por el contrario, proyectos mas vastos, que amenguaban, por decirlo así, á sus ojos, la gloria que habia alcanzado, encendiendo en él el amor de una gloria mayor aún. Aquella pasion era una especie de celos contra sí mismo, como hubiera podido esperimentarla hácia un estraño; un ardiente

anhelo, en fin, de sobrepujar las hazañas precedentes con las que proyectaba para el porvenir."

Pero lo que á nuestro entender constituye á César en un hombre superior, es, que emprendiendo una marcha diametralmente opuesta á la que habian seguido sus antepasados Sila y Mario, comprendió que no se ahogan los partidos en sangre, y que perdonando la vida á los republicanos que habian sobrevivido á la derrota de Pompeyo, mataba á la República.

Y ahora preguntamos: ¿Qué hubiera sido del mundo si César, viviendo diez años mas, hubiera tenido tiempo para ejecutar todos sus proyectos?..... Pero empezaba entonces el año 44 antes de Jesucristo, y César no debia ver el 16 de Marzo de aquel año.

Ya hemos dicho que desde su vuelta de España habia en aquella alma clemente y misericordiosa una profunda tristeza. El asesinato de Pompeyo, cuyas estátuas habia hecho volver á levantar, y el suicidio de Caton, del cual habia tratado de burlarse, parecian dos enemigos que se encarnizaban en perseguirlo.

Habia cometido dos errores al aceptar el triunfo; el primero habia sido triunfar despues de una guerra civil, y el segundo,—mas grave quizá,—hacer triunfar á sus tenientes en su lugar.

Labruyere ha dicho: "Cuando se quiere cambiar

una república, se consideran menos las cosas que el tiempo. Podeis quitar hoy á una ciudad sus franquicias, sus leyes, sus privilegios; mañana no penseis siquiera en alterar sus banderas."

Desgraciadamente César no habia leido á Labruyere.

Hay apariencias de libertad que los pueblos suelen tener en mas estima que la libertad misma. Augusto lo sabia y toda su vida rehusó el título de rey. Cromwel lo sabia tambien y nunca quiso ser mas que protector.

Despues de eso, ¿ambicionó César realmente el título de rey? Teniendo, como tenia, todas las coronas, ¿llegó á ambicionar sériamente esa media vara de cinta que se llama cintillo real?

No lo creemos. Nuestra opinion es que él no quiso ser rey sino que sus amigos quisieron que lo fuese.

A menos, sin embargo, que aquel título no lo tentase precisamente porque era odiado y estaba lleno de peligros.

XXXIX

César, pues, queria ser rey.

Ademas, habia acumulado contra sí otros agravios, y es curioso leer las cortas líneas que siguen, en Suetonio:

....." Se le atribuyen acciones y palabras que no son sino abusos de poder y que pueden justificar su muerte."

Veamos esas acciones y esas palabras *que pueden justificar* la muerte de César, bajo la pluma de ese narrador indiferente que se llama Suetonio, quien despues de haber perdido su puesto de secretario del emperador Adriano por haberse permitido libertades poco respetuosas con la emperatriz Sabina, se puso á escribir, sin admirarse ni indignarse jamas, la vida de los doce Césares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una república, se consideran menos las cosas que el tiempo. Podeis quitar hoy á una ciudad sus franquicias, sus leyes, sus privilegios; mañana no penseis siquiera en alterar sus banderas."

Desgraciadamente César no habia leido á Labruyere.

Hay apariencias de libertad que los pueblos suelen tener en mas estima que la libertad misma. Augusto lo sabia y toda su vida rehusó el título de rey. Cromwel lo sabia tambien y nunca quiso ser mas que protector.

Despues de eso, ¿ambicionó César realmente el título de rey? Teniendo, como tenia, todas las coronas, ¿llegó á ambicionar sériamente esa media vara de cinta que se llama cintillo real?

No lo creemos. Nuestra opinion es que él no quiso ser rey sino que sus amigos quisieron que lo fuese.

A menos, sin embargo, que aquel título no lo tentase precisamente porque era odiado y estaba lleno de peligros.

XXXIX

César, pues, queria ser rey.

Ademas, habia acumulado contra sí otros agravios, y es curioso leer las cortas líneas que siguen, en Suetonio:

....." Se le atribuyen acciones y palabras que no son sino abusos de poder y que pueden justificar su muerte."

Veamos esas acciones y esas palabras *que pueden justificar* la muerte de César, bajo la pluma de ese narrador indiferente que se llama Suetonio, quien despues de haber perdido su puesto de secretario del emperador Adriano por haberse permitido libertades poco respetuosas con la emperatriz Sabina, se puso á escribir, sin admirarse ni indignarse jamas, la vida de los doce Césares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que habia hecho el *divino* Julio, vais á saberlo.

"No contento con aceptar honores escesivos, como el consulado prolongado, la dictadura perpetua, las funciones de censor y los nombres de emperador y padre de la patria; no contento con permitir que se le alzase una estátua entre las de los reyes y ocupar *una silla en la orquesta*, llegó á esceder los límites de la grandeza humana; tuvo una silla de oro en el senado y en su tribunal; su estátua fué llevada al circo con la misma pompa que las de los dioses; tuvo templos, altares y sacerdotes; dió su nombre á un mes del año (Julio) y se burló igualmente de las dignidades que daba y de las que recibia."

¿Y todo eso merecia la muerte?

Es verdad que habia hecho otra cosa mas.

Un tribuno se habia negado á levantarse cuando él pasaba.

—Tribuno, le dijo, ¿vienes á pedirme la república?

Y como aquel tribuno se llamaba Poncio Aquila, cada vez que César daba una órden, acostumbraba decir por ironía:

—Si es que Poncio Aquila lo permite.

Un dia que volvia de Alba, algunos amigos demasiado impacientes le salieron al encuentro y le dieron el título de rey; pero él, viendo la conmocion que aquel título causaba en el pueblo, pareció haberse ofendido, y dijo.

—Yo no me llamo rey, sino César.

Y se notó que prosiguió su camino con aire descontento.

Otro dia que el Senado le habia concedido honores estraordinarios, los senadores se trasladaron á la plaza á comunicarle el decreto; y él, recibiéndolos como á simples particulares, les contestó, *sin levantarse*, que era preciso disminuir aquellos honores mas bien que aumentarlos.

¿Por qué no se levantó César delante del Senado?

Plutarco pretende que el español Balbo lo retuvo en su asiento diciéndole: ¿Olvidas que eres César?

Dion Casio da una razon que nos parece mejor: dice que el que acababan de hacer dios tenia cólico en aquel momento, y temió, si se levantaba, dar una prueba flagrante de humanidad.

César, por su parte, alegó que fué el temor de un ataque de epilepsia.

Otro dia, en fin,—el dia de las Lupercales, que en otro tiempo habia sido una fiesta de pastores, pero que entonces consistia en recorrer desnudos las calles de la ciudad los jóvenes de las primeras casas de Roma y la mayor parte de los magistrados, provistos todos de correas, con las cuales sacudian latigazos á cuantos encontraban al paso—ese dia, de-

cimos, César asistia á la fiesta sentado en una silla de oro.

Como se vé, se mienta ese asiento á cada instante; pero es perque los de esa clase estaban reservados para las ceremonias religiosas.

César, pues, asistia á esa fiesta sentado en una silla de oro, cuando Antonio, que en su cualidad de cónsul figuraba en la carrera sagrada, alzándose sobre los hombros de sus amigos, le ofreció una diadema entrelazada con una rama de laurel.

Algunos hombres apostados al efecto, prorumpieron en palmadas.

Pero César rechazó la ofrenda y todo el pueblo lo aplaudió.

Entonces Antonio le volvió á presentar la diadema, apoyado por los mismos individuos; pero César hizo un segundo gesto de negativa, y aquella vez los aplausos estallaron con mas fuerza todavía que antes.

—Llevad esa diadema al Capitolio, dijo César levantándose.

Algunos dias despues, sus partidarios, no habiendo podido coronarlo personalmente, coronaron sus estatuas; pero dos tribunos del pueblo, Flavio y Marcelo, arrancaron con sus manos aquellas diademas, y, habiendo encontrado á los que habian saludado á César con el título de rey á su vuelta de Alba, los

hicieron aprehender y llevar á la cárcel. El pueblo seguia á aquellos magistrados, dando palmadas y llamándolos Brutos, en recuerdo del antiguo Bruto, que habia puesto fin á la autoridad monárquica y trasferido al pueblo el poder de los reyes.

En seguida fueron á contárselo á César.

—Brutos! repitió; bah! sin duda quieren decir *brutos*.

Y exoneró á los dos tribunos.

Los amigos de César no se desanimaron. Descubrieron en los libros sibilinos que solo un rey podia vencer á los partos. Así, pues, si César emprende aquella guerra es preciso que sea rey, á menos de arriesgar en ella su cabeza como Craso.

Ademas, de la dictadura vitalicia á la monarquía no hay mas que un paso.

Roma por su parte, apenas notará la diferencia. ¿No toma todo ya las formas de las monarquías de Oriente? ¿No es ya César un dios como los reyes de Asia? ¿No tiene su sacerdote, Antonio, que marcha al lado de la litera imperial, con la cabeza casi metida en la postezuela, pidiendo humildemente las órdenes de su señor?

Pero no creais que es el pueblo el que se indigna de eso. No; es la aristocracia.

Tampoco creais que César fué muerto por todos esos crímenes. Segun nosotros no y cien veces no.

¿Por qué murió entonces?

Creemos que vamos á decirlo.

Casio, el envidioso Casio, odiaba á César por haber dado á Bruto una pretura mas honorífica que la suya y porque durante la guerra civil, al pasar César por Megara, se habia apoderado de los leones que él hacia cuidar allí.

Matar ó quitar á un hombre sus leones era hacerle una injuria mortal.

Los tres únicos individuos á quienes César no perdonó nunca, siendo así que perdonaba á todo el mundo, fueron el jóven Lucio César y otros dos pompeyanos, que habian degollado sus libertos, sus esclavos y sus leones.

En Francia, en un tiempo, todo marqués queria tener pajes; en Roma, en aquella época, todo patricio queria tener leones.

"Ay! dice Juvenal, un poeta come menos, sin embargo."

Casio fué á ver á Bruto. Necesitaba un hombre honrado á quien proponer la terrible accion que meditaba.

Oh! gran Shakspeare! cómo has comprendido tú eso, mucho mejor que todos nosotros, pobres profesores de historia romana!—Véase en el gran poeta inglés la escena entre Casio y Bruto.

Si Bruto queria esperar tranquilamente la muer-

te de César, seria su sucesor natural; quizás hubiera devuelto la libertad á Roma sin las instancias de Casio; pero Bruto no odiaba mas que la tiranía, al paso que Casio odiaba al tirano.—Ademas, un solo rasgo indicará quién era Casio.

Siendo niño aún, iba á la misma escuela que Fausto, hijo de Sila. Un dia se puso este á exaltar á su padre delante de sus compañeros, aplaudiendo el poder absoluto que habia disfrutado.

Casio, que lo oia desde su sitio, se levantó, se dirigió á él y le dió un bofeton.

El niño fué á quejarse á sus parientes, que quisieron perseguir á Casio judicialmente; pero Pompeyo intervino é hizo ir los dos niños á su casa para interrogarlos.

—Vaya, dijo Pompeyo, contadme cómo ha pasado la cosa.

—Ea, Fausto, dijo Casio, repite, si te atreves, delante de Pompeyo las palabras que te valieron un primer bofeton, para que vuelva á darte otro.

Bruto tenia un alma grande, pero una inteligencia limitada. Era de la escuela estoica y gran admirador de Caton, con cuya hija se habia casado. Habia en él una estraña necesidad de esfuerzos dolorosos y de sacrificios crueles; odiaba á Pompeyo, que habia matado á su padre de un modo bárbaro y cruel, y sin embargo lo hemos visto irse á reunir

con él en Grecia y combatir á sus órdenes en Farsalia.

De vuelta á Roma, César le habia confiado la provincia mas importante del imperio, la Galia Cisalpina.

Bruto tenia un remordimiento, y era que no podia odiar á César.

Casio habia tratado de llevar á cabo su intento sin contar con Bruto; pero no habia podido conseguirlo. Habia visitado á todos sus amigos, unos despues de otros; les habia espuesto su plan de conjuracion contra César, y todos le habian contestado:

—Cuenta conmigo si Bruto consiente en ser el gefe.

Como hemos dicho, Casio fué á ver á Bruto.

XL

Casio y Bruto estaban algo indispuestos, pues, segun hemos manifestado tambien, ambos habian solicitado el mismo cargo; como cada uno hiciese valer sus derechos:

—Casio tiene razon, habia dicho César; pero, sin embargo, nombraré á Bruto.

Casio era el que se habia alejado y Casio volvia.

Bruto le tendió la mano.

—Bruto, preguntó Casio despues de cambiar los primeros saludos, ¿no piensas ir al Senado el dia de las calendas de Marzo? He oido decir que ese dia los amigos de César tratan de ofrecerle la monarquía.

Bruto meneó la cabeza.

—No, dijo, no iré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero ¿y si nos llaman? repuso Casio.

—Entonces, contestó Bruto, iré por deber.

—Y si atacan la libertad?

—Juro morir antes que verla espirar.

Casio se encogió de hombros.

—Bah! dijo, ¿qué romano permitirá tu muerte? Ignoras quién eres y lo que vales?

Bruto frunció las cejas.

—¿No has leido, continuó Casio, los escritos que se han hallado al pié de la estatua del antiguo Bruto?

—Sí; eran dos, ¿no es eso?

—Uno decia: "Pluguiera á los dioses que vivieras aún, Bruto;" y el otro: "¿Por qué has cesado de vivir?"

—Y yo, añadió Bruto, he hallado un billete en mi tribunal, con estas dos palabras: "Duermes, Bruto?" y ademas, otro en que se leia: "No, tú no eres verdaderamente Bruto."

—Pues bien, replicó Casio, ¿crees que los que escriben esas cosas sean tundidores ó taberneros? No, es todo el patriciado, es toda la nobleza de Roma. Lo que se espera de los otros pretores, tus colegas, son distribuciones de dinero, espectáculos, combates de gladiadores; mas de tí se aguarda el pago de la deuda hereditaria, y esa deuda es la libertad de la patria. Se está dispuesto á arrostrarlo todo por tí si quieres mostrarte tal como se cree que debes ser.

—Está bien, contestó Bruto, pensaré en ello.

Y se separaron, yendo cada uno á ver á sus amigos.

Se recordará que Quinto Ligario habia seguido el partido de Pompeyo, y que Ciceron habia abogado por él delante de César; Ligario habia sido absuelto por el dictador, pero, sin duda á causa de esa misma clemencia, se habia convertido en su mas mortal enemigo.

Ademas, Ligario era muy amigo de Bruto. Este fué á verlo y lo encontró enfermo en cama.

Bruto acababa de separarse de Casio é iba exaltado aún á consecuencia de la conversacion que habia tenido con él.

—Ah! Ligario, le dijo, en qué momento te hallo enfermo!

Pero Ligario se incorporó, y apoyándose en un codo:

—Bruto, le contestó estrechándole la mano, si intentas alguna cosa digna de tí, no tengas cuidado..... estoy completamente bueno.

Entonces Bruto se sentó al lado de la cama, y ambos arreglaron las bases de la conspiracion, conviniendo en no decir nada de ella á Ciceron, pues este estaba ya viejo, y unia á su poca audacia natural la circunspeccion de los ancianos.

A falta de él, Ligario ofreció á Bruto el concurso

del filósofo epicúreo Statilio y aun el de Favonio, el antiguo tribuno á quien se llamaba el *mono de Caton*.

Pero Bruto meneó la cabeza.

—No, dijo: un dia hablando con ellos solté sobre el particular algunas palabras vagas: Favonio me contestó, que á sus ojos la guerra civil era mas funesta que la mas injusta de las monarquías, y Statilio agregó, que un hombre discreto y prudente no se esponia al peligro por pícaros y locos. Labeon se hallaba allí y podrá atestiguar estas respuestas.

—¿Y qué dijo Labeon? preguntó Ligario.

—Fué de mi modo de pensar y refutó las palabras de ambos.

—Entonces consentirá en ser de los nuestros.

—Así lo creo.

—¿Cuál de los dos le hablará? preguntó Ligario.

—Yo, que estoy bueno, contestó Bruto. Ademas, veré á Bruto Albino.

—Me parece bien, repuso Ligario; es un hombre activo y valiente, y teniendo, como tiene, gladiadores para los espectáculos, puede sernos muy útil en un caso; pero es amigo de César.....

—Dí que es su teniente.

Precisamente en aquel instante entró Bruto Albino, que iba á saber cómo estaba Ligario.

Le hablaron de la conjuracion.

Albino reflexionó, permaneció callado y despues salió sin pronunciar una palabra.

Los dos amigos creyeron que habian cometido una imprudencia; pero al dia siguiente fué Albino á ver á Bruto.

—¿Eres tú el gefe de la conjuracion de que me hablaste ayer en casa de Ligario? le preguntó.

—Sí, le contestó Bruto.

—Entonces entro en ella con el mayor gusto.

La conjuracion hizo rápidamente grandes progresos.

Bruto, que veia á los personajes mas ilustres de Roma adherirse á su empresa,—no olvidemos que aquella conspiracion fué enteramente aristocrática, —y que comprendia toda la grandeza del peligro á que se esponia, y al cual arrastraba á sus cómplices, tenia empeño en permanecer en público completamente dueño de sí mismo, no dejando traslucir nada del complot en sus palabras, en su aspecto ó en sus acciones.

Pero una vez dentro de su casa era otra cosa; el insomnio lo arrojaba del lecho, y erraba como una sombra por el vestíbulo ó por el jardin. Entonces Porcia, su mujer, que dormia á su lado, se despertaba, y hallándose sola se llenaba de inquietud: frecuentemente lo oia andar por los corredores y mas

de una vez lo vió meterse bajo la sombra de los árboles.

Porcia, como se recordará, era hija de Caton; á los quince años se habia casado con aquel Bíbulo á quien hemos visto desempeñar un papel en el Forum en la época de los trastornos escitados por César, y el cual murió mandando la escuadra de Pompeyo. Habiendo quedado viuda con un hijo, jóven todavía, se habia vuelto á casar con Bruto. El hijo de que hablamos aquí, dejó un libro titulado: *Memorias de Brutо;* libro perdido hoy, pero que existia aun en tiempo de Plutarco.

Ahora bien; Porcia adoraba á su marido y era una mujer filósofa, lo que la Biblia llama una *mujer fuerte;* no quiso, pues, preguntar nada á Bruto sobre su secreto antes de haber hecho sobre sí misma la prueba de su valor: cogió un cuchillito de cortarse las uñas, especie de cortaplumas de hoja recta, y se lo hundió en un muslo.

La herida abrió una vena, y Porcia, ademas de perder mucha sangre, esperimentó dolores vivísimos acompañados de una fiebre violenta.

Bruto, que por su parte adoraba á Porcia, y que ignoraba la causa de aquella indisposicion, estaba lleno de inquietud.

Pero ella, sonriéndose, ordenó á todos que la dejasen con su marido, y cuando so halló sola con él le mostró la herida.

—¿Qué es eso? esclamó Bruto mas asustado aún que antes.

—Soy hija de Caton y mujer de Bruto, contestó Porcia, y he entrado en la casa de mi marido, no para acompañarle en el lecho y en la mesa como una concubina, sino para compartir con él los bienes y los males. Tú no me has dado desde nuestro matrimonio motivo alguno de queja; pero yo, qué pruebas te he dado de mi reconocimiento y de mi ternura, y cuáles podria darte si me crees incapaz de guardar un secreto?..... Sé que tienes á la mujer por un sér débil; pero, querido Bruto, la buena educacion y el trato de las personas virtuosas pueden elevar y dar firmeza al alma..... Sin embargo, como si te hubiese dicho todo esto sin darte una prueba de ello hubieras podido dudar, he hecho lo que ves. ¡Duda ahora!

—Oh! dioses! esclamó Bruto alcando las manos al cielo, todo lo que os pido es que me concedais un éxito tan completo en mi empresa que la posteridad me juzgue digno de haber sido el esposo de Porcia.

Y en seguida, haciéndole dar todos los auxilios que su estado exigia, cobró tal serenidad, que, á pesar de las *advertencias de los dioses* y los prodigios y las señales de las víctimas, nadie creyó en la realidad del complot.

XLI

—¿Qué presagios eran aquellos y qué fé se les podia dar?

Preciso es creer en ellos, pues que todos los historiadores los cuentan, y despues de los historiadores Virgilio les da la consagracion con sus mas hermosos versos.

Vamos, pues, á hojear á Suetonio y á Plutarco.

Se recordará que César habia hecho reedificar á Capua y repoblar la Campania. Algunos de los colonos enviados allí, queriendo construir casas, tropezaron con antiguas tumbas, las cuales registraron con tanta mas curiosidad cuanto que á veces se habian hallado en ellas esculturas antiguas.

Sucedió, pues, que en el sitio en que se decia que habia sido enterrado Capys, el fundador de Capua,

se halló una plancha de bronce con una inscripcion griega que decia que cuando se descubriesen las cenizas de Capys seria asesinado un descendiente de Julio por sus mismos allegados y vengado por las desgracias de Italia.

"No se puede considerar el hecho como fabuloso, dice Suetonio, pues Cornelio Balbo, amigo de César, es quien lo cuenta."

Comunicaron á César aquel suceso y á consecuencia de él le dijeron que desconfiase de Bruto: entonces fué cuando contestó:

—Bah! ¿Creeis que tenga tanta prisa que no espere el fin de este pobre cuerpo?

Le anunciaron tambien, casi al mismo tiempo, que los caballos que habia consagrado al pasar el Rubicon, y los cuales habia dejado pastando en libertad, se negaban á comer y lloraban abundantemente.

Segun refiere Strabon el filósofo, se vieron en el aire hombres de fuego que marchaban unos contra otros.

El sirviente de un soldado hizo brotar de su mano una llama vivísima. Se creyó que se habria abrasado, pero cuando se apagó la llama se vió que no habia sufrido en la mano daño alguno.

No fué eso todo.

En un sacrificio que ofreció César, no se halló corazon á la víctima, y aquel era el presagio mas ter-

rible que podia haber, puesto que ningun animal puede vivir sin ese órgano esencial.

En otro sacrificio, el augur Spurina advirtió á César, que para los ídus de Marzo estaba amenazado de un gran peligro.

La víspera de aquellos ídus, varios pájaros de diferentes especies despedazaron á un reyezuelo que habia ido á posarse sobre la sala del Senado, con una rama de laurel en el pico.

La noche del dia en que habia tenido lugar aquel presagio, cenaba César en casa de Lépido, á donde, segun costumbre, le llevaron á firmar sus cartas.

En aquel momento propusieron los convidados esta cuestion: "¿Cuál es la muerte mejor?"

—La menos esperada, dijo César firmando.

Despues de la cena volvió á su palacio y se acostó al lado de Calpurnia.

De repente, y durante su primer sueño, las puertas y las ventanas se abrieron por sí mismas. Despertado por aquel ruido y por la claridad de la luna, que se esparcia por la habitacion, oyó César á Calpurnia, que dormia con profundo sueño, lanzar gemidos confusos y pronunciar palabras inarticuladas.

La despertó y le preguntó qué le sucedia.

—Ah! esposo mio, le contestó ella, soñaba que te tenia en mis brazos cubierto de heridas.

A la mañana siguiente fueron á anunciarle, que

cumpliendo su órden se habian degollado cien víctimas, durante la noche, en los diferentes templos de Roma, y que ni una siquiera habia dado un augurio favorable.

César permaneció un instante pensativo: despues levantándose,

—Bah! dijo, nada le sucederá á César que no deba sucederle.

Al fin llegó el 15 de Marzo, dia que los romanos llamaban el dia de los ídus.

El Senado habia sido convocado por estraordinario bajo uno de los pórticos que rodeaban el teatro. Bajo aquel pórtico, provisto de sillas para aquel caso, estaba la estátua que Roma habia elevado á Pompeyo despues, que este habia embellecido el barrio haciendo construir el teatro y sus pórticos.

El sitio parecia escogido á la vez por la Venganza y la Fatalidad.

Llegada la hora señalada, Bruto, sin confiar su designio mas que á Porcia, salió de su casa con un puñal oculto bajo la toga y se dirigió al Senado.

Los demas conjurados estabau reunidos en casa de Casio. Deliberaban sobre si debian deshacerse ó no de Antonio al mismo tiempo que de César. Al principio se habia tratado de hacerle entrar en el complot, y la mayoría habia sido de opinion de que se le admitiese; pero Trebonio se opuso á ello, dicien-

do, que cuando habia ido al encuentro de César, á su vuelta de España, habia viajado y alojádose siempre con Antonio, y que entonces le habia hecho una pequeña indicacion sobre un proyecto parecido al que iban á realizar, sin que Antonio hubiese pronunciado una palabra, á pesar de haberlo comprendido perfectamente.

Es verdad que tampoco habia dicho nada á César.

A causa de aquella revelacion se habia renunciado á admitir á Antonio en el complot; pero una vez llegado el momento decisivo, ya no era cuestion de eso solo; muchos creian que seria prudente matarlo al mismo tiempo que á César.

Bruto llegó en aquel momento y le pidieron su parecer. Bruto se opuso á aquella nueva muerte, diciendo que la consideraba inútil, y que una empresa tan atrevida, cuyo objeto era el mantenimiento de la justicia y de las leyes, debia estar pura de toda injusticia.

Sin embargo, como algunos temian el vigor estraordinario de Antonio, convinieron en que se colocarian á su lado dos ó tres de los conjurados á fin de retenerlo fuera del Senado mientras tenia lugar dentro la muerte del dictador.

Resuelto aquel punto, salieron de casa de Casio. —La reunion tenia por objeto aparente acompañar al hijo de aquel, que iba á tomar la toga viril. Los

conjurados acompañaron en efecto al jóven hasta el Forum; pero una vez llegados allí se metieron bajo el pórtico de Pompeyo á esperar á César.

Cualquiera que hubiese tenido conocimiento del complot, hubiera podido admirar entonces la impasibilidad de los conjurados á la aproximacion del peligro. Varios eran pretores, y en aquella cualidad administraban justicia: cual si hubieran tenido su espíritu enteramente libre, oian los relatos de las cuestiones que se les sometian y daban sus fallos tan justos y tan perfectamente motivados, como si no fuera á ocurrir nada estraordinario.

Uno de los acusados, condenado por Bruto á pagar una multa, apeló de ella á César.

Entonces Bruto, con su calma ordinaria, paseó los ojos por la concurrencia diciendo:

—César no me ha impedido, ni me impedirá jamas, juzgar segun las leyes.

Sin embargo, la situacion era no solo grave, sino que cada momento que trascurria sin que apareciera César, la hacia mas y mas sombría.

¿Por qué no llegaba César? ¿Qué le retenia? ¿Habia hecho caso de los presagios? ¿Habia dado oidos á aquel adivino, á aquel Spurina que le habia dicho que temiese los ídus de Marzo?

Luego,—circunstancia que redoblaba la inquietud de los conjurados,—Popilio Lœnas, uno de los sena-

dores, despues de haber saludado á Bruto y Casio mas afectuosamente que de costumbre, les habia dicho en voz baja:

—Ruego á los dioses que concedan feliz éxito al designio que meditais; pero os aconsejo que apresureis su ejecucion, pues la cosa no es ya un secreto.

Pronunciadas aquellas palabras se separó de ellos, dejándolos llenos de temor de que se hubiese descubierto el complot.

Para colmo de angustia llegó en aquel momento á toda carrera uno de los esclavos de Bruto á anunciarle que su mujer se estaba muriendo.

Porcia, en efecto, vivamente inquieta acerca del resultado del suceso, no hallaba descanso en parte alguna; salia de su casa, volvia á entrar en ella, inquiria de los vecinos si no habian oido decir nada nuevo, detenia á los transeuntes para preguntarles lo que hacia Bruto y enviaba al Forum mensajero tras mensajero á fin de adquirir noticias.

En fin, como le dijesen que sin duda habia sospechado César algo, pues no habia salido todavía á pesar de ser ya las once de la mañana, tuvo un síncope, cambió de color y perdió el conocimiento. Viéndola sus doncellas en aquel estado, lanzaron gritos de angustia y pidieron socorro.

A aquellos gritos acudieron los vecinos y como Porcia estaba pálida, inmóbil y fria, al momento se

esparció por toda la ciudad el rumor de que habia muerto.

Sin embargo, recobró en breve el sentido, gracias á los cuidados que le prodigaron sus sirvientas, y mandó que se desmintiese al punto aquel rumor.

Pero, como hemos visto, ya habia llegado al Forum, y hasta al mismo Bruto.

Este no habia pestañado siquiera; el estóico habia hallado una oportunidad de poner en práctica sus principios, de que la desgracia personal debe ser considerada como nada ante el interes público.

Permaneció, pues, en el Senado, impasible, esperando á César.

En medio de esos acontecimientos llegó Antonio, que iba á decir de parte de César que este no saldria ya de su palacio, y que suplicaba al Senado que aplazase la sesion para otro dia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLII

A aquella noticia los conjurados, temiendo que, si César no celebraba la asamblea aquel dia, llegase á divulgarse el complot, decidieron que uno de ellos fuese á buscarlo é hiciese toda clase de esfuerzos para llevarlo al Senado.

Pero, ¿quién iria?

La eleccion recayó en Décimo Bruto, á quien se daba el sobrenombre de Albino.

La traicion por parte de aquel hombre era tanto mayor, cuanto que despues de Marco Bruto era el mas querido de César, el cual lo habia instituido su segundo heredero.

Halló á César de tal modo afectado por los terrores de su mujer, á los cuales habian ido á dar cierta consistencia los relatos de los adivinos, que, como hemos visto, habia resuelto no salir aquel dia.

Albino se burló de los adivinos, y dirigió algunas bromas á Calpurnia; despues, tomando un aire mas serio y volviéndose hácia el dictador:

—César, le dijo, recuerda una cosa, y es que los senadores solo se han reunido merced á tu convocatoria; que están dispuestos á declararte rey de todas las provincias situadas fuera de Italia, y á autorizarte á usar ese título cuando recorras las otras tierras y los otros mares. Ahora, si alguno va á decir á los senadores, que te esperan en sus asientos, que se retiren hoy para reunirse otro dia,—esto es, cuando Calpurnia tenga mejores sueños,—¿qué cosas no dirán los que te envidian y quién prestará oidos á tus amigos cuando aquellos sostengan que en Roma no hay mas que completa servidumbre por una parte y absoluta tiranía por otra? En fin, si quieres considerar absolutamente el dia de hoy como desgraciado, ven al Senado y dile de viva voz que aplazas la sesion para otro dia.

Pronunciando aquellas palabras, Albino le cogió una mano y lo llevó hácia la puerta.

César hizo una señal de despedida á Calpurnia y salió.

Pero apenas se halló en la calle cuando un esclavo trató de acercarse á él. César, como siempre, se hallaba rodeado de una turba de clientes que solicitaban favores.—El esclavo fué rechazado y no pudo

jurados, sabiendo que habia á su alrededor porcion de senadores que no estaban en el secreto; pero, sonriéndose á Casio, lo tranquilizó, y casi en seguida Lœnas, habiendo besado la mano á César, se despidió de él comprendiendo al punto todos que solo habian tratado de asuntos personales.

César, entonces, subió las gradas del pórtico y se halló en el recinto en que se verificaba aquel dia la asamblea.

Así que entró allí se dirigió al asiento que se le habia preparado.

En aquel momento, segun estaba convenido, llevó Trebonio á Antonio fuera de la sala, á fin de privar á César de su auxilio, caso de tener lugar alguna lucha, y allí lo entretuvo hablándole de un asunto que sabia que le interesaba.

Durante aquel tiempo, aunque de la secta de Epicúreo, esto es, no creyendo en otra vida, Casio,—cosa estraña,—fijaba sus ojos en la estatua de Pompeyo, como invocándolo para el buen éxito de la empresa.

Entonces se acercó Tulio Cimber.—Era cosa convenida tambien.—Cimber debia pedir á César la vuelta de su hermano, que estaba desterrado. En seguida empezó su arenga.

Al momento todos los conjurados se acercaron á

César, como si se interesasen por el desterrado y quisiesen unir sus ruegos á los del suplicante.

César se negó á acceder. Aquello fué una ocasion para estrecharlo mas, estendiendo todos las manos hácia él.

César, desoyendo sus instancias, les dijo:

—¿A qué importunarme tanto por ese hombre? He decidido que no volverá á Roma.

Y se sentó, tratando de separar de sí á aquella turba que lo ahogaba.

Apenas se hubo sentado, le cogió Tulio la toga con las dos manos, y con aquel movimiento le descubrió los hombros.

—Eso es ya una violencia! esclamó César.

Aquella era la señal del ataque. Casca, que estaba colocado detras de él, sacó su puñal y le hirió el primero.

Pero como César, impaciente, habia hecho un movimiento para levantarse, el puñal se deslizó por el hombro, causando una herida poco profunda.

César, sin embargo, sintió el golpe.

—Ah! miserable Casca! esclamó, ¿qué haces?

Y cogiendo el arma de su enemigo con una mano, le asestó con la otra un golpe con el punzon que usaba para escribir en sus tablillas.

Al mismo tiempo que César gritaba aquellas pa-

labras en latin, Casca, herido, esclamaba por su parte en griego:

—A mí, hermano mio!

Entonces tuvo lugar un gran movimiento: los que no eran del complot se echaron hácia atras, estremeciéndose, no osando defender á César, ni huir, ni aun pronunciar una palabra. Aquel momento de escitacion fué rápido como el pensamiento, pues todos los conjurados sacaron sus espadas y rodearon á César de tal modo, que de cualquier lado que se volvia solo veia ó sentia las puntas de les aceros. Pero él, sin soltar el puñal de Casca, se debatia entre todas aquellas manos armadas, cada una de las cuales queria tener su parte en el asesinato, y probar, por decirlo así, su sangre, cuando de repente reconoció á Bruto en medio de sus matadores, y sintió que el que él llamaba su hijo le asestaba un golpe en la ingle.

Entonces soltó el arma de Casca, y sin mas queja que estas palabras: *Tu quoque, mi fili*, (¡tú tambien, hijo mio!) sin tratar de seguir defendiéndose, se cubrió la cabeza con la toga y abandonó el cuerpo á las espadas y los puñales.

Sin embargo, permanecia en pié y sus asesinos continuaban atacándolo con tal rabia, que varios se hirieron á sí mismos,—uno de ellos Bruto, que se

abrió una mano,—y todos los demas se cubrieron de sangre.

Al fin, ya fuese por casualidad ó ya porque los conjurados lo empujasen hácia aquel lado, fué á caer al pié de la estátua de Pompeyo, cuyo pedestal ensangrentó.

"De modo, dice Plutarco, que Pompeyo parecia presidir al castigo de su enemigo, tendido á sus piés y palpitante bajo el número de sus veintitres heridas."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLIII

Muerto César, y tendido á los piés de la estátua de Pompeyo, Bruto avanzó por medio del Senado para esplicar y glorificar la accion que acababa de ejecutar. Pero los senadores, llenos de espanto, se precipitaron por todas las puertas, sembrando la confusion y el terror en el pueblo, al gritar unos: *Asesinan á César*, y otros: *César ha muerto*, segun habian salido cuando César se hallaba aún en pié, ó cuando ya habia caido.

Entoncés tuvo lugar en las calles un tumulto casi tan grande como el que momentos antes habia ocurrido en el Senado: unos cerraban las puertas y otros dejaban los almacenes abiertos ó los escritorios abandonados, precipitándose todos hácia el pórtico de Pompeyo.

Por su parte Antonio y Lépido, los dos mayores amigos de César, se ponian en salvo huyendo.

Los conjurados, al contrario, reunidos en un grupo, con las espadas y los puñales desnudos y ensangrentados, salieron del Senado y subieron al Capitolio, no como personas que huyen, sino como hombres radiantes y llenos de confianza, llamando al pueblo á la libertad y tratando de atraerse las personas de distincion que hallaban al paso.

En el primer momento, algunos de esos hombres que siempre están prontos á tomar partido por los vencedores y á exaltar su triunfo, se unieron á los asesinos para hacer creer que habian auxiliado la conjuracion y atribuirse una parte de su gloria. De ese número fueron Cayo Octavius y Léntulo Spinter, y mas tarde fueron ambos castigados por su fanfarronada como si hubiesen sido asesinos verdaderos, condenándolos á muerte Antonio y Octavio, no como á tales asesinos de César, sino por haberse jactado de serlo.

Durante aquel tiempo, el cadáver permanecia tendido en un charco de sangre. Todos iban á verlo, pero nadie osaba tocarlo. Al fin, tres esclavos lo levantaron y lo llevaron á su casa en una litera, de la cual iba colgando un brazo.

Calpurnia tenia ya noticia de su desgracia, y recibió el cadáver en el dintel de la puerta.

En seguida mandó á llamar al médico Antisto.

César estaba enteramente muerto; sin embargo, de las veintitres heridas que tenia, solo una, en el pecho, era mortal.—Dícese que fué la segunda que recibió.

Los conjurados habian resuelto al prineipio, que una vez muerto César se arrastraria su cadáver por las calles y despues se arrojaria al Tiber, confiscando en seguida todos sus bienes y declarando nulos todos sus actos; pero el temor que habian tenido de que Antonio, cónsul, y Lépido, comandante de la caballería, que habian desaparecido durante el asesinato, volviesen á aparecer al frente de los soldados y del pueblo, habia hecho que no hubiesen verificado nada de lo concertado sobre el particular.

Al dia siguiente, Bruto, Casio y los demas conjurados se presentaron en el Forum y hablaron al pueblo; pero sus discursos empezaron y terminaron sin que los espectadores diesen señal alguna de aprobacion ó desaprobacion. De aquel silencio se desprendia una doble verdad: que el pueblo honraba á Bruto, pero que sentia la muerte de César.

Durante aquel tiempo, el Senado se reunia en el Templo de la Tierra, y allí Antonio, Planco y Ciceron proponian una amnistía general, invitando á todo el mundo á la concordia. No solo se acordó que se daria completa seguridad á los conjurados, sino

que el Senado espediria un decreto respecto á los honores que se les habrian de conceder.

Tomada aquella determinacion, el Senado se separó y Antonio envió su hijo al Capitolio para servir de rehen á los conjurados, que se habian retirado allí como para ponerse bajo la salvaguardia de la fortuna de Roma.

Cuando todo el mundo estuvo reunido, se juró de nuevo la paz: todos se abrazaron, y Casio fué á cenar á casa de Antonio y Bruto á la de Lépido. Los demas conjurados fueron á hacer lo mismo, unos á casa de amigos y otros á la de simples conocidos.

Visto lo cual, todos creian terminado sabiamente el asunto y la república invariablemente restablecida.

Pero habian contado sin el pueblo.

Al dia siguiente, al amanecer, el Senado se reunió de nuevo y dió gracias á Antonio en los términos mas honrosos por haber ahogado los primeros gérmenes de una guerra civil. Luego colmó á Bruto de elogios. Despues, en fin, se distribuyeron las provincias: á Bruto le tocó la isla de Creta, á Casio el Africa, á Trebonio el Asia, á Cimber la Bitinia y á Bruto Albino la Galia Circumpadana.

Entre tanto se empezaba á decir en voz baja que existia un testamento de César, hecho en el mes de Setiembre último en una finca de campo llamada Lavicanum, y el cual, despues de sellado, habia sido

entregado por César mismo á la primera de las vestales.

Dicho testamento instituia por sus herederos á tres sobrinos segundos. El primero era Octavio, al cual legaba las tres cuartas partes de sus bienes; los otros dos eran Lucio Penario y Quinto Pedio, á cada uno de los cuales señalaba un octavo. Ademas, adoptaba á Octavio dándole su nombre. Declaraba á varios de sus amigos,—y casi todos fueron sus asesinos,—tutores de sus hijos, en el caso de que llegara á tenerlos. Colocaba á Décimo Bruto,—el que habia ido á buscarlo á su casa,—en la segunda clase de sus legatarios, y dejaba al pueblo romano sus jardines del Tíber, con trescientos sestercios para cada ciudadano.

Esas noticias corrian por el pueblo causando en él cierta agitacion.

Habia ademas otra causa de temor, y era la celebracion de los funerales. Desde el momento que el cadáver no habia sido arrojado al Tíber era preciso que se le hicieran exequias. Se habia pensado al principio hacerlas en secreto, pero luego se habia temido irritar al pueblo. Casio era de opinion de no verificarlas públicamente, aun corriendo ese riesgo; pero Antonio suplicó tanto á Bruto sobre el particular, que Bruto cedió.

Era la segunda falta que cometia. La primera habia sido perdonar la vida á Antonio.

Este empezó por leer el testamento de César delante de su misma casa. Todo lo que se habia dicho antes respecto á aquel documento en el Forum y en las calles y en las plazas de Roma, salió verdad. Así, pues, cuando el pueblo vió que César le dejaba sus jardines, con mas trescientos sestercios para cada ciudadano, rompió en lágrimas y gritos, manifestando gran afecto á César y el mas vivo pesar por su muerte.

Antonio escogió aquel momento para trasportar el cuerpo de la casa mortuoria al campo de Marte.

Se le habia elevado una pira cerca de la tumba de su hija Julia y una capilla dorada, por el modelo del templo de Vénus Genitrix, en frente de la tribuna de las arengas: en aquella capilla se habia dispuesto un lecho de marfil, cubierto con una tela de oro y púrpura y coronado con un trofeo de armas, entre las cuales se veia la toga que tenia puesta cuando fué muerto; despues, en fin, como se habia pensado que el dia entero no seria suficiente para los que llevarian presentes para la pira si se observaba el ceremonial de una marcha fúnebre, se declaró que cada uno iria sin órden y por el camino que mejor le pareciese.

Ademas, desde por la mañana se daba al pueblo

el espectáculo de juegos funerarios, y en dichos espectáculos, arreglados por Antonio, se cantaban trozos á propósito para escitar la piedad y la indignacion, entre otros el monólogo de Ayax en una pieza de Pacuvio en que se hallaba el siguiente verso:

¿Los habia yo salvado para que me perdiesen?

XLIV

El cortejo se puso en marcha en medio de ese principio de conmocion.

Nosotros, que hemos visto tantos dias tempestuosos en que se han debatido los destinos de un pueblo ó de un reino, recordamos que hay horas predestinadas y fatales, en las cuales paso algo en el aire, que anuncia el motin y la revolucion.

Aquel dia no tenia Roma su aspecto ordinario. Se habian suspendido símbolos de luto en los templos situados en la carrera que debia seguir el cortejo, coronándose las estatuas con ramas funerarias. Circulaban por entre el concurso hombres siniestros y amenazadores: hay fisonomías que parecen estar colocadas bajo la guardia del Terror y que solo salen á las calles cuando este las recorre desmelenado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A la hora convenida levantaron el cadáver. Varios magistrados, unos que estaban todavía en funciones y otros que habian concluido su tiempo, llevaron el lecho de parada al Forum.

Allí se debia hacer alto, y al efecto se colocó el cuerpo en un estrado separado.

Cuando decimos el cuerpo, cometemos un error; el cuerpo iba encerrado en una especie de féretro y reemplazado por una efigie de cera hecha á semejanza de César, y la cual debia haber sido modelada al natural pocos instantes despues de la muerte. Aquella efigie tenia el lívido tinte de un cadáver y ofrecia la representacion de las veintitres heridas por donde habia salido aquella alma misericordiosa que se defendia contra Casca, pero que se sometió á los decretos del Destino, cuando este le presentó dichos decretos por mano de Bruto.

El estrado, preparado de antemano, estaba coronado por un trofeo recordando las diversas victorias del dictador. Antonio subió al estrado, leyó de nuevo el testamento de César, luego el decreto del Senado que le conferia los honores públicos y privados, y, por fin, el juramento de los senadores de serle adictos hasta la muerte.

Llegado allí, viendo que el pueblo habia llegado al grado de exaltacion que él deseaba, empezó el elogio fúnebre de César.

Nadie ha conservado ese elogio.

Pero nos engañamos: se halla en Shekspeare. Shakspeare lo ha reconstruido con auxilio de Plutarco, ó ha vuelto á hallarlo completo en su genio.

Aquel discurso, preparado con un arte admirable, adornado con todas las flores de la elocuencia asiática, produjo una impresion profunda que se manifestó en lágrimas y sollozos, los cuales se cambiaron en gritos de dolor y en amenazas é imprecaciones cuando Antonio, cojiendo la toga de César, agitó aquella prenda ensangrentada y desgarrada por los puñales de los asesinos.

Entonces tuvo lugar un gran tumulto; unos querian quemar el cuerpo en el santuario de Júpiter y otros en la Curia misma en que habia sido asesinado. En medio de aquella confusion avanzaron dos hombres armados de espadas, llevando cada uno en la mano izquierda dos javalinas y en la derecha una antorcha, y prendieron fuego al estrado.

El fuego subió en seguida, con tanta mas rapidez cuanto que todos se apresuraron á llevar allí leña seca, y el pueblo, con esa rabia de destruccion que se apodera de él en ciertas horas nefastas, se puso á arrancar los bancos de los tabeliones, las sillas de los jueces, y las puertas y las ventanas de los almacenes y escritorios, y á arrojar todas aquellas mate-

rias combustibles en la inmensa hoguera, como había hecho el dia de los funerales de Clodio.

Y no fué eso todo: los tañedores de flauta y los histriones que allí se hallaban, arrojaron á las llamas los trages triunfales con que estaban vestidos para la ceremonia; los veteranos y los legionarios, las armas con que se habian adornado para los funerales de su general; las mujeres sus prendas y sus alhajas y hasta las bolas de oro de sus hijos.

Precisamente en aquel instante tuvo lugar uno de esos acontecimientos terribles que parecen destinados á hacer rebosar la copa de embriaguez y cólera que las grandes emociones ponen en manos del pueblo.

Un poeta llamado Helvio Cinna, que no habia tenido parte alguna en la conjuracion, y que, por el contrario, era amigo de César, avanzó pálido y desfallecido por medio del Forum. La noche anterior habia tenido un sueño; se le habia aparecido la sombra de César, lívido el rostro, cerrados los ojos y el cuerpo toda acribillado de heridas; iba como un amigo, á convidarlo á cenar.

Helvio Cinna, en su sueño, habia rehusado al pronto la invitacion; pero la sombra lo habia cogido por la mano, y tirando de él con irresistible fuerza, le habia obligado á bajar de la cama y seguirlo á un lugar lóbrego y frio, cuya impresion habia despertado al

desgraciado. En una época en que todo sueño era un presagio, aquel significaba y presagiaba un fin próximo. Así, pues, Helvio se sintió poseido de una fiebre de espanto que no lo abandonó ni con el dia.

Sin embargo, como le dijesen aquella mañana se iban á efectuar las exequias de César, se avergonzó de su debilidad y se dirigió al Forum, donde halló al pueblo en las disposiciones que acabamos de espresar.

En cuanto apareció allí preguntó un ciudadano á otro:

—¿Quién es ese hombre tan pálido, que pasa con aire azorado?

—Es Cinna, contestó aquel.

Los que habian oido el nombre repitieron:

—Es Cinna.

Ahora bien; algunos dias antes, un tribuno del pueblo, llamado Cornelio Cinna, habia pronunciado públicamente un discurso contra César, y se le acusaba de haber tomado parte en la conjuracion.

El pueblo confundió á Helvio con Cornelio.

De ahí resultó que Helvio fué recibido con el sordo rumor que precede á la tempestad; quiso retirarse, pero ya era tarde. El terror que cubria su semblante, y que el pueblo tomaba por remordimientos, cuando solo era el recuerdo del sueño de la víspera, contribuyó á perderlo.

XLV

La causa de los conjurados estaba perdida; César muerto triunfaba de sus asesinos, como César vivo habia triunfado de sus enemigos. No solo Roma sino el universo entero lloraba á César. Los estranjeros se habian vestido de luto y habian dado vueltas al rededor de la hoguera, manifestando cada uno su afliccion á usanza de su país.—Los judíos habian pasado varias noches en vela al lado de las cenizas. —Sin duda estos últimos veian ya en él el Mesías tan anunciado.

Los conjurados habian creido que con veintitres puñaladas se mataba á un hombre; vieron en efecto que nada era mas fácil que matar el cuerpo; pero el alma de César sobrevivia y se cernia sobre Roma.

Jamas habia estado César mas vivo que desde

que Bruto y Casio lo habian tendido en la tumba. Habia dejado tras sí sus despojos: dichos despojos eran la sangrienta y desgarrada túnica que Antonio habia sacudido por encima de su cadáver y arrojado despues á la hoguera; las llamas la habian consumido, y el espectro de César, el mismo que Bruto vió por primera vez en Abydos y mas tarde en Filipos, apareció inmaculado á los ojos del mundo.

Caton no habia sido mas que el hombre de la ley.

César habia sido el hombre de la humanidad.

Ademas César,—abordemos la cuestion del cristianismo, esto es, la del porvenir,—habia sido un instrumento de la Providencia.

En otro lugar hemos dicho que en el espacio de treinta siglos, á distancia de novecientos años uno de otro, han aparecido tres hombres, que, no teniendo quizá mas que una sola alma, han sido, sin tener la menor sospecha de su mision, meros instrumentos de la Providencia. Nos referimos á César, Carlomagno y Napoleon. César, pagano, preparó el cristianismo; Carlomagno, bárbaro, preparó la civilizacion; Napoleon, déspota, preparó la libertad.

Bossuet lo ha dicho antes que nosotros refiriéndose á César. Véase su *Historia Universal.*

"El comercio de tantos pueblos diversos, dice, antes estraños unos á otros, y reunidos bajo la domi-

nacion romana, fué uno de los medios de que se valió la Providencia para dar curso al Evangelio."

En efecto, César, que muriendo á la edad de cincuenta y cinco años no podia prever el nacimiento del Niño Divino cuarenta y cuatro años despues, dejaba la tierra precisamente en la época en que la Providencia iba á hacerse visible al mundo. Todas las heridas de la humanidad, que él, cariñoso pero inexperto médico, habia tocado con los dedos, una mano las iba á cicatrizar.

¿Qué lloraba, pues, el mundo en él? Una esperanza.

En efecto, el mundo entero esperaba.

¿Y qué esperaba?

Difícil le hubiera sido precisar el objeto de su espera.

Esperaba un libertador.

César, que no era ese libertador, fué por un instante,—objeto de un dulce error,—saludado como tal. Su dulzura, su clemencia y su misericordia parecian haberlo designado al amor de los pueblos como el Mesías universal.

Y es que cuando se acerca la hora de las grandes revoluciones sociales los pueblos tienen el presentimiento de ellas; la tierra, esa madre comun, se estremece hasta el fondo de sus entrañas. Los horizon-

tes se iluminan y se doran como para la salida del sol, y volviéndose hácia el punto mas brillante y mas radiante, los hombres esperan ansiosos la aparicion.

Roma esperaba aquel hombre, ó, mas bien, aquel Dios prometido al universo, aquel Dios que preparaba César con el ensanche de la ciudad romana; con el derecho de ciudadanía dado á porcion de pueblos y hasta á regiones enteras; con aquellas vastas guerras que llevó por la superficie del globo; con aquellas poblaciones armadas que trasportó del Norte al Mediodía y de Oriente á Occidente. La guerra, que parece separar los pueblos,—y los separa, en efecto, cuando es impía,—los acerca cuando es providencial. Entonces todo se convierte en un medio, guerra estranjera y guerra civil. Ved si no lo que sucede despues de los quince años de lucha de César: las Galias, la Germania, la Grecia, el Asia, el Africa y la España son italianas; Lutecia, Alejandría, Cartago, Aténas y Jerusalen, ciudades por nacer, ciudades ya nacidas y ciudades próximas á morir, todo depende de Roma: Roma, la ciudad eterna, que llegará á ser la capital de los Papas cuando ya no lo sea de los Césares.

Ahora bien; segun hemos dicho, Roma, lo mismo que el resto del universo, esperaba á aquel hombre, ó, mas bien, á aquel Dios predicho por Daniel y

anunciado por Virgilio, á aquel Dios á quien de antemano se habia alzado un altar bajo la advocacion del Dios desconocido: Deo ignoto.

Pero, ¿quién será ese Dios? ¿De quién nacerá.

La antigua tradicion del mundo es la misma donde quiera.

El género humano, caido por una mujer, será rescatado por el Hijo de una Vírgen.

En el Tibet y en el Japon, el dios Fe, encargado de la salvacion del universo, escogerá su cuna en el seno de una jóven y blanca vírgen. En china, una vírgen fecundada por una flor, dará á luz un hijo que será rey del mundo. En los bosques de la Bretaña y de la Germania, donde se habia refugiado su nacionalidad espirante, los druidas esperaban un salvador nacido de una vírgen.

En fin, las Escrituras anunciaban que un Mesías se encarnaria en las entrañas de una Vírgen, y que esa Vírgen seria pura como el rocío de la aurora.

Cuarenta y cuatro años mas y ese Mesías iba á nacer.

Se necesitaba la unidad romana para preparar la unidad cristiana.

Pero la unidad romana era enteramente esterior y material; es verdad que solo escluia á los esclavos y á los bárbaros, pero los escluia.

En la unidad cristiana no debia haber esclusion alguna, pues era la unidad de los corazones y de la inteligencia; en la unidad cristiana no debia haber "ni gentiles, ni judíos, ni esclavos, ni hombres libres, ni escitas, ni bárbaros, sino todos, y el Cristo con todos."

Esa unidad era la sola cosa que se habia escapado al genio de César; sin embargo, parece que tuvo el presentimiento de ello.

Hé ahí por qué hemos dicho que César era un precursor.

Cien años mas tarde hubiera sido un apóstol.

Y ahora comprendemos perfectamente, que para los que han visto á César por el solo prisma de la carne, César no haya sido mas que un tirano. Comprendemos tambien, que en el colegio, en ese país de los horizontes limitados y restringidos, se haga de Catou un mártir y de Bruto y Casio héroes. Comprendemos igualmente que los historiadores que han copiado á Plutarco, Suetonio, Tácito, Apiano y Dion, solo hayan visto en esos historiadores lo que en ellos se halla, esto es, el hecho consumado. Esos hombres que nos lo han trasmitido, escribian en las tinieblas; no podian decir á sus contemporáneos sino lo que sabian, trasmitir á las generaciones futuras lo que habian visto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero, segun nosotros, el hombre que hoy no viera en los hechos consumados de ese gran período genesiasco mas que lo que han visto los autores paganos, y no hiciera mas que traducirlos copiándolos, ó copiarlos traduciéndoles, ese no escribiria ya, como ellos, en la oscuridad; ese seria un ciego.

FIN.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS